MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 19

OBRAS COMPLETAS

TEXTOS INEDITOS y ENSAYOS DISPERSOS III

(Cultura, Hombres y lugares, Textos autobiográficos, Prólogos y reseñas, Miscelánea)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1996

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Impresión: Imprenta Nacional
Caracas/Venezuela/1996
ISBN 980-231-082-4 – Obras Completas
ISBN 980-231-137-5 – Vol 19

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 19

OBRAS COMPLETAS

TEXTOS INEDITOS y ENSAYOS DISPERSOS III

(Cultura, Hombres y lugares, Textos autobiográficos, Prólogos y reseñas, Miscelánea)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1996

CONGRESO DE LA REPUBLICA

Senador
Cristóbal Fernández Daló
Presidente

Diputado
Ramón Guillermo Aveledo
Vicepresidente

COMISION EDITORA

José Rodríguez Iturbe
Diputado

José Agustín Catalá
Jefe de la Oficina de Investigaciones
Históricas y de Servicios de Publicaciones

Fundación "Mario Briceño–Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 19 XI

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 19
TEXTOS INEDITOS Y ENSAYOS DISPERSOS III
(Cultura, Hombres y lugares, Textos autobiográficos, Prólogos y reseñas, Miscelánea)

CULTURA 3
Encuesta sobre la educación Nazi 5
Jerarquía y cultura 9
El proceso de la cultura 11
Verdad y cultura 15
Inconformidad y cultura 17
Alegría y cultura 21
Libertad y cultura 23
Los valores morales y la cultura 25
Palmetas y colas 29
En la Universidad Central de Venezuela 33
Respuesta a unas gafas 37
La lección de **Iván el terrible** 41
Reflexiones de Navidad y Año Nuevo 45
Misión intelectual de la mujer 49
Muchachas que estudian 55
La tesis del nacionalismo 59
El día del pavo 63
Los Judíos de La Punta 67

Pág.

Coda 73
La angustia de ser Maestro 75
Nuestra fotografía contemporánea 79
Nacionalismo y universalismo 83
Las hogueras de San José 87
Música y danza en el Generalife 91
Sol del trópico 95
Síntesis del plan para una Editorial Hispano–Americana 99
Sombras sobre América 107
Senilidad imperial 111
La rebelión creadora 115
La hora undécima 121
[Discurso en homenaje al Maestro] 125
El magisterio de Villalba Villalba 131

HOMBRES Y LUGARES 137
El magistrado de Trujillo 139
El Doctor Diego Bustillos, universitario 141
Pompeyo M. Oliva 145
Carta del Ministro de Venezuela 147
Discursos en el "Club de los Zoquetes" 149
Palabras para despedir al Dr. Enrique Tejera 149
Palabras para despedir a Plinio Mendoza Neira 151
Palabras para despedir al Excmo., Sr. D. Ramón Piriz Coelho 152
Homenaje a Arístides Rojas 155
En defensa de un amigo 157
Carta al Dr. Rafael Caldera 159
El retrato de Gil Borges 161
En homenaje a don Pedro Valery Rísquez 163
Juan Ravell. De Briceño Iragorry a Luis Villalba Villalba 167
Los amigos de los hombres 169
De Mario Briceño Iragorry a Luis Villalba Villalba 173
La ceiba de San Francisco 177
Altagracia de Orituco y el sentido de la provincia 181
El dominio de la geografía 185
Comenzaremos por Trujillo 191
De cara a la provincia 195
Hablemos de Guayana 199

Pág.

Tierra de brujas, de paz y de justicia 205
El sueño de los muertos..... 209
Venezuela en Florencia 211
En la tierra de Cristóbal Colón 215
La ciudad sin alma 219
Alberto Carnevali 225
Tierra 229
Tierra de herejes..... 233
La eternidad de Antonio Fernández..... 237

TEXTOS AUTOBIOGRAFICOS Y ENTREVISTAS 243
Extinguidores de incendios..... 245
Por los fueros de la verdad 249
El camino hacia mi pueblo 251
Mientras quiebran los albores... 255
Palabras en la Plaza Bolívar de Trujillo..... 261
En la ciudad pacífica 265
Carta al Doctor Mario Briceño Perozo 271
Nuestros escritores hablan de sí mismos 275
Discurso en la Universidad Central de Venezuela 285
Vocación e iniciación literaria 293
[Caudillismo. Integración. Anticomunismo]..... 299
"Un clima democrático sólo puede crearse sobre un amplio espíritu de comprensión y convivencia" 305
"La Venezuela de hoy"..... 311
El Embajador de Venezuela habla sobre las relaciones comerciales entre ambos países 321
"El hombre y su huella. Mario Briceño Iragorry"..... 325

PROLOGOS Y RESEÑAS..... 333
Rumbos..... 335
Umbral..... 337
Un libro de mi pueblo y la fraternidad Colombo–Venezolana... 341
Libro sobre Caracas y su gente..... 345
Himnario trujillano..... 349
Carta a manera de prólogo 353

MISCELANEA 357
La responsabilidad moral del obrero 359

Pág.

Carta a don Ramón Villasmil, Director de **Panorama** 363
Carta al señor Manuel V. Nucete 365
Pro–América 367
La misión del periodista 371
El mal periódico 373
Confiteros y pseudomoralistas 375
Coplas por villancicos 379
De tales bodas, tales tortas 383
La desnudez de "Esfera" 387
Coces contra el aguijón 389
Los cañones y la moral 393
Respuestas sueltas a **El Nuevo Diario** 395
La incierta existencia de Mister John Joseph Churión 399
Aventuras de "Esfera" 403
Hercules vs. morbus 405
Psaphonis aves 409
En Panamá se reunió la América democrática 413
La Plaza del Trigo y la patria grande 419
Una lección y una bandera 423
El hombre eterno 427
El libro colombiano en Caracas 431
Apuntes para una filosofía del *slack* 433
Papeles irresponsables 437
En torno a la muerte de Monseñor Montesdeoca 439
Apuntes de libros 443
Régimen de los Museos y Archivos Nacionales y Legislación para proteger el tesoro artístico y monumental de la nación 447
El columnista de HOY 469
Carta al señor Jesús Antonio Colmenares Fossi 473
La hora legal de Venezuela 475
Un pacto de concordia 477
Carta al Dr. José Gómez Pinzón, Rector de la Universidad Nacional de Colombia 481
El conductor del Nº 2–6023 483
El viejo urbanismo caraqueño 487
Bicicleta versus Presidente 491
Las Misses, la ceiba y las sardinas 495
Carreño y las lentejas 499

Pág.

Tubo de escape I 503
Tubo de escape II 507
Tubo de escape III 511
Raúl Santana, Cronista plástico de Caracas 515
Arboles de Caracas 521
Exposición del paisaje caraqueño 525
Carta al señor Julio E. Briceño 527
El **Reina Mercedes** 529
La glorificación de Pinocho. El inolvidable fantoche 531
La contradicción de los mundos 535
Contra la violencia 539
La ira del pueblo. En Caracas 543
Revolución y servicio público 547
En defensa de los mendigos 551
Negritos y blanquitos 555
¡Caña! 559
Exposición Agropecuaria 561
Gran fiesta confederada 563
Dr. Gualberto A. Hernández. In Memoriam 571
Año Nuevo 573
Lo valioso y lo disvalioso en nuestro proceso cultural 575

Historial bibliográfico del volumen 19 577
Indices del volumen 19
Indice onomástico y toponímico 595
Indice de materias 617

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 19

Los materiales incorporados en este volumen han sido agrupados en: **Cultura, Hombres y lugares, Textos autobiográficos, y entrevistas, Prólogos y reseñas** y **Miscelánea,** todos ellos ordenados cronológicamente e integrados por artículos, cartas y discursos aparecidos en la prensa nacional e internacional como los anteriores (vols. 16 al 18); por algunos otros trabajos hallados en los archivos del autor que creemos inéditos; y por el folleto **Régimen de los Museos y Archivos Nacionales...**

En **Cultura** hemos incluido los ensayos que trataban específicamente sobre este aspecto o sobre tópicos con él relacionados: la educación, la tradición, el nacionalismo, y costumbres o folklore.

La cultura es tema que le apasionaba por creerlo determinante para el avance del país, y sus ideas al respecto continúan siendo de absoluta vigencia. Briceño Iragorry piensa que ella debería surgir del establecimiento de objetivos concretos, y que por tanto se hace "necesario crear una conciencia que sirva de centro de gravedad para todo el sistema. Una conciencia de ir a una parte", que sea la base a todo el sistema educativo, pero antes hay que plantear claramente las reglas del juego, por cuanto "no puede articularse una sociedad cuando sus individualidades usan como elementos de lucha la mentira, el disimulo y la ficción" (p. 19). Más adelante destaca cómo al pueblo venezolano, que se caracteriza por su conformidad y resignación, hay que hacerle tomar conciencia de sí mismo, para que al canalizar esa angustia le sirva de aliento de creación y de autorrealización.

La tradición es otro de los motivos recurrentes, y la considera medio apropiado para crear las "vivencias psicológicas" que sirven de base al edificio de la historia y la nacionalidad, en el que todos los hechos históricos se convierten en "expresiones todas de una conciencia multánime que expresa la angustia de un pueblo en busca de caminos" (p. 42). Luego expondrá:

> al defender la continuidad de lo histórico, busco, también, que nuestro pueblo se sienta más vigoroso en el tiempo y con ello poseedor de armas mejores para la defensa de sus derechos (p. 74).

Su artículo "Nacionalismo y universalismo" le permite desarrollar nuevamente las ideas sobre patriotismo, tradicionismo, nacionalismo y universalismo, que le granjearan tantas simpatías en Venezuela y el exterior, y que dieran también lugar a diversas polémicas.

En emocionadas palabras pronunciadas en 1958 en el Liceo "Juan Vicente González", enaltece la rebelión de los estudiantes contra la dictadura y la actitud inconforme que deben mantener, por cuanto

> en país como el nuestro, donde la mayoría de los hombres de apariencia responsable no piensan sino en asegurar la quietud del falso orden que sirva de estribadera a los negocios y a las prebendas, los jóvenes tienen que adelantarse forzadamente a funciones cuyo éxito reclaman la frescura de los ideales incontaminados (p. 116).

Seis años antes en ese mismo Instituto se dirigió a la muchachada liceísta para hablarles sobre los valores de la nacionalidad, con palabras que el gobierno pensó incitaban a los estudiantes contra la dictadura y que le resultara en amenaza de expulsión del país por parte de la Seguridad Nacional.

También se incorpora en este aparte, el último ensayo en el que trabajara hasta pocas horas antes de morir, "La hora undécima", –homónimo del libro inserto en **OC**, v. 9– donde el autor se nos presenta, al anochecer de su existencia, con la conciencia tranquila y la satisfacción de haber cumplido con el deber y los compromisos adquiridos.

En **Hombres y lugares** se han agrupado materiales que tratan sobre personajes como: Pompeyo M. Oliva, Esteban Gil Borges, Luis Villalba Villalba, Pedro Valery Rísquez, Alberto Carnevali, o Antonio Fernández. De éste último quiere destacar su bonhomía y grandes dotes espirituales; en aquellos, sus aportes a la cultura, a la educación o la formación de la nacionalidad.

En el Archivo fueron localizados los discursos pronunciados en el "Club de los Zoquetes" para despedir a tres de sus amigos –personalidades importantes del mundo diplomático– los doctores: Enrique Tejera, designado Embajador de Venezuela en Uruguay, Plinio Mendoza Neira, Embajador de Colombia y Ramón Piriz Coelho, Embajador del Brasil. Esos textos dejan ver una faceta poco conocida del Briceño Iragorry afable y cordial, la humorística, de quien departía con sus amigos en esa memorable peña que se reunía periódicamente para disfrutar de los placeres gastronómicos –por los que sentía especial predilección–, la grata compañía y la charla cordial de los integrantes del "Club", formado por un selecto grupo de escritores, políticos y diplomáticos[1].

Estudiar y entender nuestra geografía era para don Mario algo decisivo en la cabal comprensión de la historia y nuestra problemática social, y así nos lo hace ver en los trabajos que escribiera sobre diversos lugares: Altagracia de Orituco, Trujillo –la "cenicienta de la República"– y Guayana. En ellos nos presenta la problemática diversa de la provincia venezolana y sus gentes, con un conocimiento cabal de las dificultades educativas, culturales, ecológicas, económicas, agrícolas, sociales y de comunicación que esas comunidades confrontaban. En realidad pensó realizar toda una serie sobre las distintas regiones de la provincia venezolana pero, su campaña para las elecciones de noviembre del 52 y su asilo en la Embajada del Brasil el 16 de diciembre y posterior exilio a que lo obligó el resultado de las votaciones –fraudulentamente desconocidas por los militares– le impidieron completar lo propuesto.

---

(1) Información más amplia sobre los orígenes del grupo y sus integrantes, puede hallarse en el trabajo de Pedro Grases, "Del 'Club de los Zoquetes' y de la 'Sociedad Venezolana de Bibliófilos'", publicado en el vol. 14 de sus **Obras.** Caracas: Edit. Seix Barral, 1983. pp. 77–82.

El que sus artículos los dedicara a la provincia obedece a razones muy específicas; por muchos años venía insistiendo –como puede verse en documentos de volúmenes anteriores– en "la necesidad de crear una conciencia nacional que abarcara la pluralidad y la unidad de los intereses del país". Sostiene que "sin una provincia vigorosa en su economía, en su cultura y en su salud, no habrá República" y que desarrollar esa provincia es indispensable para el surgimiento de un sano nacionalismo, que en definitiva se sustenta en el cultivo de los sentimientos regionales.

"El sueño de los muertos", "Venezuela en Florencia" y "En la tierra de Cristóbal Colón" son impresiones de un viaje por Italia en 1954. Venecia, Florencia y Génova son ciudades que han cautivado su imaginación, y de ellas se expresa en un tono casi lírico cargado de referencias mitológicas y artísticas.

En "Tierra de herejes" deja ver su preocupación por el desprecio mantenido por los dirigentes del país hacia los venezolanos humildes de la ciudad y el campo; fechado en junio de 1958, es también uno de sus últimos escritos y publicado después de su deceso.

Textos autobiográficos y entrevistas son trabajos que exponen las reflexiones sobre sus andanzas y su obra –aspectos en que es particularmente rico el presente volumen–; abarca también algunos escritos de los días previos a su regreso del destierro en 1958, días de añoranza de aquella patria lejana que anduvo con él "en calidad de víscera doliente", donde manifiesta sus apreciaciones sobre el presente, en discurso que da la medida cabal de su estado físico y anímico, y su inquietud por la conducta social y política de sus compatriotas. Con frases que parecen recién escritas dice:

> Para los venezolanos el problema actual no radica en mera sustitución de nombres o en un simple deslizamiento de la antigua plataforma de influencias e intereses económicos. Urge cambiar el estilo de la política y el rumbo de acción de los grupos dirigentes. Venezuela clama por una conducta que tanto mire a la defensa de sus grandes valores históricos, como al equiparamiento de los actuales niveles económicos (p. 256).

En los discursos "Palabras en la Plaza Bolívar de Trujillo" y "En la ciudad pacífica", pronunciados al retornar a Trujillo para recibir el cálido homenaje de sus coterráneos, da a conocer, además de sus sentimientos a la hora del reencuentro, las actividades que realizara en el exilio en aras de la unidad de los partidos y su angustia por la situación actual. Hace un llamado al pueblo para que se mantenga vigilante en conservar las conquistas logradas y en buscar la unidad y la concordia, como condiciones que le permitan continuar en el disfrute de esos derechos recién adquiridos.

"Mientras quiebran los albores" contiene otro llamado, esta vez a los intelectuales consagrados "al lujo y al alarde vano" y a "fabricar hojarasca y vanagloria", para que bajen a escuchar las palabras del "pueblo ignorante, del pueblo desnudo, donde reside la mejor y más sana fuerza para el futuro del país. Allí y no en los gallardetes de la vanidad presuntuosa precisa sembrar la cultura" (p. 257).

Con los títulos de "Vocación e iniciación literaria" y "Caudillismo, integración, y anticomunismo", hemos incluido dos entrevistas que aparecieron en el Archivo sin título y sin el nombre del entrevistador. En "Vocación..." y en "Nuestros escritores hablan de sí mismos" comenta aspectos de su vida y dè sus libros; algunos párrafos los utilizaría en el "Prólogo general" de sus **Obras Selectas** publicado con el nombre de "Así ha sido mi vida" en el primer volumen de estas **Obras Completas.** En esas entrevistas como en las siguientes, realizadas por Guillermo Meneses, Humberto de Castro y Diego Ussi, hay por parte de Briceño Iragorry, amplio desarrollo de los varios temas planteados, por lo que el Comité Editor decidió incorporarlos en este volumen y no en los finales, donde aparecerá una selección de escritos sobre su obra.

En la sección **Prólogos y reseñas** se incluye "Rumbos", escrito introductorio de la importante Revista **Bitácora** que él y otros escritores publicaran entre 1943 y 1944.

Miscelánea[2] comprende algunos artículos firmados con el seudónimo ZETA, en los que desde las páginas del diario **La Religión** polemiza con

(2) Los tres últimos artículos incorporados en esta sección, "Año Nuevo", "Dr. Gualberto A. Hernández. In memoriam" y "Lo valioso y lo disvalioso en nuestro

Juan José Churión (encubierto bajo los seudónimos "El Bachiller Munguía", "Esferoide" y "Esfera") sobre asuntos que tienen que ver con la religión, la ética y la moral. La mayoría corresponden cronológicamente a los años 30.

En otros, se refiere al periodismo y hace variadas consideraciones en torno a la misión a cumplir por la prensa escrita que, en su concepto, debería estar dirigida a servir a los altos intereses de la comunidad y no a los privados, egoístas o mercantilistas. En cuanto al periodista, éste debía fungir de orientador de la sociedad dentro de los márgenes de la moral y la justicia, por lo que "necesita antes que todo compenetrarse con la honda trascendencia de su misión de educador, y pensar que, lejos de ser negocio comercial, su empresa es de verdadero orden social..." (p. 410), y junto a ese rol educativo debería desempeñar el de ductor y orientador en los problemas de auténtico interés social. Detro de esta concepción, muy acorde a su catolicismo militante, el periódico es

> poder moral que obra sobre la colectividad de manera cierta; la palabra impresa debe estar siempre revestida de altos tributos de nobleza y selección que la haga capaz de iluminar la conciencia social (p. 374).

y más que noticias, el periódico está en la obligación de ofrecer al pueblo las enseñanzas que lo ilustren y lo edifiquen, en vez de aquellos temas en los que por tergiversar las cuestiones se llega a la "apología de los vicios", y por tanto no deberían ser expuestos allí asuntos que ofendan la moral, como el suicidio, el amor libre o el control de natalidad.

El folleto **Régimen de los museos y archivos nacionales, y legislación para proteger el tesoro artístico y monumental de la nación,** compilado y anotado por MBI, contiene una breve relación sobre el origen de los museos Bolivariano, de Ciencias Naturales, de Bellas Artes y el Archivo Nacional, su "Reglamento", la "Ley de protección y conservación de antigüedades y obras artísticas" y la "Ley de Archivos

---

proceso cultural", fueron localizados en el Archivo MBI, cuando ya el presente volumen se hallaba foliado y en proceso de impresión, motivo por el cual no se encuentran insertos en las secciones que por su temática les corresponden.

Nacionales", leyes y reglamento todavía vigentes. Son documentos en los que MBI tuvo una participación decisiva, en unos, en su redacción como miembro de la Comisión Permanente de Relaciones Interiores del Senado o de la Junta Superior de Archivos Públicos, en otros, en su promulgación en su carácter de Presidente del Congreso de los EEUU de Venezuela, en 1945.

Otros asuntos a los que dirige su atención son los atinentes al urbanismo, transporte urbano, la democracia, el racismo y los acontecimientos relacionados con el derrocamiento de la dictadura del Gral. Marcos Pérez Jiménez. Aunque diversos en su temática, en todos están aquellas ideas que han sido *ritornellos* en los 18 volúmenes anteriores: su profundo sentido de la hispanidad, el sentido democrático, la búsqueda de una justicia social, la crisis de valores éticos y cívicos, el antimperialismo, y por sobre todo un profundo nacionalismo enraizado en un sano tradicionalismo y una constante lucha contra el voraz proceso de aculturación del país, el entreguismo de aquellos que él llamara "enanos morales, agigantados en el empeño de arruinar al país" (p. 231), las clases dirigentes de la economía nacional.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 19

CULTURA

ENCUESTA SOBRE LA EDUCACION NAZI[1]

La libertad de enseñanza, que al ciudadano garantiza la Constitución de la República, radica en la ausencia de una pauta dogmática a la cual deba ceñirse el Profesor y no en la facultad material de poder fundar cátedras o establecimientos donde enseñar. Se trata de una modalidad de la libertad de conciencia y no de una fase de la libertad de trabajo. Podría existir un régimen donde, sin libertad de cátedra, los particulares pudieran ejercer como actividad útil la profesión del Magisterio, mas sometida la enseñanza a las directrices ideológicas que señale el Estado.

La libertad de cátedra no tropieza en Venezuela, según establece el artículo 2º de la Ley de Educación, con otras limitaciones fuera de las contenidas en la Constitución de la República. ¿Cuáles son estas limitaciones?

Habremos de recordar que la Carta Fundamental tiene, *prima facie,* un amplio carácter de pauta o de vía que señala, de manera afirmativa por medio de declaraciones de principios, las líneas que deben seguirse en el ordenamiento social; y, además, un carácter de valla, en cuanto expresa, en forma directa, lo que no puede hacerse. De la primera posición resultan prohibiciones de tipo implícito para todo aquello que se oponga a la realización de las grandes consignas normativas; de las segundas, prohibiciones de carácter explícito. Ir contra las unas o contra las otras es ir contra la Constitución.

---

(1) Tomado de: **Ahora. Caracas, 11-03-1942, pp. 1-3.**

El tan discutido inciso Sexto del Artículo 32 de la Constitución de la República prohíbe expresamente la propaganda del comunismo y del anarquismo. Muchos han creído que esta prohibición, por su carácter taxativo, tolera, de un modo indirecto, beligerancia para la difusión del fascismo, del nazismo, del falangismo y demás sistemas que, tanto como el comunista y el anarquista, atacan la República democrática, y que no hay, en consecuencia, disposición legal que impida el fomento de ideas de este tipo hasta tanto adquieran el carácter conspirativo que pide el Código Penal. Este errado criterio donde menos halla cabida es en el régimen de los establecimientos de enseñanza.

Si la propaganda comunista está en ellos vedada por ministerio del inciso de mérito, la del fascismo y sus congéneres lo está por el claro alcance del Artículo 13 de la Constitución de la República, donde se define el carácter permanente de nuestras instituciones públicas, contra las cuales no puede hacerse propaganda en los planteles de enseñanza, sin exponerse por ello los de fundación privada a la sanción de clausura que prevé el Artículo 9º de la Ley de Educación. De lo contrario, por medio de los Programas de Educación Moral y Cívica el Maestro está en el deber impretermitible de promover en forma intensiva la enseñanza y el robustecimiento de los principios fundamentales de nuestra estructura republicano-democrática. En la escuela venezolana deben formarse vocaciones para la democracia y el republicanismo. Tolerar lo contrario es delinquir. Descuidarlo, otro delito.

En lo que dice a la educación de los hijos de inmigrantes, la escuela ha de propender a que se sume su vocación moral a las actividades sociales de la Nación. Con tal fin debe infiltrar en ellos sentimientos que los hagan sentirse vinculados a los intereses venezolanos. El amor a la Historia y a la Geografía, cuya enseñanza es privativa de los venezolanos, junto con el respeto a las instituciones políticas del país, son las vías certeras para este logro. Sin que ello empezca para que sea respetado en sus justas proporciones el derecho del inmigrante a mantener en contacto espiritual a sus hijos con la tradición de la vieja Patria de origen, siempre que este nexo no llegue a crear islas sociales como en el lamentable caso de la Colonia Tovar. Justamente contra la estructura docente que venía rigiendo en este asiento colonizador

donde llegaron a asignarse sueldos del erario público venezolano a maestros nombrados por el Gobierno Alemán, y contra las escuelas inglesas que se habían infiltrado en nuestra región fronteriza del Este y también contra Institutos extranjerizantes que funcionaban a la fecha en Caracas, se estatuía en el Artículo 10 del Proyecto de Ley Orgánica de la Instrucción, introducido al Congreso Nacional el año de 1933, que "en todo Instituto donde se suministre la Instrucción Primaria, la enseñanza debe hacerse en lengua castellana" y se obligaba, además, a cantar en él el Himno Nacional dos veces cada día. Y en el Artículo 5° del Proyecto de Ley de Instrucción Primaria, Secundaria y Normalista de aquel mismo año, al demarcarse el ámbito de la Escuela Primaria, se decía que, junto con la educación física, higiénica, manual, intelectual, moral y estética, se realizaría "la educación cívica, a fin de inculcar e intensificar sentimientos de civismo imprimiendo a la enseñanza en las diversas materias, hasta donde fuere posible, genuina fisonomía venezolana", normas éstas que fueron tomadas en consideración por los redactores de la vigente Ley de Educación.

Sería absurdo pedir al inmigrante que renuncie a la historia donde está enraizado su plasma genético. En cambio, nuestra escuela, por medio de una atractiva e idónea enseñanza del suelo y del pasado y al través de una mejor formación del carácter cívico del escolar, puede conducir el espíritu del niño extranjero al propio amor de nuestro anales y de nuestras formas sociales, con mengua notoria de las influencias que en él ejerza el clima perdurable de la tradición familiar. Considero por ello esencial que la escuela venezolana, vitalizando sus sentidos, se dé a esta natural y provechosa labor de edificación moral, que tanto sirva a elevar el nivel de lo nuestro, cuanto a absorber valores extraños que vengan a acrecentar nuestras reservas humanas, sin que en tal obra se asuman actitudes de erizada xenofobia que pudieran atraer sobre nosotros las mismas críticas que, con tanta justicia hacemos a los regímenes políticos donde se pretende la aplastadora nivelación de las conciencias. Para el extranjero reacio que, tanto en la cátedra a que tiene derecho, como en la vida común, se permita mirarnos como pueblo inferior con cuya alma no deba mezclarse el alma de sus hijos, estén siempre expeditas las puertas del retorno hacia los lares antiguos. Generosos en el dar y el respetar debemos ser a la vez, rigurosos en

el pedir lo justo. Ni en la entrega servil ni la arisca actitud de quienes se creen señores de un mundo rígido que no habrán de alterar mañana ni los hijos de nuestros hijos. Para algo es ancha y está vacía y reseca nuestra tierra. Y para algo, además, se predica la comprensión de los hombres y la necesidad de sumar sus fuerzas creadoras.

En lo referente al cierre de institutos donde se fomenten ideas y credos políticos contrarios a las instituciones del país, juzgo que no se trata ya de una opinión personal sino de directa apreciación de hechos por mí desconocidos que caen bajo el radio de acción de las autoridades encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes de la materia, a cuya mejor y honrada información y conducta me remito en este caso.

JERARQUIA Y CULTURA[1]

El proceso social es un amplio camino hacia la diferenciación. Mas, un camino que arranca del propósito personal de superarse a sí mismo. En la comunidad democrática se garantiza por igual a los individuos la posibilidad de realizar esa superación de valores. Sin mirar lo anterior, el Estado debe dar a los individuos la facultad de que se hagan su propio destino. Y al garantizarles la uniforme posibilidad primaria de arrancar hacia la conquista de sí mismos, debe garantizarles también los privilegios a que les dé derecho el esfuerzo creador. Es el difícil y peligroso proceso de las jerarquías, mal entendido desde una posición demagógica y peor aprovechado desde el punto de vista de los intereses oligárquicos. Jerarquía no quiere decir permanencia en el disfrute de un valor convencional. Jerarquía es todo lo contrario: es acomodo de las fuerzas sociales de conformidad con las leyes de la posibilidad creadora y del rendimiento útil. Una comunidad sin jerarquías puede decirse que es un cuerpo sin vertebración. En ella primará el asalto y el azar. Mas, como hemos dicho, esas jerarquías no pueden ser el resultado de situaciones preestablecidas, sino efecto de una labor personal de construcción de valores. Culminación de un proceso de cultura.

Aquel doloroso concepto sobre los métodos venezolanos, que alguien acertó a definir en la frase de que entre nosotros "nadie está en su puesto", es justamente la expresión exacta de la crisis de la jerarquía. No estar en su puesto implica un acomodo donde se ha olvidado el valor específico del hombre como cifra social de rendimiento. Este

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), julio 1943, pp. 1-2.

concepto de jerarquía útil y adventicia, basamental en la comunidad democrática, no debe ser confundido con la jerarquía que resulta de deformaciones sociológicas y de intereses de clase. Son posiciones que, así se presten a la confusión, distan profundamente en su radio conceptual. Contra la vieja jerarquía de valores e intereses creados, debe lucharse por medio de la jerarquía que resulta de un neto proceso de superación y selección personal. La una representa el pasado en su noción de gravedad inerte; la otra es el propio movimiento de la vida social, el devenir permanente, el logro de lo que se valoriza con fuerza de hoy. No se concibe un justo proceso cultural sino en función jerárquica. Es el estímulo, el acicate, el elan que empuja las nuevas fuerzas.

Para formar una nueva y batalladora conciencia educativa, precisa adelantar la formación de esos conceptos de propia estimativa social. La Universidad no llegará a fraguar una noción optimista en la juventud, si ésta permanece en el concepto negativo de la invertebración social. Nada quiebra tanto las voluntades como la sistemática del azar. El proceso político termina por convertirse en cacería de oportunidades. Y el campo social, alejado de su recta noción de taller donde el artista busca la superación de la obra, se convierte en tienda de feria donde cada tratante, por todos los medios posibles, busca para su mercancía el mejor precio...

EL PROCESO DE LA CULTURA[1]

Tema obligado de la hora presente del mundo, y que en lo nacional nuestro adquiere particulares dimensiones, es el tema de la cultura. Si se indaga la angustia del tiempo, la hallamos particularmente enraizada en los problemas que promueve la crisis de las ideas que han venido dirigiendo la civilización occidental, de que fue tributaria y que hoy transforma nuestra América.

Esa angustia de fuera y de dentro, esa inquietud que tanto nos traen los aires venidos de otras latitudes cuanto brota espontánea en nuestro propio suelo social, debiera lograr una más reposada meditación de parte de aquellos que se sientan responsables frente al deber de edificar una cultura nacional, es decir, un tono que sirva de nivel y cifra para determinarnos en el conjunto de la civilización.

Tema un tanto vagaroso y de múltiples proyecciones, sobre el cual pululan opiniones contradictorias y al cual se intentan aplicar los más variados remedios. Ora se busca su raíz en la raquítica escuela primaria, quienes la hallan en un deficiente proceso de formación media, aquéllos la transfieren a la Universidad y a su deficiencia formativa, otros la explican por medio de fórmulas económicas, circunstancias sanitarias o factores étnicos. Podrá decirse que en estas diversas diagnosis del problema, enfocado en forma lateral y simplista nadie anda absolutamente equivocado, aunque colectivamente todos trafiquen notorios descaminos.

---

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), N° 2 (1943), pp. 1-3.

El proceso de la cultura no es para ser visto desde una sola ventana, ni su fin logradizo al través de una sola vía. Es, de lo contrario, un todo por demás complejo, que implica, para solucionarlo, una correlación de fuerzas y sentidos, a que acaso no haya habido de parte nuestra un franco propósito de abocarnos.

La cultura es obra colectiva de hacerse y hallarse el hombre a sí propio. Lo mismo en la pedagogía de Sócrates que en la pedagogía de Rousseau, lo mismo en el humanismo burgués del Renacimiento que en el humanismo proletario (acusada expresión del antropocentrismo racionalista), o que en el humanismo socialcristiano de la edad presente, la cultura busca, por medio de distintas y aun contradictorias fórmulas, el sentido total del hombre. Busca, acertando unas veces en las rutas, desviando en otras la propia función dual —espíritu y materia— constitutiva de la esencia de lo humano, que los hombres sean y realicen su destino cósmico. Es labor múltiple de orientar y de hacer, que no cristalizará hasta tanto se ofrezcan consignas orientadoras, en forma ecuménica, de la obra y la intención del pueblo.

No es problemática de *pensums* y programas, realizables en forma teorética en los laboratorios de los técnicos y de los legistas. Se trata de algo mayor: se trata de absolver disyuntivas sociales. Se trata de lograr un tono de comprensión que haga posible la convivencia de lo contradictorio y lo disímil. Se trata, en fin, de dar fisonomía uniforme a una masa humana donde, así sea en forma señera, lucen flores de la milenaria cultura europea, entre ásperos bejucos, representativos permanentes de las culturas vegetales de Africa y de América, que se funden para una mejor etapa del hombre.

Obras de superación y de fe. De fe en nosotros mismos. De fe en la materia humana que va a transformarse. De fe en el barro que se va a modelar para que haya la presencia de un venezolano mejor. Mas, esa labor ha de ser producto de un verdadero acoplamiento de voluntades y de un neto sentido de responsabilidad ciudadana. Debe ser, en primer término, obra de verdad, obra que aviente los ropajes de la simulación y de la farsa, que en mucho ha sido nuestro fenómeno cultural. Farsa que no se queda, como pudiera entenderse, entre los

muros de los establecimientos educacionistas, sino farsa que penetra el tuétano social y cuya responsabilidad gravita sobre los más cultos y capaces.

Es necesario decirlo: no es al maestro de escuela en sí, ni a la propia ausencia de la escuela, en otros casos, a quien se deba pedir razón del bajo nivel de la cultura nacional. Se trata, no de hechos aislados, sino de un fenómeno de conjunto. No son las Universidades, ni el Liceo, ni la Escuela los solos responsables de la actual deficiencia cultural de que tanto nos dolemos. Menos las leyes y los programas de estudios. Somos todos los que podemos servir su mejoramiento quienes debemos examinar nuestro propio deber y medir nuestra deuda con la cultura. Nuestra deuda con el pueblo, a quien estamos obligados a presentar posibilidades de realizarse por sí propio.

De tal examen habrá de surgir, como elemento previo, una neta noción de nuestro valor como "todos individuales". Como personas llamadas por nosotros mismos a superarnos. Debemos, al efecto, buscar las consignas de nuestro destino social. Buscar el propio sentido creador que hayamos de imprimir a nuestras realizaciones en el campo de la dinámica colectiva. Debemos saber cuál sea la propia finalidad de nuestro esfuerzo común. Cuál sea el sentido de la propia enseñanza e ir a tal obra con la angustia eficaz de quien siente sobre sus hombros el peso del futuro y como la fe de quien sabe que tras el duro trabajo de horadar la piedra aspérrima, saltará el claro sortilegio del agua refrescante. Obra de fe. Obra de confianza. Obra de alegría. De fe en nuestro calumniado capital humano. De confianza en el porvenir del espíritu. De alegría surgente del propio hecho de pueblo al servicio de una idea de humanidad y de justicia. De la recta alegría que debe acompañar a quien se ve a veces encerrado con la farsa y la mentira.

VERDAD Y CULTURA[1]

La cultura, como proceso interno en el desarrollo de los pueblos, comporta un doble carácter de unidad y de expansión. Unidad en lo que dice a la sucesión de los estados colectivos de conciencia que, así difieran en el tiempo, mantienen una línea central que sirve para la permanente rotación del pensamiento. Expansión, en cuanto se refiere al lógico crecimiento del radio exterior en el orden de la horizontalidad de las masas. Proceso de aguzar hacia adelante y de apaisar sobre el mapa social las conquistas del espíritu. Impetu que va de frente y fuerza que promueve a todo lo ancho la fragua del gran edificio humano.

Mas, la unidad y firmeza de los procesos de cultura piden la precisión de las consignas sociales, reclaman un carácter inequívoco en las voces que señalan los rumbos colectivos. Nuestro desarrollo histórico nos deja ver cuánto ha purgado la República su apartamiento de una línea de franca objetividad. Como en pos de lecciones de verdad y optimismo debemos volver la mirada hacia la obra de nuestros mayores. Nuestra epifanía de pueblo fue la ejecución unánime de una consigna: la conquista de la libertad y de la igualdad social. Y con ella en la lengua de los tribunos y con ella en la punta de las lanzas guerreras, nuestros hombres vistieron de realidad su nueva presencia en los estrados de la historia. Se tomó una consigna, y se cumplió. Se lanzaron slogans, y se fue leal a ellos hasta acabar la obra que unos y otros compendiaban. Hubo la simultaneidad de pensamiento y de acción que reclama para su eficacia toda empresa de hombres. Hubo la alegría creadora que brota del convencimiento de servir a una verdad.

(1) Tomado de: Bitácora (Caracas), N° 3 (1943), pp. 1-3.

Por ello hemos sostenido la necesidad de líneas veraces de referencia como guías de nuestro proceso cultural, a fin de que éste alcance fornidas realizaciones. Nuestra tragedia la constituye en gran parte la falta de paralelismo entre las normas que se proclaman como directivas de acción y los hechos que las contradicen. De ahí la falta de fe, la falta de constancia, la falta de alegría colectiva que nos veda la madurez de una obra. No se puede edificar una cultura sobre un tablado de falencias. No puede articularse una sociedad cuando sus individualidades usan como elementos de lucha la mentira, el disimulo y la ficción.

Se habla de malos programas de estudio y de deficiencia de leyes, para explicar el estado de nuestra educación. Se esbozan planes y se adjetivan proyectos, mas, se deja a un lado la consideración de las circunstancias sobre las que descansa todo el problema educacional. Es necesario crear una conciencia que sirva de centro de gravedad para todo el sistema. Una conciencia de ir a una parte. Un sentido de obrar conforme a los conceptos de que se predica. Al joven que ve culminar en la Universidad su larga obra de preparación científica, es necesario ofrecer una realidad ambiental que no destruya el fruto de sus serenas meditaciones y la esperanza que creció en su espíritu al calor de las palabras del Maestro. Nuestra tragedia social es obra de ese complejo doloroso, que traumatiza la conciencia de los individuos. La tragedia de pensar dos veces para la misma cosa. La tragedia del culpable disimulo que obliga a mantener, en actitud de sospecha el juicio y la conducta de los hombres. La actitud espantosa de una colectividad que se sabe falaz en sus relaciones individuales, de una sociedad que, tras la palabras, busca los subvocablos donde se esconden los pensamientos no expresados. Ese clima de disimulo, de permanente defensa, de aguzada suspicacia, crea, como consecuencia, el egoísmo agresivo que se abulta aun en el seno de lo que hemos llamado partidos políticos y entre las mismas asociaciones culturales donde entendemos darnos a una obra de proyecciones desinteresadas. Es la tragedia del hombre que camina contra sus propias doctrinas. La tragedia del Maestro que niega su ejemplo para el vigor de la enseñanza. La tragedia de quien predica caminos y valla las entradas.

Para contradecir ese estado social, nuestra consigna ha de ser:

POR LA VERDAD A LA CULTURA

INCONFORMIDAD Y CULTURA[1]

La angustia es ardiente fuerza creadora en la vida del hombre. Tanto el individuo como la colectividad necesitan de ella para superarse, para lograr su integración. La angustia es dolorosa, es dramática, mas el hombre sabe que el dolor es verdad profunda y grave que purifica, eleva y da el dominio de la existencia.

Es inconcebible un ser humano sin angustia. La misma inocencia infantil tiene angustia. Los pueblos primitivos también la tienen y la revelan en su temor al misterio, en sus gérmenes religiosos, en sus interrogaciones, en sus vagos afanes. Mientras más culto un pueblo, más fuerte es su angustia. ¿Cuál ha de ser la actitud lógica de un pueblo culto ante su propia angustia? Canalizarla, convertirla en poder para su propia integración, para su propia realización, para su propia grandeza.

Los pueblos que aún no han podido encontrar el cauce de su angustia, son pueblos conformes. Viven conformes con su angustia. Caen en la resignación. Viven en el drama, en el incendio de un torturante drama, no solamente interior, sino vertido patéticamente a la realidad exterior.

El pueblo venezolano es un pueblo conforme. Es un rumiante de su propia angustia. Su drama es visible en todas las latitudes de nuestro territorio. Esta es una verdad cruda, pero es la verdad, nuestra propia

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), N° 4 (1943), pp. 1-3.

verdad porque si la disimulamos, seguiremos siendo conformes, sin posibilidades para la superación.

El venezolano ha vivido conforme con su angustia, a pesar de que su angustia lo ha llevado a través de la historia a las situaciones más dolorosas, sangrientas y heroicas. El pueblo venezolano ha sufrido muy pocas revoluciones espirituales y morales. Sus revoluciones se han quedado en el campo de batalla, en el zafarrancho y en el asalto político. El único hombre que logró llevar a cabo una gran revolución de la moral y del espíritu venezolano fue Bolívar. Cuando se inició la guerra de la Independencia, la mayoría de los venezolanos eran realistas, es decir, estaban conformes con el sistema imperialista y absorbente de España. Las masas iban a la guerra por causas que desconocían. Luchaban contra los mismos patriotas sin saber que luchaban contra sí propios. Bolívar necesitó la violencia bárbara de la guerra a muerte para transformar, lo que hasta entonces no había pasado de guerra civil y social, en guerra antimperialista, en guerra internacional. Bolívar creó una conciencia nacional. Forjó una mística que permitió a los venezolanos saber por qué luchaban. Bolívar logró en aquellos años sangrientos canalizar la angustia de los venezolanos. Pero esta angustia perdió su cauce, por razones que no es el caso enumerar, y todas las energías se desperdiciaron en guerras civiles tras guerras civiles, que habrían logrado un balance social con el triunfo de la revolución federalista, si ésta no hubiera desembocado, tras la reacción azul, en las nuevas formas oligárquicas que surgieron con el autocratismo del 70, y cuya secuela fue la recia estructura militar que adquirió el poder público.

Hoy día, a pesar de los grandes cambios que hemos logrado en lo político, el pueblo venezolano, en su mayoría, sigue siendo un pueblo conforme. Hay un ochenta por ciento de analfabetos resignados a su doliente pobreza. En los centros urbanos y en los campos, la mayoría de la población hace una mera vida vegetativa.

Ha faltado en los métodos ensayados hasta ahora el sentido práctico y veraz que permita colocar a cada quien en su puesto. No se ha atendido a la vocación, a esa fuerza tan profunda del hombre. Uno de nues-

tros más tremendos dramas radica allí, precisamente, en que no se actúa de acuerdo con la vocación y la capacidad individual. El venezolano vive asaltando caminos que no le corresponden. ¿Por qué? Porque no ha sido educado y utilizado de acuerdo con su vocación y medios y porque no se le ha hecho sentir la propia responsabilidad de su destino social. ¿Puede haber, acaso, algo más dramático que una vida obligada a actuar contra su propio destino? Existencias tales habrán de caer siempre en el caos de la contradicción. Un pueblo cuya mayoría ha de vivir así, estará bajo el signo infausto de la angustia estéril.

Existen en los actuales momentos fecundas posibilidades para el pueblo venezolano. Muchas posibilidades que pueden convertirse en realidad; pero hay algo fundamental que deben tomar en cuenta los dirigentes de la nación: transformar a Venezuela, por medio de la práctica de la verdad social, de pueblo conforme en pueblo inconforme, es decir, en pueblo que, conociéndose a sí mismo, canalice su angustia hasta convertirla en aliento de creación. Si ayer se hizo, a punta de lanza, una Revolución que nos puso en el goce de la autodeterminación política, hoy debemos realizar una nueva Revolución que, sólo con el aroma de las palabras, nos lleve a la reforma de nuestros hábitos viciosos y nos ponga en el goce pleno de nuestra dignidad de hombres libres. Así caminaremos los caminos ciertos de la cultura.

ALEGRIA Y CULTURA[1]

Plantear el problema de la alegría a la par del problema de la cultura, pareciera de primer intento un vano esfuerzo literario. Consecuentes con viejos conceptos de disciplina escolar, se ha mirado la educación como un lánguido proceso rigorista y como la propia culminación de una cadena de sacrificios. No queremos referirnos a estos conceptos simplistas. Miramos la cultura como un proceso de búsqueda del hombre por sí mismo. Como un afán permanente de realizar la persona humana. No confundimos la cultura con la erudición. No llamamos educado a quien pueda repetir de coro las *Pandectas*. Llamamos culto a quien venció las etapas orgánicas del desarrollo humano y siente aflorar en sus actos la plenitud entitiva del hombre. Y esta plenitud no puede expresarse sino por medio de una actitud de franca alegría. Como la expresión de aquella alegría suprema que Schiller llamó "resorte de la naturaleza eterna".

En nuestro proceso social esa alegría ha de ser expresión de un tono de fe en nosotros mismos como fraternidad llamada a cumplir una misión unánime. Fe en nosotros mismos, mas en un "nosotros" de pluralidad y no en un "nosotros" que se revuelve sobre el mero valor egoísta del individuo. "Mi" fe y "tu" fe sumadas en un acto de creación. La fe en nuestros semejantes como expresión de sinceridad y de salud espiritual.

Nuestra cultura ha de ser resultado de una conciencia nueva que absuelva los vinagres de la desconfianza. Debemos insistir, sin que ello

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), N° 6-7 (1943), pp. 1-2.

se mire como actitud pesimista, en nuestra carencia de confianza social. Somos un pueblo a la defensiva. Somos hombres encuevados, dispuestos a dar el zarpazo de primeros por la sospecha de que se nos adelante el vecino. Carecemos del "team spirit" que hace alegre las labores colectivas. Dudamos permanentemente y, como consecuencia, carecemos de la alegría de los que creen y de los que crean. Nuestra risa misma es una manera de cortina con que intentamos cubrir nuestra cavilación permanente, nuestra sospecha continua. Acaso fruto del mostrenco individualismo de nuestros pueblos originarios —caribe y español— con su mucho de dolor y angustia negra; tal vez consecuencia de nuestros continuos fracasos sociales; quizá insuficiencia de nuestra población analfabeta, enfermiza y subalimentada, lo cierto es que el hecho negativo existe. Somos un pueblo triste por falta de fe mutua entre sus hombres. Somos un pueblo que desconfía. Y a la cultura, a la realización integral del hombre, no se va sino al través de una alegría y de una fe que nulifiquen lo vegetal y lo orgánico que subsiste en los cuadros sociales. Una fe, pero una fe con arraigos ciertos. No fe en palabras volanderas. Ni fe en promesas chimbas. Debemos realizarnos con actos que promuevan la fe en las consignas de donde se alzará la alegría que realice nuestra nueva cultura.

LIBERTAD Y CULTURA[1]

La historia de la humanidad es una ininterrumpida lucha por el logro de la libertad y la cultura, dos conceptos que forman un solo ámbito en la conciencia del hombre. Ambos se juntan en la perspectiva del espacio y el tiempo, constituyendo un profundo acicate para la existencia humana. Sangre, desvelos, sueños, vigilias, intervienen con su perenne signo de angustia para alcanzar esta noble meta. Desde los primeros tiempos el hombre le ha encendido sus sagrados pebeteros porque sabe que libertad y cultura son los únicos medios que le permiten ubicarse en su justo puesto, desde el cual le es dado desplazar sus posibilidades creadoras. El hombre es un ser creador, mas sabe que la creación no puede realizarse sino mediante la libertad y la cultura. No sabemos dónde termina la libertad y dónde comienza la cultura, o viceversa. Libertad y cultura se necesitan recíprocamente. Puede decirse también que son una misma cosa y que en la vida del individuo y de los pueblos no podría efectuarse la una sin la intervención de la otra. Son dos caminos que convergen y en cuya unificación aparecen para el hombre la posibilidad de alcanzar su plenitud. Cuando el individuo se debate en busca de su conciencia, en busca de una comprensión de su "yo", en busca de su significación y de su integración, comienza por romper sus cadenas interiores, es decir, su cultura se realiza mediante la libertad, y ésta se hace cada vez más grande a medida que el individuo se va encontrando por el camino que recorre, por el camino de la cultura. Porque eso de buscarse, de vivir entre íntimas interrogaciones, de indagarse, de ir en busca de una actitud cónsona con las exigencias del mundo, de realizarse, es cultura. La

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), N° 8 (1943), pp. 1-2.

cultura no es un problema de simple erudición. La cultura es vital y ha de seguir el ritmo cálido de la sangre. Es armonía. Lo que hemos dicho del individuo es perfectamente aplicable a los pueblos. Los pueblos devienen con sus luchas y sus dramas hacia su propia libertad y hacia su propia cultura, lo que lleva implícito el anhelo de resolver sus problemas económicos, políticos y sociales. En la formación de esa armonía colectiva intervienen la libertad y la cultura reforzándose mutuamente y reforzando las aspiraciones y la voluntad de los pueblos. Por eso, mal podría un pueblo luchar por alcanzar altos planos de libertad, alcanzar su plenitud, dando la espalda a la cultura. Sería una actitud falsa que lo llevaría a una libertad de peligrosos cimientos, fácil de aplastar a los que la han construido.

La libertad es un estado de conciencia, es decir, un estado de cultura, donde el hombre, dueño de sí mismo, sabedor de lo que es y puede dar y recibir, actúa según su medida. De ahí que la verdadera libertad es orden. El orden de la cultura. En la vida de un pueblo no puede existir verdadera libertad si las cosas no están en su puesto, si no existe armonía entre los múltiples factores que mueven su vida. Por lo tanto un pueblo solamente puede ir acercándose a un alto grado de libertad a medida que recorra el difícil sendero de su cultura.

¿Ha llegado a esta comprensión el pueblo venezolano? Es esta una interrogante cuya respuesta han de buscar nuestros buenos pedagogos, nuestros intelectuales, nuestros buenos políticos, todos los hombres que se preocupan por nuestro destino.

LOS VALORES MORALES Y LA CULTURA[1]

El hombre es un ser que tiene la posibilidad de tener conciencia de la moral. Para su existir tal conciencia es necesaria. De ahí que su larga, intrincada y dramática historia puede resumirse como un gran esfuerzo por aquilatar los valores morales al través de todas las actividades y manifestaciones de la vida. Santos, filósofos, artistas, científicos, políticos, se han esforzado porque la existencia humana alcance una alta categoría y se realice como un movimiento armónico, disfrutable por todos de manera cabal. Esta justa aspiración a una vida cada vez mejor, en la que los individuos y los pueblos pueden realizarse en constante avance hacia su plenitud, es la más alta conquista de la inteligencia y del corazón. En esta búsqueda de la armonía humana va implícito el proceso de la cultura, porque en fin de fines la cultura es lo que nos da el dominio de la existencia. El constante anhelo de cultura nos revela que el hombre es un afán de perfección. Este afán de perfección se nos manifiesta en todos los aspectos de la vida. ¿Por qué, entonces, podemos preguntarnos, cae en ciertos momentos el hombre en errores tan graves, perjudiciales y oscuros, como el que involucra la pavorosa guerra que en los actuales momentos sufre el mundo? Hoy día se nos presenta el hombre como destruyendo todo lo que durante siglos ha construido. Sin embargo podemos estar seguros de que el hombre, en casos como éste, podrá destruir todo, menos lo que está en su conciencia. Esta guerra no ha sido organizada y llevada a la práctica por la humanidad, sino por unos cuantos hombres que desconocieron los valores de la moral y de la cultura, que no tuvieron un sentido

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), N° 9 (1944), pp. 1-4.

humanista de la existencia, hundiendo a buena parte de la humanidad en una insaciable avidez. Una serie de monstruosas ambiciones económicas y políticas que hicieron a una minoría internacional dueña del mundo, cortaron a cada quien la posibilidad de hacerse su vida. En este siglo el hombre ha llegado a arrastrar las más pesadas cadenas. La manera de fomentar el odio se ha convertido en una ciencia. El crimen colectivo se justifica mediante la más descarada propaganda. El ansia de destrucción se lleva a la práctica sistemáticamente. La seguridad de la existencia ha sido totalmente abolida. La ciencia se aplica en función de muerte. Pero he aquí que ante tan horribles hechos el hombre está despertando de su pesadilla y reclama lo más noble de su heredad. El hombre quiere volver a ser dueño de sus valores morales, quiere volver a la dignidad y conquistar una libertad justa y armoniosa, no una libertad convencional y falsa.

Esta guerra que es una consecuencia de las aberraciones a que había llegado el hombre, y que, por los medios técnicos de que dispone, es la más atroz de las que han acontecido, habrá de constituir una gran lección para la humanidad, porque este drama no ha hecho sino poner en la balanza, ante nuestros ojos, el bien y el mal.

Los pueblos de América que con tanta atención y conciencia han seguido el hilo de esta contienda, tienen una gran función que desempeñar en el mundo de hoy y de mañana. El Nuevo Mundo, que ha venido acumulando los valores culturales de Europa, está en la posibilidad de cumplir un gran destino y de alcanzar una poderosa y alta conciencia moral, que permita a nuestros pueblos realizar integralmente su existencia.

Actualmente vivimos en Venezuela momentos políticos afortunados, pero es cierto que muchos de nuestros hombres viven desajustados de aquellos valores que hacen posible la armonía de un pueblo. Es verdad que nuestro inmediato pasado político ha dejado una serie de taras, pero ya es tiempo de que nuestra mentalidad se acomode a mejores y más sanos fines. Necesitamos forjarnos una más severa y grave conciencia moral. Necesitamos que cada quien formule su código de conducta, en que el bien, como concepto social, permita la armonía nacional.

Uno de los grandes errores morales de muchos venezolanos es esa tendencia a poner la inteligencia al servicio de eso que nosotros llamamos "viveza". Esa actitud nos está haciendo un mal. Esta actitud de unos cuantos es lo que produce ese estado caótico, en que se hace visible el fenómeno de que son muy pocos los que realmente están en su puesto. En esta actitud también lo que rompe con el mutuo respeto, tan fundamental para la vida y avance de los pueblos. Es esta actitud la que crea la desconfianza, tan común entre los venezolanos. Es esta actitud la que ha traído esa como subversión de valores que acaba con todo estímulo personal.

Ante la tragedia de esta guerra, que nos ha mostrado los más indescriptibles horrores, la humanidad aspira alcanzar una vida mejor. Pero la humanidad sabe que esta aspiración no podría realizarse sin aferrarnos a los valores morales. Nuestro pueblo ha de tener esta comprensión, sobre todo los maestros, en cuyas manos están aquellos en quien se puede sembrar el bien y el sentido noble y puro de la existencia.

PALMETAS Y COLAS[1]

La palmeta se ha puesto a la moda como símbolo de gobierno, y se comenta su reimplantamiento en la escuela como valla contra el alegado desmán del pueblo. Nosotros, en un afán de pensar bien de nuestros semejantes, hemos llegado a suponer que se trata apenas de un ejercicio humorístico para distraer la atención venezolana en estos momentos de ardorosos y fecundos temas políticos. Justificar la eficacia de lo histórico no implica necesidad de rehabilitar sistemas que pudieron haber servido ayer para un fin útil. Nuestros grandes hombres, Bolívar y Bello a la cabeza, se educaron en la vieja escuelita, donde el maestro severo aplicaba castigos corporales y aprendieron allí mismo las letras en el famoso Catón de San Casiano. Y tan bien llegaron a manejar la lengua, que el uno se prodigó en arengas que cambiaron la faz política de un mundo, y el otro, por su estudio, mejoró la propia arquitectura filosófica del idioma. De tales consideraciones no podría inferirse que los modernos métodos de alfabetización deban ceder ante la histórica eficacia del deletreo colonial. Ni menos pensar que la dignidad y el respeto humano que los niños aprenden en la escuela moderna, deban ser reemplazados por el humillante método de los golpes y los sambenitos.

La palmeta, como símbolo educador, creó desgraciadamente un concepto de disciplina capaz de evolucionar, cuando se trató de aplicarla fuera de la escuela, hasta el rolo policial y el grillete de las cárceles. La seriación lógica de las circunstancias sociales explica ese fenómeno de la mayor dimensión. Aceptado para la escuela el castigo corporal,

(1) Tomado de: **El Tiempo. Caracas, 15-03-1945, p. 4.**

que atrofia la personalidad del niño, sus posibilidades futuras carecen de límites. El maestro con la palmeta y el cuarto obscuro, es un anticipo social del calabozo tapiado y del grillo de sesenta libras. ¿Y cuál el fruto de éstos?

Hubo calma y orden aparentes durante las viejas dictaduras. Nadie lo niega. Pero esa calma y ese orden tuvieron su saldo en el hogar huérfano y en el ciudadano temeroso de su propia sombra. Y reclamaron, además, como elemento que lo hiciera posible, el brazo alzado de la autoridad sobre el hombre sufrido. El pueblo careció de disciplina, porque le faltó la responsabilidad que aflora de la propia conciencia de sentirse señor de sus actos. Y como no la tuvo, los encargados de guardarla, estuvieron siempre en el trance de imponerla con el argumento de la fuerza.

¿Se vio, acaso, en la época de la pedagogía de los palos, el espectáculo civilizado de las largas y pacientes colas a la puerta de los teatros, de los servicios y oficinas públicas y de las estaciones de tránsito? ¿Han pensado los panegiristas de la palmeta que esta actitud de espontáneo orden se ha logrado en una época de superación cívica, cuando el temor a la autoridad ha sido sustituido por una reflexión de los deberes y de la urbanidad social?

Se habla de desmanes que pueden conducir la República a un nuevo caos. ¿Y dónde los desmanes? Fuera de la incorrecta actitud de algunos órganos de la prensa que, como en el reciente caso de Barquisimeto, han olvidado las normas de la ética más elemental para el ejercicio de la libertad de expresión, parece que en el país no haya nada catastrófico que reclame una medicina drástica y dé oportunidad al recuerdo de viejos métodos de coacción; a no ser que en algunos sectores se tenga como signo de descomposición la libre protesta del pueblo contra los métodos de sumisión y de abandono en que se pretendió mantenerlo. De lo contrario, esas voces que vienen de abajo y asustan a muchos, son la cabal expresión de la nueva vida de dignidad humana que se hace sentir en la República. No es descomposición, sino lógico proceso de ascenso, el tono altivo del obrero que dejó de ver en el patrono al señor que, no sólo disponía a su antojo del fruto del trabajo

asalariado, sino que se erigió por rector de su conciencia política. No es descomposición, repetimos, sino perfeccionamiento de los modos de vida, esa inquietud clamante de las masas que ayer estuvieron sometidas al capricho de los mandones de parroquia, y que hoy buscan el pleno goce de los derechos que les competen como miembros de una comunidad democrática. Ese pueblo libre, sin interferencias arbitrarias, se siente alejado de los métodos rigoristas que, arrancando de la eficacia de la palmeta, desembocan en las cárceles y en los grillos, y busca, en cambio, el equilibrio de sus intereses. Ese pueblo se está educando a sí mismo, con vocación de futuro, en las nuevas escuelas abiertas para la recta disciplina de las masas.

Acaso a muchos asuste ese ascenso del pueblo; y no es raro oír, como nosotros hemos tenido oportunidad de oírlas, voces irreflexivas que se alarman ante el hecho edificador de estar las aulas públicas pletóricas de muchachas provenientes de capas humildes y paupérrimas que, gracias a la educación, se librarán mañana del doloroso destino de acudir al trabajo doméstico para ganar el pan de la vida. Y con las muchachas que quieren romper la continuidad de servidumbre que ató a sus mayores al coloniato de las clases empingorotadas, el hombre de la calle se alza, se educa, se mejora, en esta época de libertad y de valorización humana, con amenaza de los intereses obscuros de quienes quisieran la prolongación de la minoridad cívica e intelectual de aquéllos, para mejor lucrar con su indefensión y su ignorancia.

Ese tal vez sea el caos que muchos presienten en la vida de la República. Pero tal caos no existe sino como visión de angustia en el egoísmo de quienes se sienten desplazados de la rectoría absoluta de la sociedad. Ese pueblo, sin palmeta y sin grillos, libremente hace colas, en busca de la oportunidad que le corresponde en el orden humano de la vida. Unido, reflexionando sobre su destino, paciente en la espera de su hora mejor, el pueblo se mantiene en pie, con la dignidad de quien se sabe dueño y señor de su libertad y su conciencia. ¡Allá los que teman por el ascenso cívico de la República!

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA[1]

Especial satisfacción constituye para mí asistir en mi carácter de Encargado del Ministerio de Educación Nacional al acto solemne de toma de posesión del nuevo Rector de la Universidad Central. Un imperativo de orden político ha llevado al doctor Juan Oropeza a hacer dejación del alto cargo que venía desempeñando con lujo de merecimientos, para asistir como Diputado por el Estado Lara a las próximas sesiones de la Constituyente Nacional; y el Ejecutivo Federal, en uso de transitorias facultades que le reserva el Estatuto Universitario, ha designado para sustituirle al profesor doctor Vera Izquierdo, en quien concurren condiciones de idoneidad y de preocupación cultural que son prenda de una brillante gestión al frente del Rectorado de la Universidad. Tomará también el doctor ... posesión del cargo de Secretario del Instituto para reemplazar al doctor..., quien se separa de la Universidad por igual motivo.

Se sustituyen hombres en la dirección del Instituto, pero permanece, en cambio, igual el espíritu que concuerda en la Universidad, como que él es producto y síntesis de los altos propósitos y de los nobles ideales que forman su vertebración institucional. Si en lucha con legislaciones imperfectas y a pesar de sus frecuentes crisis, la Universidad supo conservar vieja solera como centro superior de donde parten las directrices de la cultura nacional, hoy, en gracia del reciente estatuto que le reconoce su autonomía, ella asume en plenitud funcional

(1) Discurso en el Acto de Toma de Posesión del Rector de la Universidad Central de Venezuela, doctor [Santiago] Vera Izquierdo, en el año de 1946. Original manuscrito localizado en el archivo del autor. Inédito.

la misión de laboratorio donde se experimentan y se crean las fórmulas que han de marcar rumbos a la vida general del país. La misión de la Universidad, elevada sobre un interesado y mezquino concepto profesionista se extiende a través de toda la vida ciudadana como aura que distribuye para copiosa cosecha la semilla de la cultura. Fragua y taller donde se forja la voluntad creadora del pueblo, ella representa la superación del proceso selectivo que, arrancando de la escuela primaria y después de sufrir la metodización liceística, viene a cuajar en realidad operante de antorcha, para iluminar los problemas de la cultura y del bienestar general. Universidalidad y unidad del pensamiento director de la sociedad, ella es responsable del propio destino de los pueblos, por cuanto es en su seno en donde se forman las líneas madres que a través de sucesivas generaciones, yuxtaponen y conjugan los valores que forman el carácter y la propia finalidad histórica de la sociedad en su marcha hacia estadios superiores de cultura. Manera de microcosmos donde debe mirarse como en fiel espejo toda la actividad social. Ella ha de dar ejemplo constante del tono reflexivo que es prenda de una solidaria acción social. Palestra donde se disciplinan las pasiones, ella debe expresar el sentido convivente que precisa insuflar en las masas para que éstas puedan en medio de sus distingos dialécticos, mover armoniosamente la palanca del progreso. Su lucha, lejos de explotar en banderías que dividan voluntades, debe encaminarse tenazmente a pulir diferencias que faciliten la concordia social. Me atrevería a decir que la política de la Universidad precisa orientarla a contrariar la propia política en su concepto de ubicación diferencial y a buscar, por lo contrario, los signos que sean capaces de atar a la juventud por medio de fórmulas que superen las propias disidencias personales que surgen como corolario de la libertad y de la personalidad. Tarea ésta que al estudiante universitario se hace fácil por el propio concepto optimista de la vida a que le aboca su juventud y su ansia fresca de idealidad, y de la cual es eficaz coadyuvante la misma relación de respetuoso compañerismo con sus profesores, bajados hoy, con lógico sentido ductor de la aviesa y encumbrada cátedra que antaño echó un abismo entre maestros y discípulos.

Armonía y entusiasmo son las bases del edificio donde los hombres responsables de ayer, de hoy y de mañana se juntan para crear nuestra

cultura. Proceso ininterrumpido, ello viene de atrás y mira al porvenir y aquí justamente encuentra el muro donde ceden los antagonismos de quienes porfían por mantener como intangibles las fórmulas pasadas y de quienes quieren borrar como con esponja lustral el acervo de los tiempos en nombre de los modernos y novedosos. Esa pugna, que es fiel expresión del progreso humano, ha tenido en todo tiempo voces aisladas que negaran el valor de todo lo hecho por las pasadas generaciones universitarias, y en el futuro, nuevas e insospechadas palabras se levantarán para contener en nombre del progreso, lo que hoy aspiramos a formar con aspiraciones de perfecciones. Ayer las oyeron estos muros venerables, hoy las estamos escribiendo nosotros, mañana nuestros hijos las elevarán para pedir reformas y planes nuevos. A cada generación toca su responsabilidad y su mérito en el proceso de levantar para mejores conquistas el ánimo y la mente, por cuanto son la expresión en tiempo de un esfuerzo continuo para aquello [que] no puede lograrse sino mediante el propio sacrificio individual. Punto crucial en el espacio y en el tiempo, la Universidad da fuerza y unidad al espíritu de la nación y mantiene fresco el anhelo de superación convivente que es la finalidad de toda cultura. Pasan y se suceden en ella los hombres que en la cátedra enseñan y los jóvenes que escuchan y forman su mente, al calor de las doctrinas que aquellos exponen, pero ella sigue, mudando lo aparente, como rescoldo y vivero permanente del pensamiento nacional que busca unidad para subsistir y que se expande en consignas capaces de llevar al seno del pueblo la alegría de ver realizarse la plenitud humana de su destino.

Para cumplir esa gran misión, la Universidad reclama la común devoción de sus maestros y discípulos. Aquí no se juntan hombres que aisladamente vienen a enseñar y jóvenes que en actitud individualista vienen a buscar un título como patente de corso para darse a la conquista de una fortuna. Aquí por el contrario, vive una universidad, convive una fraternidad de hombres viejos y de hombres jóvenes que se afanan por buscar solución a los graves problemas filosóficos, políticos y económicos de la sociedad venezolana. Aquí trabajan los hombres llamados a dar pautas que garanticen un sentido de humana comprensión en la vida del pueblo venezolano y mientras mayor sea su fuerza ductora, mayores serán las perspectivas que se abran a nuestras realizaciones por venir.

Señores:

Animado de estas ideas saludo con entusiasmo a las autoridades que se posesionan de sus cargos y agradezco en nombre del Gobierno, los esfuerzos realizados por los meritorios funcionarios que se despiden, sin que falte la palabra de aliento y cordialidad para el distinguido claustro de profesores que soportan la responsabilidad de la enseñanza y para los jóvenes empeñosos en instruir la mente con las luces del saber y el espíritu con la fe que los empuja a servir en la obra inacabable de hacer de Venezuela una Patria donde cada vez sea más prístino el mundo de la libertad y de la justicia.

RESPUESTA A UNAS GAFAS[1]

Durante el acto realizado anoche en la Escuela "Miguel Antonio Caro" para hacer entrega de diplomas honoríficos a las personas que contribuyeron al buen éxito de la primera Semana Nacional de Alfabetización, advertí entre la nutrida concurrencia unas gafas inquisitivas que, permanentemente dirigidas sobre mi persona, parecían preguntar la razón de mi presencia en el *presidium* del acto. Acaso extrañó el curioso amigo que tuviese yo puesto en una junta encabezada por destacados personeros del régimen político que dio al traste con el orden gubernamental que ayer serví con responsabilidad y consecuencia. La malicia con que se aliña nuestra peculiar manera de juzgar, desviaba seguramente hacia zonas de interés el pensamiento del dueño de las gafas y, malicioso también yo acerca del juicio que el presunto crítico pudiera hacer de mi conducta, he creído muy del caso responder a la pregunta que me pareció ver escrita en los cristales inquisidores.

Servir a la educación nacional carece de características partidistas. Sin arriar viejas banderas, ni enarbolar nuevas consignas, los hombres que se sienten comprometidos con los intereses de la cultura, jamás pueden negarse a sumar su esfuerzo a la obra que promueven las instituciones y las autoridades encargadas de levantar el nivel cultural de la población. Desinteresadamente, con sólo el anhelo de servir los permanentes intereses de ilustrar al pueblo, están los ciudadanos todos en el deber de alzarse sobre las diferencias del momento, para mirar sólo a lo durable y constante de la Patria. Pasan y se suceden los sistemas, mas la nación permanece una en la vigencia de sus grandes necesidades.

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 03-05-1947, p. 4.

Si la cultura en el orden humano de la universalidad carece de patria, en el orden interno de lo nacional, carece de banderías; y cuanto más se ponga de presente en las actividades sociales esta noción conjugante del deber de servirla, tanto más se gana en la conquista de fórmulas fundamentales que aceleren el momento de la comprensión constructiva. Servir en la tarea de romper las tinieblas que nublan la mente del pueblo, es función a la cual deben concurrir todas aquellas voluntades que pongan lo fundamental venezolano sobre los adventicios intereses de grupos y actitudes diferenciales. Urge por ello aprender a mirar, más allá de la superficie mudable de los sistemas, la estructura invariable de la nación, cuyo patrimonio se construye sobre los valores sin signos personales que se junten para edificar y elevar el alma de la Patria. Sobre una interesada y mezquina noción personalista que mira la política como oportunidad de poner a nuestro servicio los recursos de la nación, debemos alzar el concepto lógico de ver en ella la ocasión de aportar nuestros recursos morales a la obra de engrandecimiento del país. En esa tarea de servir han de hacer acto de presencia, con su uniforme ofrenda, sea ella grande o sea pequeña, los ciudadanos que, lejos del ara unitiva del común sacrificio, disidan y luchen de acuerdo con el ritmo dialéctico que mantiene el propio movimiento progresivo de la sociedad. Reunidos bajo el alero acogedor de la Universidad y del Liceo, los catedráticos que profesan contradictorios sistemas filosóficos; juntados en los cuerpos que promueven la acción de la enseñanza, hombres provenientes de diversos cuadros políticos, económicos y sociales, constituyen lección experimental de cómo la cultura es el camino y la arena donde se acoplan, para el esfuerzo creador, las voluntades disidentes.

Si la probable malicia del discurso no llevó a pensar en estos temas al dueño de las gafas, seguramente miró subir hasta el estrado donde fueron distribuidos los diplomas, a la humilde maestra que recibía honorífica mención, por haber alfabetizado el mayor número de adultos, y al personero de la Creole Petroleum, por haber contribuido su empresa con jugosos millares de bolívares, y al Director de "La Religión" y al de "Ultimas Noticias", sacerdote católico el primero, militante comunista el otro, por haber servido ambos periódicos con igual entusiasmo a la obra propagandista del Patronato. La humildad

y la opulencia, la izquierda y la derecha, el político de ayer y el político de hoy, todos unidos bajo el signo de la cultura, para encender las candelas que iluminen el espíritu del pueblo. Del pueblo que es uno e indivisible en sus necesidades, así varíen los sistemas y los métodos de guiarlo.

LA LECCION DE "IVAN EL TERRIBLE"[1]

El magnífico film soviético "Iván el Terrible", que actualmente se exhibe en nuestras salas de cine, aporta temas para saludables reflexiones. Sobre la intención secundaria de difundir conceptos favorables a la doctrina comunista, él pone de resalto un claro y aguzado intento de exaltar el valor de la tradición histórica como fuerza aglutinante de la nacionalidad. La ruptura con el pasado, que en nombre de la revolución, realizaron Lenin y demás constructores del movimiento bolchevique, parece que se intenta absolverla, a fin de lograr por medio del ejemplo antiguo, el fortalecimiento de la unidad de las Repúblicas Socialistas. Más que obra para influir en lo exterior, esta cinta tiene la finalidad de promover sentimientos que en lo interior conduzcan a hacer más vivos los lazos que atan a las múltiples y varias porciones del inmenso mundo soviético. Iván IV fue antes de Pedro el Grande y de Catalina II, el gran animador de la unidad rusa. Como religioso fue fanático y como mandatario desestimó la propia razón popular, en cambio, miró a crear un poder autocrático capaz de realizar el sometimiento de los clanes levantiscos. Por ello, su ejemplo se invoca hoy como poderoso de suscitar en la hora presente fuerzas que animen una conciencia de unidad nacional.

En los planes de Stalin, teórico excelente de la nacionalidad, entra este sistema, un tanto romántico y sentimental, de evocar lo antiguo, como idóneo medio de crear vivencias psicológicas que sirvan de pilares para el edificio del imperio soviético. Y ésto nos viene del país donde la

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 31-10-1948, p. 4.

revolución tiene a la hora presente su solar y su fragua más característicos.

Nosotros, empero, que apenas nacíamos como pueblo cuando el nieto de Iván III ya daba forma al futuro y grande imperio zarista, nos empeñamos en romper a cada paso y con el más futil razonamiento, la continuidad de nuestro pasado nacional. Nuestra historia de ayer y nuestra historia de hoy intentamos convertirlas en parcelas aisladas, semiautónomas y desprovistas de un común centro de gravedad que les dé consistencia para resistir el oleaje de la historia universal. En una Venezuela que arranca del esfuerzo constante —errado o feliz— de diversas generaciones, se ha querido ver porciones diferenciadas por los signos momentáneos de una política o de una moda de circunstancias. Lo que los historiadores y los políticos de ayer y de hoy intentaron o intentan presentar como pausas o hiatos derivados de valores acomodaticios, no pasa de ser obra ligera e interesada, incapaz de resistir las objetivaciones de la crítica. Del éxito o del fracaso antiguos, de la hora grávida de las conquistas cívicas o del momento menguado del retroceso tumultuario, de la crisis de los sistemas y del florecimiento de los grandes esfuerzos constructivos, de la alegría de la plenitud o del dolor de la exhaustez, se ha venido tejiendo la misma e indivisible tela de la nacionalidad. En ella caben, como elementos que interesa valorar para la explicación de nuestra trama histórica, el gesto de Vargas ante Carujo y la actitud de Monagas frente al Congreso, la mentalidad progresista de Guzmán Blanco y la curva hacia el nuevo caudillismo que reabrió el legalismo de Joaquín Crespo, expresiones todas de una misma conciencia multánime que expresa la angustia de un pueblo en busca de caminos.

Los cortos espacios que marca un régimen o un sistema de política, no cuentan para dividir la totalidad histórica de un pueblo. Por lo contrario, éste es más en sí mismo cuanto menos se abulten, por medio de sistemas artificiales, los modos de fijar en el tiempo las diferenciaciones que promueve el movimiento de la cultura. Y tanto más válidos y duraderos serán los frutos de este progreso cuanto más firme sea la estructura de la tradición donde se fundamenten las instituciones creadas por el genio popular. Como próvida tierra que alimenta la raigam-

bre de los árboles, la tradición da fuerza y sirve de aliento a la existencia de las naciones. De la vida antigua arranca la obra del progreso nuevo. Del ejemplo, pleno o deficitario, de ayer, viene la lección fructífera para la hora presente.

Sin que se entienda por tradición una actitud estática y conformista que convierta a los hombres nuevos en meros contempladores de los valores antiguos, no crecerán para el porvenir aquellos grupos humanos que buscan para la vida de la colectividad la permanencia de un espíritu de ruptura con el pasado, a no ser que se dé arbitrariamente nombre de hiato o de ruptura a la modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden al perfeccionamiento del legado que le transmitieron sus antecesores. Condenar la era colonial para hacer más brillante la epopeya de la independencia, desconocer los valores de la oligarquía conservadora para ameritar los avances del ciclo liberal, nulificar la Universidad antigua para sólo estimar la Universidad positivista de Ernst y Villavicencio, es manera inadecuada de interpretar y valorar nuestro pasado. Uno y otro períodos son signos apenas de una misma existencia colectiva que siguen el curso sinuoso del progreso universal. El estéril puritanismo de los condenadores estaría condenado a su vez a la necesidad de pedir la oportuna absolución para sus propios juicios y acciones. En la historia, como reflejo de una lógica viva, urge buscar no los hechos que dividan, sino las razones que promuevan la solidaridad y la concordia de las acciones que al bulto parece que se contradijeran, pero que, de lo contrario, representan la continuidad de la vida de los pueblos.

Formar una tradición y velar por su constante progreso es deber de pueblos que aspiran a robustecer su personalidad en los cuadros de la historia universal. Tradición que en este caso es fisonomía, tono, carácter que diferencia a cada grupo y le da derecho a ser tomado en cuenta como unidad de cultura.

Para nosotros la lección del film soviético es provechosa en sumo grado. Cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y queda como símbolo en lo que tenga de positivo. Del Negro Primero no miramos su analfabetismo y su violencia

vegetal; alabamos la expresión de su fe primitiva en la libertad. A Jorge Bello nadie le examina su corriente valor humano para presentarlo como un símbolo de la dignidad de la Patria cuando defiende el pueblo de San Carlos del artero ataque de Alemania. No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el eco de las voces antiguas. Y la fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las palabras viejas. En los Estados Unidos, donde el progreso se ha afincado sobre el suelo de una bien cultivada tradición, las consignas nuevas no han borrado el eco de los mensajes de los grandes constructores de la nacionalidad. Entre ellos se invoca a los propios peregrinos del "Mayflower". La cultura joven no se desdeña allá por ceñirse a fórmulas antiguas, y cuando en "Columbia University" se doctoran los nuevos sabios que bloquean la estructura de los átomos, oyen los mismos cantos litúrgicos que fijó para la pompa académica la primera constitución universitaria. El francés republicano de hoy mira una sola Francia, gloriosa e indivisible, lo mismo cuando la regía con rudo brazo Luis XI, que cuando brillaba con Luis XIV o cuando daba normas de política nueva en la Convención o alteraba las fronteras de las naciones al paso victorioso de los soldados de Bonaparte.

Nosotros por lo contrario, cada vez que el azar nos permite influir en el destino social o cultural de las naciones, intentamos destruir de raíz el estilo de vida de la comunidad sin mirar los signos positivos anteriores, buscamos hacer la tabla rasa para empezar una nueva construcción. De cambio en cambio, de modificación en modificación, de sistema en sistema, hemos llegado, en el afán de acabar con lo pasado, por destruir nuestra propia fisonomía nacional. En el empeño de mostrar a cada paso un rostro nuevo, hemos terminado por carecer de rostro.

REFLEXIONES DE NAVIDAD Y AÑO NUEVO[1]

Con la terminación del ciclo de Pascuas y fiestas de Año Nuevo, concluye, también, un paréntesis propicio para la reflexión de nuestro propio destino nacional. Los días navideños y la fiestas del nuevo año, tienen, junto con el significado de alegría que le dan los misterios religiosos, un hondo valor moral y social. Son días abiertos para la meditación sobre nosotros mismos, días de inventario de lo que realizamos en el año que acaba y de serena consideración acerca de nuestros éxitos y yerros, propios por ello para el ejercicio de la autocrítica. Y son también alegres de saludos y de augurios. ¿Cuántas amistades no se componen en medio del regocijo de las fiestas pascuales? Parece que hubiera un despertar humano que llevase al olvido de las desavenencias pasadas. Nos sentimos durante ellos más amigos de los amigos y menos enemigos de los contrarios. La amistad se presenta no como convencionalismo y máscara de intereses, empero como fuerza conjugante de voluntades. En Costa Rica —antiguo solar de paz, hoy derruido por los odios de la política— hallé una institución popular que al bulto parece contrastar con estas ideas: en los últimas días de diciembre "se arreglan" impunemente viejas cuentas y los enemistados se dan de trompadas sin peligro del castigo policial. Diríase que es una manera peculiar de dirimir viejas controversias para entrar al nuevo año sin reatos de amargura. En Venezuela, país de gente díscola, no habría mejor tiempo para un proceso eleccionario que los días de enero. El primero del año nuestros hombres amanecen deseosos de cancelar con el abrazo tradicional viejas rencillas.

---

(1) Tomado de: **El Nacional. Caracas, 11-01-1949.**

Pero sobre la reflexión esperanzada que provoca el desbordamiento de la amistad, promueven también las fiestas de Navidad una meditación que ensombrece nuestras mismas ideas de independencia nacional. En los días pascuales advertimos con dolor cómo se ha destruido el aservo de nuestra tradición popular. Lo viejo, lo nuestro, lo que daba fisonomía a nuestra vida de pueblo, ha ido desapareciendo al impulso de modas y costumbres importadas. La ola del mercantilismo angloamericano ha llegado hasta apoderarse de nuestros valores espirituales para sustituirlos por símbolos exóticos, ante los cuales se pliegan fácilmente los curiosos y pedantes imitadores de novedades. La Navidad no es hoy en Venezuela la antigua fiesta de nuestros abuelos criollos. Es la fiesta de los abuelos yanquis. Mientras en el Norte se consagra el tercer jueves de noviembre como fiesta de acción de gracias por el pasado y por el presente del poderoso imperio del Tío Sam, y se come en tal día el pavo y la salsa de arándanos, como recuerdo del refrigerio que tomaron al echar pie en tierra americana los peregrinos del "Mayflower", nosotros desalojamos las viejas costumbres de nuestros mayores para tomar alegremente las que nos imponen los pretensos conquistadores de hoy.

Si Jorge Washington resucitase en un "Thanksgiving Day" hallaría en cualquier hogar americano abierta la vieja Biblia de los mayores, junto al oloroso "turkey" y a la "cranberry sauce" que de niño saboreó a la mesa de los austeros abuelos en Virginia. Si Simón Bolívar reapareciera en Noche de Navidad en la vieja Caracas de su infancia, en lugar del antiguo "pesebre", que arreglaba con devota diligencia doña María Concepción y donde el mastranto y las pascuitas ponían la nota de su típica fragancia, encontraría un exótico "Christmas Tree" cubierto de simulada nieve, y verdes coronas de fingido agrifolio y gajos de muérdago extranjero donde antes se ponían ramas de rústico estoraque y húmedo helecho; y tal vez en lugar de la hallaca multisápida, que recuerda la conjunción de lo indio y lo español, y de los buñuelos cubiertos de canela y del clásico dulce de lechosa, confeccionados por cariñosas manos familiares, hallaría un suculento pavo traído del Norte en las cavas de un fastuoso "Alcoa", y le dirían muy reídos sus paisanos que la gente se halla alegre festejando el "Christmas Day", en ansiosa espera del forastero Santa Claus, a quien los niños recibirán con melancólicas "carols" aprendidas en discos Columbia.

Desde fines del siglo XVIII las pequeñas imprentas de camino se dedicaban en Caracas a imprimir tarjetas para desear "Felices Pascuas y Año Nuevo". Era de tono distribuirlas entre los amigos, y los mismos pardos las usaban, con sorpresas de las autoridades, para saludar a señores de calidad. Entre los saludos que he recibido este año, me han llegado una tarjeta de Mucuchíes y otra de Guasipati con la tradicional leyenda inglesa: "Merry Christmas and Happy New Year". No sólo la peligrosa novedad se ha apoderado de la pedantería de las gentes de las grandes urbes, sino se ha infiltrado, como morbo demoledor, hasta la empinada cordillera andina y hasta la tupida selva guayanesa.

De muchos adivino que sonreirán ante esta reflexión de aparente intrascendencia. Acaso ellos miren en la defensa del pesebre, de los reyes, de la hallaca, de la pascuita y de los viejos villancicos un tema tocado de tontería y una manifestación de necio apego a formas y costumbres llamadas a ser sustituidas por las que nos ofrecen los llamados países civilizados. Pero no piensan quienes así juzgan que estas pequeñas circunstancias van demoliendo lentamente, con el poder de la gota constante, las piedras sillares de nuestra personalidad nacional. Los piratas que en siglos pasados no lograron quebrantar la resistencia opuesta por nuestros mayores a sus planes de conquista, jamás pensaron que sus herederos se industriarían medios pacíficos e inocuos para llegar al propio corazón del pueblo y desfigurar los sentimientos tradicionalistas que son el nervio de la nacionalidad. Lo que no pudieron hacer el hierro y el fuego antiguos lo hacen fácilmente los mercaderes que aprovechan nuestra carencia de sentido defensivo, en alianza con nuestra imprevisora manía de imitar modas extrañas.

Vivíamos más en nosotros mismos como valor social cuando ya en años pasados los muchachos de mi pueblo nos agolpábamos en las esquinas durante la Noche de Navidad, para ver bailar la amañada figura de "el enano de la calenda", que en estos tiempos de fáciles diversiones cuando los niños se reúnen para recibir "candies" y preciosos "gifts" de manos del importado Santa Claus. En la deforme figura del enano enhollinado vivía una tradición nuestra, de raíces henchidas de historia. Vivía el recuerdo de los antiguos tiempos en que fraguó

nuestra íntegra y sencilla nacionalidad. Esa misma tradicionalidad que se desvanece al empuje traidor de importadas costumbres, que, haciéndonos olvidar los viejos valores de nuestra infancia colonial —forja de nuestro carácter y de nuestros ímpetus para realizar la Independencia— nos conduce inadvertidamente a un nuevo coloniaje, de signos contrarios a nuestro irrevocable destino de pueblo.

MISION INTELECTUAL DE LA MUJER[1]

Señores:

No es ésta la primera vez que mi palabra tiene el honor de ser escuchada al abrigo acogedor de los muros venerables del Colegio de Santa Rosa de Lima. Cuando en 1935 las Reverendas Madres dominicas abrieron los primeros cursos de enseñanza magisterial, me cupo la satisfacción de inaugurar la Cátedra Superior de Historia Patria, y quizá algunas de las lecciones que tuve oportunidad de explicar a mis alumnas del rosal dominicano, hayan llegado, como mensajes cargados de venezolanidad, hasta nuevas conciencias juveniles, a quienes les fueran transmitidas mediante la constancia de los sucesivos oyentes que tuvieran mis discípulas.

Empezaba en aquel tiempo a tomar cuerpo el movimiento incorporativo de la mujer a la vida universitaria y al ejercicio de las funciones públicas y sociales, y las Madres de este benemérito Instituto buscaron de abrazar nuevas actividades, donde se hicieran presente y dieran fruto de eficacia, su vocación y su interés por los problemas educativos de la juventud femenina de Venezuela. Aquel mi paso mañanero y fugaz por las aulas de Santa Rosa vive en mi memoria, no sólo como recuerdo grato y como timbre de personal orgullo, sino también como vínculo de afecto con el prestigioso Instituto. Comprometido hallábame ayer en el remate de un trabajo literario, cuando la voz amable de la Madre Superiora me pidió que viniese a decir algunas palabras a las mucha-

(1) Discurso pronunciado en el Colegio Dominico de Santa Rosa de Lima, el 08-09-51. Texto mecanografiado localizado en el archivo del autor. Sin datos de publicación.

chas que, concluidos sus cursos, se alejarán del Colegio para saludar disciplinas universitarias, y, aunque supiera que la bondadosa Madre tomaba por buena mi legítima excusa, un deber de solidaridad con la enseñanza que aquí se imparte y un deber de consecuencia con mi antigua función de catedrático del Colegio, me obligaron a aceptar el encargo nobilísimo que se confiaba a mi modesta palabra.

Mi voz adquiere pues, por las circunstancias expuestas, una función doble y contradictoria. Tomo la del Colegio para despedir a alumnas que durante largos años aquí formaron su corazón e iluminaron su mente al rescoldo de enseñanzas que tuvieron por pórtico y por eje las verdades de Cristo, y tomo, también, por pertenecer a ellas, la voz de las Facultades donde crecerán mañana los muros del edificio de su cultura.

No es que la mujer haya cambiado su misión histórica, sino que el progreso de los tiempos le pide hoy, en forma más ancha, intervenir en los sucesos del mundo, de conformidad con el tipo de civilización que corre.

Jamás la mujer ha dejado de participar en la solución de los grandes problemas del mundo. La sabiduría ha ilustrado desde antiguo su frente y ha puesto en sus labios el temblor de las palabras sibilinas. En el mundo de la realidad y en el mundo de la fábula, en el mundo del paganismo y en el mundo de los Testamentos, la mujer tomo la espada para luchar al lado de los hombres, ciñó la corona para gobernar los pueblos y endureció las manos cuando arrancó a la tierra el nutrimento y cuando ejecutó en el hogar obras redituantes. Fue preciso que lo humano y lo divino se conjugaran para redimir al mundo, y María dio la carne de su vientre para vestir de materia al Verbo de la Luz. "¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo", dice Salomón en los Proverbios. A lo largo de los caminos de su angustia y su ceguera, el maldecido Edipo miraba por los ojos de Antígona y sentía como propia la fortaleza de la piadosa hija. La locura del rey Lear sosegaba al amor de las tiernas palabras de Cordelia. Isabel, que había hecho a caballo la unidad de España, miró con ojos más rapaces que Fernando el porvenir de la cultura hispánica y

abrió a Colón la posibilidad de henchir las velas de las naos milagrosas que trajeron a América la civilización de Europa.

Hoy esta influencia y este obrar se hacen sensibles por medio de formas y sistemas que fueron desconocidos durante los pasados siglos, pues si bien el mundo de la cultura europea presenció y creció al empuje de una fecunda intervención femenina, la mujer se mantuvo en los extremos de la parábola: era la humilde y discreta guardiana del hogar, cuando no la callada Esposa de Cristo en recatado claustro; o era la altiva y heroica varona que desafiaba como María Estuardo el hacha del verdugo, o que sonreía frente a la hoguera, como la impávida Doncella de Orleans. Su corriente actividad no se ponía a la par con la actividad civil del hombre. Jamás se nos presenta al lado de los alquimistas que buscaban la piedra filosofal, y cuando acudió a la magia, no llegó a las tenebrosas alturas del doctor Fausto o del maestro Cagliostro, empero se quedó en el área confusa y maloliente de las brujas que se juntaban para celebrar los sabatinos aquelarres. Ni a Leonardo ni a Rembrandt pidieron el secreto de esmaltes y colores, menos a Miguel Angel la fuerza para plasmar como dúctil barro la rebelde piedra. Salamanca y París no las vistió la severa toga doctoral. Para lograr su grado, Teresa de Jesús ganó las cumbres titánicas del arrobo místico, y la Madre de Agreda, para llegar a consejera de príncipes, mojó su péñola severa en las aguas profundas de la recia meditación ascética.

La modernidad que corre ha variado un tanto el curso de la vida femenina, y la mujer corriente, que ayer tuvo apenas por señuelo agradar al hombre y vivir la frivolidad de los salones, ha tomado la responsabilidad de compartir con aquél la solución de los mil conflictos que hacen cada vez más dura la existencia de la comunidad. Yo creo que el mundo mejorará inmensamente a compás que la mujer participe en las actividades reservadas a la dirección de los hombres, pero a condición de que ella permanezca leal a su propio nobilísimo destino. Es decir, que se conserve mujer y no persiga los falsos arreos de masculinidad que hicieron detestable, en épocas pasadas, su intervención en la política. Si ha de ir a la guerra, su puesto no está en las avanzadas donde los hombres se asesinan, sino en los servicios cu-

rativos, donde la Cruz Roja mantiene, en medio de la espantosa apoteosis de los odios, el signo de la piedad cristiana.

El laboratorio, el bufete, el taller y el gabinete quieren la iluminada presencia de la mujer. Allí la espera el hombre con la aportación de su exquisito sentimiento y con la rapidez de su brillante imaginación. Pero la quiere mujer, a fin de que el pensamiento común sea viva y leal expresión de la dualidad que sirve de soporte al género humano. Se aspira de ese modo a que la dirección de la cultura asiente sobre los dos caballos de Platón. El sentido binómico del mundo hace que el hombre no sea el individuo, sino la conjunción, en el orden del amor, de la inteligencia o de la amistad, de ambos valores complementarios, por donde la misma Virgen consagrada a Dios se le llama Esposa de Cristo, y el sacerdote, al desposar la Iglesia, hace fecundo el celibato.

Esa cooperación de los hombres y las mujeres en el campo dinámico de la sociedad, será tanto más útil cuanto mejor defienda y defina la mujer sus atributos esenciales y aporte a la obra común, en grado eminente, la plena y radiante excelencia de su género. El orden de las actividades profesionales clama porque su sentido social y su valor ético sean sublimados en gracia a la presencia de la mujer. Vosotras, las que vayáis a la Universidad, tropezaréis con graves fallas en la formación deontológica de nuestros profesionales. Se entra hoy a las carreras universitarias con sólo el afán de ganar un título que autorice colocar una placa como aviso al público. Aquella noble fe que sobre las manos venerables de los antiguos Conciliarios y Rectores, se juraba como prenda vinculativa que convertía en sacerdocio las profesiones liberales, ha sido reemplazada por una fe de barberos, sostenida sobre las sucias monedas de los honorarios. La quiebra derivada de la duplicidad que adquiere el mismo profesional que, al practicar en la calle y enseñar en los claustros, con criterios distintos y opuestos, se convierte en elemento de la crisis que herrumbra la propia vida nacional. ¿Qué ejemplo, he preguntado en otra ocasión, puede proporcionar un catedrático cuya actitud en la lucha social es la propia negación de los ideales de cultura que debe alimentar el alma universitaria? Quizá a ello conduzcan también, las deficiencias formativas de los jóvenes que siguen carreras superiores y el empeño que toman por aligerar de compromisos la conciencia. La vida profesional reclama, en cam-

bio, una fecunda aportación de valores morales, que la eleven al viejo plano donde se hicieron respetables los ejercitantes de las ciencias, cuyo recuerdo es orgullo de la República: José Vargas, José de Briceño, Aranda, Acosta, Seijas, Hernández, Razetti, Rísquez, Urbano, Calcaño, Aguerrevere, Ugueto, Villegas Ruiz, Gualberto Hernández, Isidro Ruz, Sanabria Bruzual, Gustavo Corcer.

En este campo, la mujer, y en especial la mujer que ha encendido sus sentimientos y ha ilustrado la mente al amor de la doctrina cristiana, tiene oportunidad feliz de realizar una labor restauradora. A ella toca poner un poco de belleza en el discurso áspero y monótono de la lucha profesional, pero no de belleza sensible que sirve apenas para la transitoria alegría de los ánimos, sino de la belleza profunda, que tiene en la bondad y en la justicia sus más raudas y anchas alas. Bondad y justicia pide un mundo donde los sentimientos se agostan al sol ardiente de la preocupación utilitaria, y bondad y justicia, como testimonio de una cabal belleza interior, puede aportar la mujer, cuando, asociada al hombre para dar frente junto con éste a los problemas de la vida, mantiénese leal, no a las normas superficiales de la cristiana educación, sino a los hondos y férreos principios que hacen de la filosofía cristiana garantía cierta de la dignidad del hombre. Un mundo profesional en que se lucra con el dolor y la miseria de los desgraciados y en que la justicia esté a la merced de los postores, donde la caridad ha sido sustituida por el ansia de estipendios y la suerte de la libertad y el seguro de las personas penden de la dimensión de las ganancias, pide a voces una transformación de su estructura.

Para esa labor sutil, delicada y constante, la presencia de la mujer es prenda de una sensibilidad que dará mayor humanidad a la función de impartir y defender la justicia y, a la más noble aún, de ayudar al hombre en su lucha con la enfermedad y con la muerte. Y fuera del radio de las profesiones liberales, en los otros órdenes de actividades públicas en que la mujer hoy colabora con el hombre, tendrá ella también, oportunidad feliz de añadir al trabajo intelectual, el sentido de bondad y la intuición alada que permiten a su espíritu penetrar, con mayores facilidades que a los hombres, en el secreto de las fuerzas ocultas que gobiernan el destino de las conciencias.

Aura que sosiegue el ardor de las pasiones, luz que ilumine las tinieblas del camino, seréis vosotras, jóvenes que abandonáis este Colegio, cuando os mezcléis mañana con los hombres que habrán de acompañaros en la misión de cultura a que dediquéis vuestra inteligencia!...

MUCHACHAS QUE ESTUDIAN
(Bitácora)[1]

La presencia de la mujer en las universidades y liceos no corresponde a modificación sufrida en su misión histórica, sino a la necesidad de intervenir en los sucesos del mundo de acuerdo con el tipo de civilización que corre. Jamás la mujer ha dejado de participar en la solución de los grandes problemas del mundo. La sabiduría ha ilustrado desde antiguo su frente y ha puesto en sus labios el temblor de las palabras sibilinas. En el mundo de la realidad y en el mundo de la fábula, en el mundo del paganismo y en el mundo de los Testamentos, la mujer tomó la espada para luchar al lado de los hombres, ciñó la corona para gobernar a los pueblos y endureció la mano cuando le fue necesario arrancar de la tierra el nutrimento. Fue preciso que lo humano y lo divino se conjugaran para redimir al mundo, y María dio su carne virgen para vestir de materia al Verbo de la Luz. A lo largo de los caminos de su angustia y su ceguera, el maldecido Edipo miraba por los ojos de Antígona y sentía como propia la fortaleza de la piadosa hija. La locura del rey Lear sosegaba al amor de las tiernas palabras de Cordelia. Isabel, que había hecho a caballo la unidad política de España, miró con ojos más rapaces que Fernando el porvenir de la cultura hispánica y abrió a Colón la posibilidad de henchir las velas milagrosas que trajeron a América la civilización de Europa.

Hoy esta influencia y este obrar se hacen sensibles por medio de formas y sistemas que fueron desconocidos durante los pasados siglos, pues si bien el mundo de la cultura europea creció al empuje de una

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 03-10-1951, p.4.

fecunda intervención femenina, la mujer se mantuvo por lo regular en los extremos de la parábola: era la humilde y discreta guardiana de hogar, cuando no la callada Esposa de Cristo en recatado claustro; o era la altiva y heroica varona que desafiaba como María Estuardo el hacha del verdugo, o que sonreía feroz ante la hoguera expurgatoria de la intolerancia, como Leonor Cisneros, la viuda contumaz del hereje bachiller Herrezuelo. Su corriente actividad no se ponía a la par con la actividad civil del hombre. Jamás se nos presenta al lado de los alquimistas severos y constantes que buscaban la piedra filosofal, y cuando acudió a la magia no llegó a las tenebrosas alturas del doctor Fausto o del maestro Cagliostro, empero se quedó en el área confusa y maloliente de las brujas que se juntaban para los sabatinos aquelarres. Ni a Leonardo ni a Rembrandt pidió el secreto de esmaltes y colores, menos a Miguel Angel la fuerza para plasmar como dúctil barro la rebelde piedra. Salamanca y París no las vistió la noble toga doctoral. Para lograr su grado, Teresa de Jesús ganó las cumbres titánicas del arrobo místico, y la Madre de Agreda, para llegar a consejera de príncipes, mojó la péñola discreta en las aguas profundas y calmosas de la meditación ascética.

La modernidad que corre ha variado un tanto el curso de la vida femenina, y la mujer corriente, que ayer tuvo apenas por señuelo agradar al hombre y vivir la frivolidad de los salones, ha tomado la responsabilidad de compartir con aquél la solución de los mil conflictos que hacen cada vez más dura y difícil la vida de la comunidad. Yo creo que el mundo mejorará inmensamente a compás que la mujer participe en las actividades hasta hoy reservadas a la dirección de los hombres, pero a condición de que ella permanezca leal a su propio nobilísimo destino. Es decir, que se mantenga mujer y no persiga los falsos y detestables arreos de masculinidad que hicieron enojosa, en épocas pasadas, su intervención en la política. Mejor que la del hombre, su calidad debe defenderse de todo signo que la dañe. A ellas y a nosotros debe servirnos de alerta el proloquio latino que enseña ser *corruptio optima pesima.* En todo puede intervenir, hasta en la propia guerra, pero allí su puesto no ha de estar en las avanzadas donde los hombres se asesinan para agrandar el vigor material de los imperios, sino en los servicios curativos, donde la Cruz Roja mantiene, en medio

de la espantosa apoteosis de los odios regimentados, el signo endeble y perdurable de la piedad.

El laboratorio, el bufete, la clínica, el taller y el gabinete quieren la iluminada presencia de la mujer. Allí el hombre la espera con la aportación de su exquisito y vario sentimiento y con la rapidez y el brillo de su fácil imaginación. Pero la quiere mujer, a fin de que el pensamiento común que se elabore por medio del conjunto esfuerzo, sea viva y leal expresión de la dualidad que sirve de soporte a la sociedad humana. El sentido binómico del mundo hace que el hombre no sea el individuo sino el par, ya en el orden del amor, ya en el orden de la inteligencia, ya en el orden de la simple amistad, por donde la misma Virgen consagrada a Dios se llama Esposa de Cristo, y el sacerdote, al desposar la Iglesia, hace fecundo el celibato.

Esa cooperación de los hombres y de las mujeres en el campo dinámico de la sociedad será tanto más útil cuanto mejor defienda y defina la mujer sus atributos esenciales y aporte a la obra común, en grado eminente, la plena y radiante excelencia de su género. El orden de las actividades profesionales clama porque su sentido social y su valor ético sean sublimados en gracia a la presencia de la mujer. Ellas tropezarán en la Universidad con graves fallas en la formación deontológica de nuestros profesionales, derivadas del hecho de que hoy se saludan las carreras universitarias con sólo el afán de ganar un título que permita la colocación de una placa que atraiga clientes. Aquella noble fe que, como prenda vinculativa era jurada sobre la mano de Conciliarios y Rectores, ha sido sustituida por una fe de barberos, sostenida sobre las monedas de los honorarios. Una cosa se enseña en la cátedra y otra se practica en la calle. Esta duplicidad de conducta se torna en elemento mantenedor de la crisis que pone herrumbre en la vida nacional. ¿Qué ejemplo, he preguntado en otra ocasión, puede ofrecer quien con sus actos contradice en la calle la enseñanza que ofrece en la cátedra universitaria? Al profesor que exalta el derecho frente a sus atentos alumnos, ¿de qué le vale su pasión jurídica si como juez o como parte olvida la excelencia de las normas?... Por ello, nuestra vida profesional reclama una aportación fecunda de valores morales, que hagan el ejercicio de las ciencias digno de su ilustre pasado, cuando

brillaron los nombres de José Vargas, Guillermo Michelena, José de Briceño, Cecilio Acosta, Aníbal Domínici, Luis Sanojo, Rafael Seijas, José Gregorio Hernández, Federico Urbano, Luis Razetti, Francisco Antonio Rísquez, Eduardo Calcaño, Santiago Aguerrevere, Luis Ugueto, Juan de Dios Villegas Ruiz, Gualberto Hernández, Isidro Ruz, Jesús Sanabria Bruzual, Gustavo Corcer, Luis Romero Zuloaga.

En este campo la mujer tiene oportunidad fácil de realizar una labor reparadora. A ella toca poner un poco de belleza en el discurso monótono de la vida profesional, pero no de belleza sensible, que sirve apenas para la transitoria complacencia de los ánimos, sino de belleza profunda, que tiene en la bondad y en la justicia sus más raudas y anchas salas. Bondad y justicia pide un mundo decadente, en el cual los sentimientos se agostan al sol radiante de la preocupación utilitaria, y bondad y justicia puede aportar la mujer como testimonio de una cabal belleza interior. Un mundo profesional donde se lucra con el dolor y con la miseria de los que sufren, y en que la justica está a merced de profesionales sin escrúpulos pide una transformación en sus fundamentos esenciales. Para esa transformación, que no puede ser resultado sino de una labor sutil, delicada y constante, la presencia de la mujer es prenda de una actitud sensible, que dará mayor sentido de humanidad a la función de defender y de impartir justicia, y a la más noble aún de ayudar al hombre en su lucha contra la enfermedad y el desamparo. Y fuera del radio de las profesiones liberales, tendrá también la mujer oportunidad feliz de añadir al trabajo intelectual el sentido de bondad y la intuición alada que permitan a su espíritu penetrar con mayores facilidades que a los hombres, en el secreto de las fuerzas ocultas que gobiernan el destino de las sociedades.

LA TESIS DEL NACIONALISMO
(Bitácora)[1]

En columna editorial de "Relator", de Cali, diario adscrito a la corriente liberal colombiana, he leído con sorpresa y angustia una tesis enderezada a la defensa del imperialismo yanqui en nuestra América Latina. Califico de defensa del imperialismo la actitud del diario caleño, por cuanto empieza por negar que exista una corriente imperialista norteamericana en el actual momento de la vida de nuestro hemisferio. Y sobre la peregrina negación, avanza a calificar mi actitud nacionalista como contrapuesta a las conveniencias de Venezuela y a "los intereses democráticos y económicos de los países latinoamericanos".

"Relator", diario donde mis columnas han tenido siempre buena casa, aparece en el presente caso más papista que el Papa, cuando pretende negar hechos delatados y censurados por los propios hombres de Norteamérica. A los ojos cerrados para la presente realidad del Nuevo Mundo, agrega frágil memoria para los hechos de la propia patria colombiana. Concluida la aventura de Cuba, Estados Unidos provocó el desmembramiento del territorio granadino. Que en Colombia se niegue el imperialismo yanqui, es tanto como si algún Obispo mutilado por la persecución anticristiana, después de apostatar la fe de Cristo, se hubiese dado a la obra de negar la enemiga del viejo Imperio romano contra la Religión del Cruxificado. Entre nosotros, el más fervoroso admirador de la Gran Bretaña jamás negaría la conducta

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 26-11-1951, p. 4.

imperialista del país que nos arrebató la Isla de Trinidad y que pretendió enseñorear sobre nuestra mútila Guayana.

La imputación de xenofobia que me hace el editorialista es recurso usado por los corifeos del imperialismo. "The New York Time" esgrime como latiguillo, para impresionar incautos, el tema de la xenofobia, cuando trata de atacar la corriente sana y refrescante de nacionalismo que se ha venido formando en nuestra América, y del cual tuve una grata experiencia durante mi estada inolvidable en la gran república hermana.

Si algo ha salvado la riqueza y la relativa suficiencia económica de Colombia, es el noble espíritu nacionalista de su pueblo. Los colombianos, así hoy se destrocen vana y torpemente, saben sentir la Patria. Justamente en uno de mis viajes a Caracas durante el año 1949, hablé a mis amigos Numa Quevedo, Ramón Díaz Sánchez, Luis Villalba Villalba, J. A. Armas Chitty, J. A. Escalona Escalona y Eduardo Arroyo Alvarez, acerca de la urgencia en que estábamos como pueblo de dar cauce a un gran movimiento, que sobre el natural parcelamiento ideológico de los partidos, promoviese el enardecimiento de nuestros fríos sentimientos nacionales. Les ponía yo de ejemplo lo que ha hecho Colombia en orden a defender su riqueza. Decíales cómo los colombianos cuidan sus divisas del ansia absorbente de los imperialistas. Cómo el hombre se esmera allá en la batalla de producir.

El colombiano, sin chovinismo de ninguna especie, ha buscado la exaltación de sus grandes valores de pueblo, hasta lograr una comunidad de pensamiento en todo lo que se refiere a la defensa del patrimonio nacional. Quizá la mejor lección de unidad la recibió Colombia del imperialismo yanqui, cuando éste promovió el golpe segregativo de Panamá. Hasta entonces un disolvente cantonalismo, cuya mejor expresión la constituía la suficiencia de Cundinamarca, habíales cerrado los ojos para la recta comprensión de los valores nacionales. El abandono de la periferia hizo posible el golpe del viejo Roosevelt.

A nosotros Estados Unidos no nos ha mutilado el área geográfica. De lo contrario, en nuestros casos con naciones europeas hizo una apa-

rentemente correcta aplicación de la terrible Doctrina Monroe. En nuestro caso, si bien la poderosa nación del Norte se mantiene en presuntuoso respeto de las fórmulas internacionales, hay posiblemente tanta gravedad como en el caso de Panamá. Nuestra invasión, tanto en el orden de la tierra como en el orden del espíritu, ha sido pacífica y subterránea. Los inversionistas del imperialismo se han adueñado de nuestros ricos yacimientos petroleros y de nuestros fastuosos montes de hierro. Al mismo tiempo, el industrialismo americano, con finas sutilezas, se ha venido apoderando de los resortes concenciales del pueblo. Somos, de acuerdo con el discurso de la gente alegre, una república en apariencia completa. Pero en la realidad, nos asemejamos a esas grandes casas de lucientes portones y hermosos ventanales, pero cuyo maderamen interno ha sido tomado por el comején devorador.

Contra esa realidad de comején, que ningún venezolano responsable se atreve a negar, he levantado yo la voz, y uniendo mi pluma a la pluma de otros escritores conscientes del deber del momento, he emprendido una tesonera campaña encaminada a hacer ver la ruina que amenaza a nuestro país y a toda nuestra América Latina. He puesto de presente la necesidad de conjugar todos nuestros recursos morales y de dejar a un lado las diferencias que distancian a hombres y a pueblos. En razón de ello escribí que quienes actualmente se empeñan en mantener la lucha de prestigios entre Bolívar y San Martín, más pareciera que estuviesen al servicio de Washington que al servicio de la gloria de los grandes constructores de la libertad de nuestro mundo hispanoamericano.

Bolívar y San Martín deben mantenerse en su gloriosa amistad de Padres de la independencia de nuestros pueblos. A la emulación antojadiza, que en la propia Argentina se toma como elemento enfervorizador de un nacionalismo divisionista, debemos oponer el sentido integralista que llevó al ilustre diplomático y noble amigo de Venezuela, Antonio Parra Velasco, actual Embajador del Ecuador entre nosotros, a promover el hermoso decreto que declaró en su país "Día de la Fraternidad Hispanoamericana", aquel en que se abrazaron en Guayaquil el héroe de Chacabuco y el Padre de Colombia. No sólo en Ecuador, sino en toda nuestra América morena, debiera celebrarse esa fecha como

memoria del encuentro de los caudillos que representaban la voluntad autonomista de nuestro continente hispanoamericano. Voluntad de autonomía que desgraciadamente hoy se intenta sustituir por una servil sumisión al imperialismo norteamericano.

De Brasil, de Argentina, de Uruguay, de Chile, de Ecuador, de México, de Centro América, de Bolivia, de puertorriqueños residentes en Estados Unidos, he recibido palabras de aliento por mi campaña nacionalista. Quienes han leído mis trabajos, han visto en ellos, no la expresión de una tesis personal, sino el trasunto veraz de un disperso sentimiento colectivo, que busca voces amigas que lo pregonen. En Venezuela se ha tornado tan sensible la idea nacionalista, que aun los que se prestan a hacer juego al extranjero, tienen que valerse de afeites que simulen desvelo por los intereses de la Nación. Jamás escritor alguno se ha atrevido entre nosotros a contradecir a rostro descubierto las tesis constructivas del nacionalismo. Creo que tampoco en Colombia se atreva alguien, aun los ofuscados defensores del envío de soldados a Corea, a negar las virtudes del nacionalismo colombiano. Todos, por lo contrario están contestes en la necesidad de mantener enhiestas las líneas defensivas de nuestro carácter y de nuestra tradición de pueblos soberanos.

La seguridad en que estoy de las virtudes nacionalistas del pueblo colombiano, me ha llevado a pensar que no sea pluma de allá quien se atreve en "Relator" a hacer la apología del imperialismo yanqui. Si dolorosamente esas líneas hubieren sido escritas en la propia Cali, como testimonio de manchas entreguistas en el pensamiento de los escritores colombianos, queda, en cambio, a la América el orgullo de saber que entre las mejores voces que defienden su destino autonómico, muchas salen de labios colombianos. A la cabeza de quienes en la fraterna república representan ese movimiento de resistencia, está nada menos que el añoso y joven Maestro Sanín Cano, de solvencia tan grande que cubre la quiebra en que pudieran caer escritores colombianos.

EL DIA DEL PAVO
(Virutas)[1]

Cuando viví en el Sur de Estados Unidos por los años de 1923, tuve oportunidad de ser introducido a un hogar americano que celebraba el *Turkey Day,* o el "Día de Acción de Gracias". Hermosa, conmovedora tradición que explica en parte la fuerza del gran pueblo norteamericano. Recuerdan en tal día nuestros "buenos vecinos" el refrigerio a base de pavo y salsa de arándano que tomaron los "padres peregrinos" que llegaban de Inglaterra perseguidos por la Iglesia oficial anglicana. Unidos, Peregrinos y Puritanos, terminaron, ya libres de la persecución antigua, por tomar las prácticas intolerantes del puritano-calvinismo. Su fuerza, como creadores de un sentido de nacionalidad nueva, se expandió por todas las Provincias del Norte. Con el puritanismo se distendió el hábito de comer pavo aderezado con salsa de arándano el cuarto jueves del mes de noviembre. El ágape primitivo era una "acción de gracias" por la salvación de los perseguidos. Después, fue hacimiento de gracias por el bienestar del pueblo norteamericano. La lectura sagrada se ha hecho de acuerdo con la confesión de cada hogar. Los judíos se dirigen a Jehová. Los islamitas a Mahoma o a Alá. Los cristianos a la Trinidad, a Cristo o al Padre Eterno, según el rito o la secta. Todos coinciden en orar y dar gracias al Señor por la dicha del pueblo norteamericano. Tanto como fiesta de familia, es fiesta cívico-religiosa.

La constancia en esta hermosa práctica indica la fuerza que en el gran país del progreso y de la industria mantiene la tradición. El yanqui

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 22-12-1951, p. 4.

es tradicionista y sabe imponer sus costumbres al forastero, y sabe, también, adaptar y respetar las costumbres de las grandes masas humanas que afluyen del Exterior a acrecentar la fuerza de la Nación.

Dignos de aplauso son los yanquis por su "Día del Pavo". En cambio, me parece espantosa la idea de difundir a todo el Nuevo Mundo dicha conmemoración. Dar gracias a Dios por los favores que concede a nuestros pueblos, es justo que lo hagamos quienes tenemos fe y practicamos una religión. Pero tomar como día común de América el viejo día de los puritanos yanquis, me parece algo inconcebible.

¡Manes de Alonso Andrea de Ledesma! Justamente Amyas Preston, el pirata que vino a quemar a Caracas, era de la misma familia religiosa de los que perseguían o de los que huían de Inglaterra en razón de las luchas provocadas por el Cisma de Enrique VIII.

Nosotros tenemos otros días, que pueden derivar de lo patriótico o de lo religioso. Ayer dimos importancia fundamental al 12 de octubre. Ese es el día de nuestra cultura hispanoamericana. También es día de todo el hemisferio. Los yanquis lo llaman *Columbus Day*. No les gusta como día continental, porque es un "día español". El primer mensaje europeo que recibió la barbarie americana fue transmitido en la lengua del Quijote, de Santa Teresa y de Ruy Díaz de Vivar. Si se trata de algo que recuerde nuestro origen común, ahí está, pues, el 12 de octubre. Día del encuentro del español con el indio americano. Eso sí nos es común a los que hablamos y sentimos en castellano y no en inglés. Si se trata de escoger un día que evoque la libertad americana, ahí está el 9 de diciembre, aniversario de Ayacucho.

Que se queden los yanquis con su pavo novembrino. Y que se les convierta en salud. Para nosotros, en cambio, no sería alimento benéfico. Preferimos la lapa o el morrocoy indígenas, y, sobre todo, la gustosa hallaca colonial.

Ahora, si se quiere un día común para la comunidad católica del Nuevo Mundo. ¿Por qué se ha de escoger un día puritano y no un día católico? ¿No es, acaso, patrona de América la criolla Santa Rosa de Santa María de Lima?...

Demás de esto, aún no somos una colonia total de Estados Unidos. Todavía tenemos un pellejo y unos huesos enhiestos que pueden ganar la batalla de la dignidad nacional. Si los vivos fallan, llamaremos a los muertos. Ellos, como en la comedia de Casona, pueden espantar a los intrusos. Y para que los muertos nos ayuden, miremos con fuerza viva hacia los valores de la tierra. Hacia los valores que forjó nuestra tradición y hacia los valores materiales que, por abandono de conciencia, se nos están yendo de las manos. Si en el orden material, todo lo hemos venido recibiendo de los muelles neoyorkinos, no dejemos que en el orden moral seamos también colonia yanqui. Con sembrar papas, maíz y trigo, podemos recuperar mañana la independencia del pan. Si entregamos los valores del espíritu a la dirección interesada de los "buenos vecinos", seremos esclavos perpetuos. Los romanos dominaron en lo político y en lo material a los griegos. Estos, en cambio, no sólo defendieron la integridad de su cultura, sino que, además, la impusieron a sus vencedores.

No permitamos que nuevas preces inglesas amortajen el cadáver definitivo de Alonso Andrea de Ledesma.

LOS JUDIOS DE LA PUNTA
(Bitácora)[1]

Claro que hube de extrañar los curiosos movimientos de formación militar que practicaban policías, paisanos y muchachos alrededor de la alegre placita de Santiago de la Punta, sobre todo cuando advertí que, en lugar de fusiles, usaban como armas rústicos palos. Hice detener el automóvil y pregunté al primer espectador acerca de la naturaleza de aquellos ejercicios. La suerte quiso ponerme frente al personaje central del caso. Yo había dado en interrogar a Natividad Rivas, el pacífico pesero del pueblo, así se mantenga en permanente contacto con la sangrienta carne de las reses ofrecidas como alimento al pueblo. Natividad es el jefe de los "judíos" y de la "cívica" de La Punta. (Esta "cívica" nada tiene que hacer con elecciones) "—Venga el Jueves Santo, y usted verá lo demás", me dijo, después de haberme explicado que estaban entrenando la gente que tomaría parte en las funciones religiosas de la Semana Mayor.

Santiago de la Punta o, simplemente, La Punta, es pueblo rural situado en el declive occidental de la deliciosa mesa de Mérida, que dista por automóvil sólo diez o quince minutos de la universitaria y archiepiscopal metrópoli andina. Cuando el proceso de la fundación de Mérida parece que aquí se detuvo la ciudad de Rodríguez Suárez antes de asentar en su actual y placentera área. Rodean a La Punta ricas y tupidas haciendas de café y de caña, que han servido de afinco a la vieja oligarquía rural merideña, y, también, pequeños fundos, cuyos propietarios son los mismos labriegos. Hacia el Sur, desde el borde

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 04-06-1952, p. 4.

cataclísmicamente cortado de la mesa, se mira en lo bajo el curso del lejano río Chama, que corre hacia las vegas bajas del Poniente, sin que se oiga el tremendo parloteo de las aguas, que Miguel Febres Cordero elevó a símbolo de la resistencia lugareña; por el Norte, bordea a La Punta el sonoroso Albarregas, más cercano a los niveles de la desfalleciente mesa. Primoroso burgo, donde los merideños de antes, y aún del presente, han buscado salutífero calor para sus reumas y romadizos, La Punta es intermedio entre la apacible vida de la hacienda y la agitada vida de la ciudad. Aunque esté casi pegada a la capital, es pueblo que retiene la valorización rústica de las lejanas aldeas. Para los ciudadanos, es boca del campo; para los campesinos, zaguán de la ciudad. En ella duermen valores primitivos, costumbres antiguas, hábitos placenteros, que llevan la memoria hacia un pasado lleno de color y sugerencia. Con las lindas quintas que la rodean, dura la casona antigua, olorosa a molienda y a café fermentado, donde se ve la huella del dueño antiguo en las viejas sillas de suela, que ostentan las respetables iniciales del señor que la fundó o que prosiguió la recia labor de los mayores.

Yo conocía desde mis años de estudiante los "locos" de La Punta. Antiguamente en la época del negro Caparú, se les llamaba los "negros de la danza". Natividad Rivas, que es también su jefe me dice que su nombre actual es de "moros de la danza". (No gusta a estos danzarines modernos que se les diga negros). Hasta un fundo agrícola tiene esta curiosa Cofradía, que saca sus disfraces para celebrar el 2 de febrero la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria. Los "locos" corresponden a una costumbre medieval trasplantada a nuestra América, como supervivencia degenerativa de la "*Festum Fatuorum*" (Fiesta de los Locos), que en la alta Edad Media formó parte de la liturgia profana, adherida como residuo de las fiestas gentiles, a los ritos de la Navidad y de la Epifanía. En aquélla el subdiácono, para indicar la alegría por la venida de Cristo, se cubría con la luciente mitra del Obispo, y en ciertos lugares se llegaba a elegir un "*Papam Fatuorum*" (Papa de los Locos), reclutado entre los ministriles y los taberneros, para significar con ello que Cristo había venido a exaltar a los simples y a los desheredados. En Venezuela los "locos" tienen salida desde la época de Aguinaldos hasta la fiesta de la Purificación. (Y que no

me desautoricen Rafael Vegas y Ramos Calles, diciéndome que entre nosotros todo el año es de locos, pues yo apenas me refiero a los de tales). La Punta es el sitio del país donde la fiesta de "locos" acaso tenga mayor esplendor. La cofradía de los "locos" imprime carácter. El funeral de uno de sus miembros reviste una solemnidad singular y pintoresca. Se le amortaja de "loco" y en el entierro son bailadas las danzas festivas como si se tratara de la mera fiesta de la Candelaria. (Cuéntase que un "loco" se apareció como espanto para comunicar a los deudos que estaba penando en el Purgatorio por haber sido enterrado sin que se hubiesen cumplidos los ritos de costumbre).

De los "locos" y de los "judíos" es a un mismo tiempo jefe y centro Natividad Rivas, hombre mayor de cincuenta años, alegre, trabajador y autoritario. Los "locos" tienen más solera y mayor ámbito. Los "judíos" apenas están organizados desde hace cosa de treinta o cuarenta años, cuando el Cura Porras dio algunas normas a la costumbre antigua. Tan arraigada en el ánimo popular está la farsa de los "judíos", que cuando algún Párroco ha intentado echarla de la Iglesia, quien ha tenido que abandonar a La Parroquia, ha sido el Cura. (La Parroquia es nombre con que también se distingue el pueblecito de Santiago).

Durante la Misa de Jueves Santo los "judíos", encabezando a los "cívicos", montan guardia en dos alas, en la nave principal del templo. Los primeros visten trajes polícromos de soldados romanos y los "cívicos" liquiliqui blanco trenzado y abotonado de rojo, y tocados de cristina o pañuelos, también los "judíos" portan lanzas, los "cívicos" fusiles de madera. Por todos conté cuarenta participantes. A la cabeza de ambos, preside Natividad Rivas, con traje y casco de centurión, coloreado el rostro y empuñando vistosa bandera roja. A la hora de la procesión del Santísimo Sacramento hacen todos un gracioso movimiento a paso de contradanza, con que simulan ir a la prisión del Señor. Concluida la reserva, van con el sacerdote a la Sacristía y de allí lo acompañan en calidad de "preso" hasta su casa. El sacerdote de sobrepelliz y con la llave del Monumento sobre el pecho, sale entre la guardia con verdadera cara de víctima. (La ceremonia sirve para evitar conflictos entre el cura y determinadas autoridades que pretenden, por serlo, el honor de la Llave, así sean concubinos o ladrones).

Conducido el sacerdote a su prisión, los "judíos" se recogen a su casa y los "cívicos" se acuartelan en el Cuartel de Policía, de donde salen los relevos que cada hora sustituyen la guardia plantada en las dos puertas del templo y en la capilla del Monumento.

Valdría la pena un relato amplio y comentado de la participación de esta farsa en el orden de las ceremonías de la Semana Mayor. Apenas apuntaré para ganar espacio, las que hubieron de llamar más mi atención.

El Viernes Santo no participan ni "cívicos" ni "judíos" en la adoración de la Cruz, y concluida la Misa de Presantificados corren todos precipitadamente al altar del vacío Monumento, donde, después de extender una gran sábana, simulan que juegan a los dados, hasta que el Centurión, haciendo de Judas, llega con la bolsa en la mano y les dice: "No quiero retener las monedas del precio de la sangre del Justo". A una voz responden los otros: "Pues nosotros sí las queremos", y siguen corriendo los dados. En la noche del mismo Viernes se realiza el Oficio de Tinieblas. Las velas del tenebrario las va apagando, en medio de saltos y contorsiones una figura de Demonio, y cuando concluidos los *Laudes* con la antífona *Traditor,* se hace la obscuridad y se escuchan el ruido y los estrépitos, el Diabo abandona de carrera el templo. Al día siguiente, cuando entonan el canto de *Gloria,* los judíos se tiran al suelo y desamparan el templo, mientras los "cívicos" los persiguen con sus fingidos fusiles. En la calle hay profusión de recámaras y cohetes y de inmediato se quema a Judas, como en el común de los pueblos de Venezuela.

Pareciera al bulto que con esta dramática participación del pueblo en las ceremonias religiosas se realizase una profanación de los sagrados Misterios. Un examen detenido del caso lleva a la conclusión contraria. Quienes participan en ambas guardias lo hacen con la convicción de que cumplen un acto de religión y de fe. ¡Hay que ver cómo velan al Sepulcro y con qué respeto acompañan el Santo Entierro! No se trata de una fiesta pagana. Por lo contrario, se adivina en todo el proceso representativo, la convicción de que los personajes están en verdadero trance de homenaje a Cristo, dando mayor alcance interpretativo al drama del Calvario. De otra parte, esta costumbre mantiene la realidad

de una sencilla conciencia religiosa popular, que si no alcanza las dimensiones artísticas de la Pasión de Oberammergau, da una encantadora tipicidad al modesto y alegre pueblo de La Punta.

Quizá un estímulo oportuno y eficaz de parte de las autoridades culturales de Mérida para los mantenedores de esta amable y pintoresca tradición, podría dar mayor esplendor a la curiosa representación, con posibilidad de que mañana se hiciese de la Semana Santa de Santiago de La Punta un motivo de atracción que llevase a Mérida visitantes deseosos de conocer estas expresiones de nuestro rico folklore.

CODA[1]

Transitoriamente habré de abandoñar mis habituales actividades de prensa. Como balance, me complace la idea de que algunos trabajos míos tuvieron audiencia y promovieron discusiones en torno a sus ideas centrales. Con ellos no perseguí sino el robustecimiento de una posición durante largos años sostenida en torno a los valores de nuestra historia, como parte de una problemática de la nación. Pueden carecer de lucimiento algunas de mis tesis, ya que a mi mente faltan los recursos de erudición y de brillantez que dan autoridad a otros escritores. Pero mis ideas son lo suficientemente claras y simples para que se las pueda presentar al servicio de falsos y truncos propósitos.

El tema del tradicionalismo, que caracteriza mis flacos estudios, creo que lo desarrollé exhaustivamente en mi trabajo "El Sentido de la Tradición". No hay en él razón alguna para que se intente presentarme como defensor del viejo tinajero frente a la moderna nevera, o como defensor de la alpargata sobre el confortable "moccasin", ya que a estos extremos llegan quienes tienen interés en desviar las cosas de sus rectos caminos. Eso, en realidad, cae en terreno de lo vedado.

Tampoco alabo el barretón indígena sobre el moderno tractor, cuando pongo la abundancia agrícola de los tiempos viejos frente a la trágica escasez del momento presente. Nuestros viejos métodos agrícolas no los invoco como elementos de ninguna tradición, sino como testimonio de una voluntad de trabajar la tierra, que desapareció cuando acreció la fácil moneda petrolera. Tampoco significa ello protesta alguna

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 24-06-1952, p. 4.

contra la riqueza nueva, sino denuncia de los vicios en que cayó un pueblo que pudo aprovechar racionalmente sus maravillosos recursos.

Al defender la continuidad de lo histórico, busco, también, que nuestro pueblo se sienta más vigoroso en el tiempo y, con ello, poseedor de armas mejores para la defensa de sus derechos. Jamás he intentado adecuar nuestra historia a mis intereses personales o a los intereses de un grupo o de un sistema. Ni beneficios editoriales he alcanzado con mi modestísima obra impresa. Sólo me compensa la idea de que algún día se reconozca que puse desinteresadamente mi pobre pensamiento al servicio aglutinante de nuestra Historia, que es tanto como servir los intereses de la Patria. Por eso he consagrado mi flaco razonamiento a la idea de que sólo hay una Historia nacional, donde caben las historias fragmentarias que han querido hacer los partidos y los intereses políticos.

LA ANGUSTIA DE SER MAESTRO
(Bitácora)[1]

Julio ha sido tradicionalmente el mes de las grandes cosechas espirituales en nuestro país. En julio se abrió un vientre de mujer venezolana para darnos el milagro del Libertador de la América española. En julio se alzaron las voces solemnes de los patricios que declararon la independencia absoluta de la Patria. También en julio pueblo y cabildantes se juntaron en 1808 para la jornada que defendía, junto con la integridad imperial de España amenazada por Napoleón, el valor deliberativo de la Provincia de Venezuela. Mes de grandes cosechas, las Universidades, Liceos, los Colegios y las Escuelas confirman Doctores, Maestros y Bachilleres. Quizá este año haya disminuido un poco el número normal de egresados para el ejercicio de las profesiones liberales. El número de Bachilleres y el número de Maestros es, en cambio, progresivamente mayor que el número producido por cursos anteriores. Hay, indudablemente, una superación ilustrativa en nuestro pueblo. Los Bachilleres se consideran vencedores de media jornada, pero no sienten sobre sí otra responsabilidad fuera del definitivo escogimiento de carrera. La posición de los Maestros es distinta. Salen ellos con una responsabilidad definitiva, que sobrepasa los recursos adquiridos en la mecánica de las aulas. Van a formar la conciencia y a iluminar la mente de futuros hombres.

La primera noche de un Maestro o de una Maestra recién graduado, la imagino de angustiosa vigilia. Claro que no la de todos, pues algunos toman el camino del Magisterio por la simple búsqueda de una

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 06-08-1952, p. 4.

profesión útil. Muchos Maestros hubieran tenido mayores éxitos en el volante de un tractor o al servicio de la inteligencia policíaca. Otros, en cambio, no saludaron la carrera en pos de un seguro de vida, sino empujados por un sentido vocacional que les indicaba ser la Escuela el campo idóneo donde mejor podían servir al progreso de la comunidad. Para muchos, el Magisterio sigue siendo la carrera del antiguo Maestro, condenado a corto diario y a vestir modesto, donde brillaron Agustín Aveledo, Luis Ezpelosín, Rosendo Noria, Antonio José Sotillo.

A estos Maestros, muchachas y caballeros, que buscaron en la Pedagogía fórmulas generosas para la conducción de conciencias, debe resultarles de una tremenda gravedad sentirse frente a su deber profesional. Llevados del claro y taladrante sentido que les hace mirar su deber ante las generaciones cuyo destino será confiado a su función ductora, pensarán en sí mismos y harán, como primer grado de estos severos ejercicios espirituales, el examen de su propio deber en el orden de la sociedad.

Cuando su hermana vestía las gasas nupciales, fue invitado Leopardi a abrir el álbum epitalámico que le ofrendaban sus amigos. El poeta se limitó a escribir: "Tendrás hijos desgraciados o cobardes. Prefiérelos desgraciados". Hijos morales serán de estos Maestros en túnica nupcial, los futuros discípulos. En la disyuntiva del escogimiento leopardino, claro que el buen Maestro cultivará en sus alumnos aquellas nobles virtudes que, al alejarlos de la cobardía, pueden ponerlos en el camino de la aparente y transitoria desgracia. (Transitoria y aparente, por cuanto en los cuadros de la Historia, el balance de los negocios públicos no sigue la valorización cuantitativa de los momentosos éxitos).

Formar sentimientos y carácter es el principio de la función educadora. No es el de la escuela vano proceso para llenar de letras y palabras la inteligencia de los niños. Precisa enseñarles a entender el mundo y conformarles el carácter con que habrán de presentarse a la palestra social. Urge enseñarles su deber de hombres. Su deber consigo mismos y su deber con los semejantes. Por ello, al Maestro es requerido de previo conocer su propio y múltiple deber ante la República que le confía la dirección espiritual de los nuevos ciudadanos.

Antes de darse a la noble y recia labor de enseñar, el Maestro ha de examinar su propia capacidad ductora y ha de buscar en sí mismo las consignas que habrá de sembrar en el ánimo de sus discípulos. Todo depende, en último análisis, de lo que entienda por República y por sociedad. De lo que él juzgue deber del hombre como ser portador de un espíritu a quien cumple el ejercicio de su propia persona. Para juzgar su deber, el Maestro venezolano no necesita intrincadas enciclopedias. Bástale volver al pensamiento antiguo de los creadores de la República. Francisco Espejo le enseñará que las virtudes republicanas consisten "principalmente en cierta fuerza de espíritu con que el hombre no sólo aguarda, no sólo resiste, no sólo se ofrece, sino que desafía y solicita los mayores y más inminentes peligros, por la salud y libertad común".

En el ámbito de la comunidad, habrá de empezar el Maestro por situar al alumno en el propio campo de la escuela. En el jardín o en el aula. Puesto de pies, el muchacho pisa tierra. Bajo sus plantas tiene un retazo de mundo. Sus pies descansan sobre un pedazo del territorio patrio. Pueden estar Maestro y alumno en Barinas, en Upata, en Valencia, en Lobatera, en Petare o en Trujillo. En cualquiera de estos sitios está toda entera Venezuela. En aquel minúsculo espacio que delimita su sombra, allí está íntegra la Patria, con su riqueza, con sus dolores y su gloria. El niño habrá de aprender que en el marco geográfico, uniformado por el esfuerzo de los varones antiguos, bajo el nombre sagrado de Venezuela, empieza su drama de hombre.

Si el Maestro pensara siempre en que su misión no es decir cosas y más cosas para que mecánicamente las repita mañana el alumno ante un frío y aburrido jurado examinador, sino la misión de un mago o de una comadrona que asiste a un colectivo y continuo alumbramiento, el Maestro temblaría ante la responsabilidad de su misión. Si el Maestro cayera en la cuenta de que su trabajo no está destinado a que lo mida burocráticamente un funcionario del Estado, sino a que lo sienta en frutos de hombradía, la sociedad futura no sonreiría tan fácilmente al final de su diaria tarea.

Y si ayer fue grave la labor del Maestro, más grave resulta hoy, cuando su trabajo se realiza en medio de un mundo y de un pueblo en plena

crisis. En un momento en que parece desasistida de racionalidad la conducta de los hombres y en que, para lo particular de nuestro pueblo, se hallan amenazados de ruina los valores fundamentales del espíritu nacional.

Si es inmensa la responsabilidad de los veteranos, mayor parece ser la de los flamantes egresados que se inician en la obra educadora. Toca a ellos hacer sus nuevos caminos al compás de abrir caminos en nuevos espíritus, que se inician en la comprensión de un mundo, cuyo símbolo es la contradicción angustiosa. En medio de la gran crisis presente, cuando los hombres porfían en el cultivo de las más extrañas paradojas; cuando se erigen por modelos culturales formas sin contenido, que incitan a la evasión de responsabilidad (literatura existencialista, pintura abstracta, etc.); cuando se mira como lógico todo camino que conduzca a satisfacer las más abigarradas concupiscencias; cuando se pisotean los viejos valores a cuyo servicio estuvo por siglos el espíritu de los sabios y de los santos: la libertad, la justicia, la bondad y la paz; cuando todo se mide con la vara del hedonista interés y de la inmediata ganancia, el Maestro que intente cumplir su elevada misión, habrá de sentir el mismo pavor que llenaba el espíritu de Abraham cuando caminaba hacia el monte de Morija.

Sin embargo, ese pavor ha de ser superado por una fe pánica en las reservas morales de nuestro pueblo. Fe en que del limo sin vicios de la juventud puedan surgir hombres de imagen tan firme y austera como la de los Padres que delinearon la República como casa donde tendrían su habitáculo la ley y la justicia. Tan firme la imagen de esos nuevos hombres como para hacer pensar a los pueblos poderosos que amenazan nuestra soberanía de nación, que nada les conviene tanto como rectificar su conducta política y mirar en nosotros la integridad de un pueblo.

Todo eso lo pueden hacer los hombres que se levanten sin temor a la desgracia transitoria hacia donde lo puedan empujar las virtudes que les forjen los nuevos maestros...

NUESTRA FOTOGRAFIA CONTEMPORANEA
(Bitácora)[1]

Hasta[2] ayer hermana menor y un poco negada de las bellas artes, la Fotografía ha venido adquiriendo en Venezuela puesto de altura, acorde con el ascenso general de la cultura. En su desarrollo se advierte una línea de desarrollo en concordancia con los caminos seguidos por la propia pintura. Esta misma dio un vuelco, a la par de la sociedad que a fines del siglo XVIII buscó nuevos medios de expresión. La retratística burguesa sustituyó por colores macizos y densos las líneas sutiles de la vieja pintura principesca. Más asequible al pueblo, el retrato fotográfico entró a competir con la pintura, pero se mantuvo, como ésta, dentro de las líneas individualistas de la nueva concepción social.

Nuestros grandes artistas de la pasada centuria —Tovar y Tovar, Rojas, Michelena— representaron en sus óleos portentosos la concepción

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 01-10-1952, p. 4. El artículo fue originalmente un discurso pronunciado por MBI en su condición de Embajador de Venezuela, en el Museo Nacional de Bogotá en ocasión de la inauguración de la Exposición Internacional de Fotografías tomadas por los alumnos de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Se publicó con algunas variantes bajo el título de "Nueva dimensión de la fotografía contemporánea", **El Tiempo.** Bogotá, 03-05-1949.

(2) Al publicarse este artículo por vez primera en Bogotá, apareció precedido del siguiente párrafo: "Grato en extremo es para mí hacer uso de la palabra al declarar inaugurada esta Exposición Internacional de Fotografías tomadas por los alumnos de la Escuela de Periodismo de la Universidad Central de Venezuela. Ellas son voces humanas que buscan hacer trascender a otros pueblos de América la vida y la inquietud de la sociedad venezolana".

individualista del siglo XIX. "La Caridad", más que una realidad social, refleja un estado de conciencia personal. En ella se enaltece una virtud antes que ponderarse un dolor engendrado por la sociedad. Las grandes creaciones de nuestros pintores buscaron expresar momentos históricos —historia de personajes que absorben el propio valor de las masas— y concepciones atrevidas de lo religioso y mitológico, logradas en el recato de los talleres. En el desarrollo de aquella pintura, que refleja el momento helénico de nuestro arte del color, aparece como centro de gravedad la idea del hombre como creador de hazañas y actitudes. Diríase que nuestros artistas servían al proceso de una cultura amarrada a la concepción antropocéntrica del momento.

A la par de los pintores, nuestros fotógrafos concretaban su labor a representaciones de individuos. El taller fotográfico estaba destinado a copiar personas y a dar mayor resalto a las figuras espectables de la política, del arte y de la llamada buena sociedad. Como la pintura, la fotografía comenzó por ser ejercicio individualista, cónsono con el apogeo de la cultura burguesa. De los viejos talleres del siglo pasado, entre los cuales se recuerda por su importancia el de don José Antonio Salas, la fotografía fue creciendo, hasta tener su esplendor rococó en los gabinetes de Servio Tulio Baralt, Pedro Manrique, Marcelino Ramírez, O'Brien y Pietri. Las salas de estos grandes artistas caraqueños fueron exposiciones permanentes del estado social del momento: bellas mujeres reclinadas sobre fastosas poltronas góticas; fortunosos políticos ataviados de levita traslapada; poetas románticos, que pedían al fotógrafo hacer más profundo el cerco de las ojeras; apéndices de filósofos que posaban apoyados sobre gruesos volúmenes; novias tímidas, envueltas en vaporosas gasas; militares ataviados de sus arreos de guerra, sostenidos con fiereza sobre el pomo de las espadas. Cuando de la capital, los dueños de estos famosos establecimientos destacaban al interior algún oficial suyo, los pueblos lo recibían con la misma curiosidad que promovían entonces las visitas ocasionales del Obispo, del óptico, del dentista o del torero. "Sacarse un buen retrato" era signo de distinción, al cual la gente daba singular importancia, como si el retrato fijara al exterior, en forma permanente, el valor intrínseco de la persona. El hombre, en su deseo constante de mantenerse fiel al sentido egocentrista de la cultura, se buscaba a sí mismo en los re-

tratos. Era como una barata y simplista realización de la filosófica introspección socrática.

A esa tendencia individualista del arte representativo, sucedió una etapa marcada por señales acordes con el nuevo sentido humanista, y extravertido de la vida. Fiel al curso de la pintura, la fotografía siguió sus huellas. Aunque hubieran realizado intentos de paisaje viejos pintores, como el anónimo que en 1839 pintó para don Feliciano Palacios la ciudad y el valle de Caracas, aun fueron tímidos los ensayos de Michelena, de Tovar y de Rojas. Del primero nos quedan su paisaje de San Bernardino y el precioso valle de La Vega. Tovar y Tovar dejó, que yo sepa, su "Vista de Caracas", "Puente de Hierro" y "El Avila desde Cotiza". Rojas, en su estudio de París, cuando hizo "La dama del balcón", buscó agregar a la belleza humana de la figura central, la belleza cósmica de un retazo de paisaje.

A fines del siglo XIX la naturaleza empezó a reclamar la atención del artista venezolano. La literatura buscó el tema nativista, a que había llamado Bello, con tan buen sentido, en la "Silva a la Agricultura". Con "El Sargento Felipe" de Picón Febres y "Peonía" de Romerogarcía, comienza nuestra novela nacional. En ellas viven conjuntamente el hombre y el paisaje venezolano. Lazó Martí toma la lira del viejo Bello y da refrescante alegría de tierra a la didascálica del Maestro. Escritores, poetas y pintores se separan del aislamiento individualista, y buscan en planos aireados las más expresivas representaciones de la vida. Pintura y literatura trabajan de consuno, y cuando Díaz Rodríguez, Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri llegan a "Peregrina", a "Doña Bárbara" y a "Las Lanzas Coloradas", ya Manuel Cabré ha transfundido un valor de humanidad al Avila solemne y protector y ha robado al cielo de Caracas el secreto maravilloso de sus luces.

La fotografía no se queda atrás. Salida del taller umbroso, donde los juegos de luz se hacen artificialmente, se echa de camino por el campo abierto de Venezuela, y Alfredo Boulton, Ricardo Razetti y Carlos Herrera Fernández logran captar en el milagro de sus cámaras toda la vida de los montes, de los valles, de los ríos, de la playas y de los bosques de Venezuela. Ya no es el tiempo del retoque pulido que haga

más hermosa la dama y menos verde al viejo que enamora con postales amañadas. La fotografía es todo un arte al servicio de la naturaleza y del mundo social. El fotógrafo de ahora no espera junto a la máquina la llegada del hombre. Cámara al hombro el Gordo Pérez va al encuentro de sus personajes, para reproducirlos en plena actividad callejera. El hombre en éxtasis ha sido supeditado al hombre en trance de acción. De documento egoísta, el retrato ha pasado a ser documento social, donde, junto con la geografía, se puede estudiar la vida del pueblo. El fotógrafo no es el viejo reproductor de inmóviles imágenes individuales, sino el captador inquieto de actitudes que expresen una conciencia colectiva.

Si bien la fotografía ejerció una función de tipo político-social cuando democratizó el retrato, en manos de artistas como Boulton, como Razetti, como Herrera Fernández, ha logrado superar entre nosotros el valor de obra mecánica para alcanzar contornos de verdadero arte representativo. No sólo se hacen excelentes fotografías sobre la base de buenos instrumentos. El ojo del operador tiene función rearticulante de la naturaleza inmutable. La fotografía no sólo tiene masas y perspectivas. En un estudio de Herrera Fernández se siente la tierra. Se oye el ruido del paisaje. Se escucha el silencio de las cosas. Quien modestamente se mantiene en la convicción de que el arte tiene por fin hacer sensible la belleza, ha de convenir forzosamente en que nuestra fotografía contemporánea ha alcanzado la dignidad de un arte bello[3].

---

(3) Este último párrafo no aparecía en la versión de 1949, y en su lugar se podía leer el siguiente: "Esta inquietud nueva ha querido encausarla, por medio del mejoramiento de la técnica, la Escuela de Periodismo caraqueña. Primer fruto de esa labor de disciplina académica, es la exposición de fotografías que estamos inaugurando. En ellas hay reflejos ciertos de la alegría, de la belleza, del dolor, de la luz, del progreso y de la angustia que animan la naturaleza y el alma de mi Patria. Y si algún placer os proporciona su contemplación, agradecedlo a la diligencia y afecto con que la ha organizado la dinámica y cultísima señorita Teresa Cuervo Borda, directora de este Museo, a quien la Universidad Nacional en acto de fraternidad hacia mi Universidad caraqueña, confió acertadamente la dura labor de realizarla. Sea para ella también, como para las autoridades universitarias, la gratitud de la Misión venezolana". (El Comité Editor).

NACIONALISMO Y UNIVERSALISMO
(Limaduras)[1]

En el orden emotivo se ha llamado patriotismo a la adhesión y al afecto hacia los valores abstractos de la Nación; en el orden de la realidad, el viejo patriotismo romántico se ha denominado nacionalismo. El nacionalismo se ha presentado en el orden de la política contemporánea en forma a veces agresiva y negadora de los valores humanos. El nazismo y el fachismo fueron en Europa sus más ilógicas deformaciones. Hay, también, un nacionalismo chovinista, sin otra base que una absurda estimativa de lo nacional. El nacionalismo correcto es otro cosa. Yo lo definiría como fuerza reclamada urgentemente por los pueblos que quieren salvarse y quieren presentarse con líneas definidas en la comunidad universal.

¿Dónde empieza?... Pues en la propia casa, en el propio hogar. Cuando el padre se afana en la búsqueda del alimento y del abrigo; cuando la madre se mueve diligente para poner suave gobierno en casa; cuando las criadas arrastran los modestos chanclos, de acá y de allá, en el trajín de asear y acomodar; cuando los niños se sientan a la mesa y después de haber comido alegremente, acompañan con sus tiernas voces el hacinamiento de gracias de los padres, aquellas gentes sencillas, mayores, niños y criados, inician la célula primaria de los pueblos. Los niños amán más que a las otras sus modestas casas; la madre acicala con amorosa diligencia las rosas que aroman y decoran mesas y rincones; el padre defiende, recio, sus puertas del nocturno ladrón. De la casa, esa diligencia y ese afecto se extienden al pueblo y la región, y cuanto más vivo sea el interés del hombre por la suerte de la in-

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 16-11-1952, p. 4.

mediata sociedad donde se hunden las raíces de sí mismo, tanto más vivos y profundos serán sus sentimientos en relación con la gran Patria formada por las numerosas patrias chicas. Con nada colide, ni menos disminuye, para nuestra devota relación con Venezuela, el afecto profundo que cada quien mantenga para el pedazo de tierra donde primero se empuntaron sus huesos o donde para siempre duermen los huesos de los mayores.

Para amar a nuestra América hispana en su valor integral de hombres que se apoyan para las grandes jornadas en la lanza herrumbrada del Quijote, lejos de ser impedimento, sirve de impulso, el febril patriotismo de chilenos, venezolanos y guatemaltecos. Para sentirnos solidarios en el área de las naciones que pueblan el mundo, nuestros claros conceptos de la americanidad creadora son manera de alijo que aliviana las naves enrumbadas a la confraternidad universal.

Defender la integridad de la casa, los muros de la ciudad, los linderos de la Patria, no constituye negación del valor ecuménico del hombre. Con tal defensa se intenta apenas determinar distritos precisos al derecho de los hombres, de las familias, de los pueblos, de las repúblicas. El problema de la universalidad entraña una paradoja. No se puede sumar para la realidad unitiva de las naciones sino pueblos enteros. Sumar repúblicas, colonias y factorías es tanto como sumar gatos y ratones. Mientras más igualmente pujantes sean las voces de los socios, mayor equilibrio habrá en sus determinaciones. Mientras más enteros sean los pueblos que concurran a la anfictionía de las naciones, más seguro será el buen éxito de los acuerdos. Lo que quiebra la armonía son las diferencias engendradas por una mala distribución de la justicia. Las naciones tienen, como las sociedades comunes, un orden de derecho. Jamás se ha mirado por correcta la actitud del vecino poderoso que se meta de juro en nuestro predio a lucrar con nuestras siembras. Por demás insolente y vejatorio se considera aquel viejo derecho de pernada de que se dijeron titulados los feroces señores feudales.

Entre los pueblos existe, aunque incumplido, un orden que indica a cada cual lo que es suyo. Eso es simplemente lo que se busca en la relación del pequeño con el grande. Si el más alto quiere tener bien cubiertos los pies, labre en el día su larga manta y no intente desnudar

en la noche al vecino indefenso. Nacionalista se llama la actitud de quien defiende su manta y procura mantener en el orden internacional la digna posición que asegura su categoría de nación independiente a la Patria de que es hijo. Ese nacionalismo sin agresión ni chovinismo, tiene comienzo en la casa, en el pueblo, en la región. Como eficaz para sus fines, reclama el mantenimiento de un orden de suficiencia que asegure la paz y la abundancia de la mesa, la fresca presencia de las rosas en la sencilla maceta, la amplitud y el seguro constante en las bardas hogareñas. Ese sano nacionalismo, emparejado con la dignidad cívica del pueblo, quiere el racional provecho de la riqueza, el vigoroso mantenimiento de la tradición cultural, el adecuado abastecimiento de los graneros y las fuentes. Ese nacionalismo fecundo y salvador, pide un mejor laboreo de la tierra, para que el pueblo produzca lo que necesita y para que no dependan sus despensas de despensa ajena; pide que la industria salte sobre su estado actual de dependencia y logre la verdadera autarquía creadora; pide, también, que se defienda al consumidor de las fauces insaciables del comercio internacional.

Nacionalismo no es tampoco apego ciego a un falso y retrasado tradicionismo. Cuando yo, por ejemplo, he escrito el responso de la vieja pulpería nacional, no he intentado defender el atrasado sistema de los antiguos regatones ni el antihigiénico régimen de las ventas. Levanté el tono elegíaco de la voz para hacer ver lo que significan nuestras actuales abacerías, llenas de enlatados del Norte, frente a la independencia representada por la vieja pulpería, colmada de cosas de la tierra. En todo momento estoy dispuesto a hacer el elogio de la nevera moderna y a desearla para el hogar de todo venezolano, por cuanto es instrumento de sanidad y de progreso. En cambio, una nevera llena de jugos, de embutidos, de leche, de quesos, de huevos producidos en países extranjeros, me da la impresión de urna de vidrio donde durmiera entumecida nuestra dignidad nacional. El concepto universalista que se desprende del asocio de alimentos provenientes de Suiza, de Holanda, de Inglaterra, de Estados Unidos, no es el universalismo creador, que descansa sobre enhiestas voluntades y sobre inteligencias claras, que buscan para el hombre un mundo mejor. El cosmopolitismo de enlatados es figura realística de nuestra decadencia económica. Es condición que acusa una indiferente conciencia colonialista.

LAS HOGUERAS DE SAN JOSE
(Bitácora)[1]

Entrar con buen pie en España es llegar en vísperas de San José y venirse a esta maravillosa tierra levantina. Claro que yo había oído hablar de las fallas valencianas, mas de lo dicho a la realidad existe un abismo extraordinario. "Les falles de Sant Jusep", como dicen los valentinos, es una fiesta única en el mundo. Típica en medio de la maravillosa tipicidad española, tiene proporciones sorprendentes en el orden del esplendor, de la alegría y de los gastos.

Jamás pensaron los carpinteros del siglo XVI que su sencilla costumbre de honrar al Santo Patrono con la quema del "parot" o mástil que había servido de sustentáculo durante el invierno a los velones y candiles, cuyas luces iluminaron su paciente trabajo de invierno, llegaría con el tiempo a convertirse en esta fastuosa, regocijante y estupenda fiesta de primavera. Quizá el mérito de tan excepcional festejo recaiga en el buenhumorado vecino del Barrio del Carmen que tuvo la feliz idea de vestir el "parot" con un traje que evocaba a un personaje conocido. Al año siguiente los mástiles de todas las fallas aparecieron revestidos de la caricatura de los personajes más célebres del barrio. Al correr los años, el viejo "parot" se tornó en el "minot" fallero, expuesto a los ojos del público antes de ser convertido en falla, es decir, en hoguera. El progreso perfeccionó la burda caricatura primitiva, y hoy cada falla es un alarde de espiritualidad, de arte y de ironía. Tan lujosas las hay, que la premiada del año, costó esta vez veinticinco mil duros.

(1) Tomado de: **Elite.** Caracas, 18-04-1953

Lo que comenzó con el trabajo de muchachos que solicitaban desde "una estoreta velleta" (estera vieja), para aumentar la fuerza de la hoguera, ha llegado a constituir hoy todo un arte con sus profesionales y su museo municipal.

Ciento sesenta fallas ardieron anoche en esta alegre ciudad. Desde las altas terrazas, la población ofrecía el aspecto férico de una nueva Roma neroniana. El cielo estaba rojo y cargado de humo, mientras la graciosa y admirable pirotécnica daba apariencia miliunanochesca a la gran metrópoli levantina. Al amanecer el día de hoy, no se encontraba en Valencia ceniza para un remedio. Todo había sido barrido cuidadosamente en la madrugada.

"Les falles de Sant Jusep" son en realidad una gran fiesta. Así se haya hecho de ella una festividad general, con bailes y corridas de toros, conserva el tono religioso de su origen. Una semana duran los festejos, cuyos hechos salientes son la "nit de foc" del día 18, en la cual se queman a la media noche extraordinarias invenciones de pólvora; la ofrenda a la Virgen de los Desamparados, en la tarde del mismo día, que constituye un espectáculo de lucidez incomparable, cuando desfilan hacia la Catedral los grupos de muchachas vestidas de lujosos trajes regionales, que representan las diversas juntas falleras. (Este año desfilaron ciento sesenta grupos, encabezados cada uno por una banda de música). Al llegar al atrio del templo, las esplendorosas falleras van entregando su carga de claveles, que terminan por formar un gigantesco ramillete a los pies de la Patrona. La fiesta concluye con "la cremá de les falles" a las doce de la noche del día de San José.

Humor, alegría, derroche, ingenuidad se ponen de resalto en estos grandiosos festejos. Claro que el forastero no llega a captar todo el valor de los muñecos de las fallas. Para ello se necesita conocer la vida menuda de la ciudad, pues cada representación corresponde a un propósito crítico que promueve la risa del pueblo.

Hubo en el pasado siglo un Ayuntamiento que negó permiso para la "cremá" de las fallas. Mucho derroche de dinero que bien podría invertirse en obras útiles. Así piensan aún quienes hacen cuenta de que

pasa de veinte millones de pesetas lo invertido en muñecos, música y pólvora. Los valentinos con sentido racional de las cosas dicen que los veinte millones no hacen sino pasar de unas a otras manos, ya que ahí no se consume nada importado, y aún así es corto el precio para lo que valen ocho días de espiritualidad, de cultura, de esparcimiento, de sentido comunitario que a sus anchas vive el pueblo. En ellos sale a flor de realidad el espíritu cultísimo, acogedor, alegre, sencillo, sano y generoso de esta gran ciudad, donde todo es optimismo y fe en el valor del hombre.

Por las calles de la hermosa ciudad desfilan durante estos días hermosas muchachas de luminosos ojos, vestidas del bello traje de la región. Con ellas van, también, las chiquillas que ensayan el abanico y la mantilla. El pueblo las admira y las aplaude, con orgullo y modestia. Hasta los seminaristas de roja beca se echan a la calle para mirar estas graciosas "labradoras con aspecto de reina", como Llorente llamó las falleras. Es casta la fiesta, como del Patrono de la Pureza. Ni un grito ni una risa beoda desentona en este torneo del gay vivir, que es también manera de saber. Todo es claro, sencillo y hermoso como la huerta valenciana. En el fondo del intenso regocijo, vive aún la alegría ingenua de los carpinteros del siglo XVI, que celebraban la llegada de la primavera, sumada a la fina filosofía que entrega al fuego, después de la risa enseñadora, la figura que sirvió para la oportuna crítica. Sin odios, sin rencores, se exhiben transitoriamente los defectos sociales que reclaman enmienda condigna. De dicha crítica no ha de quedar ni la más leve ceniza. Como tampoco queda ceniza alguna de la alegría bulliciosa de la fiesta. Son también las fallas como un vivo paralelo entre el jubiloso Cantar de los Cantares y el Eclesiastés solemne. De todo queda una lección de constancia. Al día siguiente de la gran "cremá" ya los valentinos están tomando medidas para que sean más esplendorosas las próximas fallas.

Valencia, 20 de marzo de 1953.

MUSICA Y DANZA EN EL GENERALIFE
(Virutas)[1]

Aun sin pensar en los valores arábigos de la Alhambra, es forzado decir que la noche inaugural del II Festival Internacional de Música y Danzas celebrado en Granada, fue algo en verdad miliunanochesco. Para hallar marco que pudiese emular en emoción estética con la velada granadina, habría que presenciar algo semejante en las gradas venerables de la propia Acrópolis ateniense. Y aún así, le faltaría el fondo maravilloso de los jardines del Generalife. Allá se evocaría la grandeza severa del viejo arte griego, acá se evocó unánimemente el regalo árabe, el deleite de los califas, la voluptuosidad del musulmán, todo aparentemente enredado en los maravillosos ciriales de los grandes cipreses iluminados, en los bosquecillos semiensombrecidos de los labrados pinos y en la polifonía de las viejas fuentes y de las acequias cristalinas, que dieron arrullo al sueño de los músicos ciegos, destinados a alegrar el recatado gineceo de los reyes.

A su magia insuperable, la Alhambra suma ahora el prestigio sin par de estos Festivales, llamados a provocar una romería anual desde los cuatro vientos del orbe. Granada es ciudad de música. Hasta sus nombres cantan: Alhambra, Albaicín. Sus huertas son denominadas cármenes. Lo que en árabe vale por jardín, en lengua latina significa verso. Tejido de versos floridos son los cármenes que rodean a la vieja ciudad embrujada, en cuyo recinto contrastan el recuerdo de los fastosos reyes moros y el sueño perenne de los Monarcas que rindieron la resistencia del Islam. Ciudad de contrastes, como la España total, en ella

(1) Tomado de: **El Universal. Caracas, 19-07-1953, p. 4.**

se palpa la superposición de las culturas que forman la severa trama de este gran país, generosamente empeñado en realizarse fuera de sí mismo, cuando tiene dentro de sus muros maravillosas canteras por trabajar.

El teatro natural del Generalife pasará a ocupar sitio de excepción en el mundo. Lugar de ensueño, podría en realidad edificarse en cualquier sitio algo que naturalmente iguale y aun sobrepase la hermosura del sitio, pero el Generalife es único por sí mismo. El Generalife son 8 siglos de historia musulmana en el corazón de España. Esos valores no se construyen sino se reciben como dones de la Historia. Aquella noche el conjunto ofuscaba de belleza. Una iluminación lograda con extraordinaria técnica, permitía que se contemplasen, sobre fondo de embrujo, las líneas esfumadas de las torres de la Alhambra, el corte severo del Palacio de Carlos V, los campanarios y las torres lejanas de la ciudad. La imaginación soñaba ilusivas situaciones, hasta llegar al delirio de considerar que aquel inmenso público estuviera preso en el interior de una fantástica esmeralda. Eso es el Generalife. Una locura de verde. García Lorca debió sentirse obsecado por los verdes milagrosos de la Alhambra. Un inmenso grito verde son en realidad estos jardines. Verde que te quiero verde y todo es verde en esta fiesta estival de la música.

Bajo la impresión de este paisaje de leyenda, la misma música logra matices insospechados. El inmenso dolor que destila el ballet. "Llanto a Manuel de Falla" del Maestro Asencio, adquiere tonalidades de quejumbre, como si estuviesen acompañados los instrumentos músicos por el aire perfumado de los altos pinos, de los limoneros nevados y de los apretados arrayanes. Pareciera que se mezclasen con las notas de la orquesta la suave voz de las fuentes llorosas que "destilan dulcemente la nieve de las altas Alpujarras", según el plástico decir de Lope.

Bailarín de casta, Antonio se exhibió en la noche inaugural como figura cimera del "arte jondo". El y su conjunto interpretaron a maravilla el baile y la música de la gitanería que tomó posesión de Sacro Monte al mismo tiempo que Fernando e Isabel rendían el último baluarte de los moros y empezaban a poner el signo de la cruz sobre

los viejos signos que declaraban invencible a Alah. Estos gitanos, de pies doctorados en todos los caminos polvosos de una Europa que empezaba a liberarse de la rigidez escolástica del Medioevo, prestaron su voz, ya diestra en tonadas bizantinas, para que en ella perdurase la canción de los labradores moros, la *falah men ikum,* de donde el sentido de fluidez del castellano sacaría el cognomento de flamenco para la egregia música andaluza.

El conjunto de Antonio se mostró digno del marco escénico. Tras él vendrán Zabaleta, Segovia, el Cuarteto Vegh, la Orquesta Nacional y su Orquesta de Cámara, el pianista Ciccolini, y por último, el Ballet Clásico bajo la dirección de Harold Lauder, del Ballet de la Opera de París, con la presencia extraordinaria de Margot Fontaine, quien al ser invitada como huésped de honor de Granada para presenciar el Festival, manifestó que sería corona de su gloria de primera danzarina bailar en el teatro del Generalife.

La Fontaine se ha adelantado, pues, a declarar lo que habrán de ser estos Festivales. Dentro de algunos años, ningún artista se sentirá completo en su prestigio si no ha actuado en el Generalife. Este teatro al aire libre, cuyas grandes columnatas son severos cipreses de majestuosa verdura, llegará a ser manera de Meca sagrada para los devotos del arte musical. Todo el embrujo de las olvidadas noches árabes, resucitará al conjuro de los nuevos artistas. España dará con ello sentido nuevo a la obra abandonada de los antiguos moros. Granada conquistará su vieja capitalidad musical. Lo clásico y lo popular se juntarán para la gran fiesta. Salinas en el verso de plata de Fray Luis y la Gitanilla en la prosa dorada de Cervantes, unirán aquí sus notas contrapuestas. Sonarán su flauta mágica los ruiseñores invisibles del Generalife, mientras en el monte de los gitanos las cuevas estrechas difundirán las voces y el palmoteo agitados de la zambra fantástica.

Granada, julio de 1953.

SOL DEL TROPICO
(Virutas)[1]

Ya empieza el otoño en Madrid y al anuncio del fresco han comenzado a desaparecer de los portales las amables tertulias. Una de las más típicas instituciones madrileñas es la tertulia que durante el verano se forma en las anchas y umbrosas calles, así de los barrios pobres como de los más encumbrados centros urbanos.

El español, aunque se pondere su individualismo, es buen conversador. En el invierno la tertulia se hace al amor de la chimenea. En el verano se conversa en todas partes donde haya sombra. A mí especialmente me han llamado la atención las amables tertulias formadas en torno a las viejecitas que tejen. Con sus agujas y sus palos, las buenas abuelas labran la lana para los vestidos de invierno. Ellas sonríen amables al transeúnte, atienden la puerta confiada a su guarda, discuten con la vecina, en juego de risas regañan con los netezuelos. Son en realidad el centro de gravedad de la reunión. Con los primeros soles de la primavera se echan a la calle a labrar sus tejidos y a reír a la gente.

Las viejas porteras de Madrid visten todas de negro. El negro es color típico del trabajador español. Aun en las soleadas tierras de Andalucía, se ven hombres y mujeres vestidos de negro, encorvados sobre la dura tierra. Las trilladoras de Castilla la Vieja ponen con sus severos trajes negros una nota de solemnidad a la tarea festiva de limpiar el trigo. España, así se la pinte con pandereta y castañuelas, va mejor vestida de negro. Es el color que más cuadra a su austeridad característica.

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 22-10-1953, p. 4.

A Carlos IV se le puede pintar vistiendo de verde, como también pudiera pintarse con hopalandas rojas a sus sosias de número el infeliz Enrique IV. Todos sus demás Reyes van mejor vestidos de negro, como Felipe II, como Felipe IV, como estas laboriosas, severas y buenas viejecitas que cuidan los anchos portales madrileños. En ellas, como en los Reyes, también se expresa el alma de España.

Con la lana en la mano, las pacientes tejedoras me han llevado a pensar en la oveja merina que los árabes trajeron a la Península. Hasta 1760 España defendió la exportación de carneros merinos. De acá salía la lana para alimentar los telares extranjeros. Aún se exportan a Inglaterra magníficas telas de lana que los británicos venden después como producto de su industria. Poseer rebaños de ganado lanar ha sido para los países de las zonas templadas una cuestión vital. Como el carbón, la lana guarda el sol para los días fríos del invierno. Por ello las viejecitas de Madrid han pasado todo el verano tejiendo, tejiendo como quien almacena leña para los crudos días de frío.

Este guardar el sol para la época invernal constituye el punto clave que diferencia a los hombres tropicales de los hombres de la zonas templadas. El ahorro no es reflexivo en la gente de Europa. El ahorro es aptitud funcional para quienes saben que habrán de necesitar mantas, carbón y grasa en el invierno. En el trópico, en cambio, vivimos a la buena de Dios. Nuestro sol nos dura todo el año y las diferencias de temperatura producidas por la altitud, son compensadas de modo permanente por los respectivos lugareños.

Con toda su permanente riqueza, el trópico no obliga a la acumulación de nada. El ahorrador europeo, en cambio, termina por capitalizar. El que puede vivir al sol y al agua de cada día, no tiene urgencia de acumular. Nuestro mundo libre del terror y del espanto que provoca el invierno, es mundo llamado a la constante alegría.

Los sociólogos pesimistas que se empeñan en desacreditar los trópicos debieran pensar en lo que significa para la organización social no tener que luchar con los estragos del invierno. El hombre del trópico tiene individualmente mayor vocación para la libertad que el hombre de los

climas templados. Para vivir, nosotros no estamos pendientes de esta labor continua, resignada, monótona de tejer el abrigo y de guardar la leña que habrán de calentarnos en invierno. Un plan racional de trabajo, nos permitiría llegar antes que los viejos países de la zona templada a gozar por igual de la abundancia y de la alegría garantizadas por nuestro ardoroso y fecundo sol tropical.

Para nosotros no son el afán y la angustia de estas viejecitas que recogen en la hebra de lana el rayo generoso del sol estival. Cuando uno ve el trabajo constante de las tejedoras de verano, comprende con más claridad la justicia que asiste a los obreros que piden mayores salarios y que se afanan porque los capitalistas no sigan administrando con avara entraña los rayos del sol, que para ellos, en cambio continúa impasiblemente calentando en invierno, gracias al trabajo inremunerado del pueblo...

Madrid, octubre de 1953.

SINTESIS DEL PLAN PARA UNA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA[1]

Creemos sinceramente que una de las direcciones editoriales de más importancia y porvenir es aquella que tienda a la publicación de obras, que, por su valor intrínseco, sean de interés tanto en Madrid y Barcelona como en Méjico, Caracas y Buenos Aires. En adelante, y habida cuenta de la superación de distancias impuestas por la rapidez del transporte moderno, hay que pensar al lanzar una obra escrita en castellano, en un amplio mercado en el que España sea un elemento más de él, y quizás no el más importante.

Naturalmente, para conseguir este resultado, que esperamos quede perfectamente claro a lo largo de estas breves notas, se impone la selección de títulos a publicar y un estudio previo de la realidad editorial actual en América y en las repúblicas iberoamericanas.

Por lo que respecta a los países americanos solamente dos naciones, Méjico y Argentina, presentan hoy por hoy un fuerte movimiento editorialista, y éste, en ambos casos, nacido con motivo de la última guerra mundial.

Puede decirse que hasta 1936 fueron las grandes casas editoriales radicadas en la Península (especialmente la Espasa-Calpe y la Labor) las que monopolizaron el negocio de libros en América, al que atendían con títulos no seleccionados, considerando un poco a aquel Continente como la reserva de venta segura.

(1) Original mecanografiado localizado en el archivo del autor.

Tanto Espasa-Calpe como Labor, tuvieron en América sucursales dotadas de medios propios (incluso con imprentas) pero en ninguna de ellas actuó inteligentemente una sección americana con plena autonomía. Siguieron ambas el defecto común a nuestras grandes casas productoras: la especialización en los géneros de crítica literaria e incluso de pura creación literaria, facilitando con ello una gran popularidad a nuestros modernos escritores (Unamuno, Ortega, Machado, García Lorca), pero dejando abandonado el extenso campo de la Economía, Filosofía, Literatura Comparada, Arte, Técnica, Estadística, Química, Medicina, etc. En honor a la verdad ha de hacerse constar que la Editorial Labor trabajó algo estas dos últimas especialidades a base de sus conocidas traducciones inglesas y alemanas. Además, a ello debe su pujanza.

Esta situación ha hecho posible que al romperse el cordón umbilical con España durante la pasada conflagración, hayan triunfado en América diversas firmas italianas y alemanas a base de la edición de obras modernas, que de haber seguido la anterior situación hubieran tardado lustros en aparecer por América. Conocida de todos es la magnífica y oportuna labor realizada por el Fondo de Cultura de Méjico, al publicar y traducir libros que aun para la misma España son de interés y necesidad. Así mismo, Argentina, lanza continuamente al mercado lujosas obras de Arte italiano y moderno, siendo común a los dos países citados la traducción de títulos norteamericanos sobre Geografía y Economía de aquel Continente.

Tal como los acontecimientos mundiales han impuesto la situación actual, resultará muy difícil competir con las editoriales americanas que, sin pasar muchos años, tan pronto se aflojen las trabas estatales, resultarán enemigo difícil en la misma España. Nuestros editores no tendrán más defensa para afianzar sus negocios que buscar las verdaderas novedades, imprimir con arte y rebajar precios.

Afortunadamente hay un campo casi virgen y de auténtico porvenir, de interés para todos los pueblos extendidos desde Alaska a la Tierra de Fuego, campo que, lógicamente, debe ser trabajado por una firma hispanoamericana. Se trata fundamentalmente de la reimpresión de cró-

nicas y monografías sobre países americanos, debidos a plumas españolas de los siglos XVI, XVII, XVIII y comienzos del XIX.

Seguidamente pasamos a demostrar la importancia y posibilidad de este negocio.

A) Cruda, pero acertadamente, se ha dicho que sólo los pueblos ricos tienen historia. Mejor podría afirmarse que sólo los ricos presumen de ella.

Las repúblicas iberoamericanas están en plena juventud cultural. Tienen por delante un risueño futuro y, en la medida que éste se afiance, sentirá el orgullo de su pasado. Ha remitido ya en ellos el sarampión de los estudios precolombinos, (consecuencia lógica de las guerras de Independencia contra la metrópoli) que con las modernas excavaciones arqueológicas han quedado como una rama de la ciencia, con métodos especiales y contenido restringido, de interés para el especialista.

Por el contrario, su verdadero pasado, el que es antecedente obligado del presente, surge solamente después del Descubrimiento. En bien, o en mal, aquellos países han convivido con España cerca de 350 años y a lo largo de este lapso de tiempo se han formado como verdaderas naciones. Basta pensar que los límites de las actuales repúblicas, especialmente en Centro América, han venido impuestos no por las antiguas confederaciones de tribus, sino por las divisiones administrativas virreinales.

Sin extenderme más en estas consideraciones que entendemos suficientemente claras, es evidente que en el estudio de la historia son la única fuente los escritos españoles coetáneos.

Culturalmente las repúblicas hispanoamericanas han seguido fielmente hasta nuestros días el modelo francés. La crisis de Europa y el hundimiento de su magisterio han provocado el nacimiento de USA como papel rector, pero en algún caso, concretamente en Argentina, los libros de texto oficiales en los centros de enseñanza dedican ya gran espacio a la Historia de España, considerando como reyes propios a

los de las casas de Austria y Borbón hasta Fernando VII, en violento contraste con la posición anterior, en la que al socaire de fomentar un necesario sentimiento nacional frente a la creciente emigración, se pasaba ligeramente sobre la época colonial, deliberadamente deformada.

El estudio de su pasado tienen, pues, que buscarlo necesariamente en España, y ello en crónicas y manuscritos de gran precio en el mercado y muy raros. Por lo que respecta a manuscritos, hay que venir necesariamente a España, a los archivos de sus instituciones culturales.

El libro español sobre temas americanos alcanza un gran valor entre los bibliófilos. Su reimpresión, a base de un precio que, sin desmerecer, sea asequible, ha de interesar. Unos ejemplos sacados al azar aclararán el problema.

Por ejemplo, las obras de Fray Bartolomé de las Casas editadas hacia 1550 son muy raras y buscadas por los americanistas. Comprenden 9 tratados, que sólo se conservan completos en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la del Museo Británico y en la de Rotschild. Su precio actual pasa de las 50.000 pesetas, pues el ejemplar Salvá alcanzó esa cifra hace años.

Las obras de Las Casas fueron mal vistas por la corona, que mandó recoger ejemplares e incluso manuscritos y cartas del autor. En el extranjero empezaron las traducciones en el mismo siglo XVI, siguiendo abundantes en el XVII, XVIII y XIX, pero siempre fragmentariamente, reduciéndolas por lo común a la "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias".

En la actualidad estamos faltos de una reimpresión total, con inclusión de cartas, manuscritos y grabados. Daría tres volúmenes de unas quinientas páginas.

Como referencia a estimar ha de hacerse constar que una editorial norteamericana está haciendo gestiones, infructuosas, en la Biblioteca Nacional para proceder a la reimpresión del P. Las Casas.

Lo mismo puede decirse de la "Historia de las Indias y Conquista de Méjico" de Francisco López de Gomara, cuya edición príncipe (Zaragoza: 1552) es apreciadísima, lo mismo que la muy lujosa de Amberes.

Hasta hace poco existía del Gomara una edición muy barata de la casa Calpe, que hoy es difícil encontrar.

De la "Historia Natural y Moral de las Indias" (Sevilla: 1590) de José de Acosta sólo hay traducciones fragmentarias hechas en el extranjero en los siglos XVII y XVIII, y una edición de Madrid (1894, en dos tomos en octavo) muy rara.

De la obra de Fray Juan de Torquemada: "Los veinte y un libros rituales y monarquía indiana" (Sevilla: 1615, 3 vols), sólo hubo una reimpresión parcial en Madrid: 1723. Por los títulos de los volúmenes puede sacarse su importancia: I, Nueva España. II, Costumbres de los Indios. III, Organización Eclesiástica.

Interesantes son también las obras de Jorge Juan y A. Ulloa: "Relación histórica del viaje a la América Meridional hecho de orden de S. M..." (Madrid: 1748, en 4 vols.) y las "Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile..." (Londres: 1826, en 2 vols.).

De la primera se hicieron traducciones al inglés, francés, alemán y holandés. La segunda se publicó en Londres y está agotadísima, pues la edición íntegra se mandó para América, para contribuir a la emancipación.

No queremos insistir sobre más obras. El caso de éstas, elegidas al azar, es el de la mayoría, pero buscando con un poco más de cuidado podríamos presentar títulos de los que muy posiblemente no quede más ejemplar que el de la Biblioteca Nacional.

En manuscritos es todavía mayor la escasez y nada se diga de los capítulos que los humanistas del siglo XVI dedicaron a cosas de Indias,

que prácticamente y a pesar de su gran valor están inéditos, por tratarse de ensayos escritos en latín, incluidos en obras generales.

Finalmente hay autores del siglo XIX (Castelar, Pi y Margall, Cronau, Coloreu, Sánchez Miguel, Serrano Sanz, Ortega y Rubio, etc.) que utilizando manuscritos hoy desaparecidos hicieron bellísimos trabajos americanos publicados en revistas agotadas. Previa una selección podrían publicarse nuevamente obras completas circunscritas al tema de la Colección.

B) En cuanto a la posibilidad del negocio, al montaje de su arquitectura, hay que tratarlo con cierto detalle por ser la cuestión verdaderamente delicada.

Como en alguna ocasión se ha intentado plasmar por firmas españolas esta idea sin que el éxito les haya acompañado, es necesario aclarar que estos intentos fallaron, casi exclusivamente, por prematuros. En efecto, a fines del siglo pasado se hicieron algunas reimpresiones de crónicas que no continuaron por lo mezquino de la concepción. No fueron ruinosas, pero tampoco permitieron la continuación de la labor.

Su defecto fundamental estribó en lo poco cuidado de la impresión, en la baratura del precio y en no pensar en el posible comprador americano. Con atacar estos problemas desde puntos diametralmente opuestos se tiene recorrido gran parte del éxito.

En primer término, la Editorial que se funde ha de dar impresión de continuidad. Una previa propaganda debe ganar al futuro comprador, que, como es lógico, querrá la serie completa, con lo que a efectos comerciales un título arrastrará a otros. Esta política de permanencia y continuidad obliga por propio prestigio a lanzar libros bien presentados, con tipos de imprenta buscados entre los más conseguidos, pues, eso sí, se ha de huir de ediciones facsímil en caracteres góticos.

Hay que conseguir sobre todo un tipo noble de libro. Naturalmente, su precio ha de ser elevado, pero también esta condición es necesaria en el negocio. El libro caro se compra igual, se aprecia más, sirve

incluso como objeto de regalo, y permite dar una fuerte comisión al agente que visita al cliente en su casa y lo busca en la última aldea.

El libro que propugnamos se vendería en España para centros científicos y docentes; para bibliotecas públicas y para la Sección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, aparte de lo que adquiera el gran público. El resto de la edición (en ningún caso superior a 1.000 ejemplares) debe venderse en América, objeto fundamental de nuestra propaganda, presupuestando 50 ejemplares para cada uno de los 20 Estados.

Como medio de dar tono intelectual a la colección se podrían tirar en papel especial y numerados una serie de ejemplares para bibliófilos suscritos (de los que en muchos casos se solicitaría colaboración) y Jefes de Estado.

Sin perjuicio de que esta Colección constituya la base de la nueva Editorial, podría ampliarse su labor a la publicación de obras de tipo científico, artístico, jurídico, etc., cuya necesidad se sienta en las naciones americanas.

En síntesis, el momento actual es el indicado para montar este negocio, siempre que se tengan contactos en Méjico o Argentina y Venezuela. Si no se hace ahora será tarde dentro de unos años, pues como anteriormente dije los norteamericanos empiezan a preocuparse por la reimpresión del libro español y sin temor a equivocarse se puede afirmar que si ven el campo libre y se establecen no habrá manera de competir con ellos.

La constitución de la Sociedad Editorial no resulta dificultosa ni exige grandes desmbolsos. Para evitar los gastos de constitución y de sostenimiento (personal, local, etc.) podría de momento hacerse una Sociedad Civil en documento privado con la cláusula de poder ser elevado a escritura pública a petición de cualquiera de las partes. Un grupo de cinco a diez personas que aportaran unas cincuenta mil pesetas cada una y la creación del título editorial para ser registrado, permitiría empezar a trabajar a través de otras casas editoriales, en cuyos talleres

y con el título registrado se editarían las obras que interesaran previo el convenio de un presupuesto.

Los detalles sobre organización interna de la nueva editorial no hace falta especificarlos por quedar a resultas de las conversaciones definitivas.

Madrid, diciembre de 1955.

SOMBRAS SOBRE AMERICA
(Desde América)[1]

Celebra en este día la Iglesia Católica la memoria de San Pedro Claver. Al pie del altar mayor de la antigua iglesia Jesuítica de Cartagena de Indias se guardan los restos del santo maravilloso que dedicó la vida no sólo a cristianar a los negros esclavos, empero a aliviarles la suerte material. Al dolor del indio vencido, América vio sumado el dolor del negro extraído de sus dominios africanos, para ser transportado al Nuevo Mundo como brazo mejor para el laboreo de la mina, el corte de la caña y la recolección de las mazorcas del rico cacaotal. Cartagena llegó a ser celebérrimo asiento negrero. Las flotas, airosas y seguras, arrojaban en sus muelles magníficos la carga doliente de los negros. Como para el desembarque del ganado, asimismo se procedía para el desembarco de los negros. Se les contaba por piezas o narices y se les encerraba en los depósitos a donde acudían los ricos compradores. Tal como se hace cuando se compra una novilla o un mulo, así se practicaba el examen del negro. Se le miraban los dientes, se le medía el grosor de los brazos, se le examinaban los ojos, se le cateaban los pies, en pos de algún defecto que le restase resistencia y productividad.

Pedro Claver se enfrentó a aquel doloroso sistema con el amor que desbordaba su extraordinario corazón. No podía luchar en el orden social contra un régimen que tenía a su favor toda una grave, solemne, contundente teoría filosófica. No podía romper él las crueles tablas de aquella espantosa ley, tolerada por los reyes cristianísimos. Su misión fue de puro acendrado, subidísimo amor. Aliviaba la vida de los

(1) Tomado de: **El Tiempo.** Bogotá, 28-09-1956.

negros con la promesa de un mundo futuro, en el cual no habría capataces ni propietarios. Refrescaba la fiebre que a menudo los azotaba, tanto con el agua de la medicina generosa, como con el agua de su tierna palabra. Vendaba las heridas que sobre su piel sufrida dejaba el rebenque del caporal, y cuando el pobre esclavo ya no podía por la fiebre y el dolor estarse en pie, Pedro Claver, con resistencia de Goliat, se lo echaba al hombro como el buen pastor el recental herido.

La fuerza escatológica que mueve la intención de estos maravillosos servidores de la humanidad, parece que redujese el ámbito ejemplar de su misión histórica. Por ser santos se les mira como criaturas de leyenda, que ganan premio en un territorio sin dimensión valorativa en el orden de los hechos positivos, y por santos se les considera, a la vez, como seres de imposible imitación terrena. En la categoría de los libertadores de nuestro mundo de las Indias se citan nombres proceros que van desde José de Antequera hasta José Martí, mas, a Pedro Claver se le ha dejado apenas en el reducto de las novenas y de los triduos piadosos. Contra esa actitud esquiva ha venido a librar una verdadera batalla la deliciosa biografía que del apóstol de los negros escribió en profana prosa Mariano Picón Salas. Al sacar del plano hagiográfico la vida del abnegado servidor de la justicia debida a los hombres de color, se le acerca al área realística donde deben funcionar los hombres ejemplares. En la teoría de los grandes constructores de América, tiene Pedro Claver puesto adelantado sobre el de Lincoln. Fue apóstol por excelencia del derecho de una clase sufrida, que aún sigue padeciendo la feroz persecución del hombre blanco.

En el "deep South" se ha hecho en estos últimos tiempos más dura la lucha entre blancos y negros. Como una fuerte contradicción, Estados Unidos ha mantenido el espantoso régimen de segregación de razas. El país donde echaron sus más viejas y recias raíces las instituciones democráticas, ha conservado los agresivos distingos que impiden a niños blancos y negros sentarse juntos en la misma banca de la escuela. La lucha, sin embargo, toma un cariz favorable a la justicia del negro. La Corte Suprema de la Unión ha dictaminado contra la discriminación. El ejército ha movilizado sus efectivos para hacer cumplir las disposiciones favorables a los negros. Los obispos han tomado

cartas activas en el problema y el Metropolitano de Nueva Orleans llegó a privar de cura de almas a una colectividad católica que rechazó los servicios de un clérigo negro.

La lucha del Sur norteamericano ha tenido una repercusión en todo el orbe civilizado. Si ayer se condenó el racismo hitleriano, ¿por qué se defiende la discriminación de Estados Unidos y de la Commonwealth británica? No se puede hablar de libertad, de democracia, de derechos humanos mientras se niegue a los negros la integridad del patrimonio físico y moral que recibieron como criaturas humanas. En el campo de la realidad cristiana. "L'Osservatore Romano", órgano oficioso del Vaticano, acaba de declarar que la discriminación racial es un "pecado contra la naturaleza de la cristiandad". De aquí a proclamar que caen bajo pena de excomunión los cristianos segregacionistas, ya no hay sino un pequeño paso. En el área ontológica de los valores, segregacionismo y cristianismo se oponen de un modo palmario. El cristiano tiene por fuerza que admitir en el orden antropológico la unidad original de la familia humana y en el orden de la gracia, la unidad en el cuerpo místico de la Iglesia. Negar al negro sus derechos a la igualdad de oportunidades, es ir abiertamente contra le esencia del cristianismo. Es tanto como negar la naturaleza divina y humana de Cristo.

Desconocer al negro su categoría como sujeto de los derechos garantizados a los hombres por la ley natural, es destruir el carácter democrático de que tanto alardean las instituciones angloamericanas.

En la hora actual de América, Pedro Claver y Abraham Lincoln tienen un quehacer impostergable. Mientras halle defensores el segregacionismo, puede y debe decirse que la justicia social camina a la pata coja. La sombra que arroja sobre Estados Unidos esta práctica funesta, es un baldón tan vergonzoso como el atraso cívico lo es para los países donde impera el despotismo. No puede hablarse de visión humana de la vida, mientras el ojo de los blancos se resista a mirar la plenitud espiritual que se esconde tras la carne obscura del hermano negro. Jamás encontrará a Cristo quien no se asome amorosamente al alma sufrida y angustiada de los hombres negros...

SENILIDAD IMPERIAL
(Desde Madrid)[1]

Al rastrearse la biografía del Nilo, su partida de nacimiento aparece en Uganda, en las aguas del Lago Victoria, el cual, al derramarse a través del río Kivina, da el primer cuerpo al maravilloso río de los Faraones. Un reposo en el llamado Lago Kioja le permite desprenderse con mayor volumen, adornado ahora de un aditamento imperial. Ya no se le llama solamente Nilo, sino Nilo Victoria. Un nuevo reposo lacustre lo engorda con las aguas del Lago Alberto, alimentado a la vez con las del río Semiliki, por donde se derrama el Lago Eduardo. Acrecidas sus ondas, el Nilo Blanco hace su majestuosa entrada en el Sudán y después de atravesar el Sahara, se dilata hacia la mitológica tierra egipcia.

Cuando la Gran Bretaña puso pie en el Africa misteriosa y burlada, dio a los lagos nutricios y al propio río los nombres de los personeros de la casa real: Victoria, Alberto y Eduardo. Los nombres duran como denominación geográfica y como testimonio del poder colonial por Inglaterra ejercido en Uganda. El Sudán y Egipto viven del agua del Nilo. El derecho de gentes y el derecho civil están llenos de normas de equidad sobre el aprovechamiento de las aguas de los ríos. Las masas de agua fluvial tienen una personalidad íntimamente relacionada con la geografía humana que atraviesan de conformidad con su destino cósmico. Las aguas tienen una función ligada a la historia de los grupos humanos que han crecido en la ahincada confianza de su provecho. Su paso por regiones distintas y distantes constituye una servidumbre

(1) Tomado de: **La Nación.** Guayaquil, 08-10-1956.

sagrada, contra la cual no vale argumento alguno de adventicio valor político. Las aguas, en tales casos, representan un seguro de integridad vital, cuyos títulos están registrados en los sagrados archivos del derecho natural a la existencia. Como el aire, el agua no puede ser desviada de su sentido de promover la vida de los pueblos. El agua, como el aire, es el fundamento biológico del ser humano. Principio del mundo la llamó Thales de Mileto. Sin agua no hay vida. Sin agua se arruinan hombres y pueblos.

El valor humano y sagrado del agua lo confirmó Cristo al tomarla como primer elemento para sus milagros y al llamarse a sí mismo fuente de aguas vivas. Dar de beber al sediento es una de las obras fundamentales de misericordia. En la nueva catalogación de los delitos, el envenenamiento y la ciega de las aguas han sido definidos como actos de genocidio. Quitar el agua a una ciudad o a una región es tanto como amenazar de muerte a sus habitantes. El genocidio no mira al mal hecho al hombre como individuo sino al género humano. Por actos de genocidio fueron condenados a la pena capital los nazis que destruyeron pueblos y grupos por el delito de llevar sangre hebrea. Para defender al mundo del sentido antihumano del nazismo se hizo la Segunda Guerra Mundial. A quienes seguimos la posición de las llamadas democracias occidentales, no nos interesaba el problema de los mercados sino el problema del hombre y su dignidad. Nuestra fidelidad a esos altos principios normativos nos hace ver con espanto la actitud de los viejos defensores de los derechos humanos. Toda persona con sensibilidad para la justicia ha debido de sentir un calofrío cuando leyó la declaración recientemente hecha por Alan Lenox-Boyd, secretario de colonias de Gran Bretaña. Sin enfado alguno este autorizado vocero del gobierno inglés declaró el propósito británico de racionar el agua del Nilo como represalia por la nacionalización del Canal de Suez. Es triste y doloroso presenciar estas manifestaciones vergonzosas de lo que un agudo columnista madrileño ha llamado climaterio imperial de Gran Bretaña. Ejerce Inglaterra acción soberana sobre Uganda, donde quedan los lagos que alimentan al Nilo. Pero los políticos y los estadistas ingleses olvidan que Uganda es una porción esclavizada de Africa, donde Inglaterra ejerce una autoridad ilegítima, que jamás le puede dar derecho al crimen nuevo de interrumpir el curso natural e histórico

de unas aguas destinadas a alimentar a la población egipcia. Si en sus posibilidades técnicas está desviar el curso de las aguas de los lagos, también entre sus posibilidades científicas está el poder envenenarlas. Ambos caminos se podrían tomar como amenaza contra el altivo pueblo egipcio. Una y otra cosa serían por igual actos de genocidio, cuyo sólo enunciado ha debido ser severamente considerado por Gran Bretaña. No tiene derecho la ilustre potencia occidental a exhibirse a estas alturas en forma tan descomedida y primitiva. Para poder seguir ocupando el puesto rector a que le dan derecho la ciencia y el prestigio de sus universidades y de sus instituciones domésticas. Inglaterra debe resignarse a que crezcan los demás pueblos. Amenazar a Egipto con cegar las aguas del Nilo, es tan criminal como asesinar a los rebeldes mau-mau y a los activos chipriotas, celosos al igual de su libertad natural de hombres.

LA REBELION CREADORA
(Bitácora)[1]

(Saludo a los muchachos del Liceo "Juan Vicente González").

Jóvenes liceístas: Volver a hablar en este recinto constituye para mí una nueva prueba de la recuperación de la República. La última vez que mi palabra resonó entre estos gratos muros, fue para inaugurar el ciclo de conferencias sobre los valores de la nacionalidad, que se proponía celebrar aquel brioso grupo de muchachos liceístas, que tomaron como símbolo de lucha, —tanto por el vigor con que resiste la inclemencia de las largas sequías, cuanto por la resistencia contundente de sus varas— al maravilloso araguaney, de amarillas y fulgurantes copas. Veinticuatro horas después de haber dirigido la palabra a aquella entusiasta muchachería, la mal llamada Seguridad Nacional me amenazaba con la expulsión del territorio nacional, si insistía en agrupar contra el gobierno a los liceístas, pues fue ésta la razón falsamente invocada por los gobernantes para frenar un impulso surgido espontáneamente entre jóvenes que aspiraban a robustecer las líneas de lo nacional, expuestas a grave quiebra, por la entrega de conciencia que hacían al forastero gobierno y hombres influyentes. Así no sea tema para ameritarse ante quienes dirigen los destinos de la Nación, la defensa de los valores nacionales no ocasiona hoy, en cambio, los riesgos que representó a la hora de mirarse el país como tierra ocupada por gente forastera.

---

(1) Tomado de: **El Nacional. Caracas, 03-06-1958, p. 4.**

Seis años han corrido desde aquellos tristes miércoles —de ellos la mayor parte para mí discurridos en destierro—; la República ha recobrado su derecho a la libertad, y ya la plática de los viejos con los jóvenes no es tomada como incitación a otra rebeldía que no sea la dirigida a apagar los rescoldos donde pueda tomar calor y temple la vencida dictadura. La lección, en cambio, de estos diálogos que con los muchachos mantenemos los viejos, contempla otro tipo de reflexiones. Los hombres que sufrimos destierro y cárceles tenemos con los jóvenes y con la gente sencilla del pueblo una deuda entrañable, ya que fuisteis vosotros quienes comenzasteis la heroica lucha cívica, que empujó a los cuarteles a desconocer la autoridad del usurpador convertido en déspota y verdugo de la Patria.

Universitarios y liceístas dejasteis las aulas para tomar la calle en brava función de ciudadanía. A muchos ha asustado la circunstancia de que vosotros los jóvenes desatendieseis la lección del pausado Profesor para formar grupos cívicos, destinados —como en la hora de las grandes epidemias— a defender la salud del pueblo. Esta crítica y este miedo serían correctos en países de elevada formación política, donde partidos maduros y respetados por las autoridades asumen sobre sí la responsabilidad de la lucha por la dignidad de las repúblicas. Pero, en país como el nuestro, donde la mayoría de los hombres de apariencia responsables no piensan sino en asegurar la quietud del falso orden que sirve de estribadera a los negocios y a las prebendas, los jóvenes tienen que adelantarse forzadamente a funciones cuyo éxito reclama la frescura de los ideales incontaminados.

Mas, pienso yo que la eficacia de esa actividad cívica de la juventud reclama un punto previo, que la aleje de la vocinglera protesta y de la alegre exaltación viril, por donde pudiera ser motejada de irreflexión y de empeño de vagancia. La obra de los jóvenes ha de comenzar por sentir cómo su propia personalidad se completa en la personalidad del compañero. Al egoísmo que lleva a la soberbia irreflexiva, necesitan oponer los jóvenes un sentido de altruidad, por donde sientan como suya la injusticia caída sobre el compañero.

Urge, ¡oh, alegres y vivaces muchachos!, cambiar el orden de la relación entre los hombres. Ayer los muchachos nos sentábamos tran-

quilos y alegres en las bancas de nuestras escuelas y colegios al lado del compañero triste, cuyo padre había sido arbitrariamente arrancado del hogar, para arrojarlo entre grillos, en oscura mazmorra, por el delito claro y altivo de diferir de la opinión del gobernante. Jamás se nos explicó que la violencia de las autoridades quebraba las garantías que por igual competen a todos los ciudadanos. Nunca se nos dijo que siendo indivisibles las libertades públicas, al atacarse la libertad del padre de nuestro compañero se estaba quebrantando todo el orden de la justicia del pueblo. El conformismo ante la pesadez y el crimen de la autoridad, y la ausencia, al mismo tiempo, de comunidad en el sentido de los valores sociales, culminó en el orden funesto de las dictaduras que han azotado a Venezuela.

Para que nuestra Patria no recaiga en la vergüenza antigua, que vosotros, ¡oh, valientes muchachos!, ayudasteis a borrar, es necesario que la juventud promueva el cultivo de los sentimientos de solidaridad que hacen uniforme tanto el goce moral de los bienes, como la pena por los dolores de los otros. Cuando los jóvenes sufran como en carne propia la injusticia que padezca el compañero, ya comenzará a tener firmes soportales la República.

A menudo escucho que los alumnos protestan de que se les nombre un Profesor deficiente. Esta protesta, indicadora de preocupación por el estudio, se puede ventilar por medio de vías serenas ante las autoridades directivas. Tal actitud cuadra dentro de lo normal de los requerimientos de la enseñanza. En cambio, existe una protesta y una huelga que deben poner en práctica los estudiantes cada vez que ocurra el hecho desgraciado de que se ultraje arbitrariamente por las autoridades al padre del compañero de clase. ¿Qué tiene que hacer con la política el Liceo?, tal vez pregunte algún pacato del viejo orden. Pues, cuando el padre del alumno aflicto fue sacado de su casa por las autoridades arbitrarias, ocurrió un signo agudo y cierto de que la República está en crisis, por el irrespeto de que son víctimas las libertades esenciales del hombre. Y si la República está en crisis, ¿es justo, acaso, que prosiga el curso tranquilo y adocenado de los institutos donde se enseña conducta a los ciudadanos? ¿No es, en cambio, tónico seguro la rebeldía creadora de los jóvenes?...

En Venezuela se llegó a los horrores de las cámaras infernales de la Seguridad Nacional, porque la injusticia cometida contra uno no tuvo jamás resonancia en la conciencia de los otros. Cada quien miró con indiferencia el crimen que se quedaba tras la pared de la casa contigua, hasta que la suma de los crímenes aislados terminó por arruinar la libertad de todos y la dignidad sagrada de la República.

Para que vosotros podáis mañana realizar la República a la cual no supimos bien servir los viejos, debéis comenzar por la educación de vuestras elementales actitudes humanas. Obligados estáis a abrir vuestras mentes a la iluminación de la palabra ductora de los maestros; pero, al mismo tiempo, y aún con mayor celo, debéis meter potentes luces en la voluntad que guía y gobierna vuestros actos de hombres. Enhiestos, altivos, indomables a la insinuación pecaminosa, debéis probar que sois una sola voluntad cuando a cualquiera de vuestros compañeros se desconoce su derecho y aun más, cuando vuestro conjunto es objeto de vil amenaza por parte de quienes creen que el orden es obediencia ciega a los caprichos de la autoridad y la disciplina sumisión servil a cualquier torcida voluntad que aprehenda el mando. Vuestro es el deber de que los Liceos no sean suerte de tahonas donde se dora para el hartazgo la crecida hogaza. En estos planteles, por su sentido de solidaridad y de comunicatividad, comienza a adquirir forma la República. Si de aquí salen los muchachos que saludarán mañana las Facultades, para la conquista de las ínfulas académicas, de aquí han de salir principalmente hombres enterados de que la problemática de la ciudadanía descansa sobre el juego armónico de los derechos y de los deberes. En cualquier esquina el líder fácil puede sentar cátedra para calentar los pies de la gente que marcha en protesta reclamatoria de mayores derechos; mas, es aquí donde precisa dar calibre a la voluntad llamada a cumplir el deber que legitima la propia zona de los derechos cívicos. Aquí está el deber de luchar y de vencer al egoísmo, que hace mirar la vida como una finalidad en sí, desligada de la vida y de los intereses de quienes con nosotros hacen la misma vía y sufren nuestra misma suerte; aquí, al calor del compañerismo fresco y espontáneo, precisa crear vivencias unitivas, que permitan considerar como problemas propios los problemas de los demás compañeros. Sobre esta lección se ganan instrumentos que dan firmeza a la República.

Vosotros ya probastéis en la calle el temple de vuestra acerada voluntad. En vosotros con orgullo saludo a los hombres que haréis imposible en Venezuela el regreso de las tinieblas que obscurecieron largos años de nuestra reciente historia de pueblo. Vuestras manos están jóvenes y aún cercanas a la edad en que hacíais coro para cantar tiernas canciones en el huerto de la abuela; enlazadlas de nuevo, hoy ya viriles, para hacer una cadena poderosa que asegure la claridad de vuestras cívicas canciones.

Junio de 1958

"LA HORA UNDECIMA"[1]

En mi ensayo "La Hora Undécima" y de la manera más optimista, llamé al trabajo útil, en el orden de la cultura y del civismo, a la gente de Venezuela. La generosidad de la paga del "pater" familias llegó a hacer igual el salario de quien empezó con el crepúsculo al de aquel que había comenzado a trabajar desde la hora tercia. La voluntad de trabajo tiene siempre una oportunidad fecunda para redondear una obra. Los labradores que llegan a la viña con el amanecer, pudieron murmurar de la igualdad de los salarios; el dueño, en cambio, pagó a los unos y a los otros sobre el tipo de remuneración convenida. No quitó al uno para dar al otro. Dejó solamente de retener lo que pudo decir que era suyo.

Los madrugadores han podido sorprenderse de la generosidad del patrón, tal vez no hicieron caso de que los últimos llegados, por estar más frescos y descansados, rindieron en una hora más o menos lo mismo que ellos habían realizado durante la larga jornada.

La parábola de la hora undécima exhala un aire de optimismo y de confianza. Si quiere servir y ser útil, bueno es cualquier tiempo para

---

(1) Tomado de: **La Esfera** Caracas, 08-06-1958. El ensayo estaba precedido de la siguiente nota: "La muerte sorprendió a don Mario Briceño-Iragorry dejando inconclusa esta hermosa página que lleva por título "La Hora Undécima", el mismo de uno de sus libros. Cuentan sus familiares que, hasta las nueve y media de la noche del jueves, don Mario estuvo trabajando en la mesa del comedor, y allí dejó las hojas de este escrito que ya no podría terminar".

tomar las herramientas de trabajo. Comienza con fe, así apunten ya en la tarde los primeros fulgores de las precipitadas estrellas. Con tu voluntad entera en la obra que reclama tu ayuda y tu eficacia. Nada te importe que los obreros veteranos hayan avanzado en forma extraordinaria la recolecta de los dorados racimos. Ve tú al verde parral y arranca con fe las uvas doradas. Como los otros, tendrías derecho al salario con que son recompensados quienes se entregan por completo al cumplimiento de una misión determinada. Tú, en cambio. ¡Oh!, labrador llegado cuando la aurora no había recogido aún sus pinceles y sus lienzos, no tienes por qué dolerte de que el compañero acudido en la tarde reciba lo mismo que tú ganaste por tu largo trabajo. El problema de tu paga lo haz de calcular en relación con tu patrón y con tu esfuerzo; no de acuerdo con lo recibido por quien llegó más tarde y cumplió, como tú, la labor confiada a su eficacia.

No te quejas, dices, por la generosa remuneración que al pater familias ha concedido al otro, sino porque ese tardío labrador, cuando tú comenzabas a sudar en la mañana, estaba oculto en el soto y desde su escondite reía de tu fatiga y tu jadeo. Mas aun: avisaba a los ladrones que se acercaban a las trojes para robar los dorados racimos. Este juicio, en cambio obliga a valorar los hechos desde otra dimensión moral. Más alto de la liberalidad del remunerador, se mueve el dolor del jornalero. Puede aquel ser generoso con sus obreros, mas en el caso que dices, su largueza quebranta la justicia por cuanto aquel, después de burlarse de tus fatigas y de haberse complacido con los enemigos de la viña, se acercó al trabajo, para lucrar con la confusión del reparto hecho a los entielas del atardecer. Tienes sobra de razón cuando te dueles de la injusticia del salario percibido por aquel. Como eres joven y tienes fe ciega en los principios, juzgas con severidad y con acritud el caso. Si contaras mis largos años —decía el caminador de la barba larguísima a quien refería sus cuitas el labrador que se sentía defraudado— si contaras mis años, ya no harías caso de estas cosas. Sabrías, por el contrario, que en el reparto de los bienes del mundo siempre recibió más aquel que menos sirvió. Tu paga mejor está en tener conciencia de que serviste a tiempo y de que no engañaste a aquel a quien vendiste tu trabajo. Vive alegre de tu día y llena tu espíritu

con la satisfacción de que cumpliste tu deber. Contrajiste un compromiso y lo cumpliste. Por ti brillarán más claras las estrellas de la noche y será más tierno el aire que refresque tu rostro, cuando sobre la tierra blanda te eches al sano y bien ganado descanso. Deja al logrero que se engañe con su logro...

DISCURSO EN HOMENAJE AL MAESTRO[1]

Señores:

Profunda e intensa complacencia constituye para mí llevar la palabra en este acto de homenaje al maestro. Para el Despacho de Educación Nacional es este su propio día, por cuanto en él se exalta y se festeja al obrero silencioso que pule la sillería donde descansa el edificio magno de la cultura nacional. Y si ayer fue de justa exaltación la fecha, por coincidir con el aniversario de haberse instalado en su forma primitiva la Federación de Maestros Venezolanos, hoy ese júbilo acrece en razón de haber hecho integralmente suyos el gobierno revolucionario los ideales y propósitos en que se inspira la obra de los modernos educadores de la patria.

Y al ponderar para la honra perdurable de la justicia histórica el esfuerzo presente de quienes tomaron por norte hacer realidad tangible los empeños y los anhelos de los educadores, honramos también el recuerdo vigoroso de quienes al través de duros y menguados tiempos realizaron la obra portentosa de formar las generaciones que nos precedieron y de formarnos a nosotros mismos. Hoy los maestros venezolanos, justamente en razón del esfuerzo de superación que ha venido cumpliendo la Federación, gozan de privilegios y facilidades que a aquellos faltaron, con lo que crece, en fuerza del contraste, el mérito y la abnegación de los trabajadores caídos en el olvido y que supieron cumplir, según los imperativos de la hora, la obra de iluminar la mente

(1) Este discurso fue localizado manuscrito y sin titular en los archivos del autor, al parecer no llegó a publicarse. (El Comité Editor).

y la conciencia colectiva. Para ese maestro, de raído traje y pan menguado, que de ocho a seis tiene la mirada fija sobre el niño confiado a su paciencia y abierto el labio para transmitirle, con la letra, los conceptos del deber y la justicia, debe ser constante nuestro tributo de cariño y recuerdo. En sus manos apenas sostiene tosca campanita que en la vuestra, educadores que me oís, es hoy fanal alimentado por aceite de más ricas calorías; para cultivar el espíritu no tuvieron ellos los medios de que gozáis vosotros; para atender sus urgentes necesidades, carecieron de la protección y de la asistencia que el Estado os garantiza como legítima reinvindicación presente. Por ello, al celebrar vuestras conquistas —conquistas que honran nuestra época y que ameritan de vuestra constancia en obtenerlas— debemos volver la mirada justiciera hacia la memoria de quienes se vieron obligados a cumplir su misión de trabajadores de la cultura a través de un camino erizado de amarguras. Debemos honrar, con el recuerdo de los Rodríguez, de los Montenegros, de los Juan Vicente González, de los Aveledos, de los Villegas, de los Jáuregui, de los González Varela, de los Urrecheagas, de las Grajales, y de las Landáez, que lograron vencer la pesadumbre del olvido, a los maestros anónimos, a aquellos otros que apenas son recordados por la gratitud sellada de los discípulos que los han supervivido y a aquellos, más lejanos en el panorama de los tiempos, a quienes sólo recuerdan los registros donde se anotó la puya exigua con que la administración pública acudió su inmortal miseria. Para esos maestros de ayer, cuya evocación constituye un patrimonio innominado de cultura, es también este día grato, en que los educadores hacen el balance anual de sus aciertos. Negar el mérito de su esfuerzo, sería tanto como negar nuestra propia razón de existir social, ya que ellos fueron los obreros que trabajaron la masa con que se nutrió el esfuerzo gestor de las realizaciones de que nos sentimos orgullosos. De mano en mano de los atletas, pasaba durante las fiestas de Vulcano la antorcha que iba a encender el fuego del altar sagrado; así mismo, de mano en mano de los maestros caídos y anónimos, ha llegado hasta nosotros la llama que hoy esplende e ilumina con fuerza crecedera en la nueva escuela de la patria.

Y si en el seno de una sociedad donde el sosiego estuvo asegurado por la parvedad de las luchas, el maestro fue constante voz señaladora

de caminos, en la inquietud actual, cuando se desmenuzan a diario los grandes problemas del coexistir social, adquiere su presencia una función de mayor ámbito. Toca al maestro orientar la propia vocación de las generaciones frente a los deberes que impone la permanente actividad del ciudadano en la vida social. La delicadeza de esta función ductora hizo ver en otro tiempo como peligrosa para la labor educativa la militancia política de los maestros, con lo que se ocasionaba una merma en los propios derechos ciudadanos del maestro. Con un criterio más veraz ha sido reconsiderado por el actual gobierno este problema y se ha reconocido ampliamente a los educadores su legítimo derecho de participación en los problemas de la política, sin que ello represente tampoco la atribución de llevar al aula los problemas del individual partidarismo del maestro, dentro de los muros realistas de la escuela, corresponde aquilatar e ilustrar la conciencia cívica del alumnado, no por medio de la exposición y defensa de posiciones que dividan, sino después de la racional exposición de las grandes consignas de libertad, justicia y tolerancia que hacen posible la convivencia social. Minúscula república donde el niño inicia su vida de relación, la escuela ha de tener el calor y el abrigo de una fraternidad que a los alumnos estimule para el cumplimiento de sus deberes de humana solidaridad. Fuera del estrado escolar, el maestro readquiere la plenitud de sus ideas privativas y de sus emociones diferenciales para luchar abierta y libremente por el triunfo de las modalidades políticas que profesa dentro del general ambiente democrático de la República. Mientras exteriormente se ubica de acuerdo con su albedrío en la posición política que a bien tenga, en lo interior de la escuela ha de permanecer fiel a la consigna de explicar las grandes fórmulas que conduzcan a la fraternal coexistencia de los discípulos. Este desdoblamiento representa un esfuerzo de superación moral a que el mastro sólo puede llegar por medio de un profundo examen de su doble misión de ciudadano no desligado de sus compromisos con el curso de la política y de ciudadano a quien su vocación y el Estado han conferido a la vez el alto, noble y ejemplar encargo de formar el carácter y de ilustrar la mente de los nuevos ciudadanos. Ni maestros que callen por temor su deber ciudadano, ni maestros que empujados por el interés de su interés privativo, conviertan la escuela en germen de discordia. Ni eunucos para la expresión de la política, ni capataces que intenten convertir en mesnada a los alum-

nos. Tal la recta misión del educador frente a los problemas de la educación cívica y frente al ejercicio de sus derechos integrales de ciudadano. Así he entendido y así entiende el Ministro de Educación Nacional la actitud del maestro frente a la política y así también lo entiende la unanimidad del magisterio; y con esa norma por guía seguros debemos estar las autoridades y los educadores que jamás surgirán conflictos en el normal desenvolvimiento de la escuela. Jamás surgirán, porque ella no es obra de artificio ni de conveniencia particular, ni de imposición arbitraria, sino expresión clara de una actitud de filosofía pedagógica y humana por la cual ha luchado tesoneramente la Federación de Maestros Venezolanos en su empeño indeclinable de asegurar para el cuerpo la mayor copia de garantías morales. Aunque ello no se gradúe por medio de símbolos visibles, acaso el mayor mérito de la obra realizada por la Federación sea el logro de una mayor estimativa moral para el educador venezolano. Si bien las conquistas alcanzadas en el terreno de la defensa económica, constituyen un esfuerzo digno de aplauso y gratitud, poco son ellas ante la satisfacción que para el magisterio representa el respeto con que la sociedad juzga su obra de selección cultural y de encumbramiento moral. Mientras aquellos que miden el éxito de las obras por el balance positivo de los valores cotizables, sólo miran las conquistas de la Federación por sus adquisiciones económicas de tipo gremialistas, expuestas de exagerarse, al peligro de desfigurar la institución, en cambio, los que juzgan el mérito de la obra por sus frutos de carácter intelectual y moral, han de admirar permanentemente el afán de superación de los maestros, puesto de resuelto en las sucesivas convenciones nacionales y regionales donde se han debatido ingentes problemas de la educación nacional, tanto de orden práctico en relación al medio, como de orden técnico en lo que dice a las nuevas orientaciones de la pedagogía y de la psicocultura del niño. El maestro venezolano ha luchado por su propio perfeccionamiento en medida tal que constituye un ejemplo esperanzado de lo que vale una voluntad puesta al servicio de altos ideales de cultura. Así me complazco en proclamarlo en esta solemne oportunidad de celebrarse el Día del Maestro, y sobre proclamarlo, en presentar su ejemplo —ejemplo de maestros— a la consideración ciudadana. No sólo enseñan ellos en el estrecho campo de la escuela a los niños que han sido confiados a su pericia educativa; son, además una lección cons-

tante de autoeducación y disciplina para el común de la sociedad. Con su ejemplo por guía, con su desinterés por modelo, con su afán por norma, con su ansia de saber por estímulo, la colectividad podrá llegar a estadios de mejoramiento moral que hagan posible el goce común de los beneficios de la cultura, cuyas luces iniciales son ellos los encargados de encender y de cuidar.

Por ese desinterés, por ese afán, por esa ansia de servir al pueblo, que son emblema de su inmortal misión, la República les ofrece homenaje constante de gratitud y en esta oportunidad singular y representada por su Junta de Gobierno, viene a aplaudir una vez más a los obreros que pulen las más frías piedras para el arco consagrado a la mejor victoria de los hombres: la que gana la ilustración sobre la barbarie.

Señores maestros:

El Gobierno sabe de vuestros desvelos y ha oído la voz de vuestra angustia creadora. El está con vosotros y os estimula para que prosigáis en vuestra mayor labor de iluminar los caminos de la patria.

EL MAGISTERIO DE VILLALBA VILLALBA
(Virutas)[1]

Así haya abogado más de una vez acerca de la necesidad de valorizar y honrar a nuestros hombres representativos, he manifestado también, mi disconformidad con cierto tipo de homenajes rendidos a personas vivas. Conveniente y necesario es ofrecer público tributo de admiración y de aprecio a hombres y mujeres que han logrado distinguirse en el orden de la sociedad. Sobre justos, estos actos estimulan al sentido de trabajo. Mi reserva se contrae a la costumbre hoy generalizada de tomar el nombre de los vivos para distinguir instituciones, centros, grupos, asociaciones, obras de beneficencia o de cultura. En estos casos, los nombres ya no miran al directo homenaje debido a los trabajadores de la ciencia, de las letras, del bien social, sino a una ejemplaridad permanente. Los nombres pasan a tener constante función simbólica.

Para que no se diga que me mueve tristeza alguna por el favor anticipadamente concedido a contemporáneos míos, he de empezar por decir que mi nombre fue dado en mi ciudad natal a la biblioteca de un centro de cultura. Cuando esto me fue comunicado, sentí embarazo para agradecer el encumbrado homenaje. Rechazarlo hubiera sido tan lamentable y ridículo como haberlo solicitado. En el fondo del homenaje había un ingenuo testimonio de afecto regional y de estímulo para mi obra modesta y constante de escritor vinculado a los intereses de la patria chica. Para no quedarse en esto, años después la gente de mi tierra me ofreció un cálido testimonio de aprecio en momentos

(1) Original mecanografiado localizado en el archivo del autor. Sin datos de publicación.

de eclipse de mi nombre en los cuadros del éxito. Al agradecer aquella manifestación, dije a mis buenos y generosos amigos de La Plazuela que ellos me favorecían al concederme un homenaje que en todo caso correspondía a mi bisabuelo don Paulo Briceño Angulo, fundador del poblado. Envié algunos libros a la biblioteca bautizada con mi nombre, pero, he de confesar la verdad, —no me atreví a visitarla cuando después estuve en Trujillo. No me hubiera sentido bien en ella. La desproporción entre el homenaje y la pequeñez de mi obra literaria me han cohibido para gozar la tangibilidad del agasajo— y ahora mismo salgo a recibir el generoso agasajo que me ofrece la gente y el gobierno de mi Estado.

En nuestras universidades se ha hecho costumbre durante estos últimos años que las promociones se unifiquen en torno a un nombre ilustre vinculado a la respectiva facultad. Hermosos son los cognomentos de Campíns y Ballester, José Vargas, Guillermo Michelena, José de Briceño, Luis Razetti, José Gregorio Hernández, Pablo Acosta Ortiz, Ramón Parra Picón, Francisco Antonio Rísquez, José Domingo Hernández Bello, Francisco Esteban Bustamante, Santos Domínici, Felipe Guevara Rojas, Heberto Cuenca para distinguir un grupo de médicos. Entre juristas, qué bien suenan los apelativos de López de Quintana, Miguel José Sanz, Andrés Bello, Juan Germán Roscio, Francisco Espejo, José Francisco Heredia, Juan de Dios Picón, Luis Sanojo, el licenciado Aranda, Eloy Paredes, Eusebio Baptista, Cecilio Acosta, Ovidio Limardo, Aníbal Domínici, Francisco Ochoa, Esteban Gil Borges, Angel César Rivas, Carlos León, José Gil Fortoul, Juan José Abreu, Clemente Parpacén, Guillermo López, Pedro Guzmán, Néstor Luis Pérez, Caracciolo Parra. A los egresados de la Facultad de Ciencias Exactas les calzaría a maravilla el nombre de Cajigal, Aveledo, Aguerrevere, Luis Ugueto, Luis Soriano, Alfredo Jahn, Jesús Muñoz Tébar, Hurtado Manrique, Manuel Clemente Urbaneja, Ezpelosín, Eduardo Calcaño Sánchez, Hernán Ayala.

El caso es, sin embargo, que sin estar agostados los nombres paradigmáticos de tanto compatriota ilustre, se ha dado en la flor de tomar por divisa el nombre de profesores vivos. Puede ocurrir el caso feliz de que los egresados asuman el nombre de eminentes e indiscutidos

catedráticos, pongamos por caso, entre otros muchos, como Lorenzo Herrera Mendoza o José Izquierdo, llamados a ser vistos permanentemente con orgullo por todos sus discípulos, van el nombre de Rafael Caldera y de Rafael Pizani a sendas promociones de abogados, adquirió el mismo mérito de la ejemplar rebeldía contra la dictadura adversada por los homenajedos. Mas, junto a éstos y otros casos venturosos, pueda acaecer que por un movimiento de superficial simpatía o por un mero compromiso amistoso, grupos estudiantiles escojan nombres que enseguida reniegan en lo interior de sí mismos. Con desmerecer el carácter y el alcance del homenaje, se provoca con él una actitud contradictoria en la propia conciencia de los homenajeados.

Para tomar ciertos nombres como símbolos precisa que la perspectiva histórica haya acallado pasiones e intereses. En nuestras pasadas constituciones políticas, se reservaba el homenaje del Panteón para ilustres venezolanos de cuya muerte hubiesen transcurrido veinticinco años. Anteriormente a esta limitación, hubo difuntos allí enterrados en "cuerpo y alma", con verdadera violación de la justicia. En 1910 o 1911, Gil Fortoul extendió la lógica de dicha medida para oponerse en el Parlamento a un homenaje destinado a honrar a un ilustre venezolano recién muerto. Creo que por aquel mismo tiempo un decreto del Ejecutivo prohibió la colocación de retratos de vivos en las oficinas públicas.

La vida del espíritu —a la cual están destinados estos símbolos— reclama historia. Al correr del tiempo, la memoria de los hombres se despoja de la pobre corriente de la vida, del mismo modo como sus huesos van quedando libres de la carroña maloliente. Se limpian las personas de la parte común, viciada, vulgar de la vida, para que aparezca lo que es salvable para la posteridad. En algunos el caso es sólo de limpia del detritus que sobre ellos hayan podido arrojar las pasiones. En otros es mera limpieza de la corteza humana y pecaminosa que contrasta con la parte valiosa e imperecedera. En otros, y esto ocurre con frecuencia, es proceso encaminado a que se descoloren los tonos falsos que sobre ellos pusieron las circunstancias. A cincuenta años de perspectiva, nadie ve la parte desvalida de la vida de Jorge Bello. Se mira su actitud frente al *Panther*, como el gesto heroico de quien asume la defensa de la patria. Otros en cambio, que fueron ala-

bados y ponderados en su tiempo, se escurrieron entre las sombras, porque la suya fue gloria de circunstancias.

Los enemigos gratuitos o bien ganados de Juan Vicente González hubieran protestado ante la idea de que al extraordinario escritor y eximio patriota se hubiese consagrado en vida el más modesto homenaje público. Mientras Juan Vicente González estuvo presente en su armazón de carne y hueso sólo se ponderaban sus caídas y sus aparentes errores. Cuando murió Pedro Emilio Coll yo comenté en una agria meseniana la diligencia que hubo para honrarlo muerto, cuando se le había mirado indiferentemente vivo. La justicia que se convierte en solicitud inmediata, es la que necesitan los hombres mientras viven. El homenaje de ribetes simbólicos lo administra el tiempo. Está él encaminado a que perdure en la dinámica social la obra de cultura.

En realidad, todo esto es lógico en el área de la justicia distribuitiva. Se requiere quietud en el juicio histórico para que no resulten abortivos los homenajes. En el fragor de la contienda no hay reflexión que abaje la fiebre de las pasiones. Las buenas y las malas palabras se confunden frecuentemente, y del mismo modo como la balanza es torcida para negar legítimas cualidades a los hombres, también cambia de plano cuando se trata de discernir honores. El éxito tiene monedas buenas y monedas falsas para pagar a sus beneficiados o a quienes aparentemente reciben su beneficio. Sólo a la hora de ajustar las cuentas se sabrá quién negoció con símbolos legítimos y quién con papeles falsos.

Pese a las reservas expuestas, hay casos excepcionales en que honrar a profesores vivos y en plena juventud, tiene alcances morales de otro tipo. Yo he aplaudido la actitud de los graduados de Derecho de la Universidad de Caracas que tomaron para su promoción los nombres ilustres de Rafael Caldera y de Rafael Pizani. He aplaudido también, que en Margarita, su tierra natal donde hoy gobierna, se hubiera dado el nombre de Luis Villalba Villalba a una escuela primaria.

Cuando me impuse del homenaje ofrecido a Villalba Villalba, holgué con anchura. Buen signo es mirar las palmas a los pies de quienes las merecen. Por treinta corren los años de magisterio de Lucho Villalba.

En la escuela primaria, en el liceo, en la universidad, en la columna del periódico, en la esquina, en la plaza pública, Villaba ha estado siempre en función de enseñar. Su enseñanza no ha sido tampoco, el esfuerzo mecánico de transmitir letras. Su vida ejemplar ha sido la mejor enseñanza ofrecida a la juventud por este constante profesor de ética social. "En la vida intelectual, al revés de lo que sucede en la civil, escribe Julián Marías, es el hijo quien reconoce al padre. Sobre esta realidad de reconocimiento, Luis Villalba nos ha dicho de qué estirpe procede. Cecilio Acosta, José Martí, Eugenio María de Hostos y Luis Espelozín han sido declarados por él los formadores de su espíritu. Tanto como Villalba podría firmar Acosta, Martí, Hostos y Ezpelosín. En aquellos egregios varones tienen padres de cultura y su conciencia. Tanto como la ciencia y las letras de aquellos extraordinarios formadores de espíritus, él atendió las palabras sutiles, modestas, aceradas que le enseñaban la manera de cultivar las virtudes por donde se hace digna la vida humana. En el desierto de la ingratitud, de la deslealtad, del miedo, de la indiferencia, la vida sencilla de Luis Villaba Villalba es como sabrosa palma de oasis generoso. Su altiva virtud compensa el dolor de menudas quiebras. Para mí, la amistad de Luis Villalba compensa con creces la ausencia de los amigos desertores a la hora de la prueba.

A los alumnos de la escuela margariteña que lleva el nombre de "Luis Villalba Villalba" se les ha propuesto un buen centro de interés para templar su conducta. Con estudiar e imitar la vida del ciudadano epónimo que se les ofrece por modelo, tienen para ganar buenos, seguros y gratos caminos en la vida. A la isla afortunada se le ha ofrecido un magistrado que recaba para su función el origen etimológico del vocablo. *Magister* para enseñar conducta a sus gobernados. No autoridad para imponerse con gritos ni desmanes. Luis Villaba Villalba ha tomado la rectoría de la escuela que anticipadamente le consagraron sus paisanos.

HOMBRES Y LUGARES

EL MAGISTRADO DE TRUJILLO[1]

Como el cristal de roca es el joven magistrado de Trujillo. Fuerte, con la fortaleza de los hombres de acción; noble con la nobleza del hombre público que cumple su deber; honrado con la honradez del magistrado que sabe sostener en sus manos los códigos del deber y la justicia.

En las áridas y complejas labores de la Magistratura, todo lo resuelve con relación a sus sabias experiencias de político y sus actos, donde resalta la integridad de su carácter, son prueba ineludible de su recta actuación republicana y de sus sanos procederes de magistrado.

Su presencia en la alta curul gubernativa de este Estado ha sido época brillante en el progreso de Trujillo. Ayer se le vio dirigir personalmente la construcción del famoso acueducto de esta ciudad, hoy hace igual cosa con el sólido camino carretero que unirá esta población con la estación ferroviaria de Motatán y ¡mañana!... Es mañana para Trujillo una promesa de adelanto, una plena seguridad de vida, dado el espíritu progresista de su noble magistrado, incansable de todo aquello que envuelva bienestar para el pueblo que le ha confiado su destino. Y como queriendo aproximarse a la realización de ese futuro glorioso, acaba de pedir la maquinaria de la luz eléctrica que alumbrará esta población, paso este que por sí solo hace imborrable el recuerdo de esta época plena en progreso verdadero.

---

(1) Tomado de: **El Rehabilitador.** Trujillo, 19-12-1915.

Otro de los bienes invalorables que ha traído a Trujillo la presencia del general Omaña en la Presidencia del Estado, es la completa independencia de los tribunales de justicia. Estos santuarios del Derecho no hace mucho estaban invadidos por la carcoma de la sentencia impuesta (acto de suyo inconstitucional); pero gracias al verdadero conocimiento de la ley y el espíritu justiciero que adornan al magistrado de Trujillo, hoy se hallan libres de esas escorias del despotismo, pudiendo obrar la ley con la mayor libertad posible, favoreciendo la moralidad y castigando el crimen.

Fortaleza, progreso y justicia adornan los actos de este magistrado, quien inspirado en los regeneradores ideales de diciembre, ha traído el bienestar y el adelanto a esta rica región de Venezuela.

El tiempo hará muy grande su recuerdo.

EL DOCTOR DIEGO BUSTILLOS, UNIVERSITARIO
(Figuras venezolanas)[1]

Discípulo predilecto de Vargas, el doctor Diego Bustillos supo copiar las virtudes admirables del maestro. Sabiduría, probidad, abnegación caracterizaron al sabio, en cuyas manos la medicina fue un apostolado ejemplar. En Trujillo, donde fundó hogar, su actuación tuvo delineamientos apostólicos y cuando hasta las propias autoridades huían temerosas del flagelo de las epidemias, él quedaba en ella, solícito a las necesidades del dolor, convertido en manantial de bondades para las víctimas. Pasan los años y su recuerdo venerable perdura alentado por el vivo fuego de la gratitud pública y adornado de la blanca aureola que señala los espíritus de sacrificios. Aun sin su brillante actuación política y literaria que lo hizo candidato a la curul de la magistratura regional, sin su labor en la cátedra que prestigió con su talento o en la prensa que se vistió de la probidad de su palabra, el recuerdo del doctor Bustillos se graba en las mejores páginas de los anales de aquella ciudad.

Oriundo de Guanare, vino a Caracas a emprender estudios médicos y el 1° de septiembre de 1846, puso matrícula en la Universidad Central para ganar el primer año de Anatomía e Higiene en la Cátedra que entonces regentaba el insigne Vargas. Carecía de bienes de fortuna material, pero tenía voluntad y luces para el estudio, y amor, mucho amor por el saber. Fácil le fue de seguidas, dadas sus excelentes condiciones personales, adquirir el afecto de sus profesores —Vargas, Michelena, Acosta, Arvelo, Toribio González, Luciano Arocha— y

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 01-03-1929, p. 1.

el aprecio cordial de sus camaradas de aula —Arístides Rojas, Domingo Hernández Belllo, Juan de Dios Monzón, Pablo María Briceño— , llamados después a figurar en sitio sobresaliente en nuestro movimiento literario y científico.

Epocas difíciles aquellas para el estudiante sin fortuna. Labor de esfuerzo y de privaciones sin número la de reunir la escasa suma con que debía atenderse las urgentes necesidades. El doctor Bustillos, a pesar de su falta de recursos, corona sus estudios, con voluntad admirable y con aplicación alabada por sus maestros. El 5 de noviembre del 52 se le confiere el grado de Bachiller en Medicina en la capilla del seminario, después de haber sido aprobado por unanimidad de votos en los exámenes reglamentarios y de haber llenado la práctica requerida, bajo la dirección de los doctores Guillermo Michelena y Eliseo Acosta en el Hospital Civil.

La licenciatura la alcanza enseguida y el 2 de febrero del 53 se recibe de doctor en Medicina. Sus medios económicos no le permitían atender los gastos que significaban estos grados y se dirigió al claustro en demanda de que le fueran otorgados de gracia, en virtud de ser pobre y haber demostrado aptitudes académicas. Para abonar la legitimidad de lo solicitado, agrega a su pedimento certificaciones de don Simón Planas, don Pablo y don Cecilio Acosta, que dicen:

"Simón Planas, Senador de la República, certifico: que el señor bachiller Diego Bustillos, natural de la Provincia de Portuguesa carece de los recursos necesarios para satisfacer los derechos prevenidos por la ley, del grado de Licenciado en Medicina a que aspira, por cuya circunstancia, la honradez que le caracteriza y la ejemplar conducta que observa, es acreedor a que la Junta de Inspección y gobierno de esta universidad, le dispense los derechos establecidos, como una protección a la virtud y a las ciencias. Caracas, noviembre 30, de 1852. *Simón Planas*".

"Aseguro, porque me consta, que el señor Diego Bustillos, con quien he vivido hace el espacio de cuatro años, es un joven arreglado en sus costumbres, sin vicio de ningún género y celoso cumplidor de su de-

ber; como estudiante es muy contraído, y su aplicación y provecho pueden servir de modelo; que es pobre, hasta el punto de tener que proporcionarse, como se los ha proporcionado, los medios necesarios para sustentarse y seguir sus estudios en esta ciudad; y por este motivo lo creo con mucha justicia acreedor a uno de aquellos grados que la universidad concede gratis a la pobreza, a la honradez y al provecho. Caracas, noviembre 20 de 1852. *P. Acosta*".

"Me consta que el bachiller Diego Bustillos es un joven muy pobre; que así ha seguido estudios universitarios con recursos propios; que estos recursos consistían en los que él se procuraba dedicándose a la enseñanza, para ganar la comida, privándose de los ratos que otros dan al descanso y recreo; y su conducta moral es muy arreglada, según he visto en cuatro años que lo conozco; y que está dotado de bellísimas prendas, muchas de ellas brillantes, de entendimiento y corazón. A pedimento del interesado lo expongo así en Caracas a veinticuatro de noviembre de 1852. *Cecilio Acosta*"*.

Aquella gracia que le concedió el claustro y el honor que le discernían los testigos presentados, eran como el anuncio de los méritos que sabía cosechar para su nombre el ilustre recipiendario y son como un ejemplo vivo de lo que significa el esfuerzo útil unido a la rectitud de voluntad en las empresas sociales. Para los que luchan en la vida, para el estudiante que sacrifica sus ocios justos en aras de su ciencia, la vida universitaria del doctor Bustillos sirve de aliento y de acicate; no en balde sacrificó horas que en su juventud pudieron serle de regalado esparcimiento, no fueron infructuosos sus desvelos ni sus sacrificios de entonces; nutrido su intelecto con la miel del saber y acrisolado su espíritu en las prácticas de la justicia y la bondad, rica corona tejió para su frente y acumuló tesoros de metal inacabable que hoy honran su memoria: la gloria de ser bueno y útil, de ser justo y sabio con que su figura se destaca en nuestra historia médica, y la cual crece, a medida que el tiempo avanza y los ejemplos se hacen pocos, como las sombras de la tarde.

(*) Archivos de la Universidad Central de Venezuela. Expedientes de Grados. Año de 1853.

En nítido mármol que Trujillo le consagra, volverá a vivir materialmente el sabio ilustre, venerado una vez más por la ciudad que recibió el beneficio de su larga caridad y de su ciencia siempre inducida a servir a los necesitados.

POMPEYO M. OLIVA[1]

Caracas: marzo 16 de 1934

Señores,
M. Rodríguez Rivas y V. Diez y Riega.
Editores de **El Anunciador**
Valera

Muy señores míos y amigos:

Quiero expresar a U.U. mi reconocimiento por el amable envío de su simpático vocero, el cual he recibido con doble motivo de simptía y agrado. En primer término, por ser una manifestación cultural de la ciudad donde discurrió parte de mi juventud, y en segundo lugar por estar consagrado el número con que he sido favorecido, a honrar la memoria de un ilustre valerano. El nombre de Pompeyo A. Oliva se halla unido de manera vigorosa a la vida de esa progresista región de la República. Sencillo y humilde, fue un trabajador incansable en la obra de sumar a Valera al movimiento cultural de la patria. Desde las columnas del periódico enseñó, con doctrina desinteresada los caminos del deber ciudadano. Su iniciativa, reposada y discreta, sirvió de ágil impulso a obras de progreso vario; y al arrimo de su noble consejo crecieron para la realidad, las dinámicas corrientes que empujan el desarrollo de esa importante población. Fue un educador, y su nombre reclama sitio eminente entre los del ilustrísimo señor Me-

(1) Tomado de: **El Anunciador. Valera, 03-1934.**

jía, doña Carmela Sánchez de Jelambi y doña María Dolores de Araujo, apóstoles en la tarea de formar la conciencia intelectual de Valera.

Bien hacen U.U. al consagrar un número de su importante periódico a la limpia memoria de don Pompeyo A. Oliva. Es un imperativo social quien ordena honrar la memoria de los benefactores de los pueblos; y el homenaje adquiere mayor esplendidez cuando va dirigido a enaltecer el recuerdo de quien ocultó sus merecimientos bajo la egregia vestidura de la humildad y el desinterés.

Por lo que a mí dice, mantengo vivo un grato recuerdo para el bondadoso desaparecido. A la sombra de los talleres del "Centro Industrial", acudimos en 1911, Jesús María Rosales Aranguren, Carlos Briceño Altuve y otros compañeros de curso en el inolvidable colegio "Santo Tomás de Aquino", para dar publicidad al minúsculo periódico "Génesis", donde echamos a la luz nuestros iniciales esfuerzos literarios. Y fue don Pompeyo como un mecenas de nuestros titubeos periodísticos. Con su exquisita bondad y con la indicación oportuna, nos sirvió de guía certero en aquellas "faenas" de principiantes, que si bien eran bastante flacas, en cambio crecían a nuestros ojos, por la vanidad y la presunción de la inexperta juventud, a diario contrariadas por el consejo atinado con que el modesto director calmaba las ventiscas de nuestros arrestos juveniles.

La lectura de las nobles páginas consagradas a la memoria de don Pompeyo, han venido a caldear en mi espíritu sentimientos de un vivo cariño regional y recuerdos de esos que toman mayor cuerpo a medida que se añejan los tiempos y se espacian las distancias. Así será fácil a U.U. interpretar la sinceridad con que me uno al justiciero homenaje que *El Anunciador* ha dedicado a don Pompeyo A. Oliva, en el primer aniversario de su deplorado fallecimiento.

Soy de U.U. con toda consideración y aprecio, atento amigo y servidor

CARTA DEL MINISTRO DE VENEZUELA[1]

San José, julio 16 de 1940

Señor
Don Froylán Turcios.
Presente

Mi muy admirado amigo:

Al recibir el hermoso tomo que hace los primeros sesenta y cuatro números de la magnífica revista *Ariel* me di a la grata tarea de deleitarme una vez más con tan bien seleccionada literatura. En la página 601 encontré la apostilla de mi malogrado y buen amigo y colega, doctor Francisco Martínez Suárez, acerca del eminente profesor Aberle y del himno del Libertador que compuso en 1883 el gran Darío. Curioso por el relato del doctor Martínez Suárez, fue especial empeño mío al ir a la bella capital cuscatleca, en el curso del año pasado, el conseguir su letra y música. A mi excelente amigo don Joaquín Leiva debí tan valioso obsequio y, como el doctor Martínez Suárez apenas recordaba la primera de las estrofas de Darío, le trascribo el himno completo:

¡Gloria al Genio! A la faz de la tierra
de su idea corramos en pos,
que en su brazo hay ardores de guerra
y en su frente vislumbre de Dios.

(1) **Ariel** (San José, Costa Rica), N° 71 (1940).

¡Epopeya! No pinta la estrofa
del gran héroe la espléndida talla,
que en su airoso corcel de batalla
es su escudo firmeza y verdad!

Y subiendo la cima del Ande,
asomado al fulgor infinito,
coronado de luz, lanzó un grito
que resuena doquier: ¡Libertad!

Esta joya de la juventud del gran Darío bien vale hacerla conocida del público americano. En ella el más grande poeta de América eleva su estro para cantar al héroe mayor del continente.

Soy su afectísimo amigo y admirador,

DISCURSOS EN EL "CLUB DE LOS ZOQUETES"[1]

PALABRAS PARA DESPEDIR AL DOCTOR ENRIQUE TEJERA

Ilustres cozoquetes:

Ley de los *Zoquetes* es el callar, a fin de tener la boca descansada para los menesteres del pienso, aunque con ello ya mostramos sabiduría salomónica, pues no sin razón dijo el sabio que "el ignorante pasará por entendido si no despliega los labios", de donde Séneca acierta al declarar su sentencia: *Taciturnitas stulti homini pro sapientia est,* es decir, según el viejo diccionario de que suelo valerme para vestir ajenas prendas: *Todo tonto callado parece sabio,* frase que el insigne Chesterton llevó al inglés en forma de expresar que muchos políticos, lo mismo allá que acá, vistos de espaldas parece que fueran hombres capaces de hacer la felicidad pública. Esta zoquetada de proverbizar quedaría fuera del caso si no se tratara de justificar nuestra guerra a los discursos. El que calla, así sea bobo de capirote, mantiene mejor su pelleja y lleva mejor recado a la olla y, lo que, sin ser de tanto peso y precio, es más: logra brillos, aunque por demás falsos, pues dará a entender que sabe muchas cosas y que medita permanentemente en ellas.

Pero hay que hacer zoquetadas, incluso repetir frases latinas, cuando estamos en el caso de mostrar nuestro afecto y admiración a un *zo-*

(1) Discursos pronunciados por MBI, en el "Club de los Zoquetes", por el año de 1943. Estos tres discursos fueron localizados mecanografiados, en el archivo del autor. Inéditos.

quete, así no sea éste de los de tomo y lomo. El club de los *ídem* (o sea nosotros mismos), del cual han dado en llamarme presidente, por mi redomada propensión a comportarme siempre como tal, efectúa hoy su primer acto solemne. Somos en este momento casi una academia. Vamos a despedir —y no se ilusione Miguel Otero— al camarada Enrique Tejera, quien viaja, con entorchados de Plenipotenciario, hacia la República del Uruguay, patria feliz de Artigas y Rodó, que aun sufre los entuertos del parto macanudo en que echó al mundo a nuestro compañero Piriz Coelho, quien se cree hábil en el arte de los churrascos tanto como en el de hacer rimas, según intenta probárnoslo en esta gravísima ocasión, a costa de nuestros oídos y paciencia.

Tejera se va y yo me he permitido convocar al mayor número de compañeros *zoquetes* para aprovechar el último día, por ahora, en nuestra mesa, de quien ha sido brillante animador de nuestras tenidas semanales. Yo no haré el elogio de Tejera. Sería, ya que lo alabáis todos, como llevar búhos a Atenas. Me callaré para que él hable, y todos aplaudiremos sus sentencias de florentina sutileza. Se romperán pues, por hoy, nuestros taciturnos hábitos y oiremos de propios labios del ungido de la suerte el secreto de cómo le cayó este *cambur* odorante con que enjoya su huerto afortunado. ¡Feliz musásea que provoca envidias y abre ambiciones de viajar!

La misión de Tejera será por demás brillante para la patria, y desde ahora, como buenos patriotas, debemos hacer votos porque no caiga en su afán de renuncias. ¡Qué se acuerde de nosotros cuando intente cometer una nueva! Tiene ella, además, virtud de riego para la fe en nosotros mismos: con el nombramiento de Ministro recaído en nuestro insigne compañero, comprendemos que la doctrina del *zoquetismo,* no es parte a impedir que se cambie de estado y se mejore de condición social. Que nos diga pues, Tejera cómo logró su mesa opulenta la fruta del árbol de la dicha, sin haber caído en pecado, como aconteció a nuestro viejo abuelo Adán. Y aquí, mis amigos, no hay ninguna alusión a la vida inquieta de nuestro ilustre homenajeado ni a sus aficiones de laboratorio! Comeremos por Tejera, beberemos por Tejera, viva-remos a Tejera y pagaremos entre todos el almuerzo de Tejera!

17 de febrero de 1943

PALABRAS PARA DESPEDIR A PLINIO MENDOZA NEIRA

Queridos e ilustres cozoquetes:

Al paso que vamos, esta nuestra *peña* cordial y festiva, cuyo instituto lo forma (porsia las malas y ligeras lenguas) la modesta e inofensiva consigna de reír, terminará en un verdadero muro de lamentaciones. Ayer despedimos a Enrique Tejera, uno de nuestros más entusiastas animadores; hoy nos ponemos a manteles para expresar de presente nuestra simpatía al ilustre Embajador Mendoza Neira, pilar de nuestro club; mañana estaremos juntos también para decir adiós al macanudo Piriz Coelho, cuya mano firme y corazón abierto nos hacen sentir el palpitar de la tierra maravillosa de Artigas.

Por lo que a mí dice, es esta la segunda vez que despido al eminente compañero Mendoza Neira. Hoy lo hago a nombre de los "zoquetes" de registro que viven en Caracas, ayer lo hice a nombre de los diplomáticos residentes en San José de Costa Rica, donde ambos éramos ministros Plenipotenciarios. El regresó a Colombia y fue hecho Embajador; yo regresé a esta mi patria feliz, y en bajada, llegué a ser jefe de la polilla y el polvo que prestigian nuestra historia. El es un hombre de futuro, yo me he quedado para hombre de historias. Y es poco, sin embargo, en la época en que éramos diplomáticos en Centroamérica, nos dejamos llevar de cierto espíritu de herejía contra la rigidez del Protocolo, y formamos una "Escuela" donde se tuvo por principio no tomar a lo grave las fútiles cosas del oficio, con el consiguiente escándalo de nuestro decano el Nuncio, quien nos declaró incursos en todas las excomuniones del absolutista Congreso de Viena y sometidos a la presente y permanente crítica de Antokoletz, Urquijo y Vidal.

Creo que nuestro compañero Mendoza Neira no lo tome a ofensa si digo que los "zoquetes" hacemos una pérdida fundamental con su ausencia de Caracas, porque no defino con esto su volumen de "zoquetada", sino su habilidad en parecerlo, lo que nunca va mal a ningún diplomático, según lo piensa el insigne maestro Arguedas. Porque en realidad Plinio ha sido entre nosotros un "zoquete" de contrabando. La genuinidad nos corresponde a muy pocos!

Pero no sólo el "zoquetismo" ha de lamentar el regreso de Plinio a su gran país. La cultura nacional y el espíritu de franca inteligencia que inspira felizmente las relaciones de ambos países, han de condolerse por la separación de quien ha puesto el más vivo y generoso empeño por hacer sentir que más allá del Táchira vive una familia de hombres entre quienes tiene eco cordial la venezolanidad. Y Plinio se lleva a la vez constancia cierta de que en Venezuela hay el más franco sentimiento de comprensión para las cosas de Colombia; se lleva pruebas de corazones que le dicen que nada nos separa para realizar hombro con hombro la obra común de labrar nuestro democrático destino, bajo la éjida de los hombres que representan el mayor esfuerzo constructivo de nuestras nacionalidades: Bolívar y Santander.

Quizá esto llegue a los límites de la indiscreción, y es poco en un "zoquete" graduado: hay rumores de que nuestro amigo va a adentrarse en una campaña política de alcances presidenciales. Esto sería feliz para Colombia, pero a la vez representaría la ruina de nuestro modesto club. Veríamos cómo todos aquellos que han venido dudando de la eficacia del "zoquetismo", supondrían que por este nuestro camino también se llega, y, a pesar de habernos denigrado, buscarían de unir a la nuestra su absoluta "zoquetada". Y no habría comida para tantos.

Os invito a que elevemos los votos más cordiales porque el éxito acompañe siempre de modo brillante las gestiones públicas y la felicidad reine en el honorable hogar de nuestro ilustre amigo, a quien recordaremos permanentemente por el vacío que en nuestra *peña* se hará tras su viaje lamentado. E insisto en decirlo: él nos hizo saber cuánto de cierto es aquel leve refrán latino, de que Erasmo hiciera uso algunas veces en ironía del que no se deja engañar: *Mercurius infans*, o sea, en lengua de *El Morrocoy Azul* o de Cantinflas: *¡Bobito el niño, métele el dedo!*

PALABRAS PARA DESPEDIR AL EXCEMO. SR. D. RAMON PIRIZ COELHO

Ilustres cozoquetes:

Yo hubiera preferido que fuese otro "zoquete" quien llevara la voz cantante de nuestro club en la oportunidad lamentable de despedir al

ilustre compañero Piriz Coelho, no sólo porque a otros deba complacer el honor de ser portavoz del más serio e importante de los centros sociales que ilustran la alegre y confiada villa de don Diego de Losada, sino, además porque creo firmemente que hay entre nosotros compañeros más "zoquetes" que yo. Pongamos por ejemplo al compañero Parra Márquez. ¿No es acaso digno de asumir la representación oficial y permanente del "zoquetismo" quien, creyéndolo posible, ha aceptado ponerse al frente de la campaña sanitaria contra abogados pícaros y rábulas peores, olvidado de que estos son inmortales como el hombre y la mentira? Yo propongo, de paso, y como homenaje debido a tan rematado "zoquete", que lo aclamemos desde hoy por nuestro indiscutible Presidente, ya que el insigne Rómulo Gallegos, después del sorpresivo golpe de Estado de La Florida, resolvió no ejercer esta cómoda y fácil magistratura, a la que se declaró sobrancero de derechos, y que me excusen por repetirlo, quienes se crean con más títulos que él para asumirla.

Y recojo para aclararlas mis palabras. Al declarar que debe de haber entre nosotros compañero que me supere como "zoquete", no quiero decir que sea una perfecta "zoquetada" elogiar a Piriz Coelho. Yo lo haré con gusto extremo y con la facilidad que me proporcionan palabras ajenas y de crecido rango en nuestro círculo. Acudiré al verbo indiscutido de nuestro maestro y fundador, el excelentísimo señor de Rosenweig y Díaz, el diplomático que mejor ha usado la costumbre de aparentar el sueño para lograr saberlo todo. Rosenweig en La Paz de Bolivia, donde fue Ministro a la par de nuestro héroe de mesa de hoy, la dio por meterse a editor y echó a la luz un libro del compañero Piriz, con la pena de haber vendido apenas tres ejemplares y la mayor aun de saber que llegado el lote mayor a Montevideo, fue a dar a manos de la justicia. Y el libro, que lleva por nombre el "Anecdotario del Uruguayo Santiago Marcos" es, a pesar de estos entuertos, el mejor estudio acerca del gaucho uruguayo. Y el insigne diplomático azteca que, como de costumbre, duerme despierto en Londres, pese a los apuros de los bombardeos, pinta así a nuestro ilustre homenajeado: "Antes que todo es un suramericano auténtico y sobre todo un uruguayo de la más pura y rancia cepa campera, dicharachero y campechano; poeta y jugador infantil de taba; erudito y pontífice en el arte

culinario del churrasco; en síntesis, descendiente directo de aquel famoso Alcides de María, émulo del Martín Fierro de las pampas argentinas". Y es poco, porque lo demás lo habéis sabido vosotros al estrechar la mano recia y franca de quien ha sido en nuestro país un genuino representante de la hermosa tierra de la Banda Oriental, donde la madre América, si no supo empinar su áspera corteza para producir Chimborazos y Cotopaxis, produjo en cambio, hombres como Artigas, Rodó y Vaz Ferreira, que ganaron supremas alturas en la orografía espiritual de nuestro continente.

Y como esto ya pudiera parecer discurso, he de mantenerme en el tono que imprime nuestras rúbricas zoquetillas. Se va Ramón Piriz y nuestra institución, con la cual ha sido él solícito como una madre, recibe un golpe formidable. Con él perdemos, no sólo al insigne benvenuto de los churrascos, sino al amigo franco y festivo, cuyos escándalos parlamentarios han dado expresión de fiesta a nuestras modestas reuniones semanales y cuyos buenos consejos en las varias y sutiles artes que cultiva, nos han venido tan al pelo, como los de la vieja indiscreta que, en aire de pericón, enseñaba:

A los frayles charabones
que en preciada emergencia
podían salvar los botones,

según canta en el Anecdotario de Santiago Marcos, uno de sus más festivos y mañosos personajes.

Yo no les propongo que lloremos, en cambio sí os invito a formular un brindis solemne por el macanudo compañero que se ausenta, quien ha de saber que encontrará a su regreso a nuestra tierra, que él promete cierto, el acendrado cariño y la franqueza indiscutida de corazones amigos.

¡Y que viva el "zoquetismo", a pesar de tantos golpes!

HOMENAJE A ARISTIDES ROJAS[1]

Es deber de las generaciones conservar la tradición y traer al plano de la actualidad los valores que le dan carácter y fisonomía, pues es así como los pueblos pueden levantar de manera sólida e indestructible la estructura de su historia y de su gloria.

No debemos ver el pasado con actitud puramente admirativa, estática, sino con actitud crítica, dinámica, ya que de esta manera se ejercerá una función creadora.

Entre las numerosas personalidades que en los diferentes aspectos de las actividades humanas dio Venezuela en la pasada centuria es la de Arístides Rojas una de las más sobresalientes. Su obra es suficiente para llenar todo un ciclo cultural de un pueblo. Su vida recta y pulcra es un admirable ejemplo. En él van unidos el talento y la profunda vocación por las letras y las ciencias, con un gran amor por el país, por las cosas de su tierra. Siempre supo aplicar sus vastos conocimientos a la investigación de lo venezolano. Sus numerosos y extensos trabajos sobre materias diversas, constituyen un valiosísimo material aprovechable por científicos y letrados. Difícilmente se podría lograr un conocimiento amplio sobre Venezuela sin recurrir a las obras de Arístides Rojas. Su vida, su fervoroso trabajo, sus investigaciones, sus notas, sus libros, contribuyente a integrar nuestra nacionalidad.

---

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), marzo-abril de 1944, p. 1.

Fue siempre Arístides Rojas, aun en la más avanzada edad, gran amigo de los jóvenes. A ellos se acercó siempre con vivo interés para darles consejos y encaminarlos. Con sabia sencillez, su actitud fue siempre la del maestro.

EN DEFENSA DE UN AMIGO
(Del momento)[1]

Un deber de lealtad y consecuencia hacia mi viejo amigo y compañero el doctor Carlos Montiel Molero, con quien comparto actualmente la dirección de los debates del Senado de la República, me obliga a explicar la intención de su actitud en la oportunidad de discutirse en la Cámara una enmienda introducida por los Diputados en la Ley de Reforma Parcial del Código de Enjuiciamiento Criminal.

Cuando en la Asamblea del Partido Democrático Venezolano propuse que se recomendara a la fracción parlamentaria del partido abogar porque se estableciese una norma en el Código de Enjuiciamiento que evitara la detención, antes de sentencia firme, de los periodistas acusados de responsabilidad por algún delito de imprenta, el colega doctor Montiel Molero, fundado en su larga experiencia profesional, explicó que ello nulificaría los juicios de responsabilidad contra los escritores y periodistas, pues el indiciado burlaría el proceso, en razón de estar en libertad, y nunca se llegaría a la sentencia. Cuando el Senado consideró la enmienda introducida en Diputados al Proyecto de Mérito, Montiel Molero, que en el seno de la Comisión de Relaciones Interiores, respaldó la tesis de que no era hábil el Congreso para hacer la reforma, por el carácter restricto de la convocatoria, se declaró contra su admisión y adujo que la libertad bajo fianza es un peligro para la continuación del juicio hasta sentencia. Y agregó que al cerrarse a los ciudadanos los medios legales para lograr una condigna reparación por los delitos de injuria y difamación de que pudieran ser objeto, se les

(1) Tomado de: **El Universal. Caracas, 24-09-1945.**

exponía a tener que recurrir al brutal método de defender su honra por medio del foete y del puñal. Yo disiento de esta manera de pensar, un poco extremista, del doctor Montiel Molero y hube de defender entusiastamente en el Senado la reforma introducida en Diputados, cargo que se hace al distinguido compañero, conocido es del público mi constante criterio sobre el particular, me considero con títulos para desautorizar el de que él haya hecho la apología del arma homicida como remedio contra la licencia en que pudiera caer un publicista.

El doctor Montiel Molero se situó en la posición contraria de quien pudiera defender los hechos personales como de legítima procedencia en el caso de la injuria y la difamación. Justamente, por querer evitarlos, por un natural y lógico deseo de que no se hagan justicia en la calle por sí mismos los ciudadanos, abogó desde una honrada posición de legista, porque se dé más eficacia y mayor seguridad al juicio de imprenta. El cree que la severidad de éstos es el único medio de que aquellos hechos no se realicen. Es un punto de vista que, pudiendo estar errado, se compadece muy bien con los sentimientos de justicia y de cultura que prestigian al distinguido colega Montiel Molero, quien lejos de hacer el elogio del foete y la pistola, ha juzgado su tesis como la más eficaz para evitar los lances personales que pudiera provocar una lerda y nugatoria justicia.

Sean estas líneas en honor de la verdad y del buen crédito que debe gozar un ciudadano de las excelentes prendas del distinguido senador zuliano.

CARTA AL DOCTOR RAFAEL CALDERA[1]

Doctor Rafael Caldera
Presente.

Mi querido Caldera:

He de confesarte que nunca había oído una intervención parlamentaria de usted. Anoche le escuché por radio. Estuvo admirable. Sabe que el tema del Patronato me ha interesado como católico, como historiador, como jurista y como antiguo político. Usted defendió la justa posición con todas las armas del caso. Habló en católico, en historiador, en jurista y en político con una superabundancia de razones que sólo el sectarismo puede negarse a escuchar. Su estilo oratorio une a la brillantez, la moderación y al entusiasmo por la justa causa el comedimiento para defenderla. Lo felicito efusivamente como siempre lo he felicitado por sus triunfos. Sabe que, aun encuadrados en modalidades políticas que difieren por lo que dice al curso de los sucesos venezolanos, mantengo por usted el cordial afecto de siempre y que sigo aplaudiendo su talento con el mismo entusiasmo con que lo he hecho desde que en los exámenes de secundaria tropecé con la gran vocación de usted para los ejercicios de la cultura.

Lo abraza su afectísimo amigo.

Caracas, 1 de marzo de 1947.

---

(1) Tomado de: **Copei.** Caracas, 04-03-1947.

EL RETRATO DE GIL BORGES
(El columnista de HOY)[1]

El Colegio de Abogados de Caracas ha colocado en su galería el retrato del ilustre patricio Esteban Gil Borges. Más que un acto de justicia, ha sido una consagración simbólica. Se ha llevado a la sede del pensamiento jurídico capitalino la imagen de uno de los grandes arquitectos de la cultura nacional. Con el de Andrés Bello, Fermín Toro y Cecilio Acosta, el pensamiento de Gil Borges tiene prestancia columnar en el edificio intelectual de la patria. Varón en trance de constante ascenso, es en el proceso de nuestras ideas uno de quienes creyó con más ahínco en los valores morales. Al comparar con el analítico y pesimista criterio de Vallenilla Lanz, el ideario de Gil Borges, dijimos en el seno de la Academia Nacional de la Historia: "El creyó en la fuerza permanente del espíritu, él no dudó del poder salvador de las ideas. No fue, empero, el suyo un idealismo abstracto, que lo llevara a negar la eficacia de la metodología experimental. Fue un idealismo ajustado a los reclamos de la verdad científica, con el que quiso infundir un aliento de fe nueva en los derechos del espíritu. El consideró la justicia como la sola fuerza llamada a regular el comercio de los hombres y toda su vida la consagró a estudiar los medios capaces de hacer práctico un sistema que mantuviese el equilibrio, no ya de las personas entre sí, sino de los grandes grupos humanos constituidos en estados libres y autónomos... En el diálogo permanente entre Vargas y Carujo, Gil Borges, acaso románticamente, seguía pensando con

(1) Tomado de: **Hoy.** [Trujillo], 10-08-1947.

Vargas que sí pueden los ideales de justicia y el ejemplo de la virtud, ser guías de la sociedad".

Revivir, actualizar para la operancia social la memoria de Gil Borges, es obra a tono con la necesidad de ofrecer a la juventud arquetipos que la ayuden en la formación de una conciencia social. Sobre la pasmosa erudición que sirvió de acervo a su cultura y con la cual otros venezolanos pudieron competir, se levanta, en actitud señera, su afán indeclinable de defender los supremos derechos normativos de las ideas. En el orden de la valorización de lo humano, el maestro apartó la mirada de todo aquello que significase fácil satisfacción de naturales apetencias, para sólo mirar el logro de un pensamiento que llevase implícito el triunfo de los ideales del espíritu. En él encarnó con admirable equilibrio, la trinidad griega del estadista, del poeta y del sabio. Estudió para soñar y soñó para poder intuir las formas capaces de servir de soportes a la relación social. Belleza y justicia fueron las cumbres hacia donde perennemente peregrinó su pensamiento y con la llave de los sueños abrió las puertas que llevan a los caminos del conocimiento del hombre como ser portador de espíritu.

En esta era de negación de los valores morales y de inversión de las categorías constructivas, es sana lección honrar la memoria de quien consagró su fecunda existencia a la defensa de los derechos de la idea y a la exaltación de la virtud.

EN HOMENAJE A DON PEDRO VALERY RISQUEZ[1]

Señores:

Celebro intensamente la participación con que he sido distinguido en el homenaje que los trabajadores de la Tipografía Americana consagran a la respetable memoria de su fundador. Con ello no sólo se me permite rendir en mi condición de escritor el tributo de gratitud que los obreros del pensamiento debemos a los centros donde se da forma gráfica a nuestras ideas, sino expresar también la profunda satisfacción que constituye ver cómo el afecto de los obreros rodea la memoria de quien supo imprimir al taller la acusada fisonomía de fraternidad que debiera tener toda empresa de trabajo.

La rectitud y justicia que fueron prenda de la conducta de don Pedro Valery Rísquez se ponen de resalto en el espontáneo homenaje que tributan a su memoria los obreros que, bajo su experta dirección, formaron no ya los brazos, sino el propio espíritu de esta empresa ejemplar. Modelo de patronos, el señor Valery no tomó como exclusiva ocasión de lucro la circunstancia de ser propietario de unas máquinas.

El sabía que los instrumentos de enriquecimiento se mueven y aprovechan por la fuerza armoniosa de hombres que le suman su energía creadora, y lejos de ver en sus obreros mecánicos aditamentos que se ajustan a las máquinas, miró en éstas invenciones materiales que se humanizan al calor del esfuerzo de los hombres de trabajo. Y como

(1) Tomado de: **Recuerdo del cincuentenario de la fundación de la "Tipografía Americana"**. Caracas: Tipografía Americana, 1947 (63 p.) pp. 21-24.

era rectilínea su conducta, sintió en todo momento, sobre el vínculo del patrono que dirige la voluntad a la mejor utilización de la energía del trabajador, el vínculo humano que hace igual, por el ansia de justicia, las aspiraciones de todos los hombres. Con el constante espíritu que le animó en favor de sus compañeros de trabajo, sembró a la vez en éstos la conciencia de cumplimiento del deber y celo que constituyen el capital invalorable del trabajdor. Lo que pudo lucrar con la cooperación material de sus empleados, lo gustó en vida, al igual de cualquier otro patrono; mas, el fruto de los principios que lo llevaron a mirar el taller como comunidad de fraternos intereses, aparece hoy en las voces agradecidas de quienes al rendirle homenaje merecido, testimonian el anhelo de que su presencia permanente, no en efigie sólo, sino en espíritu, sea garantía de que en el taller prosigan las mismas normas de unidad y afectuosa comprensión que él supo erigir por puntales de la casa.

El propósito que animó a los obreros para la realización de este simpático acto, puede decirse que tiene también un sentido oculto de homenaje a ellos mismos. En la evocación del fundador rinden pleitesía a la obra callada, silenciosa y sufrida de aquellos que durante cincuenta años trajeron su diaria y angustiosa aportación a la obra de hacer el lustre y prestigio de la casa. A todos ellos quiero rendir el tributo de justicia que les debe la cultura nacional. ¿Qué sería del pensamiento de los hombres sin la labor anónima de estos modestos y sencillos obreros que lo ponen en letras de imprenta? Si todos los trabajadores manuales merecen el respeto y la gratitud de la sociedad, quienes dan forma material a las ideas y les ponen alas para el fecundo vuelo a través del tiempo y los espacios, tienen un sitio singular en el escalafón de los obreros. Ellos se confunden con los propios artífices del pensamiento en la labor de convertirlo en guiadora antorcha. Sin su paciente contribución, la obra del escritor quedaría reducida a la infecunda inquietud del músico que careciese de instrumentos para hacer sentir la tempestad de voces que le agrandan el espíritu.

Sea pues, este homenaje oportunidad gratísima para que los obreros que generosamente lo iniciaron, piensen en el mérito singular de su misión social y en el deber de fraternal concordia que les señaló como

numen de trabajo el digno fundador cuya memoria estamos exaltando. Y sea también motivo de orgullo justo para la distinguida familia Valery Rísquez recoger las palmas que el recuerdo del progenitor recibe de los nobles y agradecidos obreros que trabajaron bajo sus órdenes.

¿Y por qué no sacar del ámbito restricto de la fiesta una lección también que sirva a la propia sociedad?... Cuando disiden y pugnan en posiciones contradictorias los intereses del capital y del trabajo bien vale la pena mirar hacia estos ejemplares. Ellos están diciendo que sí hay fórmulas capaces de sosegar las diferencias, por cuanto éstas toman cuerpo en el espíritu voraz de los patronos que miran en el trabajador la simple posibilidad de acrecer su lucro y en la actitud resentida del obrero que sólo ve en el dueño de los instrumentos de producción un enemigo que aprovecha su fuerza de trabajo. Ubicados en estos irreductibles extremos quienes gobiernan el capital y quienes aportan la energía creadora que lo hace redituar, son prenda de que jamás llegará el momento pacífico de la comprensión. Pero la vida es íntima y compleja trama de intereses que pide soluciones de justicia. La riqueza social lejos de estar únicamente constituida por las cifras potenciales del dinero que duerme en máquinas y bancos, es producto y mezcla de estos inmóviles valores y de la riqueza viva que producen el cerebro y el músculo de los hombres de trabajo. No mercancía que se compra, sino capital activo que se suman al poder material de la riqueza amonedada, el trabajo humano debe ser mirado con derechos semejantes a los que corresponden a los tenedores del dinero. Los unos son dueños de símbolos de trabajo realizado, los otros llevan en sí mismos el trabajo que busca la posibilidad de realizarse en nuevos valores. ¿Dónde la diferencia entre el capitalista y el trabajador? ¿Este último no es propietario, al igual que aquél, de una fuerza sin la cual ningún provecho rendirían las máquinas ni ningún fruto produciría la tierra? ¿No acumulan también los obreros la potencia de un capital? ¿Por qué no llamar a ambos indistintamente capitalistas?... Entre ellos hay, sin embargo, una distinción radical. Y esa diferencia halla explicación justa en la jerarquía que señala la pericia y en la facultad de orientar armoniosamente la comunidad obrera hacia el mejor logro de la empresa. Mientras más clara sea la comprensión de estas relaciones, mayor justicia habrá en el seno del taller o de la fábrica. Esa la lección que se

aprende en este acto de homenaje. El señor Valery Rísquez se sintió en medio del común de sus empleados como el obrero mayor a quien la experiencia daba título para guiar y gobernar y a quien por ello correspondía la suprema responsabilidad de la empresa. No se prevalió de su original condición de aportador de riqueza amonedada para mirar en sus servidores meras posibilidades de enriquecimiento. Miró a lo humano que da continuidad al esfuerzo social y buscó que la justicia tuviera altar en medio de las angustias del trabajo. Si él fue justo en sus soluciones con los antiguos compañeros de lucha, hoy éstos quieren serlo también con su memoria. Una lección de inteligencia y comprensivo espíritu vocea hacia la calle la actitud reconocida de los empleados de esta empresa. ¡Ojalá sea entendida mejor de como ha intentado explicarla mi palabra!

JUAN RAVELL[1]

Caracas, 3 de mayo de 1952

Mi querido Luis Villalba Villalba:

Tu noble columna en *El Heraldo* de hoy, me ha dado a conocer un honesto hombre de mi tierra. Con palabra cordial y encendida, pintas la voluntad recia y creadora de uno de los tantos compatriotas modestos y austeros que, en silencio, trabajan en la obra de mantener las líneas morales de la República.

Juan Ravell merece la justicia de tus iluminados conceptos. El venezolano de la madera de Juan Ravell no se ha acabado, aunque así parezca del examen ligero de nuestros hechos sociales. En mis recientes viajes al interior he tenido oportunidad de estrechar la mano de compatriotas inadvertidos, en cuya conciencia hay ara perenne para los nobles sacrificios. En Caracas, tú y yo sabemos dónde se esconden y dónde trabajan estos hombres dignos, sufridos, callados, severos, que saben mantener la tradición integral de nuestra dignidad antigua. De vez en cuando es bueno hacerles justicia pública, así ellos huyan de esta clase de reconocimientos. Con presentar a uno en el tinglado de los homenajes, los otros se sienten festejados.

Te agradezco la profunda satisfacción cívica que me produjo la lectura de tu hermosa carta en honra de Juan Ravell. La vieja y jamás gastada

(1) Tomado de: **El Heraldo.** Caracas, [04]-05-1952.

frase del maestro Martí, te calza al propio. Honrar, honra. Con esta desinteresada labor magistral, añades méritos a tus recios y puros contornos de patriota. Otros en cambio, dedican lamentablemente su pluma a la loanza de quienes pueden asegurar materiales beneficios. Tuyo afectísimo.

LOS AMIGOS DE LOS HOMBRES
(Limaduras)[1]

Hoy serán inhumados en el Panteón de los hombres ilustres de Francia, los restos de Louis Braille. Todos conocen la maravillosa historia de este ciego optimista, que inventó el alfabeto de que se sirven sus semejantes. Más que un ejemplo de perseverancia y de talento creador, Louis Braille es un benefactor de la humanidad. A él deben los ciegos del mundo el medio idóneo de ponerse en contacto con la cultura escrita. Como fruto de su esfuerzo, los ciegos conquistaron el derecho a la luz.

El homenaje que rinde Francia a Louis Braille, es un justo y merecido homenaje. Con él se reconoce, una vez más, y en forma definitiva, la dimensión humanitaria del invento de Braille. Demás de ello, se dice también que servir a la causa del hombre es el mejor camino de ilustrar la existencia.

Ya el homenaje de los pueblos no es sólo para los hombres que fatigan la historia con voces de destrucción y de muerte. En recientes cortes de cine, vi con repugnancia la apoteósica recepción que Estados Unidos ofreció al general Mac Arthur. El pueblo mostraba una delirante admiración ante el paso del general que dirigió los asesinatos y ganó las victorias del Pacífico. Se veía el frenesí primitivo de la curiosidad del pueblo por contemplar a un conductor de la guerra y de la muerte. Frente a aquellas manifestaciones de fervor belicista, el espectador te-

(1) Tomado de: **El Nacional. Caracas, 15-06-1952, p. 4.**

nía que temer por los siempre alabados sentimientos pacíficos del buen pueblo americano. Aquel homenaje era expresión masiva de la supervivencia en el mundo de los viejos valores admirativos por los hechos de fuerza.

Como contraste a estos espectáculos, el homenaje a los benefactores de la humanidad abre verdes visiones de esperanza en los espíritus. Cuando me di a recorrer a mi llegada a Costa Rica las limpias y alegres calles de San José, nada me sirvió de más clara lección para comprender el noble y humano espíritu de aquel pueblo, como el busto de Pasteur colocado en una de sus plazas. Pasteur es en realidad, un conquistador de dimensiones humanas que superan las de Aníbal, las de Alejandro, las de César y las de Napoleón. A su esfuerzo y a su estudio el hombre debe el haber podido dominar a sus peores enemigos. En el Panteón Universal de los Generales del Bien, Pasteur reclama el primer altar. El suyo debiera ser el monumento expuesto a la admiración y al agradecimiento de todos los pueblos de la tierra. En las plazas de todas las ciudades del mundo deberían exhibirse, junto con el suyo, estatuas y bustos de Jenner, de Laveran, de Theobald Smith, de Koch, de Ehrlich, de Finlay, de Hansen, de los esposos Curie, de Lister, de Fleming, de Schaudinn. Todos los grandes descubridores de microbios y de nuevos sistemas de curar, merecen la permanente gratitud del hombre. Una cultura para la paz, debería ofrecer posibilidades para que se tomen como norte y como estímulo de nobles acciones, las vidas de estos hombres.

Desde Alaska hasta la Ciudad del Cabo, desde Corea hasta el Rif, se alaba y se pondera el nombre del general Eisenhower. Se le mira como al hombre capaz de planear la defensa de la vieja Europa y de dirigir la oportuna aplicación de la nueva bomba atómica. Hablan de "Ike", como le dicen en familia, tanto los hombres de Estado como los modestos distribuidores de sorbetes. Es el hombre del día. En cambio, pocos, muy pocos, por si no nadie, en un concepto popular, habla del inglés Fleming. El otro ha dirigido con éxito los cañones, los tanques, las escuadrillas aéreas con que se mata a los hombres. El brillo de su gloria tiene un soporte apreciable de cadáveres. En cambio, Fleming al descubrir la penicilina y, en consecuencia, sus salubérrimos deri-

vados, ha quitado a la muerte una fantástica ración de vidas. Fleming es un amigo de la humanidad. Como lo fue el Regente Heredia durante la Guerra a Muerte, al impedir que Monteverde asesinase más patriotas.

Los amigos del hombre viven, en realidad, la vida callada de los verdaderos creadores. Y están condenados a no ser vistos por el pueblo. El "Agachado", Venancio Pulgar, el "Caribe" Vidal, Ramón Farrera, Antonio Paredes, Román Delgado tienen más mundo dentro del pueblo de Venezuela que el licenciado Aveledo. José Gregorio Hernández, Rafael Rangel, Juan Iturbe, José Francisco Torrealba, Enrique Tejera, Arnoldo Gabaldón, Pastor Oropeza, José Ignacio Baldó. La labor de asistencia y sanidad cumplida por estos abnegados sabios, no despierta entre el pueblo el interés que despiertan las hazañas de los "guapos". En un club de Caracas, oí en cierta oportunidad, no hace muchos años, a dos ministros del Ejecutivo, doctores de la universidad, dedicados a hacer la alabanza de Rafael Simón Urbina. Estos mismos doctores negarían su opinión para que fuesen llevados al Panteón Nacional los restos de Aveledo, Hernández o Rangel.

Preciso es pensar que a los pueblos se educa con el nombre y con las acciones de quienes han trabajado en su servicio y de quienes han buscado asegurarle los caminos del bienestar pacífico y sencillo. En los parques, junto con el de los poetas y de los artistas que hacen amable la existencia —poetas y artistas de acá, poetas y artistas de allá, porque la geografía del arte no tiene fronteras políticas— yo pondría los bustos de estos sabios generosos y de estos abnegados servidores de los hombres. Ellos no tienen patria, porque la suya es el mundo a que sirvieron. Si Francia honra a Pasteur por hijo, nosotros debemos honrarlo como padre. Con Walt Whitman y Theobald Smith, primero en determinar el contagio a través de los artrópodos; y que representan mejor al pueblo americano que Eisenhower y Mac Arthur, yo pondría en un parque caraqueño lleno de pájaros y flores, los bustos de Lister y Andrés Bello. Junto a un Hermes florido por la barba de Leonardo, colocaría el modesto monumento de Louis Braille. Ambos supieron hallar los seguros caminos de la luz...

DE MARIO BRICEÑO IRAGORRY A LUIS VILLALBA VILLALBA
Nota de actualidad[1]

Mi querido Luis Villalba Villalba:

Apenas me viene a quedar hoy un tris de tiempo, como decimos en mi tierra cordillerana, para agradecerte, por medio de estas líneas, las hermosas cartas que desde *El Heraldo* me has dirigido, con motivo del breve comentario que hice de tu nota acerca de Juan Ravell. El tono noble y educador de tus misivas, que en nada se apartan de tu excelente labor magistral de todas las horas, llegó a la generosidad de evocar el nombre, para mí sagrado, de mis padres, a quienes durante toda mi vida he ofrecido la grata ponderación afectiva a que me obligan la gratitud y la sangre. Algunos, en cambio, se desdeñan de dar publicidad a estos finos e íntimos desahogos familiares. Suponen ellos que ser fieles a los modestos y amables valores domésticos, constituye testimonio de simpleza e ingenuo candor de ya superado romanticismo. Tú y yo creemos lo contrario. El respeto a la memoria de los padres, y el encumbramiento de sus nombres, cuando con él no se hacen falsos y necios alardes, representa un concepto de consideración al hogar donde discurrieron los primeros años de existencia, y de respeto, también, al mismo hogar como institución y sistema de vida. Valores en apariencia simples e intrascendentes, por cuya estabilidad poco cuida la sociedad, y a los cuales en última instancia se llega, cuando se examina la vida de las naciones.

(1) Tomado de: **El Heraldo. Caracas, 17-06-1952, p. 4.**

Al regreso de su largo viaje en pos del Pájaro Azul, los cansados niños dieron con la ansiada avecilla, que placenteramente vivía en la vieja jaula del jardín familiar, no tomando en cuenta como posible sitio donde pudiera habitar el milagro ensoñador del pájaro legendario. Fatigado, también, el hombre por las búsquedas heroicas, en las cuales hubo de dar con los fracasos, concluye por descubrir el mérito de viejas verdades y de viejos sistemas, preteridos inicialmente como elementos desprovistos de eficacia para una adecuada indagación de circunstancias.

Justamente en la charla con que Pastor Oropeza regaló a nuestro público desde la autorizada tribuna de tu "Instituto Pedagógico del Aire", termina nuestro ilustre pediatra por declarar que las causas fundamentales del abandono físico y moral del niño venezolano reside en la flaca estructura de la familia venezolana. Si lo dijera en "La Religión" nuestro querido Monseñor Pellín, ya se comentaría que era tendenciosa doctrina católica. Mas, el insigne Oropeza desviste el tema de toda posibilidad de que se le mire como expresión de interesada propaganda, para presentarlo en la ruda realidad de los hechos. Venezuela es, en verdad, un pueblo sin hogares. Un pueblo donde los niños padecen las dolorosas consecuencias del divorcio y de la bastardía. Crecen los pequeños sin padres, y caminan fácilmente al hampa y al vicio, cuando no adquieren complejos que desfiguran las conciencias. Y lo que es peor: en las altas capas sociales, altas por una mal aprovechada historia o por un dinero adquirido a la media noche, abundan uniones conyugales de mero artificio, que tanto abandonan los hijos al cuidado de manos mercenarias, como descuidan las líneas de austeridad que dieron fisonomía a la familia antigua.

Nos faltan, en verdad, hogares de cristiana raíz, donde comiencen a crecer las menudas virtudes que a la postre se tornan en virtudes públicas. Difícil es pedir al hombre en su relación social frutos de semillas que no fueron sembradas a tiempo en su conciencia. El abandono material y moral de los niños, tanto es fruto de la ausencia de matrimonio como resultado de los matrimonios artificiales. De "las casas de muñecas", como diría el viejo Ibsen. Al calor del fuego hogareño se forjan las virtudes que más tarde culminan en el orden mayor de la sociedad. Seguro estoy de que esos recios varones que tú nombras

y alabas, tuvieron en su infancia quien echara en sus espíritus saludables gérmenes. Ahí empieza la educación. La escuela es la ampliación del hogar. Cuando las modestas virtudes familiares son dejadas a las puertas de las escuelas, para sustituirlas por meros ejercicios de letras, los planteles se cierran a la posibilidad de educar. Saldrán de ellas personas hábiles e instruidas, pero no saldrán hombres. Los hombres no se hacen sino a través de procesos educativos que les forjen el carácter y les den el gobierno de los apetitos. Esa es la escuela que puede llevar a la convivencia social. La escuela capaz de crear el espíritu de grupo, que tanta falta ha hecho a los venezolanos para la propia y menuda relación amistosa.

La carencia de ese espíritu da singularidad en la superficie social a hechos como los anotados en tus hermosas cartas. Juan Ravell hace el mirlo blanco en medio de una sociedad indiferente, egoísta y cruel. El suyo, como los demás valiosos ejemplos que pones de resalto en tus excelentes cartas, constituyen lecciones que deben diariamente refrescarse y propalarse, para su posible imitación. También quiero yo valerme de la oportunidad de esta amable conversación contigo, para recordar un gesto singular del general Francisco Linares Alcántara, con quien estoy en deuda, por no haberle felicitado cuando recientemente salió a la defensa de César Zumeta, su antiguo subalterno en el Ministerio de Relaciones Interiores, hecho ministro en los momentos en que Alcántara caía en desgracia con el general Gómez. La salida a la prensa del viejo político para volver por los fueros de su antiguo amigo, tornado en enemigo político, constituye un noble ejemplo para quienes comúnmente sienten enfado ante los vínculos personales que los unen con hombres perseguidos por las autoridades de turno. Pues bien, se me refiere que en 1929, después del fracaso de la invasión del "Falke", huían entre las selvas de Sucre, Alcántara, Rafael Vegas y Juan Colmenares, acompañados de un viejo militar contemporáneo con Alcántara. Las provisiones empezaron a escasear, y en vista de ello el anónimo fugitivo, o el fugitivo que quiero dejar sin nombre, se hizo al morral de la comida e intentó partirse para otra vía. Entonces, Alcántara, revólver en mano, se acercó al "vivo" con las siguientes magníficas palabras: "Esa comida es para mantener la vida de estos jóvenes, que pueden mañana ser útiles a la patria, en la medida en que

ya usted y yo no lo podremos ser''. Gestos como el presente dan marco de ejemplaridad a la vida de un hombre. Por ello, me complazco de hacerlo público, en espera de que algún maestro de escuela lo comente con sus alumnos en la clase de educación cívica. Esto es civismo. Lo demás que enseñan en las escuelas, es mero diccionario de frases patrióticas.

Aunque escasos, sí tenemos hermosos ejemplos que dan contrapeso a la deslealtad y al oportunismo. Pocos son, pero en el balance moral de la historia tienen mayor peso y mayor precio que los otros. Además, nuestro deber es aumentarles el contorno, para que sirvan de garantía de salvación social. En los momentos de crisis, es el camino que toca a quienes nos empeñamos en conjurar el caos de la desesperación que paraliza y desorienta voluntades.

Te saluda tu afectísimo amigo y compañero.

LA CEIBA DE SAN FRANCISCO
(Virutas)[1]

En el orden de la caraqueñidad, la Ceiba de San Francisco ha adquirido un profundo sentido familiar. Si no fuera porque los botánicos lo negaron y porque hay fotografías del sitio donde no se la mira aún y donde aparece, después, espigando de tamaño, podría decirse que la Ceiba nació con Caracas. Tan arraigada está en el espíritu de los caraqueños, que parece imposible que hubieran existido conciudadanos que no disfrutasen del sombraje benévolo de sus altas ramas.

La Ceiba es realmente joven. A pesar de su severidad arbórea, corresponde al rococó guzmancista. Desde entonces ha sido testigo de muchos sucesos ocurridos en sus alrededores. Estratégicamente está ubicada frente a uno de los templos más queridos de la tradición caraqueña, al lado de la antigua Universidad Central, en frontería con las Cámaras Legislativas, vecina del Cuartel de Policía, no lejos de los Bancos de Comercio. Ayer le quedó cerca el famoso hotel Saint Amandt, y cuando empezaba a crecer, le colocaron a la par la estatua de Guzmán Blanco en trance de saludante. Más resistente que la piedra y que el bronce del monumento del caudillo, vio rodar a éste, cuando la furia popular vengó en las impávidas estatuas la soberbia del gobernante. Siempre lo mismo ayer que hoy, la han alegrado los tertulianos de los cafés circunvecinos y los festivos corredores que tomaron su sombra por abrigo para sus rápidas operaciones bursátiles. Tiempos hubo en que los profesores de la vieja y respetada universidad, tocados de cubilete

---

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 21-08-1952, p. 4.

y metidos en sus severos levitones, se detuvieron bajo su fronda familiar para comentar el último caso del día.

Poetas y prosistas la han hecho motivo de bellos versos y de sabrosas crónicas. Santiago Key Ayala ha llegado a más. Le dio personalidad humana y ha dialogado con ella. ¡Qué de cosas sabe la Ceiba! ¡Cómo se iluminarían muchas páginas de nuestra historia contemporánea si el maestro Key Ayala repitiese todo lo que le ha dicho la Ceiba! Aunque no sea posible llevar íntegramente a las letras de molde las memorias de la Ceiba, el pueblo intuye lo que se sabe el viejo árbol, y lo ha incluido por ello, entre sus más preciados valores tradicionales.

En la historia de Caracas árboles y arbustos han llegado a tener función que toca con la zona misma de la creación. Hay quienes recuerdan aún el famoso limonero del Señor, en cuyas ramas salientes a la calle el Nazareno de San Pablo enredó la cruz dolorosa y dejó poder curativo a los limones. El limonero fue cortado de raíz, en aras del progreso de cemento.

¡Malhaya el golpe que cortara
el limonero del señor!
¡Malhaya el sino de esa mano
que desgajó la tradición!

Canta el egregio poeta Andrés Eloy Blanco en desagravio de la historia que quedó mutilada cuando de la esquina de Miracielos fue arrancado el limonero del Señor. ¿Y si ayer nomás arrasaron con los verdes limones del permanente milagro nazareno, por qué asombrarnos de que sigan destruyendo los sitios donde se enredan tradiciones que no alcanzan la dimensión del limonero del Señor?... Muchos que se tienen por finos coleccionistas holgarán mañana al enseñar a sus visitantes, ladrillos que fueron del Colegio Chávez, herrajes de la casa de Llaguno, puertas del Palacio Episcopal, lápidas de los Hijos de Dios y (el Señor me cure de los malos pensamientos), tal vez algunos acarician la idea de guardar en sus fastuosos palacetes algunos recuerdos del peligrante templo de San Francisco.

A la vera de Catuche dura aún el hermoso samán, bajo cuya apacible sombra soñó Andrés Bello y cuya vida antigua salvó al Padre Avila. "Arbol religioso" lo llama Enrique Bernardo Núñez, porque el hombre que lo plantó edificó el templo de la Trinidad. Se decía Juan Domingo de la Trinidad Infante. La estaca la trajo de los valles de Aragua. Era un gajo del venerable samán de Güere, donde acamparon Guaicaipuro, Guevara y Vasconzelos y Bolívar. Tan ilustre prosapia cantóla el maestro inmortal en pulcro verso:

Contempló tu padre un día
las envidiables escenas:
viólas en luto tornadas
tintas en sangre las vegas.
Desde entonces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña el pie de Valencia.

En el patio de la casa de Bolívar duran unos granados, tenidos por sucesores de los viejos granados que pusieron sus flores de fuego en la infancia del genio. "Carmen de Andalucía, es el jardín de los granados, donde las amigas de confianza suelen tomar el fresco, mientras los niños corretean entre los rosales persiguiendo las mariposas", dice Carlos Borges en su clásico discurso. La vida, pues, de estas verdes criaturas se mira por milagro. Donde todo se arruina y se destruye a los vientos de la moda, extraña que aun duren Ceiba, granados y samán. La Ceiba, sobre todo, ya que el hecho de estar en un sitio de nutrido tránsito pudo invitar a su derrumbe.

Pero con la Ceiba pasa lo contrario. El pueblo la siente por suya. Con el reciente verano pareció que la Ceiba hubiera entrado en agonía definitiva. Desnuda totalmente de hojas su ramaje, se la miró como tema para abundosa madera. (Claro que no debieron faltar quienes midieran la ventaja de aserrarla). General fue, en cambio la angustia por la posible muerte del árbol. Los escritores y los reporteros la tomaron por centro de interés para sus escritos. Se habló de los honores que era preciso rendir al difunto ilustre. Yo tuve, por el contrario, fe en la

Ceiba, como tengo fe en la República. Arbol de aguante, al igual de la patria, esperé que reverdeciera. Y una mañana los vecinos de la Ceiba tuvimos la consoladora visión de los pimpollos. Hubo alegría, como en la casa de Betania al retorno de Lázaro resurrecto. La Ceiba seguiría iluminando el mundo áspero del cementerio caraqueño. La Ceiba proseguiría su callada y prudente existencia, pese a la amenaza circundante. La Ceiba podría seguir dialogando con los caraqueños en su misteriosa lengua vegetal.

ALTAGRACIA DE ORITUCO Y EL SENTIDO DE LA PROVINCIA (Limaduras)[1]

"Punto interesante por su comercio y agricultura", llamó Codazzi a la vieja villa de Orituco. Como prenda de mejor aspecto el insigne geógrafo le anunció un buen camino al Tuy. Ya esos caminos están rodando, como nuevos ríos que darán salida a la riqueza de la tierra.

Volviendo a la tradición colonial, la nueva vialidad busca los senderos que utilizó el español. Julio de Armas apunta lo ilógico de ir a los Llanos desde Caracas, por las rutas de Occidente. La vía natural es la que actualmente se remata: Caracas-Santa Teresa-Altagracia.

Altagracia resulta ahora una población de confluencia. Será como un crucero de donde se deriva hacia el Sur del Guárico y por donde se va hacia Barcelona y Ciudad Bolívar. Una especie de Valencia del Este.

Rodeada de tierras planas y humíferas, donde desde la época colonial se recoge una de las mejores hojas de tabaco de Venezuela, tan abundante, que en la antigua San Rafael se mantiene en pie la casa del resguardo señalada por Avalos, y donde hoy se intensifica el cultivo de tomates, de citros, de cebollas, de apios, de repollos, de maíz, el Valle de Altagracia debiera ser una de las huertas de Caracas. Por el momento lo une a la capital una buena carretera de tierra, que se recorre en cuatro horas. Si esta vía fuese petrolizada, como debieran

(1) Tomado de: **El Nacional. Caracas, 05-10-1952, p. 4.**

estarlo todos los caminos de Venezuela y como lo suponen los países que nos envidian nuestra mitológica riqueza petrolera, de Caracas, se iría a Altagracia en sólo dos horas. Tendría entonces nuestra capital, a corta distancia, gran parte de la cosas que se traen del Norte. A más de las nombradas, nos vendría de allá la gorda carne, la cremosa leche, el gustoso queso, la gallina aromada con mastranto, la caza multisápida. Tendría, también, Caracas un lindo sitio de veraneo, con clima grato y tiernas aguas, amén de la visión complementaria de las pampas que se deslizan hacia el Sur y de los cerros que al Norte doblan sus gibas majestuosas, en solicitud del descanso igualitario de la llanura.

La población ya empieza por tener una buena red de cloacas y un moderno acueducto. Posee un Liceo y un magnífico Puesto de Salud y se piensa en inmediatas edificaciones escolares. Las calles no tienen pavimento. Desentonan en una población rica y ansiosa de progreso. Si lo tuvieran, podría decirse que nada faltaba a Altagracia en orden a las comodidades que primariamente pide el pueblo. Pero Altagracia tiene algo que supera el valor de estas obras indispensables. Tiene espíritu de comunidad. A más de la preocupación que cada habitante siente por el porvenir de su pueblo, existe un sentido de solidaridad intrasocial, en el cual se diluyen aún las pugnaces banderías de la política. Por ese motivo, en Altagracia se siente un profundo aprecio de la nacionalidad. En estos pueblos silenciosos y trabajadores parece que se refugiasen los valores sencillos donde tiene sus mejores soportes la República. Cuando se habla con un gracitano, se recibe la impresión de que se habla con un hombre empeñado en la fábrica de un pueblo. No hablan de tal o cual actividad en que pudiera estar interesada la economía privada de cada quien. Hablan todos, con igual sentido responsable, de los problemas de la planeada y no realizada represa del Orituco, del mejoramiento de las vías, del embellecimiento de la iglesia parroquial, del pavimento de las calles, de la edificación del grupo escolar. Con sentido que va más allá de la punta de las narices, no sé cuántos me hablaron de la grande preocupación que para ellos constituye la amenaza representada por la deforestación de los montes que cubren la hoya del Taguaza Grande, donde tienen nacimiento los ríos Santa Cruz y Taguaza y las quebradas Culebra, Amparo y Vuelta Grande, bosques, que, además, mantienen una humedad favorable a

la hoya del Orituco. Se taló, como era natural, para tirar la carretera, y no conformes los destructores de selvas con hacer un inmisericorde e innecesario desmonte a los lados de la vía, han tomado el camino de la montaña para montar dos aserraderos que pondrán fin a la única región verdaderamente boscosa que queda en pie en los alrededores de Caracas.

Nuestra paradoja nacional logra casos singulares como el presente. Mientras en nuestra alegre y despreocupada capital se reunía la III Asamblea General de la Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza y mientras acá se hablaban lindezas sobre una famosa "Carta de Caracas", llamada a detener la ruina de los bosques del mundo, nuestra vecina montaña recibía el hachazo salvaje de los civilizadores mercaderes de madera.

Pues bien, este problema de los bosques preocupa a los patriotas gracitanos como un verdadero problema de familia. Ellos tienen esa sensibilidad creadora, por la cual el hombre siente como propios los intereses de la comunidad. Ellos, más que hombres, se saben un pueblo. Se palpan a sí mismos como miembros de una comunidad solidaria. Por gracitanos aman al Guárico en toda su amplitud de pampa generosa, por guariqueños se saben soportes de la unidad venezolana.

Pocas horas pasé en Altagracia de Orituco. Pero me sentí allá en la vieja y altiva Venezuela, que otros intentan rendir al halago de falsos espejismos. Nuestras grandes disponibilidades fiscales debieran preferentemente encaminarse a levantar estos pueblos y a unirlos por medio de modernas y fáciles vías con la capital de la República. Más necesita Caracas de buenas carreteras asfaltadas que la comuniquen con Altagracia, con Ocumare del Tuy, con San Sebastián, con San Casimiro, con la Colonia Tovar, con Higuerote, por donde fácilmente pueda venir a nuestra mesa diaria lo que nos traen los "Santas" y los "Alcoas" y por donde salga el caraqueño a saturarse de campo y de tierra nativa, que de los estirados rascacielos donde el hombre venezolano se convierte en esclavo de la técnica del imperialismo.

Caminos necesita Venezuela que la lleven al reencuentro de sí misma. Caminos morales y caminos materiales. Caminos que mantengan, como

árbol circulatorio, la comunicación entre la capital y la provincia. Caminos que lleven a toda la extensión del país los frutos sazonados de la cultura. Por esos caminos el venezolano de la provincia podrá regresar, como el provinciano europeo, a su lugar de origen. "En la provincia inglesa, en la galesa, en la escocesa —me escribe Alirio Parra Márquez— pude observar que sus hombres, por mucha distinción que alcancen en Londres, nunca olvidan a su pueblo. Pude observar que siempre volvían a su aldea, a enseñar el camino a los que no habían sido favorecidos por la suerte, a avivar la llama del entusiasmo de los que se habían quedado atrás. Fue algo que me impresionó hondamente desde un principio y que he visto repetirse en otros países de este viejo continente. El provinciano europeo, al revés del nuestro, si se ausenta o triunfa en la capital, no se sonroja de su condición. Regresa periódicamente al lar nativo, y cuando puede se queda. Su mayor ambición es pasar los últimos días de su vida en la casita humilde, en la pequeña finca, en la suntuosa 'Manor', que no vendió cuando se fue. Quiere que sus restos mortales descansen en el lugar que lo vio nacer".

Aquellos provincianos de Europa tienen un sentido de nacionalidad y patriotismo que nosotros no entendemos. Por eso, allá hay pueblos que resisten los vendavales, mientras acá crecen colectividades versátiles que se entregan al fácil y concupiscente coloniaje.

EL DOMINIO DE LA GEOGRAFIA
(Bitácora)[1]

La patria se mete por los ojos. Con el paisaje se recibe la primera lección de historia. Entender nuestra geografía y escuchar sus voces, es tanto como adentrarnos en el maravilloso secreto de nuestra vida social. La cultura, así adquiera los contornos de la Acrópolis griega, mantiene siempre su primitivo signo vegetal. La geografía es de indispensable conocimiento para la comprensión de la problemática social. El suelo define en parte el destino de los pueblos. Los hace mineros, pastores, agricultores, pescadores o industriales. La ladera y la llanura configuran tipos a quienes diferencia la actitud que toman cuando roturan los sembradíos. El hombre que crece en la llanura y frente al mar acostumbra los ojos a una visión en línea recta. El montañés adquiere el hábito de la variante contigua a que lo obligan cimas y abismos. El ribereño, junto con el dominio de las aguas, crea la confianza de que ellas le darán un nutrimento que ni lo ve nacer ni lo mira en su desarrollo esperanzado. En cambio, el recolector agrícola sabe que a diario ha de poner la mano en los sembrados. El minero tiene la fe ciega de que la tierra le recompensará en un minuto fulgurante todo el tiempo que haya dedicado a soñar la áurea veta o la arena diamantífera. La montaña, el río, la ladera, el lago, la llanura producen tipos que al diferir en razón de las peculiares condiciones para el trabajo y el enriquecimiento, promueven corrientes diversas en la propia relación social. ¿Qué decir de los hombres que viven y crecen en terrenos resecos, en arenales sin sombra o en hondonadas de rocas? ¿Qué pensar de los que viven en zonas insalubres, pobres de agua y ásperas de vientos?

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 08-10-1952, p. 4

La obra del hombre frente al suelo consiste en dominar la geografía y ponerla al servicio de la cultura. "Venceremos la naturaleza", exclamó Bolívar en uno de los momentos más trágicos de nuestra historia. La frase fue tomada en distinto sentido del que le dio el Libertador, y aún teólogos amigos de su gloria se han puesto en el empeño de desvestirle la intención blasfema con que la propalaron los realistas. "Vencer la naturaleza" es, en cambio, junto con un acto de fe suprema en las potencias del espíritu, todo un tratado de eficacia política, al cual nosotros culpablemente hemos dado espaldas. Lejos de intentar que nuestro esfuerzo rinda la rebeldía de la naturaleza, hemos creado una teoría determinista de nuestra historia, la cual busca explicar nuestra sociedad como expresión de causas tan inmutables como la misma corteza terrestre. El fatalismo de esta hermenéutica pesimista ha subido hasta fórmulas que niegan la misma movilidad de la conciencia popular, en su anhelo de anchar el radio de sus derechos inmanentes de luz y norte de toda historia.

"Vencer la naturaleza" en orden a que sirva cabalmente a los fines de nuestro desarrollo, tampoco lo hemos podido hacer con método los venezolanos, por cuanto, además de haberla descuidado y entregado al extranjero, no la conocemos en toda la amplitud de sus posibilidades creadoras. Escasos y dispersos nuestros estudios geográficos han carecido del carácter funcional que persiga por medio del examen del ambiente, las posibilidades de hacer mejor la vida del hombre. Ni siquiera se nos ha ofrecido una geografía alegre que incite nuestro esfuerzo hacia el arraigo de la tierra. Aun en el orden del esparcimiento y de la distracción que reclama el hombre de los grandes centros urbanos, el venezolano busca horizontes extraños, por cuanto no se le ha enseñado a mirar su propio paisaje. Un interior sin caminos y sin posibilidades de alojamiento, no es en realidad, para invitar a meterse en él.

Los españoles pensaron de diverso modo, y aunque no con el concepto moderno de los valores geográficos, buscaron desde el propio siglo XVI el mayor acopio de datos sobre el suelo de las Indias. Para completar las descripciones, frecuentemente delirantes, que estampaban los primeros cronistas, las autoridades de España giraron instruccio-

nes para fijar de manera uniforme un sistema de redactar la descripción del suelo indiano. Las más antiguas acerca de nuestras regiones fueron formadas en el siglo XVI a requerimiento de don Juan de Obando, Presidente del Real Consejo de Indias. Enredadas y confusas, las memorias y las relaciones de tierras y productos naturales y agrícolas, formadas durante nuestra era hispánica, acusan un propósito de ahondar los secretos del suelo como tema esencial para planificar una política. También lo pensaron así los hombres de la República y, posiblemente a iniciativa de Antonio Leocadio Guzmán en el primer Gabinete de Páez, el Ministerio de lo Interior solicitó de los Gobernadores amplios informes geográficos y estadísticos, muchos de los cuales fueron utilizados más tarde por Codazzi. Comprendió muy bien el sagaz estadista, a quien tocaba orientar las líneas organizativas de la Tercera República, que era preciso proseguir el camino de los geógrafos y de los estadígrafos que buscaron durante la época hispánica describir la tierra y recoger las cifras de la riqueza humana y de la riqueza territorial. Hoy conocemos la excelente labor de don Pedro José Olavarriaga, quien formó en 1721 el censo agropecuario de la primitiva provincia de Venezuela, y también los datos estadísticos del Obispo Martí, los de Castro y Araoz y las noticias de Centurión, todas encaminadas a fijar referencias sobre el desarrollo de la población y de su riqueza.

Hombre de amplia visión de gobernante, Guzmán Blanco hizo editar los famosos *Anuarios,* de donde arranca nuestra moderna estadística, valiosa a pesar de su discontinuación y de habérsela hecho muchas veces sin el verdadero sentido de sus fines. En los *Anuarios* guzmancistas, junto con datos histórico-geográficos, se recogieron minuciosos cuadros que hoy sirven para juzgar el estado de nuestra riqueza y de nuestra cultura de entonces. Sabía el Ilustre Americano que el gobierno de una nación no es proceso empírico que puede realizarse sin previo conocimiento de las realidades sociales. Sin un profundo dominio de los problemas históricos, geográficos y sociológicos de una nación, no se podrán modificar alentosamente sus posibilidades constructivas. Por eso, hoy los institutos geográficos y estadísticos han tomado un desarrollo inmenso en países como el Brasil, digamos, donde sus hombres dirigentes tienen marcado empeño en aposentar una cultura.

Entre nosotros se ha trabajado al milagro de las corazonadas y de los falsos aciertos. Hemos hecho nuestro camino público como el vagabundo que toma en los cruces la primera vía. Por ello, presentamos el curioso caso de que a estas alturas haya necesidad de decir a la gente, y a la gente que se llama directora, que es urgente hacer el balance histórico de nuestras posibilidades que es de imperio y ver sobre los cuadros del pasado los propios problemas que quedaron truncos en su resolución. Nada tan doloroso y que explique mejor la razón de nuestra crisis, como el espectáculo de un pueblo que quiere olvidarse de sí mismo y que sólo busca en su pasado los mortecinos fulgores de una gloria personalista, donde tuvo antaño relieve nuestra función humana.

Con el suelo, el del hombre en su valorización antropológica constituye problema de previa comprensión para quien pretenda explicar el desarrollo histórico de una comunidad. El hombre, tanto por su valor de individuo como por su significado integrador de las entidades sociales pueblo, religión, ejército, raza, es el verdadero sujeto de la historia. Sujeto en la actividad de crear hechos, y son los temas donde tienen afinco y toman impulso las realizaciones que son objeto de la historia. Benedetto Croce definió la historia como una hazaña de la libertad. También es una hazaña por dominar, para esa misma libertad, los obstáculos de la naturaleza. Quienes busquen en el pensamiento de Bolívar un sentido creador que todavía pueda ayudarnos en nuestra lucha presente, ya tienen un programa de acción en su estupenda frase "vencer la naturaleza". Aún no hemos intentado vencerla, en el orden de dominar sus obstáculos y en el camino de aprovechar sus promesas.

Sujeto a la pasividad de estar incluido en la propia realidad de los procesos colectivos. El área geográfica, con sus múltiples alternativas y fenómenos, y el hombre, en la diversidad de sus manifestaciones físicas y morales, colectivas o individuales, condiciones requeridas para que se pueda tener en ellos una síntesis apropiada al logro de una visión de conjunto de nuestro suelo y su función ecológica. Quizá entre los factores que ponen más de bulto la tragedia de nuestra desidia nacional, ocupa sitio avanzado la pobreza de nuestros estudios geográficos y estadísticos. Como todo lo hemos hecho a la buena de Dios,

que con frecuencia ha resultado ser la mata del Diablo, jamás hemos pensado en comenzar las cosas por sus principios. En 1841, Agustín Codazzi preparó, como complemento de su gran carta y de su atlas estupendo, su "Geografía de Venezuela", e hizo que el ilustre Rafael María Baralt y don Ramón Díaz escribiesen su magnífica "Historia". Pensó Codazzi con lógica simplista: primero el suelo, después el drama que lo tuvo de escenario. Para abonar el prestigio de la geografía, pidió el historiador el relato de las hazañas que tuvieron por marco la grande área, cuyas cualidades y condiciones físicas estudió, palmo a palmo, sobre los caminos patrios. Codazzi entendió que suelo y hombres hacen una unidad funcional, cuyo producto es la cultura que recogen analistas y folkloristas que explican los sociólogos y los filósofos. Sin el estudio del relieve geográfico y de sus condiciones esenciales, no es posible tampoco, la fijación de normas que hagan provechosas las actividades futuras de la colectividad.

COMENZAREMOS POR TRUJILLO
(Virutas)[1]

Por nada temo que espíritus ligeros me motejen de regionalismo. Los que bien me conocen, saben que mi pasión por lo regional —regional de Trujillo, de Guayana, de Guárico, de Mérida— no es sino fragmentario testimonio de mi pasión venezolana. No se puede amar a Venezuela sin un caldeado amor por la Provincia. Provincias Unidas de Venezuela se llamó nuestro país en 1811, cuando estrenó vestido de República. La unión es tanto más vigorosa cuanto mayor es la fuerza de las partes conjugadas. Sin una Guayana fuerte y sin una Barinas próspera, no habrá jamás una pujante Venezuela. El poder radica en el vigor de las partes que integran la nación.

Este razonamiento me alienta para adentrarme en problemas relacionados con mi región nativa. A los de fuera y a los de dentro, a los que se alejan y a los que se quedan, a las autoridades locales y a las autoridades generales, a los hombres de ayer y a los hombres de hoy, podría imputarse, por separado y en conjunto, la causa de lo que ocurre en la vieja Provincia natal. Cierto que alguien la tiene con mayor pronunciamiento de responsabilidades. Quienes sean los culpados, no importa tanto como buscar los medios de contrariar los reatos de la culpa. Lo cierto es que Trujillo ha vivido por muchos motivos haciendo la cenicienta de la República. Pareciera que la palabra de su numerosa población no se dejara oír o que sus voces sobresalientes no se pusieron de acuerdo para hacerse escuchar.

---

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 09-10-1952, p. 4

Tal vez falte a los trujillanos un benéfico acuerdo de intenciones para hacer valer el derecho que tiene la región a que se miren con mayor interés sus necesidades. Para que no se me diga materialista, empezaré por un tema de meros alcances espirituales. Se ha hablado de que la ciudad de Trujillo aspira a ser convertida en capital diocesana con motivo de su próximo IV Centenario. La idea, por más que tenga el unánime respaldo de los trujillanos, ha caído en el vacío y nada se dice de ella en la oportunidad de comentarse el posible ascenso a Metropolitana de la benemérita Catedral de Guayana y la grata erección de la Diócesis de Barcelona. A mí me complace profundamente la idea de que Monseñor Bernal le sea impuesto el Palio Arzobispal. Buenos hombres tiene para llevarlo con lucimiento y dignidad. Me satisface que Barcelona, tenga en breve la Mitra que empeñosamente le buscó Laureano Vallenilla Lanz, cuando se reformó en 1922 la Ley de División Territorial Eclesiástica. Como en los buenos tiempos de don Sancho Fernández de Angulo, discutían entonces en los pasillos del Congreso sobre la importancia de Cumaná y de Barcelona el doctor Carlos Grisanti y el fogoso Vallenilla Lanz. De Maracay podría hacerse también una Diócesis. Y Maracaibo y Barquisimeto, de acuerdo con su importancia de ciudades, reclaman dignidad metropolitana. Todo eso lo aplaudo y lo deseo. Pero, en cambio, me duele que a Trujillo se la postergue, a pesar de su antigüedad y de sus abundosos méritos. Justamente fue en la vieja ciudad de Trujillo donde Bolívar y el Obispo Lasso de la Vega compusieron las paces entre la Iglesia y la flamante República de Colombia.

Bajando de lo puramente espiritual al campo de las letras, bueno es recordar el calvario del colegio de Trujillo. Establecido en 1834, llegó a gozar de dignidad universitaria. Más se le memora como colegio de 1ª Categoría, donde se cursaban estudios mayores, que como la vieja Universidad de Trujillo. Grandes fueron sus propiedades y rentas. A boca de este siglo, apenas quedábale el viejo claustro franciscano como sede respetable. En 1913 el Gobierno Nacional ordenó que en él se instalase un cuerpo de tropa de línea y el instituto empezó a andariegar en casas de alquiler. Más tarde, cuando el viejo edificio fue insuficiente para la tropa, se edificó un moderno cuartel, con todas las comodidades del caso. Se pudo haber reacondicionado el local del

colegio, pero se juzgó mejor tumbarlo de raíz y edificar en su lugar un edificio mediocre para escuelas primarias. De arriba a abajo ha proseguido su calvario el menospreciado instituto, donde ayer levantó la Provincia sus hombres más pujantes. Mientras tanto, en el ánimo de los trujillanos alienta el deseo de que se le dote de edificio cónsono, y que junto con él se levante una escuela de artes y oficios y una escuela normal, que prepare en la propia región los maestros que han de atender mañana las numerosas escuelas primarias que faltan al Estado.

Larga sería la lista de las cosas de que carece Trujillo. Difícil sería también, hacer un análisis justiciero de responsabilidades, por cuanto en muchos casos no es la administración la sola culpable del atraso de los pueblos. Lo son, y con gran peso, los propios hombres que descuidan el fomento del espíritu público. Pero de la misma manera como he recordado temas relacionados con la vida del espíritu y con el desarrollo de la cultura, justo es mirar también a la dolorosa realidad del suelo. Fue la del antiguo Trujillo tierra rica en agricultura. Buen café, jugosas cañas, opulento maíz, abundantes papas, ricas arvejas, mediano trigo, aromoso tabaco, dulcísimas frutas. La huerta trujillana daba para cubrir las necesidades del pueblo. Hoy en Trujillo falta de todo y al igual de lo que sucede en Caracas, precisa recurrir a los enlatados del Norte. Hasta arvejas se llevan de fuera a la tierra que tuvo fama de producir la mejor arveja de Venezuela. En 1925, cuando la explotación del petróleo en el sur del Lago empezó a tomar fuerza, Trujillo fue la despensa de los campos petroleros. Cochinos, gallinas, huevos, hortalizas y verduras fueron febrilmente recolectados por los compradores ambulantes. Pronto, ya no hubo que exportar. Se habían ido también los hombres. El campo trujillano empezó a languidecer por falta de brazos. En Trujillo empezó a faltar la vieja comida. En el terreno de la realidad económica, puede decirse que el Estado Trujillo fue la primera región agrícola de Venezuela victimada por la nueva producción minera. Debió haber sido, en cambio, Trujillo la primera región beneficiada con la nueva riqueza. Mas aquel es pueblo de tuerce. Quienes viajan por la carretera trasandina están de acuerdo en decir que el peor tramo es el tramo de Trujillo. Pero hay algo peor aún. Los ramales que unen las poblaciones y los caminos que aún no tienen paso para carros. Regiones como Montecarmelo, Las Mesitas, San Mi-

guel y Niquitao se movilizan aún sobre lomo de mulas. Con excepción del pedazo que va de Valera a la Mocotí, todo el sistema vial del estado es malo, cuando en Trujillo, por razón de la cercanía a las fuentes del petróleo, y como compensación por la ruina de su agricultura, todas las vías debieran estar ya petrolizadas, como debieran estarlo también, todos los caminos de Venezuela.

Si tuviera buenas carreteras, el Estado Trujillo sería una región de descanso, donde los maracaiberos podrían ir a hacer cómodamente su fin de semana y sus vacaciones anuales. Es la tierra fresca de los Andes más cercana a Maracaibo por la vía carretera. El Alto de Escuque, Mendoza, Sabana Libre, San Lázaro, La Laguneta, San Jacinto, Boconó, podrían estar poblados de lindos hotelitos de montaña, donde a los temporadistas se hiciese grato y fácil el descanso. Renacería la propia huerta para la inmediata provisión de los hoteles.

Pero no tenemos ni hoteles, ni caminos, ni liceo, ni escuela de artes, ni escuela normal. Posiblemente, no tendremos tampoco Obispo en la vieja ciudad de Trujillo. Abunda en cambio, la tala y afean su naturaleza los cerros erosionados. Trujillo seguirá languideciendo, si sus hijos no hacemos un esfuerzo heroico y audaz para revitalizar la Provincia. Hablo de la capital y de las demás poblaciones del estado. Si Valera en realidad crece por su comercio y por su excepcional espíritu industrioso, no está en las condiciones en que debiera estar, y si mucho fuere aun su progreso, Betijoque y Escuque y La Quebrada y Carache y Boconó carecen de voz para decir que tienen lo que bien desean y necesitan sus hijos.

Temo que a la altura de esta nota cualquier venezolano del interior pueda decirme que él y los suyos tienen en los labios idéntica plegaria. No lo dudo, por cuanto conozco nuestra Provincia. También por su región quiero levantar mi voz venezolana. Y si empiezo por mi lar nativo, lo hago en razón de conocer mejor que las otras sus necesidades y no porque me duelan más. Para mí el dolor de San Carlos, de Guasipti, de Bejuma, de Guanare y de Trujillo es uniforme dolor venezolano, que hiere con igual intensidad mis sentimientos de hombre.

DE CARA A LA PROVINCIA
(Virutas)[1]

Profundamente he lamentado que para decir que tan cenicienta como Trujillo en el orden del progreso, es cualquier Provincia venezolana, mi amigo Julio Ramos haya incurrido en la ligereza de ofender a los hombres del Estado Trujillo, entre los cuales él ha contado con sinceros apreciadores de su talento y patriotismo. Lamentable, porque no había razón para que un escritor como Ramos hiriese a un grueso sector nacional donde ha gozado de estima, y que no tomará a lo festivo el tono de sus letras.

Empecé yo mismo por asentar que cualquier venezolano puede decirme que la propia plegaria de angustia contenida en mi columna del jueves pasado, la lleva él también en su espíritu de patriota. Dije además, que al comenzar por Trujillo un recuerdo de las necesidades que confronta la Provincia venezolana, lo hacía, no porque me doliera más sino por conocer mejor que las otras las urgencias de mi pueblo. Creo que así sea muy pronunciada mi devoción por mi tierra nativa de Trujillo, ello no permite confundirla con un regionalismo exluyente. Para Trujillo nada pido en mengua de otros pueblos, altas posiciones, elemento nativo yo pidiese el traslado a mi ciudad natal del Obispo del Zulia o del liceo "Lisandro Alvarado" de Barquisimeto. Maracaiberos y larenses tendrían derecho a caerme encima. Tampoco exalto a Trujillo a costa de las virtudes y de los méritos de las demás regiones del país. Cuando miro hacia el conjunto de la patria, veo por todos lados ciudadanos dignos de mi respeto y de mi afecto. Cuando nombro

(1) Tomado de: **El Universal. Caracas, 16-10-1952.**

a larenses, a corianos, a guayaneses, a maracaiberos, a margariteños, a tachirenses o a guariqueños, lo hago con el respeto y con la devoción que merece de mi parte cualquier colectividad venezolana. A ello me lleva mi profundo sentido de la venezolanidad, puesto de resalto desde siempre en toda mi modesta obra de escritor y de hombre público y que solamente una apreciativa ligera puede mirar como invención de última hora.

Al empezar por Trujillo una serie de consideraciones que me proponía publicar sobre la Provincia venezolana, lo hice así, por cuanto sé más de Trujillo que de otras partes. En Trujillo, en verdad, empezó para mí Venezuela. En razón de mi profundo afecto por la patria venezolana, me he mantenido umbilicalmente unido con Trujillo, sin que ello a la vez me impida sentirme en cualquier lugar de Venezuela como si estuviese en "El Calvarito" de Trujillo o en "El Bolo" de Valera. Fue para Trujillo mi primera voz de reclamo en un reclamo que habría de envolver las necesidades primarias de la abandonada Provincia nacional. Al buscar las causas de nuestra tragedia regional di de primero con la culpa de los trujillanos —de hoy y de ayer, de fuera y de dentro del estado, quedados allá o salidos a altas posiciones nacionales. No al acaso, sino con responsable dirección imputé al propio elemento nativo las razones principales de nuestro actual abandono, no para personificar relatos culpables, sino para buscarles remedios presentes. Creo que Venezuela nada gana con que se haga recaer sobre tal o cual ministro o presidente de ayer el peso de un error o de una falta. Esto tiene valor en la problemática de la historia. Venezuela en cambio, necesita para el empuje de su vida presente que se digan hoy, en pos de su remedio de hoy, las necesidades y los clamores de su pueblo.

He querido modestamente servir a la causa de la recuperación de la provincia, llámese Apure, Táchira o Monagas. Largo he venido insistiendo en la necesidad de crear una conciencia nacional que abarque la pluralidad y la unidad de los intereses del país. A esa labor me empuja la experiencia de sentir hoy, como fruto de mi labor literaria, la satisfacción de que los venezolanos jóvenes conozcan cabalmente el proceso de la unidad política del país, porque yo durante más de veinte años he insistido en la divulgación de sus datos y doctrina.

Sostengo que sin una provincia vigorosa en su economía, en su cultura y en su salud, no habrá República. Caracas misma, a pesar de sus avenidas y de sus rascacielos, sería una ciudad anormal, como cabeza de macrocéfalo, si carecen de resistencia las provincias que hacen la unidad de la República. Mirar hacia los problemas del interior nacional, es como mirar al interior de las propias viviendas. Por fatua sería tomada la dueña de casa que invirtiese la renta familiar en alfombras, espejos, estatuas, lámparas, cuadros y cortinas para la sala principal, mientras deja en abandono dormitorios, baños y cocina. Como el de las casas, la provincia es el interior donde la familia tiene su descanso, toma el nutrimento y hace su higiene. Sobre el equilibrio entre lo uno y lo otro se asegura la unidad funcional que da vigor a los países.

Para su futura grandeza, Venezuela necesita levantar la provincia. Y la provincia necesita la voz y el esfuerzo de sus hijos. Puede que no se me oiga, o que no se me quiera entender, pero insistentemente he venido diciéndolo y continuaré diciéndolo contra viento y marea, que el verdadero sentimiento nacional reclama un vivo y amplio sustentáculo regional. Es falso que el cultivo del regionalismo desmejore los valores de la nacionalidad. Por lo contrario, lo eleva y fortifica. Aún los sentimientos de fraternidad universal se conjugan con el apasionado cariño a la patria chica. Romain Rolland llevó en Francia la bandera del más puro ideal de unidad internacional de los pueblos. Pero Romain Rolland, junto con su afecto al hombre ecuménico, se mantuvo borgoñón tan puro y resistente como habernos regalado la deliciosa biografía de Colás Brougnon.

Unos y otros son sentimientos que se contienen y se agrandan como las ondas concéntricas del agua. Sin sentir un verdadero, creador, constante afecto hacia la región nativa, no habrá asidero para lo nacional. Y, cuando se sienten en todo su vigor los valores acoplantes de la nacionalidad, las provincias se hacen una y continua y en cualquiera de ellas se siente como que a uno se le hubiese estirado el pueblo natal.

Por eso, al referirme a Trujillo, más lo hago con dolor que guiado de un chovinista afán de exaltar los innegables valores de mi región. Con el dolor de quien quiere lo suyo y con el dolor de quien memora

horas antiguas, que fueron relativamente de mayor precio y de más claro lustre que las horas presentes. Da dolor recordar nuestra transitoria universidad, nuestros templos desaparecidos, nuestros viejos molinos. Da dolor pensar que fuera un tiempo *El Trujillano* el mejor órgano periodístico de la cordillera. Cuando he levantado la voz para pedir, en nombre de los míos, un Obispo para el estado que ocupa el cuarto lugar en densidad demográfica entre los demás de la nación, cuando he recordado la tragedia del liceo sin sede de la capital del estado, cuando he pedido mejoras para nuestras pésimas vías de comunicación y escuelas y más escuelas para una región de doloroso analfabetismo, aseguraba de antemano la simpatía de los venezolanos amantes del interior. Con nuestras peticiones, los trujillanos no desmejoramos a nadie. Por lo contrario, con levantar el nivel del estado habrá allá mejores medios para que los demás compatriotas huelguen en el mérito de la patria una y múltiple, y para que encuentren en él los venezolanos de otras regiones, medios que les permitan sentirse satisfechos de su propia República.

HABLEMOS DE GUAYANA
(Virutas)[1]

Mi amigo Julio Ramos, en hábil nota para explicar a lo festivo una frase poco grata a los hombres de Trujillo, me lleva de la mano a donde yo me iba por mis libres pies. Después de Trujillo, donde vive mi familia desde el siglo XVI, la sangre me une con Maracaibo, cuna del abuelo Iragorry que fue a mi ciudad natal a dar nueva savia al árbol familiar y después de Maracaibo, ha de distinguirse en mí el afecto hacia la ciudad de Mérida, donde gané mis matrículas mayores y donde la fortuna me llevó a encontrar a la madre de mis hijos. Pero nexos de otro tipo me obligan a preferir a Guayana en el recuerdo de lo que necesita la provincia.

A la extensa, rica y abandonada región del sur fui en el año 1943 investido con el honroso carácter de Presidente del Estado. Tuve pues, durante algún tiempo la responsabilidad de dirigir el destino público de aquella hermosa porción de la gran patria venezolana. Se me deparó, también, oportunidad para iniciar relaciones de amistad y estrecho conocimiento con valiosos compatriotas, y para entrarme por buenos caminos en la historia de una colectividad nacional que espera su hora de esplendor. En aquella oportunidad conocí los dolores y las necesidades de la tierra de la abundancia. Supe de la pobreza de quien se sienta en silla de oro y de diamantes. Palpé el alma acogedora y alegre de sus habitantes. Sentí la voz de una tierra que clama por la acción mancomunada de sus hijos.

---

(1) Tomado de: El Universal. Caracas, 30-10-1952, p. 4.

Los problemas de Guayana son para gravar por años las arcas del erario nacional. La inmensidad de una superficie de doscientos treinta y ocho mil kilómetros no era para ser atendida por un presupuesto estatal que apenas llegaba a Bs. 126.584 mensuales. Hoy el erario del Estado Bolívar recibe como Situado Constitucional la cantidad de Bs. 8.403.493 al año. Sin mayor esfuerzo un magistrado puede lucir obra efectiva.

Pecaría de injusto quien pretendiese que mi administración hubiera dejado una serie de obras materiales que hicieran presente en aquella colectividad mi recuerdo de autoridad. La de mayor costo realizada durante mi gobierno, fueron las defensas de Ciudad Bolívar para prevenir las amenazadoras crecientes del Orinoco. En ellas invertí los Bs. 630.291 que encontré como reservas del tesoro. Nadie habrá de recordar mi paso por el gobierno ante obra cuya utilidad no va par con su lucimiento. Apenas, durante los breves días de la amenaza de las aguas, Carlos Boccardo, Augusto Casado, Natalio Valeri, Antonio Levanti, Juan Casalta recordarán la inundación del 43 y las obras inmediatamente realizadas. Intenté levantar un edificio escolar y algunas bibliotecas públicas. Doté a la capital de un salón de actos públicos. Concluí algunas obras asistenciales iniciadas por Ovidio Pérez Agreda. Pero lo que el estado necesitaba fundamentalmente no podía recibirlo de mi sola voluntad. Caminos, puentes, acueductos, cloacas y pavimento pedían sus pueblos. El Situado que manejé no permitía sino hacer parches. En cambio, realicé una obra de efectividad republicana. Goberné sin violencias. Ningún ciudadano del estado puede enrostrarme una arbitrariedad. Recordarán, en cambio, el respeto con que oí las críticas de la oposición.

En orden al progreso futuro de la región fundé la "Sociedad Económica de Amigos de Guayana", con el propósito de canalizar el estudio de los vastos problemas de la provincia. No intentaba darles cara. Bien sabía que mi gobierno era impotente para enfrentarse a la solución de aquéllos. Pensé que la sociedad podría hacer el censo de las necesidades principales del estado y estudiar sus posibles soluciones. También pensé que la potencialidad de Guayana reclama un estudio metódico de todo lo que se relaciona con la minería, con la agricultura, con la

cría, con la navegación, con la vialidad, con la educación, con los indígenas, con la sanidad regional. No fue mía la culpa de que mis ideas tropezasen con los obstáculos que las dejaron en el aire. Ojalá una mejor reflexión, en esta época de mayores posibilidades fiscales, la pusieran en posibilidad de realizarse.

Apenas en orden a los problemas del suelo tuvo buen éxito la Oficina de Tierra, que puse bajo la preocupada dirección de Reinaldo Sánchez Gutiérrez. A su gestión debieron numerosos labradores el título gratuito de las tierras que venían trabajando. Fundé el primer Patronato de Presos que ha habido en la República, y de mi iniciativa apenas quedó la ficha para el estudio de los reclusos. Se me criticó porque buscaba la multiplicación de los medios de que el pueblo leyese.

Para compensar la carencia de obras materiales, me encaré con problemas pequeños y angustiosos. En El Callao procuré poner fin a la explotación que las compañías mineras hacían del salario de los obreros. Puse término también, al tolerado sistema de que la New Goldfield nombrase las autoridades civiles del Perú. Al Gobierno Nacional propuse remedio para la explotación feudal del paso de los ríos. Nada de eso se ve. Se ven solamente las avenidas, las fachadas, los puentes. Mi celo respetuoso por los derechos del pueblo, algunos los recuerdan, pero carecen del testifical de la piedra y del ladrillo. Me consolé con el consejo de Epicteto, cuando dijo que era mejor levantar las almas de los habitantes de las ciudades, que el techo de las viviendas.

A mi regreso de Guayana vine con un tesoro de experiencias venezolanas. Primero, la de que es fácil gobernar sin atropellos. Después, la de que hasta tanto aquella vasta región no se incorpore definitivamente al movimiento económico de la República, Venezuela no tendrá independencia. Pero su incorporación no es la de explotar a cualquier modo sus riquezas. El hierro, el oro, la bauxita, los diamantes, el pendare, el balatá, la sarrapia, las maderas han de ser para que crezca nuestro potencial económico y no para que aumente la fortuna de los explotadores forasteros. El Pao, Cerro Bolívar y San Isidro serán desintegrados para la fuga del hierro. Contra ese mal camino necesitamos levantar nuestras voces. El hierro debe ser reducido en Venezuela.

El Orinoco ha de estar abierto para todos los buques que vengan a buscar los productos de nuestra industria, de nuestra cría, de nuestra agricultura. No para que las nuevas barcas piratas vengan a llevarse, para provecho de otros, los pedazos de nuestro suelo. Esta es consigna que para su progreso y su integridad necesitan Guayana y Venezuela.

Se me dice que merced a sus jugosos presupuestos actuales la capital y demás poblaciones del estado han mejorado bastante de apariencia. Buenas calles, buenos edificios, buenos acueductos. Abundan las voces que ponderan la labor realizada por el Gobernador Barceló Vidal. Pero personas conocedoras de los problemas de adentro, me dicen que los caminos y las escuelas no corresponden aún a las necesidades de la región. Los caminos de Guayana son un problema desesperante. Aquellas inmensas distancias piden fuertes inversiones. A la par del problema de los caminos anda el problema de las escuelas. Las dispersas localidades carecen de acceso que faciliten la entrada de las luces y la salida de los frutos. Guayana tiene de todo. Desde lejos se la mira solamente como tierra de selvas y de minas. Se olvidan sus opulentas sabanas y su gorda cosecha pecuaria. Ante los montes de hierro y los cerros cuajados de oro, al lado de sus arenas diamantíferas y de sus selvas repletas de resinas y de almendras odoríferas, no se hace cuenta de las posibilidades vegetales de la tierra. Con buena voluntad, Guayana puede producir todo lo que regala una buena agricultura. Necesita vías de comunicación y brazos. Colonias de inmigrantes podrían hacer que esa tierra de milagro produzca algo más que mereyes y patillas. A las márgenes del río, podrían hacerse canales para regar las tierras y plantar grandes granjas con aves domésticas. Ya debería estar industrializado el merey. No sólo para lucrar con su pulpa y con su almendra, sino para aprovechar la excelencia de sus aceites, de altísimos precios en el mercado internacional.

Sobre todo, Guayana es una maravilla en riquezas naturales. Buenos hoteles y cómodos caminos llamarían a ella los ojos de nuestros viajeros. Grande es el porcentaje de caraqueños que hablan del Hudson, del Potomac, del Mississippi, del Támesis, del Sena. Pero estos doctores en ríos extranjeros nada saben del majestuoso Orinoco y del Caroní soberbio, menos aún del Cuyuní milagroso. Nada pueden decir

de La Paragua, del Aro o del Caura, a cuyas márgenes la tierra espera la caricia fecundante de los hombres. Menos aún pueden hablar de la cataclística y serena visión de la Gran Sabana.

Se me dirá que hoy está Guayana en primer plano de inquietud financiera. Hay en verdad, una gran preocupación por la fantástica riqueza que atesora su suelo. Pero los preocupados e inquietos de la hora buscan la manera de movilizar hacia otros planos los tesoros del suelo guayanés. Contra esa conciencia movediza debemos crear una conciencia de arraigo. La riqueza de Guayana debe empezar por servir de apoyo a la prosperidad y a la independencia de la nación. Guayana debe volver a ser para Venezuela lo que fue en 1817, 1818 y 1819. El estribo donde afincó la voluntad independiente de la República. En Guayana se creó a Colombia. Colombia hizo posible el grito victorioso de Ayacucho.

TIERRA DE BRUJAS, DE PAZ Y DE JUSTICIA[1]

El volver una vez más a esta grata tierra costarricense, he tropezado con signos evidentes de la prosperidad y del progreso, tanto material como moral, que vive la nación. Nuevos edificios públicos; urbanizaciones elegantes; muchos caminos; un gran museo, organizado donde antes estaba un cuartel militar. He hallado, también, en función ejemplar la imagen de antiguos amigos cuyas vidas segó la muerte, y a quienes la gratitud del pueblo se ha adelantado a ofrecer el homenaje de la inmortalidad.

A León Cortés presenté mis respetos de agente diplomático las dos veces que vine a representar al gobierno de Venezuela. Hoy encuentro un León Cortés de bronce en la hermosa plaza que adorna la salida del aeropuerto de La Sabana. Elegante y severa escultura, en ella aparece frente al pueblo el antiguo Presidente en actitud admonitoria. A Cortés debe Costa Rica un cuatrienio de orden administrativo y una serie de obras materiales con los signos de la utilidad y del esfuerzo previsor.

Al cruzar una de las calles que conduce a la Universidad Nacional, di con la cabeza en bronce de Clorito Picado. A Clorito lo conocí en su recatado laboratorio del Hospital San Juan de Dios, donde discurrió su vida, consagrada apasionadamente a las investigaciones biológicas. El doctor Clodomiro Picado Twight echó fuera del istmo centroamericano el nombre de Costa Rica. Verdadero sabio, se apartó del bullicio de la sociedad y se consagró al profundo silencio de su laboratorio.

(1) Tomado de: **Elite. Caracas, 28-02-1953.**

Quizás para mejor prevenirse al veneno de los hombres, se dedicó a estudiar las serpientes. El mundo de los ofidios le pareció más fácil de entender que el mundo culto del "homo sapiens". A los méritos de su dilatada obra de investigador en el campo de la microbiología y de la parasitología, hacen par los excelentes estudios con que dio prosecución a los trabajos iniciales de don Anastasio Alfaro acerca de las culebras de Costa Rica. El pueblo aprendió a querer y a respetar en Clorito Picado la obra sencilla, callada, perdurable del verdadero sabio. Hoy ese mismo pueblo lo recuerda con respeto cuando contempla la gran cabeza, de mirada profunda y caída, que sirve para mantener viva la memoria del modesto sabio. Pero un otro homenaje, por demás significativo, ha consagrado la República al recuerdo de Picado. Su efigie anda de mano a mano de la gente en los nuevos billetes de veinte colones. Costa Rica ha querido dar una efectiva función educadora a los papeles de sus bancos. Junto con la efigie de los próceres civiles, circulan los rostros de los hombres de la inteligencia. Otros billetes exhiben la imagen de Aquileo Echeverría, poeta amigo de Rubén Darío, que dio dimensiones poéticas a las costumbres del pueblo. En otro de ellos figura también el rostro amable de don Ricardo Fernández Guardia, el mayor de los cronistas de Costa Rica, escritor atildado, amigo generoso, con cuya rica conversación llené inolvidables ratos de mi anterior vida costarricense.

A Carlos Luis Valverde, eminente médico, cuya vida útil fue segada durante la infortunada guerra civil que en años recientes alteró la amable convivencia costarricense, la República le ha consagrado el homenaje de un sello de correos. Ilustre científico de la familia moral de Ricardo Moreno Cañas, hubo también como éste, de morir teñido en su propia sangre. Cuando las pasiones se encrespan, no hay discernimiento que distinga a culpados de inocentes, a criminales de patriotas. Víctima de las pasiones transitorias que engendra la cruel política. Valverde cayó para siempre sin odios, sin rencores, sin sectarismos. En él la República honra, también, la memoria de quienes son perseguidos por el sólo delito de ser útiles al bien común.

Brilló Cortés como Presidente; Picado cosechó lauros como científico; Fernández Guardia se hizo respetar por su devoción a la historia patria

con cuyo cultivo servía a la recta formación de la nacionalidad: Valverde se había impuesto a la consideración del pueblo por su ciencia y por su altruismo. Cuatro figuras eminentes del mundo costarricense. Conocidos todos. Por todos alabados mientras transitaban los caminos de la vida mortal. En presencia del homenaje que les ha rendido el pueblo yo he holgado aún con egoísta presunción. Estos cuatro inmortales de hoy fueron ayer mis personales amigos.

Pero la mayor emoción producida en mí por la entrada visible de antiguos amigos al mundo de la perennidad ejemplar, se la debo al encuentro con el busto del maestro Benjamín Herrera, en la parte exterior de la escuela "República de Venezuela", en el pintoresco burgo de Escasú.

Me correspondió apadrinar como Ministro la inauguración del magnífico edificio de este plantel, justamente cuando concluía la progresista administración de don León Cortés. Si el amplio y adecuado edificio fue obra material de los arquitectos, el plantel, en su dimensión moral, fue obra de don Benjamín Herrera. Uno de los más gratos recuerdos que conservo de mi primera estada en San José la constituye un retrato tomado en compañía de don Benjamín y del maestro García Monge, en la Legación de Venezuela. (Entonces García Monge visitaba nuestra Legación). Uno y otro maestros constituyen expresión cabal del alma de este noble pueblo. En el modesto ámbito de la escuela primaria, don Benjamín Herrera representa el genuino ductor del espíritu sano, amable, convivente del hombre costarricense. En su escuela rural, el viejo Herrera estuvo dedicado a preparar la actividad de los hijos de los alegres y bondadosos labriegos que forman la población de Escasú. Con las letras, los labradores han aprendido el sentido creador de la tierra. Allí el maestro ha enseñado a los alumnos el arte de los cultivos útiles. La escuela tiene su huerta. Y tiene también su club avícola y un apiario y una cochinera. Se le enseña a los alumnos el amor a la tierra generosa y el amor al ahorro. También se cultiva en ella el sentido de solidaridad y de tolerancia sobre el cual radica la comunidad pacífica de Costa Rica.

La sencilla y callada labor de don Benjamín Herrera ha querido trasladarla al ancho campo de América el insigne García Monge. Aquel

fue maestro de párvulos en el recinto estrecho de Escasú. Este ha querido, con igual modestia y con constancia ejemplar, educar a los hombres de América y enseñarles a amar la libertad y el decoro predicados por José Martí.

Muchos de mis buenos amigos costarricenses de otro tiempo han pasado a mejor vida. Me hace falta esta vez la generosidad acogedora y tibia de don Lico Jiménez, de Monseñor Sanabria, de don Alberto Echandi, de don Luis Anderson, de don Tomás Soley, de don Carlos María Jiménez, de Rogelio Sotela. A algunos, como a don León Cortés, don Ricardo Fernández Guardia, Clorito Picado, Carlos Luis Valverde y don Benjamín Herrera llegó ya el momento supremo de la consagración nacional. Para dicha mía he hallado lleno de vigor y de optimismo al maestro García Monge. Cuando antes llegaba como diplomático a Costa Rica, salía a saludarme el jefe del Protocolo. Ahora me ha saludado la risa noble, sincera, generosa de este gran viejo de América.

En su confesionario laico de la redacción de *Repertorio Americano,* sigue don Joaquín distribuyendo consejos a jóvenes y viejos. Desde ahí mismo difunde a través de nuestro sufrido continente latinoamericano las palabras de fe, de comprensión y de esperanza que pueden llevar a unos y otros la seguridad de que todo no se ha perdido aún. Todavía hay quien crea en el próximo renacer del espíritu. Don Joaquín busca en las nutridas, ágiles, generosas páginas de *Repertorio* la manera de realizar la modesta ilusión del viejo Herrera, cuando obsequió como recuerdo de despedida a mis pequeñas hijas sendas brujas de Escasú. (Para responder a la conseja de que en el pueblo viven brujas, las gentes fabrican figuras de viejas a horcajadas en escobas, como símbolo del burgo). "Idiay, hasta para nosotros también sirven, don Mario. Recuerde el cuento de Daudet, donde se alega lo que significaron para Francia sus antiguas brujas".

A las "brujas", como testimonio de la vieja fe en el espíritu, las amaba el maestro Herrera. Las brujas, las brujas de la vieja fe en el destino de nuestra América doliente las cultiva aún don Joaquín García Monge, en la calma profunda de esta ciudad pacífica.

EL SUEÑO DE LOS MUERTOS
(Virutas)[1]

Viaje semejante al que hoy hice sobre las aguas dormidas del Gran Canal, debió de haber realizado Arnoldo Boecklin antes de pintar su célebre "Isla de la Muerte".

En unión de cuatro viajeros canadienses, con mi mujer y mi hija tomé en la plaza de San Marcos la lancha de motor que había de transportarnos, en rigurosa función de turistas, a los célebres talleres de Murano. A la altura de un severo templo, poco distante del embarcadero, vimos descender un féretro para ser colocado en severa góndola guiada por cuatro gondoleros, "todos de negro hasta los pies vestidos", como el Felipe IV de Manuel Machado.

Sobre el calmo canal, en la mañana tibia y clara de este esplendoroso día primaveral, la góndola sombría y solitaria adquirió en mi imaginación relieves mitológicos. La laguna Estigia y el fiero y avaro Caronte me parecieron figuras regresadas de un mundo muerto para darme la realidad del viaje fúnebre. Sola, sin más compañía que nuestra lancha motorizada, la negra góndola se deslizó sobre las aguas, majestuosa y grave, en pos de la isla poblada de tupidos sauces y lánguidos cipreses, donde tiene su asiento el cementerio de Venecia.

En el ambiente milagroso de la "serenísima" ciudad de los Dux la muerte tiene también forma singular. La evocación del viejo viaje de la mitología griega, lleva a mirar las góndolas fúnebres más como con-

(1) Tomado de: Indice Literario de El Universal. Caracas, 26-06-1954, p. 4.

ductoras de almas que de cuerpos corruptos. El batir armonioso de los remos, el rostro severo de los gondoleros tocados de negras y ligeras gorras, la estela blanquecina que deja tras sí la góndola solemne, desvisten para el curioso viajero de todo aspecto tenebroso el viaje hacia la isla de los muertos.

Ciudad para el reposo en su más elevada forma viviente, Venecia viste de extraño aspecto el propio camino de quienes buscan el reposo absoluto de la muerte. Canales dormidos, marmóreos embarcaderos cubiertos de verde limo, vuelo permanente de palomas, góndolas y canciones que parecen confundir su propia razón de ser, todo se aúna para dar a la antigua Señora del Adriático un tono singular de quietud que hace contraste con las medrosas historias y asustadizas consejas que refieren los curiosos frente al Palacio Ducal.

Mientras la mayoría regresa de la extraordinaria ciudad con valiosos recuerdos de sutiles encajes y con retorcidas estatuillas de Murano, yo me llevaré en la memoria la imagen de algo que sólo había imaginado en el pincel de los pintores y en el canto de los poetas. Sobre las aguas del Gran Canal he tenido la sensación de ver descorporizada la propia muerte. Al suave vaivén de la negra góndola, más que un féretro cubierto de rosas, me pareció que viajaba una conciencia ya gozosa de libre eternidad. La muerte se hace ligera sobre las ondas tranquilas de los mil canales que tejen el encaje de aguas donde se asientan los viejos palacios. En tierra, el coche o los hombres que cargan los cadáveres realizan un esfuerzo de movilidad sobre el plano firme y resistente de la corteza solemne. Sobre las aguas, el féretro toma impulso rápido y placentero que le suma un sentido de agilidad casi incorpórea.

Tan grato como sosegar en la contemplación del ágil vuelo de las palomas que pueblan la plaza del Duomo, resulta mirar el deslizamiento de las góndolas que trasladan los féretros sobre las aguas tranquilas de los canales venecianos. Al ruido armonioso de los remos, los muertos comienzan a soñar su sueño verdadero...

Venecia, 29 de mayo de 1954

VENEZUELA EN FLORENCIA
(Crónica de Europa)[1]

La florida metrópoli del Arno ofrece al visitante una extraordinaria conmoción de belleza. ¿Qué en Florencia no habla con la elocuentísima lengua de la luz y de las formas? ¿Qué sitio deja de evocar una placentera emoción de arte y de saber?.. El espíritu recorre en forma violenta y súbita las más contradictorias emociones, como si registrase nerviosamente opuestos acordes sobre fantástico teclado. Salir de San Marcos con el espíritu inmerso en la suavidad de tonos de los frescos del Angélico, para alelarse frente al David de Miguel Angel, es tanto como cambiar la visión serena de un prado de lirios por los fantasmagóricos colores de un volcán en erupción. El Angel de la Anunciación no hace presumir la cercanía de los músculos del vencedor de Goliat, así en las líneas del Angélico la suavidad adquiera dimensiones magníficas y en los gigantescos lineamientos del David así trasluzca la bondad y la pureza infantil con que el genial escultor supo cubrir la reciedumbre anatómica de su obra sin par.

Dante, Maquiavelo, Leonardo, Savonarola, Miguel Angel pasan por nuestra mente como testimonios del gran mensaje de Florencia a la cultura del hombre universal. Más que grandes figuras, son nombres sin tamaño en el proceso de redescubrirse el hombre a sí mismo. Aun en los caminos de la geografía universal, Florencia anota por hijo suyo uno de los más famosos navegantes en la aventura del Nuevo Mundo.

(1) Tomado de: Indice Literario de El Universal. Caracas, 25-09-1954, p. 4.

—*¿Lei e americano?*, me pregunta un amable guía cuando entro en la iglesia de *Ognissanti*. La pregunta no la extraño, pues justamente llevo abierto mi "Guide bleu" en la página referente a esta vieja iglesia del Doscientos. En este templo se conserva el más viejo recuerdo de Américo Vespucio. Una lápida de borrosa lectura mantiene presente el nombre del abuelo del gran navegante. El viejo, como el nuestro, se llamaba Amérigo. Para perpetuar en la familia el recuerdo del abuelo, fue bautizado el hijo de Anastasio Vespucio con el nombre que más tarde llevaría nuestro hemisferio occidental. Aquí, sin denunciar fama duerme el hombre que en realidad dio su nombre a un mundo. También aquí se guarda el recuerdo pictórico de la ilustre familia. Pintado por Doménico de Ghirlandaio se conserva un fresco que representa la familia Vespucio bajo el manto de la Madonna. Muy cerca de la virgen una figura juvenil se dice que representa a nuestro feliz navegante.

A mis preguntas, el guía se hace a un lado del grupo y me explica, con una honradez no común, que la cronología del Ghirlandaio no se acomoda bien a la idea de que el joven del fresco sea el futuro piloto mayor de las Indias. Cierta o no la versión, la pintura de Ognissanti tiene un extraordinario valor en el orden de la genealogía de América. En ella perdura el rostro del viejo Amérigo, en cuyo homenaje se dio nombre al futuro navegante que al oficio de contar monedas en la banca sevillana de los Médici, prefirió la riesgosa aventura marina de donde alcanzó el mérito sin par de que su nombre fuese dado al Nuevo Mundo, con mengua del derecho que preferentemente tocaba al genial Descubridor.

En esto Cristóbal Colón no fue hombre de fortuna. A su gloria de padre de un mundo pareciera que no precisaba el vínculo nominativo. Colombia o Colombeia debería ser el nombre del joven continente. El Descubridor no creyó necesario darle bautizo que lo separase del confuso concepto indiano bajo cuyo signo fue descubierto. Tampoco pensaron los reyes de España en la necesidad de inmediato nombre para las nuevas tierras que recibían con la atribución genérica de Indias. Menos pensó Vespucio arrebatar a Colón el derecho del bautismo. Amigos leales eran el genovés y el florentino. Ni enemigos ni rivales como se dijo un tiempo. En febrero de 1505, Colón escribía acerca

de Vespucio a su hijo Diego: "Siempre fue deseo suyo serme grato. Es hombre muy de bien, a quien la fortuna ha sido contraria, como a muchos otros". Ningún esfuerzo realizó Vespucio para que Valdseemüller, al publicar en Lorena el año 1507, su *Cosmographie Introductio,* hubiese puesto el nombre de América a las tierras diseñadas por el afortunado navegante y por él descritas en las relaciones publicadas el año anterior en Vicenza.

Sobre el de Indias Occidentales, que aún conservan para sus colonias ingleses y holandeses, se impuso el nombre de América. Mas este nombre, indebidamente iniciado sigue indebidamente usado. Los angloamericanos, a fuer de poderosos, han tomado para sí el privilegio del gentilicio americano. En Europa y en Asia al decirse americano se hace referencia a hombres, a hechos y a cosas vinculados con la América inglesa. Un cónsul y un embajador de los Estados Unidos del Norte de América se llaman a sí mismos simplemente American Consul y American Ambassador. Esta peligrosa ambigüedad se ha convertido en el orden práctico en amenaza constante contra la soberanía del resto de América. Miranda primero y después Bolívar, quisieron hacer justicia a Colón. Ellos crearon la palabra Colombeia o Colombia para el mundo español de las Indias. Cuando Bolívar guerreaba, mantenía en su espíritu la idea de una gran unidad política que sirviera de contrapeso al voraz dominio de los americanos del Norte. La Colombia de Bolívar estaba llamada a ser a la cabeza de la América del Sur un baluarte contra el imperialismo anglosajón. Hoy la mera invocación romántica de la vieja Colombia provoca recelos. La eponimia colombiana ha quedado en la práctica reducida al territorio de la antigua Nueva Granada. Para significar los valores totales del mundo de Colón se ha recurrido al vocablo colombiano que evita confusión con los valores atinentes al mundo político de la actual Colombia. Para defendernos de la inclusión arbitraria en el radio del imperialismo de los norteamericanos, los americanos del Centro, del Sur y de las islas nos vemos obligados a llamarnos hispanoamericanos, lusoamericanos o iberoamericanos. La impropia atribución de Valdseemüller perdura en el orden semántico de la política del Nuevo Mundo. No podemos llamarnos libremente americanos los hijos todos del continente descubierto por Colón. Como en días de guerra, precisa dar el santo y seña. Por

eso, cuando el amable guía me preguntó a la puerta del templo medieval donde duerme su sueño sin fin el genitor de la estirpe de la cual proviene nuestro gentilicio continental, yo hube de responderle: ¡Americano, no; soy de Hispanoamérica!...

Florencia, 1954

EN LA TIERRA DE CRISTOBAL COLON[1]

Entre los recuerdos monumentales que Génova conserva de su extraordinaria grandeza antigua, ocupa sitio señalado la "Porta Soprana" o de San Andrés, robusta edificación románico-gótica del siglo XII, en cuyas cercanías se alza la casita donde dícese que discurrió la infancia de Cristóbal Colón. A estas ruinas venerables me he sentido obligado a acercarme hoy, primer día de agosto, cuando se cumple un año más del descubrimiento de Venezuela por el genial Almirante del Mar Océano.

De la vieja Génova queda como el mejor de sus símbolos, y a la par de la roja cruz de San Jorge, esta puerta severa. La ciudad se ha ampliado extraordinariamente desde aquellos siglos en que su recinto se reducía al territorio de Sarzano a San Lorenzo y Puerta Soprana. Llegaron a ser inútiles las antiguas murallas, y sus torres y almenas cedieron paso a la ciudad que buscaba mayor espacio. Reducida por la cintura de su playa y montículos, la gran Génova que dominó el Mediterráneo y colonizó el norte de Africa y el Cercano Oriente, ha venido creciendo sobre sí misma, hasta llegar a ser una de las más pintorescas y ricas ciudades de Italia. Ricardo Wagner, con profundo sentido cinestésico, dijo que nunca vio nada tan bello como Génova. El genio creador del "Parsifal" debió de haber sentido la extraordinaria sinfonía que en su corazón guarda la ciudad. En realidad, Génova semeja un gran acordeón de piedra, que se distiende y se recoge a medida que se suben y se bajan los planos, las galerías, las callejas, que dan singular fisonomía a la urbe. Desde las altas plazoletas llenas

(1) Tomado de: El Universal. Caracas, 13-10-1954, p. 4.

de jardines, el mar parece que ora sube, ora se esconde, cuando el vehículo cincurvala la ciudad. Los campanarios y las cúpulas de las iglesias se empinan y se achican, en relación con nuestra carrera a través de los puentes o de los estrechos "vicoli". Ya arriba, ya abajo, la ciudad parece que se estirase o se contrajese como si fuera un fuelle sonoro. Canta aquí la piedra como cantan las olas del mar. Ciudad que se mueve con la gracia de los caracoles, Génova encierra encantos profundos, que el rápido turista no llega jamás a comprender ni a sentir. Su extraordinaria carga de historia se esconde y se alarga entre este misterioso enredo de jardines —que semejan flotar, como los célebres jardines de Semíramis— y de túneles, que buscan el corazón de las ásperas rocas, donde parecieran ocultarse misteriosos recuerdos de tiempos de soberbia y de gloria. La uniformidad que caracteriza a la mayoría de las ciudades, en Génova está reemplazada por un esfuerzo tremendo de dominar collados y montículos, como si la recia voluntad de los viejos lobos de mar hubiera querido doblegar el orgullo de las pétreas olas de los cerros, así como rendía las versátiles y traidoras olas marinas.

La "Porta Soprana", a pesar de los varios valores monumentales de la urbe, es para los genoveses lo que mejor les habla de la antigua grandeza de la metrópoli ligure. Corazón recio de la ciudad, al lado suyo el destino colocó la casa donde vino a vida el más grande de los hombres nacidos en Génova. Cuando el poderío de la gran ciudad se eclipsaba en el orden de la política del mundo mediterráneo, el navegante intrépido descorrió las tinieblas del océano y ofreció al hombre de Europa un nuevo campo donde espaciar su cultura. Con Colón, Génova seguía cumpliendo su misión conquistadora. No ganó ahora nuevas tierras. Su gentilicio, en cambio, quedó unido a la mayor empresa marina de los tiempos. Con el descubrimiento de América, el Renacimiento ganaba anchos campos para su expansión humanística. Al frente del nuevo capítulo que para la filosofía del hombre marcaría el descubrimiento de Copérnico, Cristóbal Colón aparece en función de mago y de profeta. Sobre la realidad de las aguas, él iba a comprobar la esfericidad de la Tierra. Marco Polo había revelado a Europa los secretos de Oriente. el genovés, más que una aventura asiática, realizaba una empresa que decía a sus contemporáneos, no donde había más tie-

rras sino cómo era en verdad el mundo que habitaban. Casi en función de creador de nuevos rumbos y de nuevos meridianos, al no poder explicar una variante de cálculo, producida por la desviación del campo magnético, Colón hizo culpable a las estrellas de su propio yerro. En aquel momento solemne de la historia del mundo, él se sentía con autoridad para desmentir a los mismos astros. Era, en realidad, el hombre que se sabía personero de una función que trascendía sobre su propio destino.

De este hombre extraordinario queda en Génova el sitio apenas donde vino al mundo. La casita siempre está cerrada. Apenas en el aniversario del descubrimiento de las primeras tierras americanas se abren sus puertas. Los otros recuerdos suyos son modernos: estatuas, maquetas, jardines y réplicas, que muestran el orgullo de la ciudad por tamaño hijo. En Génova debería levantarse también, un gran monumento que perpetuara la devoción de América hacia el gran navegante que la puso en comunión con la vieja cultura europea. En la milenaria ciudad de los ligures es obligada la presencia de un arco, de un monolito, de un conjunto estatuario que dijera cómo América respeta al genovés iluminado que llevó los signos de la civilización mediterránea al mundo de las Indias.

Si la obra de la colonización la realizaron otros pueblos, el camino y los nombres lo señalaron audaces navegantes de Italia. De Castilla era el pendón que en sus recias manos llevaba el Almirante. España tuvo un extraordinario sentido de historia y puso sus naves y sus hombres a la orden del audaz aventurero. De Italia salió también el nombre para el nuevo hemisferio. De Vespucio toma América su nombre. Más que Alonso de Ojeda pudo ser el florentino quien llamase Venezuela o "piccola Venezia" las costas norteñas de tierra firme. Pasaron los años y cuando la patria alcanzó dignidad de República, otro italiano —Agostino Codazzi— diseñó su gran atlas y escribió su clásica geografía.

Si en España vive la raíz profunda de nuestra historia de pueblo, de Italia recibimos sentido y forma geográfica. También en mi patria una ciudad recuerda que en ella puso por vez primera pie en la tierra firme el intrépido navegante. Cristóbal Colón se llama hoy el sitio donde

en 1498 comenzó para la América continental su proceso de cultura, con el arribo milagroso del genovés que llevaba en sus venas la reciedumbre y la tenacidad de los viejos ligures, para quienes fue lo mismo domar olas que abajar montes...

LA CIUDAD SIN ALMA
(Bitácora)[1]

De manos de honorabilísimas señoras caraqueñas he recibido un hermoso e impresionante documento.

El 12 de febrero de 1953, un grupo de egregias matronas dirigió a la señora Flor de Pérez Jiménez, esposa del dictador tonante, un severo documento encaminado a pedir la intervención de aquélla a favor de que fueran respetadas las casas de Llaguno, que servían de sede al colegio Chávez y al Museo Colonial.

En el largo debate por el mantenimiento de dichas reliquias coloniales habíamos intervenido vanamente muchos devotos de la tradición caraqueña. Sobrado sería enumerar las veces que hablaron Santiago Key Ayala, Monseñor Nicolás E. Navarro, Enrique Bernardo Núñez, Raúl Santana, Carlos Moller y Juan Röhl, por sólo citar algunos de los más fervorosos defensores de la tradición caraqueña. A un magnífico artículo de Vicente Lecuna le negó pase la censura, cuando el debate se planteó abiertamente como lucha entre la barbarie demoledora del régimen y el sentido defensivo de quienes aspirábamos a que permaneciese en pie algo que sirviera de sostén a la memoria desahuciada de la ciudad antigua.

El documento de las ilustres matronas que enseguida inserto, recoge una voz cargada de historia nacional. Ancianas unas, maduras otras, algunas hoy ya muertas, invocaron todas ante la dama advenediza sus

(1) Tomado de: **El Nacional**. Caracas, 04-05-1958, p. 4.

títulos ilustres de descendientes de los padres de la patria. Para defender la tradición arquitectónica de la ciudad, ellas trajeron a vida de presencia la memoria de los grandes próceres Rafael Urdaneta, José Antonio Páez, Mariano Montilla, Diego Ibarra, Juan Bautista Arismendi, Miguel Ustáriz, Olegario Meneses, Domingo Hernández, doña Luisa Cáceres. Hablaron como personeras morales de la antigua ciudad que presenció el desfile glorioso de los grandes guerreros que consagraron su existencia a la creación y a la defensa de la nacionalidad independiente. Hablaron en nombre del señorío antiguo, que buscó ilustrar su conducta a la sombra de los laureles plantados por los abuelos de sacrificada vida.

A la hora en que todos callaban, tomaron ellas la voz de la ciudad entregada al destrozo de mercaderes de tierras, a quienes asesoraban arquitectos que sólo pensaron en probar pericia para contorsionar la geometría y a quienes fue fácil deponer la lógica ante los caprichos neronescos del gobernante empeñado en arrasar la vieja ciudad. Con un profundo sentido de realidad cívica, las matronas convertidas en heraldos de la historia, invocaron en vano la necesidad de que permaneciese en pie algo que recordara a las nuevas generaciones lo que fue la vida sencilla y austera de los patricios que abrazaron los azares de la guerra y de la ruina, como medios para ganar la Independencia de la patria. Jamás intuyeron los padres antiguos que sobre la ciudad y la República llegaría a caer una plaga de desalmados, a quienes, para madrugar a millonarios, nada importaría borrar hasta el alma del pueblo antiguo.

Desde su jerarquía austera de representantes familiares de los valientes varones que consagraron vida y riquezas al servicio de la patria naciente, ellas hablaron a la envanecida representante del grupo de aprovechadores instalados en las tiendas del poder. No se trataba de un simple problema de rangos sociales, puesto que las damas del procerato ilustre fortalecieron la legitimidad de su petición con la voz de las "humildes hijas del pueblo, envejecidas al servicio de estas viejas familias". Las matronas de campanillas y ribetes, para sentirse más ciudad, comprendieron la necesidad de sumar a la suya la palabra sencilla de las fieles servidoras que servían de testigos de su rancio de-

coro. Eran, junto con ellas, el pueblo, la ciudad, para cuya alma se pedía un rincón donde pudiera recogerse y perdurar.

La respuesta a la noble petición de las diligentes matronas, la dieron los picos y las máquinas que echaron al suelo las casas de Llaguno. Era necesario abrir una vía fácil, por donde a velocidad de gangsters corrieran el dictador y su cuerda de ayudantes y paniaguados. Nada importaba a los constructores de la nueva Caracas que la ciudad quedase sin alma ni sentido. Para que corrieran a toda velocidad quienes tenían miedo que la parada se convirtiese en atentado, Caracas ofrece la singularidad de estar dividida por veloces autopistas. Por nada se pensó en el reposo de las anchas aceras ni en el amoroso descanso de los parques oportunos. Sobre todo, interesaba la obra nueva por donde se aseguraban las grandes ganancias que enriquecieron a intermediarios, empresarios y gobernantes. Los nuevos ricos y aún los insaciables ricos viejos, nada tuvieron que hacer con la ciudad antigua. Les interesaba la complejidad de las obras capaces de redituar pingües ganancias.

Hoy, quienes regresamos a la patria después de concluido el ciclo funesto de la devastación perezjimenista, nos encontramos con una ciudad sin alma, que podría, en cambio, recabar para sí el título de capital de la desesperación. En Roma, en Madrid, en Milán, en Nueva York la ciudad progresa en edificios y aumenta en habitantes cada día; mas, aumento y progreso siguen el ritmo maternal que la Naturaleza imprime a todo lo suyo. En Caracas, como expresión de lo que ocurre en Venezuela, todo se ha hecho con un mero sentido de festinado provecho. Ante el afán de construir, nada ha contado el verde perfil de los prados y las laderas circundantes. Cuando se han debido fijar reservas arbóreas para dulcedumbre del ojo y de los aires, se han afeitado los cerros, en un afán inmoderado de levantar edificios y valorizar tierras adquiridas originalmente a precios de hambre.

Duro esfuerzo el de quienes intenten rehacer el alma de la ciudad. Duro, pero posible cuando quedan oasis románticos como las tertulias de las damas ilustres que supieron invocar los fueros de una historia, confundida con sus propios árboles genealógicos, para ver de impedir el des-

trozo de las reliquias de Llaguno. Si no por juro de heredad sanguínea, en cambio, sí, por derecho de integración nacional, todos para salvar el espíritu de Caracas y de Venezuela, hemos de sentirnos ramas del gran árbol que sembraron los padres de la patria. Para que la nación subsista y supere el riesgo constante de ser mera factoría para provecho de extranjeros y de traidores, urge defender la continuidad moral que nos une con Bolívar, con Juan Francisco de León, con Alonso Andrea de Ledesma. Ni la nacionalidad ni los próceres son meros argumentos que se honran por medio de complicadas avenidas y de muñecos de mal gusto. La nacionalidad precisa sentirla como un deber y un derecho indivisible de servir y de gozar la libertad y el decoro que por igual nos corresponde como hijos de una misma patria.

La carta de las solicitantes dice:

"Muy distinguida señora: las abajo firmantes, descendientes casi todas de militares próceres de la Guerra de la Independencia, y como tales recibiendo aún el montepío militar que para nosotras instituyeron en aquella generación, de acuerdo con la hoja de servicios militares prestados por nuestros deudos a la patria naciente, ante usted respetuosamente exponemos lo siguiente: en la primera página de *El Universal* del domingo 8 de febrero de 1953, aparece una declaración del actual Gobernador de Caracas, anunciado "que la avenida Este 1 será construida de acuerdo con los planos originales y la Gobernación proporcionará sendos edificios para el Museo de Arte Colonial y para el Colegio Chávez". Señora, con el corazón lleno de congoja nos dirigimos a usted suplicándole nos sirva de intermediaria ante su esposo, en el ruego que hacemos en nombre de vastos sectores de la ciudadanía, que vería con desesperación esas dos casones, admirable y milagrosamente conservadas hasta hoy, bajo la rápida máquina demoledora!... Ya sabemos que el asunto viene largamente debatido, favorecido por los más y protegido por los menos, hasta culminar hoy en tan dolorosa determinación. Es comprensible que para las juventudes el avance demoledor del progreso sólo implique avenidas anchas y rectas, como símbolo de ciudades modernas. Pero... ¿y el alma de la patria, que son sus tradiciones, puede sacrificarse impunemente? Especialmente en lo referente a Venezuela, cuyo desarrollo irá cada vez más rápido

es consecuencia lógica que mayor necesidad se tendrá de los pocos elementos de que disponemos para conservar la propia fisonomía nacional. Cuando crezcan todos esos niños, hijos de inmigrantes que han de ser nueva savia para el árbol de la Patria, se harán indispensables objetivamente, esas dos casonas auténticas, que junto con la reconstruida morada bendita donde vio la luz el Libertador, forman la trilogía del recuerdo de lo que fue la vida sencilla y austera de los patricios, quienes supieron preferir los azares de la guerra y la ruina para sus descendientes, por crearnos una patria venezolana. Excúsenos, señora, si la carta se ha hecho algo larga, pero para nosotras quebrar una lanza a favor de esas reliquias, ha sido renovar lo más íntimo en la emoción de nuestro recuerdo. Ante usted quedamos en espera de ser atendidas favorablemente, saludándola muy atentamente. (Firman). *Por el general Rafael Urdaneta:* Luisa Urdaneta (viuda de Lauría), Rosita Carrero Urdaneta (viuda de Vogeler), Panchita Urdaneta (viuda de Díaz C.); *por el general Domingo Hernández:* Carmen Palacios Hernández (viuda de Chapellín), Mercedes Palacios Hernández (viuda de Anzola); *por el coronel Miguel Ustáriz Monserrate:* Belén Ustáriz de Borges; *descendientes del general Juan Bautista Arismendi y de Luisa Cáceres de Arismendi:* Ana Teresa de Arismendi, Margarita Arismendi de Hederich; *del general Mariano Montilla:* María Teresa Blanco Ustáriz Montilla (viuda de Inocente Palacios Hernández), Lola Blanco Ustáriz Montilla (viuda de Rafael Otamendi); *del general Diego Ibarra:* María Luisa Casanova Ibarra de Ibarra, Ana Teresa Guzmán Blanco de Ibarra (descendientes dos veces del general Andrés Ibarra); Cristina Liendo Coll (hija del doctor Bartolomé Liendo y Clemente); Carmen Teresa de Yepes Hernández; María Chapellín Palacios; *descendientes del coronel Olegario Meneses:* Emilia Istúriz Meneses, Mercedes Istúriz Menedes, Luisa A. Istúriz Meneses de Romero; *descendiente del general José Antonio Páez:* Machaca Guerrero Páez de Ibarra Ruiz; Lola Arriens Urdaneta (viuda de Rohl); Luisa M. de Vollmer; Lucía Olavarría Matos de Guzmán Blanco (viuda del general Benjamín Arriens Urdaneta); Margot Rodríguez Briceño de Seguí; Anita Arriens de Medina; Elena Mosquera de Zuloaga; Emilia Núñez de Boulton; Josefina Bello de Jiménez".

"Señora: nosotras, humildes hijas del pueblo, que algunas hemos envejecido al servicio de esas viejas familias, presenciando y compartiendo

sus luchas de trabajo por sostener el hogar, donde también se nos ha dado a nosotras y a nuestros hijos un puesto de cariño y protección, queremos unirnos a ellas en el aprecio y veneración de las reliquias históricas, firmando ante usted la petición (firman): Ignacia Blanco; Juliana Ramírez; Elena Catalina Borges; Santiaga Borges de López; Emilia Muro; Conchita Pimienta".

A aquellas señoras magníficas debo el honor de ser yo quien haya tenido el privilegio de imponer al público del bellísimo empeño que pusieron por salvar un rincón donde pudo sosegar el alma desesperada de Caracas.

ALBERTO CARNEVALI
(Bitácora)[1]

Estreché por última vez la mano amiga de Alberto Carnevali una noche de 1951, a la salida de la quinta donde en El Rosal convalecía Luis Troconis Guerrero. Una recia amistad me unía a Troconis Guerrero desde antes de la muerte del general Gómez. Hombre de lealtad berroqueña, Troconis Guerrero, cuando su partido fue gobierno y él dirigía desde *El País* la opinión pública, me probó su consecuencia en mil formas. Luis Troconis había sufrido un infarto, cuando se le perseguía por sus actividades políticas, y las autoridades permitiéronle la permanencia en el hogar; mas, cuando en parte se hubo recuperado, fuele anunciado su próximo traslado a la penitenciaría de San Juan de los Morros. En estas condiciones, Troconis Guerrero me pidió que visitase en su nombre a Germán Suárez Flamerich, Presidente de la Junta de Gobierno, a fin de pedirle que no se cumpliese la orden de traslado, o que en todo caso, se la trocase con expulsión del territorio nacional.

Luis Troconis Guerrero sabía que desde 1950 no mantenía yo buenas relaciones con el régimen imperante, empero sabía de mi amistad personal con Suárez Flamerich. "Tengo amigos políticos que también lo son de Suárez; mas, quiero dar a éste la lección de lo que significa la amistad personal sobre la propia discordia política". Acepté con gusto y honra el encargo, y Suárez Flamerich hizo que se revocase la orden de trasladar a Luis a San Juan de los Morros. Un año más tarde, Luis moría en San José de Costa Rica, cuando la angina le re-

(1) Tomado de: **El Nacional** Caracas, 20-05-1958, p. 4.

pitió, al saber los vejámenes que la polícia infligió a su venerable madre. Cuando llegué a San José de Costa Rica, a compartir el destierro con los hombres que luchaban en el exterior por el recobramiento de la dignidad nacional, una de mis obligadas visitas en tierra donde al cruzar cada esquina topaba con un amigo, fue a la tumba de Luis Troconis Guerrero.

Con Alberto Carnevali mantuve contacto a través de personas amigas durante los meses de intensa política de 1952. Al regresar a la montaña nutricia, he visitado en el cementerio de El Espejo, la tumba que guarda los despojos del ilustre político. Mi nuevo apretón de manos con el malogrado dirigente ha sido a través de flores odorantes y dura tierra.

De mi amistad con Carnevali mantengo el recuerdo gratísimo de nuestro encuentro en Mendoza Fría, el año 1943, cuando fui al Estado Trujillo a explicar el programa del Partido Democrático Venezolano. Un poco antes de llegar a la ciudad del padre Rosario y de Antonio Nicolás Briceño —el Diablo hecho santo y el santo hecho Diablo— el coche en que viajaba se detuvo ante señas que hacíamos desde otro coche que transitaba en dirección contraria. En él viajaba Alberto Carnevali. Cruzados los saludos, Carnevali, con ancha sonrisa cordial, me advirtió: "Vas a perder tu tiempo en Mendoza, puesto que anoche instalé a Acción Democrática y sólo te dejé los empleados públicos". Yo sonreí ante el aviso y me mantuve un buen rato platicando con Carnevali acerca de la situación política del Estado, tan liberalmente gobernado por Numa Quevedo. Tema principal de nuestro diálogo fue comparar el clima de la hora con la aventura antigua, cuando el agresivo personalismo y las ayunas de civismo obligaban a los jefes políticos a transitar las vías públicas entre un cerco de espalderos. Nosotros en cambio, metidos en nuestros opuestos papeles de dirigentes, conversábamos acerca de nuestras respectivas agrupaciones, acompañados solamente del arma conjugante de la palabra y ciertos de que la dialéctica democrática necesita de la robustez de los diferentes grupos políticos.

Aquel tono antiguo de inteligencia y de amistad —por todos recordado como timbre honroso de la política de Isaías Medina Angarita— ha

vuelto a aparecer como una realidad fecunda, tras la noche espantosa de la dictadura perezjimenista. En el haber escuálido de la política anterior, precisa abonar, así sea por contraria causa, el mérito de haber reconciliado a los luchadores democráticos, ayer metidos en disputas vanas. El dolor hizo oficio de yunque y de martillo para acerar los ánimos, a tiempo que, obrando como poderoso colirio, abrió los ojos de los hombres hacia el panorama de una Venezuela, cargada de angustia y de esperanza, que clama como remedio eficaz la honrada conjunción de las voluntades de sus hijos.

A mí especialmente me ha sido grato meditar junto a la tumba del grande luchador caído, acerca del valor de la unidad y de la tregua que dan tono a la nueva política nacional. Si los vivos se juntan para luchar enérgicamente por la realidad de la República, propicias son, también, las sombras de quienes ayer dieron ejemplo de inteligencia convivente. En su papel de muertos que siguen viviendo con presencia ductora, Isaías Medina Angarita, Alberto Carnevali, Andrés Eloy Blanco, Leonardo Ruiz Pineda, tienen mucho que hacer aún en Venezuela. La eficacia de esa presencia la prueba el pueblo humilde que deja sobre la tumba de Alberto Carnevali ex votos, flores y luces, como expresión de fe en su extraordinario espíritu de luchador.

Mérida, mayo de 1958

TIERRA
(Avisos a los navegantes)[1]

Mi breve estada en Mérida ha coincidido con los festejos tradicionales de San Isidro. Recámaras, morteros y alegres repiques de campanas anunciaron desde alta madrugada el suceso festivo. Después de la misa solemne en la iglesia del Llano, San Isidro fue sacado en procesión, que conjugaba a los campesinos, a los bueyes y a los frutos de la tierra. Adornadas de vistosos banderines, las yuntas del diario trabajo labriego, fueron traídas a la ciudad para recibir la bendición reparadora. Con ellas vinieron los frutos y raíces opulentas que servían de adorno a las andas sobre las cuales era transportada la imagen del humilde santo.

Mérida es ciudad con las ventanas abiertas hacia el campo labrantío. Pese a su dignidad de metrópoli de la cultura de Occidente, Mérida es ciudad agrícola, a la cual, sin embargo, falta el sentido de gravedad de su destino, la Universidad, por caso, si bien tiene una facultad de Ingeniería Forestal, carece de una escuela de Ingeniería Rural. Así su gran fuerza radica en el campo, no hay en la ciudad la debida preocupación por los problemas de la tierra.

La procesión de San Isidro fue para mí un verdadero centro de interés para examinar el estado real de la agricultura regional. Con ella se festejaba tanto al santo como al propio hombre que a diario espera el milagro de ángeles que bajen a ayudarle en la noble tarea de hacer producir la tierra generosa. Yo amplié en la imaginación el cuadro

(1) Tomado de: **La Esfera.** Caracas, 21-05-1958, p. 4.

de los labriegos reunidos en la plaza del Llano, y miré en ellos la representación auténtica del labrador venezolano. Vi las caras alegres y resignadas de los hombres sufridos del campo; observé su atuendo humilde; miré sus pies recios, algunos desprovistos de alpargatas; contemplé su andar acompasado y medio torpe. En estos hombres sanos, sencillos, sufridos, pacientes vi la representación del pueblo rural de Venezuela, si ayer menospreciado y preterido por una organización semifeudal, donde el engreído dueño de hacienda tuvo el apoyo irrestricto del gobernante interesado en la sumisión de la peonada, hoy todavía carente de estímulo, en razón del trueque de nuestra vieja economía agrícola en boyante economía minera. Lo que el campo puede producir, el hombre enriquecido por la mina lo importa de mercados extranjeros, hasta crear la paradoja estúpida de que las pulperías que antaño colmó el trabajo rústico, están llenas de enlatados y de frascos con productos que acá languidecen por falta de racional consumo. Al descuido general con que se mira nuestra producción nacional, se añade la situación degradada de un hombre rural desprovisto de instrumentos que lo levanten y hagan más digna su vida. Mientras se han hecho rascacielos y se han gastado millones en obras suntuarias, la nación no ha atacado el problema espantoso de la habitación rural.

Antier nomás el Presidente Eisenhower amenazó nuestra soberanía con un desembarco de marinos, destinados a proteger la persona del Vicepresidente Nixon. Imprudente amenaza que censuraron aun senadores y diputados del propio Congreso norteamericano. Terrible impresión ha debido ocasionar en el ánimo de los patriotas venezolanos la amenaza de la marinería estadounidense. Ver la patria invadida por fuerzas extrañas es terrible espectáculo; en cambio, hace más de siete años denuncié cómo Venezuela toda está invadida por la marinería yanqui. Los alegres marineritos de esta singular invasión están metidos en todas partes. Mientras alrededor de la plaza del Llano desfilaban San Isidro y sus bueyes, yo miraba en los armarios de los establecimientos comerciales los productos importados que hacen nulo el esfuerzo creador del hombre que trabaja la tierra. Frascos y enlatados son los marineritos pacíficos de la ocupación extranjera. Nuestra despensa, lejos de ser gobernada por nosotros mismos, es gobernada por los comerciantes internacionales.

Sin ligámenes directos con el campo productor, sin relación, tampoco, con la incipiente industria nacional, ayer tomé "la voz antigua de la tierra", para denunciar con palabras dolientes la tragedia de nuestra abandonada agricultura. Personalmente no me interesa la hacienda de nadie ni la industria de los otros. Me interesa, en general, mi tierra, tierra venezolana y mi industria nacional como estribos firmes de riqueza colectiva y de independencia nacional.

Enanos morales, agigantados en el empeño de arruinar al país, me hicieron objeto de acerbas burlas, en razón del terco empeño por mí puesto para elevar el tono de la angustia ante la ruina de lo nuestro.

Esa vieja voz de la Venezuela llamada a perdurar contra todo viento y contra marea, siempre ha estado viva en mi garganta y ha tenido siempre en mi pluma tinta abundante para refrescar su sequedad. Esa vieja voz venezolana ha cobrado ahora fuerza nueva al ponerme frente a frente con el dolor de la tierra interiorana.

Pobre nuestra agricultura, nada le sirve de mejor documento como el San Isidro encimado sobre los humildes cambures y las piñas generosas, que fuéronle ofrecidos de pedestal para su fiesta. Cambures y piñas que no necesitan cuido para la opulencia de sus mieles. Piñas y cambures que representan la resistencia de un suelo al cual no han podido destruir la indiferencia y la ingratitud de nuestros propios hombres.

Independencia, libertad y autonomía son voces que gorgoritan en la garganta de nuestros políticos, sean ellos jóvenes o viejos. Mas esa autonomía, esa libertad y esa independencia sólo serán realidad tangible cuando nuestra tierra readquiera su dignidad productora. Tierra y hombres del campo necesitan protección inmediata. Urge libertad para la tierra y para el hombre que la trabaja. ¡Cómo duele contemplar las vastas laderas erodadas, las dilatadas mesas resecas, los bosques talados por el hacha inclemente o por el fuego devastador! ¡Cómo duele ver a los hombres sin tierras, doblados como esclavos sobre tierras ajenas! ¡Cómo duele ver preteridos los frutos de nuestro suelo, en razón de convenios comerciales que permiten la competencia desleal de otros mercados, para nosotros fáciles a causa del dinero festivo y mal

empleado de las minas! ¡Cómo duele saber que para la tierra no hay crédito barato y abundoso, ni facilidad de caminos que aligeren el tránsito de los productos y acerquen los beneficios de las máquinas!...

Sin embargo, contra mar y marea precisa luchar abiertamente en orden a salvar la tierra donde sosiegue el marinero su viaje tormentoso. Al grito de ¡Tierra!, ha de responder la abundante verdura y no el desierto inhóspito. Sobre la tierra, enriquecida por el trabajo de los hombres, tendrá su altar seguro la libertad de la República. Sin apoyo en nuestra vieja tierra, libre y fecunda, el progreso es una entelequia convertible en sombras funerarias...

Mérida, 15 mayo de 1958

TIERRA DE HEREJES
(Virutas)[1]

Si la comprensión del progreso de Venezuela a través de Caracas carece de posibilidades para el juicio exacto, echar la vista hacia los pueblos del interior, es casi abrir un libro dedicado a describir el dolor del pueblo y a esquematizar la locura de sus presuntuosos dirigentes. Claro que muchos van a la Provincia en pos del paisaje arbóreo y de la canción de las aguas. ¡Qué fácil es cantar las radas dormidas de Margarita, los amarillos araguaneyes de Lara, las laderas verdegueantes de Boconó! Temas, en realidad magníficos para saciar el hambre de belleza de elevados espíritus. ¿Pero el hombre? ¿Dónde vieron el hombre esos entusiastas perseguidores de paisajes deshumanizados?...

Caracas como ciudad tiene zonas que envidiarían Nueva York y Milán. Las residencias del Este dan una impresión de placidez, de plenitud, de alegría. En cambio, el coctel de adobe, cabilla, tejas y cemento del perímetro antiguo es el desesperante testimonio de una ciudad que aún no ha terminado de ser destruida y de la cual está surgiendo una nueva ciudad sin sentido humano. Se han construido torres y se han tendido, como caso único en el mundo, lujosas autopistas a lo largo y a lo ancho de la ciudad; pero ésta, en cambio carece de parques y de aceras. Pareciera que la persona que planeó el desarrollo urbanístico de Caracas más pensara abrir vías a los automóviles y a los camiones y a las radiopatrullas, que realizar algo placentero al hombre. Así como alguien al imaginar un lugar donde pudieran aparcar los carros, con alguna comodidad nocturna para los pasajeros, ideó el hí-

(1) Tomado de: El Universal. Caracas, 08-06-1958, p. 4.

brido y desesperante vocablo motel, como testimonio léxico de la prioridad de la máquina sobre el hombre, así como a Caracas —rehecha para el tránsito veloz de los vehículos y para el cómodo aparcamiento de las máquinas— se la podría llamar modad o motodad.

En Caracas el ser humano es hoy criatura pospuesta al automóvil. Caracas es lugar para la agonía mecánica y para la desesperación de hombres a quienes se niega aceras y bancas. Hay derroche de riqueza, mas ésta es para el goce de los hombres del privilegio. Tan difícil es la vida en Caracas para el pobre, que a éste se hace fácil seguir la carrera de los ladrones cuando le llega oportunidad de meter la mano en caudales ajenos, cuantimás si son del erario. El tipo de vida que se ha llevado en Caracas y en casi toda Venezuela, debiera tomarse como factor de descargo para el juzgamiento de los pequeños peculadores y demás ladronzuelos.

Así sea mucho el lujo de las grandes mansiones capitalinas y sea así mucho el derroche arquitectónico de los modernísimos edificios, en Caracas el hambre y la incomodidad rugen su furia en la capas bajas de la sociedad. Tal ha sido el menosprecio de los dirigentes y de los poderosos por las clases menesterosas, que basta conocer la historia y la realidad de las viviendas donde se ha pretendido hacinar a los trabajadores. Da grima y vergüenza cruzar por los sitios en que fueron levantados los incómodos edificios, justo en estos días de lluvias, que obliga a los vecinos a usar traje de baño y a valerse de cajones a guisa de botezuelos. Los que planearon dichas obras más pensaron en los porcentajes que en el valor humano de quienes los habitarían.

Y si en Caracas siquiera se intentó hacer algo a favor de la habitación del pobre, mirar al interior es topar con la más angustiosa realidad. Maracay, pongo por caso, ofrece uno de los más vergonzosos documentos humanos que presenta Venezuela. Cuando pregunté la razón de los miserables habitáculos, ora de barro, ora de tablas de cajones, ora de latas o fragilísimo cartón, que rodean la ciudad, se me dijo que después del 23 de enero un grupo de *abusadores* había resuelto tomar posesión de aquellas tierras. ¿Pero dónde vivía antes de aquella grata

fecha los hombres, las mujeres y los niños semidesnudos que han fabricado esta espantosa ciudad de miseria?, pregunté alarmado por la feudal razón con que se respondió mi alarmada pregunta.

Sin embargo, esa tragedia de hambre y de abandono, si bien tiene fulgurante representación en Maracay, es tragedia general de Venezuela. Tal vez en la hermosa capital de Aragua el abandono adquiera mayor pugnacidad por el contraste con el lujo extraordinario del hotel que construyó a grandes costes la nación. Ya lo escribí al referirme a la locura que ha servido de pauta entre nosotros a la distribución de la riqueza. Venezuela es una red de excelentes hoteles para solaz de extrajero y de los criollos de fortuna. En Venezuela la riqueza nacional ha sido distribuida sin plan ni concierto. En Venezuela a los dirigentes y a los poderosos les interesa más la comodidad y el beneplácito del gringo que la suerte del hombre que sirve de base a la nación. En Venezuela abundan las personas que holgarían cambiando por otra conducta en tierra extranjera su partida de nacimiento.

Un país con nuestras extraordinarias posibilidades mantiene a las clases populares en un nivel de vergüenza. Recorrer nuestros caminos es ir juntando testimonios para afrenta de gobernantes y de poderosos. El pueblo rural de Venezuela vive en medio de un abandono que no levanta sonrojo en el rostro de los responsables de nuestro atraso social.

Cuando se piensa en el dolor que llena el inmenso vacío moral y económico de nuestras clases pobres, uno se ve tentado a pensar que Venezuela es tierra de herejes, en cuyo ánimo no tiene resonancia el nombre de Dios.

Caracas, junio de 1958.

LA ETERNIDAD DE ANTONIO FERNANDEZ[1]

—¿Pellín puede usted decirme algo acerca de nuestro amigo Antonio Fernández? Para mí sería difícil escuchar la respuesta a la distancia en que estamos, más tócale en cambio ser el sujeto remoto del diálogo que hoy abro para rememorar al viejo amigo.

A estas alturas de tiempo, nada sé de la vida del magnífico amigo Antonio Fernández, a quien conocí por 1932 en la redacción de *La Religión*. Tal vez si Monseñor Pellín estuviese cerca podría responder la pregunta que sirve de cabeza a esta página. Pellín está lejos; sin embargo, algunas respuestas suyas llegarán a expresarse por medio de los puntos de mi flaca pluma.

En el decano de la prensa venezolana, comencé a tratar diariamente a Antonio Fernández. Su nombre evoca al aguerrido militar que no fue capaz de detener el año 1899 el avance arrollador de los escuálidos ejércitos de Cipriano Castro. Cuando en Venezuela se dice Antonio Fernández, se piensa de inmediato en un bravo militar de dorada charretera y luciente espada; el nuestro es lo contrario del otro, el Antonio Fernández que pretendo evocar era la negación de la agresividad bélica. Era Antonio Fernández, cuándo yo lo conocí, bajo de estatura; más bien grueso que magro; blancos el bigote y la cabeza, de rasurado corte; negras las abundosas cejas, ovalado y amable el rostro. Vestía siempre de dril blanco y negra corbata y llevaba en la mano una bolsa rústica, que denunciaba al campesino.

(1) Original manuscrito localizado en el archivo del autor. Inédito.

Antonio Fernández tenía sus raíces hundidas en las tierras de Sebucán. Todo el ancho paño de tierra comprendido desde Santa Eduviges hasta Los Dos Caminos, fue en un tiempo patrimonio de los padres de Antonio Fernández. ¿Hoy cuánto valen estas codiciadas tierras? Cuando sus padres estuvieron en salud, al frente de los ricos sembrados, Antonio Fernández vistió sotana en el Seminario de Caracas. Después de haber ganado matrícula de latín y literatura, Antonio Fernández se vio precisado a dejar la vida clerical. El padre y la madre adquirieron una grave dolencia y el aspirante a sacerdote regresó al hogar para asumir, con los hermanos Mateo y Francisco el cuidado de los genitores y la atención de la hacienda.

Antonio Fernández no había nacido para negociante. Su territorio eran las buenas letras castellanas y la centrada meditación espiritual. Era preciso en cambio, echar recados a la olla y cubrir la desnudez del cuerpo. Poco a poco los Fernández fueron vendiendo a retazos su inmensa propiedad. Cuando conocí a Antonio Fernández, apenas poseía la familia una pequeña hacienda a la mera falda del Avila, tupida de café y sombrosos bucares. En medio del sombroso predio, la casa de paredes de tierra y rojas tejas, donde discurrió la vida humilde y sencilla de la familia. Lustrosas sillas de suelas adornadas de herrumbosas tachuelas, constituían el moblaje. Servían tanto para recibir en sala y corredores las visitas como para rodear la mesa en que Antonio Fernández sólo invita a sus escasos amigos.

Las viandas que cubrían los manteles de los Fernández eran siempre sabrosas cosas de la tierra. Si en la prosa y en el verso Antonio Fernández buscaba sabores subidísimos, en la mesa presidía, en cambio, la ley de lo sencillo. Para comenzar el ágape —a menudo presidido por el propio Arzobispo Castillo, condiscípulo de Antonio Fernández en el viejo seminario— el anfitrión solía hacer boca con la lectura de algún trozo clásico de apologética o de algún poema místico. La amistad se diluía en la sencillez del texto, en el tinoso comentario al trozo de lectura edificante, o en alas del verso fluido, que de la prisión del libro salía en pos de las estrellas que nevaban del vecino cafetal o a confundirse con la canción monocorde de las acequias cristalinas.

En pequeño y a la brocha tosca, las tertulias en la casa de Antonio Fernández, copiaban los diálogos subidos que bajo la pérgola cargada de racimos donde cuajaba sus oros el sol de la campiña romana, eran animadas por la sonrisa inequívoca de San Felipe Neri. Fuera así pobre de voces y así mantuviese la huella de los recientes duelos, la casa campestre de Antonio Fernández era una verdadera academia de alegrías. Alegre de árboles, de pájaros, de agua cantarina; alegre del aire cargado de deliciosa fragancía campesina; alegre de un espíritu de apariencia esquiva y de huraño aspecto, mas en cuyo fondo saltaba permanentemente una fuente de gozo espiritual.

Antonio Fernández era una especie de monje sin claustro. Dejó en el seminario la sotana por donde muestra exterior carácter el religioso, pero el religiso austero y simple cuajó en él, sin necesidad de vivir la disciplina de los cánones. Del monje mantuvo la austeridad, la sencillez y la alegría que dan carácter al religioso. Con su flux de blanco dril y su rústica bolsa en la mano, Antonio Fernández despistaba las miradas de quienes cruzaban a su lado. El curioso podía mirar en la bolsa, junto con la prensa algún pedazo de queso o, algunas doradas manzanas, pero jamás descubrir junto a la vulgar vitualla, el libro forrado en papel de estraza donde estaban impresas poesías todas luz y todas miel de San Juan de la Cruz.

—Lea, lea usted esto, me decía en cierta ocasión Antonio Fernández, mientras me marcaba el capítulo XXVII la *Vida de Santa Teresa de Jesús*—. Esta pintura de San Pedro de Alcántara ya la hubiese dejado tener de su pluma el propio Cervantes.

Y con la doctora abulense San Juan, el Senequista y fray Luis de León, y fray Luis de Granada y el beato Avila y Malón de Chaide y fray Juan de Los Angeles, y toda la teoría de místicos españoles, en quienes él, junto a la perla del finísimo pensamiento, admiraba a los deliciosos reflejos del nácar de las escrituras. Eran, en realidad, sus rimas. Para embriagarse de belleza, abría los libros que le ofrecían esas lecturas seguras para subir a la fecunda meditación.

Por la rendija del gusto literario se hacía fácil penetrar en el mundo interior de Antonio Fernández, hasta descubrir en el hombre de santa

vida al artista dormido. Pudo haber hecho crítica ajustado a la mejor ley; mas, de hacerla quedaba en el diálogo huidizo sin que jamás saliera al cálamo por donde los escritores damos sueltas a la vanidad y al prurito figurativo. Antonio Fernández se ocultaba en cambio, a todo aquello que pudiera bastar la sencilla paz del espíritu. Vivió entre los hombres, porque el destino le indicó que su labor de hombre cristiano no estaba en la vida clerical sino en la vida de hijo dedicado a tutelar a sus padres. El cenobio monacal lo edificó junto al lecho de los genitores enfermos y cura de almas a que aspiró servir la redujo a la cura moral y maternal de los seres que le habían traído a la vida. El destino de quien pudo llegar a ser un orador brillante como Nicanor Rivero o un consumado teólogo como Rafael Peñalver o un manso obispo como Lucas Guillermo Castillo, se trocó en vida sin vida y sin afanes materiales. Cuando el tranvía iba hasta Los Dos Caminos, Antonio Fernández lo aguardaba pacientemente en la esquina de La Torre. Confundido con el pueblo humilde, el santo varón no era sino otro labriego que retornaba a la casa lejana después de haber cumplido un encargo en la capital.

La casa estaba en el monte arriba. Para llegar a ella, uno de los compradores de los grandes lotes que daban a la vía pública, había recibido la carga de la servidumbre por donde llegaba hasta los tupidos mangales y los ensangrentados bucares que daban sombra al escaso cafetal. La gran propiedad de los viejos Fernández se había fruncido hasta ser apenas la modesta haciendita donde vivían don Antonio, los hermanos Mateo y Francisco. La casa no tenía nombre propio. Yo la llamaba Betania. Sentía yo que en aquella mansión sencilla y humilde bien podía hacer posada el Mesías. Aquella casa estaba realmente llena de Jesús. En aquella casa residía el espíritu de Dios.

En cambio, los hombres que habían adquirido a bajo precio las tierras desglosadas de los Fernández, se habían hecho ricos por medio de la peripecia de las urbanizaciones. A algunos de ellos escuché comentar en cierta ocasión el disparate y la ineptitud que presidió el destino de la gran propiedad. "Cómo estaría de rico hoy Antonio Fernández si hubiera tenido juicio", decía el enriquecido por la suerte de la tierra. Por demasiado duras, las palabras se me quedaron entonces en la boca.

Hoy les hago calle en homenaje al amigo motejado de insania. "¡Rico tú, y pobre él!". Así pensáis todos los que medís la suerte con el baremo de las cosas materiales. Eres en realidad, rico a la usanza común. Tienes una gorda fortuna, por donde te crees en el goce de extraños privilegios; pero, no adviertes que eres esclavo vil de esa fortuna. Comes bien, vistes bien, tienes una magnífica casa, gozas de una jugosa renta, pero en cambio, vives lleno de miedo y a cada paso te humillas ante aquellos que pueden poner trabas a los negocios. Tú junto con la gente de tu clase, sois los verdaderos culpables de la ruina moral de la República, por cuanto condescendéis con todo lo que ordenan sin razón los poderosos. Desempolváis cuando es de rigor la chaqueta de ceremonia y os vais a hacer coro en Miraflores al dictador sombrío. Pensadlo bien, a Marcos Pérez Jiménez no lo sostienen las bayonetas de los sufridos soldados que en los cuarteles montan humillada guardia, al dictador lo sostenéis vosotros, los ricos, cobardes y ensoberbecidos, que agacháis vilmente la cabeza ante el tirano que destruye la dignidad de la República. Vosotros aplaudís conscientemente sus crímenes, por cuanto creéis asegurado con vuestro aplauso un orden que os permite operaciones fraudulentas. Si examinarais vuestra conducta, veríais que es a vosotros a quienes falta el juicio y no aquel que prefirió engordar el espíritu y no acrecentar la movediza riqueza que sirve de falsa vestimenta a ladrones y prevaricadores.

No podría responder cara a cara en estos términos al alegre crítico de la conducta honesta de Antonio Fernández. A distancia de algunos años y en la soledad de mi destierro en Madrid, la imagen de Antonio Fernández ha reaparecido con intensa fuerza en mi memoria. ¿A quién? ¿Acaso a él mismo? ¿Tal vez a usted, caro Pellín? No recuerdo la persona a quien lo escribí hace más de veinte años, cuando vivía en la dulce Costa Rica; pero sé haber escrito que la única persona objeto de mi envidia era Antonio Fernández. Tal vez envidie hoy también a la gente robusta, capaz de caminar con la premura que a mis remos han quitado los años; pero, desde la realidad de la distancia he creído que Antonio Fernández ganó la camisa del hombre feliz. Suelen los hombres poner la meta de la suerte en aquellas virtudes que les son contrarias. A mí por gravedad de lógica me tocaría mirar la suma de la felicidad en aquellos seres que muestran el esplendor de cualidades de que yo carezco. Esas las tenía en grado sobrancero el extraordi-

nario, entre tantos hombres ordinarios y comunes, que se llamó Antonio Fernández.

—No sé, Pellín amigo, si he logrado hacer un perfil cabal de nuestro amigo, así en la punta de la pluma sienta que parecía dispuesta a escuchar una violenta afirmación de parte suya. No es usted el único, pero sí el más autorizado y el más comprometido a sacarme cierto de este trance. Cuando hablo de la cultura y de la santidad de nuestro grande amigo, muchos quedarán en la luna de Valencia y juzgarán tonto y sin fin mi empeño por alabar a un hombre desconocido. Usted, Pellín amigo, está obligado a servir de testigo de mis letras. Usted, también ha de proclamar conmigo la necesidad en que estamos de hacer una profunda anatomía de nuestras capas sociales, a fin de poner en resalto la calidad de las grandes vísceras y resistencia y el poder hemático del esqueleto de la patria. Yo creo que hay muchos, muchos hombres de la estructura moral de Antonio Fernández. Viven en Duaca, en Ipire, en Los Guayos, en Timotes, en Adícora, en Juangriego. Viven a lo ancho y a lo hondo de toda Venezuela. Gran Venezuela. Son el justo que salva el destino de la patria. Esos homúnculos que brotan a la epidermis social con nombres que usted y yo nos callamos para no ensuciar el diálogo puro dedicado al grande amigo, ésos no son la patria, sino excrecencias patológicas, tomadas por realidades nacionales. Ya veremos cómo hacer de perder figuración en el tinglado de nuestra vida pública. Entonces se les verá en su disminuida dimensión de ladrones, de simuladores y de asesinos y entonces, también se pondrán a flor de evidencia los hombres sufridos que forman el fuste de los pueblos, a esos hombres pocos los conocen. Para saber cómo obran, precisa bajar hasta las capas resistentes donde se borda el lienzo permanente de la nación. Ellos son la realidad del pueblo, que ora tala selva, ora labra la tierra, ora apacienta los gruesos rebaños, ora fabrica adobes y ladrillos, ora horada la tierra para que salte el milagro negro del petróleo o la sonrisa dorada del cuarzo generoso, ora lanza las redes al mar con el mismo gesto de Pedro y de Santiago, ora medita y reza como nuestro grande amigo Antonio Fernández. ¿Y vive aún Antonio Fernández, caro Pellín?

—Amigo Mario, hombres como Antonio Fernández nunca mueren.

Madrid, junio de 1957

TEXTOS AUTOBIOGRAFICOS Y ENTREVISTAS

EXTINGUIDORES DE INCENDIO
(Limaduras)[1]

Mi amigo Clemente Brito Fernández, capitán de bomberos, me ha invitado a participar en el grupo de Bomberos Voluntarios que están formando vecinos del Este. Sabe él de mi admiración por el servicio de los bomberos, y me ha oído alabar repetidas veces lo que en Panamá significa la institución bomberil. Para un panameño recibir el 3 de noviembre una barra de recompensa, representa más que para un venezolano recibir la orden del Libertador. Cuando a la invitación de Brito Fernández opuse una racional excusa, fundada en mi carencia de destreza para trepar una escalera o acudir rápidamente al socorro de una víctima, me agregó que podría formar, con carácter honorario, entre el grupo directivo de la institución. Le di las gracias y proseguí mi pausado camino por las atropelladas calles caraqueñas.

De nuevo he pensado en la proposición de mi amigo, y me he sentido profundamente obligado a tomar parte en todo movimiento encaminado a extinguir el fuego destructor. Yo, en parte, lo he hecho en el modesto campo de mi actividad literaria. En Venezuela se necesita apagar mucho incendio. No sólo el fuego urbano que destruye almacenes y viviendas. No sólo el fuego voraz, estúpido y criminal, que destruye nuestros bosques y agrega más desolación al dulce y abandonado sueño de la patria. Se necesitan bomberos, muchos bomberos, que apacigüen el incendio de odio y de incomprensión que se opone al convivio de la familia venezolana. Las letras de imprenta, la difamación callejera, las imputaciones temerarias, la intriga solapada realizan en el orden

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 20-04-1952, p. 4.

social un efecto tan nocivo como el de las lenguas infernales que aniquilan las reservas boscosas donde tienen nutrimento las aguas fecundantes.

De mí tengo la satisfacción de haber servido en esta obra de pacificación general. Mis modestas escrituras se han encaminado a promover sentimientos de armonía social. Ningún compatriota ha sufrido mengua en su persona por culpa de mi pluma. He sido a veces duro al censurar sistemas y defectos generales, entre los cuales he empezado por incluir los de mi exclusiva cosecha. Ninguna reputación venezolana, salvo al juzgar el pasado histórico, ha sufrido mengua a causa de un juicio mío. De lo contrario, creo que es deber del escritor ayudar a la formación de pedestales donde mejor luzcan los hombres llamados a servir de guías y ejemplo en nuestro proceso de pueblo. Me agrada ver crecer a mis compañeros. Sigo la romántica teoría de que su brillo, lejos de opacarme, ayuda a la iluminación de mis propios caminos.

Me siento con conciencia de bombero. Desde mi puesto solitario oigo la campana de alarma y preparo mis instrumentos de trabajo. Es necesario apaciguar el fuego espantoso que destruye nuestra conciencia de pueblo. Apenas miramos a la materialidad de los efectos. Las llamas voraces del Avila espantan a todos los pobladores de Caracas. En el valle de Yaracuy y en la faldas de la serranía andina he visto cómo las lenguas de fuego lamen la verdura promisoria de nuestra abandonada naturaleza vegetal. Hay brigadas que se encargan de sofocar este incendio. Como estímulo a estos silenciadores de llamas, el Concejo de Caracas acordó recientemente, dar a un parque de la capital el modesto nombre de un guarda forestal que pereció en la defensa de los bosques aledaños. También es necesario intensificar la campaña que defienda el suelo moral de una colectividad que se niega, se destroza, se infama, se calumnia, se aniquila por carencia de un esfuerzo que conjugue las voluntades llamadas a crear la patria. Los hombres pasan, pero quedan sus pasiones como fuego que destruye la fecundidad creadora. Noble, laudable la pasión de los hombres, cuando se encamina a defender una idea generosa. Mas, las nuestras son pasiones mezquinas, cobardes, de eneldo y mostaza, como la cuenta de los fariseos. Pasión para perseguir y para destruir. Pasión para desvestir

méritos a los hombres que puedan rivalizar con nosotros en la carrera de la política, de las letras, de las profesiones científicas, aun del magisterio sacerdotal.

Contra ese fuego devorador urge un eficaz cuerpo de bomberos. En él podemos trabajar hasta los inválidos para la obra de apagar el fuego de fuera. Ni a Brito Fernández ni a mí se nos oiría a la hora de hacer la universal convocatoria. No tenemos voz forzuda para llamar a la obra del apaciguamiento. Pero Venezuela y su derecho de perennidad sí tienen razones para imponerse. El país tiene un destino que no puede ni debe ser torcido por el fuego de los odios, de la incomprensión, del egoísmo, de la petulancia y de la indiferencia. Es preciso gritar la necesidad de poner sosiego en la carrera de las pasiones. Venezuela reclama una reflexión que permita ver cómo nuestra pugna interior la aprovechan los enemigos de fuera. Cómo, sin darnos cuenta, servimos a quienes lucran con el estable desequilibrio de nuestra conciencia de pueblo. Los pioneros y sembradores del odio doméstico pareciera que no advirtiesen cómo nuestros enemigos extraños hacen de nuestras desaveniencias el mejor instrumento para sojuzgar nuestra autonomía de República. En tierra arrasada por los odios, fácilmente señorean los de fuera. Las arenas estériles no hallan remanso que detenga la carrera veloz impuesta por el simún devorador. Urgen bomberos que defiendan los bosques protectores de las conciencias.

POR LOS FUEROS DE LA VERDAD[1]

He leído una respuesta del doctor Abraham Parra Pérez al general José Rafael Gabaldón, en relación con los sucesos del año 1929. Parra Pérez alude, también a ocurrencias del año 1928, y a mi actuación como jefe civil de Valencia. Los años desde entonces corridos hasta hoy han hecho atestar circunstancias erradas. Es cierto que fui a su casa a la mañana siguiente del día que los estudiantes pasaron por la ciudad rumbo a Puerto Cabello, y que lo reduje a prisión de orden del general Gómez, en la forma que él dice. Y fui personalmente a hacer su detención porque creí con ello demostrarle la consideración debida a los nexos de amistad que me han unido a su familia. Creí que él agradecería que fuese yo y no un policía quien cumpliese la dicha misión. De mi caballerosidad en el caso, puede dar testimonio el doctor Alberto Parra Pérez, para quien obtuve en aquellos tiempos difíciles medios de comunicarse en privado con el hermano detenido.

La manifestación que dice Parra Pérez que yo sofoqué a tiros no pudo él presenciarla por cuanto al paso de los estudiantes para Puerto Cabello nada visible ocurrió en Valencia, y la autoridad no tuvo en consecuencia oportunidad de hacer despliegue alguno de fuerza. En cambio al regresar los estudiantes, hubo manifestaciones de alborozo en la ciudad que provocaron masas de pueblo en la plaza Bolívar, las cuales se disolvieron pacíficamente a una casa de familia donde se celebraba la libertad de los estudiantes, fui invitado por su dueño a persuadirles la conveniencia de seguir a Caracas. Allí se dio el caso de que yo,

(1) Tomado de: **La Esfera.** Caracas, 14-11-1952.

el jefe civil calumniado, brindase por la libertad de los estudiantes, y que éstos brindasen por el Gobernador de Valencia.

El doctor Parra Pérez ha confundido los hechos y repite la especie calumniosa que en 1945 quiso propalarse para perjudicar mi conducta democrática. El pone como ocurrida el mismo día del paso de los estudiantes, la manifestación obrera del 18 de abril siguiente, disuelta no por mí mismo sino por el jefe de la policía, y en la cual también es falso, que hubiera ocurrido muerte alguna.

Ninguna palabra más autorizada al efecto que la del viejo luchador antigomecista Carlos Domínguez, quien bajo la fe del juramento declaró ante el juez de Valencia, que en aquella oportunidad no hice yo uso de arma alguna. El fue testigo presencial. Parra Pérez apenas recibió de oídas una información calumniosa, que hoy repite con indudable buena fe, ya que es ley de su estirpe no sumarse a la difamación ni a la calumnia. Tanto se ha repetido esta especie, que la mayoría de quienes me conocen sonríen cuando la escuchan. Parra Pérez no se ha detenido aún a buscar la verdad de un hecho que él no debiera repetir. Y al oponer a su dicho la verdad de Carlos Domínguez, no le opongo un aserto cualquiera. A Domínguez lo abonan, en documentos fehacientes, las palabras de Andrés Eloy Blanco y de Jóvito Villalba, con quienes compartió un calabozo en el Castillo de Puerto Cabello.

EL CAMINO HACIA MI PUEBLO[1]

Un distinguido grupo de amigos se ha dirigido en Caracas a la Junta de Gobierno para solicitar que me sea "extendida fraternal y expresa invitación de retornar a la patria".

El gesto de los amigos rompe los límites de la generosidad, en forma tan desmesurada, como para poder hacerme daño. ¡Cuántas voces no habrán surgido ya en contra mía, para aminorar el precio extraordinario de la palabra de quienes han querido que se me honre en forma excepcional! No una sino docenas de colas reales —no para defenderme sino para atacarme— habrán aparecido en juego, como en la broma del general Soublette a don Fermín Toro. Con ellas se habrá procurado disminuir el valor de la voz de mis amigos, puesto que en nuestro país desgraciadamente, y duela así confesarlo, no es moneda de curso eso de adelantarse a ayudar a los demás por medio de estimulantes aplausos o de comprometedores elogios.

Así hayan salido a relucir vistosas colas de reinas, yo agradezco extraordinariamente a mis amigos el espontáneo propósito de procurarme un homenaje inmerecido. Me han dado también, buena ocasión para cerrar con iluminadas letras el libro que abrí cuando hube de emprender, hace más de cinco años, el camino del proscrito. Pocos serán los nombres, pero todos tienen para mí relieve singular. El diario de mi destino no lo comencé para cargar en él la cuenta de los amigos cobardes que me dieron espaldas y llegaron no sólo a negar sus ligámenes conmigo, sino a ultrajar mi nombre, como vía para ganar la

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 26-03-1958, p. 4.

complacencia del déspota. Muy por el contrario, abrí el libro de mis recuerdos para sólo anotar el nombre de aquellas personas que me ayudaron con su afecto y diligencia a sobrellevar el peso del destierro. A esa lista —en realidad no larga— he de sumar hoy el claro nombre de los bondadosos amigos que reclaman para mí un agasajo singular de parte del Gobierno.

La fiesta del homenaje la doy ya por efectuada. Para mi condición de modesto servidor de la causa del pueblo, me sirve de corona la sola intención de los amigos. Pedirse para mí que las autoridades me ofrezcan tamaña demostración, es algo que rebasa los límites de la justicia. Cierto que en función de escritor realicé una obra de ataque al dictador que no todos llevaron a efecto; pero, ¿lo que yo sufrí supera acaso, el dolor de quienes por tantos años padecieron privaciones económicas, ataques personales, persecuciones políticas, expulsiones vejatorias, hambre en fin, callada con la dignidad de quien sobre el dolor alza el orgullo?

Me satisface en alto modo ver que venezolanos dignos estimen mi labor de allá y mi labor de acá en defensa de la nación y en defensa de su libertad. Yo, en cambio, difiero de ellos en la apreciativa de mi obra. No a guisa de falsa humildad —tan lamentable como la más inflada petulancia— he de adelantarme a juzgarla apenas un buen intento de servir al país, en orden a cancelar con mis servicios las deudas contraídas con la patria. Cuando reviso mis flacos esfuerzos, derivo apenas, la satisfacción de saber que poco a poco he llegado a poner al día mi crédito con la República.

No debo ocultar, tampoco la emoción que para mí ha constituido verme llamado al trabajo cívico por un grupo valioso de compatriotas interesados en robustecer las líneas arquitecturales de la República. Tal vez ellos sepan —porque en gran número son amigos que conocen de cerca mi vida— que si no estoy ya en Venezuela trabajando con ellos, la razón ha de cargarse a los males físicos que cayeron sobre mí, cuando finaba el año 1957. Antes que el más presto, me hubiera agradado saltar sobre el Atlántico, para ir a sumar mis esfuerzos a los esfuerzos del pueblo y de los estudiantes que empujaban al Ejército al desconocimiento del tirano.

Lentamente en cambio, he venido preparando mis papeles y mis bártulos de desterrado. Pronto he de emprender el viaje a que mis amigos —honrándome en demasía— han querido que el Gobierno, como portavoz del pueblo, me invitase. Poca cosa soy para que las altas autoridades se abajen para romper una línea de conducta, que sólo quebraron a fin de honrar en Gallegos la magistratura civil, ayer ejercida por el grande escritor.

Para emprender el camino del retorno a la patria, a más de mi impulso propio, yo recibí ya una directa y obligante invitación del pueblo, que generosamente recordó mi nombre en las calles de Caracas, justo a la hora de festejar la fuga del dictador. Desde enero también, la Junta Patriótica de mi cara región nativa, me dirigió honroso mensaje con su voz de afecto y con invitación para ir a celebrar con ella el triunfo de la claridad sobre la tiniebla del despotismo.

Cuando concluyan mis compromisos médicos, en Venezuela estaré con mi íntegra voluntad de servidor de la causa nacional. Allá estaré de pie, para interpretar las grandes consignas que expresan las ingentes necesidades del pueblo. Allá estaré con la pluma, presta siempre a defender sin temores los intereses sagrados de la colectividad, a la continua traicionados por sus presuntos directores. Allá estaré en las calles y avenidas donde se junta la gente común para vocear sus derechos y execrar a sus verdugos. Mi débil voz buscará sumarse a la voz sin contorno nominal de las multitudes clamorosas de justicia.

En la esquina, en el barrio, en la concentración de hombres del pueblo, allí estaré recogiendo el recado de dolor que las clases sufridas y explotadas dirigen a los poderosos, alzados en nombre de caducos principios con las fuentes de la riqueza colectiva. Entonces estrecharé, también con calor venezolano, la mano de nobles amigos que me llaman. Ellos han tomado la voz del pueblo y al pueblo comienzo a sentirlo en el gesto generoso de quienes quieren que se me honre por haber mostrado —cuando otros callaban y sonreían indiferentes— una desesperada voluntad de servir a la República.

Génova, marzo de 1958

MIENTRAS QUIEBRAN LOS ALBORES...[1]

Dos, cuatro, seis días más, y mis ojos saciarán el ansia de contemplar la tierra patria. Antes que yo, estas líneas llegarán a Venezuela, con toda la carga de mi afecto y de mi angustia por la suerte del pueblo, en cuyo fondo se nutren de valores emocionales mi espíritu y mi vida.

En la tarde de mi existencia regreso a la patria, si no con el espíritu poblado de canciones como el gran Pérez Bonalde, sí lleno de la dulce nostalgia que el destierro impone y, también, empeñoso de servirla con voluntad encendida en la fe de su destino sagrado.

Si algo positivo tiene el destierro en la vida del patriota, es la poderosa función de dilatar los contornos y la profundidad valorativa de la nación distante. Anduviera siempre conmigo Venezuela en calidad de víscera doliente, el saberme lejos de su cielo, de sus montes, de sus ríos, de sus llanuras y de sus lagos, daba a su imagen una perspectiva mayor, por donde me era más fácil medirla, observarla, graduarla, catarla, sentirla en su permanente totalidad de pueblo y en su secreta inmensidad de reservorio de futuro, para mí palpitante de presencia espiritual en la evocación de los hijos y los nietos, separados de mi solicitud y de mi afecto por la cortina de odio tendida entre los proscritos y la patria por la furia monstruosa del despotismo, hoy rendido.

El odio al tirano derrocado forma ya parte de la historia, cuyos secretos pertenecen a Dios. A nosotros nos pertenece el alegre futuro, en cuyas alquitaras podemos trabajar a modo de magos o profetas. Ida

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 10-04-1958, p. 4.

al suelo la feroz dictadura, toca a los ciudadanos vigilar la hora presente e impulsar el ritmo de mañana. Vigilar el momento que vivimos, en orden a arrancar las raíces todas del vicio antiguo, e impulsar por cauces de unidad cívica los propósitos y los esfuerzos de quienes desean ver realizada la República.

Para los venezolanos el problema actual no radica en mera sustitución de nombres o en un simple deslizamiento de la antigua plataforma de influencias e intereses económicos. Urge cambiar el estilo de la política y el rumbo de acción de los grupos dirigentes. Venezuela clama por una conducta que tanto mire a la defensa de sus grandes valores históricos, como al equiparamiento de los actuales niveles económicos. Hasta hoy, Venezuela ha sido lo que tan al propio simbolizan el teleférico al Avila y el hotel Humboldt, de que se enorgullecía la política payasesca del "nuevo ideal nacional". Venezuela es y ha sido eso: un hotel de lujo en el pico aislado de un monte, al cual sólo tienen acceso los poderosos, y un desierto incómodo, donde se mueve un pueblo lleno de hambre, de sed, de enfermedades y de ignorancia. El hotel es excelente para festejar a los grandes visitantes que ven en Venezuela una jauja dorada. El hotel, elevado sobre la cima que los padres de la patria llamaron "Monte de la Independencia", es símbolo de la frivolidad y de la contradicción de una cultura que, en pos de lo exótico, se ha desdeñado del pueblo y de sus grandes valores históricos. El hotel expresa a cabalidad la conciencia desviada, tanto en el orden de las letras como en el orden de la política, que sólo ha tenido empeño en fabricar hojarasca y vanagloria. Un pueblo necesitado de que lo guíen por medio de acciones constructivas y no por medio de la exhibición de oropeles y de falsos arabescos, ganó en el hotel perezjimenista su más cabal empresa representativa.

Contra esa Venezuela falsa ha de ser nuestra lucha de todos los días. Necesitamos que la inteligencia hasta hoy dedicada al lujo y al alarde vano, baje en función constructiva; hasta el pueblo cargado de miseria. Lejos de aprovechar los ocios en la plática intrascendente, por si no traidora, con los huéspedes de los grandes hoteles de lujo —porque en realidad Venezuela es una red de hoteles para solaz del extranjero— los hombres de los consorcios capitalistas y de las ruedas artísticas y

literarias, están urgidos de descender de su olimpismo irresponsable, para escuchar las palabras del pueblo sediento, del pueblo hambriento, del pueblo ignorante, del pueblo desnudo, donde reside la mejor y más sana fuerza para el futuro del país. Allí y no en los gallardetes de la vanidad presuntuosa precisa sembrar la cultura.

Juntos todos los hombres y todas las mujeres, juntos todos los viejos y todos los jóvenes que sientan el llamado de la patria, juntos todos los que tengan letras y todos los que estén ayunos de saberes, juntos todos en una clara, humilde y fraternal labor de cultivo y de defensa de las fuerzas del pueblo y de las tradiciones que sirven de fuste a la nación, llegaremos algún día a construir la Venezuela que dará mañana fe entera de la calidad de nuestro esfuerzo de hombres.

Si ayer tomé la "voz antigua de la tierra" para gritar en la Venezuela entenebrecida de la dictadura los derechos de nuestro suelo y de nuestra historia, hoy me siento con mayor ánimo para regresar con palabras más nuevas y más viejas a mi labor defensiva de los valores de nacionalidad. Por nada temo que se me moteje malévolamente de tonta devoción a la telaraña y al polvo de la historia, ni me amedrenta tampoco, el arbitrario mote de enemigos de la universalidad con que somos denostados los defensores de los valores nacionalistas. Jamás he alentado odio hacia el extranjero que va a ayudarnos en la obra de mejorar nuestro país. Me he limitado a censurar —y seguiré haciéndolo— la conducta servil de los compatriotas que entregan los secretos de la patria y que rinden ante el extranjero el decoro nacional. He atacado y seguiré atacando a los venezolanos dispuestos a trocar la primogenitura con el plato de lentejas indigestas ofrecidas por el forastero. Aspiro a que el venezolano no se torne en extranjero, sea así mucha y valiosa la cultura que abreve en las fuentes de lo universal. Quiero, por el contrario, que esa cultura la reelabore bajo el signo que da personalidad y distinción a lo nacional. Para mi patria aspiró limpio rótulo de República independiente en el seno de la comunidad de las naciones, y no el menguado epíteto de factoría para lucro de los grandes intereses extranjeros. No he desconocido jamás la obligada colaboración que ha de presidir nuestras relaciones con este poderoso país del Norte, donde hoy estoy de paso. Pero, para esa colaboración he

pedido equidad en la distribución de los beneficios y respeto en el orden de la dignidad nacional. No he negado nunca el valor de la universidad norteamericana; he censurado por el contrario, que sea de los muelles de Brooklyn y de los bajos fondos de Manhattan de donde se tomen los ejemplos sociales, a nosotros ofrecidos como modelos para ganar nuevos caminos de cultura. Conocedor de la fina espiritualidad y del gran sentido cívico del pueblo norteamericano, he insinuado que vayan a ayudarnos con sus tesoros místicos los bravos trapenses de Kentucky y que a nuestras escuelas militares, en lugar de sargentos expertos en el manejo de ametralladoras, vayan los severos abogados castrenses, que enseñan en West Point y en Annapolis como la primera misión de las Fuerzas Armadas es respetar las instituciones cívicas y como los generales de acá se hacen grandes más por la obediencia a los funcionarios civiles que por la estrategia lucida en los campos de la guerra, según lo mostró el altivo y recio Mac Arthur al aceptar respetuoso la destitución del mando del Pacífico que le impuso el civil magistrado Mr. Truman.

Lo mismo que dije ayer, lo digo hoy y lo diré mañana en relación con la defensa de nuestros valores nacionales. Pasó la hora de la farsa pseudonacionalista y pseudotecnócrata, por donde mientras se la vendía, se la saqueaba y se humillaba a su agente mejor, se llevó a la Nación a un adúltero y fraudulento culto a los próceres y a una falsa estimativa de Bolívar, —desvergonzadamente tomado como tutor de déspotas y enfermizante eregido en panacea capaz aún de hacer retoñar la propia virginidad de Manuelita Sáenz. Al Bolívar cansado de la peripecia cómplice, el pueblo ha de oponer el Bolívar fresco, bajo cuya guía ganó ayer las cimas gloriosas de Boyacá, de Carabobo y de Junín, y el Bolívar austero, que prefería a los galones del general victorioso el título sencillo de ciudadano. A esa pedagogía reparadora de lo nacional y exaltadora de los valores de la personalidad humana, todos, sin ventajismo y sin malicia, debemos unir nuestros esfuerzos en esta hora promisoria que ha unido para vencer al despotismo corruptor, las distintas colectividades en que se agrupan las tendencias políticas del pueblo. A esa unidad —calificada recientemente de férrea por Jóvito Villalba— y modestamente, también, por mí servida en la larga madrugada del destierro, sumaré mis humildes empeños de servidor de

la República, para quien mejor es el puesto donde se corre el mayor riesgo que aquel que apareja la vanidad de los honores.

Dos, cuatro, seis días más y estas mismas cosas serán ya tema del diálogo directo que reempataré con mis hermanos en el dolor, en el orgullo y en la esperanza de la venezolanidad integral y poderosa, buscadora, a la vez, de formas que le permitan expandirse —como lo hizo ayer— no para ganar una ilusiva y tonta hegemonía en América, sino para decir a las naciones de su mismo origen y de su misma fe, cómo estamos prontos para servir de nuevo los mismos ideales de unidad que dieron a nuestro sufrido mundo indoamericano categoría legendaria en el orden de la historia universal...

Nueva York, abril de 1958

PALABRAS EN LA PLAZA BOLIVAR DE TRUJILLO[1]

Señor Gobernador del Estado, excelentísimo señor Obispo Diocesano, señor Presidente del Concejo. Querido pueblo de Trujillo.

No tengo palabras para expresar debidamente la emoción que embarga mi corazón al verme frente a esta muchedumbre querida de trujillanos, que me saluda cuando vengo a corresponder a la invitación generosa que primero me hizo la Junta Patriótica de Trujillo, después el Gobierno, después del Concejo. Sin esa invitación aquí yo estaría, porque me sé siempre invitado de Trujillo como hijo que llega a la casa de la vieja madre, donde siempre tiene su pan, su sal y su vino.

Para acrecer el honor que se me ha hecho con este espléndido recibimiento, el Concejo se Trujillo me distingue con la Llave de Oro de la ciudad. Con esa llave yo tengo una ciudad que abrir, que es la ciudad de Trujillo, que ha andado siempre conmigo, en el corazón; ya en Caracas, ya en Europa; ya en el momento de la alegría, ya en la noche del dolor.

Siempre he dicho que para querer a la patria grande, Venezuela, yo tomo fuerza en este pueblo que me vio nacer, yo tomo aliento en este aire que nutrió mis pulmones de niño. Para saberme venezolano integral me reveo en mí mismo y siento mi trujillanidad palpitante. Y cuando siento ese calor, más fervorosamente me siento venezolano en la integridad de la función patriótica.

---

(1) Recorte de prensa localizado en el archivo del autor, fechado el 08-05-1958.

Para acrecentar aún más mi gozo al volver a mi ciudad natal, recibo el saludo conjugado de las distintas colectividades en que se agrupa el pensamiento político del pueblo.

En la noche del destierro yo abogué incansablemente por la necesidad de que los partidos políticos que hacían frente a la dictadura imperante unieran sus esfuerzos para reganar la perdida democracia; y ha sido como fruto de esa unión tanto lograda en el interior clandestinamente, a través de la Junta Patriótica, como en el exterior, por el diálogo fraterno que establecieron los jefes de los partidos ayer en disidencia, como se logró esa espléndida jornada, que vio el 21 y 22 de enero pasado a pueblo y a Ejército, cambiando la ecuación de poder, para garantizarnos la libertad de que hoy goza el pueblo de Venezuela.

Cuando la Junta Patriótica de Trujillo me invitó generosamente a venir a recibir aquí un homenaje suyo, le respondí que aquí vendría, no a recibir homenaje, porque mi obra es muy pequeña ante lo que han hecho los demás, sino a gritar con ella la necesidad en que estamos permanentemente de defender la libertad y la dignidad de la República.

Es preciso recordar que lo que el país hizo no quedó concluido el 23 de enero; todos los días, todas las noches, necesitamos meditar en el dolor antiguo para enardecer nuestro ánimo, a fin de que este país no recaiga en una nueva dictadura.

Indivisibles, la libertad y la seguridad no se garantizan sino cuando estén garantizadas por los demás.

Venezuela ha sido un país víctima del egoísmo y de la querella en que han vivido sus hombres de que por la punta de su nariz pasa el meridiano político de la República. Y así, indiferentemente, los unos hoy, los otros mañana, han visto (o hemos visto) sacrificar los derechos políticos del otro, haciendo caso omiso de que ese atentado contra la libertad del destino, es un atentado en ciernes contra los derechos propios.

De tolerancia en tolerancia a las arbitrariedades del Gobierno despótico que afortunadamente concluyó en hora feliz para la patria, se llegó

al momento en que nadie, ni los propios amigos del déspota, tenían derecho a respirar completo.

Cada quien fue renunciando a lo suyo y junto con lo suyo, renunciaba al derecho, que no respetaba, del vecino.

Yo conjuro al pueblo a que se mantenga vigilante de lo que hemos conseguido. Es preciso olvidar el aplauso y el regocijo para volver a la reflexión dura y al sacrificio permanente del egoísmo y todos los subalternos que nos impiden llegar a esa unidad conjugada que asegure mañana para la República un Gobierno de Integración Nacional, donde todos los ciudadanos se sientan representados; un gobierno que no vea caídos ni victoriosos; un gobierno que no vea vencidos ni vencedores; un gobierno que no vea sino ciudadanos que gozan plenamente de los derechos que le corresponden como criaturas humanas.

A mí me complace ver la unidad de las voluntades políticas de Trujillo. Este es país para el cual yo he invocado permanentemente el cognomento de ciudad pacífica. Trujillo es ciudad de paz más que ciudad de guerra. Por una circunstancia dolorosa, aquí se firmó la terrible Proclama de Guerra a Muerte; pero aquí también se celebraron los armisticios; aquí el Estado hizo la paz con la Iglesia; aquí, desde antiguo, cuando Trujillo aún no era ciudad, sino un pueblo que ambulaba de una a otra región de provincia; aquí se dio asilo para los perseguidos que iban buscando paz.

Trujillo es ciudad de paz. Trujillo debe volver a aquella armonía antigua que según Oviedo y Baños hacía innecesaria la justicia, porque los trujillanos no se querellaban.

Aquí, nosotros debemos hacer un voto de cambiar esa frase que dice: "La ciudad de la Guerra a Muerte", por "La ciudad de la Muerte a la Guerra", que es lo que pide la paz universal; que es lo que pide la paz de la región para que crezca la riqueza; que es lo que pide la paz de la República para que prospere la concordia de sus hombres.

Como algo simbólico he visto caer una lluvia de papeletas amarillas; son el recuerdo del triunfo unido del pueblo el 30 de noviembre de

1952, después de una regia campaña en la cual yo tuve la satisfacción de participar.

El 30 de noviembre debe permanecer vigente en el ánimo de los venezolanos como lección de lo que vale la *Unidad*, unidad que venía pregonando el partido Unión Republicana Democrática; unidad que yo pregoné en los mítines a que asistí; unidad que durante los largos años del destierro mantuve como consigna, hasta tener la satisfacción de que mi casa de Madrid era una manera de club político donde se reunían acciondemocratistas, comunistas, copeyanos, urredistas e independientes, a discutir en común los derechos de la patria, lejana y sufrida. Y de esa conversación continua que sostuvimos en el exterior los políticos preocupados por el destino del país surgió esa consigna unitaria que ya anda de boca en boca, hasta oírse que el pueblo dice: "No soy de URD, no soy de Acción Democrática, no soy de Copei, no soy del Partido Comunista; estoy con la Unidad".

La *Unidad* es un sentimiento que ha sobrepasado los compromisos de partido, para servir como guía que nos lleva a contemplar como algo fundamental los intereses de la patria.

Queridos trujillanos, hermanos míos en la gracia de haber nacido en esta ciudad de María Santísima: una vez más os expreso mi afecto, una vez más os expreso mi agradecimiento por este agasajo inmerecido con que me recibís, para decirme que si mis padres están muertos, que si aquí no viven mis hermanos, tengo una familia más grande, tengo como familia al pueblo de Trujillo a quien me debo fundamentalmente.

EN LA CIUDAD PACIFICA
(Bitácora)[1]

Tienen éstos de hoy calidad muy superior a los asientos primitivos del primer Cabildo de Trujillo. Los antiguos no pasaron de rústicas bancas, construidas por alguno de los audaces trabajadores que engrosaron las expediciones conquistadoras del siglo XVI. Aquellos obreros del hierro y la madera tanto tenían habilidad para las construcciones sedentarias cuanto para armar y carenar las naves del viaje milagroso. Entre las manos callosas de los desconocidos constructores de las primeras bancas municipales, seguramente duraban las huellas del trabajo aspérrimo de acondicionar las embarcaciones que los trajo a estas tierras de aventura en salto extraordinario, que hace de la civilización de América un caso excepcional en el orden del desarrollo de la cultura universal.

Rudos y toscos los primitivos asientos del Cabildo trujillano, en ellos se sentaron mis abuelos Alonso Pacheco, Francisco de la Bastida, Sancho Briceño, Juan de Segovia, Francisco Graterol y Francisco Ruiz. Vinieron a conquistar la tierra y a fundar la ciudad. Hicieron ordenanzas para el gobierno civil y asentaron casa donde tuvieron raíz y grumo las estirpes que extendieron sus ramas hasta formar el complicado enredo sanguíneo de la ciudad actual.

Aquí estuvieron mis abuelos en la hora alboral de fundar las bases de Trujillo. Aquí se sentaron, también, sus descendientes, cuando deli-

(1) Discurso en el Concejo Municipal de Trujillo. Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 24-05-1958, p. 4.

beraban acerca de la vida y la defensa de la ciudad: unos, como el capitán Sancho Briceño de Graterol, a fin de informar en el siglo XVII de los esfuerzos cumplidos para echar de la laguna al terco pirata que ya intentaba —como aún lo intentan sus sucesores— destruir las bases de la naciente nacionalidad indohispánica; otro, como Sancho Antonio Briceño, proponía a fines del siglo XVIII dar carácter público y secular a la escuela de primeras letras —"para niños blancos y plebeyos"— fundada en la ciudad por el espíritu civilizador del grande Obispo Mariano Martí.

Esta casa, pues, más que como sede de la ciudad, he de mirarla como hogar antiguo de mi propia familia de sangre. Aun cuando era niño, vi sentado en uno de estos cómodos asientos, cumpliendo su deber de munícipe, a mi padre bondadoso. En mí, la función cívica y la función histórica adquieren, por lo tanto, una vivencia afectiva, que me lleva a sentir vinculado por recios lazos a esa ciudad generosa, que me acoje y honra en forma que excede toda posible aspiración.

Me siento en casa propia, como hijo que torna después de larga ausencia al techo de los padres. Unido a la ciudad por juro de herencia, desde la hora en que el poblado deambulaba de Escuque al Burate y de Motatán a Pampán. Me sé parte suya para servirla en función de amorosa devoción y no como anillo de una inválida rodaja, que buscase artificiales razones para pretender beneficios que la ciudad no confiere sino a quienes se consagran a trabajar por su grandeza moral y material.

La vieja oligarquía que tomó los regimientos municipales como estribo para sostenerse en la exclusividad de las varas de la justicia, la sustituyó la República por sistema abierto, que hizo del Municipio fiel impronta de la amplitud de la ciudad nueva. La hidalguía fundada en las nobles acciones de los antepasados, fue sustituida por la hidalguía que se gana pulso a pulso con trabajo presente al servicio de las necesidades del común. Invocar a los abuelos, tal como lo estoy haciendo ante vosotros, no tiene más razón que presentar un título de irrenunciable compromiso con el destino de la ciudad presente y dar, también con ello, explicación perspicua de la inquietud vital que en mi ánimo cobra la historia en función de acicate y de mandato.

De Trujillo me ausenté para plantar casa bajo el abrigo de cielos distantes; mas, conmigo siempre ha viajado Trujillo como *sancta santorum* que guarda los penates de la venezolanidad, a mi venida en gracia por haber nacido en este estrecho valle, donde si bien no se crece en la horizontalidad afanosa de otras ciudades, se crece, en cambio, hacia arriba, con voluntad de escalas y de torres por donde ganar el mundo de las estrellas. A Caracas di mi afecto de venezolano integral, que mira en la capital de la República no una ciudad recoleta y particular, sino la corona ilustre, en cuya milagrosa joyería han de mirarse vivas y presentes todas las otras ciudades de la patria. Cuando la tierra natal me fue prohibida por obra de los bárbaros, a Trujillo busqué en los ásperos berrocales de la materna Trujillo extremeña, y al borde de la pila venerable donde fue bautizado el fundador Diego García de Paredes, evoqué en sueño delirante la pila donde acá recibí las aguas del bautismo. A la hora en que la ciudad celebraba el IV Centenario de su existencia histórica, desde el lecho donde luchaba en Italia con la fiebre y con la muerte, dicté trémulas letras con mi mensaje de afecto a Trujillo, dirigido en aquella dolorosa ocasión a la venerable anciana doña Rufa Silva Bustillos, expresión para mí no sólo del señorío de la ciudad antigua, sino también del hogar generoso donde se acogieron mis padres, perseguidos por los odios de la política, justo cuando era yo apenas niño de dos años. Agobiado por los dolores físicos, perseguido por la saña de los odios, yo invocaba siempre a Trujillo como nube lejana de paz y firme columna de esperanza. Cuando sentí el fuego de la calumnia y del ultraje, evocaba la ternura de los aires maternales de Trujillo y me sentía más fuerte en el empeño de trabajar por Venezuela. Se me atacó durante cinco largos años en forma despiadada y criminal. Mis enemigos creyeron sepultarme bajo el peso de las piedras sobre mí arrojadas por manos mercenarias; mas, Trujillo, con materna diligencia, recogió y guardó las piedras del ultraje y con ellas me ha fabricado pedestal de afecto para exhibirme como a hijo predilecto.

¿Qué más puedo aspirar? Feliz para mí la hora en que la pasada dictadura se ensañó en destruirme por no querer servirla. Lo poco que sufrí ante la inmensidad del dolor que pesó sobre numerosos compañeros, me ha dado, en cambio, el regocijo y el orgullo de poder regresar a mi ciudad natal con limpios papeles, por donde pruebo haber

sido fiel a los deberes cívicos. Sé que el dictador rendido cobraba a Trujillo el singular delito de ser cuna de un puñado de hombres a quienes su soberbia no perdonaba la conducta altiva: Numa Quevedo, Luis Augusto Dubuc, Arnoldo Gabaldón, Antonio Martín Araujo, Gilberto Mejía Palazzi y Mario Briceño Iragorry eran nombres que sonaban a los oídos del déspota ensoberbecido como un violento desafío. Haber mantenido ante la dictadura la altivez desafiante del gentilicio regional, constituye para mí satisfacción honrosa, que hoy me place ofrecer como título de consecuencia a mi ciudad nativa. Esa conducta otorga a mis manos —como lo expresó el muy digno Presidente del Concejo— la honrosa virtud de borrar de la llave simbólica de la ciudad —a mí impuesta como máximo agasajo— toda huella de sangre que en ella hubieran dejado las manos criminales de aquél a quien originalmente le fue impuesta, en razón de su forzado carácter de detentador de la Primera Magistratura de la República. Mas, no sea esta hora para recordar el crimen de ayer. Tomémosla en cambio, por la reflexión del dolor antiguo, como centro de interés para aguzar nuestra tradicional vocación de comunidad pacífica, cuyo empeño debe ser sustituir el cognomento agresivo de la "Ciudad de la Guerra a Muerte", por el de la "Ciudad de la Muerte a la Guerra", señores Concejales:

Entre vosotros, como he dicho, me siento en casa propia. Esta fue la casa de mis abuelos; ésta es la casa de mi pueblo. A la hora presente, y así vosotros no hayáis sido electos por sufragio popular, sois, en cambio, representantes de hecho del pueblo heroico que se liberó el 23 de enero pasado de la última dictadura que habrán de registrar nuestros anales. El vuestro, en esta hora de deberes, habrá de ser cabildo abierto a todas las necesidades del pueblo que aspira a afianzar su justicia y a asegurar su derecho permanente a la seguridad y al decoro que hacen dignos a los hombres. En este cabildo permanente, convocado por vosotros para tratar acerca de la defensa de los grandes valores que son esencia de la República, me concedéis rango ilustre. No puedo rechazar el honor; mas, confiad que lo acepto bien cierto del compromiso que apareja. Con honrarme en demasía estáis aumentando la carga de mis compromisos cívicos. Cuando la República exalta a sus ciudadanos, éstos han de sentir —como yo lo siento en esta hora feliz de mi vida pública— que sus deberes crecen en forma descomu-

nal. Vosotros, en vuestra deslimitada generosidad, me habéis titulado Hijo Ilustre de Trujillo. Sabed que el ilustre con que decoráis mi modesta persona lo recibo como poderosa voz de aliento para continuar trabajando empeñosamente al servicio de la ciudad, no sólo de ésta, que es mía por juro de nacencia, sino de la ciudad que expresa el conjunto alegre y austero de los hombres empeñados en hacer feliz la vida diaria. La ciudad en función activa ha de ser siempre la meta de nuestros quehaceres conviventes. Ella es cátedra abierta por donde los hombres aprenden que el destino de cada quien está anudado vigorosamente al destino de los semejantes. Señores Concejales: en el vocabulario de la gratitud no hallo palabras apropiadas para expresar el reconocimiento que habré de mantener por este acto en el cual miró una reafirmación, aún más obligante de mis nexos con Trujillo.

CARTA AL DOCTOR MARIO BRICEÑO PEROZO[1]

Caracas, 31 de mayo de 1958.

Señor
Mario Briceño Perozo,
Gobernador del Estado Trujillo.

Mi querido amigo: en nuestra última grata conversación tenida en esa ciudad, le manifesté mi propósito de pedir al Ejecutivo, tan dignamente presidido por usted, que reconsiderara la parte del Decreto generosamente dictado para honrarme y en la cual se dispone dar mi nombre a la concentración escolar que actualmente se concluye en esa querida capital.

En las palabras con que agradecí el homenaje que me ofreció el Ateneo de Trujillo, y en el cual usted me elogió a cuerpo de muerto, dije que Trujillo estaba dando en mí una esperanzada lección de solidaridad cívica. Aludía entonces, al esfuerzo que en otros países pone el pueblo por agrandar el tamaño de sus hombres representativos, y puse de contraste el empeño terco que en Venezuela hace la gente por destruir personas. En mi caso, Trujillo ha dado un hermoso ejemplo de generosidad y ha manifestado el deseo de completar por medio de la ponderación inmerecida, la modesta estatura de uno de sus hijos. Sí, en realidad, es mucho lo que estoy obligado a agradecer a organismos, institutos, corporaciones, partidos y grupos de amigos, que a mi regreso a la patria se han esforzado por hacerme olvidar la injuria y el

(1) Tomado de: **La Esfera.** Caracas, 31-05-1958.

ataque de ayer, de Trujillo, en sus autoridades y en su pueblo, he recibido pruebas extraordinarias de afecto y de respaldo.

Muchas y de elevadísimo precio fueron las muestras de estimación que me ofreció mi región nativa; mas, sobre ellas aquiere virtud de permanencia el homenaje que a mi nombre hace el Ejecutivo, cuando lo escoge de divisa para un centro educativo. Yo he pensado mucho en lo que esto significa, en la responsabilidad que entraña, en la función que constituye. En principio he de repetirle lo que allá dije a usted: he sido sistemático enemigo de que el nombre de los vivos sea propuesto con carácter simbólico a los jóvenes. Creo que los nombres de personas aún en carne y hueso están expuestos al examen acre de los otros y, también, a los vaivenes del tiempo. Para que un plantel educativo ostente con justicia el nombre de una persona, precisa que la conducta haya sido pulida, como los cantos rodados, por las aguas de la historia si no logró ya el mero proceso de la muerte revelar la integridad perdurable de la persona. El nombre de un vivo en un establecimiento de enseñanza en desafío permanente a los enemigos del homenajeado, cuantimás si este homenajeado es un hombre —así poco fortunoso— que como yo, trajina los caminos de la política, doblemente hostiles en Venezuela, por el empeño necrófago que distingue la conducta común.

Yo creo que ciertos homenajes deben reservarse para la hora en que la vida de los hombres sea destituida de toda manera de carroña. Aún en el caso de que sólo permanezca la osatura valiosa, cuya ejemplaridad pueda ayudar a las nuevas generaciones, únicos jueces irrevocables para dictaminar acerca del alcance permanente de las acciones de los hombres pasados.

No a humos de humildad hago a usted el ruego formal de reconsiderar la disposición ejecutiva que da mi nombre a la concentración escolar que actualmente se construye en esa ciudad. Hágalo a título de justicia y de prudencia, puesto que con dicha atribución me expongo a que sea denostado mi nombre modesto de escritor y contribuyo, a la vez, a que se vean preteridos nombres ilustres de la región.

Yo me atrevo a pedir a usted —tan esforzado en ser maestro más que mandatario— que dé a esa concentración el nombre ilustre de "Manuel María Carrasquero", escritor atildado, hábil polemista y varón íntegro que supo defender los fueros de las leyes frente a los desmanes de la fuerza, y cuyo nombre, tomado por patrono de un instituto educativo, es constante y luminosa lección de civismo.

Desde ahora pediría a usted que, de ser aceptada mi insinuación, se me conceda el privilegio de dictar en dicho establecimiento la primera lección de cultura cívica, que no sería otra sino el elogio de la conducta del eximio político y escritor.

Honrar a los hombres de la categoría de don Manuel María Carrasquero es poner en resalto la discreta y constante tradición de vocaciones civilistas que forman lo mejor de nuestra sufrida tradición de pueblo, tan adulterada y desfigurada por los pseudosociólogos empeñados en decir para medro de los irresponsables, que en Venezuela no tienen posibilidad de éxito sino los hombres violentos y sus prudentes asesores y paniaguados.

Juzgo que usted comprenderá las razones que me asisten para asumir esta actitud. Usted las pesará en justicia, hasta sus ápices y comprenderá que me sobran motivos para pedir este nuevo favor a quien, como usted, se ha empeñado en destacarme y en honrarme.

Me repito una vez más su aftmo. amigo y paisano.

NUESTROS ESCRITORES HABLAN DE SI MISMOS

Sobre mi mesa de escribir he tropezado con una nota de mi excelente amigo el Profesor J. A. Escalona Escalona, en la cual me pide "una corta autobiografía", para la revista "PERISCOPIO". Quiere él publicar juicios de los escritores sobre sus propias obras y andanzas. Pretende ponernos más o menos en trance de confesión pública. En este caso, nos toca reeditar nuestros públicos pecados.

Yo he andado dos veces en aventura de autobiografía. En 1917, cuando "Venezuela Contemporánea" publicó esbozos de esta índole, escribí en Trujillo, con el pseudónimo de Luis de Austria, una autobiografía futurista, destinada a hacer burla de los campantes autobiógrafos caraqueños. El destino me castiga poniéndome en trance de que otros se burlen de mí. No se dónde para esa travesura juvenil, ni sé tampoco donde ande otra burla autobiográfica que escribí en Mérida, por 1919, a fin de explicar los alcances de una caricatura que me hizo Pepe Cordero, y que Raúl Chuecos Picón publicó en un semanario de su dirección. La caricatura de Pepe (quien me ha ofrecido recientemente una copia), estaba encaminada a dar publicidad de imprenta al remoquete de "Yo hice el mundo", que me discutía mi amigo el doctor Hugo Parra Pérez. Aquellas tentativas autobiográficas tenían, pues, fines nobilísimos: primero, hacer burla de los escritores capitalinos que hacían autobiografías; después, defender mi pretenso derecho a un mote de calidad, del cual se me quería despojar sin razón.

---

(1) Tomado de: **Periscopio** (Caracas), N° 4 (1952), pp. 24-28.

Si Escalona Escalona quiere de mí algo autobiográfico, tendrá que empezar por leer y publicar algunos datos referentes a mi vanidad juvenil, tan robusta y altiva que es lo único que me queda intacto como recuerdo de aquellos lejanos días. Apenas he logrado someterla a una plausible intervención, que me evita el que otros la tomen como instrumento para echarme humo en los ojos. Mi vanidad es para mi uso personal. La defiendo de quienes la censuren y la cuido para que otros no me la hagan crecer a su antojo y beneficio.

Y va de cuento. Frisaba con los veintiún años cuando fui a Mérida a dar mis primeros exámenes de Derecho, durante la época que imperaba el sistema de estudios abiertos de Guevara Rojas. Se me había dicho que en la episcopal metrópoli andina la gente se daba mucho postín. Yo era aún un alegre muchacho desentendido de todo lo que significase tono y gravedad. Apenas llegado a Mérida me mandé hacer en la sastrería de don Francisco Emmanuele un par de vistosísimos chalecos. Luego, pedí en préstamo al dueño de la posada un bastón de puño dorado, y me eché a la calle con unos bigotes que daban la cangreja a los del tambaleante Káiser Guillermo II. Juan Antonio Gonzalo Salas, noble escritor y generoso amigo, me dedicó en aquel tiempo un soneto festivo, del cual recuerdo los siguientes versos:

> Usa un bigote que jamás se ha visto
> en cara de preboste o de bandido.

Agregaba Raúl Chuecos Picón a Juan Sánchez Vita, ambos de acerada y alegre lengua, que al llegar yo a la esquina de los Parra, había exclamado: "Señores, yo hice el mundo", lo cual provocó que Hugo Parra Pérez, luciendo abaciales pantuflas, saliera a replicarme: "Se equivoca joven, el mundo lo hice yo".

Sí señores. El mundo según la autorizada palabra de Parra Pérez, no lo hice yo, y ninguna responsabilidad tengo, pues, en tanto entuerto con que uno tropieza en esas calles de Dios. Allá con Hugo Parra que lo explique con su indiscutida autoridad de oligarca y cabeza de tribu. Tampoco creo que a lo mejor pueda hacerlo mi amigo Parra Pérez. El mundo, contra todo lo que diga Ripalda, lo hizo el Diablo. Por eso, junto con la carne y el demonio, es uno de los grandes enemigos del

alma. Las calles las pudo haber hecho Dios, para que libre, holgada y placenteramente camináse mos sus pobres hijos, cosa que en verdad resulta difícil, no sólo por las rayas, semáforos, islas, automóviles y policías, sino por el riesgo que representan los espiritistas que menudamente quieren intervenir en nuestros negocios interiores. ¡Qué de espiritistas, teósofos y adventistas de las kalendas griegas andan sueltos por Caracas! Todo esto forma parte del sabotaje con que el Diablo quiere interferir y desacreditar los misericordiosos propósitos del Todopoderoso.

De mi vida empiezo, pues, por declarar enfáticamente que no tengo ninguna responsabilidad en la marcha del mundo, ni en la marcha de mi país, ni siquiera en lo que sucede en la eclesiástica y mística cuadra donde tengo mi posada permanente. De San Agustín a Cristo vivo. Casi tema para unas confesiones de verdad. Haciendo frontería con mi casa, queda el viejo Hoyo del Padre Quintana, donde Víctor José Cedillo, antes de ser prominente y agudo político, tenía una cuerda de gallos. Disto mucho de San Agustín y mucho más de Cristo, a quienes todos los que nos decimos cristianos creemos andar buscando, sin advertir que lo buscamos por falsos caminos o que le cerramos las buenas puertas. Estoy a la verdad más cerca del "hoyo" del levita, porque ni de los gallos del "Padre" Cedillo puedo hoy aprender nada, ya que se fue con su cuerda para parte donde [no] ventilan bonancibles aires sino propósitos maléficos.

Pero ¿a cuenta de qué le piden a uno que escriba cosas tontas e insustanciales sobre lo que le hubiera ocurrido en este pícaro mundo? Y lo peor del caso es que, bien por imbéciles o bien por vanidosos, salimos los escritores a referir tonterías de nuestra pobre vida. (Algunos llegan beatíficamente hasta a dar por realizados sus sueños). Yo he caído varias veces en estos ejercicios de reportajes y declaraciones, de los cuales forzosamente he tenido que reír una vez leídos en letras de molde.

En el presente caso, mi amigo Escalona Escalona me ha dejado un cuestionario, tan detallado como si se tratase de un utópico viaje a los Estados Unidos o de figurar en las fastidiosísimas páginas de los "¿Quién es quién". Entre las preguntas hay algunas que sólo debiera

hacerlas el psiquiatra a quien se le encomiende el test de un paciente. Esas preguntas quedarán sin respuesta en el papel, para sólo limitarme a responder de mí lo que respecto a su patrón pudiera saber toda cocinera diligente.

Aunque las preguntas no hacen relación al escabroso tema de la política, empezaré por decir que soy y no soy político. Soy político en cuanto soy hombre. Ya Aristóteles nos definió a los bípedos implumes como "animales políticos". Además, me gusta la cosa pública. (Es preciso no confundir las "cosas"). Me siento permanentemente inclinado a pensar sobre el destino de mi pueblo, sobre el destino de mi familia, sobre mi propio destino. Si la salvación del alma es un problema exclusivamente personal, la salvación del ciudadano es problema solidario con la salvación ajena. (Sobre esto debieran meditar los venezolanos que, al igual del loro del cuento, relegan la solidaridad para la hora individual del agua al cuello). Me gusta la política como una actitud de servir y como oportunidad de dar prestigio al trabajo personal. En este sentido soy político. Mas, como se ha dado en la flor de decir que los políticos han de ser hombres hábiles, yo he de manifestar que no sé ensartar ni una aguja de arria. Soy, en el sentido de las habilidades, pésimo político. Me consuela, apenas, que el gran Martí dijo que la habilidad es el talento de los que carecen de inteligencia. Todo lo que sea manual me cansa. Cuando quiero meter la mano, lo que meto es la pata. A pesar de esa inhabilidad, he ocupado elevados cargos públicos, entre ellos la Presidencia del Congreso Nacional, de la cual fui despojado por un golpe de Estado, que me redujo a prisión.

He sido diplomático, no de carrera sino a la carrera. De mi labor en el Servicio Exterior nada tengo de que arrepentirme. Ni en lo material ni en lo moral nada ha perdido el país por culpa mía como su personero cerca de otros gobiernos.

Soy y estoy dispuesto a seguir siendo escritor. En esta dura profesión venezolana no he tenido mala suerte. Con el producto de mis libros no he podido vivir, es cierto, pero algunos de ellos se leen con interés y "tienen audiencia", según apreciación generosa de Picón Salas. Más

que de mi persona, podría hacer de algunos de ellos la biografía que me pide Escalona Escalona. Y comenzará la historia. Me referiré sólo a los que tienen unidad de trabajo, ya que unidad de contenido tienen todos. Aquellos que son recolección de ensayos y notas, no obedecen a otra finalidad sino la de salvar lo que fatalmente estaba destinado a que el viento se lo llevase. De esta categoría son "Horas", "Ventanas en la Noche", "Temas Inconclusos", "Palabras en Guayana", "Virutas", etc. De otros sí puedo dar razón de porqué fueron escritos.

"Lecturas Venezolanas" (1926), apareció con el fin de llevar a las escuelas, como temas de lectura para el 5º y el 6º grados, trozos de literatura nacional, que fuesen poniendo a los muchachos en contacto con nuestros escritores. Esa finalidad la logré con éxito, y dicho libro, que lleva seis ediciones, sirve hoy hasta en las ramas secundaria y normalista de la educación. Es el único libro que en realidad me ha dado utilidad. "Tapices de Historia Patria" (1933), es un libro de tesis, cuya explicación corre en el prólogo de las últimas ediciones. Al intentar un esquema morfológico de nuestra cultura colonial, quise defender la integridad histórica del país, expuesto a la quiebra conceptual que provoca el ahistoricismo con que fue durante mucho tiempo juzgado nuestro pasado hispánico. Hoy es libro consultado en las cátedras de historia patria. "El caballo de Ledesma", (1942), tiene también su explicación en los prólogos de las últimas ediciones. Se formó este libro por sedimentación de comentarios en torno al símbolo de Alonso Andrea de Ledesma, por mí desempolvada y puesto a andar en la literatura nacional. Algunos estudiantes universitarios que habían leído mis comentarios al libro de Maritain sobre la caída de Francia, me pidieron que escribiese algo sobre el peligro que corría Venezuela si tomaba bandería frente a Alemania. Era yo fervoroso partidario de los llamados países democráticos, a quienes de la mejor buena fe consideraba interesados en la destrucción del mundo nazi, por lo que éste representaba una contrarrevolución en el orden de la libertad. No veía yo entonces el juego intrincado de intereses imperialistas que movía a todos los frentes. Me bastaba para ser enemigo de Hitler y Mussolini, la filosofía política que éstos defendían. La bomba de Hiroshima me iluminó más tarde los oscuros meandros donde se ocultaba la farsa democrática de los imperios. De mi entusiasta actitud de entonces me

quedó como fruto la tesis universal y permanente de "El caballo de Ledesma": defender la dignidad humana hasta el sacrificio, pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad.

Mi libro de mayor "cocina" es "Casa León y su tiempo". Preparé sus fichas originales durante el tiempo que ejercí la Dirección del Archivo General de la Nación. El guión me costó más de un año de meditación y de arreglo, pues quise abarcar la figura de los tres Fernández de León y el fecundo final del siglo XVIII venezolano. En alguna carta mía para el general Eleazar López Contreras, cuando yo era Ministro en San José de Costa Rica, hablé al Presidente de la peligrosa influencia que sobre él buscaban ejercer los nietos de la Casa León, cuya presencia constante ha sido fatal en el orden de la República. Mi libro, junto con el examen de los orígenes económicos de la oligarquía criolla y de su influencia en el gobierno, es un libro político. En el se pone de bulto la eterna historia del rico e influyente hombre de la capital, que busca dominar con zalemas al magistrado, a fin de lograr que la fuerza del Estado apoye sus negocios. El casaleonismo no es el camaleonismo de quienes procuran, honrada o vilmente, adaptarse y medrar en toda política. El casaleonismo es la permanente ondulación de la sierpe de la oligarquía capitalina, opuesta a toda idea que contraríe la prepotencia de su grupo y dispuesta en cambio, a tomar el matiz del gobierno que la apoye. Casa León es el que corrompe y destruye los ideales de justicia, así ande envuelto en títulos de aparente honorabilidad y de gravedad jurídica. Ha estado con todos los gobernantes, los ha explotado a todos y a todos ha traicionado. Para sus fines lo mismo es la política de Gómez, de López, de Medina, de Betancourt, siempre que éstos le garanticen los eternos privilegios. Mi libro tuvo la suerte de aparecer cuando, al subir al poder el partido "Acción Democrática", Casa León y su clase dieron la más aparatosa de sus volteretas históricas. (Me refería mi querido amigo Luis Troconis Guerrero, recientemente fallecido, que en cierta oportunidad, a boca de salida de mi libro, conversaba en el despacho presidencial con Rómulo Betancourt quien le insinuó: "Déjame libre por ahora, pues debe estar esperando turno el marqués de Casa de León". Al salir, topó Troconis en la sala de espera con un empingorotado y conspicuo mantuano caraqueño, cuyo nombre silencio por respeto al amigo muerto).

"El Regente Heredia" fue escrito al margen de Casa León, para pintar las virtudes contrarias a los vicios del "hábil" político. Su éxito, hasta ganar el Premio Nacional de Literatura, derivó de su carácter de libelo contra las persecuciones y el terror que implantó el "octubrismo" en un país que había llegado a gozar de la más absoluta seguridad personal. "Mensaje sin destino", está muy cerca de su aparición. Agotada rápidamente la primera edición, ya circula la segunda y planeo en el exterior una tercera. Es libro en que afanosamente defiendo los valores que pueden mantener la dimensión austera de la patria venezolana. Como glosas a escolios a los temas en él tratados, circulará en breve mi libro "Alegría de la tierra", y estoy mandando a las cajas los originales de una colección de ensayos que se titulará "Introducción y defensa de nuestra historia".

En todo lo que he escrito, acertado o en yerro, he puesto el calor de mi pasión venezolanista. Sin ser chovinista, soy un fervoroso defensor de los derechos del país, al cual prefiero ver vestido de ropa limpia y digna, a que luzca el fasto de la factoría. Con el ilustre jurista Carlos Sequera, de quien estoy leyendo en este momento un hermoso artículo sobre nuestro comercio con Estados Unidos, comparto la idea de que cuando éramos más débiles, "estábamos más capacitados para hacer que valiera nuestra dignidad en el concierto universal de las naciones civilizadas". Mi obra literaria está por entero dedicada a levantar los valores de nacionalidad que se resquebraja fácilmente. Por humanismo no soy xenófobo. Sólo pido que se recorten las partes del que pretenda pisotear nuestra independencia. Algunos dicen que es cuestión de sensibilidad. Dios me dio la mía distinta a la de muchos que viven, según ellos, mejor que yo. La erisipela es entidad mórbida que se hace sentir con rojos colores sobre el cuerpo del paciente. Felizmente pasa y no deja huella constitucional en el organismo. En cambio, sobreviven al difunto las humildes falangetas. El tono de la sensibilidad me hace diferir del juicio estético de algunos amigos. Por ejemplo, ayer me alababa un colega de letras el buen gusto de quienes edificaron la suntuosa mansión de la Embajada de los Estados Unidos en uno de los empinados repliegues de la falda del Avila, nuestro monte sagrado, llamado cuando empezó la revolución en 1810, "Monte de la Independencia". El tenía buenas razones arquitectónicas para la loa. Yo difería de su

entusiasmo en razón de que ha ganado imprudente e indebida altura el asta donde lucirá mañana la hermosa bandera de las estrellas y las barras. En Washington no hubieran permitido a la Embajada de Venezuela una eminencia que dominase el área de la fastuosa capital.

Hablar de preferencias literarias sería repetir viejos nombres continuamente alabados. De los contemporáneos, si he de escoger un hablista, la elección cae fácil en el Maestro Key Ayala; si he de preferir un novelista, no puede ser otro sino Rómulo Gallegos; de elegir un ensayista, forzosamente he de votar por Mariano Picón Salas, si he de escoger entre tantos como enriquecen el elenco de nuestros escritores a un historiador, forzosamente diré que Caracciolo Parra Pérez, pese a cierta frialdad que sobrepasa el reposo, es quien ha trabajado mejor la historia después de Gil Fortoul. De poetas, considero excelentes a muchos, pero sigo fiel en mi admiración por Andrés Eloy Blanco. Entre los jóvenes críticos, admiro la labor que realizan Luis Beltrán Guerrero, Juan Liscano, José Melich Orsini y José Fabbiani Ruiz, sin que ello sea parte a excluir mi aprecio por la obra seria, honda y sin prejuicios que realizan otros jóvenes que son prestigio del momento literario. Con relación a mi vida corriente, sin política y sin libros, he de decir que ya doblé la esquina de la vida. Cincuenta y cinco años me separan de la hora feliz en que mis padres y la atareada comadrona celebraron el primer grito que di en Trujillo, población minúscula, pero gran ciudad, donde cuentan los viejos que nació María Santísima. He vivido al día. Imposible me sería echarme a descansar sin trabajar. Soy casado y velado, como manda la Santa Madre Iglesia. Si mi mujer ha sido buena esposa, yo casi he sido un mal marido. En mi matrimonio he tenido ocho hijos. Mis hijos me han dado ya tres nietos. En tierra ajena he sembrado árboles. Me gusta extraordinariamente la música. Frecuento las salas de cine. No cultivo los deportes, pero si la buena mesa pudiera clasificarse entre los deportes, yo diría que he practicado la *gourmandiserie*. Me gusta la caza, especialmente aderezada sobre blancos manteles. Al campo, con rehala y rifle sólo he ido en compañía del Conde de Yebes y de la mano del estupendo amigo Ortega y Gasset. De esta misma manera he cobrado también tigres en el corazón de Africa. De joven fui dromómano. Cuando niño elevaba papagayos. Me gustaba verlos subir hacia las nubes. Al llegar a grande, seguí mirando las nubes y las estrellas.

Esto, claro que no es una biografía. La biografía la escriben los otros con criterio de jueces. Yo sería mal juez de mí mismo, porque excuso todas mis flaquezas, antes de excusar las flaquezas de los demás. Detesto a los puritanos. Aplico muy poco la podadera a la peligrosa vanidad. A uno de los puritanos que mañana se constituya en juez de mis actos, le daré, como atenuante de mis errores, un solo dato que define en parte mi vida: he tenido la suerte de que el corazón se me haya frecuentemente equivocado. Esto a menudo ocasiona dolores, pero más me dolería poseer un corazón inflexible, frío, cicatero que se gobernarse por sólo la cabeza. Un corazón de doctor puritano. Los puritanos monopolizan los guantes. Y andan siempre con las manos limpias, después de haberlas hundido en puercos manaderos.

Esto, en verdad, no es una autobiografía, como me la pide Escalona Escalona. Esto en todo caso es una tontería. ¡He cometido tantas, que una más no hace bulto!....

DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA[1]

Este acto espléndido con que se me honra inmerecidamente, cuando regreso a la patria después de una larga y densa noche de destierro, representa cabalmente la plenitud de la función universitaria. Los maestros que enseñan y los alumnos que buscan el saber de los maestros, se ayuntan, conforme el habla alfonsina, para expresar un mismo propósito. Aquí pues, las altas autoridades que gobiernan a la universidad y el frente estudiantil que en ella constituye la población de la esperanza, se ha congregado para dar un ejemplo de la generosidad tradicional de nuestra casa y un ejemplo también, de la sensibilidad de los jóvenes que colman las aulas, donde se forman los hombres a quienes corresponderá mañana la responsabilidad ductora de la República.

El claustro magnífico de la universidad me honra con exceso al recibirme en mi calidad de profesor, por seis años alejado de la cátedra, tanto en razón de las sombras caídas sobre el instituto cuando se le intervino despóticamente en 1951, como a causa del destierro que en 1952 me fue impuesto, por el delito preclaro de haber ganado los votos del pueblo contra el feroz aparato de la tiranía.

Fuera del país y así estuviera distante de sus playas y sus montes, Venezuela viajaba conmigo en función de víscera y mandate. Conmigo andaba como un largo recuerdo su historia secular, y conmigo andaba también, como un delirio iluminado, la visión sagrada de su maravi-

(1) Discurso leído en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria el día 13 de abril de 1958. Texto mecanografiado, localizado en el archivo del autor.

llosa geografía. En medio del dolor entenebrecido de la ausencia, se alzaba como hilo de milagro la esperanza de la hora feliz en que la angustia se trocase con la calma, y el llanto del proscrito fuese prisma donde quebrase la luz de la nueva libertad. Bien sabía que era mucho el bulto de los pecadores cebados en destruir los caminos de la dignidad nacional y bien conocía hasta dónde estaban comprometidos con el crimen las fuerzas que pudieron enfrentarse al despotismo. Mas, en medio de tanta sombra y salvando el abismo espantoso de la duda que hacía presa en el ánimo angustiado de los patriotas sabía también, que en Venezuela quedaban dos grandes puntales resistentes. Estaba cierto de que el pueblo, vuelto sobre su propia conciencia, llevaba la vida torturada del caracol a quien se impide la marcha y buenas razones tenía para saber que en esta casa, junto con dignísimos profesores que exponían diariamente sus manos para hacer de brisera propicia a la llama de la dignidad amenazada por el vendaval policíaco, sufrían y meditaban valientes muchachos, para quienes el riesgo era incentivo y la amenaza de la cárcel un mero accidente en el camino de la dignidad personal. A ellos dirigí desde España mi voz de estudiante encanecido, para ofrecerles palabras que entonasen aún más sus pulsos ardorosos. Obrero de la unidad nacional, dediqué mis palabras a Juan el urredista, a Pedro el copeyano, a Jesús el acciondemocratista, a Pancho el comunista, a Antonio el independiente, todos del mismo apellido Pueblo, urgidos todos de estrechar sus esfuerzos para salvaguardar la dignidad ofendida de la madre angustiada. Me dirigí a la silenciosa universidad política que luchaba en la sombra contra el mutismo que pretendieron imponerle las autoridades dictatoriales. Me dirigí a la conciencia limpia de los jóvenes que acudían a las aulas para escuchar la enseñanza de profesores, de quienes el impuesto silencio, se hacía difícil recibir precisas orientaciones acerca de las líneas llamadas a servirles de normas para llegar a la toma de conciencia implícita en todo proceso de cultura. En aquel mensaje busqué de poner en resalto las graves urgencias que el porvenir de la República impone como deber a la juventud del país, principalísimo entre ellas —por ser numen y matriz de toda acción fecunda— el problema de la unidad, que supera la anarquía y los exclusivismos por donde la República ha caído en las funestas quiebras despóticas. Tanto las colectividades políticas —decíales— como cualquier otra manera de grupos sociales, se han

creído en posesión de sistemas mágicos, dentro de los cuales pudiera considerarse esquematizada la solución de los problemas del país. En el camino de romper esta táctica funesta, la juventud empieza a ubicar su juicio más allá de los intereses privativos de clases, de grupos, de regiones, para mirar sólo al contenido humano y nacional de los problemas de la patria.

El agasajo que autoridades y jóvenes me ofrecen en esta noche inolvidable, lo recibo como respuesta espléndida a mi angustiada inquietud de entonces. No en balde confié en la fuerza estupenda de la juventud universitaria y liceísta. Cuando más apretaba la noche de la vejatoria dictadura, más crecía mi esperanza en lo que harían los jóvenes. Si lo viejo está tomado de la carcoma y lo poco que ha respetado el naufragio vive en infecundo apartamiento de la realidad —a comienzos de 1956—, si las generaciones con mayoridad política tienen —tenemos, concuerda más con la verdad— mayor o menor complicidad en las fallas del país, justificado está que se mire hacia la juventud que colma Universidades y Liceos, con la angustiada y heroica esperanza de quien anhela entrañablemente la pervivencia de la República. La noche hace más densa las tinieblas cuando el amanecer se acerca. A la hora en que parece que la desesperación ha llegado a los límites del temblor pavorizante, también aquellos que han tenido fe en los valores del espíritu y en la eficacia final de la virtud, sienten la cercanía de la gracia. "No siempre es seguro, dice Claudel, la frecuencia y la fortaleza de lo peor". Tras la noche sombría en que se ven triunfar los subalternos valores de la biología, llegará con toda certeza la luz del sosiego y el ímpetu saludable de la plenitud. Maestro y yunque de voluntades, el dolor abre sentidos extraordinarios al hombre cuando se lo recibe con la intención creadora de quien más allá del carbón busca la chispa luminosa del diamante.

En el dolor de aquella larga noche sin estrellas, la juventud universitaria —como ejemplo para los mayores— fraguó la densa conciencia de deber que la llevó a echarse a la vía pública en noviembre pasado, para dar comienzo a la revolución que está reviviendo, no sólo en la calle sino en el propio interior de los cuarteles, el anquilosado tegumento de la nación.

Ayudó eficazmente la juventud a conquistar la libertad de la República oprimida y explotada por connacionales que obraron a manera de banda de extranjeros forajidos, y reganó para el Instituto las líneas del decoro autonómico que le había cercenado el régimen dictatorial.

Como en los mejores tiempos de las grandes Universidades de Europa, maestros y alumnos se juntan para crear la estrecha comunidad de intereses superiores que sirven de fuerza creadora a estos centros. Sobre el valor de la ciencia y de la técnica que aquí abasta a los futuros profesionales, la Universidad ha de ofrecer a los jóvenes medios idóneos, ejemplos eficaces, enseñanzas claras por donde puedan llegar fácilmente a esa toma de conciencia que es norte de todo esfuerzo de cultura. Antes que fórmulas para ganar pleitos y para descifrar problemas, antes que pericia para desorientar a la muerte y para explicar la vida, la Universidad ha de ofrecer medios para que el hombre se encuentre a sí mismo y cumpla fácilmente su propio destino. Popular en su esencia, ella volverá seguramente a la gratuidad que ayer la hizo expresión de la unidad social de la Nación, y ella sabrá salir de sus muros severos para enseñar conducta al pueblo. Fragua para el templo de los nuevos hombres, la Universidad necesita empeñarse en un amplio y severo proceso que ayude a la formación —no de meros profesionales, sino de una recta, severa y fecunda conciencia de venezolanidad creadora y defensiva—. Dentro de los grandes cuadros de la cultura universal, Venezuela y América necesitan tener un signo propio. Ese signo corresponde a las Universidades pulirlo y exaltarlo, no como punta agresiva de particularismos sin sentido, sino como testimonio de un modo de juntarse nuestros esfuerzos al esfuerzo de quienes buscan la comprensión integral del género humano.

Esa Universidad que todos anhelamos ver por cabeza del orden jerárquico de la República, reclama que sus cuadros constitutivos se alcen sobre las recias estribaderas del deber. La vocación de poder, que tan fácilmente es exaltada entre los jóvenes, precisa, como escribí en mi ensayo de 1953, que la sustituya, una recia vocación de resistir el mal poder. Resistir implica por sí solo una posición de aguante y sacrificio para la cual es requerida la sistemática del deber. Palabra dura, ella contrasta con la alegre y desparramada extensión de las voces que pro-

ponen los derechos; más, único apoyo en cambio de la ética que da contorno y fija función al ciudadano.

En la hora feliz en que viejos y jóvenes conjugamos nuestras fuerzas para ganar la perennidad de la República democrática, precisa mirar con ojo prevenido al territorio austero de los deberes que nos toca cumplir en orden a ganar robustez para nuestros derechos. Al fuego sagrado y al ímpetu juvenil que ayer voceó los derechos ultrajados, precisa sumar con el regusto del triunfo, la severa reflexión por donde damos sentido responsable a nuestra conducta de hombres.

Cuando la vieja Casona de Santa Rosa de Santa María, asumiendo su propio gobierno, vuelve a la genuina dignidad universitaria, doble es el compromiso de maestros y alumnos. La resistencia que ayer opusieron profesores y estudiantes ante las hordas policíacas, hemos de trocarla en resistencia a los propios factores disvaliosos que se mueven en nuestro territorio privativo. Profesores y alumnos estamos obligados a trabajar hoy con mayor fuerza al servicio de una cultura, cuyas fórmulas conjuntamente perseguimos. La Universidad abierta y fresca, por cuya conquista tanto hemos luchado, debemos ofrecerla por ágora donde se discuta el problema integral del hombre venezolano como factor de bien, de cultura y riqueza. Al humanismo de las altas letras, precisa preferir al humanismo que busca la expansión del hombre como testimonio de una voluntad encaminada a la realización del destino irrenunciable de dignidad espiritual que da primacía a valores que buscan perpetuarse más allá de los horizontes temporales. En el orden de esa cultura integralista que la Universidad ha de impartir, junto con las normas científicas y técnicas de alcance utilitario, urge intensificar la enseñanza de aquellas materias que en la facultad moderna se juntan como sistemática de la Cultura. Entre ellas y al lado de las disciplinas de pura intencionalidad filosófica y literaria, la Sociología y la Historia definen campos de alcance concreto para la comprensión del hecho humano. El hoy del pueblo que estudian los sociólogos y el ayer del pueblo que los historiadores investigan para la lección oportuna, son a la postre un solo día en el orden permanente del universal mundo. Presente que gana dimensión perdurable al hacerse pasado, la sociología tiene en la política su puente de conexión para trocarse en historia. El gran episodio político constituye, en realidad, la compostura para el tránsito

de lo que se mueve en la fecundidad presente hacia lo que en memoria se mueve para la permanente lección ejemplar. En orden a que ese tránsito signifique una transferencia fecunda de valores, la Universidad ha de cultivar y de orientar la vocación política que hace del hombre un ser llamado a completarse por medio de la extroversión creadora hacia sus semejantes. Para que la vulgar politiquería de la zancadilla y del asalto tumultuario, sea definitivamente sustituida por una actitud convivente de comprensión, de inteligencia, de tolerancia, de cooperación y de deber, la Universidad ha de imponerse la obligación elemental de formar ciudadanos más que científicos, de producir hombres buenos más que buenos profesionales, de forjar conciencias íntegras más que luminosos sabios a quienes sea fácil desconocer los derechos fundamentales de la criatura humana. Esta circunstancia hace que sobre la Universidad recaiga la obligación de preparar los hombres en cuyas manos ha de estar el timón de mando de la República y de hacer de ellos individuos con pasión y con bríos que, sabiendo gobernar sus propias fallas, no están expuestos a que otros hombres terminen por convertirlos en caricaturas de sí mismos o en peleles que contrahagan los vicios de que enantes se dijeron enemigos.

El sentido cívico de la misión universitaria lo aclara de singular manera la presencia en este acto con que inmerecidamente se me honra, de la voz austera de la ciudad, cuyos anales ayer guardé con orgullosa devoción. A la palabra generosa de quienes representan tanto la autoridad universitaria como la esperanza de la República, se agrega el discurso de quien tiene la personería del cuerpo que representa a la comunidad. Ciudad se llamó en vieja glosa castellana a los Cabildos o Ayuntamientos de hombres encargados de velar por los intereses del común. Como expresión valorativa, la voz ciudad ha llegado a tener categoría ontológica por donde se expresa la propia convivencia. Entre los vocablos de mayor carga humanística figura en sitio puntero la palabra Ciudad. Ella significa conjunto de hombres unidos para la vida común, y de ella derivan, como temas de política, las palabras ciudadano, ciudadanía y civismo. En ella, a la vez se compendian los reclamos que llevan a un mismo nivel de urgencia a los hombres que integran la colectividad: agua, pan y fuego que en el orden material son temas adscritos a la misión municipal; seguridad, tolerancia y li-

bertad son por su parte soportes insustituibles de la convivencia que asegura la Ciudad. Al juntarse la Universidad y la Ciudad para ofrecerme este extraordinario agasajo, están diciendo al pueblo que los saberes que ilustran la mente y alumbran la voluntad han de estar dirigidos a realizar la Ciudad, como circunstancia donde tiene su efectiva realización la conducta del hombre.

Señores:

Cuando Venezuela ha impuesto la sinceridad como un indeclinable mandato, es deber de los hombres maduros decir palabras claras y precisas a quienes buscan afanosos los signos propicios para ganar el buen éxito en los caminos de la República. Yo he de repetir aquí como lección magistral, lo que otros ya han dicho de mí en diversas formas. De las clases intelectuales y del pueblo en general he recibido hoy y recibí ayer generosas palabras de estímulo, en razón de habérseme visto en un constante empeño de rectificar errores y reconocer caídas. El presuntuoso empeño que otros ponen por presentarse vistiendo paradigmáticas vestes, yo opongo un esfuerzo encaminado a señalar a los jóvenes las quiebras del camino por donde he hecho mi vida pública. El hombre en sí, como unidad moral, y los pueblos como expresión de una multánime conciencia, más ganan con el humilde examen que los lleve a la rectificación oportuna que con el olvido de sus errores. En la hora presente y como ceniza ninivítica que ayude a la purga del pecado colectivo, Venezuela reclama un inmenso *mea culpa*, que permita mirar con clara y penetrante mirada los manaderos del vicio que nutrió ayer la locura moral por donde grandes sectores responsables de la colectividad hicieron coro festivo al tenebroso régimen caído. Si los viejos no quieren hacer este obligado examen de conciencia, apercíbanse, en cambio, los jóvenes para no caer a su tiempo en el pecado que ha convertido en reos de esa República a quienes, habiéndose presentado en años mozos a la palestra cívica, como promesa de austeros ciudadanos, terminaron por alentar el vicio de los déspotas. Sabed vosotros, ¡oh muchachos alegres que colmáis Universidades y Liceos, que vuestro es el futuro y vuestro el deber de que Venezuela no presencie por nunca jamás el espectáculo espantoso que le han ofrecido muchos de quienes estaban obligados a mejor servirla! En vosotros, universitarios de Caracas yo

saludo a la nueva Venezuela, y en vosotros saludo a vuestros compañeros de Mérida y del Zulia, como a los futuros dirigentes a quien tocará encaminar la marcha del pueblo hacia la conquista definitiva de sus derechos y de sus libertades. Os saludo con júbilo, pero también, os digo que para asegurar la constante alegría del examen final, precisa transitar con reflexión caminos de sacrificios y de dolor...

VOCACION E INICIACION LITERARIA[1]

La inclinación hacia el mundo de las letras la estimuló en mí, desde muy niño, la palabra de mi padre. Cuando por 1911 cursaba Preceptiva en el Colegio Santo Tomás de Aquino, nuestro profesor, el gran educador Monseñor Mejía nos proponía temas literarios. Pronto, con Jesús María Rosales Aranguren, Américo Valero, Carlos Briceño Altuve y otros compañeros de clase, imprimimos una hojita de nombre "Génesis". Allí publiqué mi primera travesura: un articulejo sobre la historia universal, al cual puse un significativo epígrafe de Balmes: "El mundo marcha, quien se detenga será aplastado, y el mundo continuará marchando". La consigna progresista la estampó el gran filósofo español, justamente cuando el mundo de Europa contemplaba con sorpresa la primera gran política de Pío IX. En el fondo de mi espíritu esa consigna ha tenido vigencia. Quizá nada me haya llenado tanto de orgullo como haber leído que los jóvenes me miran por su contemporáneo.

Comprenderá usted que mi saludo a los montieles de las letras fue sin rocinante ni escudero. Salía a pie y con escaso avío. Mis primeros escarceos estuvieron marcados por la imprecisión de mis medios. A la usanza vieja, probé mi rebeldía atacando los valores religiosos: en Trujillo escandalicé a las beatas predicando a Zaratustra y al superhombre nietzscheano; en Mérida, cuando hacía la carrera de abogado, senté plaza de iconoclasta y más de un mal rato proporcioné al grande Obispo Silva; sin embargo, allá mismo, volví sobre mis principios religiosos e imprimí a mi literatura el sello semi-místico que distingue a mi li-

(1) Texto inédito mecanografiado, localizado en el archivo del autor, sin fecha.

brito "Horas", aparecido en Caracas a fines de 1921. Fue éste mi primer libro, afortunado para agotarse en cosa de seis días, puesto que lo liquidaron las llamas del incendio ocurrido en la vieja librería Maury.

Mi primera literatura fue literatura de introversión y de angustia personal, los problemas sociales los miré a través de estados personales de conciencia y mediatizados a la visión religiosa. Para ello tuve la suerte de haber dado muy pronto con el Cristo de Giovanni Papini, anticipo del Cristo de Kazantzakis. Ese y no el Cristo glorioso de la alta Teología, era el Cristo que yo buscaba. Cristo metido dentro del dolor del pueblo. Si se examina mi literatura de hace veinticinco años, en ella se pueden advertir los pasos de un combatiente. Siempre combatí por la idea cristiana y desde entonces, también, hallaría usted en mis escritos la angustia nacionalista. Nada expresa tan al propio mi empeño defensivo de la nacionalidad, como mi libro "Tapices de Historia Patria", escrito para atacar la historia segmentaria de los historiadores románticos y positivistas. Como historiador yo he procurado probar la continuidad histórica en nuestro pueblo como transplante y confluencia de valores humanos realizada en el siglo XVI. Desde entonces he sostenido que un pueblo sin historia carece de futuro. La combatividad de esta tesis la presenté en forma dramática, que supo captarla el pueblo cuando resumí en mi ensayo "Mensaje sin destino" ideas que ya estaban en fermento en mis "Tapices", tendenciosamente presentados como defensa de la "Leyenda Dorada", ya que en ellos ataco acremente la "Leyenda Negra", que los anglosajones fabricaron contra España.

A muchos extraña que yo me haya lanzado a la política de calle cuando mis canas me obligan a buscar reposo. Para aseverar que mi actitud no ha sido un tardío despertar, podría mostrarle la copiosa correspondencia por mí dirigida a amigos y gobernantes. Contra el capital extranjero no he acometido a última hora: en 1929, cuando vivía de un sueldo de mil doscientos bolívares, se me ofreció la oportunidad de ir a negociar para la Bond and Share las plantas eléctricas de Valera y Trujillo; rechacé la operación y desaconsejé la operación entre los posibles vendedores. En 1936, como debe recordarlo hoy Rómulo Betancourt, evité que la United Fruit Company se instalase en Venezuela,

y como Presidente del Estado Bolívar, procuré que las compañías extranjeras no prosiguieran en sus tradicionales abusos. La pasión por estos temas y el roce continuo con los hombres que han traicionado al pueblo y a la Historia, me llevaron a dedicar preferentemente todos mis esfuerzos de escritor a la defensa de la substancia nacional. Creo que no sea mi literatura la sola combativa: frente a ella están la pluma y la voz de quienes defienden la tesis contraria y obligan a la réplica consiguiente. Ahora, si se tratase de fijar una hora a eso que llaman mi actitud nueva, yo iría a 1941, cuando un grupo de estudiantes atemorizados ante el peligro de un ataque alemán, fue a pedirme palabras neutralistas. Yo les ofrecí entonces "El caballo de Ledesma", como tema agónico al cual se acogieron diversos escritores. Más tarde, cuando la coyuntura de Corea alarmaba la conciencia del mundo, "Mensaje sin destino" fue recibido como aviso propicio para un reencuentro con nosotros mismos. Hablé entonces de "crisis de pueblo", para ponderar la carencia de ajustes de nuestra realidad histórica y social y ahondé en dicho trabajo el peligro que para nosotros ha representado nuestra entrega irreflexiva a los intereses forasteros; precisé la necesidad de defender nuestra tradición y nuestra historia como aglutinantes de la nacionalidad. No faltaron quienes me calificaron de retrógrado y de enemigo de los valores universales y hasta se dijo que yo prefería el tinajero de piedra a la moderna nevera. Tal vez en esto haya un poco de realidad, si se toma el caso como símbolo de preferencia para la pobreza honesta sobre la riqueza ganada con mengua del decoro y de la libertad. Puedo, en cambio, decir que mis palabras de 1950 no cayeron en el vacío. El pueblo sintió el deber de reafirmar los valores defensivos de la nacionalidad, y el propio gobierno perezjimenista —así destruyese al pueblo y a la nacionalidad, en sus propios hombres— inventó un nacionalismo de liquiliqui y de avenidas de cemento, para engañar a una conciencia deseosa de realidades. En nombre de ese nacionalismo defensivo —que apenas es parcela del conjugante nacionalismo latinoamericano— yo he insistido en buscar medios para mejorar nuestras relaciones con Estados Unidos y para dejar el camino que nos está conduciendo a ser una factoría para provecho extranjero. Más de una vez he dicho que de Estados Unidos necesitamos la lección de sus jueces y la palabra orientadora de sus grandes profesores, más que la sonrisa y el falso apretón de manos de quienes vienen a aprovecharse

de nuestra indefensión. Creo que eso deben hacérselo sentir los universitarios venezolanos al Vicepresidente Nixon, próximo huésped de Caracas. Es preciso decir a los gobernantes norteamericanos que nuestras relaciones, para que sean exitosas y útiles, deben estribar sobre la inteligencia y la justicia. Hemos de decirles que aspiramos a una justa revisión de nuestra política comercial, para que la nueva relación sea más provechosa a los unos y a los otros. Sobre todo, hemos de insistir sobre la necesidad de que se nos respete nuestra vocación de libertad como promesa para la unión del hemisferio americano.

Respecto a la labor del intelectual de ayer, yo he insistido en el tema. En "La traición de los mejores" abordo el tema de la falta de palabras con que tropezamos los hombres de mi generación. Sobre todo, parece que han sido pocos los que insistieron al pintar canas en la rebeldía de los primeros años. Esos apóstoles frustrados se convirtieron después en recios puntales de las dictaduras. Muchos carecieron de medios para optar una posición independiente y se vieron forzados a la actitud ambigua de ejercer como tema de libertad el jacobinismo anticlerical, que les sirvió de manto protector para la entrega de la voluntad, tanto a los caprichos del gobierno como al servicio de intereses foráneos.

En mi ensayo "La hora undécima" planteé la necesidad de que la Universidad tome conciencia de su deber de formar hombres antes que profesionales. La crisis de civismo arranca en gran parte de la carencia orientadora de la Universidad. Hasta 1935, de la Universidad apenas salían las voces rebeldes de los estudiantes. Los profesores respetaban sus causas y huían al campo de las manifestaciones estudiantiles. Hoy la ecuación es otra: los profesores gritan junto con los jóvenes. Muchos hombres pacatos se asombran de los gritos de los estudiantes. De mi parte creo que esos gritos, para que se conviertan en sinfonía robusta, necesitan la pauta profesoral. La Universidad necesita encauzar al joven por una vía de moral cívica, que le haga sentir el deber del trabajo en equipo, con verdadero sentido de altruidad. Hasta tanto no logremos crear el sentido de interdependencia y correlación que nos permita mirar la libertad como un valor indivisible, no habremos dado rumbo cierto a nuestro futuro democrático.

Creo que servir a esta causa sea la obra fundamental de los intelectuales venezolanos. Cuando hayamos cumplido este deber, dejaremos de estar expuestos al trance que obligó al Dr. Núñez de Cáceres a pintarse las canas. "¿Y Ud. doctor Núñez con las canas pintadas?", le preguntó sorprendido alguien cuando apareció con la cabeza ennegrecida. "Yo señor, me pinté las canas, porque en Venezuela ni las canas son respetadas". Tal vez el doctor Núñez de Cáceres no pensó que en Venezuela los viejos se han preocupado muy poco porque los jóvenes les respeten las canas.

CAUDILLISMO. INTEGRACION. ANTICOMUNISMO[1]

—¿Ud., como político cre que el caudillismo en nuestros países es un síntoma positivo o negativo?

—El caudillismo fue un fenómeno explicable en nuestra América del Siglo XIX y de principios del que cursa. Originalmente fue secuela de la sobresaturación de jefes militares que dejó la guerra de la Independencia y del consiguiente estado de anarquía cantonal que promovieron los viejos próceres. Fue, sin embargo, en el orden orgánico de la sociedad una manera primitiva de funcionar la democracia. Los caudillos locales, y en especial el caudillo en torno al cual se unificaba la mayoría de ellos para estabilizar gobierno, contaban con un respaldo de pueblo. Cada caudillo tenía "su gente", como hoy los dirigentes civiles tienen sus adeptos. En aquellos viejos procesos el pueblo no votaba con papeletas cívicas, sino con balas de fusil. En Venezuela la totalidad de estos caudillos ganaron su prestigio a punta de actos de valor, probado en el campo de batalla. Gómez, el último de ellos, se ufanaba de haber derrotado a Luciano Mendoza, a su vez vencedor de Páez. Constituían en sí un proceso de prestigios personales que se desplazaban unos a otros. Para mí en América la era del caudillismo está completamente superada. Otro es el hecho de los regímenes sostenidos por los cuarteles. En este caso los ejércitos obran como factores mecánicos de fuerza. A su frente no se requieren jefes de prestigio. Con un poco de conocimiento de armas y de manejo urbano de tropa, se encauza el temor que inhabilita la acción de los civiles. Los verdaderos caudillos se formaron en el campo de batalla o como Velasco

(1) Entrevista. Texto mecanografiado localizado en el archivo del autor. Sin datos.

Ibarra, en su país, en el área de la lucha cívica. Los regímenes militares de hoy no coinciden sino en lo que dice a la técnica común de administrar la fuerza y el temor, con la vieja idea del caudillismo que llenó épocas movidas de nuestra historia americana. Lo de hoy es una mera organización militar al servicio de los intereses de las diversas plutocracias criollas y de las poderosas plutocracias internacionales. Les falta el significado romántico que dio ayer carácter de héroes a los jefes antiguos. Los pintores y los poetas llegaron a tener temas fecundos en la vida riesgosa de los caudillos. Los hoy llamados "jefes" entran en la vulgar categoría de burócratas.

—¿Podría explicarnos la separación de Venezuela de la Flota Mercante Grancolombiana. Para muchos que no conocen de cerca los acontecimientos, éste resulta inexplicable?

—Las razones invocadas por Venezuela para separarse de la Flota Grancolombiana no las conozco cabalmente. Mientras fui Embajador en Colombia surgieron diferencias por el paralelismo de la acción de aquélla con la Flota Venezolana de Navegación; mas, me fue dado apreciar entonces muy de cerca la labor de mis queridos amigos los Drs. Alberto Losada Casanova y Héctor Cuenca en orden a solucionar fricciones. A mí me era simpática la línea, pues si bien es harto difícil, por si no imposible, articular hoy la vieja unidad política que tanto deseó salvar el Libertador, considero, en cambio, hacedera y beneficiosa la conservación y la creación de nexos que den fuerza a los vecinazgos y que mantengan la vigencia espiritual de la antigua comunidad política que ganó el mayorazgo de la libertad en la América española. La Flota fue un ensayo feliz de lo que puede hacerse por medio de pactos regionales que ayuden a la defensa de nuestros intereses frente a la absorción económica de las grandes potencias industriales. Si tiene algunas fallas la Carta de Quito bien puede estudiarse una manera más simple y eficaz de operar nuestra política de grupos. Esto ayudará a que la América nuestra tenga voz más enérgica en el concierto del Nuevo Mundo.

—Su figura, Dr. Briceño, es conocida como señera en la tendencia integradora de Hispanoamérica. *¿Cree Ud. que podría ser una ver-*

dadera empresa continental el tender a una unión de todas las naciones hispanoamericanas, formando un cierto regionalismo continental?

—Me habla Ud. de América y del porvenir que pueda tener la unión de nuestros pueblos de raíz hispánica, justamente en momentos en que oigo con dolor las voces cargadas de angustia y de barbarie que de allá nos vienen. Hace algunos meses la conciencia pública fue alarmada con hechos funestos como el suicidio del Presidente del Brasil y como el violento derrumbe del gobierno de Guatemala. Las crisis se suceden en forma diversa e inesperada. Conflicto de confianza en Chile; retiro de una candidatura en Cuba; "golpe de estado" en Honduras, promovido por las propias autoridades legislativas; desafío del Presidente de Nicaragua al de Costa Rica; prisión de dirigentes socialcristianos en Venezuela; asesinato del Presidente de Panamá, imputado a su propio Ministro de Relaciones; crisis religiosa en la república del Plata; golpe frustrado contra el civilismo en Ecuador; rebelión militar en el Perú; amenaza de disturbios internacionales a base de viejos e incomprendidos temas geográficos o de intervención en la política de otros países. Al igual que en los años juveniles del inolvidable Alcides Arguedas, prosigue la barbarie como denominador común de nuestro sufrido continente hispanoamericano. Se finje un progreso de canales, de ferrocarriles, de rascacielos, de parques, de hospitales, pero mientras la obra material crece y engaña y mientras las grandes inversiones dan posibilidades de enriquecimiento a la gente de los negociados, el hombre común, —el ciudadano medio y el obrero sufrido— soportan el peso de sistemas que niegan posibilidad a la realización del deber de cultura que representa la meta de la Historia humana.

Sopla a través de nuestro continente un viento de profunda inquietud y de amenazadora zozobra. Mientras se hacen planes que permitan defender las estructuras concenciales donde afincan los cimientos de la civilización occidental, los dirigentes políticos y los administradores del dinero internacional, realizan una obra contraria a las nobles ideas proclamadas desde sitiales de dignidad internacional. Vive América una contradicción manifiesta entre la literatura que oficia en Conferencias y Universidades, y la jerga realista que se ofrece a la inmediata consideración de los pueblos. No es problema de uno o de tres regí-

menes políticos que desalojan las ideas de libertad y de dignidad humana. Es, por el contrario, problema que se extiende desde uno hasta el otro extremo del continenete occidental, con una uniformidad que hace notables las excepciones.

—¿Ud. cree que en la situación actual de nuestros países se lleva una política de inteligencia que podría acercarnos a este ideal de unión?

—En América necesitamos levantar consignas aglutinantes que hagan posible la anfictionía con que el Libertador soñó en 1826; pero lejos de buscar temas que unan entre sí los programas políticos de los diversos pueblos, se confabula para mantener la rivalidad entre los países. Aún se invocan los viejos y superados problemas territoriales. Lejos de echar cenizas sobre cualquier brasero equívoco, se invocan temas fútiles con que gozar la atención ligera y engañadiza de las propias masas destinadas a inútiles sacrificios bélicos. Cuando se trata de unir la América, es criminal y soso discutir falacias jurisdiccionales. El problema de América es problema de hombres y no problema de tierras. Problema de moral y de autodeterminación y no problema material de hitos, de caminos y de edificios. Tuvo uso como fórmula para estadistas la frase "gobernar es poblar" del argentino Alberdi. Si en América se mira el caso de la selva y del desierto, la sentencia es de buen curso. Mas, el problema de gobierno significa un propósito invariable de aumentar vertical y no horizontalmente la población. La demografía puede dar magníficas cifras como indicativas del progreso de los pueblos. También la geografía, medida al kilómetro cuadrado, puede ser un dato de importancia para juzgar la dimensión de los países. Sin embargo, los pueblos son la realidad autónoma de la riqueza manejada por hombres de íntegras proporciones humanas. Más que poblar, gobernar es aumentar la dimensión moral de los pueblos. Más que estirar una geografía desértica, gobernar es hacer benéficamente productiva la tierra útil y libre que el destino social señala a cada colectividad como marco para su acción histórica.

—¿Cree Usted doctor Briceño, que nuestra política hispanoamericana debe acentuar la defensa jurídica de los derechos individuales frente a posibles arbitrariedades de los poderes públicos?

—En la hora presente nuestros problemas carecen de posibilidad de ser solucionados aisladamente. Para dar salida al impasse en que se encuentra la libertad en la América nuestra, precisa un viraje profundo en la conciencia de los pueblos y gobiernos. Nuestros problemas van desde el aseguramiento de los derechos más simples del hombre hasta la determinación de las altas estructuras que tienen el encargo de defender su propia razón de ser como unidad histórica. Sin embargo, lo primitivo se hace sentir con voz de imperio que pareciera negar posibilidad al sentido institucional de la cultura. Faltan claridad y justeza en los caminos que se señalan como propicios para ganar la altura. Diríase que los pueblos se guían por una dialéctica infernal, a cuyas luces pareciera posible invertir el sentido de la lógica. Ese desconyuntamiento de los métodos lógicos —tan propios en la política— hace que descuidemos el carácter continental de nuestros problemas. Las palabras de Bolívar a los ciudadanos de la vieja Colombia adquieren vigencia para toda América. Unión, unión, es consigna irrevocable del momento. Si desde México hasta Argentina se formase una conciencia democrática que velara uniformemente sobre la suerte de nuestros países, con sentido de solidaridad semejante al que mostramos en 1810, el caso sería muy otro. En el Norte y en el Sur se habla con insistencia de planes enderezados a evitar que el comunismo soviético haga presa del Nuevo Mundo. Sin embargo, una errónea política, generalmente en el continente, está llevando a los pueblos de raíz hispánica a situaciones desesperadas, por donde se hacen posibles las más absurdas e indeseadas soluciones. ¿Por qué los altos organismos y las Cancillerías más autorizadas no revisan con ojos apropiados el trágico problema de nuestro continente sin justicia y sin fe en las instituciones llamadas democráticas? ¿Por qué el Departamento de Estado, digamos por caso, no considera a mejores luces sus relaciones con los países de Indoamérica, y busca un nuevo tipo de relación que asegure a Norteamérica la amistad real de los pueblos más que la culposa colaboración de los gobiernos?

—¿Cree usted bien encaminada en América la lucha contra el comunismo?

—Muy por lo contrario. Juzgo que en América el Kremlin tiene valiosísimos aliados entre gente arbitrariamente llamada anticomunista.

Por una falsa apreciación del problema, el hombre común de nuestra América hispánica está siendo empujado a ver en el comunismo una solución de libertad. El error táctico parte de Washington. Al Departamento de Estado sólo parece interesarle que en nuestros países gobierne un grupo de hombres que apoye irrestrictamente los negocios norteamericanos, sin pensar en la ecuación negativa que plantean contra sus intereses permanentes. Si Washington apoya un sistema que oprima al pueblo, el pueblo ve naturalmente en Estados Unidos un enemigo. Y como esta situación se da en numerosas naciones del Nuevo Mundo, las masas respectivas miran con recelo y hasta con odio a Estados Unidos, y vuelven hacia Rusia, con la absurda esperanza de lo desconocido. En distintas oportunidades yo he comentado esta peligrosísima falacia, abultada en sus riesgos por la ligereza con que Estados Unidos juzga la actitud de los hombres que en nuestros respectivos países defendemos el sentido de la dignidad nacional. Washington no ha hecho cuenta de que los peores enemigos que tiene en América Latina son los políticos y los negociantes entreguistas que, junto con los dictadores sin escrúpulos, no reparan en vejar la población y en entregar la riqueza del país. Para una política permanente y decorosa más serviría a Estados Unidos el apoyo reflexivo de un pueblo que se sintiera respetado en sus valores existenciales. Paradójico resulta invitar a la defensa de la libertad amenazada por el comunismo soviético, cuando los supuestos puntales de la defensa son hombres dedicados a ultrajar y perseguir a los ciudadanos libres. Muchos damos un valor adjetivo al problema y nos limitamos a lamentarlo y denunciarlo; otros, en cambio, reaccionan de distinto modo y siguen el camino simplista de fomentar ideas que llegan a favorecer una posible expansión comunista en América. Sin embargo, es de esperar que Estados Unidos como parece mostrarlo su actitud en el caso Costa Rica y Nicaragua reconsideren las líneas de su política con nuestros países y comprendan que para contar con el apoyo del pueblo de Hispanoamérica —que es amigo del pueblo estadounidense— deben empezar por no dar apoyo a las dictaduras que azotan a nuestras Repúblicas. Esto no lo decimos los políticos y los publicistas hispanoamericanos, esto lo aconsejan hombres reposados que escriben en columnas de los grandes diarios newyorkinos, esto se comenta con angustia en las Universidades de Estados Unidos.

"UN CLIMA DEMOCRATICO SOLO PUEDE CREARSE SOBRE UN AMPLIO ESPIRITU DE COMPRENSION Y CONVIVENCIA"[1]

Por Guillermo Meneses

Conocimos a Mario Briceño Iragorry unos cuantos años. Andábamos entonces atravesando el tiempo necesario para recibir el título de Doctor. (El tiempo decimos —porque sólo tiempo universitario fue suficiente y ningún conocimiento preciso para llegar al doctorado).

Entonces Mario Briceño Iragorry era no sabemos si Vicerrector o Secretario de la Universidad y formaba parte de los jurados examinadores. En la inquietante oportunidad de un examen nos preguntó don Mario algo relativo a la Ley de Patronato. No recordamos cómo fue la pregunta ni qué le contestamos. Pero a lo largo de los años, nos quedó grabada su imagen como la del examinador que nos había preguntado no sabemos qué sobre la Ley de Patronato.

Después hemos ido conociendo otros aspectos de la personalidad de este sucesor de Sancho Briceño. Hemos sabido un poco de su obra literaria —elegante, firme, nutrida de conocimientos, lograda en lenguaje claro y preciso, como corresponde a quien sostiene indeclinable actitud pedagógica—. Hemos visto al político de estricta actitud liberal, representante de tendencias democráticas, hombre que ha llevado a su vida pública el mismo estilo que caracteriza su obra literaria: elegancia, firmeza, conocimientos, voluntad de enseñar.

(1) Entrevista. Tomado de: **Hoy**. Caracas, 28-06-1947.

En la Academia de la Historia, tras el escritorio secretarial, lo hemos encontrado. Sereno y cordial. Demócrata y liberal también en la vida, en la posibilidad del diálogo fácil. Le hemos recordado como hace unos cuantos años —en el tiempo universitario— lo tuvimos de examinador y nos preguntó no sabemos qué sobre la Ley de Patronato.

—Siempre preguntaba sobre el Patronato —dice sonriendo.

—Y ¿le desagradaría que ahora le devolviéramos la pregunta? Venimos a hacerle una entrevista para "HOY".

—¿Qué quiere preguntar sobre Patronato?

—La pregunta podría ser, sencillamente, ¿qué piensa usted sobre el régimen de Patronato y cuál sería, según su modo de pensar la solución correcta y democrática al problema de las relaciones enre la Iglesia y el Estado en Venezuela?

Mario Briceño Iragorry, responde:

—El planteamiento de la cuestión patronista lo he encontrado hoy más que nunca, desprovisto de todo sentido lógico. Patronato y tuición del Estado para la Iglesia Católica, significan de suyo un régimen de privilegio que sólo puede aceptarse con un sistema de unión entre la Iglesia y un Estado de estructura católica. Fundar sobre la soberanía pública el derecho de la Nación a elegir Obispos y dignidades eclesiásticas es un contrasentido jurídico y un exabrupto tal que, en el caso presente, nos ofrecería el curioso espectáculo de ver a Juan Fuenmayor, a Gustavo Machado y a los disidentes religiosos de la Constituyente, invocando las luces del Espíritu Santo para hacer la elección de los futuros Obispos de Venezuela. Algo semejante a que me hubiera tocado a mí, católico, si el Patronato cubriese la religión hebrea, haber votado en 1945, cuando era Senador, para la elección de un nuevo Rabino de la Sinagoga de El Conde. La Religión en lo que dice a su vida interna está fuera de toda órbita del poder estatal. Si el Estado se reservase el derecho de inspeccionar el culto público, tendría en cambio, argumentos de orden político en que justificar su función policial. Si an-

tiguamente hubo Patronato, éste derivó de concesiones y privilegios pontificios. Por ello la Ley de 1821 impuso la celebración de un Concordato para asegurar el pretenso derecho sucesoral en las regalías de que gozaban los monarcas españoles.

Nada resulta más extraño que el empeño de mantener un sistema añejo que contradice las lineas generales del propio Estado liberal que consagra la Constitución. Para mí el único régimen racional será el de la libertad de la Iglesia dentro del Estado, a cuyo amparo pudiera negociarse un MODUS VIVENDI que contemple los derechos de la conciencia católica de la mayoría de los venezolanos y la defensa, a la vez, de los intereses de la propia Nación venezolana.

Por lo que dice a las asignaciones eclesiásticas que fija la Ley de Presupuesto, sabe usted muy bien que dicha carga fue una compensación que el Estado fijó a la Iglesia, cuando eliminó, en beneficio de la agricultura, el pago de los derechos decimales que reconocían las leyes antiguas con fundamento en la legislación canónica. Esa escasa ayuda ha hecho más mal que bien a la propia Iglesia Católica. En el orden de los hechos, ha sido manera de ombligo que ha atado la Jerarquía a los vicios de la política. Yo vería con satisfacción la eliminación de esas partidas de la lista del Presupuesto.

Nos atrevemos a lanzar otra pregunta, esta vez de carácter totalmente ajeno a cuestiones eclesiásticas: —¿Cómo lograríamos, doctor Briceño, el implantamiento definitivo de la democracia venezolana y qué se ha opuesto a ese logro?

—En alguna ocasión hube de escribir que consideraba la democracia como un estado de conciencia, como una actitud de permanente reflexión que permite al individuo la realización de las grandes consignas de libertad, igualdad y seguridad que constituyen las bases de la justicia social. Para ello creo que la democracia venezolana para afianzarse necesita una base de educación general, sin que entienda que ésta deba limitarse al proceso normativo de la escuela y del liceo. Los primeros educadores en esta tarea esencial han de ser los hombres que ejercen la autoridad y los ciudadanos que asumen la dirección de la

opinión pública. Dirigir vale tanto como educar y como enseñar. Y aquellos a quienes toca la dirección de la sociedad deben comenzar por constituirse en ejercitantes de virtudes públicas, entre las cuales sobresalen el respeto y la tolerancia a la opinión ajena.

Un clima democrático sólo puede crearse sobre un amplio espíritu de comprensión y convivencia. Justamente cuando usted llega me encuentra encabezando unas líneas para mi columna de "HOY", encaminadas a plantear el problema de nuestra política de "tierra arrasada". Al acaso había escogido los nombres de tres ilustres venezolanos que hoy, entre muchos otros, son objeto de las más contradictorias críticas. Quería referirme a Jóvito Villalba, a Rómulo Gallegos y a Arturo Uslar Pietri, orgullo por igual de nuestras letras y prez de nuestras aulas. Desde el golpe militar de octubre de 1945, el nombre de estos conspicuos compatriotas anda en la punta de apasionados detractores, empeñados de acuerdo con la privativa ubicación política, en destruirlos, según el caso. Puede que a tal o cual corriente política convenga la aniquilación de uno u otro de dichos personajes. Pero sobre los partidos hay intereses mayores. Que hubiera cometido tal o cual error de posible explicación circunstancial, ello no es parte a esgrimir una saña sangrienta contra sus personas. A los hombres no se les valoriza por la cuenta de sus probables deficiencias. Se les estima por lo positivo de sus hechos, por su aportación a la cultura, por el acierto de sus actos. La gloria de Rómulo Gallegos no reclama por pedestal la ruina de la personalidad de Uslar Pietri o de Villalba. Para medirlo y apreciarlo, mejor le va la presencia de méritos vecinos. La patria pide suma, pide aceptación de fuerzas y propósitos. Y el pueblo urge por valores en qué creer. Acabarnos nosotros mismos, desacreditarnos implacablemente unos a otros, arrasar con lo poco que podemos presentar como valores representativos, es labor suicida. La política de los partidos clama por un cambio de tono. La crítica que el pueblo necesita no ha de ir hasta la negación absoluta de los hombres que nos son contrarios. Vengan en buena hora el examen circunspecto y la condenación reflexiva de hechos públicos. Pero respétese el valor entitivo de los ciudadanos. Venezuela no es los hombres de una bandería. Venezuela la quiere en su justo sitio y en su función de crear, la obra de quienes puedan disentir en lo pasajero de la política, pero que son

expresión de lo permanente de su vida cultural. Contra una politización que nos desune erijamos consignas que humanicen nuestra marcha social y que faciliten la dialéctica de los hechos. Cuando se haya superado esa feroz pugnacidad que lleva el pesimismo de lo social, podrá decirse que caminamos a la realización de la democracia en cuyo seno aflore el sentido de fraternidad que debe tener toda colectividad humana. No habrá equilibrio estable sin la inteligencia de los contrarios. Debemos educarnos para una ENEMISTAD POLITICA, donde sólo pugne lo transitorio y adventicio de los temas que hacen diferentes los pensamientos de los hombres.

Y con sentido humano, consultando el hontanar de nuestra historia, explicar mucho, nuestros dolores colectivos para procurarles remedios que salden en parte nuestra gran deuda con la cultura. Bien valdría empezar por destruir el error en que caen muchos compatriotas, aun de formación universitaria, al pensar que los otros no pueden también errar honradamente.

Estrechamos la mano de Mario Briceño Iragorry y lo dejamos tras su escritorio secretarial. Al salir del patio de la Academia el estruendo de la calle, sus palabras aparecen más fuertes en su serenidad, al compararlas con el ruido de la politicada multitud caraqueña y de los altoparlantes de la Asamblea Constituyente.

LA VENEZUELA DE HOY[1]

Por Humberto de Castro

Cuando nuestro país, dentro del concierto de las naciones americanas asumió la iniciativa respecto del reconocimiento del gobierno establecido en Venezuela en la última semana de noviembre último, el ambiente no era, o al menos no parecía ser propicio al auge de relaciones cordiales y fecundas entre las dos naciones. Lamentables acontecimientos ocurridos en Colombia produjeron un clima de reserva de parte de una corriente política del país hacia otra, del vecino, en tanto que se alardeaba de un efectivo acercamiento de parte de otro grupo de uno de los dos países hacia el correspondiente simpatizante del otro. Ha corrido el tiempo y ese malestar se ha reducido a sus proporciones. Tal vez todo lo que fue materia de discusión apenas si se contrajo a un aspecto meramente teórico.

Pero, aislando las circunstancias del plano ideal y fijándolas en la realidad, el hecho indudable es el de que, en determinado momento, las relaciones colombo-venezolanas estuvieron amenazadas, cuando menos, por el estancamiento. En épocas difíciles hay una propensión colectiva a las exageraciones, y bien pudo ocurrir que esa circunstancia hubiera amenazado, así hubiera sido en materia leve el necesario acercamiento de nuestros pueblos. Pero, en las horas difíciles, no faltan, por fortuna, gentes de buena fe y de buena voluntad que, conscientes de su deber, lo cumplen sin vacilación.

---

(1) Entrevista. Tomado de: **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), v. 1 N° 3-4 (1949), pp. 15-20.

Así ha ocurrido en los casos de los plenipotenciarios de Caracas en Bogotá y de nuestro país en la ciudad del Avila: los excelentísimos señores Briceño Iragorry, de una parte, y Manuel Barrera Parra, de la otra, han actuado como celosos depositarios y acrecentadores de la amistad entre los dos pueblos hermanos.

LA VENEZUELA DE HOY

Esta publicación, que a la medida de sus posibilidades contribuye al más efectivo acercamiento entre el nuestro y los países surgidos al conjunto del Genio de América, cuenta en Venezuela con dilectos amigos, y dispone de informaciones concretas sobre la realidad del país hermano, en cuanto él realiza, con empeño admirable, afirmativa cruzada por la conquista del porvenir; pero, como es obvio, esta revista no ha tenido ni tiene la abusiva pretensión de entrometerse en la intimidad de sus circunstancias políticas. Aspira, únicamente, a presentar a sus lectores una visión de conjunto, trabajada con respetuosa pero altiva independencia de criterio. Y en esta oportunidad se ha permitido consultar la opinión del señor Embajador en Bogotá, doctor Briceño Iragorry, cuyas declaraciones obran en esta información, sin compromisos ni limitación para exponer ante los lectores de esta revista la situación que actualmente afronta Venezuela en los distintos órdenes de su actividad nacional.

RELACIONES CON COLOMBIA

Para la entrevista con el Embajador Briceño Iragorry, el periodista ha escogido la mañana del veinticuatro de julio, valiosa efemérides bolivariana. La charla con el diplomático venezolano, brillante escritor y parlamentario avezado, conocedor como pocos de la vida de su gran patria, discurre en ambiente de agradable cordialidad. Propuestos los temas, el experto diplomático los trata con airosa propiedad. Se adopta este sistema para evitar la insustancial del reportaje relámpago, cuyo arbitrario sistema de preguntas y respuestas a boca de jarro, se excluye en materias de suyo serias e importantes.

Así, la charla se inicia formalmente, con el análisis de las relaciones colombo-venezolanas de estos días, y dice el Embajador:

—Bajo ningún signo mejor que el signo de Bolívar, a quien hoy memoramos al unísono colombianos y venezolanos, podía realizarse esta charla, en que usted me pide impresiones sobre mi labor de representante de Venezuela en esta noble nación hermana. En mi país se mira a Colombia con singular afecto y en las altas esferas políticas de Venezuela se pone todo empeño porque las relaciones gratísimas que unen a ambos pueblos se expresen en realizaciones fecundas para los intereses de las dos naciones. Ha sonado la hora de ver nuestras cosas desde un punto de vista realístico, que conduzca a hacer prácticos los ideales que ayer pregonaron nuestros Padres. La literatura patriótica que fue durante mucho tiempo tema preferente para hacer ver que en realidad poseemos una comunidad indestructible de intereses, ha cedido el primer puesto a la consideración de problemas objetivos que testimonian en hechos la existencia de esa misma comunidad. Así vemos hoy, cómo cada día crece el intercambio comercial entre ambos Estados; por ello es preocupación de ambas Cancillerías ajustar el Convenio Comercial pautado en los Tratados de 1941, que pusieron fin a la larga discusión de límites. Vencidos en octubre de 1948 el *modus vivendi* que regía la materia, ambos gobiernos han venido discutiendo la manera de concertar el nuevo tratado que facilite el tráfico entre ambos países. Pero, mientras se perfecciona dicho instrumento, se realizan operaciones de intercambio que, fijadas sobre bases de cooperación e inteligencia, habrán de redundar en beneficio efectivo de ambos países.

Como prueba del franco espíritu de cooperación colombo-venezolano que inspira la política de mi Cancillería, puedo decirle que ya he iniciado conversaciones con el Gobierno de Colombia para ajustar un tratado que resuelva los pequeños problemas de derecho privado que provoca, con la venida de aguas, el cauce del río Táchira, y para construir, por cuenta de ambos Estados, una gran represa que permita utilizar por ambas partes la energía hidráulica y mantener un sistema de regadío que favorezca por igual a los intereses de uno y otro país.

—En la Guajira, *agrega el Embajador,* ha habido en estos días luchas entre tribus indígenas por problemas domésticos que ellas siempre han ventilado de acuerdo con sus costumbres primitivas. Pero la dilucida-

ción de estas querellas ha servido para poner de resalto el espíritu de cooperación y de cordialidad de ambos gobiernos, que han ordenado a los respectivos destacamentos militares proceder de la manera más armónica a buscar los medios de traer de paz a los indígenas.

Las opiniones del doctor Briceño Iragorry acerca de este importante particular son afirmativas y concretas:

—Las realizaciones del gobierno de Venezuela con los demás países del mundo se mantienen sobre el pie de cordialidad y de respeto que fue tradicional de la política internacional de mi país. Algunos países de América se han abstenido de continuar relaciones con el actual orden político de Venezuela, acaso aún influidos por la excesiva propaganda que realizó el gobierno pasado, y llevados de la creencia de que en mi país se dio espaldas a un proceso democrático ejemplar. En cambio, quienes han meditado serenamente sobre la realidad venezolana, han comprendido que los hechos realizados en mi país en noviembre pasado, fueron resultado fatal de la errónea política del partido "Acción Democrática", el cual especuló, para hacerse prestigio en la conciencia civil de América, con el nombre de uno de nuestros más ilustres escritores, llevado por medio de amañadas elecciones al solio presidencial.

NADA HAY OCULTO

Con tranquila sinceridad el Embajador Briceño Iragorry enfoca serios aspectos de la actualidad política de su país, y declara:

—Bueno sería que los periodistas extranjeros estudiaran sobre la propia realidad venezolana la verdad de los hechos acaecidos en mi país, y no se dejaran llevar por la propaganda clandestina que mantiene el partido derrocado. En Venezuela aún hay algunos detenidos políticos, por cuya suerte se afanan muchos periodistas extranjeros que ayer no tuvieron palabras para protestar cuando otro número de venezolanos sufrió persecuciones de parte del gobierno caído. Para protestar hoy, debiera presentarse como título legítimo la protesta de ayer. Y no podrá responderse que el silencio de antaño obedeció a que fueran ban-

doleros los presos anteriores, pues entre éstos figuran el General Medina Angarita, el mejor Presidente que ha tenido Venezuela; Jóvito Villalba, líder democrático de honestidad a toda prueba; Pedro Sotillo, periodista de primera calidad; Manuel Egaña, eminente repúblico, de virtud acrisolada; Julio García Alvarez, Roberto Picón Lares, Antonio Pulido Villafañe, Alfredo Tarre Murzi, y tantos y tantos más ciudadanos de relevantes méritos, que fueron sometidos a prisión y a destierro por su disconformidad con el régimen pasado.

PROXIMO RETORNO A UN SISTEMA CONSTITUCIONAL

Que determinadas situaciones son susceptibles de un efectivo encajamiento en los carriles democráticos queda bien claro de las declaraciones que sobre el particular formula el entrevistado:

—Lamentablemente la errada política del ex-Presidente Gallegos condujo, por faltar al pueblo recursos legales, a que se buscase una solución de fuerza, en la cual ha habido necesidad de ocurrir a procedimientos que caen fuera del orden institucional. Pero tenga usted la certeza de que dichos procedimientos tienen carácter de provisionalidad que impone el anhelo firme que existe en mi país por tornar a un sistema constitucional, donde todos los ciudadanos puedan gozar de las garantías que les corresponden como miembros de una república democrática. Ese anhelo va desde los miembros del gobierno, hasta los más modestos servidores de la República.

CENSURA CONDICIONADA

En torno a la situación que afronta la prensa venezolana en la actualidad son categóricas las manifestaciones del Embajador:

—Sí hay censura para la prensa en mi país, pero para juzgar sus alcances, haga cuenta usted de que esa misma prensa censurada eleva continuamente sus quejas contra la censura y no se la castiga por sus reclamos. Quien, sin intención de subvertir el actual orden, critica las actuaciones del gobierno desde las columnas de la prensa, no corre riesgo en su libertad. La emergencia del momento explica esa situación especial de los órganos de publicidad.

GOBIERNO NACIONALISTA

Cuanto al espíritu que anima al actual Gobierno de Venezuela y respecto de los ideales que se propone realizar, consciente de su responsabilidad de estadista, el Embajador Briceño Iragorry los expone con claridad y convicción:

—El Gobierno de Venezuela no tiene color político. Es gobierno nacionalista, encaminado a asegurar la tranquilidad social, el orden administrativo, la riqueza pública y la comprensión ciudadana, para ir a una nueva consulta electoral. En sus filas figuran hombres de ideas liberales, hombres de ideas conservadoras y hombres independientes, preocupados sólo porque la República salga airosa en esta prueba a que la sometieron fatales circunstancias sociales. El ideal fundamental de la actual administración es crear un clima de confianza y de sosiego para la familia venezolana, envenenada y dividida por la demagogia de los líderes políticos que desarticularon el orden de la sociedad. Nuestra gran riqueza pública reclama un esfuerzo centrado, que haga útil la inversión de los recursos del Estado y que fomente la iniciativa privada, para promover la explotación de nuestros grandes recursos naturales. Por ello ha aumentado en todos los órdenes el ritmo del trabajo, y goza Venezuela de una estupenda situación económica.

RESPETO A LOS TRABAJADORES

Sobre tema tan interesante afirma el brillante diplomático:

—En materia obrera puedo asegurar a usted que los trabajadores venezolanos tienen garantizados todos sus derechos como tales trabajadores. El gobierno se esmera en buscar los medios que garanticen el mayor bienestar a la clase asalariada, y sólo ha intervenido en la vida de los sindicatos cuando éstos han desfigurado su condición profesional para convertirse en centro de agitación política.

HACIA LA RECONCILIACION

Planteado el tema referente a los reparos que se han hecho últimamente al Gobierno de Venezuela por su indiferencia respecto a la pu-

blicación de hechos y datos desfavorables a la acción administrativa del régimen anterior, el Embajador Briceño Iragorry es señaladamente categórico en el particular:

—Sí, señor, muchos extrañan que el actual gobierno militar no haya tomado empeño por dar mayor publicidad a los datos, hechos y elementos que condenan la actuación del régimen anterior. Mas ello obedece a que tales circunstancias son por demás conocidas del pueblo venezolano, y a que no hay un afán de descrédito exterior, que pudiera mirarse como fomentado por un espíritu de venganza. Cuando ha sido necesario, se han presentado hechos desnudos e incontrovertibles; pero una sistemática actitud de desprestigiar hombres y aniquilar reputaciones no entra en los planes de quienes desean que llegue lo más brevemente posible la hora de la reconciliación de la familia venezolana.

EDUCACION GRATUITA

Orgulloso de la realidad venezolana en materia de educación se declara el doctor Briceño Iragorry; sobre el avance cultural que distingue a su país habla con efusión:

—En el orden general de la cultura, he de ser por demás conciso pues el tema nos llevaría a prolongar en extremo esta charla. Hay actualmente en mi país un intenso movimiento intelectual que rebasa las Universidades, las Academias, los Ateneos y los Liceos. En materia de educación mi país tiene a orgullo ser el único donde es gratuita la enseñanza desde las primeras letras hasta el lauro universitario. La igualdad, que es esencia de nuestra democracia social (acaso la más avanzada del Nuevo Mundo) ha abierto posibilidades de educarse a todas las clases sociales y ha promovido una inquietud intelectual que se diluye en todos los sectores del pueblo. La lucha contra el analfabetismo ha ganado grandes batallas, y las condiciones de vida del pueblo mejoran por el empeño que los diversos organismos ponen para que el pueblo aprenda a vivir con comodidad e higiene.

EFECTIVO ESTIMULO AL MOVIMIENTO LITERARIO

Amplía el Embajador sus observaciones respecto del avance cultural, y dice:

—En materia de apoyo al movimiento literario, puedo anotar a usted que el actual régimen ha destinado doscientos mil bolívares para la Casa del Escritor, ayuda solicitada en vano durante gobiernos anteriores, por los escritores nacionales, y que como homenaje a Caracas en su reciente fecha aniversaria, el gobierno militar ordenó la edición de dos obras del ilustre caraqueño Santiago Key Ayala actual patriarca de las letras venezolanas.

VENEZUELA, EL PAIS DE LA ESPERANZA

El Embajador, que ha estado dirigiendo personalmente las lujosas instalaciones de la Cancillería en un flamante piso del edificio del Banco del Comercio, uno de los más modernos, confortables y centrales de la capital colombiana, se ha visto afectado por las mortificaciones del clima y por el exceso de trabajo. El redactor le expresa el sincero reconocimiento de la revista por la amplitud y gentileza con que la ha distinguido; y el doctor Briceño Iragorry, que ya está listo para concurrir a algunas ceremonias en homenaje al recuerdo del Padre de las Cinco Patrias, pone fin a la interesante charla que ha quedado transcrita con toda fidelidad, en la siguiente forma:

—Tenga usted la seguridad de que Venezuela sigue siendo el país de la esperanza, no porque la naturaleza y la industria nos favorezcan hoy de modo excepcional, sino porque hay una voluntad de crear un gran pueblo sobre el dolor de nuestras experiencias y sobre la fecunda posibilidad humana de sus hijos. Lo que muchos miran como crisis de ideales y principios, no es sino fruto de nuestra inquieta realidad. Lo que importa no es no caer sino saber levantarse. Y Venezuela se alzará con el impulso enérgico de todos sus hijos, que si bien nos sentimos divididos por lo privativo de las banderías políticas, somos una unidad inquebrantable, en el hondo sentido de la venezolanidad creadora. Nuestras propias desavenencias son testimonios de un vigor que busca cau-

ces diversos para lograr lo que uniformemente deseamos; que Venezuela ocupe en América el sitio que ganó legítimamente por el heroico esfuerzo de sus hombres de ayer.

AMIGO DE COLOMBIA

Así, en la entrevista formal de esta mañana del 24 de julio, que viste capota de niebla, como en las conversaciones informales de los días anteriores, el Embajador Briceño Iragorry ha tenido para Colombia frases de obligante simpatía. En verdad este plenipotenciario cumple una misión admirable, que va desde el asiduo y efectivo trabajo por situar las relaciones entre los dos países en un plano de palpable acercamiento, hasta disponer la lujosa mansión de la Embajada y las confortables instalaciones de la cancillería en cordiales abrigos para los venezolanos y para los buenos amigos de su país. Ha promovido una interesante inquietud en torno de la actualidad literaria de Venezuela; ha intervenido con tino y eficacia en el fomento del intercambio económico; y así en los más brillantes salones de la aristocracia capitalina como en el decurso de su vivir cotidiano, realiza un infatigable trabajo en pro del mejoramiento, de la más fecunda amistad entre colombianos y venezolanos. El doctor Briceño Iragorry, sin los estiramientos y complicaciones que distinguen a los veteranos de la diplomacia, es un ciudadano de buena fe y de buena voluntad que está cumpliendo en nuestra patria una misión admirable y efectiva en servicio de los más altos ideales bolivarianos.

Bogotá, julio 24 de 1949.

EL EMBAJADOR DE VENEZUELA HABLA SOBRE LAS RELACIONES COMERCIALES ENTRE AMBOS PAISES[1]

En relación con las noticias que se han publicado sobre diferentes aspectos de las relaciones económicas entre Colombia y Venezuela y la correspondiente negociación de un tratado permanente de comercio, uno de nuestros redactores visitó al señor Embajador de Venezuela en Colombia, doctor Mario Briceño Iragorry, y obtuvo del distinguido diplomático las siguientes declaraciones:

—¿Qué puede informarnos, señor Embajador, sobre las negociaciones del tratado?

—En relación a los diversos comentarios hechos recientemente en algunos órganos periodísticos de Colombia, sobre el curso de las negociaciones conducentes a la celebración del tratado de comercio con Venezuela, previsto en el de límites de 1941, puedo decir a usted que desde julio de 1948, la Cancillería venezolana, ante la proximidad de la fecha en que finalizaría la vigencia del *modus vivendi* comercial existente entre ambos países, invitó a la Embajada de Colombia en Caracas a iniciar conversaciones con el propósito de concertar un instrumento que concediese ventajas recíprocas a ambas partes. Dichas conversaciones no han llegado todavía a un resultado definitivo por mantenerse cierta disparidad de criterio en cuanto a la forma del instrumento que habrá de regular dichas relaciones; pues, mientras Colombia prefiere que el convenio se celebre dentro del marco de un tratado multilateral,

(1) Entrevista. Tomado de: **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), N° 3-4 (1949), pp. 21-23.

Venezuela juzga más conveniente, para normalizar con mayor rapidez las relaciones comerciales entre ambos países, hacerlo por medio de un acuerdo bilateral colombo-venezolano.

—¿Es verdad que Colombia ya sometió un proyecto de comercio a la Cancillería de Caracas?

—En realidad, Colombia no ha presentado últimamente un proyecto de convenio, sino simplemente expresó, en memorándum entregado a la Cancillería venezolana, por la Embajada en Caracas, que está dispuesta a presentar un proyecto, si Venezuela acepta dar los pasos necesarios para entrar en el régimen provisional previsto en los acuerdos de Gatt.

—¿Y de la Carta de Quito, qué nos dice, señor Embajador?

—Respecto a la Carta de Quito, debo manifestarle que desde su celebración es objeto de cuidadoso estudio por parte de los organismos venezolanos competentes. La diferente estructura económica de nuestros países y los reclamos de ciertas industrias venezolanas, determinaron al gobierno anterior a no solicitar su aprobación legislativa hasta tanto no se hubieran hecho los estudios formales de la situación que crearía su vigencia, estudios en los cuales aún se ocupan los aludidos organismos.

—¿Y el comercio prosigue?

—Claro que el comercio entre uno y otro país prosigue al margen del tratado, y Venezuela ha adquirido durante el año buena cantidad de artículos colombianos. Recientemente, como en meses pasados respecto al arroz, se han hecho comentarios un tanto ligeros en relación a la compra de ganado vacuno. Justamente nuestro Comisionado Nacional de Abastecimiento declaró en días pasados que se continuaría adquiriendo ganado colombiano para el consumo de ciertas regiones del país, lo que supongo hará pensar de distinta manera a quienes se alarmaron y vieron un acto hostil en la actitud de ciertos ganaderos venezolanos, que creen no necesario comprar ganado en el exterior, por suponer

que es suficiente el nuestro para satisfacer las necesidades del consumo. Hubo también ligereza al pensar ayer que por cuanto el Banco Agrícola y Pecuario descalificó el valor comercial de unas muestras de arroz, se declaraba inhábil el arroz colombiano para el consumo humano. Sobre lo de las negociaciones ganaderas, *El Espectador* del sábado último anota una circunstancia que sí ha jugado buena parte en que no se haya regularizado debidamente el comercio de ganado; el problema de los certificados de cambio. Este problema, por su parte, es netamente colombiano, y respecto a él he hablado con los señores ministros de industrias y comercio y de agricultura y ganadería, cuando hemos tratado de buscar mejores posibilidades para el aumento de nuestras compras de ganado en Colombia.

Tenga usted la seguridad —agrega el embajador Briceño— de que en Venezuela existe la mejor buena voluntad para regularizar el intercambio comercial entre nuestros dos países, sobre la base del mutuo beneficio. En Colombia no deben hacer caso de ciertas propagandas interesadas, de abultado color político, que pretenden mantener suspicacias malévolas. Antes que todo, es preciso recordar que más de una circunstancia nos une estrechadamente y nos obliga a acrecentar la cordialidad que felizmente preside nuestras relaciones. Lo permanente colombiano y lo permanente venezolano son valores que es preciso cuidar de toda aleve interpretación por medio de una serena comprensión de nuestras circunstancias privativas. Yo tengo fe en la perdurabilidad crecedera que esos valores provocan, como elemento de unión de nuestros pueblos.

Sobre política

—¿Leyó, señor Embajador, las declaraciones de Valmore Rodríguez?

Las declaraciones de Valmore Rodríguez en Cartagena me han parecido un caso de retardada apreciación psicológica. Me da la impresión de que aún se siente él en la atmósfera de caos, de monopolio y de hundimiento que era Venezuela antes del 24 de noviembre pasado. Si algo existe hoy en mi país es la conciencia de seguridad y honrado empeño de trabajo. Cualquiera advertiría en la actitud del señor Ro-

dríguez la expresión resentida de quien no ha convalecido del asombro de haber visto derrumbarse un sistema artificial, que los hombres de Acción Democrática fundaron sobre la dádiva del poder que le hicieron los militares, que de buena fe creyeron que Betancourt y su gente eran capaces de hacer un gobierno democrático. La gran virtud de las Fuerzas Armadas Venezolanas radica en haber sabido rectificar aquel error.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY
EL HOMBRE Y SU HUELLA[1]

Por Diego Ussi

Esperamos en la puerta. Un perro marrón, grande y joven, apenas si nos mira cuando, dirigiéndose a la calle pasa a nuestro lado. Instantes después aparece otro perro, con una piel parecida a la de las ovejas, lleno de oscuras manchas. Luce viejo o enfermo. Nos observa, nos olfatea y sigue al otro.

Más allá —a través de la puerta entornada— el recibo de antiguos muebles inaugura un patio donde cae la sombra de unas palmeras. El aire está cubierto por un grave silencio. En las paredes, dos cuadros de Monasterios —fechados por 1920 y tantos— y un escudo de madera. También de madera es una licorera que, desde un rincón, enseña un buen trabajo a mano sobre motivos indígenas. Cerca de ella otros dos cuadros, llenos de luz. Luego Briceño Iragorry nos hablará de su autor —de Costa Rica— y de cómo los obtuvo.

—Se quedó ciego, dice, pensativo, y refiriéndose al pintor.

Los dos perros regresan y juegan en el patio. El marrón se mueve ágil, gracioso. El blanco manchado es lento, pesado. Una voz, desde adentro, exclama:

—Siéntese.

(1) Entrevista. Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 08-10-1950.

Momentos después, por el corredor que margina al patio, avanza Mario Briceño Iragorry. Anda con los brazos separados de la cintura —como en el inicial gesto de las aves cuando van a volar— y su paso es firme y seguro.

Al sentarse cerca de nosotros separamos su rostro: cejas pobladas, pelo maduro, frente amplia.

—Mi afición literaria —responde a nuestra primera pregunta— no tiene en su aparición nada de raro. Creo que lo raro sea no sentirla, cuando el niño se levanta entre libros, oyendo el elogio de las letras. Si no eran muchos los libros de mi buen padre, él los amaba y los leía con deleite, y si no brilló su cultura para ese vano mundo del aplauso, en cambio tuve tiempo para oírle lamentarse de haber carecido en su juventud de posibilidades para ganar una educación completa. Quizás de esta nostalgia y de este acicate, nobles y generosos de mi progenitor derivó mi inclinación por las letras. El me hizo pasar las vacaciones de los diez años componiendo tipos en una imprenta.

La voz de Briceño Iragorry es recia. Una voz hecha para un barítono. Pero ya es cosa irremediable. Es propiedad de Briceño Iragorry y él no es barítono.

—Como en la escuela trujillana del inolvidable Br. Rafael María Altuve, donde hice las primeras letras —continúa— hubo niños de distinta posición social, económica y política (¡qué gran academia de democracia fue aquel viejo tipo de escuela pública venezolana, en la cual el hijo del Presidente del Estado se presentaba al lado del hijo sin padre de la lavandera!) como, repito habrá el hijo del Presidente y el hijo del rico de la ciudad, que procuraban achicarnos a los niños pobres, mi padre me formuló lo que pudiera llamar su "bando de buen gobierno": "Los que en la escuela quieren figurar de primeros por el poder y la fortuna de sus padres, posiblemente mañana, cuando sean hombres, no se harán sentir en la sociedad; porque el poder es de circunstancia y las fortunas se acaban. Los que tienen posibilidades de figurar el día de mañana son los que ganan las mejores calificaciones". Y como pobre me sentí estimulado desde niño por las palabras de mi padre y por la búsqueda de la buena calificación escolar.

Briceño Iragorry cambia de posición y observa el juego de los perros. El marrón se aproxima, descansa unos segundos la cabeza sobre una de las rodillas del escritor y luego se viene hacia nosotros, con un brillo curioso en los ojos. Desde el patio, el otro perro —el viejo o enfermo— contempla silencioso la escena. Después se aleja, con el sol destruyéndole la exacta línea de sus pasos. Esta vez es el joven quien le sigue.

Briceño Iragorry vuelve el rostro al oír nuestra voz:

—¿Qué más?...

—A los once años, en un Colegio de Maracaibo, a donde había ido a pasar una temporada mi familia, saqué manuscrito mi primer periódico, asociado con Edmundo Urdaneta, grande y noble amigo, hoy desaparecido. Se llamaba "Venus", porque ambos teníamos afición por la astronomía...

—O por la belleza femenina... —Interrumpimos.

Sonríe.

—En Valera, años después, con Carlos Manuel Briceño Altuve, Jesús María Rosales Aranguren, Américo Valero y Nicanor Mejía, publiqué "Génesis", editado a crédito en la imprenta del insigne Pompeyo Oliva (Cada número de doscientos ejemplares costaba diez bolívares). Más tarde, en Trujillo, con José Félix Fonseca, Manasés Capriles y Manuel María Vargas-López, recientemente fallecido, edité a "Ariel" periódico que nos granjeó un autógrafo del maestro Rodó; y cuando terminaba la primera guerra, empecé a publicar una revistilla con el simbólico rubro de "Juan Cristóbal", en homenaje a las ideas de Romain Rolland.

—¿Qué otros recuerdos?

Antes de replicar ensaya una sonrisa.

—Si a usted le dijeron que en mi primera juventud hice el hereje, no le dijeron falso. Temperamentalmente yo he sido un hombre inclinado a la rebeldía, aunque parezca lo contrario. Mi transitoria "herejía" comenzó cuando un cura de pueblo convidó a recibir a pedradas a un pastor protestante, que hacía su entrada en un pueblo de la cordillera. Yo me negué, y, de lo contrario, al día siguiente caminaba las calles con un número de "La Estrella de la Mañana" bien abierto para escandalizar a la gente devota. Estos humos me duraron algunos años y fueron después aplacados por la reflexión que me condujo a mis creencias de niño. Soy católico, he defendido públicamente la Iglesia, y expuse mi libertad cuando en Venezuela no era bien visto mostrarse por hombre de fe. Hoy, en cambio, se hace carrera, y aun se logran buenos negocios, aparentando una ortodoxia que no se siente. ¡Cuánto heresiarca de 1930 hace hoy el comemechas para ganar ribetes de "hombres de orden"!

—¿Se le puede, entonces, llamar clerical?

—A mí se me podría llamar clerical, porque soy amigo de los sacerdotes y busco su benéfico trato. Pero el clericalismo de Estado, como sistema político, lo conceptúo una aberración que perjudica la religión. Soy hombre de fe, porque considero que el materialismo hace de los hombres una manera de prisioneros de una sola fórmula mecánica. Y entre tener fe en lo que hunde y tener fe en lo que salva, me parece más conveniente lo último. Además, creo que el mejor uso que uno puede hacer de la libertad de pensar es tener fe en que ese pensamiento es libre para que lo salvemos por medio del mejor uso que de él hagamos. Fe y libertad no se contradicen. Sin la fe en la libertad caeremos a la postre en la esclavitud de los materialistas. Ya una vez escribí de la paradoja de quienes quieren vestir su materialismo y su espíritu utilitario con máscara cristiana, tanto como entronizar el Corazón de Jesús en las casas de empeño.

—¿Cuándo comenzó sus estudios históricos?

—Los estudios históricos no fueron disciplinas por mí preferidas durante mi vida de estudiante. Entonces me acogía a las matemáticas y

a la química. Yo pensé ser ingeniero, y lo hubiera sido sin el cierre de la Universidad en 1912. Mi devoción a la historia comenzó cuando me incliné a los estudios del Derecho, bajo la dirección de mi ilustre amigo el doctor Ezequiel Urdaneta Braschi, quien me explicó en Trujillo por 1917, Filosofía del Derecho, sobre los trabajos del Maestro Gil Borges. La Historia de Venezuela me interesó especialmente por las deficiencias para entenderla con que tropezaba cualquier lector hace treinta años. Algo de esto explico en mi libro "Tapices de Historia Patria". Yo creo en la Historia como en mi disciplina funcional, cuyo cultivo reclaman por fundamento los pueblos jóvenes. A través de la historia se unifica y se consolida el espíritu nacional. Nosotros no hemos entendido aún el verdadero valor de la historia como vivencia social. Hemos mirado a nuestros padres, inclusive al Libertador, sólo como temas para exaltar el orgullo nacional y como tesoro de méritos que balancean nuestro déficit con el presente. La Historia es la espina dorsal de los pueblos. Sin su conocimiento no se puede distinguir "la forma" de los países y éstos carecerían de posibilidades para el progreso. Esto no quieren entenderlo muchos; se puede progresar materialmente destruyendo una ciudad y levantando sobre sus escombros edificios mejores, pero no se progresa en un sentido moral, sino en tanto el nuevo edificio de la cultura ahonde en los valores permanentes de la tradición nacional.

Se detiene. Su voz ha subido, como río con lluvia.

—¡Maldito progreso el de una ilustración que borre los cimientos tradicionales! Tanto como bajar de sus pedestales las estatuas de los héroes antiguos, para colocar en aquéllos figuras de turistas. Ningún americano del Norte, tenido éste en el Nuevo Mundo como paradigma de progreso, concibe la unidad histórica de su gran país, sin un encendido recuerdo para los *Pilgrims Fathers,* para las contertulias de la *Raleigh Tavern,* para Washington, para Jefferson y para Lincoln.

Aquel es país que adoba en la tradición el alimento del progreso. Y tiene fisonomía a pesar de su inmensa y varia población, porque la historia les ha suministrado un cálido denominador común.

—*¿Y de sus actividades públicas?*

—Mis actividades públicas han sido diversas en su significación específica. He desempeñado cargos municipales, estadales y nacionales. He sido gobernador, juez, munícipe, profesor, director de educación, legislador, archivero, Presidente del Congreso y hasta preso político. He sido también diplomático. Y debo decirle que ha sido para mí una de las más gratas actividades al servicio del país, no porque considere la diplomacia como actividad de vagar, sino, al contrario, como ocasión de servir con mayor responsabilidad los intereses nacionales. Mi estadía reciente en Colombia me fue doblemente grata: conocí un gran país, por cuya historia me había preocupado siempre, y gané nuevos y valiosos amigos. Estos, con su generosidad hicieron fácil la labor que como agente de Venezuela me propuse realizar en el fraterno país, y en la cual puse fundamental empeño por servir los intereses de nuestro país nacional ante la totalidad nacional de Colombia. No fui hombre de grupo y los colombianos me pusieron al servicio de los intereses permanentes de ambos países. José Umaña Bernal, ilustre escritor y orador, me hizo el honor de llamarme el "embajador de los venezolanos ante todos los colombianos".

Mario Briceño Iragorry ha sido nombrado hace poco Cronista Oficial de la Ciudad de Caracas. Por eso nos habla de ello:

—El Cargo de Cronista Oficial de la Ciudad de Caracas lo conceptúo como uno de los honores más altos que he recibido como escritor y como venezolano. Mi obra de historiador no soy yo quien pueda calificarla, pero en función de venezolanidad tengo a orgullo haber escrito la síntesis más precisa sobre la organización de la unidad que tiene Caracas por centro creador de valores nacionales. Creo que después de mis estudios divulgativos sobre la formación de la nacionalidad venezolana se ha logrado una más fácil comprensión de nuestro significado como pueblo.

Como hombre del interior, amo profundamente mi región. Si no quisiera a Trujillo con la devota pasión que le he dedicado siempre, no sería capaz de querer a Venezuela en toda su gran dimensión materna. A la Venezuela la una y total, sin regionalismos, sin pruritos exclusivistas, sin reservas recoletas, que tiene a Caracas por timbre de sus méritos y por corona de su esfuerzo.

—¿Proyectos?

—Respecto a planes para el futuro sólo puedo decirle que me siento con voluntad de acabar algunos libros paralizados con motivo de mi estadía en Colombia.

PROLOGOS Y RESEÑAS

RUMBOS[1]

"La caxa que en el navío se lleva y pone la aguja de marear, para que vaya firme y pueda tener movimiento contra los balances del navío", llama BITACORA el viejo Diccionario de Autoridades de la lengua castellana y a la memoria que el piloto hace de los rumbos del viaje, dicen los modernos Libro o Cuaderno de Bitácora. Símbolo marino y consigna para viaje con peligros, tal el nombre que tomamos para identificar esta publicación que desde hoy se suma al movimiento de las letras patrias. Ni se pretende mostrar firmeza capaz de mantener en su puesto la brújula rectora, ni menos servir la experiencia de anotaciones hechas por capitán que ya venció los bajíos y el peligro de los altos rumbos. Quisimos apenas un nombre que evocase viaje. Y viaje sobre el mar. Y en la noche.

Una revista más, bien puede ser nuevos e inútiles papeles sin significado para la cultura del país. Sin embargo, nuestro propósito, desafiando esta amenaza, es servir a ella en forma modesta, por medio de la coordinación del pensamiento de nuestros mejores escritores y de escritores extranjeros que se sumen a nuestro intento. Tribuna abierta a las voces de nuestros intelectuales preocupados por la gravedad de esta hora de angustia del mundo occidental, serán estos cuadernos que damos a la luz. En esa forma entendemos servir al momento nacional y al momento de América.

Vive el pensamiento una de sus crisis más duras. Atraviesa la conciencia del hombre uno de los instantes más dolorosos de la Historia. Se

(1) Tomado de: **Bitácora** (Caracas), N° 1 (1943), pp. 1-3.

siente la inquietud tremenda de los derrumbes, que acrece en unos y anula en otros la angustia de la libertad. Tras el fracaso de los más grandes ideales, se ofusca la mente ante la consideración de la inseguridad de los caminos. El propio proceso de la civilización pareció detenido momentáneamente ante el significado de una lucha en que uno de los combatientes tomó por estandarte la mera negación de los valores humanos, y en que el propio hombre pareció negarse a sí mismo en la búsqueda incesante que implica la marcha de aquellos procesos.

Del caos actual y del caos mayor de post-guerra, surgirá, según el curso de las leyes de la superación histórica, un mundo mejor, en que el hombre atinará a mirarse con más dilatadas proporciones. El dolor de esta guerra y las angustias que han servido de sismos morales a las propias clases acostumbradas en la vieja Europa a la secular explotación del sufrimiento humano, tendrán su retorno de auroras en el frescor de libertad y de justicia porque suspira el espíritu del hombre y que habrá de surgir con la nueva paz del mundo.

Pero esa paz no debe ser para nuestra actitud nacional, obra que realicen otras manos. Nos corresponde dejar la posición supina de quienes, por abulia, se sienten satisfechos o se creen, por subestimación de sí mismos, inútiles para la lucha. Debemos sumar nuestra angustia de colectividad joven a la angustia de América y a la angustia del Mundo. Debemos pensar, con un amplio sentido humanístico, nuestras propias consignas. Debemos buscarnos a nosotros mismos por medio de un atinado y altivo proceso de cultura. Y debemos, en este gran momento de renacer interno, buscar nuestro camino con nuestras propias luces. Fabricar con el maderamen de nuestra propia voluntad la caja donde logre firmeza la aguja que marque los rumbos en nuestro viaje definitivo.

Y como nuestro proceso es proceso de cultura: de educar, de enseñar, de repetir, de leer, de gritar verdades, de mostrar símbolos que guíen, hemos querido, bien medidos nuestros escasos medios, servirlo a nuestro modo, desde estas columnas, a la que empiezan a dar brillo nuestros eminentes colaboradores, y en las cuales habrá lealtad permanente para los derechos del espíritu. Para los derechos del hombre.

UMBRAL[1]

Si Lucas Manzano tiene para las cosas recientes de la vida la misma memoria que se gasta para las cosas remotas que nos cuenta en sus sabrosas crónicas, recordará cómo un día de 1912 nos tropezamos al azar en la esquina del viejo Muscani, frente al Palacio de las Academias, de donde salía presuroso don Manuel Landaeta Rosales. No sé qué diablos le preguntara a Lucas don Manuel, a quien fui presentado como un estudiante "inteligente" recién llegado de la provincia. El señor Landaeta intentó hablar conmigo de historia de mi pueblo y no supe responderle otra cosa sino que Trujillo había sido quemada durante la colonia por un francés llamado Granmont.

En aquella lejana circunstancia tuve yo mi primer encuentro, gracias a la presentación de Manzano, con uno de los veteranos husmeadores de archivos y leyendas, que tanto servicio ha prestado a los historiadores nacionales. Pero entonces Lucas Manzano no había descubierto su afición por la vieja crónica caraqueña, ni yo suponía que pudiera llegar el momento de trocar mi Lacroix de estudiante de ingeniería con las viejas y amarillentas hojas de los anaqueles municipales de Caracas.

No crean quienes lean estas líneas que yo trato de parangonar en edad al venerable señor Landaeta Rosales con nuestro festivo y cordial Lucas, pues además de ser tenido como prueba de mala educación el echar al aire secretos que se relacionen con la heroica cronología de los ami-

(1) Prólogo a **Crónicas de Antaño** de Lucas Manzano. Tomado de: **Crónica de Caracas** (Caracas), N° 1 (1951), pp. 111-113.

gos, no disfruto tampoco el privilegio de saber a buena ciencia cuántos son los eneros que nuestro amigo lleva bien gozados. El tan ducho en crónicas, nos niega aún la crónica de su aparición en el periplo caraqueño, y ni siquiera se ha cuidado de decirnos algo acerca del afortunado maestro que le embauló en la cabeza las primeras letras, honor de proclamarlo que, por comprometerle para efectos de un seguro, rechazó el inolvidable maestro don Rosendo Noria. Viven, sin embargo por ahí quienes saben los inicios de Manzano y los altibajos por él aprovechados o sufridos hasta convertirse, de sargento de artillería, en una especie de institución caraqueña, que rivaliza con su hermana la Ceiba de San Francisco.

Quizás adiestrado por Landaeta Rosales, Lucas Manzano, por medio de paciente búsqueda en archivos y libracos apolillados, ha logrado una serie de noticias sobre nuestra vida capitalina, con cuyos relatos nos deleita, primero, en las columnas de los diarios; después, en amenos volúmenes, de los cuales este que empezará el lector a regustar lleva el número cinco.

Entre los muchos y notorios méritos que decoran la persona de Lucas Manzano, precisa exaltar su constancia en trillar los amenos caminos que han dado egregios títulos a Arístides Rojas, Santiago Key-Ayala y Enrique Bernardo Núñez. La crónica fácil y elegante de Lucas nos permite recorrer con amorosa emoción a través de recovecos de la historia de nuestra ilustre capital, y gana ello precio cuando se piensa que para saber lo que fue la Caracas de antaño, llena de historia y de generosa alegría, precisa ir al relato familiar de los cronistas.

Una lamentable imprevisión de las autoridades permitió la desordenada destrucción de la vieja ciudad, cuando hubiera sido lo más lógico planear hacia el Este, desde La Yerbera, la hacienda del Conde y Puente Anauco, un nuevo sistema de edificación, donde se desarrollara la urbe moderna, sin menoscabo de la Caracas antañona y tradicional asiento de una historia que es orgullo, no sólo de Venezuela, sino también de nuestra América hispana. Pero si en verdad han sido reducidas a polvos las viejas casonas cargadas de recuerdos, a punto de resultar a los jóvenes un poco extraño el que se les hable de haber nosotros

conocido las casas que habitaron el conde Tovar y el conde de San Javier y el viejo cuartel de las Milicias de Blancos, hasta hace poco firmes en sus recios pies de piedra, el espíritu secreto de Caracas pervivirá en la historia familiar que salvan sus cronistas.

Lucas Manzano se ha consagrado con diligencia y acierto a recoger, como la segadora bíblica, esa historia menuda, que si en veces se resiente de exceso de fantasía, es, en cambio, expresión sincera del alma de los pueblos. Y lo ha hecho con el inquebrantable entusiasmo que es sello de su vida, hasta permitirle olvidarse de las imposiciones funestas de los calendarios.

Mi larga amistad con el afortunado autor de "Crónicas de Antaño", abundosas de la buena solera con que se adoba la tradición fecunda de Caracas, explica, más que mi título oficial de Cronista de Caracas, el que se me haya otorgado el grato privilegio de esas líneas introductorias, en las que va, con mi efusivo aplauso para la labor literaria de Manzano, tributo de encomio para la virtud que en él se hace más notoria: el culto de la amistad.

Sabe Lucas Manzano lo que es luchar. Su vida de hombre ha sido la prosecución de un tenaz esfuerzo superativo. Debe haber sufrido mucho a lo largo de su comercio con el duro prójimo. Pero la moral de Lucas no conoce la tierra donde arraiga el cardo, empero sí los ricos abonos que hacen fácil el brote alegre de la modesta flor de la amistad. Tan de menos se ha hecho ésta en la relación social que, reflexionando sobre su crisis, he llegado a creer que reclamar lealtad y consecuencia en estos tiempos, es tanto como pretender que hombres de calidad elegante usen para sus cartas aquel modesto papel que lucía como timbre honorable, entre orla de laureles, dos manos enlazadas y la palabra "Amistad". Lucas Manzano tendría derecho a hacer cartas en aquel viejo y desusado papel.

UN LIBRO DE MI PUEBLO Y LA FRATERNIDAD COLOMBO-VENEZOLANA[1]

Mi querido amigo Fabricio Gabaldón, trujillano de noble solera y devoto como el que más de los anales del terruño, acaba de publicar sus "Rasgos Biográficos de Trujillanos Ilustres". En él aparecen de cuerpo entero las recias figuras del doctor José Emigdio González, del General Juan Bautista Araujo, del doctor Rafael González Pacheco, y del General Rafael Mantilla, y de paso, los prestantes perfiles del General Santana Saavedra, de Don Juan Bta. Carrillo Guerra, de Don José Manuel Baptista, del doctor Diego Bustillos, del doctor Leopoldo Baptista, de Monseñor Estanislao Carrillo, del doctor José Jesús Gabaldón y de tantos hombres de acción y pensamiento que lucharon en las rudas lides políticas del Estado Trujillo, durante el último tercio del Siglo XIX y comienzos del presente.

De su lectura los hombres nuevos derivarán útiles enseñanzas y aprenderán, especialmente, a considerar la esterilidad de las luchas domésticas que fueron parte a disipar las mejores energías del pueblo.

La portada del libro ostenta los viejos colores de las banderías políticas venezolanas. Nosotros hubiéramos preferido al oro y sangre de liberales y conservadores —"lagartijos" y "ponchos" de nuestro argot regional— un blanco que absolviera el recuerdo de nuestras caducas colectividades, pues nuestra mentalidad de hoy ha superado, como lo prueba el propio discurso de Gabaldón, los distingos divisionistas, y ningún heredero de conservadores niega palmas a la habilísima con-

(1) Tomado de: **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), N° 7-8 (1950), pp. 67-79.

ducta del doctor González, cuando salvó el estado de ser sometido por la fuerza y la devastación a la hegemonía liberal; ni sucesores de "lagartijos" escatiman el elogio que reclama la recia figura del León de la Cordillera. Todos a una respetaban la pujanza de la región trujillana y el grito confuso de una colectividad que pugnaba por hacerse sentir en los cuadros de la política nacional, con los legítimos derechos que le daban su prestigio e influencias en la vieja sociedad colonial y su vigorosa aportación, de sangre y pensamiento, para la fragua de la República.

Destaca Gabaldón un hecho enaltecedor y singular en la vida del General Juan Bautista Araujo, que habíamos tenido oportunidad de conocer de labios de Don Manuel Añez Pérez, testigo de los sucesos, y cuya reproducción en Colombia tiene mérito de curiosidad histórica.

Consolidado el gobierno regenerador de Guzmán Blanco, Trujillo fue víctima de la política punitiva que el Jefe victorioso encomendó al General Venancio Pulgar. Acosado por las fuerzas de éste, el General Araujo se retiró a Barinas, y por los Llanos ganó la ruta de Colombia. Acá estaba el año de 1875 cuando el devastador terremoto del 18 de mayo redujo a ruinas la hoy floreciente ciudad de Cúcuta. En los días conflictivos que atravesó la aterrada población, Araujo asumió una conducta ejemplar al servicio de las autoridades que procuraban auxilios en las víctimas. Quizá el trabajo más dificultoso era contener las pandillas de salteadores dedicados al pillaje y la matanza. A punto estuvo Araujo de ser asesinado por el jefe de una de estas hordas, un bandolero denominado Piringo, a quien aquél, en cambio, logró apresar con grande entusiasmo de las autoridades colombianas, quienes "se excusaron, dice Gabaldón, de hacerse cargo del preso y le ordenaron al General Araujo que lo fusilara, lo cual él hizo en el acto sin titubeos".

Las autoridades de Colombia, satisfechas en extremo de la valiente conducta de Araujo, pusieron bajo sus órdenes dos batallones de línea, para que prosiguiese la campaña de pacificación y lo reconocieron como General activo del Ejército colombiano.

El respeto y las consideraciones de que se vio rodeado el General Araujo, trascendieron la frontera de los dos países, y temeroso Guzmán Blanco

de que el caudillo exilado pudiera aventurarse a una invasión armada, resolvió atraérselo por medio de pacífica conciliación, y, al constituirse, el Gran Estado de Los Andes, le confió la hegemonía de éste.

Hechos similares llenan la historia de nuestra vida fronteriza. En medio de las dificultades surgidas en el desarrollo de nuestras accidentadas democracias, venezolanos y colombianos han visto el territorio de una y otra patria como solar común para dar sosiego a sus inquietudes, y, cuando la doctrina de la no intervención, piedra angular de la estructura americana, no había adquirido la robustez de líneas que hoy obliga la neutralidad y el respeto de los gobiernos frente al desarrollo interno de los respectivos procesos nacionales, aún llegó a ser molesta causa de fricciones entre los Estados. Hoy, en cambio, la absolución de la frontera no sirve para anchar hasta uno y otro países las querellas domésticas, sino para que venezolanos y colombianos sientan acá y allá la realidad de una patria espiritual que mira a unos y a otros como propios hijos, cuando buscan el alero del humanitario asilo. Allá van y acá vienen colombianos y venezolanos, y al momento del regreso, cada uno retorna con una visión más generosa y agradecida de la fraternidad sin banderías, que es numen de nuestra vida de comunidades surgidas de un mismo esfuerzo histórico. Gobiernos y pueblos han aprendido a mirar, sobre las parcelas que crean las diferencias políticas, el significado nacional de los países, como valores permanentes, ubicados más allá de circunstancias adventicias.

LIBRO SOBRE CARACAS Y SU GENTE
ASI ES CARACAS[1]

Nacido ciudadano de Caracas, mi mayor ambición será conservar este precioso título.
Bolívar

Plinio Mendoza Neira ha querido que algunas líneas mías abran este hermoso libro, consagrado a recoger la imagen de la nueva Caracas. Para mí es motivo de satisfacción y orgullo corresponder a la invitación que me hace el antiguo colega de andanzas diplomáticas y el amigo cordial de todas las horas.

ASI ES CARACAS* revela en forma artística y sugestiva el progreso acelerado que está transformando la vieja "ciudad de los techos rojos" en masa imponente de edificios de moderna y empinada arquitectura, con anchas y vistosas avenidas y verdes y lucidas plazas.

Un sueño constante de progreso ha venido a realizarse, gracias a las fuertes posibilidades económicas de que dispone la República y a la audacia construtiva del Gobierno y de los particulares. La justicia obliga por ello a rendir parias a los actuales mandatarios del país.

(1) Tomado de: **Crónica de Caracas** (Caracas), N° 6-7 (1951), pp. 208-210.

(*) Ha entrado en circulación el hermoso libro en que Plinio Mendoza Neira ha intentado fijar siquiera una parcial visión del formidable progreso que convierte a nuestra Capital en una de las principales ciudades del mundo hispanoamericano. Los que han tenido oportunidad de hojear el magnífico álbum, han expresado su aplauso por la estupenda labor de caraqueñidad que cumple esta valiosa publicación, indispensable en todo salón donde se junten espíritus amantes de nuestra egregia capital. (Nota MBI).

Por 1898 Gil Fortoul, desde las columnas de "El Pregonero", abogaba por el progreso de Caracas, y frente a la tesis de quienes calificaban de despilfarro lo que se invirtiese en dar comodidad y lucimiento a la capital, escribía el Maestro: "Caracas es la metrópoli; como si dijéramos la casa principal de la familia venezolana, y el salón de recibo de la casa. Bella, sería lugar de delicias; grande y rica, motivo de orgullo para todos los venezolanos".

Aquel sentimiento explica por qué el adelanto alcanzado por nuestra capital lo celebran de manera igual y con idéntico entusiasmo los venezolanos de todos los vientos. Los viejos y erizados cantonalismos, que intentaron ajedrezar el suelo moral de la Patria, han sido reemplazados por una concepción orgánica y uniforme de la venezolanidad, y así Caracas no se mira como la ciudad que compite en prestigio e influencias con otras ciudades o regiones, sino como la encumbrada cabeza, donde luce la corona fulgente que da prestigio a una Venezuela, cada vez más fuerte y digna por el disfrute de un sentido de creación que arranca del valor uniforme y conjugante de la nacionalidad.

Orgullo del caraqueño viejo y del caraqueño nuevo y orgullo del que por sentirse venezolano se sabe también ciudadano de la ciudad capital. Caracas aparece en esta publicación con buenos pergaminos para figurar entre las más hermosas ciudades de América.

ASI ES CARACAS dirá lo que es y lo que promete ser nuestra querida e ilustre capital. Mas, con servir a su progreso material debemos cuidar con amorosa vigilancia porque no desaparezca la Caracas que fue. Si en verdad la ausencia de un oportuno plan urbanístico fue causa de que se destruyesen casas y calles que debieron subsistir como testimonios amables del pasado, en cambio, no ha desaparecido —¡Dios nos libre de ello!— la otra Caracas, más fuerte y más durable que los edificios echados a tierra por la pica implacable del progreso.

Ni los fuertes muros y empinadas torres hacen las ciudades; éstas tienen su fuerza máxima en el espíritu y en las raíces que les forjó el tiempo y en el recuerdo de sus hechos y hombres singulares. Crezca, pues, Caracas en su vestidura de piedra y de cemento, pero que las

nuevas líneas arquitectónicas no destruyan la Caracas interior, llamada a vivir vida perdurable en el espíritu del pueblo. Que con los modernos ornamentos no olvide nuestra capital los títulos que le aseguran puesto primicerio en la fraternidad de ciudades americanas, y que sea siempre la Caracas vencedora de ruinas, invocadas por Bolívar en su célebre carta a Don Esteban Palacios. Crezca y brille la nueva Caracas, pero que dure en los rincones de los nuevos hogares, tibia sombra donde puedan detenerse, como en familia, los pasos inmortales de nuestros Padres...

HIMNARIO TRUJILLANO
(Virutas)[1]

Mi distinguido amigo el Profesor Antonio Cortés Pérez me ha pedido unas líneas introductorias para el hermoso "Himnario" que, en asocio con varios artistas del pentagrama, ha preparado para las principales escuelas del Estado Trujillo.

De orgullo me sirve la oportunidad de estampar estas líneas cordiales al frente de la colección de himnos que cantan los niños de mi región nativa, y, junto con el orgullo, me da voz para hablar con los muchachos y con las muchachas que forman sus espíritus e iluminan sus mentes en los centros educativos, donde serán entonados los acordes de estos cantos escolares.

Buena es la idea de estos himnos particulares. Llevado por el suave curso de la música, el espíritu del niño se siente movido hacia la comunidad de un sentimiento participado por los demás niños. Más que laboratorio donde se preparan las mentes infantiles para las disciplinas del estudio, la escuela es un microcosmos donde el espíritu incipiente tiene sus primeras relaciones con los semejantes de la misma edad. La escuela, tanto como ampliación del aula que tuvo por primera banca y por primer pupitre el amoroso regazo de la madre, es compendio de la sociedad —urbana o rural— que llama al hombre para el desarrollo de su personalidad integral. La obra del maestro no consiste en enseñar a los alumnos el camino individual de los libros. Su labor principal radica en la función taumatúrgica de levantar el alma infantil ha-

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 24-04-1952, p. 4.

cia el cumplimiento de sus altos deberes sociales. Hormiguero o colmena, no en el mero sentido de muchedumbre, sino en su valor de unidad cooperativa, la escuela es fragua donde comienza a templarse el acero de los ciudadanos. Misión del maestro es buscar todos aquellos valores que puedan representar un centro de interés para la obra colectiva.

El himno comienza por hacer la conjunción de las voces. Alguna pequeña y espontánea reflexión harán los alumnos que cantan al unísono. Terminarán por saberse partes de un conjunto, ruedas de un mecanismo, unidades que hacen una robusta suma. La música, además de elemento que afina los sentimientos, sirve en este caso de instrumento que conjuga las tiernas voluntades infantiles. En el orden de las realidades, el himno es como la propia alma de la escuela, compartida por todos, del mismo modo como los hijos de una Patria se sienten enlazados en la unidad de sentimientos que exprime el Himno Nacional.

¡Qué de valores formativos vuelan en las notas y en el verso de estos himnos trujillanos! Aparece en sus estrofas el recuerdo de los hombres antiguos, que ganaron lustre para sus nombres por haber servido a la gran patria venezolana. Cristóbal Mendoza, Cruz Carrillo, Miguel Cegarra, los Briceño, más que servir a Trujillo, sirvieron a la República, ora en los campos de batalla ora en altas funciones civiles. Junto con los suyos, se honra también el nombre de grandes figuras de la Patria: el Padre Blanco, a quien se debe una de las más valiosas celecciones de documentos históricos de la Nación; Don Eduardo Blanco, brillante escritor, en cuya pluma reviven los fulgores heroicos de la gesta independiente; Rafael Seijas, figura eminente entre quienes consagraron su vida a la defensa del país en el orden de la relación internacional; Francisco Tosta García, historiador y costumbrista que inauguró la historia novelada al estilo de Pérez Galdós.

Al lado de estas brillantes figuras de la historia nacional exaltan los himnos la memoria venerable de Diego Bustillos, de Rafael Rangel y de José Gregorio Hernández, fieles ejemplos de la bondad puesta al servicio de los hombres. Justamente en la ciudad de Betijoque, en cuyo distrito nacieron Hernández y Rangel, tiene su sede la escuela que recuerda al doctor Diego Bustillos, eminente entre los mayores

benefactores de Trujillo. Apóstol de la caridad, entendió la Medicina como oportunidad de servir al prójimo. Medio siglo se contará en breve de su muerte, y el pueblo mantiene vivo su recuerdo y tiene para él la ardiente gratitud conquistada por sus obras.

Una escuela, lejos de llevar por divisa un nombre propio de persona, exalta el recuerdo de una fecha. En Santa Ana tiene su sede la Escuela "27 de noviembre de 1820". Es la fecha del abrazo de Bolívar y Morillo. De aquel día en adelante la guerra a muerte quedaba solemnemente abolida. Los ejércitos se vieron como integrados por hermanos que disentían en los métodos de gobierno. España misma declaraba a la luz de la Historia, que la antigua Colombia era ya una república. Reverso de la tremenda declaración de junio de 1813, con las negociaciones del armisticio y la regularización de la guerra. Trujillo resumía su vieja misión de ciudad pacífica y convivente tan subidamente alabada por Oviedo y Baños.

Nombres personales, fechas célebres y nombres regionales sirven de exergo a las escuelas trujillanas. Alternar en los Estados los nombres de las regiones es una manera de abrir los sentimientos comprensivos de la nacionalidad. "Carabobo" se llama la concentración escolar que en la ciudad de Trujillo mantiene viva la memoria de otra región. En la escuela trujillana no se recuerda el campo de batalla donde se confirmó la existencia de Colombia, sino la comunidad fraterna y laboriosa que vive en el Estado Carabobo. Se honra, no la memoria de un triunfo guerrero, sino una porción de la gran patria venezolana. Se festeja el valor moral de una colectividad que ha sido orgullo de la nación.

Todas estas vivencias se animan al sonido armonioso de los himnos. La enseñanza de los nombres se hace más viva cuando se desarrolla a través del canto el contenido ejemplar. Afortunados han sido los planteles de Trujillo por los nombres que les ha asignado la autoridad educacional. En cambio, ha habido casos de notoria precipitación afectiva o de impensados intereses personales o políticos. Muchos nombres de escuelas venezolanas ponen en aprietos a los maestros que pretenden llevarlos al afecto de los niños. En estos escogimientos debieran pen-

sar dos veces los funcionarios en cuyas manos están los destinos de la educación.

Hombres de allá, hombres de acá, valores de la región, símbolos de la República, todo se conjuga para enseñar a los muchachos de Trujillo que su tamaño personal crece a medida que crezcan los vecinos; que su escuela es grande a la par que se engrandezca el pueblo; que el pueblo sube en valor al compás que la República se sienta fuerte, libre y vigorosa. Y que República, pueblo y escuela son unidades que se superan conforme los hombres se superen a sí mismos y hagan cada vez más visible la fraternidad que da a las comunidades un hondo sentido religioso. Como si el fuego del viejo hogar hubiese sido llevado al altar de la escuela; en ésta se recogen los penates que dan unidad y firmeza al pueblo.

CARTA A MANERA DE PROLOGO[1]

Génova, 5 de diciembre de 1957.

Ilustrísimo Señor Doctor
Dámaso Cardozo
Valera

Mi querido Monseñor Cardozo: De España traje a la mano sus cartas y opúsculo para escribir aquí algunas líneas introductorias al tomo que contendrá la labor literaria de nuestro ilustre maestro Monseñor Miguel Antonio Mejía; mas, en llegando a esta ciudad a fines del mes de agosto, fui víctima de un grave ataque cardíaco, con intervenciones quirúrgicas y complicaciones postoperatorias que aún me retienen en la clínica.

Cien días llevo sufriendo en el lecho de un hospital y ello explica que no haya podido dar cumplimiento al encargo honrosísimo que usted me dio de escribir algunas líneas sobre el recio varón cuya memoria honra a nuestra región nativa y que en todas partes de Venezuela se exhibió como magnífica lumbrera y como ancho corazón dispuesto a servir a los demás.

En verdad me siento obligado a escribir algo denso sobre el egregio Pastor. En dos libritos míos he hecho apenas su perfil, pero en el tin-

(1) Tomado de: **Libro donde aparece por sus escritos la figura auténtica del inolvidable sacerdote trujillano Miguel Antonio Mejía.** Comp. por Dámaso Cardozo. Trujillo: s.e., 1957, 448 p.

tero se me ha quedado toda la tinta propicia a dibujar la figura íntegra del gran sacerdote y del gran ciudadano que tanto se preocupó por la salud de las almas como por el bien de sus compatriotas.

Artífice de almas, Valera lo vio construir los muros de la naciente ciudad. Desde el púlpito donde admonitaba a los fieles; desde la esquina, donde regañaba al policía arbitrario; desde la cátedra donde abría caminos a los hombre nuevos, él supo cumplir una misión excelente que le da derecho a considerarse tan fundador de Valera como la generosa Mercedes Díaz. Padre de un pueblo en sentido romano, él supo decir, sin que se le acusara de petulencia ciceroniana que sus manos habían sido eficaces para la forja espiritual de la nueva y prometedora ciudad.

Su palabra y su pluma estuvieron consagradas a enseñar, Monseñor Mejía poseía el don de enseñar, aún más de lo que sabía. Su palabra tenía virtud de aldaba para la apertura de las más sordas puertas. Su discurso era convincente, por elegante y parco; su consejo era rígido y certero, por inspirarse tanto en las razones del corazón como en las razones de la inteligencia.

Ha hecho muy bien usted en recoger las pastorales, los discursos, los ensayos y las columnas periodísticas del Maestro inolvidable. En el libro seguirá hablando con impetuosa voz magistral aquel que muchas veces se esforzó por cubrir con un gesto imperioso la desfalleciente dulzura del ánimo. Sabía Monseñor Mejía que en nuestro medio alcanzan poco favor los sistemas de la serena persuasión, y usó algunas veces del *fortiter in modo,* para que la justicia se abriera camino al amparo del vigor y de la autoridad de su palabra.

De la Teología a la Historia, de los Cánones a la Poesía deleitosa, todo lo cultivó su talento extraordinario. Con la misma lengua elocuentísima explicaba los problemas del Concilio de Nicea y los sutiles valores de la dogmática atanasiana, como, subido en pública tribuna, enseñaba al pueblo el sentido de la virtud del *Gay Saber* y alababa con humana palabra de trovador las virtudes de Clemencia Isaura.

Cómo me hubiera agradado poder cumplir su honroso encargo, doblemente grato para mí, puesto que me trajo la certeza de su leal y

firme amistad. Esa virtud es digna de un fiel discípulo de Monseñor Mejía. Amigo excelente, él dio siempre el rostro para ayudar al amigo en peligro. Sabía que la amistad es la versión social de la caridad y él era todo caridad. Usted me ha mostrado con su encargo aprecio y consecuencia que en mucho estimo. Dios no me ha permitido cumplirlo. Usted excusará mi silencio y yo quedo en la espera de poder escribir algún día el elogio cabal de Monseñor. Estas líneas me han costado mucho escribirlas. Estoy aún débil y mi corazón está expuesto al cansancio.

Lo saluda su afectísimo amigo.

MISCELANEA

LA RESPONSABILIZACION MORAL DEL OBRERO[1]

Causas más que justas inspiran el movimiento reivindicatorio en que, al amparo de las garantías que ofrece el democrático Gobierno de la República, vienen empeñados nuestros obreros. Alarmantes injusticias han porfiado por mantenerlos en un plano de inferioridad, y por demás reducido es el ámbito donde se han visto obligados a desenvolver la personalidad, deseosa de acrecentar el radio de sus posibilidades vitales. Sólo con una visión mezquina de la justicia y de la realidad social, pudiérase negar la legitimidad del afán de nuestras masas obreras porque les sea reconocido y respetado el derecho que tienen a gozar de una más equitativa distribución en los frutos del trabajo y por la realización de medidas que aseguren un ritmo más cónsono con sus necesidades humanas. El primero en consagrar el carácter imperativo de tales reclamos ha sido el propio Estado venezolano, quien por una amplia legislación del trabajo se ha adelantado a declarar la vigencia ineludible de los derechos que asisten a los trabajadores como eficaces cooperantes en la formación de la economía nacional y como miembros de la solidaria comunidad humana. Esta misma Casa del Obrero es elocuente testimonio de la preocupación oficial por la suerte del trabajador venezolano, quien en ella tiene hogar y escuela y cátedra donde se abrigan, se discuten y se defienden esos derechos.

Para servir a los obreros se ha considerado como la mejor de las vías el exaltar el indiscutible fundamento de sus derechos. Sin embargo,

(1) Texto mecanografiado localizado en el archivo del autor.

el obrero que aspire con legítimas razones a asegurar de manera vigorosa el goce de aquéllos, debe pensar de previo que tales derechos reclaman de su parte el cumplimiento de una serie de deberes de proyección social sin los cuales no se justifican, o al menos, pierden en su apariencia la primera de las fuerzas que los hacen respetables.

En el contrato que rige a toda hora las relaciones entre el capital y el trabajo hay un elemento de alcances fundamentales que no debe ser desatendido por el obrero, si éste aspira a que crezca el mérito de su posición reivindicatoria. Cuando el contrato de trabajo se rompe por el capricho patronal, queda al trabajador la acción en reclamo por ante los tribunales del trabajo y entra entonces el juez a examinar en un campo de posibilidades realísticas los alcances del perjuicio material causado al trabajador. Este tiene, puede decirse, prenda efectiva sobre la cual puede hacer recaer la responsabilidad del patrono, quien en cambio, y aunque sea más firme su posición frente al obrero, carece de posibilidades para hacer efectivas las compensaciones debidas por el incumplimiento del trabajador. Esta aparente desigualdad en el contrato de trabajo, sobre la cual pudiera fundamentarse el negativismo de ciertas actitudes patronales, desaparece en beneficio de ambas partes y con beneficio singular para el obrero, si éste ha formado a la par del músculo y de su habilidad manual, la conciencia moral que da contenido perdurable a su función de eficaz cooperador en la hora de producir valores.

Porque el obrero se empinará en forma singular para la obra del justo aseguramiento de sus derechos, cuando con la fuerza y la destreza que ofrece al patrono, garantiza la solvencia moral de sus actos. No solamente es la energía que se transforma en obra redituante lo que constituye la personalidad del trabajador. Mirar desde este sólo ángulo de posibilidades las fuerzas del obrero, es tanto como confundirlo con la bestia de carga o con el esclavo de edades sombrías de la economía social o con el automatismo de la máquina de esta era opresiva del industrialismo moderno. Algo más que bestia o que esclavo o que herramienta de trabajo es el hombre que, por su deficiencia económica, se ve obligado a alquilar a otro su capacidad de producción. Tras la indefensión económica, que le sitúa en un plano de dependencia, se

irgue con plena integridad su humano valor entitivo, se alza, hasta igualarlo con lo que más pueden en el terreno de los hechos cotizables, la plenitud de su valor moral.

La educación moral del obrero es consiguientemente elemento trascendental para el triunfo de sus propias aspiraciones de clase. Ella le sirve más que cualesquiera otras, de fuerza superante en su empeño por alcanzar un justo plano ascensional en medio de los cuadros sociales. Menudamente se oye de parte de quienes se empecinan en obliterar el racional ascenso de los trabajadores, frases que porfían a nulificar los justos reclamos de éstos, y ellas buscan de fundamentarse en la falta de responsabilidad moral del elemento trabajador.

El argumento fatalmente luce cierta fuerza que contribuye a detener el curso crecedero de aquellas conquistas, por cuanto crea el falso supuesto de que el obrero, por su conducta negligente, no es acreedor de los derechos que reclama. El peligroso alcance de esta falacia impone como deber primordial a la clase obrera una lucha de orden interno, encaminada en un plano positivo, a que a toda hora sus aspiraciones se vean rodeadas de una atmósfera de respeto y de dignidad incuestionables. Su propia conciencia de clase le obligue a levantar el nivel moral en que actúa, por medio de la promoción de un neto sentido de responsabilidad, que obligue a la vez la responsabilidad patronal y la misma acción tuitiva del Estado.

Esta fase del proceso reivindicativo es quizás la que más descuidan los trabajadores, con notoria mengua de sus anheladas conquistas. Al obrero se le rebaja y se le desacredita en razón del descuido en que ha puesto su solvencia moral, ya que él mismo no se da cuenta suficiente de que su mayor fuerza radica en mostrarse capaz de cumplir sus deberes de clase. Pudiera decirse que el obrero en sus relaciones de trabajo lleva la consigna tácita de que "él nada pierde" y que poco le importa por lo tanto cumplir los términos de su contrato. Craso error de muchos, cuyas consecuencias se transfieren fatalmente al conjunto de los trabajadores. Cree el obrero no perder nada, cuando está perdiendo el elemento moral, es decir, la propia razón sobre que pretende estribar los alegatos que deben hacer prósperos sus reclamos generales.

Para que el obrero tenga de su parte la argumentación que vertebre el proceso de su justicia, necesariamente debe exhibirse vestido de aquellas cualidades de rectitud y de solvencia que sirvan de contraste a la acción negativista de quienes se opongan a la rápida concesión de sus privilegios. Ni los argumentos derivados del derecho social, ni los reclamos que se afincan sobre la justicia universal de los hombres, pesan tanto a favor de las clases trabajadoras cuanto el que ésta se muestre adornada de la plenitud de una conciencia responsable de sus deberes sociales.

Se suele halagar la voluntad de los obreros con promesas de reivindicaciones que suenan con grato eco en el fondo de su angustia de clase menos afortunada, mas no se busca que tales reivindicaciones, lejos de aparecer como producto de una irreductible pugnacidad, sean presentadas como término... [Falta texto]

Por más que se fatigue, por más que se agoten sus fuerzas, el trabajador no será un hombre con autoridad de reclamar que se le respeten sus derechos, si tras su angustia, su fatiga y su agotamiento no se eleva, radiosa y dominadora, su integridad de hombre moral, de hombre que, siendo un deber pide su correlativo derecho...

CARTA A DON RAMON VILLASMIL, DIRECTOR DE PANORAMA[1]

Trujillo, agosto 28 de 1917

Señor don Ramón Villasmil,
Director de «Panorama».
Maracaibo.

Muy distinguido señor Director:

Gracias a la bondad del distinguido poeta uruguayo Alfredo E. Martínez, recibí por el último correo la copia que le adjunto del notable discurso pronunciado por el señor Adolfo Agorio en el Consejo de Correos y Telégrafos de Montevideo al proponer un proyecto de Resolución acordando un homenaje al esclarecido Maestro José Enrique Rodó.

Dado el amplio programa que ha venido desarrollando «Panorama» en su fructuosa labor, no he dudado que dicha pieza hallará en sus columnas benévola acogida, y contribuye a ello, junto con la belleza de estilo que la adorna, el sentimiento de admiración que los venezolanos —los intelectuales especialmente— profesamos al insigne profeta de «Proteo», el malogrado Maestro que modeló en las páginas áureas de sus libros el verdadero carácter que necesitan, para su más completa evolución, los hijos de la libre América hispana.

(1) Tomado de: **Panorama**. Maracaibo, [Sept.] 1917.

La referencia del orador a la actuación de Rodó en el Congreso postal de Montevideo como representante de Venezuela, me ha sugerido la idea de insinuar a usted una propaganda que favorece grandemente al «Trabajo y al Comercio» de que es especial abanderado ese periódico, y ella es la idea de trabajar en el sentido de obtener del Gobierno Nacional la rebaja del franqueo que se cobra actualmente por la correspondencia que va al Exterior, el cual según el convenio de Montevideo —no aprobado aún por el Congreso de Venezuela— se fijó en *veinte céntimos* de bolívar para las naciones adscritas a dicha convención. Recientemente la Sección Venezolana de la alta Comisión Internacional, creada por iniciativa del señor William G. Mc. Adoo, Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, publicó sus correspondientes informes, y dedica amplios comentarios al asunto a que me refiero, haciendo ver lo útil de dichas rebajas de franqueo; de ellos copio el siguiente párrafo:

«Tenemos que recordar cuando tratemos de finanzas públicas no sólo aquellos resultados que son directos o inmediatos sino los lejanos o indirectos de las medidas económicas: el abaratamiento del porte aumenta el número de las comunicaciones, acelera la frecuencia de las relaciones, y por lo tanto, viene a multiplicar las transacciones comerciales. Es aquí, en esta multiplicación, y no en el alto gravamen que mantiene la lentitud de las comunicaciones, donde el Fisco logra la renta que sostiene la vida del Estado sin atacar la existencia de la Nación, al contrario, excitándola a vivir por medio de una protección adecuada; es allí donde el administrador obtiene el premio de sus desvelos y donde el erario recoge el fruto del abaratamiento de los impuestos inteligentemente planteado».

La propaganda, pues, de un periódico serio como «Panorama» sería de muy buenos resultados, mucho más en la presente ocasión, cuando la muerte del gran Maestro ha motivado múltiples homenajes de las Naciones y Estados sudamericanos. ¿Y qué homenaje mejor tributaría Venezuela al gran escritor que sintió por ella especial cariño, que el de hacer efectivo uno de los más vehementes deseos suyos, como el de la facilidad en el intercambio postal de los pueblos de América?

Soy del señor Director, att° amigo y compatriota.

CARTA AL SEÑOR MANUEL V. NUCETE[1]

Mérida, junio 19 de 1920.

Sr. Br.
Manuel V. Nucete.
Presente

Estimado Bachiller y amigo:

En el número 74 de «Los Andes», del 10 del presente, leí la carta abierta que se ha servido dirigirme con motivo de una de las notas de mi trabajo, últimamente publicado, «Elogio del Dr. Eloy Paredes» nota en la cual como Ud. lo hace ver, erré yo al hacer alusión de su Libro del Centenario.

De cómo cometiese tal yerro, no es necesaria explicación alguna, mi honorable bachiller, y sólo cúmpleme pedirle excusas por él. Mas queda a mi favor la palabra consagrada de Renán, que acaso haya leído Ud., cuando dice el autor de la «Vida de Jesús» *sólo; no yerran Dios y los imbéciles,* y si Ud. ha leído uno de los discursos de José Enrique Rodó en el Parlamento uruguayo, elogiando la memoria de un patricio de aquel lugar, encontraría también que el glorioso maestro americano, imitando tal vez a Renán, nos dice; *sólo no yerran los que nada hacen...* Tengo yo la firme convicción de no ser ni Dios, ni imbécil, ni de la anónima montonera de los que nada hacen y justo es en cambio

(1) Tomado de: **Ecos Andinos. Mérida, [20] 6 - 1920.**

que sea digno de errar, dijo digno, porque en el concepto de ambos Maestros, caer en error indica superioridad sobre quienes no son capaces de él.

Réstame decirle que sólo me apena haber dudado de su veracidad por lo que le pido excusas de nuevo, mas tal error lo veo en mi trabajo como un pequeño lunar únicamente y los lunares en veces sirven de adorno. No es la primera vez que he sufrido una equivocación y soile franco: aspiro a continuar equivocándome y a encontrar siempre personas que como Ud. me indiquen mis faltas. El errar no sonroja, lo que debe sonrojar es la incapacidad de errar. Me dirá tal vez Ud. que digo un dislate, pero aquí mismo, en mi mesa de estudio, tengo la obra última de Carbonell, «Del Caos al Hombre» y en su carátula estoy leyendo las palabras de Cicerón: «No hay absurdo que no haya sido apoyado por algún filósofo». En la vida se venera mayor número de errores que verdades, pues en la mayoría de los casos estos errores llenan vacíos dolorosos y torturantes. Estamos.

Crea en la sinceridad de mi estima y quedo de Ud., mi honorable bachiller, su atto. amigo.

PRO-AMERICA[1]

Sobre el campo ilímite de los destinos de América, se juega abiertamente la suerte de la raza latina, y al hablar así ampliamente de raza, nos referimos a un concepto ideal, y no al significado antropológico de las clases sociales que moran en la vasta extensión comprendida entre el Río Grande y la Tierra de Fuego. Los sociólogos más que determinado tienen el sentido bajo el cual debe estudiarse la raza que prueba el nuevo mundo ibero, heterogeneidad de indio, español y africano con mezcla más o menos fuerte de elementos exóticos. La raza, para su determinación social, ha venido constituyendo en los pueblos de América, no una continuidad étnica, sino una síntesis espiritual, un simbolismo ideológico elevado sobre los hitos internacionales, que presta unión a las fuerzas progresivas de los nuevos países formados sobre lo que fue dilatado dominio de España.

Más que por el indio, cuya sociedad fue de aislamiento en la edad precolombina, los destinos de los pueblos americanos fueron unidos por una razón nueva y fuerte: la del alma que transmitió al conquistador español a la nueva población. Las distintas parcialidades aborígenes, si representaban entidades soberanas, no constituían una nacionalidad con caracteres determinados. El indio de México desconocía los intereses de los Araucanos del Sur, las distintas familias Caribes y Arahuacas, se perseguían y aniquilaban sobre el Archipiélago y en las selvas de Sur América. Invocar la sangre aborigen como razón unitiva para los estados de la América española, sería tan peregrino como hablar

(1) Tomado de: **Billiken.** Caracas, 08-09-1928, pp. 15-16.

de una posible fraternidad de iroqueses y aztecas en la pre-conquista como motivo de unión actual entre México y los Estados de la Nueva Inglaterra.

La psicología de las naciones americanas de origen español, se halla determinada por el efectivo significado de una cultura de tinte general que fue servida al americano por el colonizador. Tal circunstancia hace que al hablarse de raza latino-americana o indo-ibera, se preestablezca una razón de orden moral y espiritual sobre lo que aparentemente tuviera un significado étnico. Lo que une al chileno con el habitante de Nicaragua, no es la sangre común del aborigen ni la característica facial, que determine una semejanza antropológica, en cambio es un acervo común de ideales, una historia espiritual que vive estratificada en la conciencia de ambas sociedades. Tal historia arranca desde la época de la colonización común, sin que en ella influya la herencia secular del aborigen.

La razón que une nuestros pueblos es por ello de un orden absolutamente ideal. No debemos buscarla en palabras de matices indianos. Durante la guerra de Independencia se unieron los destinos de los países sojuzgados por España, en razón de lucharse con un mismo enemigo exterior, y si se habló, como los libertadores lo hicieron, de derechos del indio explotado por el conquistador durante tres siglos, fueron aquellas palabras de un significado momentáneo, pues la lucha, lejos de ser reacción de una raza oprimida contra la Nación que había venido dominando, estudiados sus orígenes históricos, fue contienda de carácter civil, entre unos y otros dominantes, campaña iniciada por aquellos mismos que habían logrado posiciones elevadas bajo el régimen que combatían, donde sólo se luchó por un ideal de independencia política más conforme con los intereses materiales de la época y donde el mismo indígena, al igual de los mestizos y cuarterones, estuvo engrosando las filas del Rey. Pasada la lucha, vuelta la calma espiritual a la conciencias batalladoras, consolidada ya la independencia política, aparecieron en la escena pública los mismos valores sociales que habían combatido la separación por no conformarse en su hora inicial con sus intereses personales.

En la lucha la razón de raza no apareció caracterizando los movimientos dirigentes, por la razón simplista de que no la había. El indio primitivo había desaparecido como entidad combatiente: las duras luchas de la conquista redujeron en número su población; la mayor parte se había unido al español para formar el mestizaje que llenaba el cuadro social de la Colonia y lo que quedaba autóctono de aquella población precolombiana, carecía de actividad social que lo constituyese en factor para la lucha: desconociéndose mutuamente en su salvaje libertad de entonces, por la misma descomposición en que se encontraban las familias americanas a la hora de la conquista, separadas de los antiguos núcleos civilizados, decaídas de una cultura que apenas empieza a vislumbrar la arqueología y que era pretérita ya a la hora del descubrimiento para las familias desintegradas de ellas mismas y que en su mayor parte ignoraban su grandeza muerta.

Aquella comunión de pueblos sí dio un compuesto híbrido desde el punto de vista de la etnografía, en cambio produjo una psiquis de un contenido continuo, pues era hija del dominador que se había transmitido de un modo integral en esta nueva faz espiritual. Bajo tal concepto es cierto que sobre el área en que se mueven los pueblos de habla castellana en América existe una raza artifical en todo idéntica, de caractereses especialmente determinados. Estas características están señaladas por la unidad de aspiraciones políticas y sociales, bajo una misma lengua y amparados por una unidad religiosa fuertemente estrecha.

Tal es el ideal de los pueblos castellanos de aquende el mar, ideal básico para calificarlos con el nombre de pueblos solidarios de un futuro. Cuando Rodó el más grande de los modernos maestros de América, de la América única, habló de una civilización latina opuesta a la civilización del Norte, tomó en su valor total el concepto psicológico de nuestra comunidad de intereses espirituales y no el desconocido valor de una unidad étnica que no existe.

LA MISION DEL PERIODISTA[1]

En la agitada vida del hombre moderno —perseguidor de síntesis simplistas— el periódico ha llegado a adquirir virtualidad de instituto ambulante. Escuela que dirige y educa a las muchedumbres, la ágil hoja periodística ocupa magistral altura, cuya soflama guía las acciones de la masa. Más que al maestro, más que al profesor reposado, el pueblo sigue las enseñanzas que, desde las columnas del periódico, le son diariamente ofrecidas por aquellos que se encargan de dirigir su pensamiento.

Y si es grande la influencia que ejercen en el pueblo las hojas periódicas, grande y trascendental es la responsabilidad que pesa sobre los escritores que asumen la encomienda de exponer al público teorías y pensamientos. Grande y trascendental hasta el extremo de ser culpables de la desorientación de las sociedades, cuando en su labor, lejos de inspirarse en los grandes intereses comunales, siguen el dictado de mandatos egoístas; y cuando, haciendo a un lado los preceptos de la moral y de la justicia, se guían por inspiraciones de un convencional oportunismo.

Así sean la palabra y el concepto de los que ocasionan, por lo viejo y usados, el reír de la gente vulgar, necesario es tener siempre de presente que sin moral carece el periodista de esa altitud de maestro a que lo elevan las necesidades de la vida actual; en cambio, aquél es ilustre y digno del bien público, que, firme en su adhesión a los pos-

(1) Tomado de: **El Anunciador. Valera, [23] 11 - 1934.**

tulados eternos de la moralidad y la justicia, hace de su pluma cauterio a cuyo rescoldo curan los graves males sociales.

Porque sin moral el periódico decae, hasta el punto de trocarse en tajante instrumento que amenaza la vitalidad del pueblo; degenera, hasta el extremo de convertirse en azote público; se rebaja, hasta dar con los pestilentes linderos del pasquín.

Cuando el periodista, olvidado de la nobleza de su misión de educador y de director de muchedumbres, pone su pensamiento al servicio de mezquinos medros, pasa fatalmente a la categoría de paria, sin Dios ni ley, a quien los pueblos deben infamar con el dicterio de miserable, y a quien las gentes honestas deben negar la sal y el fuego, como a traidor de su confianza y de su honor...

EL MAL PERIODICO
(Apuntes del momento)[1]

Asienta un personaje de una comedia de Ibsen que: "el público da la vida a los periódicos; pero el público más numeroso es el público malo. Se necesita, pues, un periódico malo". El falso silogismo que, con descarado cinismo, defiende dicho personaje, parece que formase parte integrante del programa de muchos periódicos contemporáneos y, por desgracia, de algunos colegas capitalinos. Antepuesto el utilitarismo a los demás intereses y finalidades de la prensa, no se busca orientar las masas y dirigir el sentido del público hacia problemas de verdadero interés social, sino que en cambio algunos periodistas lucran con aquellas condiciones del pueblo que les traiga mayores proventos. El periodista degenera de su clásica cualidad de ductor de la opinión pública, para convertirse en explotador de los vicios y de las defectuosas inclinaciones del pueblo, del mismo pueblo a quien están obligados a mejorar y corregir.

¿Será imaginable una escuela donde el maestro esquive, por no contrariar a los alumnos, las enseñanzas que a éstos resulten arduas y poco placenteras, para enseñarles, en cambio, costumbres y hábitos que halaguen sus malas inclinaciones?... Esta lógica parece que sea común de ciertos escritores y dibujantes que, en busca de lectores, procuran satisfacer diariamente el estragado paladar de cierto sector del público que compra periódicos, y quien aparentemente reclama ese manjar tóxico para su estragado o mal orientado gusto.

---

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 01-10-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

Y si se les señala lo erróneo de su criterio utilitarista, ellos, para engañar a los mismos a quienes explotan, procuran desacreditar los principios morales en cuyo nombre se les condena, y, tergiversando las cuestiones, llegan a la apología de los vicios y malas inclinaciones de los otros.

La falsa lógica del personaje ibseniano define, con inaudita precisión, cual es la mente de estos falsos apóstoles de la conciencia pública. "El público malo es más numeroso que el bueno, luego hay que hacer malos periódicos". Hasta la trata de blancas hallará carta de legitimación con tales argumentos.

Pero no. Tales escritores, aunque cosechen triunfos y a pesar de que obtengan beneficios pecuniarios, no corresponde al sentido alto y noble que encierra la profesión del periodista. Poder moral, la prensa representa en el seno de los pueblos una función que se eleva sobre el mercantilismo de sus empresas. Es al periódico a quien toca guiar la conciencia pública, a manera de faro que señale, con clara y precisa lumbre, el rumbo que el marino debe poner en el timón de las naves nocturnas. Poder moral que obra sobre la colectividad de manera cierta; la palabra impresa debe estar siempre revestida de altos tributos de nobleza y selección que la hagan capaz de iluminar la conciencia social.

¿Qué el bajo público gusta de la crónica soez y del dibujo insolente? Pues sea el periodista maestro noble que desvíe hacia planos más altos las inclinaciones populares, empezando por enseñarle lo descabalado de tales aficiones, y no oportunista explotador de sus defectos. De lo contrario su pluma, lisonjera, será para el bisoño lector que le aplaude, como ¡cuchillo untado de miel, *mele litum gladium*!, según el severo decir de San Jerónimo.

CONFITEROS Y PSEUDOMORALISTAS
(Apuntes del momento)[1]

Suponemos nosotros, y con sobrada razón, que ni al lector ni a ninguna persona honrada que se ocupe en negocio de dulcería, se le haya ocurrido, para fomentar la venta de confituras, agregar a éstas una buena porción de opio de cualquiera otra droga heroica, que convirtiendo en vicio su uso, redunde en mayor provecho del negocio. Ni mucho menos se nos puede ocurrir que, denunciado el delito del confitero, éste oponga como razón que lo aminore o legitime, más o menos la siguiente:

—¿Y qué he de hacer para vivir, sino procurar que se vendan mis confites? Tengo seis muchachitos a quienes alimentar y educar. Tengo esposa. Tengo madre. No puedo dejar que perezcan, y de cualquier manera he de lograr el dinero que se necesita en casa.

En cambio, si trasponemos nuestro caso a otro plano, no ya material y plástico, como la salud del cuerpo, sino espiritual y moral, hallaremos cómo es corriente que se legitimen con tan temerario razonamiento, delitos y faltas de tanta gravedad, y aun mayor por la trascendencia de sus efectos, cometidas en nombre de igual necesidad de lucro.

Llamar la atención de los lectores por medio de crónicas, artículos, apostillas, versos, dibujos y caricaturas que ofenden la moral, es arbitrio corriente entre ciertos profesionales del periodismo, y especial-

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 07-06-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

mente entre algunos escritores extranjeros cuya producción envenena los puestos de librerías, y quienes estarían dispuestos a justificar su obra poco escrupulosa, por medio de argumentos que llegarían a la misma conclusión del supuesto confitero.

—¡Tenemos una familia a quien sostener, y cualquiera objeción que se haga a nuestra manera de cultivar las letras, es un atentado, a los intereses de nuestros hijos!

Valiente lógica la de quienes así procuran cubrir con el manto del deber familiar, ataques directos contra los derechos espirituales de la sociedad, necesitada, más de higiene del espíritu que de bienestar material y de holguras económicas. Y al espíritu dañan quienes fundándose, para rehuir reclamos, en imposibles RELATIVISMOS, hieren los inmutables principios de la moral única, fundamento de la vida de los pueblos.

Y la mayor condenación de tales procedimientos, está justamente en los efectos materiales de tales propagandas. La moral es la llave de oro de las conciencias, y una vez relajas o RELATIVIZADAS éstas y aquélla, sus materiales consecuencias no se hacen esperar. En días pasados se comentó en estas mismas columnas la alarma de los peritos americanos ante la disminución de la natalidad en la gran República del Norte, cuya causa denuncian los mismos peritos, está en la detestable teoría que ha hecho prosperar la llamada "limitación de la familia" o "control del nacimiento". Del mismo modo se justifican las ondas de criminalidad infantil o adulta, por las perversas enseñanzas del cine y la novela. De igual manera se explica la destrucción de la familia, basamento de la sociedad y de la grandeza de los pueblos, por las prédicas de los RELATIVISTAS, empeñados en cercenar los principios incontrovertibles de la moral.

Juegan ellos con las palabras para los efectos pirotécnicos de la novedad que atraiga lectores, al igual de los niños que manejan torpemente las navajas, sin advertir, acaso, que lo que dicen en burla, como quien no destruye nada, se dirige abiertamente contra los principios que mantienen la vitalidad y la substancia de la sociedad. Desgraciadamente les queda el recurso del sofisma, y para vestir de prudencia

su inmoderado propósito de novedades, enseñan que no es veneno lo que ofrecen y que en cambio la hipocresía y la vetustez son las armas con que se atacan sus desmanes; y si para el público es decisiva la química que en los laboratorios comprueba la toxicidad de las drogas con que el confitero atrapa compradores, desgraciadamente no está a su alcance, por falta de penetración comprensiva, la otra química, espiritual y sutil, que descomponiendo las falacias literarias, ponga de bulto ante los ojos imprevisores, el veneno con que se procura endulzar los medios de que los otros se valen, para tener a la expectativa su atención, y menoscabo de la salud moral de los pueblos, poder aumentar el provento de las empresas.

Como los niños, los pueblos prefieren el jarabe que deleita, aunque envenene, y rehuyen la pócima que, aunque amarga, tonifica los pulsos y aumenta la vitalidad del organismo. Dura es la senda que señalan los moralistas: rectitud y renuncia. Amplio es el camino que propugna la moral relativa, o sea la epicúrea del placer momentáneo. Todo cabe en ella como en la caja de Pandora, pero al abrirse, también como de ésta, saldrán la destrucción y el aniquilamiento de los pueblos. Porque sin recta moral sólo han vivido los pueblos salvajes y las naciones decadentes. Y sin recta moral no ha crecido nunca el ciudadano útil.

COPLAS POR VILLANCICOS
(Apuntes del momento)[1]

A decir verdad, nosotros no hemos tenido la ocurrencia de leer el libro de W. Fernández Flores, llamado "Las siete columnas", cuya exégesis hace, muy al propio, el aeda "Esferoide", en sus "Coplas" de ayer. Mas teníamos noticia de su existencia y de su contenido, por alguna nota bibliográfica o por comentario de tercero, y de primera intención descubrimos en él un "mérito" en que ni el autor pensó ni paró mientes el festivo apolónida esférico. Y lo mejor del caso es que la parte meritoria del libro está en aquello que a primera vista parece ser lo peor de él.

No negará "Esferoide" que es una verdad de a folio, por él mismo proclamada y ensalzada, eso de que los siete pecados capitales sean como las columnas de la "sociedad" o del "mundo moderno". Aunque duela la verdad, nosotros también la reconocemos, y por ello proclamamos la necesidad de suplantarlas por verdaderas columnas de virtud.

¡Ah, mundo, mundillo! Desviado el hombre de la verdadera comprensión de su destino, lucra con aquello que es la negación de su existencia, y pone todo esfuerzo en fomentar los atributos que conducen a su ruina moral. ¿Qué sería de tanta literatura vana y de tanto literato ruin, sin los vicios a quien sirven? ¿Qué sería de tanta prensa procaz y licenciosa sin esa "columna" de lujuria sobre la cual descansan sus

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 28-06-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

fautores y servidores? ¿Qué sería de tanto espectáculo corrupto, si no hubiera la suficiente degeneración moral que abrevando en sus fuentes, contribuya al progreso económico de los directores? ¿Dónde prosperarían las modas deshonestas, si faltase la impudicia que las paga? ¿Cuál la suerte de los tratantes de inocencia, si no hubiera la lascivia insaciable de los degenerados? Sin la embriaguez ¿qué sería de aquellos que lucran con su fruto? Sin la gula ¿dónde los capitales que se forman explotándola?...

¡Columnas de la sociedad los vicios! ¡Razón tiene, en proclamarlo, Fernández Flores, y en hacer de ello lírica exégesis, el poeta "Esferoide"! Sí lo son, cuando sobre tales columnas se erige una civilización que, ayuna de concepto cristiano, revive los vicios de la antigua paganía, y cuando los redituantes de tal desorden moral, procuran acrecerlo para aumentar sus proventos y gustar mayores deleites.

Sin propósito moralizador, y pese a la falsa presentación teológica, tanto el novelista, de humor a la inglesa, como su vernáculo comentador, nos ofrecen buena oportunidad para encarecer una vez más la necesidad de huir de esas nefandas manifestaciones que contribuyen a hacer próspero el lamentable concepto de que sean los vicios y el pecado los "eficaces soportes" del mundo actual. Bien lo saben ellos, el grueso de cuyos lectores se mueve por lo general en ese terreno de desorientación moral. En un mundo de santos ¿podría siquiera escribir Fernández Flores? En un medio grave y meditativo ¿se leerían las "Coplas" esféricas?...

¡Bello el pecado! Sí; para sus explotadores, como bello es el botín para el salteador que lo hurta con la complicidad de las sombras nocturnas. ¡Cuántos brazos caídos contaría el mundo, si la mayoría de los hombres, dando espaldas a los vanos deleites y a las industrias pecaminosas, mirase hacia su fin último y ordenase sus actos a la realización de una era de justicia y de virtud! Entonces no podría decirse, como ahora, con cierta precisión, que los pecados capitales sean las columnas que sirve de supedáneos a una "civilización" que está clamando por la revisión de sus valores. Y entonces, también, los avaros, los lujuriosos, los glotones, tanto como quienes de sus vicios sacan su ri-

queza, sentirían tedio y morirían de hastío, si no lograren lavar sus manos pecadoras y, limpias, unirlas para la nueva plegaria que entonen con los seguidores de la moral y la virtud.

Fernández Flores no tendría temas para su literatura de humor inglés o gálico, y "Esferoide", a fin de no perder la costumbre de apolónida, habría de dedicarse a hacer villancicos navideños...

DE TALES BODAS TALES TORTAS
(Apuntes del momento)[1]

Aún no ha concluido el revuelo que entre ciertos escritores ha ocasionado, no la propia película "Extasis", sino los comentarios que acerca de su notoria inmoralidad hubo de hacer este Diario. Los elogios que ciertos cronistas y "críticos" han consagrado a dicho film, más que a favorecer la técnica conque dicha cinta está presentada, se han dirigido a contradecir de modo directo la aseveración y el alerta estampados en este Diario, sobre el fondo soez y corruptor de tal cinematografía. Frente a la defensa de la moral, emprendida por este vocero, se han alzado, ¡quién lo creyera!, los defensores de la inmoralidad, y han hablado y continuarán hablando, en tal forma, que su pseudo-lógica constituye en verdad un insulto dirigido a nuestra sana sociedad. Creímos que los "defensores" de "Extasis" se limitarían a buscar falacias sobre las cuales afirmar que dicho film "no ataca" a la moral; ahora leemos en el último número de la popular revista "Elite" —publicación que llega a los hogares caraqueños con promesa de páginas de arte y de orientación social— un largo artículo en que se concluye que la tan zarandeada película no sólo no es inmoral, sino "todo lo contrario". Hablando en plata: "Extasis" es, según el articulista de "Elite", una película de un exquisito y "puro lirismo", cuya intención es levantar los dictados de la sana moral. Vayan, pues, a ella todas las "víctimas" de los "perjuicios" de la "gazmoñería", y verán cómo se pueden libertar de las "trabas" de la "falsa moral".

---

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 12-11-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

La desorientación de los criterios jamás se ha puesto tan de bulto, como en estas sofisterías periodísticas, como en esta literatura sin pudor y en esta "crítica" sin honestidad, con que se pretende vestir de galas uno de los más graves delitos sociales. Yerre el padre, yerre la contrayente en la elección de esposo, ello no es para justificar y apologizar el único remedio que de quien se crea víctima, venga a las malsanas mentes: el adulterio. Y sube de punto lo grosero de la lógica croniqueril, cuando para acrecentar el error de la elección, pone en paralelo la unión marital con el ayuntamiento salvaje de las bestias. Tal cosa sólo sirve para que adivinemos, bajo el atavío de las figuras literarias, un criterio bestial.

¿Dónde pararán, o dónde pretenden que pare una sociedad a quien se ofrece impunemente tales principios directivos? Piensan ellos que, sobre la "gazmoñería" que, a su juicio impera aún en nuestro medio, deben imponerse, por fáciles y "naturales", el mismo criterio y la misma lógica que preside las relaciones de las bestias, y que el respeto y la consideración que tanto merecen en sus relaciones, hombres como mujeres, o mejor, los cónyuges que integran la célula social, se tasen de conformidad con las normas que guían el comercio de yeguas y de potros.

Nosotros sí sabemos adónde se pretende llevar a la sociedad con tales enseñanzas. ¡Cuidado que sí! ¿Adónde? ¡Al caos!... Es la lucha, hoy creciente, del error contra la verdad, de la luz contra las tinieblas, del vicio contra la virtud. Es el ataque encarnizado y sistemático contra el viejo hogar, baluarte de la moral social, y del orden político; es la lucha violenta del libertinaje moral contra los principios de la austeridad y de la disciplina domésticas; es la campaña abierta que procura prolongar las avenidas de los prostíbulos hasta las alcobas conyugales y que intenta, por medio de la apología de amor libre, sustituir la cándida corona de azahar, por la aspereza de la espiga de trigo, símbolo del amor común y de la fecundidad probada.

Con la misma lógica conque los apologizantes de "Extasis" buscan justificar el adulterio, que toma por acicate la libertad de las bestias, pueden también los tales, defender, a la luz de una "moral lírica y

confortable", esas casas abominables inventadas por la Rusia nueva, donde el bello sexo puede libertarse, sin responsabilidad penal ni gastos de ninguna especie de un huésped indeseable.

"De estos polvos se hicieron esos lodos", reza el viejo proverbio castellano: y no debe quebrantarse, por tanto, la sociedad, cuando tolerando y amparando la expansión de tales principios, coseche a su tiempo el pleno fruto que de ellos debe nacer. (Tolerando y amparando decimos, por cuanto no se ve la deseada protesta social contra los cines inmorales y contra la prensa licenciosa.) No llore el padre la liviandad de la doncella, ni sufra el esposo por la quiebra de su hogar, pues a tal fin caminan quienes, olvidados del respeto que deben a la moral —paladión de la sociedad y del hogar— guían su conducta por la pseudológica de los abogados del vicio y, en pos de "notas de lirismo puro", llenan, inconscientes, las salas donde se exhiben esas cintas que envenenan, gota a gota, el corazón de esposas y doncellas, y leen a diario periódicos que mancillan las conciencias.

No es de un día la pérdida de la virtud. La virgen cándida y la esposa honesta no pasan a ser lo contrario a sólo el soplo de una fuerza obstensible y poderosa, de que fácil fuera cuidarse. Lentamente, sin que las propias víctimas lo adviertan, se mudan los espíritus con la frecuente ocasión de relajar en ellos la virtud y los lazos de la moral. Poco a poco, sin que nadie lo adivine, el ejemplo mina la estructura interior. En un principio defenderán la libertad, después considerarán lícitas las faltas de las otras, por último... caerán, sin que ellas mismas midan la gravedad de la caída. Primero el viento mueve las hojas; luego, caen éstas; por último, el árbol rueda en tierra *Post folia cadunt arbores*...

LA DESNUDEZ DE "ESFERA"
(Apuntes del momento)[1]

La buena amistad que existe entre Juan José Churión y el cronista "Esfera", de nuestro colega ídem, ha sido buena parte a que el primero haya inducido al último a profesar su peregrina fe. En meses pasados anotamos en estas mismas columnas la lamentable inclinación de Churión hacia las teorías mormónicas, y cata que ahora el cándido de "Esfera" se nos presenta abogando por la religión naturalista, o para mejor expresarlo, naturista; no se conforma con la poligamia de José Smith, sino que también aboga por el nudismo total. A Dios gracias la Policía tendrá el buen cuidado de evitarnos el grotesco espectáculo de ver por nuestras alegres calles la robusta figura del cronista, desprovisto de toda indumentaria. (De desear sería que hubiese también una manera de Policía que evitase la circulación de la literatura nudista, tan perjudicial para la moral pública como la propia práctica de la singular novedad, o para mejor decir, barbaridad retrogradante, porque por aquí hubo ya nudismo en la época de Terepaima y Guaicamacuto).

El "naturalismo" literario de "Esfera" refluye como fatal consecuencia sobre su propio modo de expresar ideas y conceptos ya del todo comunes. ¿Habráse ocurrido a algún escritor calificar de "desaforado" al misticismo, poniéndolo en parangón con los "últimos peldaños de la degradación humana"? A una intención perversa, o una crasa ignorancia del valor de las palabras, sólo puede achacarse semejante ex-

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 19-09-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

presión, por demás desprovista de gracia e intención recta. Desgraciada manera de llamar la atención del público lector, víctima irremisible de la falta de seriedad de tanto cronista, caro o barato, que procura llenar, sea con lo que sea, columnas que debieran dedicarse a la estampación de útiles lecturas.

Hágase naturalista, sí, naturalista el campeante "Esfera". Qué de alimañas y de parásitos claman entre nosotros por un buen estudio científico, que de seguro darían al cronista buena oportunidad de exhibir mejor su sapiencia crítica. Por ejemplo, un estudio del llamado "coco - raya - bosta", sería en extremo interesante. "Esfera" se luciría en el examen metódico de esos animalitos. ¡Qué de reservas hay en nuestra fauna para un buen naturalista! ¡Y bueno que resultaría el colega! Y si traslada su afición, al campo de la literatura "naturalista", habría que ver las revelaciones que el fachendoso crítico podría hacer sobre los parásitos de la literatura. Mejor le cuadraría esta misión de revelador, que esa otra, sonza y sin interés, que lo lleva, como en el presente caso, a faltar a su propio decoro personal. Pues nos resulta indecoroso el que "Esfera" aspire a pasearse en cueros por nuestras bulliciosas avenidas. Nadie diría, al verlo, como el filósofo que desplumó y lanzó a la vía un inofensivo gallo de cocina. *Ecce homo Plato.* ¡Quién va a pensarlo! Este es de los del Dr. Chacón, pensaría cualquiera y... para Catia.

Sin embargo, nosotros confiamos en que esas palabras de "Esfera" ni él mismo las toma en serio, y que en consecuencia no debemos preocuparnos de que el futuro "nudista" llegue, con su falta de indumenta, a coger un constipado. Pero no deja de ser lamentable que hasta en mengua de su propio respeto, el colega insista en cultivar ese impertinente género croniqueril, que ni enseña ni solaza. Porque conceptuamos que todo escritor está en el deber de ofrecer al público oportunidad cierta para que éste robustezca sus conocimientos, o al menos para que en la lectura diaria tenga ocasión de deleitarse. La literatura procaz es patrimonio de periódicos destinados a ciertos sectores degradados de la sociedad, de esos periódicos que la Policía bien puede impedir que circulen, de acuerdo con las leyes penales.

COCES CONTRA EL AGUIJON
(Apuntes del momento)[1]

En sus "Comidillas" de estos últimos días, "Esfera" aborda nuevamente, esta vez con más ímpetu y precisión, su lamentable tema del amor libre, e insiste una vez más en su monomanía anti-moralista. *Quousque tande* Esphera? ¿Qué fin persigues con esa prédica absurda? ¿A qué satánico plan sirves con tanto empeño?...

Bien comprendemos que no es sólo tuya la culpa de tantos desvaríos. En el mundo actual pululan doctrinas disolventes que tú, sin examen ni meditación, acoges llevado por tu deseo impenitente de hacerte notorio. Y es la familia, piedra angular de la sociedad, el blanco primordial del ataque de los actuales corifeos del satanismo que procura infiltrarse en las masas. La Revolución rusa, último aspecto de aquella otra revolución que a fines del siglo XVIII intentó cambiar la faz política y moral de los pueblos, ha sabido escoger sus blancos: el cristianismo y la familia. Destruida la fe religiosa, baluarte de la moral, se arremete desde Moscú contra las fórmulas sociales que descansan sobre la vieja constitución familiar, y en sus planes de batalla entra como factor principalísimo, la destrucción del clásico concepto del respeto que siempre ha sido aureola y sostén del hogar doméstico. A la vieja concepción de la sociedad, cuya molécula constitutiva está representada por la familia, oponen tus inspirantes una sociedad cuya célula es el individuo, conjuntado en una forma política, cuyo fin y centro es el Estado Fantasma. Este reclama brazos y actividades para

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 21-09-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

su servicio todopoderoso, y a su acrecentamiento poco importa de dónde vengan los futuros componentes.

¿Se ha dado cuenta "Esfera" de que con sus ataques a la moral y a la familia sirve inconscientemente a una ideología que, en sus fines, debe de estar opuesta a sus propios ideales? Nosotros nos atrevemos a pensar que no, y nos limitamos a creer que sólo su deseo de notoriedad lo empuja a esa propaganda inmoral y disolvente en que ahora aparece ocupado. Pero tiempo es ya de que pare mientes en el laberinto en que se devanea su pensamiento, y de que, advertido del error a que se ha dejado llevar por su falta de examen de la materia, vuelva sobre sus pasos y se corrija de tanto entuerto.

¿A qué esa propaganda de amor libre, en medio de una sociedad que cifra su orgullo en el respeto a sí misma? ¡No, "Esfera" amigo! Si relees tus crónicas, acaso caigas en cuenta de tus lamentables yerros y tal vez adviertas que nosotros, obscurantistas partidarios del vigor de los tiempos antiguos, tenemos más razón que esos anónimos autores o autoras de cartas en que se te felicita por tus desplantes.

No negamos nosotros que tú tengas sal y pimienta para aderezar tus crónicas, y más que sal y pimienta, ají, cominos y ajos, como cualquier buen cocinero, pero sucede muy a menudo que resultan malas tus viandas, por demasía de aliños. Otras veces, no es culpa sólo de los condimentos sino de la materia que entiendes condimentar, pues manida como cualquier peje malo, no son suficientes los ringorrangos y adefesios que le acomodes, para hacer que pierda el originario hedor.

Dice "Esfera", en un esfuerzo por dar apariencia de legitimidad a sus inmorales comentarios, que él sólo se dedica a glosar los problemas jocosos que ocurren por el mundo, sin ninguna otra intención fuera de condimentarlos con salsa criolla.

¡Simplezas del colega! ¡Nuevas inocentadas suyas! Claro que a nosotros nos resulta mejor creerlo así y no suponer que el bueno de "Esfera" tenga en realidad la intención de servir a ningún plan sistemático de desmoralización y descristianización de la sociedad. Pero sin quererlo

lo está haciendo, y con su salsa, empeora para nosotros lo que en otro medio resulte acaso moneda corriente, por falta de malicia.

Justificar tu intención, nunca podrás hacerlo, "Esfera" amigo. "Mi padre combatió con siete y lo mataron", es lo menos que puedo decirte en esta lid que emprendes contra conceptos que nunca podrán destruir el vano deseo de ciertos hombres, batalla en la cual se medra más deshonra que honra. Y en homenaje a tu afición latina, te va este dístico de Ovidio:

Stultus ab obliquo, qui cum discedere possit.
Pugnat in adversas ire natator aquas.

LOS CAÑONES Y LA MORAL[1]

El cable acaba de comunicar que la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París ha elegido para miembro de ella a Eugenio Schneider, más conocido por el apodo de "Rey del cañón", por ser dueño de las famosas fábricas de armamentos donde se construyen los tristemente célebres cañones que perpetuarán su nombre en la historia de las modernas desbastaciones humanas. Que la peregrina gloria del fabricante fuera bastante para abrirle las puertas de alguna academia de arte militar o de industrias metalúrgicas, bien es de explicar; pero que un instituto consagrado al cultivo de las ciencias morales y políticas, ofrezca homenaje consagratorio al constructor de mortíferos instrumentos, justamente en horas en que la humanidad se afana en la búsqueda de fórmulas de paz y comprensión mundiales, resulta una insultante paradoja, o más bien un atentado a los altos ideales que alimentan el pensamiento de los idealistas y de los soñadores, que aún creen de buena fe en el posible reinado del espíritu.

Es en el seno de las fábricas de armamentos donde más se niega el valor de los conceptos espirituales: en su vientre se forjan los contraideales humanitarios; por sus puertas salen las grandes máquinas destinadas a destruir hombres y a acrescentar el imperio de la muerte. Para poner a la guerra fuera de la ley, según entienden los pacifistas, debería empezarse por declarar fuera de la moral a los comerciantes de armamentos. Nóbel anduvo por mejores sendas, cuando ante el do-

(1) Recorte de prensa localizado en el archivo del autor, sin datos, ni fecha de publicación [1934]. Firmado con el seud. ZETA.

lor de la ruina que ocasionaba su invención, dispuso de parte de su renta para premiar a quienes más trabajen por la paz de los hombres y los pueblos. Fue como la reacción de su espíritu contra los efectos mortales de su descubrimiento, o como un paleativo que su mente ideó para curar de la angustia ocasionada por su invencible remordimiento.

Pero mientras la conciencia angustiada de los hombres espera nuevas fórmulas que definan y señalen las sendas de la comprensión humana y preparen a los pueblos para la economía de la justicia y de la paz, una academia de Ciencias Morales se exhibe premiando a un constructor de cañones y llamándolo a su seno para que dicte la palabra salvadora... Mañana cualquier cuerpo científico encargado de combatir los efectos de las drogas heroicas, podrá honrar, sin escrúpulos, a los más famosos traficantes de estupefactivos, según la moral que pregonan los académicos, que desechan a Bernard, para sentar en su mesa de trabajo a Eugenio Schneider.

Y Spengler podría decir que esto es señal inequívoca de la decadencia de Occidente. No. De la decadencia del hombre sin moral y sin Dios. De la desorientación de los espíritus cuando no buscan la realización de la paz y de la justicia a través de las doctrinas de Cristo Nuestro Señor: por la germinación del amor entre los hombres.

RESPUESTAS SUELTAS A "EL NUEVO DIARIO" (Apuntes del momento)[1]

Ante todo, y empezando por el final, ha de saber el curioso cronista de nuestra colega "El Nuevo Diario" que todos cuantos trabajamos en esta casa, somos gente apacible, incapaces de "montarnos" por ninguna especie de preguntas, así sean ellas de la naturaleza que fueren. Gente apacible, y dispuesta, desde que apunta el rubicundo Febo, a soportar los sinsabores que ocasionan la lectura de ciertos cronistas y de algunos "críticos", de esos que tienen por norte de su oficio enredarlo todo y escandalizar al público con sus extravagantes sofisterías.

La gente de esta casa se reunió en amable "cónclave" para buscar respuestas a las preguntillas domingueras del inquisidor colega de El Conde; y en conclusión, y vista la poca monta de las preguntas, resolvieron, a propuesta del amable Don Serapio, que fuera a nosotros a quien tocara el darlas, ya que el preguntón reclama la frecuencia de nuestro nombre en las planas de este Diario. Y henos aquí sin tener que responder, justamente por falta de materia, o mejor, de fondo en la curiosa encuesta.

De nuestra parte, y es lo poco que podemos decir en este apurado trance, hemos de confesar que si ahora escribimos menos, se debe a cierta compostura que va adquiriendo el "Bachiller", quien es por lo general el que nos suministra más temas torcidos que enmendar. No que el

(1) Tomado de: **El Nuevo Diario.** Caracas, 19-11-1934, pp. 1, 4. Firmado con el seud. ZETA.

colega se haya enmendado por completo, que esto sería suficiente y grato motivo para que nosotros desapareciéramos por siempre del mundo periodístico pero sí hemos visto con bastante complacencia que el polifacético escritor esquiva un poco los peregrinos temas de exégeta y filósofo barato. Y hasta hemos advertido en él un buen propósito de trocar papeles, pues ha llegado a comprender que, aunque los perros ladren, la caravana pasa. Y ya esto es mucho.

Esto mismo sirve para explicar la razón de que hayan sido las réplicas al "Bachiller" tan frecuentes en estas columnas, sin que dé lugar a suponer que ellas obedezcan a falta de cariño y aprecio de nuestra parte para el "robusto" cronista. Todo lo contrario: nos duele ver que tan buen amigo incurra en burdos yerros, y deseosos de que de ellos haya, hemos insistido en hacerle ver lo falso de su situación. El mismo ha terminado por confesar que así, "*suaviter in modo*", se trae al aprisco la oveja descarriada; y nosotros para aprovechar la confesión y no darnos al trabajo de dividirlas, hemos aceptado que él sea oveja, satisfechos de oírle confesar su descarrío. Y así oveja, ya no tememos que nos ladre...

En cuanto al tema de "Extasis" huelga todo comentario. Vista está la división de los cronistas en estas materias que atañen a la moral. Dolorosamente se advierte la existencia de un sector —numeroso aunque sin autoridad— que procura desviar la conciencia social hacia planos disolventes. Y aunque la tarea sea de las que llevan el sello de la ingratitud, nuestro deber nos impele a quebrar lanzas con quienes intenten socavar el edificio perdurable de la moral... Respecto a la pregunta que el cronista formula sobre si la propaganda de "Extasis" fue hecha "*gratis et amore*", bien sabe él, mejor que nosotros, a quién debe dirigirse para alcanzar respuesta. De nuestra parte, nos hemos limitado a juzgar la inmoralidad de la posición de ciertos críticos, sin que nos hayamos aventurado a prejuzgar una supuesta venalidad. Es al industrial de la mina a quien corresponde estar informado sobre las ganancias del pueblo. Y en lo que dice a propaganda periodística, bien sabe el colega que nuestro Diario no tiene otro norte que el prestigio de su nombre y de la causa santa a quien se sirve, y que para decir la verdad en beneficio de la moral social, no existen compromisos que aten nuestras plumas.

Y ahora, cuando vamos a concluir, muy finamente se acerca a nuestra mesa, a esta mesa que ha sostenido con orgullo el brazo de Monseñor Castro, de Monseñor Silva, del Padre Espinoza y de tantos ilustres escritores que prestigian las letras católicas, se acerca, decimos, muy finamente "Miss Tijeras" y nos pide que digamos algo de su deudo con la Condesa Tijeras, asidua redactora de "El Nuevo Diario".

—Somos de la misma familia— nos confiesa. —Claro que ella se olvida un tanto de mí, porque el desenfado con que corta, y la impavidez con que sabe meterse en toda clase de paños, la han hecho grande y la llevan a tomar en menos la parvedad de mis recortes. Pero somos del mismo linaje, a pesar de todo, señor Zeta.

Gentilmente correspondemos al pedido de tan constante y amable compañera, y, aunque del mismo oficio y de la misma casa, hacemos un esguince para apartarnos de ella, ya que no sólo suele salir trasquilado el que va por lana, sino también quien se mete con tijeras.

P.S.—Al entregar estas cuartillas a nuestro buen amigo el linotipista, éste nos informa que en la edición de hoy concluye el interesante trabajo del Dr. Ascanio Negretti, sobre la madre del Emperador Napoleón I, y en cuya composición él ha tenido, según nos dice, placenteros ratos, muy distintos a los que pasó su colega de la esquina del Conde, durante el larguísimo tiempo en que estuvo condenado a tener que componer el interminable estudio con que "El Nuevo Diario" pretendió regalar a sus lectores, sobre la vida y milagros de las tan traídas y llevadas generaciones de "El Cojo Ilustrado". Por donde se ve que en aquellas calderas se cuecen mayores habas.

LA INCIERTA EXISTENCIA DE MISTER JOHN JOSEPH CHURION
(Apuntes del momento)[1]

El Br. Juan José Churión en su "Crítica Mazorral" de ayer, procura inducirnos a creer que "hubiéramos ganado más en ser **cultivados** por los ingleses" que no por los españoles que colonizaron estas regiones. Parece que nuestro querido Churión se refiera a la tierra, a las papas, al cacao y demás frutos **cultivables** que por aquí encontraron los hispanos, pues suponemos que no se trate de "nosotros", formados biológica y espiritualmente por nuestros ancestrales iberos, y quienes no existiríamos a estas horas, si los ingleses hubieran sido los colonizadores de esta nuestra América meridional. "Nosotros" no seríamos, y en lo que es nuestro territorio **serían otros** los habitantes. Discutir las posibilidades culturales ocasionadas por esta inversión de colonizadores, nos parece una simpleza histórica, de la cual deduciríamos apuradamente que nada habríamos ganado con el **cultivo** inglés, por cuanto de él no hubiéramos sacado sino la no existencia y el haber cometido el "pecado monreal", según decía una loca, de no haber nacido. Si Churión cree que con esto habría ganado algo, le damos el pésame por su fecunda existencia.

Ahora lo que sí pasa los límites de lo mazorral y demuestra que le sobra tinta a la plumafuente del festivo Bachiller, es aquello de que "la prepotencia yanqui prueba que la cultura cristiana, pero mormónica, evangélica, puritana, protestante, en fin... es superior a cualquiera

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 11-05-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

otra"... Esto nos recuerda el argumento de cierto crítico argentino, según el cual por cuanto en la República platense se han desarrollado la cría y la agricultura más que en Venezuela, debe aceptarse que San Martín fue superior al Libertador. La misma atrabiliaria conclusión nos propina, como quien no quiebra un plato, el robusto crítico, universal y esférico, que, fundándose en el apogeo material de los Estados Unidos, sostiene la superioridad del Protestantismo sobre el Catolicismo. Estamos.

Se le fue la mano a la burla de Churión, y bueno es que recoja un poco la tela de su capote para que no se enrede en las astas del toro, por cuanto sería la primera víctima de su imprevisión o descuido. Siempre hemos tenido al apuesto amigo como hombre probo y morigerado, pero su elogio de los mormones nos hace barruntar que sienta nostalgia de las liberales costumbres de los prosélitos de José Smith; y que crea, acaso que habría de sentirse muy a sus anchas como jefe de una heterogénea familia a las orillas del Lago Salado, pues según sus propias palabras esa cultura es superior a cualquiera otra, o para mejor decir, a la católica.

No Bachiller amigo, la historia ha comprobado todo lo contrario. "Sin el Protestantismo y antes del Protestantismo estaba ya muy adelantada la civilización europea por los trabajos e influencia de la Religión Católica; y la grandeza y esplendor que sobrevivieron después no se desplegaron a causa del Protestantismo sino a pesar del Protestantismo".

Diferentes procesos siguieron los pueblos de América colonizados por protestantes y católicos, vale decir, por sajones y españoles. Aquéllos se expandieron despreciando y destruyendo indígenas y mirando a los negros con aquel secular desprecio con que Inglaterra los trató siempre, y del cual es prueba irrefutable la condenación del Concilio Londinense de 1102, para el comercio de hombres que se hacía en Inglaterra, *sicut bruta animalia venumdari.* Los españoles, por lo contrario, Cruzados de una nueva expansión de la fe, se acercaron a los indios para enseñarles nuevos hábitos, nueva lengua y la eterna religión del Crucificado. Si acá hubo encomiendas y con ellas lucró, a veces en exceso, el colonizador, ello obedeció en principo al propósito de civilizar

a los naturales: si allá no las hubo, fue porque el sajón miró con menosprecio al natural, y pensó sólo en deshacerse de él. No se dirá que sea más pestífero el país donde los leprosos llenen innumerables hospitales, que otro donde no haya enfermos hospitalizados, porque en nombre de la eutanasia salvadora se les mate cuando sea comprobada el morbo... Mientras se destruían indios en Norte América y se miraba al negro como perteneciente a una especie no racional, España imprimía el sello de su cultura católica en unos y en otros. Allá apenas luchó la cultura europeoprotestante con las peculiaridades del medio telúrico, y cuáqueros, puritanos y reformados en general siguieron creciendo como en Europa. Acá el español-católico, penetrante y democrático, unió en su obra expansiva, mejorándolos y superándolos, a indios y negros, en cuya psiquis infiltró nuevas aspiraciones humanitarias. En esto difieren ambas tendencias: allá fueron sajones sólo los descendientes de los colonizadores. Acá se españolizó tanto el indio como el negro.

Hay que poner las cosas en su puesto. Grandes virtudes culturales adornan a los pueblos del Norte; pero ello no es razón para que invoquemos el caos como más favorable que la nuestra, pues en el caos se hallaría a esta horas nuestro pueblo nonato, si hubiera sido la América del Sur conquistada por los sajones.

Y no se crea Churion que él sería hoy Mister John Joseph Churion, manager de un rotativo encargado de propagar el *Birth control* o las excelencias de la N.R.A. Simples ilusiones. Ni él ni nosotros nos daríamos el gustazo de embadurnar cuartillas, y en esta New Albion avileña, en cuyo Central Park la estatua de un descendiente de Raleigh o de Morgan ocuparía el sitio del Libertador, serían otros los encargados de entretener el ocio y la curiosidad del público lector, que no se hablaría español ni rezaría tal vez a Jesucristo.

AVENTURAS DE "ESFERA"
(Apuntes del momento)[1]

Bien sabemos que de nuestro propósito, caritativo y cristiano de enmendar los yerros del cronista "Esfera", no sacaremos más zumo que de un guijarro. En algunos momentos de infundado optimismo, hemos creído buenamente que el colega sea susceptible de mejorar de cascos, y ganar buenas vías; pero cuando menos pensamos, se nos presenta de bulto con su desparramada manía de asustarnos con "Tópicos", (no de Julio Simón ni de Gauchet) sino tan nuevos como esos con que suelen aderezar la escritura los cronistas modernos o de vanguardia.

De sonámbulo calificó nuestro ingenioso Pepe Carrel al multiforme "Esfera", y él en su croniquilla de ayer, se nos presenta dispuesto a comprobar lo certero del calificativo, pues las apreciaciones que hace acerca del tema de la limitación de la natalidad, son de tal manera descoyuntadas y contradictorias, que parecen escritas entre sueños. Y "Esfera" no es tan viejo que se diga, para que achaquemos a incongruencia senil sus contradicciones.

¡Valiente primor! Necesitamos poblar nuestras vastas regiones, y recomienda que se limite la concepción. Estás con dolor de muelas, ¡cómete un papelón! *"Canes soevient in lapidam"*, diría Erasmo.

Y para llegar a tal conclusión, recomienda que dejemos a un lado "todos los prejuicios, especialmente los de orden ético y religioso". Claro

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 16-01-1935, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

que sí, pues para que alguien se atreva, desde las columnas de un periódico que alardea de circunspecto, a sentar cátedra en materia tan absurda, debe haberse apartado desde muy ayer de todo razonamiento que respete los principios morales; y para poder menospreciar a éstos, sin rubor, los edifica de antemano de "prejuicios".

A nosotros quédanos un consuelo. "Esfera" se intrinca en temas mal estudiados, y sin bien pensarlos, los sirve al público, de buena fe. Y esto decimos por cuanto creemos que sea nuestro deber presuponer que el redondo o esférico colega no intente, a conciencia, propugnar tesis tan antipatrióticas, por decir lo menos, como ésta inmoralísima de detener el crecimiento de la población, y precisamente cuando él mismo trata de ofrecer los medios de acabar con la amenaza del desierto.

Mala costumbre ésta de meterse en asuntos para los cuales no tenemos la debida fuerza, y que nuestros mayores calificaron de tender la pierna más de lo que coge la sábana, o como dijo el gran Horacio: *"Pennas nido majores extendere"*. Sí, "Esfera" amigo, ni tu nido ni tus alas, están acordes. Anídate con parsimonia, mira que el cazador puede sorprenderte por la imprudencia que cometes al querer posarte donde no debes. Redondo como eres, posiblemente te deslices, sin advertir el fin de tu esférica carrera. Tiempo tienes de detenerte en tu correr sonámbulo. Y óyeme el consejo: no digas siempre todo aquello que se te antoja. Ya Platón censuraba a quienes decían *"quiequid in buccam venerit"*.

HERCULES VS. MORBUS
(Apuntes del momento)[1]

En su "Comidilla" de ayer el festivo "Esfera" quiere comernos crudos, y no pudiendo, según dice, identificarnos, nos reta a que le demos nuestro exacto nombre, para desafiarnos en cualquier terreno literario o científico. Aceptamos en principio el desafío, y aquí le va nuestra tarjeta: ZETA. Culpa nuestra no es que él personalmente no nos conozca, (aunque bien nos conoce). Nuestro apellido es familiar a quienes hayan leído la historia de la Iglesia Venezolana; y ya en el siglo XVII, figuraron clérigos que supieron darle prestigio. ¿Quién no recuerda al ilustre Fray Francisco Zeta?...

Empezaremos antes de irnos a tus manos, por convencer al colega de que es vano y pedantesco ese duelo en que intenta que caigamos. ¿Quién ganaría? Tan buenos como los suyos son nuestros diccionarios y más serios que los suyos, nuestros libros. Pero no hay necesidad de tal cosa, "Esfera". ¡Tu honor se salvará! Te equivocaste, pero "*humanum est errare*", y, si bien declaras que en realidad caíste en contradicción, el público te devolverá su honra, muy tuya, muy ilustre, y que suponemos nadie la necesite para uso personal. Pero confiesa una cosa: Esta vez perdiste los cascos y te montaste, a pesar de tu decantada impavidez y de tu semejanza con los caimanes del Apure. Nosotros sabíamos de antemano, sin ésta tu declaración, que eras un caimán por la boca, pero hoy hemos de lamentar que la certidumbre tuya de serlo también por lo del cuero, no te haya sido provechosa, pues por

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 19-01-1934, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

el tono de tu crónica vemos que está muy sensible tu epidermis, y te has "subido" en extremo contra este zote, que no ha intentado herirte siquiera con un alfiler. Nosotros no hemos dicho, como piensas, que tengas cascos como cualquier mula, y tus conocimientos lexico-gráficos debieran explicarte el sentido en que usamos la palabra; ni tampoco que fueras un guijarron, sino que nuestro empeño de corregirte era como el de extraer zumo de un guijarro. Lo de la preparación... hay que pensarlo, pues no te creas que se puede atacar a troche y moche lo que se nos presenta diariamente, sin que pongamos de bulto la deficiencia que tengamos para abrazar tanto. Ese mismo inmoralísimo tema, en cuyo favor te ocupas, y en el cual caíste en contradicción, bien seguro, estamos que no lo has "tutumeado" lo suficiente. De haberlo estudiado, no lo propugnarías, por repugnante y antipatriótico.

Asienta "Esfera" que por no conocernos y por no saber quiénes somos, no tiene derecho de respetarnos. Esto no huele a escuelas, ilustre colega. El derecho para que tú nos respetes, reside en nosotros, como eres tú quien tienes derecho a que te respetemos. Pensaste decir tú, y mira que se te han olvidado las lecciones, que no tienes obligación de respetarnos. ¡Santo y bueno!, e hiciste por ello esa confusión tan común entre muchachos y viejas de servicio, respecto a derecho y obligación, que te resultó un verdadero irrespeto a tu fama de escritor, de que nosotros somos más celosos que tú mismo.

En cambio "Esfera" amigo, bien nos sabemos que tú no cambiarás de cascos y que en balde habremos de empeñarnos por buscar los medios de que salgas de esa impenitente manía que padeces, de querer echarte en toda clase de nidos. Se diría contigo lo que Aristóteles: *"Male judicat caecus de coloribus"*, porque si el peor sordo es el que no quiere oír, nadie tan en tinieblas como el que no quiere ver. Y esa ceguera es natural que aumente cuando se trata de ver los propios yerros y de enmendar los entuertos por el mismo escritor cometidos. Eso te acontece a tí, y molesta al ver nuestra insistencia en apartarte de tan errados caminos, has creído que te herimos en la honra, y te sales como altivo Quijote, a desafiarnos, sin pensar, aunque bien pensado lo deberías tener por tus alardes de caimán, que sea la honra como el cocodrilo: busca a quien huye de ella y huye de quien le sigue, o como decía Horacio: *"Quod sequitur fugio quod fugit, ipso sequor..."*

No ha sido, es cierto, propósito nuestro el ocasionar a "Esfera" molestia tanta como la que se adivina por su artículo, debieron proporcionarle nuestros "Apuntes". Bien sabemos que el colega, aunque no de tantos años para ello, sufre dolencia que acrece con los desagrados; y no hemos nunca intentado proporcionárselos por ello. Deseamos por lo contrario verle robusto, y sin amenazas hemofílicas, aunque condenado, muy a nuestro pesar, a no convalecer de su manía de andar por travesía. Esta sí que es fatal en él, como aquel morbo de que no sanó ni el mismo Hércules...

PSAPHONIS AVES
(Apuntes del momento)[1]

Con sorpresa hemos visto que el número de "Voz de Portuguesa", de Acarigua, correspondiente al 23 del mes que concluye, trae en sitio editorial una nota relativa al suicidio, en aquella población, de un triste pordiosero. Más de una vez hemos pensado en la imprudencia que representa la publicidad que los periódicos dan a las noticias de hechos semejantes, pues bien sabido es que el crimen en general adquiere entre las masas ciertos caracteres de contagio moral, y que la estadística ha comprobado, en el caso especial del suicidio, la inminencia de dicho contagio. Si no estamos equivocados, en Alemania existió una ley, bajo el régimen imperial, que prohibió los comentarios periodísticos en tales casos. Para dar a la noticia mayores visos de imprudencia y aun tendencia en un todo reñida con las leyes de la moral, el editorialista concluye con la suposición de que la infeliz víctima debió, ante sus agudos dolores, pensar en la "zarandeada frase de relumbrón" de Vargas Vila: "Cuando la vida es un suplicio, el suicidio es un deber".

Claro que él no pretende justificar el suicidio del infeliz pordiosero, pero con su mal traída cita comete una verdadera barraganada y da oportunidad para que las gentes de criterio callejero vean en el dicho del funesto escritor, una apología del suicidio, o por lo menos una razón lógica que en parte justifique tan loco proceder.

Tal no es la misión del periódico, aunque muchos piensen que él esté en el deber de estampar todo aquello que, dándole notoriedad, le atraiga

(1) Tomado de: **La Religión.** Caracas, 30-01-1935, p. 1. Firmado con el seud. ZETA.

más lectores. Semejante criterio mercantil y oportunista, convierte a la prensa en instrumento de corrupción y desmejoramiento de los pueblos. Y esto no lo decimos por "Voz de Portuguesa", sino por centenares de periódicos que faltan diariamente a las leyes de la honestidad periodística.

Tribuna que eduque, escuela que edifique, el periódico necesita orientar sus actividades hacia una obra cierta, que le permita realizar en el seno de las sociedades el alto apostolado que es su fin. Lo contrario es poner en manos mercenarias el destino de los pueblos. El periodista necesita antes que todo compenetrarse con la honda trascendencia de su misión de educador, y pensar que, lejos de ser negocio comercial, su empresa es de verdadero orden social. Más que noticias que, por lo exageradas e impresionantes, mantengan viva la expectación pública, el periódico está en el deber de ofrecer a las masas enseñanzas que las ilustren y edifiquen. Aquel no es el mejor periódico que tenga más circulación, sino el que más enseñe y que mejor guíe el pensamiento colectivo. No se dirigen los periódicos en las mesas de administración, sino en el escritorio del redactor consciente y honrado.

Lamentablemente este criterio que aquí exponemos, no es corriente entre la mayoría de los directores de empresas periodísticas, atentas más a las finanzas, que al buen nombre de las publicaciones. Por lo contrario, parten ellas del errado concepto de que el periódico debe ofrecer al público lo que a éste más agrade. Inmoralísima falacia que, transportada a cualesquiera otras de las actividades sociales, muestra al bulto la inconsistencia del razonamiento. Cualquiera diría que las autoridades públicas, encargadas de velar por el bienestar de la sociedad, deben proporcionar a ésta los medios que sean más de su agrado. Y se cerrarían las escuelas, y en su lugar se pondrían cantinas; y se eliminaría la institución policial, y en su lugar se pondría una ambulancia de bailes públicos; y se suspenderían los servicios obligatorios de sanidad, y en su lugar se edificarían salones nudistas, por cuanto los nuevos servicios serían más gratos a las masas, que la disciplina educadora de los otros.

Tampoco diremos nosotros que los periodistas que propugnan tan inmoral programa editor, estén desprovistos del sentido de la moralidad.

Antes que la ausencia de éste, se nota en su discurso la falta absoluta de la lógica. Se implican en sus razonamientos, y deducen una conclusión temeraria, que a ellos place, aunque cercene su decoro moral. Partiendo del supuesto de que ser periodista sea tanto como ser tendero, llegan en la práctica a los mismos resultados a que llegaría el farmacéutico que, animado sólo de espíritu de lucro, sustituyese en una fórmula la ergotina por el ácido fénico. Más que ética, debería estudiar lógica, para entender aquélla y comprender su deber.

Por lo contrario, no es, como muchos quieren y según obran grandes empresas periodísticas mundiales, una nueva manera de industria el periodismo, que pueda someterse a las leyes de la oferta y la demanda. Antes que todo y sobre todo, el periódico está llamado a cumplir una eminente labor educadora, un verdadero apostolado social. Inventan falsas razones quienes con rara maña y vedados medios, buscan éxito y fama que ellas al fin callarán en su derrota, como aquellas aves a quien Psafón, para medrar honores reservados a la divinidad, amaestró al extremo de que dijesen en su vuelo, engañador de las ilusas gentes: "Psafón es Dios".

EN PANAMA SE REUNIO LA AMERICA DEMOCRATICA[1]

—Gratas, por demás gratas son las impresiones con que regreso de Panamá. A más del honor de representar a mi gobierno en los actos solemnes de la toma de posesión del excelentísimo señor presidente Arias, tuve de nuevo en este mismo año la complacencia de presenciar acto de tanto significado republicano.

Cada nueva elección popular representa un afianzamiento mayor en nuestra sistemática republicana. Un presidente que se inaugura, es como un voto que afirma la conciencia autodeterminativa de los pueblos. Y junto con la complacencia que proporciona tan elevada significión democrática, tuve también la de ver reunidos nuevamente en Panamá a los representantes de casi todas las repúblicas americanas. Daba la impresión de ser aquella, más que una fiesta nacional, una verdadera fiesta de familia. La América democrática reunida para celebrar un acto propio de pueblos que tienen a orgullo los principios de la libertad y de la igualdad social. También hubo de serme gratísimo renovar allí viejas amistades con distinguidos colegas diplomáticos y entrar en conocimiento con ilustres representantes de nuestra América. Así me fue en extremo placentero encontrar en Panamá personas de la talla del excelentísimo doctor Carlos Manuel Larrea, embajador del Ecuador y una de las figuras que prestan honra, no sólo a su noble patria —clásico solar de caballeros— sino también a nuestro continente; conocí allí y tuve el honor de hacer con él amistad, al embajador Armendáriz del

(1) Tomado de: **Diario de Costa Rica.** San José, 16-10-1940.

Castillo, franco y noble como buen diplomático mexicano; en Panamá estaba representando a su gran país, el embajador Braden, de Estados Unidos, de ilustre hoja de servicios en la diplomacia americana; fino espíritu, adivinable en un ligero saludo, el embajador Loizaga representaba dignamente a la gran nación argentina; Brasil envió uno de sus más altos valores en la persona del embajador Neves de Fontoura; gran caballero y fiel representante de la noble patria de Artigas y Rodó, el embajador Pena, nos dio el placer de tratar con él a uno de los más finos espíritus de la ejemplar república uruguaya. Me sentí honrado al estrechar la mano del jefe de la delegación nicaragüense, el ilustre doctor Leonardo Argüello, tan bien acompañado por mi buen amigo el doctor Sevilla Sacasa. No debía faltar en aquella plenaria reunión de la América el representante de la noble patria haitiana, tan grata a la admiración de los venezolanos, que nunca olvidamos la amistad de Petión y de Bolívar, y con lustre la representaba su excelencia el doctor Turenne Carrie, alto funcionario de la cancillería de Haití. Acaso a usted no le interese este grato recuerdo de diplomáticos, entre los cuales no debo silenciar los nombres de viejos colegas como Núñez Portuondo, Bianchi y Bombieri, y el cual no quiero cerrar sin hacer mención de dos viejos y distinguidos amigos que tuve el honor de conocer en mi país: monseñor Silvani, embajador de la Santa Sede y don Luis Avilez y Tizcar, embajador de España. Excusará usted que no aluda al placer de hallarme en aquella república con el gentil representante especial de Costa Rica, su excelencia el licenciado don Alberto Echandi, porque el placer de la amistad de don Alberto es regalo que me hace mi diaria vida josefina; ni diré nada de la complacencia de seguir allá unido, en cordial camaradería, con mis colegas de acá, los ministros de El Salvador y Guatemala.

Singular satisfacción representó para mí ser portador, en nombre del Club Rotario de San José, de una bandera de Costa Rica para el Rotario de Panamá. Usted verá en la carta que le entrego, cómo es de cálido mi entusiasmo por la causa de la unión de los pueblos de América. Representante de Venezuela en Panamá y Costa Rica me complace vivamente ver que se inicia una política de verdadera comprensión entre dos queridas repúblicas hermanas que es trasunto de la cordialidad que existe entre sus respectivos pueblos. Yo no me explico cómo

pueda haber diferencias entre pueblos que tan bien se entienden y se estiman como Costa Rica y Panamá. Acaso falte una buena receta, que la sabrán propinar los excelentísimos médicos que rigen hoy a ambos países. Debemos confiar en las altas miras de los jóvenes magistrados que presiden los destinos de estos dos pueblos, llamados a realizar una muy estrecha y noble obra de americanidad.

Panamá 3 de octubre de 1940.

Sr. don
M. T. Church.
Srio. del Club Rotario.
Presente.—

Muy distinguido compañero:
Me es por demás grato avisar a usted el recibo de su muy amable carta fecha en 30 de septiembre pasado, por medio de la cual fue muy servido de invitarme al almuerzo que este centro dedicará hoy a los delegados que hemos tenido el honor y el republicano placer de concurrir a los actos de la toma de posesión del excelentísimo señor presidente, doctor don Arnulfo Arias.

Ya el secretario de la embajada explicó a usted en mi nombre la causa que me impide concurrir a tan simpático homenaje, y le manifestó mi agradecimiento por su fina invitación. A la pena de no poder asistir, se une a muy particular de no cumplir personalmente el gratísimo y muy honroso encargo que me confiaron los compañeros rotarios de San José de Costa Rica, de traer a los compañeros rotarios panameños, junto con sus saludos fraternales, la bandera de Costa Rica, que he rogado a mi distinguido colega el excelentísimo señor licenciado don Alfonso Carrillo, ministro de Guatemala en Panamá y Costa Rica, el poner en manos de usted.

Si nuestra finalidad rotaria es servir, en especial a la causa de la fraternidad de los hombres, para mí es noblemente grata la encomienda con que me honraron los compañeros de San José. Como representante

diplomático en ambas repúblicas, he convenido largamente con panameños y costarricenses, y los intereses espirituales de Panamá y de Costa Rica han llegado a tener parte íntima en mis sentimientos personales. Al ministro de Venezuela en los dos países es marcadamente placentero llegar el uno con los saludos del otro, y ser así útil a la causa de la comprensión y del afecto de los pueblos de nuestra América.

Los compañeros rotarios de San José me han deparado no sólo un honor sino también una suerte: traer al club de Panamá los fraternos colores de la noble república de los costarricenses, —blanco, azul y rojo de Costa Rica. Blanco, azul y rojo de Panamá— es ser portador del mejor presente que pueden cambiar pueblos hermanos comprometidos por su destino histórico, geográfico y económico a intimar cada vez más sus vinculaciones y a vigorizar el consorcio con que nacieron a la vida de la historia. Pocos países como Panamá y Costa Rica están en condiciones inmediatas de vertebrar en realidades la fraternidad interamericana.

Intimamente complacido, pues, cumplo por este medio la misión cordial del Club Rotario de San José cerca de Club Rotario de Panamá complacido como rotario y complacido como representante de Venezuela. Mi patria, fiel a las consignas del Libertador nació sosteniendo muy en alto la bandera de la confraternidad de nuestras patrias americanas. Y ha sido ejemplo de nación de paz. Hemos reñido en casa, pero nos ofrecemos, con testimonios irrecusables, como pueblo que ha sabido en toda circunstancia con peligro algunas veces de ser motejado de quijotesco candor mantener leal respeto a los ideales de la América Unica, de aquella América, cuyos padres libertadores comprendieron que, al dividirla para la independencia en pequeñas porciones, quedaba íntegra en su unidad territorial de continente, cuya defensa común como obligación solidaria de las naciones americanas, promovida hoy con premuroso afán, fue tema cardinal del congreso reunido en este istmo simbólico, gracias a Simón Bolívar, el genio a quien vuelven el pensamiento, de grado o por fuerza, aquellos que sienten la responsabilidad de defender nuestro derecho a ser dignos y libres, y nuestro deber de proseguir la civilización cristiana.

Quiera usted, compañero secretario, unir a los saludos del Club Rotario de San José, los míos personales para los compañeros rotarios de Panamá.

Muy atentamente.

LA PLAZA DEL TRIGO Y LA PATRIA GRANDE
(Comentarios efímeros)[1]

Patriótica idea la de consagrar en las vecindades de Caracas una Plaza del Trigo. Ella resultaría una manera de apoteosis a la agricultura, simbolizada en el generoso fruto que nos ofrece el "pan nuestro de cada día" y, a la vez, un homenaje al labrador que suma a la potencialidad magnífica de la tierra el esfuerzo de su brazo constructivo. Sería como un tributo de perenne recordación al héroe anónimo que libra la obscura batalla de proveer de sustento a la sociedad, un testimonio al soldado rústico que cumple comisión sin aparente mérito en la obra de la defensa de la Patria, puesto

que no hubiera un capitán
sino hubiera un labrador,

según cantó la musa calderoniana.

Sentido de gratitud histórica implica a la vez el propósito de que en dicha plaza se exhiba la vieja piedra del molino de Garci González de Silva, el intrépido conquistador de quien se dice que instalara el primer molino triguero en el maravilloso valle de San Francisco de los Caracas.

En cambio, no creemos que sea justo que al recuerdo de esta meritoria obra civil del egregio batallador hispano, se añada la idea de que con

(1) Tomado de: **El Tiempo.** Caracas, 11-10-1941, pp. 8, 6. Firmado con el seud. Juan del Camino.

ello se memora la más antigua actividad triguera de la república. Para declarar que fue González de Silva quien inició la industria del trigo en Venezuela sería necesario olvidar que antes de Caracas fueron fundadas en nuestra actual república ciudades como El Tocuyo, Mérida y Trujillo, donde debió de iniciarse, conforme a las prácticas y mandatos colonizadores, la siembra y el beneficio del trigo conjuntamente con las demás actividades de la vida civil.

Por 1579, informa Febres Cordero que se hacían contrataciones en Mérida hasta por mil arrobas de harina y del informe de los Alcaldes Argüelles y Párraga de Maracaibo, se sabe que por los puertos de la Laguna se exportaba en aquellos mismos años harina y bizcocho procedentes de Trujillo y Mérida, mientras Pimentel en su descripción de Caracas de 1583, declara que "el trigo y cevada se coje agora poco porque se empieza a sembrar". Cuando fueron establecidos los primeros molinos de Lara, Mérida y Trujillo es dato que no dan nuestros textos de Historia, más por la actual carencia de él, no parece lógico deducir que, habiéndose en dichas regiones asentado primeramente que en Caracas los pobladores españoles, no existiesen molinos, cuando, por lo contrario, de la prosperidad de la industria harinera en fecha anterior a la que señala el Gobernador Pimentel por escasa en el Valle de Caracas, puede rigurosamente inferirse que en el interior del país estaban funcionando de lueñe tiempo y con opimos rendimientos.

Mas, ha sucedido, y no de ahora, que al investigarse nuestro pasado histórico desde el ángulo capitalino, se olvida el dilatado ámbito de la Patria para dar prioridad en el tiempo en actividades cumplidas en Caracas. Esto mismo sucede con los orígenes del café. Del progresista Obispo Mohedano se dice que cultivó el primero la mágica almendra en Venezuela, por haber ensayado siembras en 1783 en el primoroso valle de Chacao, pero cata que desde 1730 se cultivaba en Guayana y antes de 1767 en la ubérrima mesa de San José de Mérida. Nos hallaríamos en presencia de un "criterio de valle", que al promover un patriotismo de albricias, enjutaría la neta visión de la Patria, íntegra en su diversidad, y cuyo proceso cultural, si es cierto que culmina en la Capital de la República, como noble cabeza, hecha para lucir coronas, del armónico organismo social, debe tomar nota de los procesos

parciales que se han cumplido en toda la extensión del ancho territorio de la Patria.

La idea justiciera y patriótica de consagrar en la proyectada Plaza del Trigo un monumento con la mera piedra que el conquistador en función cívica hizo labrar para el laboreo del fruto en los propios años iniciales de la colonización del Centro, debe reducirse en su proyección recordatoria al nombre de quien primero benefició trigo en este nuestro hermoso valle caraqueño. Con ello se cumple el noble intento de honrar la memoria de un olvidado factor de la cultura de nuestros campos y se mantiene, a la vez, el carácter provisional que debe acompañar siempre a las definiciones históricas.

UNA LECCION Y UNA BANDERA[1]

Un hermoso manifiesto de patriotismo y sentido cívico constituye la alocución dirigida por el señor Presidente de la República a los soldados del Batallón "Caracas", en Maracay. Se trataba de darles una Bandera. Se trataba de crear, sobre el conjunto de hombres, una entidad nueva, una unidad al servicio de la Patria. Trescientos hombres armados de fusil no son siempre un cuerpo de ejército. A menudo son una montonera capaz de ir contra los propios intereses de la sociedad y de la Patria. Se necesita que esos hombres, con la disciplina y la técnica, tengan un espíritu nuevo y común, una unánime conciencia de responsabilidad ciudadana.

Y el Presidente fue a llevarles ese espíritu con la propia Bandera de la Patria. Fue a recordarles que las franjas vivaces donde se inmoviliza el iris, son las mismas que ayer, al brazo de nuestros soldados, recorrieron los caminos de América para dejar tras de sí pueblos libres y naciones constituidas. Fue a llevar a la nueva unidad, junto con los colores de la Patria y con el nombre sagrado que compromete aún más su misión histórica, las consignas que habrán de constituir las tablas sibilinas de este nuevo cuerpo de ejército con que acrecen las defensas de la Patria.

Con sentido de grave responsabilidad, el Presidente declaró ante la tropa que "tiempos difíciles viven las naciones". Es necesario apresta, por ello, elementos para la defensa de la Patria. Elementos de orden materia y elementos de alcance moral. Junto a las máquinas de

(1) Tomado de: **El Tiempo.** Caracas, 01-11-1941, pp. 1, 3.

guerra, el espíritu de sacrificio y la noción de que al defender nuestro suelo defendemos nuestra libertad y el derecho a conservar nuestra tradición y nuestra Historia. El derecho a pensar en venezolano, a sentir en venezolano, a vivir en venezolano, como vivieron nuestros padres, como vivieron nuestros abuelos, como vivieron los héroes que forjaron esta Patria, como deben vivir, sentir y pensar mañana nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, libres y dignos.

El derecho de realizar autónomamente nuestro destino sobre el área territorial hecha sagrada por los huesos de los héroes antiguos. El derecho a llamar nuestros los montes y los ríos que vimos desde la hora en que se abrieron nuestros ojos a la luz. El derecho a ser iguales en nuestro esfuerzo de mejorar. El derecho a no sentirnos menores que nuestros compañeros de camino.

Y para eso está el Ejército. Para defender la Patria y sus instituciones. Para defender nuestro trabajo y garantizar nuestro reposo. Para disciplinar el esfuerzo ciudadano en la obra de hacernos respetados. Y el Presidente de la República, militar de cepa y de escuela, arengó a los soldados y señaló el ancho alcance de sus deberes. Citó la Historia, que es como el libro de cuentas de la Patria, y les habló en nombre de los doscientos mil muertos que edificaron en los campos de batalla su honra y su existencia. Y los soldados hubieran podido ver, con un pequeño esfuerzo de la mente, cómo las sombras de los doscientos mil héroes rondaban en torno a la Bandera que recibían de las propias manos del Presidente. Porque la Bandera es el testamento de esos muertos, llamados a revivir en las nuevas generaciones de la Patria, en los soldados jóvenes, a quienes hizo entrega de ella, con el pensamiento puesto en Dios, como en una severa liturgia, aquel que, por su dignidad institucional es el albacea de los héroes.

El Presidente les habló entonces con el alto carácter que le hace Jefe de la Administración civil y supremo ductor de las fuerzas armadas. Alto carácter que le viene del hecho de su elección constitucional. Dualidad de misión que representa el nudo institucional de la República democrática. El General Isaías Medina Angarita es Jefe del Ejército por ser el Presidente de la República, como Roosevelt lo es del Ejér-

cito americano y Eduardo Santos del de Colombia. En cambio, por ser Presidente de la República, función esencialmente civil, el General Isaías Medina Angarita, militar integral, se encuentra fuera de las filas del Ejército, a las cuales según sus trascendentales palabras, "habrá de volver algún día a reunirse con sus nobles compañeros de armas".

La lección de civismo que se levanta del discurso del Presidente, es un guión de valor inapreciable para juzgar el progreso de nuestro orden institucional. Es una otra jornada contra el espíritu de autocracia que vio en los antiguos ejércitos sólo la oportunidad de asegurar el predominio personal con mengua de la República. El discurso del Presidente debe ser meditado no sólo por nuestro Ejército, a quien va dirigido, sino por todos los ciudadanos del país. Es como la viva y clara expresión de lo que es ese Ejército de donde está hoy ausente el ciudadano que rige los destinos de la Nación. Es como testimonio elocuentísimo de lo que ha progresado en conciencia cívica nuestra prestigiosa Institución armada, baluarte de la Patria y de la Justicia, sostén de la República y de la Ley, reverso de épocas pasadas en que fuera apoyo de caudillos personalistas y máquina odiosa de asesinar y vejar venezolanos.

EL HOMBRE ETERNO[1]

La fantasía del medioevo creó al figura trashumante de Ashavero, eterno peregrino en medio de todas las razas, desde la hora misma en que negó descanso al Hijo del Hombre, abrumado con el peso del verde leño donde fue ajusticiado por el imperdonable delito de predicar la verdad. Símbolo o concreción del pueblo elegido, se le ha visto cruzar, escuálido y acosado por odios volcánicos, al través de todos los rincones de la historia. Para Ashavero no hay penumbra benéfica que sirva a cobijarle de los rencores desmesurados de quienes le persiguen, ello para que expíe la culpa de su impío rechazo del Nazareno, ello para lucrar con el fruto de la paciente labor que Ashavero acumula durante sus horas sedentarias, y que deja tras sí al sonar el clarín que le recuerda la condena de ambular siempre.

Yo he visto también, con los ojos atónitos de los hombres del milenario, cruzar en la noche la figura maldita del eterno proscrito. Envuelto en larga capa desflocada que contesta el correr de los siglos y refleja el azar de su vida andariega, he encontrado al errante Ashavero en mi ruta de mortal. Ha pasado junto a mí como una pesadilla, evocadora de los cuentos de Hoffmann y de las brujas siniestras de Macbeth. Fue él, Ashavero el incansable, el deshacedor de caminos, el proscrito de la quietud, el eterno caminante de la noche. Era el errante judío de la leyenda. La sangre sentí helada y la lengua fue al primer momento lerda para decir su nombre. Ashavero corría cual pluma llevada de ásperos vientos. Sus largos pasos mostraban una dolorosa experiencia de andar siempre. "Ashavero, detente, óyeme, quiero hablarte.

(1) Tomado de: **Fantoches.** Caracas, 05-02-1943.

Ashavero, escucha un breve momento mi palabra". Y corrí en la noche tras el espectro funeral del perpetuo ambulante. "Oye, espérame, no te haré daño, ni maldeciré tu rostro". Y Ashavero se perdió en la sombra.

Otra vez y otras muchas el destino me llevó a topar en las encrucijadas sombrías con la figura repugnante del hombre maldito. Y cada vez le vi con rostro nuevo; sólo era igual en él, el rictus doloroso que delata al pecador sin penitencia. Por fin le hallé frente a frente en el cruce del ancho camino. "Ashavero, ya no podrás negar respuesta a mis palabras. Deten tu paso veloz". Y la figura horrible del proscrito de la paz se detuvo un instante frente a mí. Era en verdad un hombre eterno. Espantoso en su aspecto, diríase que había devorado siglos. Semejaba la propia negación del tiempo. Ante la impasible y larga mirada de sus ojos llenos de horizontes, se sentía una manera de regreso de la historia, se percibía como una vuelta de las cosas con pasos contrarios, al igual de las cinematografías que se desarrollan al revés. Un rumor de cosas muertas y trasoídas parecía llenar los ámbitos. El eterno caminante estaba al fin silencioso frente a mí. También le miraban en silencio mis ojos, absortos ante la contemplación de aquella existencia a la que sólo ofrecerán quietud las postrimerías. Poseído de la irrealidad del tiempo, como debieron estar los que después de su regreso de la muerte se sentaron a la mesa de Lázaro, mis labios no acertaban el sentido actual de las palabras, y deseoso de romper el silencio de eternidad que se hacía a mi lado, pregunté con torpeza pueril: "¿Es verdad, Ashavero, que nunca has vuelto a descansar?" Y de la boca hermética que guarda el secreto de los imperios caídos en la noche, salió una voz de tono desolado que me dijo: "Nunca hablo a los hombres si no es para pedirles mi muerte, pero sabe que soy más viejo que ese falso Ashavero con que me confunde la leyenda. Antes que el Hijo del Hombre hubiera reclamado el descanso que se me imputa haber negado, ya era mi destino caminar entre la maldición de los hombres de la paz. Aconsejé a Ciro y a Darío. Con Aníbal amenacé la grandeza de la Roma antigua. Afilé el puñal de Bruto y con Nerón reí ante el espectáculo de la ciudad en llamas. Viví entre los Hunos de Atila y ayudé a quienes cambiaron el mapa de la vieja Europa. Un monje vigilante me vio varias veces entre las nocturnas sombras, y

para explicar mi paso veloz, coincidente con las grandes vendimias de las culturas de la sangre, edificó la leyenda de la maldición del Viernes Santo. Insensible a la muerte, la busco de manos de mis propios hijos, a quienes adiestro en el arte y en la ciencia del crimen; pero ¡oh!, fatal sino, cada nuevo golpe hace que sienta crecedero mi vigor. Los años, los siglos, los milenios pasan sobre mi cabeza atormentada, y siempre seguiré insuflando el odio entre mi prole inmensa"...

Ashavero cortó con brusquedad inaudita su discurso. En la noche brillaban sus ojos como ascuas y hubo un nuevo silencio de eternidad, tal como si sus palabras, lejos de temporizar el fantástico personaje, me hubiesen trasladado a una lejanía de planos infinitos. Una vez más mis labios porfiaron a expresar las ideas que atormentaban mi mente, más, apenas pronunciando el nombre maldito, se acercó hacia mí, quedo, con aire de misterio, y con la lentitud de quien delata la fórmula secreta de una liturgia maldita, dejó rodar en mi oído estas horrendas palabras: "Ashavero, no!... Caín!... Olvida las leyendas y destruye la realidad"...

Y al volver del espanto que trajo a mi conciencia el hallarme frente al viejo abuelo de todas las razas, frente al hombre que no ha matado la realidad de su fuerza salvaje, vi cómo el eterno caminante seguía su camino con la velocidad de quien quisiera huir su propia sombra. "¡Ashavero!... ¡Caín!... ¡Aguarda!", grité con voz desesperada y me di a seguirlo en la apretada noche. Inútil alcanzar al vencedor de todas las rutas. Pronto su figura inmensa se hizo una con las sombras y, luego, al romper un rayo de luna la tiniebla espesa, mis ojos divisaron sobre el blanco camino las largas huellas sangrientas de unos pies deformes. Y las huellas crecían, crecían, cual si mantuviesen la fuerza toda del hombre eterno que las dejaba impresas; y la blanca luz de la luna se reflejó impasible sobre el ancho camino, como si cayese sobre un desmesurado espejo maldito.

EL LIBRO COLOMBIANO EN CARACAS[1]

Caracas, febrero 18 de 1943.

Excmo. Sr. Dr. Plinio Mendoza Neira,
Embajador de la República de Colombia.
Presente.

Mi querido amigo y antiguo colega:

Concluía yo un desmirriado párrafo acerca del valor perdurable de la Colombia de Bolívar, cuando, haciendo a un lado la escritura, encaminé los pasos hacia la Cancillería de tu Embajada, donde inaugurabas la exposición del Libro colombiano. Y en presencia de aquella masa de pensamiento y de arte, pensé que son estas de la cultura las vías que nos llevarán a sustituir, en un plano de comprensión, la unidad política que fue rota en hora ingrata para nuestro destino continental.

Conocernos mejor por el comercio de nuestras ideas, debe ser propósito de las nuevas generaciones de Colombia y Venezuela, y, en conociéndonos, danos con mayor ímpetu y con mejor comprensión de nuestros problemas, a la obra paralela de labrar el porvenir de nuestros pueblos.

Opulento aporte traes a nuestra cultura, con el regalo al público de esta magnífica Biblioteca donde se expone permanentemente el apro-

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 20-02-1943.

vechamiento general el oro inacabable del pensamiento colombiano, expresado, ya en las líneas profundas de sus humanistas, ya en el ánfora buida de sus petas, ya en la obra documental que contiene la experiencia social, jurídica y económica de sus grandes estadistas.

Conceptúo que es éste un paso largo en la tarea de acercar nuestros pueblos, y, para ti, un nuevo logro en tu brillante carrera de servidor público y de animador incansable de la cultura. América conoce bien tu nombre y sabe que donde llegues, allí habrá acción y movimiento que fomente los caminos de la comprensión espiritual de los hombres.

Te felicito nuevamente por el éxito de tu Exposición y hago votos porque el temor de tu próximo regreso a Bogotá, se disipe para beneficio de la obra de fraternal inteligencia entre nuestros países y para satisfacción de tus numerosos amigos venezolanos.

Afectísimo amigo.

APUNTES PARA UNA FILOSOFIA DEL SLACK[1]

En un número de "Selecciones del Reader's Digest", tomado al azar en la pequeña colección de revistas que distrae los escasos ocios de los directores del campamento obrero donde me tomo unos días de reposo, doy con la fotografía de Antony van Leuwenhock, pionero de la ciencia del microscopio. El modesto investigador holandés aparece con los atavíos de la época: pesada peluca de largos rizos y ropa de anchos y complicados pliegues. Representa, en su exterior la preocupación suntuaria de su tiempo, tan pegado al impresionismo del atuendo. Cada época ha tenido su traje y el estudio de éste serviría para definir el estado psicológico de los hombres que lo usaron. Un museo del vestido es no sólo ocasión para un buen conocimiento de las condiciones externas de sociabilidad de los pueblos, sino, además, protocolo veraz para la interpretación de su propia alma.

Las modas florecen de acuerdo con el pensamiento de los hombres y de las mujeres que las ponen en boga. La crinolina de nuestras abuelas del Siglo XIX, representa la supervivencia de una conciencia rococó muy en concordancia con las ideas políticas y económicas de su tiempo. El frac de nuestra época mantiene en el indumento masculino el recuerdo de la rigidez de viejas costumbres y aun podría decirse que el duro cuello de pajarita que le es peculiar sea la reducción progresiva de la cota de malla de los antiguos caballeros feudales. El frac representa una pasada cultura de insinceridad. Para quienes hayan admirado el estupendo film "Seis Destinos" ("Tales of Manhattan")

(1) Tomado de: **El Luchador.** Ciudad Bolívar, 30-11-1944.

esta conclusión tiene algo de definitivo. El frac ha sido distingo y cubrimiento de una cultura de espantapájaros. El frac inventa caballeros y da boleta de entrada a los advenedizos de la cultura. Y sobre todo: representa la incomodidad de que se valen los convencionalismos para mantener una rígida apariencia social. El frac tiene una moral muy cónsona con el espíritu utilitarista de la etapa burguesa que lo produjo. Huele a honorabilidad de banqueros, y quienes no lo tienen propio, lo buscan de alquiler para lucir transitoriamente en las recepciones de la gran sociedad. El frac es cómplice de la mentira permanente que embota y atosiga nuestro mundo.

En esta época de libertad y sinceridad el frac resulta algo anacrónico Sobre el socorrido significado de diferencia clasista, implica un esfuerzo por mantener el vigor de líneas correspondientes a una época superada de expresión social.

Contra el frac y sus piezas supletorias, se alza el SLACK como grito de rebeldía. Este ágil y económico vestido tropical, puesto a la moda en playas y cubiertas de barcos y llevado a la fábrica como estilización del "over all" obrero, corresponde al momento de libertad que vive el mundo. El traje talar porque Tolstoy abogaba como más cónsono con la agilidad reclamada por el cuerpo humano para su debido desarrollo, tiene su solución en esta ligera indumentaria que los yankees han popularizado en la hora presente.

El SLACK tiene su filosofía y su razón de ser. El hombre quiere libertad y confort. El hombre quiere romper el viejo y recio círculo de apariencias y gazmoñerías que ha estrujado tanto su vida como su conciencia. El deseo de ser libre y sincero que caracteriza al hombre contemporáneo, se manifiesta admirablemente en esta manera ágil de vestir. Las calzas y el jubón señoril recuerdan y simbolizan la dura época de Felipe II, como la levita da testimonio de la gravedad doctoral de los políticos liberales del 64. Wellington rompió la costumbre del pantalón a la rodilla y ocasionó una revolución social, en Londres asombrado, que vio a los señores con piernas entubadas en largos cilindros de paño. De las grandes calzas de la época cervantina, a las medias calzas de la época del Directorio y de éstas a la media-media de nues-

tra edad presente (ya degenerada en la media tobillera de reciente uso), hay un praoceso generativo que se acopla con la propia evolución de ciertos conceptos del señorío y de la nobleza, pero que en el fondo mejor expresa un avance de las ideas de libertad y comodidad.

Las modas tienen, sobre su valor de actualidad atractiva, un sentido simbólico del estado moral y político de la época que las produce. Es imposible imaginar a un cuaquero en traje de ligero lino. "El hábito no hace al monje", declara el viejo proverbio, pero el hábito, sin transferir cualidades, retrata la fisonomía interior de la persona que lo lleva. Del mismo modo como en las fiestas de carnaval, la gente busca por mejor la máscara que más se aviene con su carácter.

A nuestra época presente, ningún traje cuadra con tanta precisión como el SLACK. Es el indumento del hombre que ha roto viejos prejuicios y que busca la sinceridad como vehículo de expresión social. Es el traje de la buena salud corporal y espiritual. Y es el traje de fácil vestir, adecuado a una época en que la celeridad y la sencillez juegan papel primordial. Cuando los grandes dirigentes del mundo —Churchill, Roosevelt, Stalin— han puesto a un lado los viejos protocolos de la diplomacia de zalemas y entorchados, precisa que las fórmulas que entorpecían el entendimiento de los pueblos, sean sustituidos por nuevos procesos que aceleren el acercamiento de los hombres. Nadie negará que mejor se entienden dos caballeros en "short", frente a dos vasos de buen whisky, en la cubierta de una nave sin empavesadas, que dos embajadores, metidos en tiesos uniformes iluminados de jaureles y cargados de cruces y cordones, bajo el centelleo de ricas arañas de bacarat, en sala de abigarrados y ricos adornos. La decadencia de esas fórmulas coincide con las nuevas rutas del espíritu. Una nueva filosofía de la persona humana busca la mejor expresión de ésta, en el ancho campo social. Las leyes descubren al hombre en sí mismo. Se legisla para valorizar los derechos de la personalidad. Se hace más humana la vida. Se le da mayor contenido de humanidad a las organizaciones sociales. Y el hombre para ello, desvistiéndose de viejas apariencias, destruye lo formal para que luzca la realidad de su propio valer. El SLACK es el símbolo de la nueva conciencia de libertad que gana, en esta época de luchas monstruosas, el viejo y torturado descendiente de Adán.

PAPELES IRRESPONSABLES[1]

Con atención hemos leído el editorial que el matutino "La Esfera" consagró en su número del miércoles pasado a los lamentables sucesos periodísticos de Barquisimeto. Hemos condenado la actitud procaz asumida por las publicaciones de la capital larense y que sirven a desacreditar la propia libertad de pensamiento. Y más nos satisface la actitud de airada protesta de "La Esfera", por cuanto ella parece indicar una revisión de la táctica de lucha usada desde sus propias columnas. Toda Venezuela es testigo de la manera violenta como se han ventilado las disputas surgidas entre el mentado diario y otros órganos de la prensa local.

Sobre los periodistas del interior ha de influir de manera determinante el ejemplo de la prensa de la Capital y nada tiene de extraño el cuadro alarmante que asumen las publicaciones de Barquisimeto, cuando el periodismo mayor de Caracas no ha sabido mantener la línea de respetuosa compostura a que obligan la ética periodística y un recto sentido de serrvir con sus luces la obra de educar al pueblo venezolano.

Remedio enérgico reclaman las demasías de los periódicos que, como en el caso de Lara, han llegado a irrespetar la propia inmunidad del hogar doméstico. Junto a la acción penal ordinaria que, por medio de nuestros lerdos y anacrónicos recursos legales, pueden intentar las partes ofendidas, debe promoverse una rectificación general de los métodos de los periodistas. Urge ubicar en su sitio cabal la causa del mal y mirar sin apasionamieentos y tergiversaciones la realidad de los he-

(1) Tomado de: **El Tiempo. Caracas, 23-02-1945, p. 4.**

chos. El propio editorial a que aludimos olvida la ecuanimidad que debe ser prenda de todo director de opinión y entre los conceptos que le merecen las lamentables circunstancias comentadas, arremete en forma injuriosa contra los escritores y periodistas que le son adversos y que defienden honradamente las líneas del Gobierno, para intentar echar sobre ellos la responsabilidad de las corrientes divisionistas.

Nosotros nos apartamos de la lógica del puritanismo simulado y, respetando el derecho de crítica que a todos asiste por igual, pedimos como remedio para los males que lamentamos, un sentido de mayor comprensión y de acusada tolerancia en el debate de nuestras cuestiones doctrinarias y políticas. Si negamos el derecho que algunos de nuestros opositores pretenden tener en el monopolio de la verdad y la justicia, tampoco pretendemos ejercerlo como curiosa regalía que nos ponga a salvo de objeciones y de críticas. Ni creemos en las virtudes sin prueba que se pregonan por propia boca ni aceptamos como buena la actitud de quienes se empeñan en aparecer como usufructuantes del raro privilegio de obrar siempre con razón. De lo contrario, hemos profesado la consigna de que una mutua tolerancia y una lógica comprensión de nuestras propias disyuntivas, es lo que puede darnos la autoridad requerida para hacer respetar nuestra opinión.

Si carecemos de un estatuto legal y democrático que regule el ejercicio de la prensa, falta, sobre todo, el sentido de responsabilidad profesional que evite por sí sólo los desmanes y la propia reacción de una sociedad ofendida, que, confundiendo el derecho con el abuso, empieza a dudar de la eficacia de la misma libertad del pensamiento. Corresponde, pues, a la prensa volver por sus fueros, mirar por sus altos derechos, velar por el cumplimiento de sus ineludibles deberes, a fin de evadir las falsas interpretaciones de quienes se valen de errores y ofuscaciones momentáneos, para socavar la propia armazón de las libertades públicas, cuyo mantenimiento y respeto es norma indeclinable del Gobierno actual y de los hombres que le acompañan en sus tareas de república.

EN TORNO A LA MUERTE DE MONSEÑOR MONTESDEOCA (Actualidades)[1]

En número reciente de "La Columna", órgano católico de Maracaibo, y bajo el rubro: "Ante el asesinato de Monseñor Montesdeoca", se comenta la forma tardía como nuestro Gobierno se impuso del asesinato por los nazis del egregio Prelado venezolano, Excelentísimo Señor Salvador Montesdeoca, echado del suelo de la Patria, no por la acción del Gobierno secular, según se ha repetido, sino por bajezas y calumnias fomentadas por el propio clero nacional y oídas en mala hora por las altas autoridades de la Iglesia. Me cupo la satisfacción de haber sido de los pocos venezolanos que ayudaron a la defensa del Obispo, cuando su injusta e ilegal expulsión de 1929, y me sabe a cumplimiento del deber haber tomado parte en la redacción de aquellos documentos de altiva dignidad con que el Episcopado venezolano defendió ante las autoridades del País los derechos del ilustre compatriota. Desde entonces seguí paso a paso la tragedia del gran Obispo de Valencia, y sobre documentos y datos fehacientes, trabajo en un ensayo cerca de la personalidad del ilustre mártir de la caridad y la prudencia.

Hoy no vengo a referirme a la figura del gran compatriota asesinado por las hordas hitlerianas. Vengo sólo a defender la memoria de otro muerto. Se trata de mi amigo, familiar y coterráneo el Doctor José María Casas Briceño, fallecido recientemente en Roma, mientras desempeñaba nuestra representación diplomática cerca del Vaticano.

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 02-03-1945, p. 4.

Dolorido, y con razones sobranceras, el escritor de la "La Columna", por la forma execrable del asesinato y por lo retardado de las informaciones que sobre el particular tuvo nuestro Gobierno, deja caer la responsabilidad por el atraso de éstas sobre nuestra Legación ante la Santa Sede, es decir, sobre el Ministro Casas Briceño, y para inculpar a éste de tardanza y de falta de celo en el servicio de los intereses de la Patria, alega en los términos siguientes: "El asesinato de un Obispo católico y diez monjes, es cuestión que atañe formalmente a la Santa Sede Apostólica, en cuya Secretaría de Estado han debido reposar a tiempo informaciones suficientes a la orden de la Legación de Venezuela..." Una lógica inferencia lleva a lo contrario. La propia Santa Sede debió haber recibido los informes con notorio retardo, pues de haberlos tenido a tiempo, los hubiera hecho del conocimiento de nuestro Gobierno por mediación del Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico en Caracas, y parece que la Nunciatura en Venezuela ignoró hasta última hora el doloroso final de nuestro gran Obispo. A no ser que el articulista se valga del pretexto de motejar de negligencia a nuestro Ministro, para hacer indirectamente un reparo a la propia Curia Romana.

No hay razón para que "La Columna" hable de "misterios" en torno al fusilamiento e incluya entre ellos la "inquietante e inexcusable" indiferencia de nuestra Legación. Sería injusto suponer a nuestro Ministro carente de sensibilidad ante el execrable crimen de los nazis, y más injusta la insinuación, cuando se trata de un funcionario honorable, que, después de larga enfermedad, acaba de rendir la jornada de la vida. La muerte hace inmune la memoria de los hombres cuando se trata de hacer sobre su conducta de ayer imputaciones desdorosas.

Reposo en la seguridad de que nuestra Cancillería debe tener los datos que expliquen por qué la noticia del trágico suceso llegó primero al priorato de los Cartujos en París que a la propia ciudad romana, y de no poseerlos aún nuestro Servicio Exterior, hay una razón poderosa que lo explica todo: la ciudad de Faenza, donde se realizó el crimen, permaneció algún tiempo en poder de las hordas alemanas, después de consumado el fusilamiento, y las comunicaciones entre las regiones ocupadas por los nazis y las ya liberadas por el esfuerzo anglo-americano, es de suponerlas retardadas a imposibilitadas la mayor de las veces.

El mismo ajusticiamiento de once cartujos debió despertar poca sorpresa entre una población ya hecha a los permanentes crímenes y a las espantosas atrocidades de los alemanes, ni tenían tampoco los ocupantes interés alguno en pregonar sus actos de vandalismo.

Medite estas circunstancias el justamente adolorido articulista de "La Columna" y piense en que ha sido ligero para hacer una lamentable imputación contra la conducta de nuestro Agente diplomático, cuya grata memoria de amigo y compañero de juventud me obliga a escribir en su defensa estas líneas.

APUNTES DE LIBROS[1]

Función de quienes porfían en lucrar con su actitud, es el hábito de afinar sin examen las sentencias y juicios de los dispensadores de mercedes. Hamlet, con su análisis frío y su permanente empeño de desnudar para la burla el espíritu sumiso de sus vasallos, provocó el rápido diálogo en que Polonio puso de resalto la sujeción conformista de los cortesanos.

Hamlet.— ¿No ves allá aquella nube que parece un camello?
Polonio.— Cierto, así en el tamaño parece un camello.
Hamlet.— Pues hora me parece una comadreja.
Polonio.— No hay duda, tiene figura de comadreja.
Hamlet.— O como una ballena.
Polonio.— Es verdad, sí, como una ballena.

Polonio tipifica en el ambiente cruel y sombrío de la tragedia shakesperiana el alma invertebrada de aquellos que dejan para el superior la misión de juzgar y disponer las cosas, mientras ellos, deseosos de hacerse gratos, celebran sin examen las ideas y ocurrenciass de quienes mandan y arrastran en su caída final a quienes intentaron poner freno prudente a las demasías de la autoridad. El entreguismo de los colaboradores y la anuente sumisión de los llamados a prestar consejo, ha sido la ruina de los reinos y la herrumbre de las repúblicas. Polonio, con su aplauso permanente, ha corroído la conciencia de los soberanos y de los directores de la política. Eterno en su función humana, ha dado la pauta a los palaciegos de todos los tiempos y ha destruido

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 20-12-1946.

el espíritu crítico de quienes están obligados a ofrecer luces a los magistrados para el buen gobierno. Enfermedad permanente de la naturaleza humana, el polonismo acaba con las más férreas voluntades y empuja a los hombres al delirio de la falsa fe en sí mismos. Sin el virus de este mal injertado en la conciencia de los buscadores del favor, los hombres que gobiernan no estarían expuestos a la quiebra de su propia conciencia. Propender a que la voz melosa y complaciente de Polonio se acalle para siempre, es labor en que a la par deben empeñarse los magistrados y los ciudadanos que aspiran a hacer efectivas las repúblicas.

FALSA JUSTICIA

Acaso sin advertirlo dejó escrita Plinio el joven, en la epístola a su amigo Avito, la fórmula falsa con que los grandes demagogos han sabido engañar al pueblo. Al censurar la manera de servir los vinos usada por quienes en los banquetes solían establecer diferencias entre los invitados, declara que sus "libertos no bebían su mismo vino sino que él bebía el vino de los libertos". Sistema de aparente liberalidad de que se han valido los simuladores de la política para engañar a las masas.

Bajar hasta el liberto en actitud de protección a fin de compartir, dignificándolo momentáneamente, su efímero placer, ha sido táctica egoísta de quienes sin propender al definitivo bienestar de ellas, quieren lucrar con los sufragios de las clases inferiores. No se baja, en una recta concepción democrática, con pulidos atavíos clasistas hasta la pobreza y sumisión de los desheredados, para fingir espíritu de intencionado liberalismo. Una recta actitud de justicia ordena lo contrario: subir al liberto hasta el nivel de quienes gozan los privilegios de la civilización. Eliminar hacia arriba los distingos estamentales por medio de una racional capacitación de los sectores que han permanecido retardados en los beneficios de la cultura. Suministrar a las clases desafortunadas derecho a los goces de la vida por el reconocimiento del fruto del trabajo. Esta posición, generosa por humana, representa un contra balance en las posibilidades de aquellos que han venido disfrutando de las prebendas sociales. Las desdichas de los sectores sin fortuna corresponden a una técnica de retención de beneficios por parte de quienes han dirigido el reparto de los bienes sociales. Igualar en un sentido

humano no constituye proceso alguno de resentimiento en el ánimo de quienes pudieran sentirse ofendidos individualmente por la potencia de los que lograron de previo una situación favorecida en los cuadros de la sociedad. Igualar es compensar la justicia. Y el mundo se alumbra de una luz nueva cada vez que sobre él desciende una chispa luminosa de equidad. Y la equidad jamás se materializa en el atuendo del señor que transitoriamente baja de sus empinadas cumbres para compartir las colanas del vino sin adobos de los infelices. Lo justo es elevar racionalmente al de abajo, hasta donde están los pellejos repletos de capitosos néctares.

LA ANGUSTIA HEROICA

Comenta Carlyle que los pueblos felices poseen anales monótonos. El brillo histórico de las naciones es efecto de los accidentes de su vida interna. La gloria estampada en las páginas de los libros es fruto de la angustia que provoca la heroicidad. La *áurea mediocridad* alabada de Horacio, debiera ser el módulo de la existencia de los hombres y de las sociedades humanas. El hecho cotidiano de la justicia bien repartida y de las necesidades satisfechas, no indica esfuerzos que reclamen el brillante comento de los historiadores. Nuestra América constituye la comprobación exacta del acerto carlyliano. Tanto en su vida subordinada de Colonia cuanto en su existencia independiente, brota en cada sitio y en todos tiempos la flor de un heroísmo que, si bien matiza de románticos colores las páginas de sus anales, tiene su dolorosa contrapartida en la angustia de su vivir sin reposo. Bolívar, Morales, San Martín, O'Higgins, Morazán, Quiroga, Rosas, Guzmán Blanco, García Moreno, Zamora, Martí, Julio Arboleda Duarte y Sandino representan con sus hazañas toda la fuerza tropical de un mundo bárbaro que no acaba de hallar en sí mismo la razón que aglutine los procesos de su formación social. El colorido que han dado a las épocas que los vieron actuar es buen tema para la musa de la historia. Ellos fueron cabeza de un esfuerzo y punteros de luchas que tenían su signo en la carencia de bienandanza popular. El brillo heroico de la historia de un pueblo se paga con el dolor social que promovió las hazañas colectivas, del mismo modo como para lo particular de los hombres su fama de valientes se acredita con cicatrices conquistadas en ries-

gosos lances. Cada héroe es el símbolo de profundas heridas infligidas en la carne doliente y sin nombre de los grupos sociales. Cada figura de las que decoran con lustres homéricos los cuadros sucesivos de la historia de los pueblos, personifica la angustia dilatada de una región o el dolor de una época de injusticias.

En vano se glorían los pueblos de la brillantez de sus memorias. Es una gloria que mejor fuera no tenerla. En cambio deberían sentir la serena y reflexiva satisfacción de saber que su dicha presente es fruto de un proceso pacífico, desprovisto de accidentes, en que la justicia no hubo menester de vestir los luminosos arreos de la heroicidad. Los héroes son gritos del pueblo infeliz que buscó mejores horas para su destino. Representan una hora de hambre y de injusticia social. Son la negación de la dicha modesta a que aspira el discurso de la vida, tanto más monótono para la historia, cuanto mayor sea su plenitud. Los héroes son las cifras permanentes de un ímpetu que busca el equilibrio de la justicia.

REGIMEN DE LOS MUSEOS Y ARCHIVOS NACIONALES Y LEGISLACION PARA PROTEGER EL TESORO ARTISTICO Y MONUMENTAL DE LA NACION[1*]

MUSEOS

No puede memorarse el proceso de nuestros Museos sin hacer cuenta de la labor previa desarrollada a partir de 1862, en plena guerra federal, por aquella junta de trabajadores intelectuales que encabezada por el Dr. Jerónimo E. Blanco y compuesta por los doctores Agustín Aveledo, Rafael Villavicencio, Angel Ribas Baldwin, Adolfo Ernst, Arístides Rojas, Teófilo Rodríguez, Manuel Peraza y otros más, dio nacimiento a la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, presidida durante largos años por el sabio Ernst. Si las otras actividades culturales iniciadas por la Junta hubieron de caer en el vacío, la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales fue causa para que se estableciese en la Universidad Central la Cátedra de Historia Natural, que se confió al eminente catedrático alemán a quien tanto debe la cultura nacional.

Junto con la Cátedra fue creado el 11 de julio de 1874, por el Ilustre Americano, un Museo Nacional, con las siguientes secciones: 1° Etnografía e Historia; 2° Historia Nacional, en especial formado de especímenes del país. Este Museo, adscrito a nuestro primer Instituto

---

(1) Tomado de la 1ª edición. Caracas: Comisión Preparatoria de la IV Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1946. 23 p.

(*) Notas de MBI, Miembro de la Junta Superior de Archivos Públicos.

docente, tuvo como base el material que poseían el Gobierno y la Universidad.

Por Decreto de 5 de enero de 1893 se le dio carácter de Instituto Nacional al Museo y se le fijaron las siguientes secciones: 1° Mineralogía; 2° Botánica; 3° Zoología; 4° Etnografía; 5° Arqueología; 6° Historia Patria; 7° Historia Universal. En la Sección de Historia Patria se dispuso incorporar el Museo llamado de Bolívar, que desde 1883 se guardaba en la "Sala Bolívar" del Palacio de Artes e Industrias Nacionales, que tenía su sede en el edificio que actualmente ocupan las Academias de la Historia y de la Lengua, construido para la Exposición Nacional inaugurada el 2 de agosto de aquel año, como parte de los festejos del Centenario del Libertador.

En 5 de julio de 1908 se dispuso la erección de un edificio de orden compuesto para el servicio del Museo Nacional, el cual no llegó a construirse y el Museo continuó en una dependencia de la Universidad. En 28 de marzo de 1911 se destinó el edificio que ocupaba la Biblioteca Nacional, frente a la Plaza Bolívar, para el Museo Boliviano, solemnemente inaugurado el 5 de julio de aquel año, para conservar en él las prendas y objetos de uso personal del Libertador y de los próceres de la Patria.

El Museo Nacional prosiguió sin mayor aliento hasta que por Decretos de 24 de julio de 1917 se le dio nueva organización, dividiéndolo en Museo de Arqueología e Historia Natural y Museo de Bellas Artes*, pero sin destinárseles edificios apropiados. En un cuerpo de la Universidad prosiguieron ambos Institutos y cuando fue necesario reconstruir el local universitario, la Sección de Historia Natural fue trasladada al Edificio del Cuño y la de Arqueología a los corredores del Palacio de las Academias.

(*) Por Decreto de 23 de abril de 1856 se aceptaron las proposiciones de Martín Tovar y Tovar para trasladarse a Europa a fin de copiar los cuadros de los mejores artistas para que sirvieran de base a un Museo Nacional de Pintura. El Instituto Nacional de Bellas Artes creado en 1877 promovió lentamente la adquisición de las piezas que llegaron a formar esta sección de los Museos.

EL 24 de julio de 1934 se decretó la edificación, en la esquina de Pajaritos, de un edificio para el Museo Bolivariano, y antes de ser trasladadas a él en 1936 las piezas que lo integran, se pensó, conforme a un viejo criterio del Gobierno, hacer una lógica separación de su material. El Ministro Dr. José Ramón Ayala presentó al Gobierno un proyecto de Decreto por el cual se disponía que las prendas y útiles del Libertador se guardasen, como sería lo natural, en la Casa Natal del Padre de la Patria, junto con las piezas suyas que allí se hallan y junto con su archivo personal; y que el edificio de Pajaritos se destinase a Museo Histórico de la Nación.

Por Decreto de 24 de julio de 1935 se dispuso la construcción, en el Parque Sucre (Los Caobos), del actual edificio donde funciona el Museo de Bellas Artes y por Decreto de enero de 1936 se ordenó la erección del edificio, en el mismo Parque, donde tiene su sede el Museo de Ciencias Naturales.

Hoy estos Museos se rigen por el siguiente Decreto reglamentario:

REGLAMENTO DE LOS MUSEOS NACIONALES

CAPITULO I

Artículo 1º.— El Museo Bolivariano, creado por Decreto Ejecutivo del 5 de julio de 1911; el Museo de Ciencias Naturales (Antiguo Museo de Arqueología e Historia Natural) y el Museo de Bellas Artes, creados por Decretos Ejecutivos del 24 de julio de 1917, son Institutos destinados al servicio público con carácter cultural y educativo.

SECCION I

Artículo 2º.— El Bolivariano está destinado a la guarda y conservación de los objetos y piezas históricas que hayan pertenecido al Libertador Simón Bolívar o a los Próceres de la Independencia Nacional, o que se relacionen directamente con hombres o sucesos importantes de la época.

Artículo 3°.— El Museo Bolivariano estará abierto al público todos los domingos, martes y viernes, los días de fiesta nacional y cada vez que el Ministerio de Educación Nacional lo ordene. Las horas de visita serán: los domingos de 9 a.m. a 1 p.m., los martes y viernes de 10 a.m. a 12 m y de 3 a 5 p.m.; los días de fiesta nacionales de 10 a.m. a 6 p.m. y los días extraordinarios, durante las horas que se fijen en cada caso.

Artículo 4°.— La oficina del Museo Bolivariano estará abierta todos los días hábiles de 9 a.m. a 12 m. y de 2½ a 5½ p.m.

SECCION II

Artículo 5°.— El Museo de Ciencias Naturales, llamado antiguamente Museo de Arqueología e Historia Natural, corresponderá a los fines que indica su nombre y se dividirá en las siguientes secciones:

1ª Antropología

2ª Zoología

3ª Botánica

4ª Geología

5ª Paleontología

Artículo 6°.— Pertenecen a las secciones citadas las colecciones correspondientes que formaron parte del Museo de Arqueología e Historia Natural, y las que en lo sucesivo se formen o adquieran por compra, donaciones o legados, así como también las piezas sueltas que ingresen al Instituto por cualesquiera de dichos conceptos.

Artículo 7°.— El Museo de Ciencias Naturales estará abierto los días martes, jueves y domingo, los días de fiesta nacional y cada vez que el Ministerio de Educación Nacional lo ordene. Las horas de visita serán de 9 a.m. a 1 p.m. y de 3½ a 5½ p.m. Los días de fiesta na-

cional de 10 a.m. a 6 p.m.; y los días extraordinarios, durante las horas que se fijen en cada caso.

Artículo 8º.— La Oficina del Museo estará abierta todos los días hábiles de 9 a.m. a 12 m. y de 2½ a 5½ p.m.

SECCION III

Artículo 9º.— El Museo de Bellas Artes se dividirá en las secciones que a continuación se expresan:

1ª Sección de Pintura.

2ª Sección de Escultura, y

3ª Sección de Arquitectura.

a las cuales se destinarán las colecciones de objetos pertenecientes a cada una de estas artes que en la actualidad posee el Museo y las que ulteriormente ingresen por compras o legados, como también todas aquellas obras que tengan relación artística con las finalidades del Instituto.

Artículo 10.— El Museo de Bellas Artes estará abierto al público todos los días hábiles de la semana, a excepción de los lunes y viernes; también se abrirá al público los domingos, los días de fiesta nacional y cada vez que el Ministerio de Educación Nacional así lo ordene. Las horas de visita serán de 9 a.m. a 1 p.m. y de 3½ a 5½ p.m., en los días hábiles. Los días de fiesta nacional de 10 a.m. a 6 p.m. y los días extraordinarios, las horas que se fijen en cada caso.

Artículo 11.— La Oficina del Museo de Bellas Artes estará abierto todos los días de 9 a.m. a 12 m. y de 2½ a 5½ p.m.

CAPITULO II

Del personal y sus atribuciones

Artículo 12.— El personal de los Museos se compondrá de un Director para cada uno de ellos y de los demás empleados técnicos, de ofi-

cina y de servicio de vigilancia que el Ejecutivo designe de acuerdo con las necesidades de cada Instituto.

Artículo 13.— El Ejecutivo Federal podrá nombrar Juntas de Conservación y Fomento para cada uno de los Museos, formadas por personas de reconocida capacidad y honorabilidad.

Artículo 14.— Los Directores de cada uno de los Museos, como primeras autoridades inmediatas, son responsables de la buena marcha de los Institutos y tendrán las siguientes atribuciones:

1ª Organizar técnica y administrativamente los establecimientos a su cargo y formar de ellos el debido inventario.

2ª Cuidar de la conservación y adecuado destino de los objetos puestos bajo su inmediata vigilancia.

3ª Inspeccionar los trabajos que en los Museos se hagan y observar y hacer observar las disposiciones constitutivas y reglamentarias que sobre ellos se han dictado.

4ª Cuidar que los Museos estén abiertos en los días y las horas que señala el Reglamento.

5ª Llevar la correspondencia oficial con el Ministerio de Educación Nacional y con cualesquiera otras autoridades sobre asuntos relativos al servicio.

6ª Fomentar relaciones con sus similares en el exterior y mantener con ellos la debida correspondencia.

7ª Proponer al Ministerio de Educación Nacional las medidas que juzgue convenientes para el progreso y la buena marcha de los Museos.

8ª Invertir debidamente los fondos que por cualquier respecto se destinen a éstos.

9ª Remitir anualmente al Ministerio de Educación Nacional informe para la Memoria que el Despacho presenta al Congreso Nacional.

10ª Entregar por riguroso inventario a su sucesor.

Artículo 15.— Los empleados subalternos contribuirán a la buena marcha del Instituto, efectuando bajo las inmediatas órdenes del Director, además de los otros trabajos que éste les señale, los que a continuación se expresan: la formación del Catálogo de cada Museo, relación de los informes y de la correspondencia, preparación trimestral de los cuadros estadísticos de los visitantes y de las adquisiciones que se hagan, elaboración de los inventarios, distribución del servicio entre los vigilantes, cobro y distribución del presupuesto de acuerdo con la Ley y según las órdenes de la Dirección del Instituto.

Artículo 16.— Las Juntas de Conservación y Fomento velarán por el auge de los Institutos haciendo, de acuerdo con la Dirección de ellos, las indicaciones que crea necesarias al Ministerio de Educación Nacional.

Artículo 17.— Los empleados de los Museos deberán tener especial cuidado en atender al público, asistiendo con puntualidad a la Oficina en las horas de labor y advertirán a los concurrentes, si fuere necesario, el deber en que están de guardar el orden. Si alguno no atendiere la admonición, darán cuenta al Director para que éste haga desocupar el local a las personas que perjudiquen con su conducta la tranquilidad reclamada para la cómoda observación del público. No se permitirá la entrada a los niños menores de doce años que no estén acompañados por sus representantes.

CAPITULO III

Disposiciones generales

Artículo 18.— En cada Museo se formará un inventario general de los objetos existentes y de los que se vayan adquiriendo, con indicaciones especiales para cada uno de los ramos o secciones en que se dividan, a fin de facilitar el estudio o la simple observación; debiendo

señalarse o distinguirse cada objeto, cuando el caso lo requiera, con el rótulo y número que le corresponda en el inventario particular.

Artículo 19.— Las donaciones deben hacerse acompañadas de una carta en la cual se dará el mayor número de datos acerca del objeto donado y su historia a fin de formar la cédula correspondiente.

Artículo 20.— Habrá para todos los objetos que ingresen un registro especial en el cual se indicarán todos los datos sobre procedencia u origen, con el fin de que se pueda suministrar siempre una información precisa y verídica.

Artículo 21.— Para fines históricos y de estadística se llevará en los Museos un libro de autógrafos.

Artículo 22.— Los visitantes pueden hacer uso del catálogo del Museo, que estará a su disposición en cada uno de estos establecimientos.

Artículo 23.— No podrá retirarse de los Museos, ni aun a título devolutivo, ninguno de los objetos que sean de su pertenencia, sin autorización escrita, en cada caso, del Ministerio de Educación Nacional, al que también compete conceder los permisos que se solicitaren para obtener copias o reproducciones y fotografías de los objetos pertenecientes a dichos Institutos, cuando el Despacho lo crea conveniente.

Artículo 24.— Los estudiantes de Historia Natural, los alumnos de las Escuelas de Artes y Oficios y, en general, todo el alumnado que en ello estuviere interesado, podrá por vía de estudio visitar los Institutos en cualesquiera días de trabajo, durante las horas en que estuvieren abiertos para el servicio interno.

Artículo 25.— No es permitido a los visitantes entrar en los Museos con paraguas, sombrillas, bastones o animales ni con grandes paquetes, los cuales deberán ser dejados en la Consejería, donde obtendrán un boleto de recibo; tampoco podrán los visitantes separar de su sitio ninguno de los objetos existentes para examinarlo.

CAPITULO IV

Disposición final

Artículo 26.— Lo no previsto en el presente Reglamento será resuelto por la Junta de Conservación y Fomento, de acuerdo con la Dirección del Instituto y previa aprobación del Ministerio de Educación Nacional.

Dado, firmado, sellado con el sello del Ejecutivo Federal y refrendado por el Ministro de Educación Nacional, en el Palacio Federal, en Caracas, a los dos días del mes de diciembre de mil novecientos cuarenta.- Año 113° de la Independencia y 82° de la Federación.

(L.S.)

E. LOPEZ CONTRERAS

Refrendado.
El Ministro de Educación Nacional,
(L.S.)

A. Uslar Pietri

Con el fin de dar una amplia protección a nuestro tesoro artístico, arqueológico y paleontológico, el Congreso Nacional, en sus sesiones ordinarias del año pasado, sancionó una ley especial, en la elaboración de cuyo proyecto nos fue grato tomar parte. Para redactarlo tomamos en cuenta un proyecto presentado en las sesiones de 1944 por varios congresantes y especiales recomendaciones del III Congreso Científico Panamericano* Dicha Ley es del tenor siguiente:

(*) El Proyecto fue presentado por la Comisión Permanente de Relaciones Interiores del Senado que, con nosotros, formaban los senadores Egaña, Pereira, Salón, Lizarra y Benítez Fonturvel, y con ella colaboraron los senadores Villalba, Oropeza y Febres Cordero. En la redacción del Proyecto se hizo mérito del elaborado el año anterior por los congresantes Rosales Aranguren, Silva Uzcátegui, Argenis Román y Rodríguez Ortiz.

EL CONGRESO
DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

Decreta:

la siguiente

LEY DE PROTECCION Y CONSERVACION DE ANTIGUEDADES Y OBRAS ARTISTICAS DE LA NACION

CAPITULO I

Del patrimonio histórico y artístico de la Nación

Artículo 1°.— El patrimonio histórico y artístico de la Nación está constituido por los monumentos históricos y artísticos y demás obras de arte correlacionadas o no con la Historia Nacional, que se encuentren en el territorio de la República o que ingresen a él, quienquiera que sea su propietario.

Artículo 2°.— Se declara de utilidad pública la protección y conservación del patrimonio histórico y artístico de la Nación*.

CAPITULO III

Del patrimonio arqueológico y paleontológico de la Nación

Artículo 13.— Son propiedad del Estado todos los objetos arqueológicos que contengan las huacas, mintoyes y cementerios y cuevas de

(*) El primer paso protector del tesoro histórico de la Nación lo dio el Decreto Ejecutivo de 24 de enero de 1914, que prohibió y reglamentó la salida del país de documentos y objetos históricos. La iniciativa de dicho Decreto se debió a César Zumeta, a la sazón Ministro de Relaciones Interiores, quien al mismo tiempo tomó fundamental interés en la organización del Archivo Nacional, por lo cual se le ha considerado como el creador de dicho servicio. El primer Director del Archivo y su primer Subdirector fueron el doctor Carlos Aristimuño Coll y el académico Prof. Pedro José Muñoz.

la época anterior a la dominación española, y los fósiles humanos o animales que fueren descubiertos en cualquier lugar del subsuelo de la República.

Artículo 14.— Se prohíbe en absoluto la destrucción de montículos, calzadas o construcciones de la época aborigen y la de los petroglifos que se hallen en cualquier parte del territorio nacional.

Parágrafo único.— En el caso en que la conservación de los cementerios, cuevas, montículos, calzadas y petroglifos implique una servidumbre perpetua sobre una propiedad particular, el Estado remunerará a los propietarios el valor correspondiente a dicha limitación.

Artículo 15.— Para explorar, estudiar o excavar yacimientos arqueológicos, el Ejecutivo Federal concederá el respectivo permiso.

Estos permisos sólo se concederán a renombradas instituciones científicas del País, y, en segundo lugar, del Exterior y también a arqueólogos, etnólogos o paleontólogos profesionales.

Artículo 16.— El Ejecutivo Federal podrá permitir a favor de instituciones científicas extranjeras la salida de colecciones de duplicados en los Museos Nacionales y la de piezas que requieran un tratamiento especial para su reconstrucción.

También podrá el Ejecutivo celebrar contratos de exploraciones y excavaciones de estaciones arqueológicas o paleontológicas con instituciones científicas universalmente conocidas y establecer el régimen de aprovechamiento de los objetos que se hallaren.

Artículo 17.— En la capital de la República y con sede en el Museo de Arqueología, funcionará una Junta con carácter *ad honorem*, que tendrá a su cargo la formación del mapa arqueológico y paleontológico de la República y el estudio de todas las materias referentes a la mejor investigación y conservación del patrimonio arqueológico y paleontológico del país.

Artículo 3°.— Se prohíbe destruir, reformar, reparar, cambiar de destino o de ubicación, los monumentos y demás obras que constituyen

el patrimonio histórico y artístico de la Nación, sin el previo consentimiento del Ejecutivo Federal, dado el informe favorable de la Junta que se crea en el artículo siguiente.

Artículo 4°.— En la capital de la República funcionará una Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación.

Artículo 5°.— La Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación estará compuesta por cinco (5) miembros principales y cinco (5) suplentes, dependerá del Ejecutivo Federal y estará adscrita al Ministerio de Relaciones Interiores.

Artículo 6°.— Son atribuciones de la Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación:

1°.— Determinar los monumentos y demás obras históricas y artísticas existentes en el territorio nacional, que formen el patrimonio histórico y artístico de la Nación.

2°.— Velar por la conservación del patrimonio histórico y artístico de la Nación.

Artículo 7° El Ejecutivo Federal designará los Miembros de la Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación, quienes durarán en sus funciones cinco (5) años y podrán ser reelegidos.

Artículo 8°.— El cargo de miembro de la Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación es honorífico.

Artículo 9°.— La decisión de la Junta por la cual se incorpore un monumento u obra artística al patrimonio histórico y artístico de la Nación es apelable por ante el Ejecutivo Federal.

Artículo 10.— La Junta podrá permitir la introducción al territorio nacional de obras artísticas con la facultad de reexportarlas. Pero cuando

hayan permanecido diez (10) años en el territorio de la República, podrán ser incorporadas al patrimonio histórico y artístico.

Artículo 11.— En cada uno de los Estados y Territorios Federales habrá una Junta Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación, en el correspondiente Estado o Territorio, dependiente de la Junta Nacional.

Artículo 12.— Cada una de las Juntas Regionales a que se contrae el artículo anterior estará compuesta de tres miembros principales y tres suplentes nombrados por el Ejecutivo Federal, con carácter *ad honorem*, quienes durarán en sus funciones cinco (5) años y podrán ser reelegidos. Los suplentes asumirán las funciones de principales cuando estos últimos, por ausencia de la Entidad respectiva o cualquiera otra causa, se imposibiliten para su ejercicio, bastando solamente su convocatoria por parte de la misma Junta.

CAPITULO III

Disposiciones finales

Artículo 18.— No se permitirá que salgan del país las antigüedades y obras artísticas y restos fósiles a que se refieren los artículos anteriores, aun cuando fueren de propiedad particular, sin que haya constancia de que han sido ofrecidas en venta a la Nación.

Artículo 19.— Cuando el Gobierno no juzgue conveniente la adquisición de antigüedades y obras artísticas que le fueren ofrecidas en venta, el poseedor podrá disponer de ellas con permiso del respectivo Ministerio, previo el informe de la Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación.

Artículo 20.— El que de alguna manera contraviniere las disposiciones de la presente Ley será penado con multa de cuatro a diez mil bolívares, que impondrá el Ejecutivo Federal por órgano del Ministerio de Relaciones Interiores.

Artículo 21.— Se derogan las disposiciones anteriores que se opongan al cumplimiento de la presente Ley.

Dada, firmada y sellada en el Palacio Federal Legislativo, en Caracas, a los diez y seis días del mes de julio de mil novecientos cuarenta y cinco.- Año 136° de la Independencia y 87° de la Federación.

El Presidente,
(L.S.)

Mario Briceño Iragorry

El Vicepresidente,

Rosendo Lozada Hernández

Los Secretarios,

Francisco Carreño Delgado

R. Pérez Arjona

Palacio Federal, en Caracas, a los quince días del mes de agosto de mil novecientos cuarenta y cinco.- Año 136° de la Independencia y 87° de la Federación.

Ejecútese y cuídese de su ejecución.
(L.S.)

ISAIAS MEDINA ANGARITA

Refrendado,
El Ministro de Relaciones Interiores,
(L.S.)

A. Uslar Pietri

Si hemos aludido en primer término a la labor meritoria de Ernst en los orígenes de nuestros Museos, justo es memorar a la par suya la de nuestro insigne Arístides Rojas y los Garbán, promotores del gusto

y de la pasión por esta clase de disciplinas. Y en lo que dice a la labor de formación y catalogación del Museo Bolivariano*, preciso es recordar siempre al paciente y erudito Don Cristian Witzke y al acucioso Don Luis Alberto Sucre.

EL ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

Hasta 1911 los documentos históricos no tuvieron una sede y una organización propia. Construido el edificio especial que le sirve de asiento, el Gobierno designó en 1912 una comisión compuesta por los señores Dr. Vicente Lecuna, Felipe Francia y Manuel Segundo Sánchez, para elaborar el reglamento que debía regir sus actividades, el cual fue aprobado por Resolución Ejecutiva de 23 de marzo de 1914. En dicho reglamento se establecía, entre otras cosas, lo siguiente:

"Art. 2°.— Corresponde al Archivo Nacional, además de los documentos que hoy contiene, todos los expedientes de la Administración General terminados o paralizados durante diez años en las Oficinas Nacionales y los índices de los archivos públicos existentes o que se crearen en la República.

Art. 3°.— En los trabajos de organización del Archivo Nacional se procederá:

1°. Al examen y clasificación de los documentos correspondientes al período administrativo de 1830, a la fecha, comenzando por el año más reciente.

2°. Al examen y clasificación de los documentos anteriores a 1830".

La organización del Archivo se debió a la labor tesonera de los Archiveros Don Laureano Vallenilla Lanz, Don Gustavo Terrero Atienza y Dr. Vicente Dávila, bajo cuya dirección se empezó la clasificación de los documentos y la determinación a las secciones. De esta labor

(*) En un principio se llamó Boliviano este Museo. Después se le ha llamado Bolivariano, vocablo aceptado por la Academia Española en virtud de cédula propuesta por D. Augusto Leguía, Presidente del Perú.

se comenzó a dar publicidad metódica en el Boletín del Archivo, cuyo primer número salió bajo la dirección del Dr. Dávila en marzo de 1923. En él se han publicado los índices de las distintas secciones, a saber: Archivo de Aragua; Archivo de Blanco y Azpurua; Archivo de Valencia; Ayuntamientos; Bulas de la Santa Cruzada; Causas de Infidencias; Causas de Residencias; Compañía Guipuzcoana; Corte de Almirantazgo; Correspondencia del General Páez; Delitos Políticos; Diezmos; Diputación Provincial; Disensos y Matrimonios; Diversos; Encomiendas; Gobernación de Guayana; Gobernación y Capitanía General; Hojas Militares; Iglesias; Ilustres Próceres y Servidores; Intendencia de Ejército y Real Hacienda; Intendencia de la República; Limpieza de Sangre; Misiones de Indígenas; Municipalidades; Negocios Eclesiásticos; Papeles de Julián Viso; Papeles de la Familia Vegas y Palacio; Papeles de Centurión; Procesos Militares; Reales Cédulas; Reales Ordenes; Reales Provisiones; Real Hacienda; Renta de Tabaco; Sección del Interior y Justicia; Toma de Razón; Visitas Públicas; y las Secciones correspondientes a los respectivos Ministerios.

En 1926 el Congreso Nacional sancionó una Ley especial sobre Archivo Nacional, en cuyo artículo 3° se dispuso que "los documentos y expedientes de interés meramente históricos que se encuentren en las Oficinas Principales de Registro del Distrito Federal o de los Estados, ingresarán al Archivo Nacional cuando así lo disponga el Presidente de la República, por órgano del Ministro de Relaciones Interiores, de conformidad con el parágrafo único del artículo 27 de la Ley de Registro Público".

Por Decreto Ejecutivo del 14 de octubre de 1941 se creó en el Instituto, con el fin de preparar su personal, un curso de capacitacion en Paleografía y un Seminario de Investigación Archivistica, bajo la dirección de la experta paleógrafa Dra. María Teresa Bermejo. Por 1942 fue elaborado por nosotros, cuando ejercíamos la Dirección del Instituto, un proyecto de Ley de Archivos con una más precisa orientación cultural y docente para las disciplinas del Archivo, Ley que fue sancionada por el Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1945*. Posteriormente se ha agregado a los servicios creados por la

(*) El Proyecto fue presentado por la Comisión Permanente de Relaciones Interiores del Senado.

Ley, un servicio de Investigación y Cultura Histórica. La Ley es del tenor siguiente:

EL CONGRESO
DE LOS ESTADOS UNIDOS

Decreta:

la siguiente

LEY DE ARCHIVOS NACIONALES

Artículo 1°.— Se declara de utilidad pública la guarda, conservación y estudio de los documentos y archivos históricos de la República.

Artículo 2°.— Los arhivos y documentos a que se refiere el artículo anterior pertenecen a las entidades políticas, eclesiásticas, culturales o personas privadas a quienes correspondan según la naturaleza de ellos o porque los hayan adquirido legítimamente.

Artículo 3°.— La Nación propenderá a la mejor organización de todos los archivos del país, por medio de los organismos y funcionarios competentes que al efecto se crearen en esta Ley y en los Reglamentos que dictare el Ejecutivo Federal.

Artículo 4°.— Los documentos históricos de la Nación y los expedientes de la Administración General se conservarán en el Arhivo Nacional, que en lo sucesivo se denominará Archivo General de la Nación, en el Archivo del Congreso Nacional, en los archivos parciales de los Departamentos del Ejecutivo, en las Oficinas de Registro Público y en los Archivos especiales que determine el Ejecutivo Federal.

Artículo 5°.— El Archivo General de la Nación funcionará tanto como depósito de fondos documentales cuanto como Instituto Técnico para la preparación del personal de los Archivos Públicos y como Centro de Investigación y de Cultura Histórica.

Artículo 6º.— El Archivo General de la Nación estará a cargo de un Director y de un Subdirector-Secretario, quienes tendrán la dirección de los siguientes servicios: de Paleografía y de Transcripción; de Clasificación y Catalogación; de Higiene y Conservación; y de Biblioteca y Publicidad. Los servicios que se enumeran estarán a cargo inmediato de los Jefes de Servicio, Paleógrafos, Catalogadores, Clasificadores, Oficiales y Ayudantes que determine la Ley de Presupuesto de Rentas y Gastos Públicos de la Nación.

Artículo 7º.— En la Capital de la República y con sede en el Archivo General de la Nación, funcionará la Junta Superior de Archivos, compuesta por el Director del Archivo Nacional, quien la presidirá, el Director de la Academia Nacional de la Historia y un Miembro más de ella, que nombrará el Ejecutivo Federal. El Subdirector del Archivo General actuará como Secretario de la Junta.

Artículo 8º.— La Junta Superior de Archivos tendrá las siguientes atribuciones:

1º.— Elaborar los Reglamentos de los Archivos de la Nación y someterlos a la aprobación del Ejecutivo Federal, y los Reglamentos de los Archivos Estadales cuando para ello fuere requerida por los respectivos Ejecutivos.

2º.— Servir de cuerpo de consulta en todo lo referente a Archivos de la República.

3º.— Proponer al Ejecutivo Federal las mejoras que a su juicio deben introducirse en el servicio de los Archivos de la Nación y a los Ejecutivos Estadales las referentes a los archivos de su dependencia.

4º.— Elaborar los programas de los cursos de capacitación archivística que funcionaren en el Archivo General de la Nación, inspeccionar su marcha y expedir los respectivos diplomas a quienes fueren aprobados en los exámenes finales.

5º.— Inspeccionar los Archivos de la República de acuerdo con las instrucciones que en cada caso impartiere el Ejecutivo Federal.

6º.— Formar los catálogos generales de los fondos de los distintos Archivos de la Nación.

7º.— Informar anualmente al Ejecutivo Federal, por órgano del Ministerio de Relaciones Interiores, acerca del estado y funcionamiento de los Archivos de la República.

9º.— El Ejecutivo Federal podrá disponer, cuando lo creyere conveniente, el traslado al Archivo General de la Nación de los expedientes concluidos que se hallen en los archivos parciales de los Departamentos Ejecutivos, en las Oficinas del Poder Judicial y en las demás Oficinas de carácter nacional. Cuando por la naturaleza de la materia a que se refieren los expedientes, éstos estuvieren constituidos por más de un tanto, la Junta Superior de Archivos, de acuerdo con el Jefe de la Oficina respectiva, resolverá acerca del destino que debe dársele a los duplicados y demás copias. Podrá también el Ejecutivo Federal ordenar la remisión al Archivo General de la Nación de copias de aquellos expedientes y documentos de carácter histórico existentes en las Oficinas del Registro Público, cuando su importancia y estudio así lo requieran.

Artículo 10.— La Junta Superior de Archivos gestionará cerca de las autoridades eclesiásticas competentes las facilidades del caso para el estudio y organización de los fondos históricos que posean las Catedrales, Mitras e Iglesias parroquiales. También procurará la Junta Superior de Archivos obtener catálogos y copias de los documentos referentes a Historia Nacional que se guarden en los archivos públicos y particulares de los países extranjeros.

Artículo 11.— Se prohíbe negociar documentos, oficiales e históricos, o disponer de ellos sin que la Junta Superior de Archivos certifique oficialmente que no pertenecen a la Nación.

Artículo 12.— No se permitirá que salgan del país documentos históricos, aun cuando fueren de propiedad particular, sin que haya constancia de que han sido ofrecidos en venta a la Nación y de que ha quedado copia en el Archivo General de la Nación.

Artículo 13.— Cuando el Gobierno no juzgue conveniente la adquisición de un documento ofrecido en venta, el poseedor podrá disponer de él con permiso del respectivo Ministerio, previo el informe de la Junta Superior de Archivos.

Artículo 14.— Todos aquellos que descubran documentos históricos y suministren los datos necesarios para probar el derecho que a ellos tiene la Nación recibirán del Ejecutivo Federal la retribución legal o la recompensa correspondiente.

Artículo 15.— Serán nulas las enajenaciones o negociaciones que contravengan esta Ley, y los que las efectúen o conserven en su poder sin causa legítima los bienes expresados, serán perseguidos conforme a la Ley, como reos de apropiación fraudulenta.

Artículo 16.— Se deroga la Ley sobre Archivo Nacional, de 15 de junio de 1926.

Dada, firmada y sellada en el Palacio Federal Legislativo, en Caracas, a los veinte y seis días del mes de junio de mil novecientos cuarenta y cinco. Año 136° de la Independencia y 87° de la Federación.

El Presidente,
(L.S.)

Mario Briceño Iragorry

El Vicepresidente,

Rosendo Lozada Hernández

Los Secretarios,

Francisco Carreño Delgado

R. Pérez Arjona.

Palacio Federal, en Caracas, a los trece días del mes de julio de mil novecientos cuarenta y cinco.- Año 136° de la Independencia y 87° de la Federación.

Ejecútese y cuídese de su ejecución.

(L.S.)

ISAIAS MEDINA A.

Refrendado.

El Ministro de Relaciones Interiores,
(L.S.)

J.N. Rivas

EL COLUMNISTA DE HOY[1]

Tucumán.- Julio 10. (A.P.).- Después de concluir el banquete oficial con que Perón agasajó al Presidente de Chile, González Videla, el magistrado argentino impuso al primero la condecoración de la orden del Libertador.- "El Nacional", 11 de julio de 1947.

La memoria de los ilustres varones que forjaron por medio de recia lucha la Independencia de los antiguos dominios españoles de América, y que fueron en todo momento de su tormentosa vida fieles al excelso pensamiento de construir, sobre las ruinas del antiguo imperio, una unidad que correspondiera en el futuro a las necesidades defensivas del Continente, debieran representar en el momento presente lecciones perennes que promoviesen por igual en las diversas patrias locales, sentimientos de adhesión hacia el ideal de la gran Patria americana que sirvió de numen a la empresa emancipadora. Unidos en un mismo culto reverencial, sus nombres, gloriosos son patrimonio común de los pueblos que ayer fueron testigos de su hazaña titánica y que recibieron mutuamente el apoyo de su desinteresada conducta de forjadores de naciones libres. Si su gestión de ayer estuvo encaminada a una misma finalidad creadora, si su pensamiento se conjugó para lograr el triunfo de América sobre la Metrópoli absorbente, si sus planes estuvieron alumbrados por la luz de una misma estrella guiadora, no es justo ni lógico que hoy los tomemos como símbolos de banderías nacionalistas. Nada más antiamericano y nada más contrario al destino ecuménico de nuestras indefensas nacionalidades, expuestas a la voracidad de extraños imperialismos, que la irreflexiva labor de quienes,

(1) Tomado de: **HOY.** [Trujillo], 14-07-1947.

por medio del interesado paralelo, pretenden menguar, en provecho de disolventes localismos, la estatura de nuestros héroes. No es más grande Bolívar porque aparezcan a su lado falsamente disminuidas las figuras de Santander y San Martín. No es mayor el héroe del Sur porque se baje de su cumbre eminentísima la figura de Bolívar, ni la prestancia del Hombre de las Leyes lucra con el desprestigio del Libertador. Cada uno en su propio radio cumplió un gran destino. Padres de pueblos, hermanos en el más puro linaje de la gloria, piden el efecto y el respeto unánime de los ciudadanos de la gran Patria americana. Y si lamentable es ver la tarea rivalista de ciertos historiadores que toman por norte de sus estudios el demérito de los próceres oriundos de patrias locales distintas de las suyas, mayor lo es la actitud de los gobiernos que se dejan llevar por pugnas tan estériles. A Bolívar, en la hora de sus éxitos, dieron las naciones de América el título de Libertador. Título propio, conferido en su tiempo, como galardón de sus victorias. No simple calificativo que corresponde por igual a Morelos en México, a Martí en Cuba, a Washington en el Norte, a San Martín en la Argentina. Libertadores son todos en la pluralidad de la gran acción que dio vida independiente a sus respectivas Patrias. Pero en América Bolívar es el Libertador, con mayúscula y sin necesidad de relación con una Patria o con un nombre. Es el Libertador. Así entró en la Historia de nuestro Continente y en la Historia del mundo, que lo cuenta entre sus figuras ejemplares. Así lo llamaron los hombres de su tiempo y así, a secas, sin apellido ni procedencia, lo seguirán llamando los hombres de mañana.

¿Por qué ahora nos dice el cable que el Presidente de la Argentina condecoró al Presidente de Chile con la Orden del Libertador? ¿No es éste el nombre de la Orden que Venezuela consideró en memoria de Bolívar —El Libertador— para honrar a sus amigos y sevidores? ¿Otra Orden del Libertador en nuestra América? ¿A qué conduce esta inútil rivalidad de condecoraciones? ¿Crecerá en el campo de la Historia la estupenda figura de San Martín porque se le dé un título, que si en lo privativo de la Argentina le corresponde con justeza, en lo patrimonial de la historia americana pertenece en cambio, a Simón Bolívar?

Para honrar a eminetes personajes y a ilustres servidores, se crean estos adornos. También para significar simpatía a otros países. Cuando

el gobierno amigo de la Argentina desee honrar al Jefe del Estado venezolano, ¿le enviará la Orden del Libertador? ¿La Orden del Libertador, que es orden venezolana, destinada a exaltar la memoria singular de quien recibió vivo, como título de excepción, el dictado universal del Libertador? ¿No bastaría para honrar y sublimar la memoria de gran libertador del Sur, crear en su honor la Orden de San Martín? Así, con sólo el nombre con que la historia lo ha presentado a la veneración de la posteridad universal. Con nombre que no lleva a pensar en intenciones de despojo, sino al contrario, por la evocacion hagiográfica, en la actitud generosa de compartir con el hermano el manto que abriga y que da gloria. A quien siempre estuvo en trance de cívico desprendimiento, mejor que título indebido, le va el recuerdo del Santo de la Capa y de la Espada.

CARTA AL SEÑOR JESUS ANTONIO COLMENARES FOSSI[1]

Caracas, 9 de agosto de 1947

Señor don Jesús Antonio Colmenares Fossi
Presidente de la Junta Pro-Conmemoración del IV
Centenario del Descubrimiento del Táchira.
San Cristóbal.

Muy distinguido compatriota:

Me es grato dirigirme a usted para acusarle el recibo de la amable esquela en que ha sido muy servido de participarme la inclusión de mi nombre entre los invitados de honor para asistir a los próximas actos conmemorativos del descubrimiento en 1547 del territorio del Táchira.

Profundamente agradezco a la Junta de su digna Presidencia la honra que me confiere con tan grata invitación, a que compromisos inaplazables me impiden corresponder con mi asistencia a los justos regocijos del pueblo tachirense.

Gratísimo en extremo me sería asistir a actos, que, más que recordatorios en el plano animador de la historia, son de enérgica reafirmación de sentimientos de nacionalidad integral. Al elegir el pueblo del Táchira como punto de partida para sus anales la aventura en sus términos de las fuerzas expedicionarias enviadas a descubrir tierras por

(1) Tomado de: **Vanguardial.** San Cristóbal, 06-09-1947.

las autoridades de la Gobernación y Capitanía General de Venezuela, declara bautizadas, *ab-initio*, de venezolanidad, las regiones que posteriormente se sumaron al concierto de la gran unidad de provincias que entraban a mirar a Caracas como cabeza de gobierno y que, estrechadas en la recia fraternidad de los combates por la libertad, juntaran aún más los signos que definen la acción de Venezuela en su búsqueda de los caminos de la paz y la cultura.

Por ello, al escuchar la voz alborozada de lo hijos del Táchira, que se aprestan a festejar el IV Centenario de aquella gesta donde ya se marcaba, sobre lo ecuménico de lo español, lo diferencial de Venezuela como germen de política nacional, los demás pueblos de la Patria acuden entusiastas a la cita fraterna, para entonar en la fiesta de lo local el himno consagratorio de la unidad que España creó en las postrimerías del siglo XVIII y que las luchas y dolores de una historia cargada de heroicos esfuerzos, ha reafirmado como conciencia de perseverancia en el trabajo por hacer una gran Patria, donde no hay otra primogenitura que el anhelo de convivir y de crecer bajo la sombra del glorioso pabellón, testigo de las grandes batallas de la libertad de Suramérica.

De serme posible, allá estaría con Uds. participando en conmemoración tan decidora del espíritu de fraternidad que anima a esa rica y próspera porción de la Patria venezolana; mas así esté distante del suelo que hoy recuerda las huellas de los primeros hombres que portaban los símbolos de la autoridad de Venezuela, me sentiré representado en ella por el júbilo y la fe de los compatriotas que desde el Torbes sonoro celebran las pacíficas conquistas de una región que ha sabido dar lustre a la Patria, por su consagración al trabajo y por su afán de levantar el espíritu para las grandes realizaciones de la cultura.

Al testimoniarle mi profundo agradecimiento por la honra de la invitación, soy de Ud. atento seguro servidor y compatriota.

LA HORA LEGAL DE VENEZUELA[1]

Se ha venido hablando con seria insistencia del propósito de variar para el Distrito Federal y el Estado Miranda la fijación legal de la hora de la República hecha en Decreto Ejecutivo de 12 de febrero de 1912. No entraremos a considerar las conveniencias que el adelanto de tiempo pueda tener en la solución del grave problema de abastecimiento de la energía eléctrica en la Capital de la República. Es de suponer que los cálculos hechos por los técnicos del ramo se ajusten a posibilidades favorables al mejor servicio del fluido, mas entendemos, a la luz de preceptos legales, que el Ejecutivo no puede modificar los términos del decreto de mérito, pues la hora oficial determinada en éste, adquirió carácter que sobrepasa los límites del decreto ejecutivo, al ser fijada posteriormente en un instrumento legislativo, cuya modificación toca al Congreso Nacional.

En efecto, la Ley de Navegación en su artículo 111, estatuye lo siguiente: "Para todo lo concerniente a la aplicación de la presente Ley y de sus Reglamentos, la hora que se tomará en cuenta será la 'Hora Legal de Venezuela', o sea la diferencia horaria correspondiente a 4 y media (cuatro y media) horas al Oeste del Meridiano de Greenwich y se contará en forma corrida de 0 a 24 horas por cada día civil, empezando a medianoche". La determinación ejecutiva de febrero de 1912 fue elevada a categoría de canon legal, que hizo precisa fijación de la hora Legal de Venezuela, con especificación que hasta hoy no ha sido tomada en cuenta: legalmente no debe usarse el sistema antiguo de *ante y post meridiem,* sino el régimen corrido de horario desde 0 hasta 24

(1) Tomado de: **El Nacional. Caracas, 14-11-1947, p.4.**

horas. La materia de hora legal no se rige en Venezuela por el Decreto de 1912, sino por la fijación general que consagró la Ley de Navegación. Si el mentado artículo hubiera fijado el uso horario sin llamarlo "Hora Legal de Venezuela", podría decirse que se fijaba una hora de marina, pero los términos son tan precisos que no dejan lugar a duda. El Decreto de 1912 se convirtió, por los alcances de dicho instrumento, en norma legislativa de reforma reservada a la competencia del legislador ordinario.

UN PACTO DE CONCORDIA[1]

Impreso en los talleres tipográficos de Tomás Antero, apareció en Caracas por 1835 un folleto titulado: "Escritura Pública por la cual varios vecinos del Cantón de Santa Lucía se proponen no tener pleitos, y remitir —a árbitros todas sus diferencias". La lectura de dicha pieza da tal impresión de bondad y de frescura que lleva la mente hacia el recuerdo de las grandes utopías del Renacimiento, fuente y raíz del ilusivo contrato rousseauniano, donde bebieron fe social muchos de nuestros políticos románticos del pasado siglo. Tanto apreciaron los propios autores su intención, que no vacilaron para ofrecer sus conceptos al noble y generoso Presidente Vargas, cuyo gobierno habíase inaugurado pocos días antes. Testigos del lamentable fruto de las disidencias sociales, los vecinos de Santa Lucía comenzaron por declarar el propósito que les animaba de "sacrificar la discordia en honor de las deidades rústicas", y convencidos de que la agricultura es "honrosa profesión" y "fuente de prosperidad pública", quisieron ejercerla en paz y unidad que redundasen en beneficio propio y en aumento cierto de la riqueza colectiva.

Las reflexiones que encabezan la singular carta compromisoria compendian un profundo sentimiento filosófico de la vida humana. Siendo ésta corta, dice el escrito, y perteneciendo la mitad a las enfermedades y al sueño, está la otra destinada a satisfacer las primeras necesidades y a procurarse los medios de llevar a efecto esa satisfacción. Si esta parte útil de tiempo, agrega, se ha de repartir también entre los disgustos que acarrea la envidia, el desordenado amor propio, y sobre

(1) Tomado de: **El Nacional. Caracas, 01-12-1948, p. 4.**

todo el interés con todas las demás pasiones que él excita, es evidente que faltaría el necesario para el trabajo, y que de todos estos males sería consecuencia inevitable la miseria producida por el tiempo que se consagre a los pleitos y demás medios de ejercitar la venganza que ellos provocan.

En el intento nobilísimo de evadir los graves perjuicios que acarrea la vida de discordia, aquellos hombres miraron a ligarse de manera que se evitaran si no del todo, en mucha parte esa pérdida de un don tan precioso como el tiempo, por medio de un convenio que los pusiera a cubierto de toda manera de pleito o de disgusto. Para ello los vecinos, cuyos nombres es justo y grato recordar: J. A. Díaz, Vicente González Castro, Ildefonso Aguerrevere, Eduardo Morales, José Gómez, J. María Marqueti, Juan José Camargo, Francisco Feo, Pedro José Altuna, José S. Alegría, José Antonio Altuna, Carlos Pérez Velasco, Agustín Ponte, Pedro P. Echezuría, Juan J. Rodríguez, Esteban Herrera y Toro, Juan Aristeiguieta, José Antonio Volcán, Bernardo de Echezuría, Juan José Machado, Manuel Volcán y Tomás Echezuría, ocurrieron por ante el Alcalde Segundo Municipal para otorgar el documento en que se obligaban a remitir todas las posibles diferencias y pleitos de cualquier naturaleza y cuantía, incluidas las injurias que no cayesen en el procedimiento criminal, a la soberana e inapelable decisión de árbitros arbitradores y amigables componedores, a la cual todos se someterían bajo las sanciones pecuniarias que al efecto allí se establecerían. El procedimiento seguidero era por demás sencillo: el posible querellante habría de ocurrir ante el Juez Municipal y citada por éste la otra parte, se formarían listas entre los comprometidos por el pacto, para el escogimiento de los tres jueces que habían de pronunciar el arbitraje; y como prenda del convenio bajo cuyo imperio esperaban "poderse contraer sin distracción al cultivo de sus campos", obligaron los contratantes sus personas y sus bienes, con poderío de justicia, como si se tratara de "sentencia pronunciada consentida y no apelada y pasada en autoridad de cosa juzgada".

Este pacto espontáneo de paz hace pensar en la posesión en que estuvieran los autores de una profunda conciencia cívica, alumbrada por discreta reflexión filosófica, propia de discípulos de Erasmo o Juan

Luis Vives. Mas la profunda sabiduría práctica que rezuma del discurso con que dieron introducción al singular convenio, arrancaba, no de libros y teorías más o menos tocados de quimera, sino de su sencillo contacto con la realidad rural, de donde veían brotar la verdadera fuente de la riqueza nacional, y de su enemiga con las discordias sociales y políticas que habían quebrantado el sosiego requerido para el levantar la prosperidad pública. Unidos a la tierra por el mero amor que inspira la naturaleza deseaban adornar sus vidas con algún destello primitivo que entre los bosques perdurase como restos de la edad feliz, cuando "todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia", según de los tiempos dorados del hombre explicaba Don Quijote a sus amigos los cabreros. "No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen". Aunque difícil era retornar a la primitiva sencillez exaltada por Cervantes, con aquel pacto al menos podrían alejar de sus vidas la inquietud amenazante de los litigios a que conducen las diferencias provocadas por el diario discurso de los acontecimientos comunes, y los cualles se hacían mayores por los vicios consustanciales con un sistema judiciario, cuya reforma entraba en el voto de los pueblos.

Abierto quedaba el pacto a la adhesión de los demás hacendados y propietarios que quisieran "alistarse en las banderas de la paz", pues bien entendían los contratantes que, junto a las garantías prometidas por un gobierno honesto como el que se iniciaba bajo el signo ilustre de Vargas, se hacía necesario también una actitud colectiva que previniese la discordia de los ciudadanos. Sabían ellos que la mutua inteligencia entre los integrantes de la comunidad es prenda segura de progreso y de abundancia; que si no reina la armonía entre los miembros de sociedad, de nada valen los esfuerzos que se hagan en orden a acrecentar la producción y vanas palabras, sólo ruido insustancial, resultan los proyectos que no cuenten con una actitud concorde de parte de los hombres de trabajo.

Hermoso es evocar el gesto antiguo de los vecinos del cantón de Santa Lucía. Buena lección la suya para quienes hoy vemos cómo el agro

y las industrias languiden por la permanencia de luchas estériles donde se agota el tiempo y se disipa la riqueza. Apóstoles de la concordia ciudadana, los firmantes del convenio dejaron ejemplo práctico de un sentido de convivencia que colectivamente hoy nos empeñamos en destruir. Ellos fueron de lleno a la raíz de un gran mal social: buscaron ante todo y sobre todo el medio idóneo de asegurar con hechos la paz y la concordia que sirvieran de firme arrimo para la prosperidad de sus negocios particulares, garantía a la vez de la riqueza pública. Fueron hombres con sentido luciente de lo que debe ser la vida de comunidad. Ingenuos y románticos acaso parezcan cuando los medimos con los nuevos instrumentos que el odio fabrica para mantener la zozobra favorable a los sembradores de guerras y tumultos. En hora en que los hombres ciegos por la pasión, erigen con mengua de los más puros sentimientos humanos una filosofía de la discordia, ellos aparecen como ilusos quijotes, creyentes en el poder de los ideales. Un recto juicio ha de mirarlos, en cambio como ciudadanos ejemplares que invocaron los signos de la paz y de la inteligencia por elementos indispensables para poder consagrarse alegremente a extraer de la tierra los frutos que hacen grata la vida y amable la relación social. Tuvieron en grado eminente el sentido de comunidad de que, a la hora presente carecen hombres y pueblos. Y aún de mayor ejemplaridad, fue la conducta del Alcalde que dio fe de lo pactado: cabeza del gobierno en el humilde cantón; brazo en él de la autoridad que regula y hace fecundo el convivio comunal, se sintió también llamado por las voces benéficas de quienes se agrupaban bajo las banderass de la paz, y al prestar la autenticidad que como fuerza solicitaban de él los contratantes, declaró a la vez que se sometería como ciudadano a las regulaciones por aquellos pautada para la conquista de una concordia fecunca. Modesta y sencilla lección que pide ámbito para el ensayo y actores que la adopten y practiquen en hechos y verdad.

CARTA AL DOCTOR JOSE GOMEZ PINZON, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA[1]

Bogotá, 4 de julio de 1949

Señor Doctor
José Gómez Pinzón
Rector de la Universidad Nacional
Presente.

Muy distinguido Señor Rector:

Esta Misión, deseosa de estimular los estudios del Derecho Internacional, sobre cuyas altas normas descansan la paz y la inteligencia de los pueblos, y animada a la vez del deseo de perpetuar el recuerdo del acto inicial de las relaciones diplomáticas de Colombia y Venezuela como nacionalidades independientes, ha pensado crear un premio anual destinado a los estudiantes de Derecho Internacional Público de esa prestigiosa Universidad, el cual llevaría el nombre de "PREMIO MADARIAGA", en memoria del ilustre americano Don José Cortés de Madariaga a quien correspondió el honor de haber sido, como Agente de la Junta Suprema de Caracas cerca de las autoridades de Cundinamarca, el primer diplomático de Venezuela acreditado en esta noble Nación, y de haber firmado, junto con el eminente patriota granadino Don Jorge Tadeo Lozano, el Tratado de Amistad, de Alianza y de Con-

(1) Tomado de: **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), N° 2 (1949), pp. 53-54.

federación, que es punto de partida de la vida internacional de nuestras Repúblicas y expresión clara y solemne del espíritu de solidaridad americana que ha sido numen de la política de Colombia y Venezuela, y a cuyo impulso generoso los Ejércitos de ambos países, bajo la suprema dirección del Libertador, consolidaron la independencia de la América meridional; instrumento singular en el que se declaró, además, la igualdad de derechos de los ciudadanos de ambas partes para utilizar, como centros comunes, las universidades, colegios y escuelas de una y otra Nación, con lo que declararon aquellos egregios plenipotenciarios que son los de la cultura los caminos más idóneos para realizar la verdadera comprensión entre los pueblos.

Dicho premio, de ser aceptado por el Consejo de la respectiva Facultad, consisitiría en una Medalla de Oro y en un Diploma, que esta Embajada entregaría en acto solemne al estudiante que seleccionara aquel docto Cuerpo.

Aspira la Embajada de Venezuela a que el establecimiento de este premio se vea como expresión del marcado interés que la anima por avivar cada vez más los vínculos culturales e históricos que felizmente unen a nuestras Patrias, y que las obligan, por razones múltiples, a proseguir dentro del cuadro unitivo de la política americana, ya delineado en aquel instrumento, como ejemplo de fraternidad indisoluble.

Hago propicia esta ocasión para testimoniar a usted el homenaje de mi elevada consideración y muy distinguido aprecio.

EL CONDUCTOR DEL Nº 2-6023
(Virutas)[1]

La oportunidad de una de esas famosas "botellas" que continuamente se producen en el tránsito diario a través de nuestras alegre y confiada capital, me hizo alargar la conversación que acostumbro mantener con los conductores de carro. Siempre me es grato dialogar con los hombres modestos del volante. De sus labios suelo recoger finas, sutiles y tinosas informaciones acerca de la vida de nuestro pueblo acerca de lo que nuestro pueblo piensa. Expresan ellos voces que es preciso escuchar. Tienen una modalidad especial en el arte de presentar las cosas, que a la continua supera, para la comprensión, los alambicados procedimientos derivados de la sociología, de la historia, de la economía y del derecho con que pretendemos desenredar profesoralmente los problemas sociales. Con todo y lo que aprendió de Don Quijote, el buen Sancho no llegó a superar la gramática parda de Teresa Cascajo. La intuición de los sencillos vale a veces por las enciclopedias de los sabios.

El anónimo amigo que dirigía el coche donde permanecí más de media hora para ganar ocho cuadras de recorrido, abordó en la oportunidad a que me refiero el tema del embotellamiento de las calles caraqueñas. De esto sabe él más que yo, y a juro he de creerle que sobre sesenta mil carros de todas especies y destinos atraviesan nuestras angostas, maltrechas y acebradas calles. (Lo de acebradas habrá que explicarlo para los lectores que ignoren como nuestro régimen de enrumbar el tránsito, ha pintado de rayas amarillas, como piel de cebra, las prin-

(1) Tomado de: **El Universal.** Caracas, 24-11-1951, p. 4.

cipales arterias de la capital). Para marcar rumbos a este famoso garage que los yanquis han montado en la antigua ciudad de Caracas, ha habido necesidad de todo: pintura amarilla, luces de color, postes ambulantes, flechas, túneles, puentes, policías, y, sobre todo, paciencia, ascética y venezolana paciencia. Ha habido, también, necesidad de tumbar viejas, hermosas, señoriales casas, para dejarlas a la intemperie como estacionamiento de carros. Los yanquizantes llaman parqueaderos estos feos solares. Sobre todo lo que más se necesita en Caracas es paciencia. Yo propondría el Santo Job y a San Benito como nuevos patronos de Caracas. De nada sirve ya el caballo de nieve de Santiago. El no fue educado para resistir las nuevas flechas de la ciudad. La noche de mi plática con el conductor del Nº 2-6023, casi agoté mis reservas de paciencia. En cambio, logré buen fruto. Si todos le buscásemos el buen lado a las cosas desagradales, llegaríamos a saber que los embotellamientos sirven para dialogar con el pueblo que representan los choferes. Cuando falta una cosa aparece otra. Por boca de los conductores de carros se informa el pasajero de la vida semioculta del pueblo.

Pues bien, el amigo del 2-6023 me presentó el problema del tránsito en una forma tan clara y tan dramática que hubo de sorprenderme la vivacidad del raciocinio y el acopio de correlaciones que adujo para sostener que, mientras no se logre la rapidez necesaria en el tránsito urbano, serán inútiles todos los esfuerzos realizables en orden a reducir el costo de la vida en Caracas. La dificultad para andar y la dificultad para transportar obligan, por una parte, a una pérdida de tiempo que busca su compensación en los altos precios del trabajo. Analizado por mi amigo el problema de las calles de Caracas, me resultó de una espantosa y meridiana claridad la verdad por él sostenida. Mientras no se normalice el tránsito, la vida de Caracas será cada día más difícil y costosa. Claro que sí. Se trata del esencialísimo problema del transporte, jamás encarado con seriedad en un país que, a pesar de ser la segunda fuente mundial de petróleo, aún conserva en tierra pelada los caminos que circundan a la capital. Vaya usted a Macarao, el pueblo rural más cercano a Caracas, y verá como no digo falso. En nuestro país, lejos de estarse construyendo vías férreas, se venden, para otros fines, los rieles y los durmientes de las líneas abandonadas.

Tan certero, sencillo y apropiado fue el razonamiento del conductor, que en verdad quedé convencido de que ni los mercados libres ni la regulación de precios pueden hacer bajar los costos de la existencia si antes no se implanta un fácil y económico sistema de transporte urbano. Hoy la competencia de precios ha sido supeditada a la competencia de oportunidad en el tránsito, y por ello se compra a lo que pida el vendedor, siempre que se pueda tomar en seguida un vehículo o se pueda evitar una boleta de las autoridades de tránsito. Hay, efectivamente, una búsqueda de rapidez en las comunicaciones, un afán de no caer en una "botella". Se paga la prisa a cualquier precio. Y lo peor: sin lograrla jamás, pues aún fuera de la misma ciudad, en plena carretera de despoblado, son inútiles las fulanas rayas amarillas. Quedé a la vez convencido de que no puede haber regularidad y provecho en el fruto del trabajo de las oficinas y factorías, cuando la puntualidad no es exigible, y, cuando para lograrla, el empleado ha de sacrificar el pequeño tiempo que debiera quedarle libre para su propio saludable recreo o para su amable y descansada permanencia hogareña. A todo esto, agrega mi amigo, no llegando nadie a tiempo a su destino, disminuye la oportunidad general de trabajo y de producción. En último análisis, habrá menos de todo y a mayores precios. El oficinista y el obrero, para quedar bien, han de vivir a las volandas, nerviosamente pendientes del autobús o de la carrera de coche. Y el viento del correr lo llevará al cansancio, que es la peor condición para trabajar y para vivir. De donde resulta la paradoja que ofrece una ciudad sobresaturada de vehículos, y sobresaturada, a la vez, de gente cansada. Porque esto, al resumir cuentas, es la gente de Caracas. Somos una masa humana, colectiva e individualmente, cansada, fatigada, sobrecargada de la angustia de no llegar nunca a tiempo a nuestro destino. (En un embotellamiento perdió un niño en días pasados una primeriza). Un pueblo, en tales condiciones, tiene reducida su capacidad de trabajo y de vida.

Pero mi plática con el conductor del 2-6023 no sólo me dio la satisfacción de haber visto más clara toda la trágica dimensión del problema del tránsito urbano, sino, además, la de afianzar mi fe en la inteligencia y en la perspicacia creadora de nuestro calumniado pueblo. Tiene el pueblo una sabiduría antigua, intuitiva, silenciosa, que le deja ver

con ojo rapaz muchos problemas de índole social y política. El nuestro tiene el fino sentido de desconfiar de las palabras. Se le han dicho tantas cosas y se le han cumplido tan pocas, que ha llegado a la certidumbre de que todo lo que no sea pueblo *piensa distinto*. Esto me lo enseñó hace más de diez años otro conductor de automóvil. Le preguntaba yo acerca de no se qué acto de un gobernante. El me respondió secamente: "Los de arriba piensan distinto". Desde entonces he creído que si en verdad es fácil penetrar el pensamiento de los de arriba, ya que lo expresan por medio de diversos y claros sistemas, es labor imperiosa buscar los hilos que nos lleven a conocer la raíz profunda del prensamiento del pueblo. Por trasposición de términos, apenas sabemos que es una "manera distinta" de pensar. Una manera que no está propiamente escrita ni divulgada. Una manera que sólo se hace aprehensible por medio de una sincera, desinteresada inmersión en la propia conciencia del pueblo...

EL VIEJO URBANISMO CARAQUEÑO[1]

Las últimas Ordenanzas sancionadas por el Ayuntamiento caraqueño durante el régimen colonial, establecían normas de urbanismo que cobran especial interés en estos momentos de intenso desarrollo de nuestra capital. Lo restricto del área capitalina en 1820 contrasta con la necesidad que hubo de anchar, para los efectos del pasado Censo, el perímetro metropolitano, ya que Caracas abarca hoy, como ciudad, territorio que cae bajo la jurisdicción del Estado Miranda.

Por ello se ha pensado seriamente en una reforma de la estructura constitucional del Distrito Federal, a fin de someter a las autoridades de Caracas toda la región metropolitana y sus obligados aledaños. Algunos dicen que la actual situación no impone la enmienda del caso, pues Washington, en Estados Unidos, se ha extendido hasta sobrepasar los límites del Distrito de Columbia y tomar terreno de los Estados de Maryland y de Virginia. Más allá parece que no se da el caso absurdo de que quien ventile, pongamos por caso, una acción ante el Juez del Distrito Sucre, tenga, al alzarse, necesidad de atravesar a Caracas para ir a Los Teques en busca del juez ordinario. Esto fuera de las mil razones que derivan del orden administrativo.

Contemplaban las Ordenanzas, con muy buen sentido, el caso de los solares vacíos en el estricto perímetro urbano y de las nuevas edificaciones extramuros ciudadanos. Hoy han llegado a constituir los solares vacíos uno de los más intrincados problemas, pues sus dueños,

---

(1) Tomado de: **Crónica de Caracas** (Caracas), N° 2-3 (1951), pp. 151-154.

la mayoría capitalistas, se niegan a negociarlos, en busca de mejores futuros precios, y las autoridades esquivan sanciones, ante la amenaza que para ellas representa la agresión del gran capital.

Como estas Ordenanzas prácticamente no fueron ejecutadas en razón del triunfo de la República, no llegó a usarse el nombre dado a los cuarteles en que resultó dividida la ciudad. No hemos hallado, tampoco, en los archivos municipales, el croquis con las denominaciones que se aplicaron a los barrios, plazas y calles, sustituidas de inmediato por la gloriosa evocación de las grandes acciones de la guerra de emancipación.

Una recomendación sí queda aún en pie: el que se recuerden los nombres, de valor permanente, de Cristóbal Colón y de Diego de Losada.

Se indicaban para las Provincias interioranas. El Municipio los tiene, en cambio, para bautizar sus parroquias. El Recreo podría llamarse Parroquia Colón. La nueva parroquia que se piensa formar al sur de Santa Rosalía, podría llamarse Diego de Losada, y colindaría con la de El Valle, donde acampó el conquistador antes de fundar nuestra ciudad.

Léanse los artículos pertinentes de las nombradas Ordenanzas:

"Art. 3°... Se declara que sólo tenga el nombre de Ciudad de Caracas la población que hay y en adelante hubiere en el terreno contenido entre el Río Anauco por el oriente, la Quebrada llamada de Lazarinos, por el Occidente, y entre el Río Guayre al Sur, y por el Norte una curba tirada desde el Nacimiento de dicha Quebrada de Lazarinos a la hermita del Calbario: de allí rectamente a la de la Pastora; desde ésta a la calle, y Puente que guía y sale al Quartel de San Carlos, y desde éste en dirección del Este suerte a terminar en el expresado Río Anauco, frente a la Estancia que llaman de los Solórzanos, cita del otro lado del mismo.

"Art. 4°.... Se prohive fabricar casas fuera de los límites que se dejan demarcados, y se manda a los Alarifes, Alvañiles, y Carpinteros, no

trabajen, ni se ajusten para edificios que no se hayan de lebantar dentro de dicho terreno, y que denuncien al Ilustre Ayuntamiento cualesquiera obra que se intente, so pena de privación de sus mismo Oficios, y aplicárseles dos meses a obras públicas de Ciudad, a ración y sin sueldo.

"Art. 5°... Para facilitar la población y ornato de la misma, dentro de cuyo terreno están repartidos y hay muchos solares sin fabricar, que además de afearla, ocacionan perjuicios e incomodidades, se manda: que dentro de 4 meses, después de publicada esta ordenanza, se cerquen dichos solares de paredes de tres tapias de alto, apercibidos sus dueños de que pasado este término sin verificarlo, se les obligará a venderlos: que los mismos deberán fabricarlos dentro de un año, en el concepto de que transcurrido, y presentado algún comprador, deberá vendérselos por sus avalúos, o sacarlo a subasta pública, y el que lo comprare en uno u otro caso será bajo la condición de edificarlo seguidamente, bajo la pena de que no cumpliéndola, perderá la tercera parte de su valor a favor de los Propios de la Ciudad.

"Art. 6°... Con el mismo objeto de reunir el vecindario, y hermosear la Población, se prohíbe repartir y señalar solares en lo sucesivo, fuera de los términos señalados para la Ciudad, mientras los hubiere en ella sin edificar; a menos que algún vecino de caudal conocido, pida terreno para levantar casa de recreo en los egidos, que se concederá, con pención proporcionada, puesto que contribuyen también semejantess edificios a decorar la población, y sirven de placer, y comodidad.

"Art. 7° (Suprimido). De la misma manera se prohive edificar casas, y repartir solares en doscientas varas desde la orilla del Río Guayre, o el espacio que baña en su mayor cresiente hacia el centro de la ciudad, pues este terreno debe ser común para los ciudadanos de que se tratará en.

"Art. 8°... Toda la Ciudad, o terreno demarcado para ella, se dividirá en barrios, de a 4 manzanas cada uno, según designe y explicará en el plano que deberá formarse de la Ciudad.

"Art. 9°... Para evitar embarazos en la comunicación del vecindario, guiar a los forasteros, facilitar más la inspección, noticia y operacio-

nes de los encargados del Gobierno interior de la Ciudad, y para que se acuerde a la más remota posteridad las Provincias que hoy componen la Monarquía; las subalternas que constituyen esta de Venezuela de que es Metrópoli Caracas: el ilustre nombre de su fundador Diego Losada, el de incomparable y virtuoso descubridor de la América, Cristóbal Colón, y sobre todo la famosa Epoca de la regeneración política de la Nación Española, y que todo manifieste la memoria de ella, y el alto reconocimiento que deben los Pueblos a los beneméritos representantes que más sobresalieron, y trabajaron por rescatar, y perpetuar la soberanía, y libertad de que hasta ahora estaba despojado el común de los Españoles de ambos Emiferios, se ordena, y manda: tengan los Barrios, Plazas, Plazuelas y Calles los nombres que por acuerdo especial determine el plano citado, y que así se nombren perpetuamente en los Padrones, Procesos, Autos, Testamentos, Escrituras, y demás instrumentos en que sea necesario nombrarlos para claridad de los hechos, actos, y contratos, pena de nulidad de dichos documentos, y de 50 pesos de multa a los Escribanos, Notarios, Secretarios, y demás personas públicas, que faltaren a este artículo, aplicados a favor de los Propios".

BICICLETA VERSUS PRESIDENTE
(Limaduras)[1]

Anuncia el cable que un ciclista derribó frente al Palacio Presidencial a Otilio Ulate, Presidente de la República de Costa Rica. Iba a gran velocidad el ciclista y no pudo evitar el encuentro con el Presidente.

Otilio Ulate, como todos los presidentes costarriqueños, anda a pie por las anchas y amables calles de San José. Recién posesionado de la Presidencia, y después de una amena plática en la dirección del "Diario de Costa Rica", periódico donde libró las batallas que lo llevaron al supremo poder, Ulate me invitó a tomar un trago en el Club Unión. Salí a la calle en compañía del Presidente. Ibamos los dos solos, y para ganar las dos o tres cuadras que teníamos que recorrer, gastamos más de una hora, según el número de personas que se acercaban a estrechar la mano del novel Presidente, con quien se reiniciaba la interrumpida institucionalidad del país.

Más que gobernante, Ulate parecía Obispo en visita pastoral de pueblo. El Presidente de Costa Rica ha conservado algo de la antigua dimensión religiosa de los Patriarcas. En el conjunto encantador del pueblo tico, el Presidente no tiene aspecto de jefe, sino de Maestro de escuela. Costa Rica es una gran escuela de civismo, dañada transitoriamente por la pasada guerra mundial, en razón de las misiones extranjeras que fueron a preparar al país para una posible defensa de enemigos exteriores. Con las ametralladoras americanas, surgieron los enemi-

(1) Tomado de: **El Nacional.** Caracas, 23-03-1952, p. 4.

gos de dentro y se alteró la vieja, dulce y fecunda paz de aquel maravilloso país.

Con los Presidentes de Costa Rica tropieza el pueblo en parques, calles, teatros y tiendas. De estos encuentros se refieren cosas deliciosas. A mí me impresionó profundamente lo que se me contó del inefable Don Cleto González Víquez, llamado padre de la democracia costarricense. Yo tuve la dicha, para hablar en tico, de conocer a este estupendo viejo, en quien se conjugaban las más elevadas virtudes de sencillez, sapiencia, bonhomía y honorabilidad republicana. Para imaginarlo, es preciso evocar a Lincoln, a Sarmiento y a Marcos Fidel Suárez. Bajaba una mañana el viejo Cleto de la Casa Presidencial por Cuesta de Mora, y tropezó con un chicuelo que hacía vanos esfuerzos por alcanzar el timbre de una casa. (En San José la mayoría de las casas tienen el timbre al exterior). Advertido Don Cleto del afán del muchacho, se le acercó y le dijo: "Deja nomás, güilita, que yo te toco". (Güila es tratamiento popular y cariñoso que se da a los niños). Tocó el Presidente, y el muchacho le dijo: "Como que no sonó, Don Cleto". Volvió el Presidente a dar en el botón, y entonces el muchacho le advirtió:

"Don Cleto, ahora sí corramos, porque nos alcanzan".

Hasta hoy, el divertido apunte de Don Cleto burlado por el travieso granuja, era para mí la expresion más elocuente de la sencillez de los Presidentes de Costa Rica. De entonces a hoy ha corrido mucha agua debajo de los puentes. Son veinte años de progreso en la malicia universal. A Otilio Ulate no llegaría hoy ningún chicuelo a invitarlo a tocar timbres. A Ulate lo arrastra un ciclista. Un ciclista es la expresión individual más exacta del arrollador movimiento que embarga las avenidas contemporáneas. El ciclista sustituye al corredor antiguo. Este se entrenaba en la palestra para la carrera victoriosa. Para correr más, pedía a Mercurio el amparo de las alas pedestres. El ciclista es el corredor sobre la máquina individual. Cuando gana, no se puede decir si el esfuerzo fue de los músculos o del aparato mecánico.

Yo vi a Ulate en el Estadio de San José, aclamado espontáneamente por un pueblo que había puesto en él la confianza de su voto. Sentí

emoción por el triunfo del amigo y por el triunfo de las instituciones costarriqueñas. Hoy, y que me lo perdone el ilustre amigo, por cuya salud ofreceré un gallo a Esculapio, he admirado aún más al Ulate arrollado frente al Palacio Presidencial por un modesto ciclista, que no pudo gobernar los frenos. ¡Qué hermoso espectáculo el de un Presidente que no puede evitar el choque con una modesta bicicleta! Esos espectáculos se ven en Costa Rica.

LAS MISSES, LA CEIBA Y LAS SARDINAS
(Virutas)[1]

Jóvenes, de fresco y vigilante sentido nacionalista, se han dirigido a mí para que escriba algo acerca del tratamiento de "Miss" dado a las gentílisimas y lindas muchachas criollas participantes en la cita para escoger entre ellas la venezolana a quien corresponderá representar nuestra belleza en el concurso mundial que se celebrará en California para elegir a "Mis Universo". Los periodistas, con sana intención patriótica, se ocuparon acerca del abuso de palabras extranjeras con que se pretende sustituir las muy apropiadas de nuestra lengua materna, entre ellos mi querido amigo, el agudo y recio Fernando Carrasquel, pintó una bien empuntada "raya". Sin embargo, mis amigos habrán de extrañar que no sume la mía y a la muy oportuna protesta por el "missaje" de las damas. En el presente caso, no se las podría llamar en buena lengua sino "misses". Fueron en realidad "misses", destinadas a tomar parte en un concurso yanqui, de meras e interesadas finalidades comerciales. Desde que aceptaron participar en este torneo propagandístico, adoptaron, consecuencialmente, una posición transitoria de belleza para avisos gringos.

Cuando Olga Salvatti fue a San José de Costa Rica en 1936, lo hizo como Reina de nuestra belleza nacional, en orden a competir con Reinas de otros países. Aquel fue torneo romántico, que hacía evocar las Cortes de Amor de Clemencia Isaura. Yo era Ministro en Costa Rica, y fui testigo de la espiritualidad de aquella jornada de belleza, en que tocó a nuestra Reina la corona. Cuando Miriam Cupello, hoy digní-

(1) Tomado de: **El Universal**, Caracas, 12-06-1952, p. 4.

sima señora de Alamo, fue a Bogotá, donde yo ejercía la representación diplomática de Venezuela, lo hizo, también, como simple Reina de Belleza, y al advertir que el concurso era motivo de especulación comercial, dejó a un lado la segura corona y se vino orgullosa a Caracas. Nuestras muchachas de hoy, bellas, candorosas y románticas, no advirtieron que al participar en este concurso de simples fines comerciales, se hacían semi-gringas. Es decir, no cayeron en la cuenta de que pasaban transitoriamente a la categoría de "misses", destinadas a la propaganda de la industria extranjera.

¡Qué lindo papel, en cambio, hubieran hecho estas hermosas y dignas muchachas nuestras, olorosas al frescor y a la pureza de nuestra tierra, si se hubieran presentado ante nuestro público, en campaña nacionalista a favor del consumo de nuestras industrias incipientes y en propaganda de los frutos de nuestra tierra abandonada, como presenta a la elegida, una revista nacional. Seguro estoy de que ellas lo hubieran preferido, y de que, orgullosas hubieran estado de servir a la defensa del país, antes que ser utilizadas como avisos maravillosos de la industria extranjera...

La Ceiba.- La Ceiba de San Francisco se ha vestido de verde nuevamente. Muchos caraqueños pesimistas se precipitaron a entonar el definitivo responso por su muerte inevitable. En cambio otros, con gran fe, esperamos el renacer de los pimpollos. Varias veces ha ocurrido lo mismo en el curso de los años. Tiene este árbol venerable la misma resistencia del hombre venezolano. Como nuestro suelo, sabe también soportar la sed ardorosa de inclementes veranos. Venezuela toda es un milagro de resistencia.

Entre los tertulianos de San Francisco, ha renacido la sana y sencilla alegría. Ellos tenían fe en el milagro de la resurrección. Aunque sus raíces continúen estranguladas, la Ceiba seguirá viviendo y seguirá ofreciendo el amable sombraje de su fronda. Buen símbolo de nuestra historia y de nuestra conciencia resistente de pueblo. Por eso se la quiere y se la admira como algo familiar.

La Ceiba es parte de Caracas. Tiene un sentido de tradición popular. Se le mira como a generosa abuela que pudiera referirnos viejas travesuras de nuestra infancia.

Creo que no sería mucho pedir para la Ceiba venerable, que en los intensos veranos sus raíces reciban un poco de agua, y que haya noble cepillo que la peine las canas de la enfermiza tiña.

Las sardinas.- Con grandes titulares ha anunciado nuestra prensa diaria la compra de cien mil dólares de maíz colombiano, pagaderos, la mitad, en conservas de pescado nacional. Esta operación ha sido largamente discutida entre organismos económicos de ambos países, y se mira como un éxito comercial nuestro el hecho de que los colombianos hayan recibido nuestras sardinas como moneda de trueque. En verdad, ya es algo dar pescado para adquirir maíz. Peor sería sacrificar nuestras reservas de bolívares. Se utiliza para ello nuestras reservas de sardinas.

En la época pre-hispánica, nuestros indios del interior cultivaban sus grandes conucos de maíz y lo cambiaban por el pescado salado, que preparaban los indios del litoral. Ocurría entonces que el trueque se hacía acá mismo, entre las tribus que cubrían la extensión territorial de lo que es Venezuela. Hoy no hay maíz suficiente en el país y precisa traerlo de fuera. También se le trae de Santo Domingo y de Estados Unidos. El trueque modesto, que ayer realizaban nuestras tribus en la propia área doméstica, tiene hoy dignidad internacional. En un momento dado llega a ser problema de Cancillerías y de Embajadas.

Cualquiera, optimistamente, diría que tenemos excedentes de enlatados de mar, y que pagamos con lo que nos sobra, después de abastecer nuestras necesidades internas de sardinas. Los colombianos que nos compran las latas ignoran que en el mismo diario donde se dio la noticia de la fraterna operación de conservas, se comenta la importación, durante el año pasado, de tres millones de kilogramos de pescado en lata, que entra por la puerta franca que le dejan los aranceles y los

tratados comerciales. La industria pesquera lucha contra este grave problema, como la industria de la caña lucha contra la importación de azúcares y moscabados de Cuba, como nuestras propias ideas y nuestros libros y revistas luchan contra la revista cosmopolita, contra la novela policíaca que envenena el pensamiento nacional y contra las ideas piratas que desfiguran nuestra conciencia de pueblo. Muchos, en cambio, no advierten que Venezuela vive una guerra contra la piratería inmortal.

CARREÑO Y LAS LENTEJAS
(Virutas)[1]

Por 1942 escribí la historia de la vana búsqueda de un ejemplar de la Urbanidad de Carreño en nuestras librerías caraqueñas. Tenía empeño de lograrlo para satisfacer el pedido que me había hecho persona amiga del Interior. Como resultado de mi inútil persecución del viejo texto de don Manuel Antonio, escribí un corto ensayo sobre la crisis de las buenas maneras. Claro. Hoy no se reedita el Manual de Carreño por la sencilla razón de no estar su enseñanza incluida en los *pensu* de estudios. Actualmente no se cultivan las buenas maneras. Con las maneras distinguidas también ha acabado la extranjerizada vida moderna. Nadie niega que ayer también sufrimos la influencia del Exterior. Pero era influencia de otro tipo. Se copiaban maneras de ingleses y franceses. Hoy, la civilización de los "rough necks" no puede conciliarse con los modales derivados de las costumbres antiguas.

En mi ensayo sobre la Urbanidad dije que la política era la suma de los hábitos sociales. Un pueblo no será políticamente culto si sus componentes no lo son como individuos. Y como nosotros solemos tomar las cosas por las hojas contrarias, hemos dado en la flor de pregonar que para ser demócrata debemos comportarnos como arrieros y que es buena prueba de camaradería social cambiar insultos con el primer patán que nos tropiece en la calle. Sí, Señor. Ese es nuestro caso. Lejos de cultivar las buenas maneras, se persigue la chabacanería, cosa muy distinta de la natural campechanía que tanto luce en la gente culta. Quizá nada sea tan atrayente en la admirable personalidad del gran

(1) Tomado de **El Universal**. Caracas, 28-08-1952, p. 4.

político colombiano Darío Echandía, como la aldeana sencillez con que pone de presente "El Chaparral" nativo. Sencillos y campechanos fueron también Arístides Rojas, Lisandro Alvarado y Tulio Febres Cordero. Campechanos y sencillos son Santiago Key Ayala, Juan José Mendoza, Francisco José Duarte, Manuel Cabré, Rafael Vegas.

La chabacanería es otra cosa. La chabacanería busca de hacer presente la vulgaridad. Claro que no sería prudente presentar ejemplos individuales. Tampoco hacen falta. Sin necesidad de cita, los tropieza uno en cualquier parte de la ciudad y a cualquier hora del día y de la noche. En la noche y en las fiestas de gran sociedad son más frecuentes. Lamentablemente son las gentes vulgares la sal de nuestro común alimento social. Las llamadas clases altas no cuidaron educar al pueblo. Pero como los humildes y los desheredados son los más, las rudas maneras de éstos terminaron por imponerse. La servidumbre doméstica fue como una quintacolumna que llevó a las clases del "viejo señorío" las ineducadas maneras que hoy lucen los niños y las niñas "bien".

Durante el pasado siglo la cosa fue distinta. Hubo empeño en tener hábitos distinguidos, y entre poca gente lucieron tanto las buenas maneras como entre las personas pardas que querían superar los vanos reatos del origen. No sólo en maneras externas sino en género de vida, nuestra vieja gente de color buscó el contrapeso de la distinción. Con buen sentido sabían que ante la cultura no hay distingos y que el buen proceder da títulos superiores al prestigio de los apellidos. Había una conciencia del hábito como testimonio del monje. La cultura social no se vio sólo en arrugados pergaminos y en posibilidades de lujo. Se tomaban en cuenta modales, comportamiento, educación, maneras.

Pero, para consuelo nuestro, el mal está generalizado en nuestra América como la misma "Coca-Cola". De Santiago de Chile me remite la gran poetisa amiga, Luz Machado de Arnao, un recorte de "La Nación" sobre la crisis de los modales. La nota se llama "Carreño". Al referirse a tiempos antiguos, el columnista dice: "Es que Carreño estaba, invisible, en todas partes. Y tanta importancia tenía su presencia, que llegaba a constituir una ofensa, un deshonor, un insulto, decirle a alguien que no conocía a Carreño. ¡Y hoy no lo conoce nadie!".

Nuestro Carreño salió a recorrer la América con sus lecciones de Urbanidad. Así como en el Sur se le invoca por maestro de modales, en Guatemala, al Norte, también lo escuché citar en igual forma. Quizá después de la Gramática de Bello sea el de Carreño el libro de autor venezolano más conocido en nuestra América. Voces para la Independencia, en Miranda; acciones para la Libertad, en Bolívar; guías para el pensamiento y su cabal expresión, en Bello; reglas para lucir cultas maneras, en Carreño. Todo esto dio la Venezuela antigua al continente americano. Hoy damos petróleo y hierro. Pero los damos para que, sobre nosotros, lo aprovechen otros. Nuestro destino sería estar a la cabeza de América. Con Miranda, con Bolívar, con Bello, con Carreño legitimamos ayer nuestro mayorazgo en el área de los grandes valores de la cultura continental. Hoy los hemos cambiado por el mayorazgo del aceite.

Por pocas monedas trocamos el uno con el otro. Como Esaú, entregamos el derecho de primogenitura por el hartazgo de un plato de lentejas. La dignidad y la altivez antiguas quedaron sometidas al baremo del aceite. Por ello, el lentejismo se ha convertido para el venezolano en nuevo y fácil sistema de vida. Se entrega y se cambia todo. Para cualquier conciencia rendida hay su oportuno plato de lentejas. Lentejas de toda suerte. Pero lentejas que hartan. A todo se renuncia en orden de comerlas. Unos las reciben en moderadas cantidades. A otras las ofrecen a dos manos. Lo importante es llenarse de ellas. Unas veces las sirven en largos manteles, otras veces en áspera y desnuda escudilla. Algunos, con ínfulas de señores, las consumen con elegancia y compostura. Otros las comen con las propias manos. Cuando se ha olvidado a Carreño, no es extraño el abandono general de las buenas maneras. En un tratado de Urbanidad cívica no se hubieran dado, tampoco, normas para el hartazgo lentejista.

Ni Carreño, a pesar de la aparente intrascendencia de los buenos modales, tiene marco en el orden actual. Todos parecen derrotados. Miranda, Bolívar, Bello, Carreño. Como sus pensamientos carecen de vigencia, se ha resuelto hacerlos responsables de extraños conceptos en que jamás pensaron. Podría cualquiera decir, también, que don Manuel Antonio enseñó los hábitos y maneras que han tomado carta de

vecindad en nuestra sufrida América española. Si a Bolívar se le han hecho decir tantos disparates, ¿por qué extrañar que hoy se dijera que Carreño recomendaba acciones incorrectas?...

TUBO DE ESCAPE I[1]

AUTOMOVILES

Mi amigo el profesor Bártoli, me ha ofrecido la oportunidad quincenal de esta columna, y para iniciarla me ha parecido buen tema tratar de la industria automovilística que se nos avecina. "Dejará Venezuela de importar automóviles armados", declara enfáticamente una información de primera plana de "El Nacional" de 1° de septiembre.

Una reivindicación nacional largamente sostenida por las personas a quienes preocupa la evasión de nuestras divisas, ha sido la de buscar un régimen que disminuya la introducción al país de automóviles de paseo. Basta mirar las estadísticas de Aduana y las listas de las Inspectorías de Vehículos, para saber que Venezuela está sobresaturada de automóviles. Creo que ni Nueva York tenga, relativamente, el número de automóviles que tiene Caracas. Nuestra capital es más un garage que una ciudad. Cada automóvil que fabrica la industria americana tiene asegurado un comprador en Venezuela. ¡Y a qué precios! Solamente en abril del presente año importamos automóviles de paseo por valor de Bs. 9.000.000. Es la manera más fácil para que regrese al exterior el dinero que nos da nuestro petróleo.

Esta situación en realidad reclama un sistema que controle la entrada de vehículos. Los automóviles deberían estar sometidos a licencias especiales y a altas tarifas los de lujo. Sin embargo, ahora tendremos más automóviles. No vendrán enteros. Se introducirán en partes, para

(1) Tomado de: **Signo** (Caracas), septiembre, 1952.

ser armados en el país. El comentarista de "El Nacional" declara "que muy pronto Venezuela tendrá capacidad para abastecer su mercado de automóviles". Pareciera que fuéramos a ser productores en realidad de automóviles.

Este alegre razonamiento es digno de la beatificación. Seguramente ya habrá quienes estén celebrando este avance de la industria venezolana. Los cables podrán llevar la noticia al exterior. "Venezuela produce los automóviles que reclaman las grandes necesidades de su locomoción". Los demás países chillarán de envidia.

Yo mismo me hubiera alegrado de este gran paso de la industria criolla. A punto estuve de variar de criterio. Pero un comentario aparecido en "The New York Times" me evitó el viraje. Los expertos en negocios creen que la "valiosa ganga ganada a Venezuela por Estados Unidos ha sido la reducción de la tarifa para los automóviles desarmados". Siempre he creído que lo que sea ganga para el vendedor gringo no es beneficioso para nuestra economía.

PETROLEO

Así algunas voces en nuestro país hayan querido desvestir de importancia el caso norteamericano del cartel petrolero, la prensa de Nueva York prosigue presentando la publicación del informe senatorial como un hecho de viva trascendencia. Si allá lo tiene, entre nosotros cobra singulares proporciones, pues no se limita el hecho a que las empresas aceiteras hayan vendido con fraude del Estado Yanqui, sino a que ha habido adulteraciones que perjudican a la Nación venezolana. Si muchos, pues, niegan importancia al problema, sectores patrióticamente interesados en el asunto han tomado posición vigilante y los departamentos oficiales han asumido a la vez una actitud de prudente espera.

EL SUELO

Se reúnen actualmente en Caracas sabios y técnicos que estudian el angustioso problema de la defensa de la naturaleza. Noble actitud la de quienes defienden árboles y suelo. El hombre tiene en el árbol su

mejor amigo. Buena labor la de proteger los bosques del mundo. Venezuela, especialmente, está urgida de que le defiendan su derecho a poseer selvas que protejan sus aguas y eviten la erosión. Mas, los bosques necesitan la integridad de los hombres. La defensa del reino vegetal la imponen los reclamos del propio hombre social. La protección de los animales es aplicación del viejo derecho natural. Pero, ¿y los hombres? Mientras se defienden animales y bosques parecera que hubiese indiferencia para la defensa del hombre. Laudable y hermosa la obra que se endereza a proteger los árboles. También es hermosa y laudable la obra que se encamina a defender a los animales. Pero sobre éstas, debieran buscarse los medios de defender la vida física y la vida moral de los hombres.

TUBO DE ESCAPE II[1]

EL REGRESO DE NUESTRO CAFE

Todavía no sé cómo andan las nuevas cláusulas del reciente convenio comercial con Estados Unidos en lo que dice a importación de café. El arancel antiguo, de cuando teníamos agricultura que cuidar, vedaba la entrada de café, de cacao, de maíz, de azúcar, etc. Sin embargo, los subproductos del maíz, del azúcar, del cacao han tenido siempre libre el paso en nuestras Aduanas. Resulta verdaderamente vergonzoso que a la tierra productora del mejor cacao del mundo se traigan bombones suizos, ingleses o americanos.

Ahora vendrá también café. De Maracaibo saldrán nuestros ricos y aromosos cafés de Rubio, de Mérida y de Boconó, y a poco luego la *Coffee Time Products of America Inc.* empezará a devolvernos nuestra almendra convertida en nuevo bebistrajo para refrescar. Ya se trata de montar en Caracas una planta embotelladora de *Coffee Time*, la cual tendrá a su cargo la distribución de esta nueva especie de *Coca-Cola*. Beberemos refrescos de café. Tendremos una nueva gran industria, tan provechosa, como la de ensamblar automóviles. Enfrascaremos café, pero no nuestro café indígena, en quien nuestra economía ha tenido el mejor símbolo del resistente mestizaje. Tendremos un producto de mejor calidad. Vendrá nuestro viejo café con todo el prestigio de las cosas importadas.

---

(1) Tomado de: **Signo** (Caracas), octubre, 1952.

Admirable la idea de gasificar el café y ofrecerlo al pueblo como refresco. Pero no parece necesario que nuestros granos viajen a Boston, para que sufran allá la primera manipulación. Permitir esta industria no parece correcto, salvo que las cláusulas del Tratado amparen la importación de los jarabes cafetizados que acá se mezclarán con agua. Si ello es así, hay que hacer honor a las promesas de la República. Sin embargo, es de creer que no haya protección para esta nueva cocalización del país.

EL "DICCIONARIO MODERNO"

Puede que sea bueno. Un diccionario nunca sobra. Pero la edición de un nuevo diccionario de nuestra lengua castellana que acaba de hacer Selecciones del Reader's Digest, es un nuevo síntoma de la avanzada intelectual que dirige el Norte contra nuestros valores hispanoamericanos. El diccionario tiene el halago de contener nuevas voces. Será buscado con interés. Tiene neologismos que precisa definir con claridad. Pero ese diccionario ha debido venirnos, si no de Madrid, al menos de México, de Bogotá, Buenos Aires. El patrimonio más noble de los pueblos es la lengua. Los atenienses aseguraban que los dioses de su Olimpo hablaban griego. La guarda y el cuidado de la lengua materna no es materia de industria extranjera.

VOCES

La Comisión de Relaciones Internacionales de la Federación Norteamericana del Trabajo, acaba de recomendar al gobierno de los Estados Unidos la conveniencia de dar todo apoyo a las fuerzas democráticas de Bolivia y de otros países latinoamericanos que luchan por alcanzar un beneficio mayor de sus propias riquezas naturales, aprovechadas hoy por grandes grupos explotadores internacionales. Así se acuse con razón a la Federación de soportar determinantes influencias de poderosos grupos imperialistas, es útil su voz para alertar a los políticos del Norte acerca de la necesidad en que están de imprimir un viraje a sus planes relacionados con nuestros países. Del mismo pueblo norteamericano sale la palabra que dice a los dirigentes de su política cómo es preciso variar el rumbo a los propósitos de explotación colonialista

que ha distinguido la penetración en nuestra América morena de la rubia América del Norte. Coinciden estas voces contradictorias con las voces de quienes desde fuera proclamamos la necesidad de que sea modificado el sistema hasta hoy puesto en práctica por nuestros "buenos vecinos". Sin embargo, la conciencia de éstos se descarga de buena parte de responsabilidad al pensar en lo que ha realizado el aleve consejo del pitiyanqui. Asustado el capital petrolero cuando ocurrieron las huelgas del 36 y 37 y se produjo en México la nacionalización de la industria aceitera, envió a Caracas un representante con poderes para mejorar la situación de los obreros. Abogados y políticos criollos le hicieron ver cómo no era necesario el caso que las empresas hicieran "tales sacrificios". Más que Amyas Preston ha perjudicado a nuestra Patria la palabra entreguista de los Villalpandos. Hoy las voces salen de otra parte. Gente del pueblo americano, tomando la voz de sus obreros, habla de la justicia debida al obrero latinoamericano. Mientras más se piensa que dichas voces tienen que hacer con las finanzas del Norte, más distantes están de que se las tome como encaminadas a sembrar el odio contra el yanqui. Sea cual fuere la intención que las impulsa, son voces que reconocen y denuncian un hecho injusto y una explotación indebida.

TUBO DE ESCAPE III[1]

CORTINA DE PAPEL

Richard J. H. Johnston, redactor de "The New York Time", en Chicago, comentó recientemente el ataque que treinta y cuatro de los más grandes hombres de ciencia del mundo, encabezados por Albert Einstein, hacen a la actual política de visas mantenida en práctica por Estados Unidos, de acuerdo con la Internal Security Act de 1950 y la Inmigration and Nationality Act de 1952. El origen del ataque está en la negativa de visa hecha a veintiséis famosos profesores invitados a tomar parte en reuniones científicas en Estados Unidos. El Profesor Shils, de la Universidad de Chicago, en un trabajo titulado "Cortina de Papel", detalla las cortapisas puestas al trabajo de los hombres de ciencia por los gobernantes norteamericanos.

"La intrusión de las autoridades políticas en la vida de nuestro país, dice Shils, es algo que se pone en evidencia por los obstáculos puestos a los viajes de científicos y estudiantes americanos al exterior, y por la negativa de licencia para el ingreso de científicos extranjeros que buscan de venir a nuestro país." De cortina de papel, pero cortina, como cualquier otra, es en último análisis la actitud de las autoridades americanas frente a los hombres libres del mundo. Dícense ellos defensores de la libertad, pero se encierran en un círculo de hierro que recuerda los más degradantes procesos inquisitoriales. La pasividad de nuestros países latinoamericanos ha venido soportando resignadamente la insultante investigación a que son sometidos sus naturales que

(1) Tomado de: **Signo** (Caracas), noviembre, 1952, p. 25.

viajan a la gran nación del Norte. Si hubiera un poco de conciencia nacionalista en nuestras repúblicas, ya se habría creado un cuestionario consular para que lo absolviesen los yanquis que vienen a nuestros países. Se les preguntaría, bajo juramento, acerca de sus propósitos de explotar a nuestros trabajadores, sobre la diferencia que ellos miran entre un obrero yanqui y un obrero venezolano, sobre su concepto en orden a la población negra que forma parte fundamental de nuestro pueblo, sobre sus ideas en relación a nuestra autonomía política y económica. Pero nada de eso hacemos nosotros. Pasivamente continuamos sonriendo ante los que nos desprecian. Alegremente proseguimos creyendo en quienes levantan cortinas de papel para ocultar la farsa de la esclavitud intelectual a que quieren someter a quienes se apartan de la "american policy". La famosa estatua neoyorquina de la Libertad, lejos de proseguir en su función de faro luminoso, debiera estar cubierta de los negros crespones que solían poner los romanos sobre las estatuas de sus dioses y de sus héroes cuando era quebrantada la libertad civil.

CALIGULA

En el clásico "Simón Bolívar", corrido en el Hipódromo Nacional en las vísperas del onomástico del Libertador, se otorgó premio de cien mil bolívares al veloz caballo "Arcaro". "Arcaro" es, pues, el ciudadano venezolano que ha llegado a ganar el más cuantioso Premio ofrecido en la República. A los científicos, a los artistas, a los escritores se nos han ofrecido, también, premios. Yo en cierta oportunidad recibí diez mil bolívares por mi "Regente Heredia". Key-Ayala, Díaz Sánchez, Carlos Augusto León, Juan Liscano, han sido favorecidos también con los diez mil bolívares del Premio Nacional de Literatura. El Municipio de Caracas otorga dos premios anuales de letras, que hoy son de tres mil bolívares. A los primeros en ganarlos se nos dieron mil. El Premio para científicos "José María Vargas" está dotado con los mismos diez mil bolívares. El año pasado lo ganó Arnoldo Gabaldón, hombre a quien Venezuela debe su prosperidad demográfica y la tierra una nueva potencialidad productora. Para el vencedor del paludismo apenas hay Premio de diez mil bolívares, el mismo que fue entregado al Maestro Vicente Emilio Sojo, creador de la disciplina en nuestros grandes conjuntos musicales.

En la cantidad de diez mil bolívares, como máximo, se premia el esfuerzo de los científicos, de los artistas, de los escritores. "Arcaro.' recibe, en cambio, cien mil bolívares. El caballo se estima en diez veces el valor del esfuerzo del hombre. Muchos escritores desearían la suerte de los caballos.

No en balde uno de mis hijos, cuando frisaba en los nueve años, contrariaba los estímulos de la madre para que permaneciese más sobre sus libros, con esta admirable frase: "Mi papá no ha ganado nada con haber estudiado. No tiene ni siquiera un caballo de carrera". Entonces no intuía él que se llegaría a premiar la carrera de un caballo con la bonita suma de cien mil bolívares. Premio, en verdad, digno de la debilidad hípica de Calígula. Premio que estimulará a mucho estudiante a dejar los libros por los oficios de la cuadra.

RAUL SANTANA, CRONISTA PLASTICO DE CARACAS[1]

Raúl Santana ha consagrado más de treinta años a recoger en la plástica la pequeña historia de Caracas. Pacientemente, amorosamente ha llegado a formar un espléndido Museo que ocupa más de tres salas de su elegante quinta "Las Peñas", en la elegante urbanización de "Los Palos Grandes". Sin ruido, en medio del silencio que reclama esta clase de trabajos, Raúl Santana ha logrado reproducir en pequeñas figuras de diverso material o en apropiados dibujos, típicos valores costumbristas y viejos usos de nuestra capital.

Al entrar en el Museo, el visitante tropieza con las afectuosas frases de Bolívar para alabar y ponderar las excelencias del suelo nativo, y al lado de éstas, con las figuras que sirven de pórtico genealógico a la República: el altivo hidalgo español, el indio laborioso y resignado, el negro rebelde y resistente. Luego, sucédense diversas vidrieras donde se exhibe el moblaje, la artesanía, la indumentaria del viejo hogar caraqueño. La casa antigua está figurada por medio de los muebles y útiles más sencillos. Todos los viejos objetos que la comodidad y el natural progreso fueron desalojando, están allí copiados, como expresión de hábitos, usos y costumbres de nuestros antepasados. En la vieja cocina de campana para recoger el humo de la leña o del carbón, figuran desde el "hueso sazonador", que se prestaba a los vecinos, hasta la tosca piedra de moler, la antigua bolsa de liencillo para colar el café y el viejo candil de aceite que dio lumbre a la abatida esclavitud. La antigua viandera o portaviandas, que en las viejas casas recordaba la estada en la Rotunda del jefe de la familia o del hermano díscolo, allí

(1) Tomado de: **Crónica de Caracas** (Caracas), N° 9 (1952), pp. 288-293.

aparece junto a un retrato del "Mocho" Hernández, a la par alumbrando con fervor religioso por la dueña de la casa y por la festiva cocinera. En el orden de las comidas y golosinas se muestran las antiguas confecciones caseras de hogacitas, tequiches, torrejas, bollitos de cambure, buñuelos, palomitas de azúcar, rosquitas isleñas, las quesadillas de las Cedeños, los piononos, los gofios rellenos, los cambures pasos, la torta bejarana. El viejo y tosco moblaje a base de sillas de cuero crudo, mesas de carretos, tinajero labrado, aguamanil de tres patas, cortinas de lágrimas de San Pedro, todos esos trastres "pavosos", según el criterio artístico de Luis Alfredo López Méndez, ahí están reproducidos, como recuerdo de una época superada por la cultura y la comodidad presentes; y ahí están, también, como "contras" para la *jetatura* atribuida a estos feos artilugios, el famoso "pavómetro" y los muñecos de que se valía el Negro Rosendo para endemoniar y para "sacar" el Diablo. Como elementos de verdadero folklore artístico se reproducen, con su historia, "las chinelas endemoniadas" que el zapatero Ubaldo Pino fabricó en 1712 para una monja concepcionista, que, al calzarlas, se vio obligada, con gran escándalo de la comunidad, a tomar la puerta de la calle y dedicarse de nuevo al mundo frívolo y alegre. El zapatero era travieso y tenía parte con el Diablo. Fina leyenda ésta, que por pertenecer al folklore universal, ha sido llevada al ballet moderno y nos ha deleitado en la maravillosa película "Las Zapatillas Rojas", cuyo paso por nuestras salas de cine nos confirma en la realidad de qué podría ser la cinematografía, si los yanquis no la usaran para otros fines, la más acabada de las artes modernas. Al bulto, y con su historia, aparece ahí, también, la figura de Juan Alonso de la Cruz, brujo criollo, autorizado en 1721 para ejercer públicamente sus "secretos" y "misterios", en razón de haber curado a un deudo de don Antonio José Alvarez Abreu, Marqués de la Regalía, Gobernador interino de la Provincia. (Lo mismo hicieron más tarde Crespo con Telmo Romero y el General Gómez con Negrín). Varias recetas de brujería y representación de sistemas para alcanzar buena ventura, se encuentran reproducidos, incluso la clásica escoba con hojas de ají, que nuestros abuelos solían sacar con disimulo al zaguán, para ver de espantar una visita "latosa".

Maravillosa labor de miniatura caligráfica constituye la reproducción junto con las antiguas imprentas de camino, de los célebres periódicos

de entrada del siglo: "El Grito del Pueblo", "La Agencia Pumar", "El Cojo Ilustrado". Al lado de éstos y en finos volúmenes que recuerdan la minúscula "Historia de América", impresa por don Tulio Febres Cordero en la famosa imprenta de "El Lápiz", aparecen "Doña Bárbara" y "Pobre Negro", del insuperable Maestro Gallegos, y un ejemplar de "Múcura", de mi malogrado y querido amigo Julio Morales Lara, el gran poeta recientemente fallecido, que supo hacer de nuestros valores nativistas maravilloso elemento para su creación poética.

El mundo de la vieja calle caraqueña está en el Museo representado por el antiguo farol de gas; por el arbolito de fuego con el retrato de Guzmán Blanco; por el vendedor de "raspados"; por el frutero, con su carreta llena de variada verduras; por el impertérrito amolador, tan caraqueño como neoyorquino; por el musiú del "pianito", universal como la melodía de su canción, y por figuras populares, enraizadas en la historia subalterna de la ciudad. Cien años hace que recorría nuestras calles de piedra y nuestras enlosadas aceras, "Natividad el chocolatero", permanentemente acompañado de sus perritos "Papito" y "Mamita". ¿Por qué llamaban "Cara de Gallina" a Rojas Paúl? Pues ahí verá el visitante el genuino "Cara de Gallina", filósofo callejero, de la vieja familia de "Ropasanta", que hacía la diversión de grandes y pequeños en la religiosa Caracas del 90. Como el Presidente y el filósofo de la lengua tenían semejanza de lámina, fácil fue burlar al magistrado con el mote del pícaro. ¡Qué de tipos populares figuran en la colección de Raúl Santana! "Cara e Piedra" el viejo, no el noble, bondadoso y excelente "Cara'e Piedra" Silveira, tiene ahí su fiel retrato. Era aquél un celebrado matador de toros, que por 1880 ponía la fiesta en nuestras viejas arenas. "Ño Morián", sereno de la ciudad en los tiempos del General Soublette; "Chivo Negro", "Nuestra Señora de las Batatas", hasta nuestros contemporáneos "El Duque de Roca Negra", el inefable "Fides" y el festivo "Trompa", tan popular por su disparatado toreo, como por haber quedado en nuestra jerga, en la frase "tirarse como el Trompa", con que se expresa hacer algo sin mirar riesgos.

Pocas cosas de la vida popular caraqueña carecen de representación en este primoroso conjunto de recuerdos. Allí está desde la vieja pa-

reja de manumisos, que rezaban el "Bendito" para saludar a los antiguos amos, hasta el policía de kepis y peinilla, que fue terror de los vecinos de alegres barrios caraqueños. A todo el modesto mundo de la Caracas de antaño ha querido dar vida Raúl Santana quien, con figurarla en muñecos, enseres y dibujos, pone de resalto la historia pequeña que no alcanza la dignidad de los anales.

Nadie aconseja a los visitantes que, en prueba de amor a la tradición de Caracas, cambien la comodidad moderna por estos viejos, pobres y desairados muebles; menos se le dirá que en lugar de vivir en una alegre y cómoda quinta moderna, se resigne a habitar, en señal de "nacionalismo", la choza de bahareque y palmas que maravillosamente aparece reproducida en el Museo. Esta primorosa colección de Raúl Santana no tiene por finalidad exhibir la vida antigua de Caracas como expresión paradigmática. Se propuso el artista, y lo logró con la ayuda paciente de su esposa gentilísima, recoger a lo vivo y en miniatura la vida de Caracas que se fue. Nueva York tiene el museo de su pasado de ciudad. El de París recoge el recuerdo de la ciudad antigua, para ofrecerlo al visitante como fino aroma de evocación. Ha hecho Raúl Santana historia plástica, para que las nuevas generaciones vean a bulto algo de lo que fue Caracas, algo de lo que fueron sus costumbres, sus hábitos, sus usos. Se ha adelantado el artista a lo que el Municipio debe hacer en orden a formar el Museo de la Ciudad.

De aquellos usos, de aquellos hábitos, de aquellas costumbres tipificadas en las graciosas figuritas de Raúl Santana, muchos no estaban llamados a subsistir, por ser apenas formas transitorias de acomodo, obligadas a rendirse ante los mejores usos que ofrece el progreso. Pero, recordarlos y presentarlos a la consideración contemporánea, del mismo modo como se presentan las formas retrasadas de nuestro folklore artístico, constituye un deber indeclinable de pueblos que quieren defender su patrimonio tradicional.

¿Qué es lo que debe salvarse de la tradición y qué es lo que debe desecharse?, me preguntaba un joven preocupado por los valores de la venezolanidad. Aquí ha de obrarse con el mayor cuidado y con el más claro sentido de la realidad. Tradición en su valor de legado de cul-

tura, connota un esfuerzo de examen y de crítica de nuestro propio ser histórico. Tradición es lo que recibimos de nuestros antecesores. Tradición es lo que dejaremos a las generaciones futuras. Un imperativo de lógica obliga a mejorar el don recibido. A mejorarlo, no a destruirlo en su integridad funcional. Menos aún a despilfarrarlo, como el mal heredero despilfarra la fortuna paterna. Para ello es preciso fijar previamente los hábitos y usos desprovistos de sentido humano o carentes de impulso hacia formas elevadas de convivencia y de gobierno, que, lejos de ser mantenidos, deben obtener su superación por nuevos y mejores hábitos. Al lado de esos hábitos y usos de notorio bulto, hay pequeños usos, pequeñas costumbres, pequeños hábitos amables que, aunque intrascendentes, expresan un modo de ser y un modo de obrar que terminan por ser parte de la misma conciencia social.

Cuando se sumerge el ánimo en la evocación de la vieja Caracas retenida en los finos muñecos de Raúl Santana, uno siente cómo se le avivan los valores afectivos, cómo se coloran desteñidos recuerdos, cómo reaparecen viejas y desvanecidas historias en la avivada memoria. Esa es la función de estos Museos. Jamás se intenta con ellos poner sus figuras y sus cosas como metas o topes para un esfuerzo actual. Para eso están las exhibiciones de los modernos comercios. Se ofrecen estos Museos como documentos sociales que ayudan a entender mejor el pasado y como fuentes de afectuosa recreación de épocas pretéritas, en las cuales se gestó nuestro presente. Son como una colección de retratos de parientes muertos, que promueven entre los distanciados deudos un actual avivamiento de los vínculos de sangre. De ellos sale como el eco de viejas canciones de cuna, que llevan a la memoria de la infancia.

Ayer Arístides Rojas y Bolet Peraza, hoy Santiago Key Ayala y Enrique Bernardo Núñez han elevado sus nombres a la eminencia de artífices de la crónica caraqueña, por otros escritores, además, cultivada con brillo y sobrado acierto. ¡Son tantos los finos cronistas que han consagrado a Caracas amorosas páginas! A veces, en los de menores galas, se encuentra la nota amable y certera. Lástima que algunos que pudieran hacerla fácil, volandera y atractiva, se hayan olvidado de pagar este tributo de amor a la egregia capital. Entre los espíritus alar-

mados por los trenos elegíacos de Pedro José Muñoz ante "la ciudad que se va", este Museo de Raúl Santana ha despertado un fino sentido de alivio esperanzado. Se va, se nos va, en realidad, la vieja Caracas, que si no poseía rica y fastosa arquitectura, tenía, en cambio, derecho para permanecer en pie, bajos sus techos rojos, junto a la opulenta Caracas de los rascacielos. Pero de esa vieja Caracas podemos y debemos salvar la tradición moral que la hacen inmensa y le transfiere la misma resistencia y granítica del Avila sagrado. Defender y salvar la tradición nacional es tanto como robustecer nuestra propia voluntad de dominio. Relájese el sentimiento de lo tradicional, y estarán abiertas todas las puertas para la entrada de los nuevos piratas. En cambio, para defenderla y mantenerla en sus victoriosa integridad, está la historia que vivifica sus valores, queda la crónica donde se exalta el sentido sútil y perdurable de nuestro genio del pueblo. La voz modesta de la historia, la palabra insinuante de la antigua costumbre, hablan al vivo en este Museo de arte y de paciencia, que da al caraqueñísimo Raúl Santana legítimo derecho de ser llamado CRONISTA PLASTICO DE CARACAS.

ARBOLES DE CARACAS[1]

Sin duda que el gran Beethoven exageró bastante al declarar que amaba más a un árbol que a un hombre. Los árboles los encuentro amables en cuanto sirven a los hombres. Quizás Beethoven tropezó con hombres ásperamente hostiles, que le negaron la sombra generosa, en cambio, recibida de los bondadosos árboles. O tropezó, tal vez, con hombres que hubieran sido menos perjudiciales de haberse mantenido en la inmovilidad de los árboles. Es un crimen, en realidad, destruir los árboles, por cuanto sin ellos la vida humana se hace dura. Aseguran ellos grata sombra y salutífera humedad. Sin árboles, escasea el agua y la temperatura se hace ardorosa. Con destruirlos, se abren puertas al desierto voraz.

En Venezuela hay una enemiga sistemática contra los árboles. No sólo ahora; también ayer se destruyeron árboles, sin intentar jamás llenar los vacíos dejados por su tala. Venezuela conserva apenas bosques donde se ha tardado en llegar la civilización con la amenaza de sus talas y sus quemas. Claro que la civilización y la selva se contradicen en aparte. Mas ello no obsta para que el hombre sepa que de los árboles depende la abundancia de las aguas y la frescura de los aires. Los bosques, como riqueza, reclaman el cuidado devoto de los hombres. Pero esto, lejos de "humanizar" por medio de la cultura la aspereza selvática, la "humanizan" por medio del fuego destructor. El hombre continuamente "humaniza", con la ayuda de instrumentos destructores, a los otros reinos de la Naturaleza. Ni Cicerón ni Vives dieron con esta cu-

(1) Tomado de: **Crónica de Caracas** (Caracas), N° 10 (1952), pp. 399-402. Publicado también con el título "El tema de los árboles", **El Universal**. Caracas, 1952.

riosa connotación para el vocablo *humanitas*. Ellos vieron en ésta la expresión total de los valores esenciales del hombre como tipo moral. Esta nueva "humanización" representa la suma de los valores instintivos y salvajes que duermen en los umbrales inferiores del hombre. Un agudo curita de mi pueblo, bastante amigo de las riñas de gallos, llamaba "humanizar" los animales, cuando se les acomodaban las espuelas de artificio o se les afilaban las propias. Para que mejor peleen los gallos, hay necesidad de "humanizarlos". Sobre este concepto de humanidad se puede edificar un estupendo tratado de moral de las guerras modernas. Nuestros hombres lo han aplicado desde antaño a la selva y a la tierra. Hoy tierra y selva están lo suficientemente "humanizadas", en razón de la tala y de la erosión.

Cuando no se talan inmisericordemente los bosques, se les mete fuego por mera diversión. Nuestro país es tierra herida y ulcerada. Fuego, hacha y erosión han destruido su rica epidermis. Tierra enferma, que se deshace y se derrumba en montes y laderas; que toma desértica fisonomía en las llanuras y mesas arenosas. El dolor de esa tierra no lo sentimos directamente en nuestro físico pellejo, más lo sentimos en la raíz de una conciencia que se aflige al meditar sobre el destino de un pueblo que ve morir, junto con otros ideales, el verdor de su suelo sagrado.

Si vemos a nuestra Caracas, carente de árboles que defiendan la humedad y la frescura, hemos de considerar la sucesiva consumación de verdaderos crímenes. El progreso natural de las ciudades no impone obligadamente la destrucción de los árboles. Se amplía el perímetro urbano con lógico sacrificio de la huerta y de la hacienda aledañas, que pasan a buscar sitios propicios en pleno campo. En cambio, el perímetro urbano reclama como elemento indispensable de la ciudad, la permanencia de las zonas verdes. Los parques, como los templos y los rascacielos, forman también parte de las ciudades. Nueva York, más que por el *Empire State*, vale por el *Central Park*. Los millones que aquél cuesta no alcanzan para pagar el valor del maravilloso parque que sirve de familiar jardín de descanso a la Babilonia de occidente.

Caracas, en cambio, no tiene parques. Ayer nomás cuando la ciudad empezó a distenderse hacia las faldas del Avila, se autorizó la urba-

nización de San Bernardino, donde muchos soñábamos ver nuestro gran Parque Central. Anauco, Gamboa y San Bernardino han debido permanecer como el gran pulmón de la ciudad moderna y como sitio donde la población fuera a respirar buen aire y a descansar libremente, como en terreno propio, bajo la fronda de los árboles municipales. Fue un crimen de esa ciudad haber autorizado el levantamiento de edificios donde debió permanecer el bosque acogedor. Después, se edificó la urbanización llamada El Bosque, con sacrificio de majestuosos árboles, que debieron reservarse para parque del Municipio. No es que yo pida respeto al árbol con menoscabo de la amplitud y del progreso de la ciudad. Las construcciones han debido realizarse con el menor sacrificio de las zonas verdes, aunque eso hubiera ido en perjuicio de los urbanizadores. Caracas resulta hoy una ciudad sin sombra. Una ciudad dura, donde los hombres no hallan sitio libre para comunicarse con los árboles.

Desde uno de los altos edificios que adornan la Avenida Miranda, en que se torna, al meterse en el Estado Miranda, la Avenida Lincoln, he visto un precioso paño de tierra vacía, enmarcado entre la entrada del Country Club y la Avenida El Bosque. El terreno no alcanza cinco mil metros cuadrados. Se me informa que la congregación religiosa que lo adquirió, ha desistido de la idea de construir ahí un gran edificio, y piensa parcelarlo para edificiones comerciales. Considero que esto sería cometer un pequeño crimen. La ciudad necesita que ese pequeño retazo de tierra sea cubierto de árboles. Allí podrían sembrarse esos lindos árboles que constantemente dan color a nuestros caminos: araguaneyes, bucares, marías, apamates, que alegrasen nuestra vista y dieran sombra a quienes bajo sus copas buscasen un rato de descanso. Reclama, también, nuestra ciudad que el gobierno adquiera para parques infantiles y para descanso de mayores, los retazos de las urbanizaciones donde aún quedan en pie algunos árboles. Cuestan dinero esos pedazos de terreno, es cierto. Pero la imprevisión de quienes autorizaron las urbanizaciones sin hacer reserva de espacios para plazas y parques, se ha de pagar a algún precio. Dichosamente el erario tiene buena plata. Y el pueblo tiene derecho a descansar bajo sombrosos árboles, donde aniden cantarinos pájaros. Es el más pequeño y el más cumplidero de sus múltiples derechos.

EXPOSICION DEL PAISAJE CARAQUEÑO[1]

La idea de reunir un conjunto representativo del paisaje caraqueño, corresponde al intento de revivir los viejos valores de la ciudad en su lucha con el tiempo y con la geografía del valle. Oleos, dibujos, acuarelas, fotografías recogen tanto el sentido eglógico de la campiña desaparecida y los tonos maravillosos del Avila sagrado, como el recuerdo de la vieja ciudad, que ha ido mudando al empuje irresistible de un progreso, cuya parte aniquiladora no se tomó en cuenta, cuando fue posible planear la lógica convivencia del pasado con el presente arquitectónico de la ciudad.

La dimensión del valle encantador, donde antaño señoreaban los indios caracas, la captaron en toda su validez los padres antiguos, desde los años iniciales de Santiago de León. "Se extiende el valle, escribieron los cabildantes de 1619, desde la estancia que llaman de Antímano hasta pasada la quebrada de la Bieja", cuyas aguas regaban las vegas de Petare. La hermosa área, que en realidad constituye la unidad metropolitana de Caracas, es objeto de la evocación pictórica que hoy se ofrece como parte de la celebración del Día de la Ciudad.

Desde la época remota, cuando los recios abuelos castellanos descubrieron el milagro del valle, todo ha variado, menos el Avila, convertido en símbolo de lo que se no se altera, pese a la diuturna volubilidad de los colores que de él hacen una gigantesca amatista. Bolívar mismo lo señaló como signo de resistente lealtad ante lo tornadizo de las humanas circunstancias.

---

(1) Tomado de: **Crónica de Caracas** (Caracas), N° 11 (1952), pp. 524-525.

Los forasteros y los jóvenes contemplarán con sorpresa los iluminados sembradíos antiguos, hacia donde se ha ido abriendo natural espacio la ciudad. Allí estuvo el ejido donde pastó el ganado doméstico y allí se extendieron las vegas donde antaño recogió la ciudad el trigo y el maíz de su alimento, y, más tarde, el añil y el café que hicieron ricos a los vecinos. Bello Monte, Blandín, Pan Sembrar, Chacao, La Floresta, San Felipe, Sebucán, sintieron hollados sus varios caminos por los pies de Bello, de Humboldt, de Vargas, de Toro, de Juan Vicente González, de Manuel Díaz Rodríguez, cuando éstos buscaron, con la poesía del campo, los nuevos valores botánicos del suelo. El mundo agrícola que nuestro máximo poeta trasportó a la *Silva* magistral, tuvo por firme escenario el valle delicioso que, como en estrofas de luz, han recogido con sus tintas de milagros nuestros grandes pintores.

El culto al Avila forma parte del culto a la ciudad. La neurosis de la gran urbe alcanza caminos de fuga en la apacible contemplación del cerro. El monte pareciera poseer los caminos de la paz. Quien se incorpora a la vida de Caracas, no adquiere los signos de la caraqueñidad, hasta tanto aprende a interpretar las luces del cerro majestuoso. El Avila es un proceso de cambiantes colores, cuyos secretos son la base técnica con que los pintores articulan, para la vida perdurable de la reproducción artística, la masa gigantesca. Amar al Avila y al valle antiguo donde hoy se extiende la ciudad, es signo de afección sincera a los más sencillos y claros valores de la nacionalidad. También sirve para reconfortar dichos valores, la evocación emocionada de la vieja Caracas, recogida en grabados, dibujos y fotografías antiguos, y cuya más remota representación pictórica arranca de los cuadros de autor anónimo, que bajo la apostólica dirección del piadoso Obispo Diego Antonio Diez Madroñero, la pintaron, en 1766, tiernamente recogida, a los pies de Nuestra Señora de Caracas.

En los colores de la abierta naturaleza y en el recuerdo de la antigua edificación de la capital, el Municipio ofrece oportunidad de reavivar los sentimientos de devoción a la ciudad, que es y será permanente corona de la Patria, y que fue ayer cuna y matriz de la revolución independiente de nuestra América Española.

Caracas, 25 de julio de 1952.

CARTA AL SEÑOR JULIO E. BRICEÑO[1]

Madrid, 22 de mayo de 1953.

Señor don
Julio E. Briceño,
Director de "La Hora",
Panamá.

Mi apreciado amigo y pariente:

Un joven estudiante panameño, preocupado por los problemas de la libertad en nuestro sufrido mundo latinoamericano, me ha proporcionado hoy algunos recortes de prensa de esa ciudad, relativos al juicio que te sigue la Embajada de Venezuela por el oportuno comentario que hiciste a la conferencia celebrada por el Encargado del Ejecutivo de Colombia y el Jefe del Estado Mayor del Ejército de Venezuela.

Como una de las incontables víctimas del despotismo imperante en mi país, me siento obligado a transmitirte el testimonio de mi profunda gratitud por la nueva prueba de adhesión que has dado a la causa del sufrido, valiente y calumniado pueblo venezolano. Como ciudadano y como viejo diplomático me veo obligado, además, a consignar mi protesta por el inicuo intento de procesarte. A ese expediente recurren los agentes de regímenes desasistidos de justicia, que si de su parte tuvieran la razón, ya habrían salido a la palestra periodística a rebatir argumentos con argumentos. Invocar la amistad de los Estados como

(1) Tomado de: **La Hora.** Panamá, 19-07-1953.

manto que ensordezca la voz austera de la verdad, sólo lo hacen los personeros de gobiernos, como el de Venezuela, en absoluto carentes de autoridad internacional, por no decir también de respeto doméstico.

Pero la justicia se abre paso aun por los más torcidos caminos. Ninguna prueba más elocuente del despotismo que reina en Venezuela, como ver a los agentes diplomáticos del régimen persiguiendo en el exterior las voces libres que toman la defensa de la dignidad de los pueblos oprimidos.

En espera de saber que los jueces han sobreseído la peregrina causa de que eres víctima, soy tu afectísimo amigo y pariente.

EL "REINA MERCEDES"[1]

En la Escuela Naval de Annapolis lucha todavía con la herrumbre el casco de un viejo navío, habilitado para cuartel de marinería. Los reclutas estadounidenses difícilmente deletrean el nombre que este buque lleva en la popa, y que, sin embargo, para cualquier español sería evocador: "Reina Mercedes". No lo capturó la escuadra norteamericana, no es un trofeo de guerra, aunque sí es el único resto a flote de la escuadra que mandó Cervera en Santiago de Cuba y que tras un combate breve, pero heroico, o fue hundida por los impactos enemigos, o fue volada por las propias tripulaciones, cuando la lucha dejó de ser posible. Desde el almirante hasta el último marinero, todos los que el 3 de julio de 1898 salieron a la mar por el desfiladero entre el Morro y la Socapa sabían que iban a la catástrofe. "Con la conciencia tranquila voy al sacrificio", había dicho el almirante Cervera el día 24 de abril, cuando la Junta de los generales de la Armada decidió la salida de la escuadra para las Antillas.

Cincuenta años hemos estado los españoles recordando un vencimiento militar que con injusta hipérbole se ha llegado a calificar del Desastre por excelencia. Toda una actitud ante la vida española, la de los noventaiochistas, encontró en las derrotas de Cuba y Filipinas el punto de apoyo emocional. Pero al cabo de medio siglo, los españoles nos encontramos conque el noventa y ocho es ya pura historia. El estado de ánimo que hizo posible entre nosotros una general sensación de catástrofe al finalizar el siglo XIX, pertenece totalmente al pasado. Y, sin embargo, la presencia de ese mudo testigo de aquella gesta, con

(1) Tomado de: **ABC.** Madrid, 20-02-1954.

nombre de reina española, en el puerto de Annapolis, nos parece disonante e inoportuna.

Los marinos estadounidenses, que en las dos últimas guerras mundiales han cosechado victorias comparables a las más altas de la historia de la Humanidad, no necesitan del casco del "Reina Mercedes" para testimoniar a los jóvenes reclutas el heroísmo de la Armada, porque aquél fue un triunfo fácil sobre un enemigo vergonzosamente inferior en número. Y sobre todo, porque el hecho es que el "Reina Mercedes" no fue hundido por los cañones del "Iowa", sino por su propia tripulación. El casco no testimonia, pues, una victoria militar, sino una victoria puramente técnica, burguesa y pacífica: la de los buzos y remolcadores que sacaron a flote el barco y lo llevaron hasta Annapolis, haciéndolo sobrevivir a su muerte militar. No fue una presa, sino un despojo. Hay algo de violación de sepulcro y de atentado contra los muertos en este empeño por mantener como embalsamado y a flote un glorioso caído en las jornadas navales del 98.

Pero todavía hay otra razón decisiva, superior a cuantas puedan esgrimirse fundadas en la Historia y en el espíritu militar. Y esta razón es la fraternidad hispano-norteamericana. España sólo recuerda las cosas que unen a los dos pueblos. Ha tenido que ser la absurda supervivencia del "Reina Mercedes" la que trajese a nuestra memoria una guerra infortunada y antigua, que fue, antes que otra cosa, una inmensa sinrazón. Un oficial de nuestra Armada, que, no sin emoción, se ha encontrado en Annapolis con el "Reina Mercedes", propuso a sus compañeros estadounidenses esta feliz idea: que el casco sea remolcado a alta mar, y que allí, desde un navío español —el que lleva el nombre del almirante Cervera— los nietos de los que un día volaron la nave ante las costas de Cuba, sepulten y den la paz para siempre a este fantasma metálico que pena en silencio su artificiosa resurrección. Que así sea.

LA GLORIFICACION DE PINOCHO
El inolvidable fantoche[1]

En Ancona y en la propia barriada que lleva su nombre, ha sido inaugurado recientemente el monumento consagrado a Pinocho. Cuando Carlos Lorenzani atravesó el valle de pinos que se metía hasta los suburbios de la ciudad, tuvo la idea de bautizar su fantoche infantil con el nombre que le sugirió el apretado y fragante pinar. Pronto Pescia erigirá, también, un monumento al muñeco que ha sabido expresar el sentido germinal del alma infantil.

Se trata, pues, de asentar sobre la piedra perdurable el triunfo definitivo del fantoche inocente que ha hecho divertir a los niños desde "los cinco hasta los noventa años" según se lee en el pedestal donde se apoya la figura del muñeco. Lorenzani ha recibido el máximo homenaje por su obra afortunada, puesta hoy en todas las lenguas, aún en el venerable latín ("Pinoculus". Liber qui inscribitur le aventure di Pinocchio).

A gente tomada de la pesadumbre atómica del momento presente, parecerá raro que esta inauguración haya sido presidida por el Ministro de Marina mercantil de la República italiana. La presidió y dijo las palabras formales de la inauguración. Por él hablaba en tono oficial el espíritu de un pueblo que sabe dar vida espiritual a un humilde trozo de leño, con la misma facilidad y gracia con que ha dado vida majestuosa a la piedra permanente.

---

(1) Tomado de: **El Tiempo**. Bogotá, 21- [10]-1954.

Manera de escapulario contra la duda y el desencanto de lo humano resultan estos actos de afirmación espiritual. La apoteosis de Pinocho es la fiesta de la sencillez y de la bondad. Bien está que se la celebre en esta dulce, alegre, generosa e iluminada tierra de Italia. Es una fiesta cargada del sentido humano que trasciende de este pueblo maravilloso. En torno a monumentos consagrados a Pinocho crecería mejor el espíritu de una humanidad que se siente asfixiada por la apología de la muerte.

En Italia se honra el muñeco de Collodi y se buscan líneas apacibles para los temas que ofrecen sus servicios de la televisión. En cambio, en Norteamérica se cultivan la literatura y el teatro fundados sobre la aventura criminal. Justamente la prensa de Italia acaba de dar cuenta del viaje a Nápoles de Vincenzo Barbi, quien en su trabajo teatral en New York ha asesinado cuatrocientas setenta y cuatro personajes, al servicio de la propaganda comercial. A tal nivel ha descendido la conciencia moral del gran público americano, que en cierta oportunidad los teleabonados protestaron porque a su favorito Vince se le había adjudicado un papel de policía que le distanciaba, en consecuencia, de su extraordinaria destreza y elegancia para el asesinato.

En su patria, Barbi trabajará para la televisión italiana, mas "tendrá que adaptarse" dice la revista "Oggi". "En nuestra televisión no se siente la necesidad de hecatombes, ni el gusto de nuestro público, gracias a Dios, es igual al gusto del americano", agrega el semanario de Milán.

Son, en realidad, uno y otro expresión de dos diversos sentidos de mirar el mundo. Italia, así haya sido teatro secular de guerras, es pueblo de vocación pacífica. Quizá el mismo recuento de luchas y de odios antiguos haga que el italiano comprenda mejor el valor humano de la vida. Como pueblo, Italia tal vez sienta que su grande hora la señaló el trueque de las voraces águilas imperiales por la pacífica paloma cristiana. Su antiguo destino imperial fue mudado, en destino de divulgar ideas más que de enseñorearse sobre pueblos indefensos. En Norteamérica las viejas Colonias se erigieron para garantizar una paz que no era posible en medio de la intolerancia religiosa de las Islas Britá-

nicas. Más tarde el propio impulso de independencia y libertad de las Colonias sirvió de ímpetu a la revolución de Francia y a la revolución de la América española. Hoy, en cambio, el noble ideal de tolerancia y de libertad se ha trocado en Norteamérica en un propósito de enseñorearse sobre todos los pueblos del orbe. Los encontrados procesos que sigue la mente dilusional del pueblo americano, le han formado una conciencia babélica, que no le permite entender su propio discurso. Tal es el estado de vértigo, de angustia, de zozobra, de inseguridad que ha venido viviendo el buen pueblo americano, que sólo le satisfacen hoy las escenas terríficas. Para distraerle, se ha hecho preciso que Vincenzo Barbi se dedique en las pantallas de televisión a matar gente con brutalidad ejemplar. El estado de conciencia de este público atormentado, termina por mirar en la bomba atómica un juego natural, para cuyo perfeccionamiento nada importa sacrificar la vida de inocentes pescadores japoneses.

¿Qué Europa no tiene ya nada que enseñar a América...? Yo, en lugar de barcos de guerra, me llevaría buena semilla de estos pinos solemnes de Ancona para repoblar nuestras tierras erosionadas y para cortar, después, en los nuevos pinares nacionales trozos de madera con que construir los muñecos que pongan a sonreír una vez más los espíritus víctimas de la erosión en ellos provocada por la crueldad del momento que sufre nuestro mundo americano...

Santa Margherita Ligure, 1954.

LA CONTRADICCION DE LOS MUNDOS[1]

Frente a la isla de Rousseau, en el puente que va a la rue du Mont Blanc, he tropezado con un compatriota ilustre que vive hace muchos años en Europa. En razón del tiempo que ha corrido desde la última vez que nos vimos en América, nuestro saludo ha sido entusiasta y cordial en extremo. Mi amigo vive casi de asiento en el Viejo Mundo. Mientras sorbíamos una deliciosa taza de café frente a la severa estatua del autor del "Emilio", me dijo que prefería la vida apacible del antiguo continente a la vida inquieta y ruda de nuestra "bárbara América", según él llama, con palabras de Alcides Arguedas, nuestro continente traicionado.

Grato, en realidad, es vivir en Europa y gozar en sus magníficas ciudades el tesoro de su cultura milenaria. Esta Europa de las grandes catedrales, de los suntuosos palacios y severos castillos, de los maravillosos museos y magníficas bibliotecas, de las bulliciosas Universidades y misteriosos laboratorios, de los fastuosos teatros y los severos arcos triunfales, es viva y constante lección que bien debieran tomar, para enseñarla después a nuestro mundo, todos los americanos que tienen la suerte de poder hacer acá largas estadas. Mi amigo no ha desaprovechado el tiempo y tiene las alforjas bien provistas del rico pan y de los vinos rancios que le ha ofrecido su constante voluntad de trabajo; mas, mi amigo, como también lo hacen otros nativos de distintas regiones del Nuevo Continente, ha caído en un funesto olimpismo europeo, que lo lleva a mirar a nuestra América con un profundo desdén

(1) Texto mecanografiado localizado en el archivo del autor, sin datos de publicación. Fechado en Ginebra, 1954.

y con sólo el interés de que puedan venirle de allá los oportunos cheques para satisfacer los gustos refinados que le ha enseñado este mundo deleitoso. Estos compatriotas llegan a desertar moralmente de la Patria. Una curiosa introspección los hace considerarse superiores a sus viejos amigos de Barquisimeto, de Cali, de Michoacán, de Guayaquil o de Tucumán. En realidad, calzan mejores puntos que quienes allá quedaron librando la dura batalla cuotidiana sobre la rebelde geografía nacional, pero no piensan que en el orden de la colectividad ellos dependen de los sufridos hombres mirados por indignos de su atención. Convertidos acá en torres marfilianas, miran nuestros problemas sociales como expresión de una barbarie que ellos superaron a tiempo y por cuya absolución colectiva no se preocupan lo más mínimo. Adheridos a la falsa idea del fatalismo telúrico y étnico con que algunos han querido dar rápida solución pesimista a la problemática americana, ellos se consideran individualmente vencedores de los viejos complejos retardatarios y miran con indiferencia y con frialdad el curso de nuestros sucesos comunes. Jamás han pensado en tomar la pluma, como ayer lo hizo desde Londres Andrés Bello, para enviar recados que ayuden a la superación de los reatos que impiden el desenvolvimiento normal de nuestros pueblos. De todo lo suyo quedará mañana en nuestras antologías literarias huella cierta de una ilustración fornida o de un profundo sentido de crítica general; mas, quien haga un inventario de ideas no hallará una sola palabra que testimonie inquietud realista por los hondos problemas del continente, menos aún atisbo alguno de una actitud que acuse propósito de sacrificar algo en beneficio de la lejana colectividad natal.

Sin pensarlo, tal vez, estos compatriotas han roto su valor propio frente a la lejana comunidad de América. De allá no piensan en otra cosa que no sea, como he dicho, los cheques y los aplausos. Variaron su mundo antiguo, y se metieron en un mundo artificioso, donde tiene más valor una meditación sobre la Acrópolis o sobre el sartrismo, que el propio recuerdo de la Patria presente, para ellos, más grata de ser vista en la epopeya antigua que en la tragedia de hoy.

En el orden del pueblo, asumen la misma actitud que vi asumir, cuando yo era joven, a un compañero de generación, hijo de anónimo pordio-

sero, y quien al padre que le llamaba cariñosamente, respondió con altanería: "Yo empeñado en subir y usted empeñado en rebajarme". Escuché yo con espanto aquellas palabras funestas, hijas de una ciega vanidad y de un desordenado impulso de olvidar nexos viejos con la vida. Mi amigo no ha llegado con palabras a negar que sea de América, pero su conducta es la negación de los vínculos sagrados que todo hombre ha de mantener con su Patria, cuanto y más a la hora difícil en que llegan a sus oídos palabras dolientes que le advierten el curso inválido de los sucesos de nuestro mundo americano.

Para hacer que en América se les admire y se les pague su talento, de vez en cuando escriben sobre problemas que por nada ayudan al proceso general de la cultura de nuestros pueblos. Cohonestan, en cambio, con su actitud conformista e indiferente la otra de quienes detienen el impulso que pide nuestro mundo. Terminan, al fin, en hacer que el pueblo niegue el valor de la inteligencia, pues llevada la gente común por una manera simplista de ver las cosas, no se detiene a mirar que la de aquéllos es posición previamente enmarcada en un cuadro clasista y no testimonio del desvalor social de la inteligencia.

Mi amigo me ha hablado, consiguientemente, con profundo menosprecio acerca de los problemas palpitantes que agitan la conciencia del Nuevo Mundo. El, en realidad, es hombre de otro mundo. A la inquietud de América prefiere la dulzura irresponsable de los lagos suizos. Cuando la estación es propicia, mi amigo viaja por Italia. Visita a Roma y a Florencia. Un crepúsculo en Ponte Vecchio le interesa más que la suerte dolorosa de sus lejanos compatriotas. El tiene alma de griego. Pudo haber nacido también en el Renacimiento. A la hora de prenderse la hoguera en que fue quemado Savonarola, pudo haber arrimado a ella seca leña. Hoy, tal vez escribiría, por ser de moda, en defensa del fraile extraordinario. En el siglo pasado habría sido absolutista con Fernando VII, a pesar de preferir como tema literario la valiente actitud de Riego y de Quiroga. Me ha dicho mi amigo que en Milán tomó apuntes para una explicación nueva sobre el modo de acoplarse el estilo románico con el gótico lombardo. Cuando le pregunté si había visto en Turín el barretón mecánico para la siembra del maíz, cuya divulgación ha de ser tan útil en América, se dibujó en

sus labios sentenciosos la más indiferente y compasiva sonrisa. A él no le interesa el viejo maíz de América con que se nutre el resignado peón que amasa la riqueza donde él tiene asegurado las letras y los giros. Olvida este ilustre americano que a ese hombre sin nombre que en América trabaja y sufre debe él los cuartos generosos por donde le viene el brillo de su magnífica cultura y el privilegio de gozar a Europa en forma excepcional. Olvida el ilustre señor de las letras y los decires, todo lo que hace y da fuerza al hispanoamericano, raizal donde afinca la verdadera fuerza de nuestro futuro de pueblo...

CONTRA LA VIOLENCIA
(Desde Madrid)[1]

Con la convincente elocuencia que estriba sobre la justicia, habló en el foro de las Naciones Unidas el delegado de Francia, señor Michelet, sobre la necesidad de que la gran asociación internacional obtenga una respuesta satisfactoria de Hungría, en el doloroso caso de las sangrientas batidas llevadas a cabo contra los patriotas empeñados en la liberación del sufrido pueblo danubiano.

"Resignarse por razones de pretendido realismo político a la esclavitud de un país, es conducir este país a los grandes cementerios de la Historia", dijo el delegado francés. "Nada puede justificar, agregó, una represión como ésta de que el pueblo húngaro acaba de ser víctima. Es preciso que el mundo libre se decida a crear en favor de los pueblos martirizados una especie de irredentismo moral, a fin de que los más cínicos se sientan obligados a desistir de sus propósitos". Claras, precisas, contundentes razones que todo espíritu amante de la libertad y de la justicia ha debido de escuchar con vehemente adhesión.

Ya en más de una oportunidad he consignado mi protesta contra los hechos húngaros, y cuando Germán Arciniegas me invitó desde Nueva York a firmar un mensaje de unión de ilustres figuras de las letras y de las artes, di con entusiasmo mi nombre para calzar el documento en que una vez más se haría coro a la universal protesta que encabeza en nuestro mundo occidental la voz magistral del Pontífice Romano.

---

(1) Tomado de: **El Telégrafo.** San José de Costa Rica, 02-01-1957.

Esa misma actitud de repudio de la injusticia y de la barbarie con que se quiere aplastar y nulificar la voluntad del pueblo húngaro me ha hecho estremecer frente a la noticia de que la guillotina funcionará públicamente en Argel, para dar efectividad a la pena de muerte impuesta a doscientos patriotas argelinos. Al fuerte dolor que me trae el aviso de los espantosos asesinatos "legalizados", se agrega el horror de comprobar la paradoja que representan a la misma hora del mundo las dos gargantas con que Francia vocea su justicia. Ante el coro de representantes de las naciones del mundo, el señor Michelet ha defendido los derechos de los pueblos esclavizados; en el área de su política nacional, Francia erige patíbulos para ajusticiar a patriotas tildados de bandoleros y de terroristas, en razón de la lucha desigual que mantienen contra la potencia que les cercena sus derechos de autodeterminación política.

Publicadas con espacio de un día noticias tan contradictorias en las planas de los diarios del mundo, llaman consiguientemente a la confusión de las mentes. Si esclavizar a los húngaros es injusto y clama porque en realidad se cree un criterio de irredentismo moral, ¿por qué no es criminal, en cambio, decapitar a los patriotas argelinos que defienden la independencia de su país? ¿Hay en el orden internacional dos tipos de moral? ¿Si se va al rigorismo interpretativo de los principios, no resulta más culpable Francia, la patria ponderada de los derechos del hombre, que la URSS, potencia patrocinante de la teoría de la dictadura del proletariado?

De Francia espera el mundo claridad de conceptos y rectitud de juicios. Esa actitud maquiavélica de ajustar los principios al interés de cada hora y de cada frente, está arruinando a pasos agigantados la conciencia política del mundo. La comedia de ir los Cancilleres y los delegados de los pueblos llamados libres a llorar en las Naciones Unidas copiosas lágrimas de cocodrilo sobre el cuerpo vulnerado de la justicia, mientras son destruidos en el propio ámbito nacional los principios de que se dicen celosos defensores, es hoy una de las mayores afrentas que están recibiendo en su entraña lógica y moral los hombres y los pueblos. Por lo que dice al mundo que mira en Francia una luz constante y un camino firme para ganar nuevas hazañas espirituales,

esta duplicidad espantosa la lleva a perder autoridad en el campo normativo de los principios. Se es o no se es, como enseña la fórmula hamlética. El mundo que se dice defensor de la libertad y de la justicia ha de comenzar por ser sincero en su conducta. No se puede montar un drama de la prontitud sobre un tablado inválido. No se puede anunciar el recobramiento de la salud en una casa donde se propina a los clientes tóxicos funestos. No se puede ganar la batalla de la castidad en las casas de lenocinio. No se puede hacer triunfar la verdad donde se erigen estatuas a la mentira.

Para que los pueblos que han asumido la defensa de la libertad y de la justicia en el mundo occidental lleguen a una operosidad valorativa, necesitan ajustar su conducta pública a los principios de que se dicen defensores. No se puede condenar con autoridad los crímenes soviéticos, sin revisar los jueces su propia conducta nacional. No se puede formular ningún planteamiento positivo, si olvidamos que nuestra justicia ha de ser mejor que la presunta justica de quienes comenzaron por borrar de sus planes políticos los supremos derechos del espíritu. Como Sucre, debemos decir que nuestra justicia es la misma cuando se busca que cuando se tiene ganada la victoria...

LA IRA DEL PUEBLO. EN CARACAS
(Bitácora)[1]

La prensa informa que una representación del cuerpo diplomático acreditado cerca del gobierno de Caracas ha solicitado de la Junta Provisional seguridades para el local de sus misiones y respeto para las normas de asilo hispanoamericano.

La solícita actitud de los señores diplomáticas obedece al hecho lamentable de que fuera violada por el pueblo —según dicen los corresponsales— la inmunidad de algunas misiones, cuando eran perseguidos señalados verdugos de la extinguida Seguridad Nacional.

Tienen los señores jefes de misión todo derecho para que les sea respetada su inmunidad personal y, por lo tanto, su residencia y oficinas. Esté así o no Venezuela obligada por una explícita ratificación de las Convenciones de La Habana y Montevideo, es justo que se reclame el cumplimiento de los textos internacionales que rigen el asilo. El asilo, de excepción a la extradición, como instrumento de derecho judiciario, ha pasado en América a ser verdadera institución de derecho público. Como Embajador de Venezuela, me fue grato concederlo más de quince veces; como político perseguido por la furia policíaca del régimen caído, me sentí salvo en mi integridad de hombre y de ciudadano, cuando pisé la acogedora Embajada del Brasil, servida entonces en Caracas por el gran diplomático y caballero don Fernando Lobo. Los señores diplomáticos tienen, también, todo derecho a que se les respete la integridad de sus excepcionales fueros. En los países res-

(1) Tomado de: **El Tiempo.** Bogotá, 08-02-1958.

pectivos donde están acreditados, representan ellos la totalidad moral del país que les concede la investidura. La justicia ordinaria y las medidas de represión policíaca se retraen por completo en orden a que ellos se sientan libres e inmunes de cualesquiera medidas que pudieran interferir su elevada misión. En cambio, ellos han de proceder siempre colocándose en un nivel de superior ecuanimidad y de absoluta indiferencia respecto a los problemas internos de los países donde están acreditados.

Hasta las puertas de las misiones diplomáticas ha llegado la ola de primitiva venganza, empujada por el enfurecido pueblo de Caracas. Tantos años de ver violentada y burlada la justicia, explica la explosión vindicativa del pueblo. Las revoluciones no tienen leyes escritas. El pueblo, según decir de Robespierre, no juzga como las Cortes, empero lanza sus rayos tempestuosos sobre aquellos que considera culpables del desorden anterior. Es doloroso el espectáculo de ver arder ricas mansiones y valiosos edificios. Por lo que hoy dice a Venezuela, el fuego que ha destruido casas y palacios lo prepararon los vicios de la dictadura. El pueblo en su ira sagrada no discierne, como no disciernen, tampoco, los hombres cultos tomados de cualquier justa pasión. A la hora de la justicia primitiva, el pueblo fue contra los viejos vicios y contra los visibles crímenes, metido en su extraordinario papel de brazo vengador.

En una hora de exaltación, el pueblo ha podido traspasar la puerta de alguna embajada para buscar la persona de los numerosos torturadores de la Seguridad Nacional. El pueblo nada sabe de leyes ni de tratados. Su brújula es el mero instinto de la justicia desnuda de las masas, en quienes bullen las pasiones provocadas por el terror, la crueldad y el crimen de las autoridades derrocadas. Mas, el pueblo sin letras tiene aguda la malicia. Hasta él han podido llegar vagas voces que acusaban a algunos diplomáticos, ora de haberse negado a proteger a los perseguidos del perezjimenismo, ora de haber servido a la Cancillería venezolana en el empeño de seguir persiguiendo a desterrados acogidos a la benevolencia del gobierno por aquéllos representado. Sembraron algunos el polvo, mas el lodo, en cambio, ha salpicado a otros que observaron, como es debido, una conducta ajustada a las normas diplomáticas. Derecho tienen los diplomáticos para alzarse como cuerpo

en demanda de la seguridad debida a sus personas y misiones. El gobierno debe otorgárselas en toda su plenitud; mas, el caso sirve, en cambio, para que gobierno y jefes de misión mediten serenamente acerca de los límites prudentes que han de definir la colaboración en el orden internacional con los gobiernos ante los cuales están acreditados, y la colaboración viciosa, en el orden de la política interna de los respectivos países. Una sola vez permiten los tratados que los diplomáticos se inmiscuyan en la política de los gobiernos cerca de los cuales actúan: cuando el concedente de asilo califica, contra la opinión del gobierno que persigue, el carácter político del delito que se imputa al refugiado. Pueden Canciller y Embajador irse a las greñas en la discusión que entablen; sin embargo, el alegato jamás puede dar origen a una ruptura de relaciones.

Los diplomáticos acreditados en Caracas deben gozar de todo género de protección de parte del actual gobierno provisional. El pueblo ha de ser debidamente instruido por sus legítimos dirigentes acerca de la conducta que están obligados a observar, tanto frente a los excelentísimos jefes de misiones extranjeras, como ante la propiedad privada de los ciudadanos. Pero al pueblo precisa reconocerle que aun en los momentos más rudos de su acción punitiva, se guía por un anhelo de justicia colectiva, que encontró a su hora cerradas las vías naturales para la cumplida realización. Contra el pueblo arremeten, descalificándolo, los hombres pacatos que desconocen y no estiman la realidad del quebrantamiento anterior de la justicia. Hombres cómodos y aprovechadores del falso orden, sobre el cual descansan las dictaduras, ignoran que al ocurrir el desquiciamiento de los sistemas que violentaron la justicia y la equidad, éstas, tomando el rostro trágico de las Euménides, aparecen en la ira sagrada del pueblo como testimonios, a contrario sentido, de los crímenes engendrados por la situación caída. No al pueblo, sino a los sostenedores del perezjimenismo debe ser, pasada hoy la cuenta por los días tremendos que ha vivido Venezuela en su lucha para recobrar la libertad.

Génova, febrero de 1958.

REVOLUCION Y SERVICIO PUBLICO[1]

Con toda seguridad en Caracas ha comenzado ya la alegre carrera de los cargos públicos. La nueva política y la nueva administración necesitan imperiosamente un reajuste profundo del personal burocrático. Esto lo pide a voces el pueblo entero. Para sanear la administración se impone un barrido con escoba de acero y un lavado con poderosos detergentes. Pero, al lado de esta necesidad vital y clamorosa, se mueve la corriente oportunista de los que sólo piensan en la República a través de un sueldo o de una influencia convertible en negocio.

Para más de un venezolano sin sentido de Patria, la revolución no tiene otro fin sino ofrecer posibilidades de engranar cada quien en los cuadros de la administración. Este vicio es viejo y fatal. Su constancia ha contribuido grandemente a la ruina de la República.

Entre los cuadros de los leales enemigos de los gobiernos, es decir, junto con quienes han combatido los vicios de los diversos regímenes, se han escurrido resentidos que no obtuvieron un puesto público. A la vez, como contrapartida, del campo de los enemigos desaparecieron aquellos a quienes el gobernante compró por medio del ofrecimiento de una posición jugosa.

Unos y otros se han llamado políticos, por donde entre nosotros el burocratismo ha sido confundido lamentablemente con la política, hasta llegarse al caso tremendo —ya observado en los grotescos desfiles de la mal llamada "Semana de la Patria"— de ser obligados meritísimos

(1) Tomado de: **Ultimas Noticias.** Caracas, 12-03-1958, p. 2.

funcionarios, cuya vida depende del cargo público, a tomar parte en los humillados desfiles preparados por la política tecno-fachista derrocada.

Señuelo y finalidad para muchos, el cargo público ha arruinado en parte el empuje viril de numerosos ciudadanos. Con ganar la prebenda, el ciudadano se desliga de sus compromisos con la colectividad y pasa a ser instrumento dócil de la autoridad de turno. Abolido el juego de los partidos, el ciudadano ha carecido de gravedad para la defensa de su propia persona. Ha habido sólo hombres necesitados y hombres ambiciosos unidos sin reflexionar a la maquinaria de un régimen.

Sin ley que racionalice el servicio administrativo, la autoridad juega a su antojo con el funcionario y con el empleado público, mientras a la vez, el político ambicioso se sirve del cargo para beneficio suyo y de su clase. La política para él es únicamente el cargo logrado. Con entrar a servirlo, olvida la lucha anterior y desconoce el derecho de quienes quedan en el campo cívico librando la batalla por la defensa de las libertades públicas. Viejos compañeros, que soñaron en medio de la tiniebla del calabozo con una hora mejor para la República, se destrozan entre sí después, porque el uno llegó primero a ganar una posición dirigente en el nuevo gobierno.

Cuando para Venezuela comienza una era de enmienda, de remedio y de rectificaciones profundas, precisa mirar la función pública como oportunidad de servir al pueblo y no como fin que corona una aspiración particularmente; urge distinguir entre la administración como sistema que ofrece al ciudadano oportunidad de trabajo y la administración como engranaje de las fuerzas que dan vida y resistencia a la comunidad. Precisa distinguir entre la pseudo-política de quien se adhiere a un movimiento por sólo el logro de una oportunidad de alcanzar un puesto y la política como actitud vigilante y celosa de los derechos del pueblo.

Nuestra historia está llena de figuras, con brillantes ribetes, a quienes se las vio atacar y denostar desde la barricada oposicionista a los gobiernos que violentaban las garantías públicas; esas mismas personas,

en cambio, al llegar a ocupar cargos directores se convirtieron en martillos contra el yunque del pueblo. A la hora de ganar el pueblo su revolución contra la tiranía tecno-fachista, los hombres de la victoria deben pensar que esa revolución no ha concluido, ni que el impulso que la hizo posible ha de morir cuando reciba cada quien una designación, ya alta, ya baja, para servir un cargo. La revolución como concepto de libertad y de respeto a la dignidad humana, ha de permanecer viva en el ánimo de los nuevos hombres o de los hombres viejos que tomen sobre sí el peso de levantar a Venezuela. No hagamos lo que un historiador francés del siglo pasado criticaba en las revoluciones hispanoamericanas: "Cada una de ellas, decía, enarbola la bandera de las más hermosas reivindicaciones liberales; pero, al llegar al poder, abandona la bandera, para que en su nombre se haga una nueva revolución". A la hora en que el pueblo de Venezuela ha cobrado la victoria cívica que le fue desconocida el 2 de diciembre de 1952, cada ciudadano debe velar porque en su espíritu no se apague el fuego que impulsó la revolución y cada nuevo funcionario deba asumir su cargo, con el propósito firme de alentar el brasero que sirve de alimento a aquel fuego purificador.

EN DEFENSA DE LOS MENDIGOS[1]

En algún diario de Caracas he leído una información referente a que la Gobernación del Distrito Federal prometió limpiar la ciudad de mendigos.

He de decir que me impresionó desagradablemente el modo de publicar la noticia. Estoy de acuerdo con la carencia de distinción física de los mendigos. Nadie niega que es mucho más agradable topar en la calle con un par de chicas quinceañeras, alegres y bien vestidas, que no con una pareja de ancianos harapientos. La estética urbana se beneficia con la presencia de las chiquillas pizpiretas mientras sufre un grave impacto con el desagradable espectáculo de los pordioseros.

Pero el verbo usado en el título de la noticia es, más que cruel, absurdo y desagradable. Ha podido decirse que la autoridad recogerá a los mendigos. El lector, por asociación de ideas, vería abiertas las puertas de un acogedor ancianato o de un generoso hospicio. El verbo limpiar sugiere inmediatamente la áspera escoba que barre las horruras de la vía.

Para muchos, en realidad los mendigos son algo asqueroso, manera de enfadoso detritus, que ofende el buen gusto de la gente. Nadie niega que visten ellos trajes de asco y que su aspecto carece de condiciones por donde se hagan materialmente agradables. Pero los mendigos callejeros son testimonio de la deuda de la sociedad con la justicia. Si la comunidad se preocupase como es debido por la suerte de sus integrantes no se daría el caso de seres que anduviesen por las calles

(1) Tomado de: **La Esfera.** Caracas, 19-03-1958, p. 4.

en demanda de un socorro. Una mejor justicia en el reparto de los bienes del mundo disminuiría, como es lógico, el área de la pobreza. Mientras se realiza una equitativa distribución de la riqueza, la administración pública está en el deber de proporcionar a los necesitados medios inmediatos para atender su subsistencia, ya en casas adecuadas, ya a través de pequeños socorros individuales.

La frase "limpiar de mendigos la ciudad" es un acto fallido, revelador de las desviadas conciencias de las clases superiores. El rico ve con desagrado al mendigo, por cuanto éste es claro testimonio de la ilegitimidad de los costos superfluos que entran en su patrimonio. Si hubiera verdadera justicia social y existiera una real riqueza nacional, habría menos ricos y habría también muchos menos mendigos. La prosperidad de un pueblo no la acusa la proporción creciente de las grandes forturnas, sino la proporción descendente de la miseria. Una verdadera política económica más debe estar dirigida a la disminución del número de pobres, que al aumento de ricos. Habrá más sosiego y habrá más justicia.

Me place la idea de que se llegue a la hora de no ver pulular por las calles de Caracas sucios y andrajosos mendigos. Pero, esa hora no ha de estar ligada con orden alguna que vede a los necesitados pedir un socorro al transeúnte; debe estar relacionada, en cambio, con un nivel de asistencia y de previsión que haga innecesaria la súplica callejera. Hospicios, ancianatos, casas de reposo, albergues nocturnos, sopas de barrio, pensiones individuales son las escobas para la limpieza que anuncian las autoridades. En cambio, prohibir policialmente a los mendigos que se echen a la calle, es tanto como lanzar un bien escrito decreto contra el hambre, sin autorizar a los hambrientos a que se hagan a su pan en el sitio que lo encuentren.

Yo me pongo de parte de los mendigos andariegos que deambulan por las calles de Caracas. Ellos tienen más derecho que los altivos ladrones y que las elegantes prostitutas para hacerse visibles de quienes transitan las babélicas calles de nuestra gran ciudad y pueden darles el socorro de una moneda. Para que los mendigos dejen de salir a las calles como pordioseros, la administración pública y la sociedad en general están

en la obligación de asegurarles el pan, el techo y el sosiego a que tienen derecho como seres humanos. Mientras esta seguridad no les cambie su actual condición de pordioseros, tienen derecho a pedir en las calles y ese derecho precisa hacérseles respetar de cualquier manera, sea ésta en último caso una revolución a sangre y fuego.

Génova, marzo de 1958

NEGRITOS Y BLANQUITOS[1]

Los grandes hoteles neoyorkinos han visto el desfile de varios capitostes del régimen perezjimenista. Con las valijas llenas de papeles fiduciarios y con las chequeras abiertas para girar contra los bancos donde atesoran el precio de los grandes robos al erario, han llegado tranquilos y orondos, como si nada les hubiera ocurrido. Si bien he tenido oportunidad de estar y de platicar con algunos viejos amigos que sirvieron y tuvieron ligámenes con el gobierno pasado, no he tropezado con ninguno de los despreocupados y altaneros millonarios procedentes de la rapiña y de las comisiones del sistema del "bien nacional". Llenos de confianza en sus pasados éxitos, han llegado, con la pretensión de disimular su condición de prófugos de la justicia. La presencia en los altos mandos los obligó a huir del dedo acusador de la vindicta popular, mientras otros, igualmente enriquecidos y más afortunados, gozan aún de paz y de tolerancia en Venezuela.

Alguien escuchó el despreocupado discurso de uno de los más calificados ladrones y cómplices de Pérez Jiménez y de Estrada, cuando decía en rueda de amigos, en el bar de un lujoso hotel: "ahora en Venezuela están alzados los negritos y no puede vivir tranquila la gente bien". Parece mentira la expresión, pero es cierta. Me la comunicó persona fehaciente y, sobre esta realidad directa, la frase compendia un juicio generalizado entre los sectores de la oligarquía, pese a que ésta tenga hoy visibles exponentes en los altos mandos del gobierno.

---

(1) Tomado de: **La Esfera.** Caracas, 18-04-1958, p. 4.

Los "negritos están alzados" es expresión que no sólo se refiere a la actitud vindicativa que han podido tomar sectores humildes a la hora de la fuga del déspota y su comparsa. Con dicha expresión se alude al fondo mismo del cambiamiento ocurrido en los comandos del Estado y a la reaparición de las garantías negadas por la dictadura.

Sea así difícil de desarticular todo el contenido del juicio de los enriquecidos fugitivos, reclama empero, una centrada meditación. Sin que se vaya a la apología del mal uso que diversos sectores están haciendo de la nueva libertad, precisa medir el alcance cívico de la denigrante expresión dirigida contra el pueblo que reconquistó su libertad. Los "negritos alzados" ciertamente destruyeron y saquearon algunas casas de los gobernantes depuestos. Obraron empujados por el odio que en ellos sembró la injusticia antigua y signaron el acto vindicativo con el tono violento que suele acompañar a las revoluciones. Se "alzaron", es cierto, sin elegancia alguna; dieron, en verdad, el desagradable espectáculo de que estuviesen pillando más que sancionando. En cambio, cuando los otros robaban, la sociedad los aplaudió; cuando los otros se alzaron con los votos del pueblo, para dar paso a la dictadura, los honorables representantes del viejo mantuanaje, de las academias, de los colegios profesionales fueron a festejar al déspota y a sus cómplices. En los "negritos alzados" se mira muy feo el hecho de apropiarse de la casa-desmantelada donde era editado el pasquín de Vallenilla Lanz; en cambio, se dio aprobación tácita a todos los atropellos realizados por los engreídos servidores del "bien nacional". ¡Si tu antier, oh, precoz millonario, eras apenas un pelagatas, ¿cómo explica la famosa fortuna que lucieron en las fiestas del gran mundo tu mujer y tus hijas, ataviadas de esmeraldas y brillantes y vistiendo costosísimos trajes de Tiffani, de Dior?

Estaban muchos tan desasistidos de recursos como cualesquiera de los "negritos alzados" en nombre de la libertad; pero, la aventura política les sirvió de ocasión para traspasar a la suya ya inválida los dineros de la cuenta del erario.

Más responsables que los "negritos alzados" con sillas y espejos de una u otra casa saqueada son, en último análisis, los distinguidos, ho-

norables, puntillosos señores del ilustre blancaje, a quienes tomándose para sí los dineros del pueblo, pareció correcto convertirse en millonarios.

Cuando el pobre se echa unos tragos, es motejado de borracho; cuando el rico se embriaga, sus amigos dicen que está alegre. Al "negrito alzado" no se busca modo de explicar el hecho de que se tome un muelle o un adorno de la casa de uno de los verdugos del pueblo. El "negrito" es bruto, salvaje, criminal. En cambio, el estirado señor que se dice titulado para dirigir la moral sucia no se desdeña de sentar a su mesa al ladrón de ribetes, ni menos de asistir a la fiesta que éste ofrece cuando inaugura el palacete construido con los dineros del pueblo.

Pongamos las cosas en su sitio. No es edificante el ejemplo de los saqueos, ni el alarde vulgar con que es confundida la libertad, ni la difamación a que conduce el mal uso de la prensa; pero dejamos a un lado eso de agrandar el error del pueblo humilde, cuando los llamados a educarlo y a dirigirlo pactaron, por acción u omisión, con los verdugos y los ladrones. No es tolerable hablar de "negritos alzados". cuando ayer se pacto con los "blanquitos" convertidos en gangsters discretos. Menos es aceptable que presuntuosos practicantes del vandalismo y de la corrupción se exculpen hoy acumulado denuestos sobre el pueblo ayer sacrificado a su ambición.

¡C A Ñ A!
(Bitácora)[1]

Si Diego Palomeque de Acuña estuviera aún vivo, a buen seguro que hubiera lanzado un berrido más estruendoso que el apellido del de Oruña, en su afán por encontrar aquí, y llevarlos a otros mundos, cosas de Venezuela, caraotas brasileras, azúcar cubana, mondadientes japoneses, piñas hawaianas, bacinillas portuguesas, chirimoyas checoslovacas; hasta las tres piedras aquellas célebres de los corrales de nuestros abuelos ostentando el consabido "made in" por debajo. Y eso no es justo. De ningún modo. La tradición no sólo se ha perdido definitivamente, sino que se ha huido allende los mares a través de esas complicadas "pájaras pintas" de nuestros más recientes pintores.

Casualmente, ayer tarde me decía doña Josefa, amiga de casa y de lo criollo: —tengo once años alimentándome con vitaminas, píldoras y ampolletas. Y eso no es justo. De ningún modo. Porque así como esta honorable matrona —cuyos ascendientes vienen más allá de Casa León y su tiempo— hay muchas otras personas pereciendo, aunque parezca paradójico, de exceso de comida. Nuestros pobres estomágos —cuyo jugo gástrico es indio, y negro, muy negro su porvenir— extrañan esas comidas tóxicas, esas latas bárbaras, esos pescados, carnes, manteca, granos obligatoriamente FOB, o CIF y que obligan a cambiar hasta el tiempo. Mi vecina cuenta a sus íntimos que para ella no existe sino un solo mes en todo el año. Y así mayo ha salido de las endechas líricas de los poetas, a convertirse en el peor enemigo

(1) Recorte de prensa localizado en el archivo del autor. Sin datos ni fecha de publicación.

del hombre por obra y gracia de esa bendita frase que han inventado los economistas del "mercado abarrotado" y la "atracción de capital".

Con decir que lo único nuestro que queda en pie, para peligro de la poca gente seria que supervive en este país, es la caña. Y tengo tanta rabia que también la voy a llamar del tiro, "la vieja y noble" como le dice Alejandro Hernández.

EXPOSICION AGROPECUARIA[1]

Creo que la Exposición Agropecuaria que se efectuará en esta capital a fines del presente año, pueda promover un sentido de producción que sirva acaso para que nuestros timoratos y precavidos capitalistas, amigos sólo de las hipotecas y de los cupones, miren en serio al cultivo y al fomento de la tierra, urgida de que se la mantenga con cariño e interés. Es verdaderamente doloroso ver cómo por el abandono de nuestro agro hemos llegado a importar de países aun lejanos frijoles, maíz, azúcar, papelón y papas, con menosprecio de una tradición agrícola que en los años primigenios de la Colonia nos puso en condiciones de exportar harina, ganado, pieles, bizcochos y jamones. Y más triste pensar que este descuido nacional ha sido denunciado desde hace más de un siglo por personas interesadas en la suerte de la patria: "A pesar de los preciosos dones con que la naturaleza ha enriquecido este país, se ve tan abatida la agricultura que causará dolor a cualquier que vea sus campos, no tanto por falta de industria de sus habitantes, cuanto por falta de protección de los cuerpos patriotas", se decía al Real Consulado de Caracas en 1809.

Considero que todo lo que se haga en orden a fomentar nuestra vida rural es insuficiente en la medida de la urgencia con que clama el problema de nuestro campo, es decir, el problema de nuestra propia independencia nacional, que hoy vemos, por medio de la dura lección de la guerra, supeditada a la posibilidad de producir lo necesario para vivir. Sin respuesta han quedado los llamados enérgicos que hombres

(1) Texto mecanografiado localizado en el archivo del autor, sin fecha ni datos de publicación.

de visión amplia y desinteresada dieron desde los días coloniales. En todas las épocas han surgido, como de profetas antiguos, avisos que procuraron empujar hacia una acción realística las fuerzas de la economía nacional, y llama a reflexión el augurio fatal que en su editorial del 8 de agosto de 1899 lanzó el diario caraqueño *El Tiempo:* "Estamos durmiendo, decía, sobre las bases de nuestras industrias, como si esperásemos que viniese del extranjero la mano fuerte que nos arrebate la riqueza y con ella la voluntad y el deseo de trabajar". Sin embargo, cualquier hora es buena para despertar y emprender la tarea debida, así otros hayan madrugado a mejores éxitos.

Ojalá la exposición que se prepara sirva al fin esencial de despertar sentidos de posibilidad, ante el balance de lo realizado y frente a la consideración de las necesidades del país, y no resulte un mero número de programa conmemorativo.

En lo que dice al problema de la vivienda campesina recuerdo que en cierta ocasión mi honorable amigo y eminente colega el doctor Manuel Egaña, por entonces Ministro de Fomento, me pidió a Centroamérica, donde ejercía la representación diplomática del país, algunos datos sobre la habitación rural en aquellas regiones, y hube de escribirle más o menos en los siguientes términos: el hogar campesino es en todo caso reflejo del sistema económico de explotar la tierra. Sin mejorar éste es nulo el esfuerzo que se haga para levantar el nivel de vida del trabajador de los campos, se necesita crédito y propaganda que libere al pequeño trabajador de la perenne explotación de sus recursos vitales, y doctrina que enseñe al patrón rural a cuidar de los hombres que le ayudan en la formación de sus riquezas. Urge de previo que el hombre de campo tenga sentido de su mismo valor humano, a fin de que el hogar no le resulte un cubo arquitectónico sin contenido. ¿Con qué llenaría nuestro campesino una casa que de improviso le cayera del cielo? ¿Sería ella en realidad un hogar en el concepto formativo y generoso del vocablo?

GRAN FIESTA CONFEDERADA[1]

La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido.

Dentro de una nación, todo cuanto haga de bravo y brillante un hijo de ella, es capital de la nación, con el que ésta se amasa y resplandece. Un pueblo ha de ser columna de virtud, y si no está bien hecho de ella, o no la tiene en su masa en cantidad principal, se desmigaja, como un hombre que pierde la fe en la vida, o como un madero roído.

Los Estados Unidos acaban de ver ahora en paz una cosa grandiosa. El Sur, que peleó rabiosamente en aquella guerra enorme por separarse del Norte, acaba de congregarse bajo su propia bandera, la bandera rebelde, para inaugurar, con su viejo caudillo a la cabeza, los monumentos en que conmemora a los soldados que murieron en la pelea contra el gobierno nacional, y a los patriarcas que los condujeron y aconsejaron.

Nunca se ha visto cosa más hermosa. De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar, como que cada hombre se debe aquí a sí mismo, el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan y produce espectáculos de viril y gigantesca in-

(1) Texto macanografiado localizado en el archivo del autor, sin fecha ni datos de publicación. Inédito.

dulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia.

¿Quién no recuerda aquellas batallas que tenían en un hilo la atención del mundo y fueron como un proceso de la soberanía humana, y como una prueba de la capacidad del gobierno popular para dirigir y mantener unida a una nación?

No era que el Sur quisiese tener esclavos, y que el Norte se opusiera a que los tuviese; no era que los patricios agricultores del mediodía repudiasen las leyes acordadas para toda la nación por los habitantes industriales de los estados del Norte; no era que el Sur, desesperanzado de mantener bajo su férula al yankee a quien despreciaba, se determinase con su arrogancia ciega de señor a "rendir a la bestia por la fuerza", o a aterrarla con la amenaza de ella. La bestia se hizo Lincoln, y lució como si de Oriente acaso se tendiese en el cielo un palio de justicia. La bestia se hizo Grant, y cayó sobre los estados confederados como un martillo sobre un clavo que tuerce, o como un monte.

Era que se alegraron por todo el universo las castas medio muertas, las gentes de tradición y monarquía, las que no gustan de ver desenvolverse y afirmarse al hombre, como una divinidad de espaldas anchas que cual en su trono natural se sienta en la tierra; y mantuvieron que sin cabeza regia y prestigios misteriosos no podía existir un pueblo, ni podía una nación, sin caer en la catástrofe, gobernarse a sí propia libremente.

Y se gobernó; y peleó de un modo irregular, brutal y nuevo, en armonía con los elementos diversos y acometedores de que este pueblo reciente está formado; y perdonó en la victoria con una plenitud y verdad de que no dio antes ejemplo pueblo alguno.

¿Quién no recuerda aquellas batallas cruentas, aquellas cinturas de ríos en que se encerró la Confederación, aquellos puentes de cadáveres sobre los que fuéronles trasponiendo los federales vencedores, aquella alegría heroica y patriarcal grandeza con que una vez en la pelea injusta, defendió el Sur su tierra y gobierno que consideraba legítima-

mente propios, y a cuyos soldados, que brillaban en sus harapos como una bandera al sol, daban con sus manos finas las matronas de los pueblos el pan que habían amasado de buena voluntad en sus casas sin padres y sin hijos, porque se los habían llevado a todos la guerra?

Pues aquella manera de morir; pues aquel fiero apego a la tierra nativa; pues aquella loca firmeza en el mantenimiento de los que estimaban sus derechos; pues aquella sublime sencillez en el abandono del regalo y la fortuna, igualada sólo por la fortaleza de las mujeres en la desdicha y la bravura de los hombres en la guerra; pues aquella hecatombe tremebunda, necesaria para mostrar a las edades en escarmiento el sepulcro de la institución de la esclavitud en cuya defensa fue, so color de derecho político levantada; pues aquel monte de héroes glorioso con que redimieron su equivocación con el tesón glorioso con que pelearon en pro de ella, es lo que en estas fiestas de ahora, en estas ciudades de gala, en estas calles llenas de banderas, en estos pavimentos cubiertos de flores, en estas escenas de vencido que sacan llanto a los ojos, ha querido celebrar el Sur en la persona agonizante de su viejo caudillo Jéfferson Davis, que se va sin doblarse, antes de que se muera.

¡Pobre viejo, más terco que bueno! Debió ser muy fuerte, como todo aquel que queda vivo después de que se le cae encima su pueblo. Es verdad que se ha quedado sobre la tierra como una luz fatua, y —a juzgar por lo que ha dicho en estas fiestas— como una lámpara casi vacía que sólo se reanima, con luz agigantada por los esfuerzos de la muerte, cuando la visión de sus cohortes grandiosas o de su esperanza enconada en la derrota sacuden el aire, con sus alas de oro, o con sus alas negras.

En otro país hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma.

¡Levantar un monumento, en los días mismos declarados sacros por la rebelión a los muertos rebeldes! ¡Disponer una gran fiesta, con júbilo de los soldados en las ciudades que fueron su cabeza, para recibir no bajo un cielo azul, sino bajo un cielo de banderas tricoloras, al que fue el primero en aconsejar la traición, y la presidió, y ya en los vahos

de la turba, se yergue sobre su bastón como sobre un arma de guerra, y con desordenadas frases seniles levanta su traición, como una gloria por sobre su cabeza!

Pues todo eso se ha hecho aquí, sin que el país se estremezca, ni nadie crea en una resurrección del bárbaro conflicto.

La esclavitud era la médula de aquella guerra. Y no hay esclavitud que mantener. El sentimiento del Sur queda en los que palpitan con él y en sus hijos; pero la guerra, con la razón que tuvo, es muerta.

¿Ni que mayor castigo para Jéfferson Davis, que mantuvo el derecho de un pueblo a conservar esclavos a los negros, que ser recibidos a su llegada a Atlanta por dos mil niños negros de las escuelas, que iban vertiendo flores delante de su coche, el cual llevaba las ruedas vestidas con las banderas de la nación que quiso echar abajo?

No: no significaba esa fiesta solamente la generosa ternura de un pueblo que quiere endulzar, antes de que se queden para siempre fríos, los labios de un anciano que lo inflamó con su espíritu de independencia, y ha vivido toscamente en su derrota, como un abanderado que muere en su bandera. La fiesta del Sur ha sido como un arrebato de alma como un ternísimo apetito, como una gran despedida, como una función de amor, en que los que aún están vivos quisieron verse, junto como en la hora de la gloria, antes de dejar en este mundo sus uniformes e ir a unirse con los que murieron por ella.

"¿Quién nos ha de tener a mal, se decían con razón, que honremos a los que pelearon a nuestro lado por un ideal que se escapó por sus heridas por deshacer una unión que hoy todos mantenemos?".

Y nadie se lo ha tenido a mal. Uno que otro político del partido republicano quiere hacer capital de guerra para la próxima campaña presidencial, de ese sentimiento unánime con que un pueblo decoroso honra sin miedo a los que supieron morir por él; ¡otros pueblos hay menos leales y dignos, que tienen vergüenza de recordar en alta voz a sus muertos!

Pero el Sur no; y el Norte se ha descubierto la cabeza con respeto, y ha visto pasar, después de veinticinco años de la muerte, el féretro de la guerra, como se descubre el vencedor honrado cuando pasa el cadáver del vencido. En Montgomery fue la fiesta mayor, y Jéfferson Davis, llevado en triunfo desde su hotel al Capitolio, dijo sin obstáculo su discurso de gracias y de recuerdos en el lugar mismo, ¡oh caso memorable!, donde juró ser fiel como presidente a la constitución de los estados rebeldes.

Fue de verlo, cuando se levantó a hablar. Temblaba el viejo, como tiembla el acero, el cabello no se le ha caído, sino que en guadejas lacias y revueltas le bate la frente, como girones de bandera rota.

Parecía un hombre de piedra: y como que todos se empequeñecían a su alrededor, para darle el consuelo a él que lo procuró en vano, de creerse un momento grande.

Ni una palabra dijo que mostrase arrepentimiento por sus actos, o reconocimiento de su ilegitimidad, o sanción de la victoria del Norte.

Insistió en la defensa de su guerra. Razonó el movimiento rebelde. Lo saludó en el espíritu de libertad que vive en los hijos del Sur.

"No diré cosas que puedan comprometer a nadie".

"¡Sigue, viejo, sigue —le dijo una voz— que estás entre amigos!".

Y habló como entre amigos, con rabia, con arranques a veces de salvaje hermosura, con un grito de amor a los muertos que saca a los ojos lágrimas de piedad por el pobre hombre roto, con exabruptos de invencible odio, como un mastín desdentado y exangüe que enseña a sus enemigos las encías.

Pero decía todo esto, apoyado sobre un bastón que parecía dispuesto a alzarse, a la sombra de una gran bandera federal, bajo cuyos pliegos se agrupaban sin armas los jefes rebeldes.

Y el general Gordon, que peleó muy bien y quiere ser gobernador, saludó los tiempos pasados, en que fue héroe del lado de los caídos, como se saluda a una tumba, y proclamó la época nueva de unión sólida en que el Sur ama al Norte, cuyo hombre en la guerra fue aquel Lincoln, que al que le dijo en el campo de muertos de Gettysburg: "¡Los federales que defendieron estas alturas vivirán en la historia!".

Respondió tendiendo aquella mano suya, que parecía una bendición, hacia el lugar de sepultura de los confederados:

"¡Y los confederados que los atacaron vivirán en la historia también!".

En paz han lucido al aire los emblemas y colores de la Confederación.

Locura eran las calles de Montgomery y Atlanta. El día, procesión; hotel, la noche. El Sur entero reunido en Montgomery.

Acá un cojo, allí un manco. Mucha barba gris. Mucho rostro curtido. Llevaban muchos el uniforme de la guerra. Se juntaban en grupos. Se abrazaban al reconocerse. Los que habían servido en una legión se apiñaban, llorando algunos, bajo una ventana en que flotaba su bandera.

Un secretario con una sola pierna distribuía cintas rojas a los soldados confederados.

—"Quiero mi cinta", dijo un anciano esbelto. La voz estremeció al secretario que levantó la cabeza.

—"¡Doctor!".

—"¡David!".

Se habían vuelto a hallar el valentísimo soldado y el cirujano que le amputó la pierna.

Uno lleva enormes bigotes porque juró no cortárselos hasta que no venciese el Sur, que no ha vencido. Todo era cinta roja. No había en

las calles hombre solo. Parecían cuchichear las cintas, agitadas por la emoción y la alegría de aquellos fuertes pechos.

En los balcones de las casas, junto con las de la nación, ondeaban las banderas confederadas.

La casa misma de ayuntamiento era toda ella una oriflama: en estandartes y banderines, en pabellones y gallardetes, lucían retratos y nombres de los héroes de la Confederación: *Robert Lee, Stonewall Jackson, Sidney Johnston.* Grandes retratos de rebeldes ilustres vestían las paredes.

Pero en la cúpula, como remate y color final en que todos los del edificio se fundían, se desplegaba y recogía al viento majestuosamente, con aire de buena madre que sonríe, la bandera de las listas rojas y las estrellas blancas.

Dr. GUALBERTO A. HERNANDEZ
(In Memoriam)[1]

La muerte del doctor Gualberto Hernández resta a la Patria la colaboración de un ciudadano eminente. Paradigma de virtud, el ilustre fallecido supo ocultar bajo suave vestidura de no mentida humildad, los altísimos quilates de su espíritu. No se adornó de los oropeles de las grandes reputaciones literarias y científicas; y fue, sin embargo, hombre de elevadas letras y de profundos conocimientos en su Ciencia. El Foro ha perdido con su muerte uno de sus más rectos caballeros, y el periodismo una pluma robusta y honrada.

Su amor a la Patria parecía caldeado por las antiguas enseñanzas de la democracia ática; y en su sencillez hubiera podido señalar, cual timbre de orgullo, como Milcíades ante el persa, que sus virtudes eran fruto de la áspera disciplina de sus costumbres. También sirvió a la Patria con desprendimiento heleno: para su nombre no buscó el relieve de los mármoles, sino la silenciosa y recóndita aprobación de la propia conciencia. Leónidas no era más grande que los trescientos leones que defendieron el trágico desfiladero.

La causa católica pierde con la desaparición del doctor Hernández uno de sus más valientes defensores. Fue católico de antiguo corte, con delineamientos íntegros y definitivos. Católico en el hogar, en el Foro, en el Diario, y en la Cátedra, para defender sus ideas y sostenerlas no rehuyó responsabilidades ni temió el guijarro del camino. Su labor

(1) Tomado de: **La Religión. Caracas, 03-11-1932.**

de periodista estuvo siempre encaminada al servicio de Dios y de la Patria, e hizo obra de bien que contribuye a la perdurabilidad de su recuerdo.

Cristiano, supo como el hermano de Tomás de Kempis que el gran defecto de las casas que habitamos los hombres, es tener puertas por donde un día habrán de sacarnos camino del sepulcro; y para prevenir las zozobras del viaje, también supo colocarse, según el símil de San Buenaventura, en la extremidad del bajel, para mejor guiar el gobernalle. Vivió de manera de saber morir, como lo enseñaron hasta las paganas letras; y al despedirse de esta vida incierta, pudo exclamar con San Pablo: "¡Oh muerte!, ¿dónde está tu victoria?...".

Sobre su tumba, como un símbolo de su vida, coloquemos junto a la cruz del caballero de Cristo, un verde ramo de olivo entretejido de blanca lana... PAX.

AÑO NUEVO[1]

Un hito para ver hacia el pasado y un hito para mirar hacia el futuro. Un alto momentáneo para reflexionar sobre la labor cumplida y para planear la obra que debemos proseguir responsablemente. Camino es la vida que reclama pausas periódicas para balancear nuestro patrimonio espiritual. Cuando se inicia bajo la cifra de 1948 un nuevo año de civilización cristiana, compete a nuestro deber juzgar el fruto de la labor realizada por el hombre en la época inmediata, a fin de edificar sobre ella la esperanza para la próxima etapa.

Lucha de intereses contradictorios, exaltación de los humanos apetitos, propósitos expansionistas de los pueblos en pos de proventos materiales, ansias de conquista, negación de los valores fundamentales de la cultura, exaltación de las fuentes del odio, desconfianza en las relaciones de los pueblos y los hombres, todo esto se pone de resalto al inventariar la obra de la política universal, mas, en lo interior del espíritu, haciendo vida soterrada en medio de las grandes crisis sociales, se percibe el ruido de alas de un pensamiento cargado de angustia y de esperanza, que porfía por el dominio del panorama de la historia. El imborrable sentido de justicia que duerme en la conciencia del hombre, aspira a hacerse práctico y a vencer la conjuración de los elementos materiales que le niegan plenitud en el seno de la sociedad.

Propicia la ocasión, al echar la mirada sobre el incierto campo del tiempo por venir, debemos ver hacia la necesidad de fortalecer nuestros con-

(1) Recorte de prensa localizado en el archivo del autor. Publicado probablemente en el diario **La Religión.** Caracas, enero 1948.

ceptos espirituales y nuestra fe en las grandes consignas de la cultura cristiana. Con la fiesta del *Nombre de Cristo* se inicia la primera semana del añalejo. *Con el nombre de Cristo*, no en los labios como plegaria de fariseos, ni en el frente inválido de empresas que ocultan otros designios, sino en el meollo de los actos y de los pensamientos, deben comenzar los hombres los nuevos caminos de la historia. *Cristo en función de paz*, de concordia, de justicia, *Cristo en la idea* de los que dirigen y en la idea de quienes sirven. *Cristo como aglutinante social.* Como fuerza que promueva el hondo sentido de comunidad, en el dolor y en las urgencias, que hace uno el género humano. Fraternidad de lo cristiano para realizar la justicia social, para limar las asperezas de los odios, para hacer deponer los vanos egoísmos de los pueblos conquistadores y de los hombres que explotan el dolor de sus semejantes. *Cristo* nuevamente hecho hombre por medio de la recta operancia de la *conciencia cristiana.*

Paz y justicia son las palabras que a diario pronuncia el hombre afligido de este siglo. En su afán de lograrlas, tuerce los caminos y en los campos de batalla quedan rendidos los hombres engañados, a quienes condujo a la matanza el oculto apetito de bastardos intereses. Inválidos de cuerpo y con el alma transida de dolor y cargada de desesperanza, llegan de nuevo a sus hogares, los soldados que creyeron defender consignas generosas. Si examinasen su destino y la realidad de los sucesos, verían, como niños grandes que salieron en pos del ave legendaria, que el pájaro del milagro lo tenían consigo en la modestia de sí mismos: la práctica de las enseñanzas cristianas.

Por eso, un hombre maduro, que ha sufrido ante el dolor de ver rotas esperanzas y promesas formuladas por quienes se dijeron inspirados en propósitos de mejorar la estructura de la sociedad, escribe para los "niños" y para los "mayores", de este Almanaque, palabras que les aviven la fe en una doctrina que encierra el secreto de la paz y la justicia, y que aún espera las manos que realicen sobre la Tierra *el mensaje de Cristo.*

LO VALIOSO Y LO DISVALIOSO EN NUESTRO PROCESO CULTURAL[1]

No ha podido permanecer ausente Venezuela de la lucha ideológica en que se debate el pensamiento contemporáneo, y sobre su suelo moral e intelectual se proyectan las confusas y contradictorias corrientes que persiguen el desiderátum exclusivo de las formas de cultura. Las líneas formativas de nuestra conciencia intelectual han carecido de uniformidad que vigorice la expansión de un pensamiento ductor, y lejos de poder hablarse de corrientes que partan de determinado foco al cual se impute la responsabilidad educativa, debe hablarse de fuerzas diseminadas que compiten sin método ni teoría de lucha algunos.

Los grandes vaivenes de nuestra historia no han desembocado en la consolidación de líneas netas y profundas para la orientación del pensamiento venezolano, pues disuelta la tradición colonial frente al empuje creador de las ideas liberales de la revolución, ni los conservadores supieron mantener la integridad de su actitud, ni los liberales como Martín Tovar Ponte, Tomás Lander y Antonio Leocadio Guzmán dieron a la doctrina política que intentaron consolidar en forma de partido, una orientación definida en el orden filosófico. Nuestro pensamiento colectivo ha carecido hasta hoy de asideros que determinen en forma la razón de las disidencias provocadoras de las luchas. Al presente, en el mismo terreno de las candentes disputas políticas, se juega con las ideas esenciales sin llegar a situarlas en su legítimo cauce. En el orden de la vida, se ha creído posible actuar sin la necesidad de llevar a él un concepto que arranque de una meditación filosófica.

(1) Texto mecanografiado localizado en el archivo del autor. Sin datos.

Sin embargo, este estado caótico, donde se ha obrado sin ajustar los actos a una regla de pensamiento, empieza a adquirir definiciones que parten de una vigilante preocupación por los problemas del hombre y de la cultura. Acaso la misma carencia de diques conformativos de que se resintieron nuestras antiguas luchas políticas —dejadas al azar de los personalismos disgregantes— promovió en los hombres la necesidad de buscar por otros medios la superación de los diferendos sociales y de marginar los puntos de disyuntiva integral. Si en verdad el egoísmo ha sido disvalioso factor en nuestro proceso de cultura, sobre él se ha cernido, aún con aspecto paradojal, un anhelo de solventar con humana comprensión la propia lucha de los hombres.

A la hora presente y como grata promesa para una mejor conciencia futura, afloran propósitos de dar a lo cuotidiano nuevos contenidos que sitúen sobre lo divergente, los grandes signos de valor ecuménico, a cuyo rescoldo sea garantizado el progreso de la moralidad pública. En las aulas los jóvenes persiguen líneas conceptuales que aventajen el desparramado esfuerzo de anteriores generaciones, que no lograron fijar pautas con las cuales pudiera evadirse el peligro de agresividad provocado por una visión unilateral de los problemas de la vida y que ha contribuido a hacer olvidadiza la fuerza pujante que, al iluminar nuestra presencia en el plano de la historia, hizo de Venezuela manera de paladión de las grandes ideas de confraternidad y de justicia para el hombre americano. El culto a estas ideas, opacado en nuestro país por los continuos eclipses de la libertad, representa, sin embargo, la angustia soterrada que da fisonomía continua a nuestra vida de colectividad deseosa de pulir el marco de sus grandes realizaciones. Una esperanza vive intacta, a pesar de las quiebras sufridas por las ideas; una esperanza que es testimonio de nuestra fe colectiva en el valor de los postulados de la cultura: la de que una generación más estudiosa y reflexiva lleva al terreno de la realidad, el patrimonio espiritul que labraron los filósofos cuyas manos mecieron la cuna de la república.

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 19

"Alberto Carnevali" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 20-5-1958, p. 4.

"Alegría y cultura", **Bitácora** (Caracas), Nº 6-7 (1943), pp. 1-2.

También en: – **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Fundación Mario Briceño Iragorry, 1984 (252 p.) pp. 179-180.

"Altagracia de Orituco y el sentido de la Provincia" (Limaduras), **El Nacional.** Caracas, 5-10-1952, p. 4.

"América en Florencia". Véase: "Venezuela en Florencia".

"Los amigos de los hombres" (Limaduras), **El Nacional.** Caracas, 15-6-1952, p. 4.

"La angustia de ser Maestro", **El Nacional.** Caracas, 6-8-1952, p. 4.

"Año Nuevo", [**La Religión.** Caracas, ?-01-1948].

"Apuntes de libros", **El Nacional.** Caracas, 22-12-1946, p. 21.

"Apuntes para una filosofía del *slack*", **El Luchador.** Ciudad Bolívar, 30-11-1944.

"Arboles de Caracas", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 10 (1952), pp. 399-402.

También en: – **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Pre-

sentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 125–127.
- **El Universal.** Caracas, s.d.–1952. Con título "El tema de los árboles".

"Aventuras de 'Esfera'" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 16–1–1935, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"Bicicleta versus Presidente" (Limaduras), **El Nacional.** Caracas, 22–3–1952, p. 4.

"El camino hacia mi pueblo", **El Nacional.** Caracas, 26–3–1958, p. 4.

"¡Caña!" (Bitácora), s.d.

"Los cañones y la moral", [**La Religión.** Caracas, s.d.–1934]. Firmado con el seudónimo ZETA.

"Carreño y las lentejas" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 28–8–1952, p. 4.

"Carta a don Ramón Villasmil, Director de **Panorama**", **Panorama.** Maracaibo, s.d.–9–1917.

"Carta al Dr. Mario Briceño Perozo", **La Esfera.** Caracas, 31–5–1958.

También en: - **El Universal.** Caracas, 6–7–1958, p. 4. Con tit. "El nombre de los vivos no debe ser propuesto con carácter simbólico. Carta de MBI".

"Carta al Dr. Rafael Caldera", **COPEI.** Caracas, 4–3–1947.

Fechada en Caracas el 1–3–1947.

"Carta al Sr. Br. Manuel V. Nucete", **Ecos Andinos.** Mérida, [20]–6–1920.

"Carta al señor Jesús Antonio Colmenares Fossi", **Vanguardia.** San Cristóbal, 6-9-1947.

"Carta al Sr. Julio E. Briceño", **La Hora.** Panamá, 19-7-1953.

Director del diario **La Hora.** Panamá.

"Carta a manera de prólogo", **Libro donde aparece por sus escritos la figura auténtica del inolvidable sacerdote trujillano Miguel Antonio Mejía.** Comp. de Dámaso Cardozo. Trujillo: s.e., 1957. 448 p.

"Carta del Ministro de Venezuela", **Ariel.** San José de Costa Rica, Nº 71 (1940).

[Caudillismo. Integración. Anticomunismo]. Original mecanografiado localizado en el archivo del autor. s.d.

Entrevista

"La ceiba de San Francisco" (Virutas), **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 10 (1952), pp. 377-381.

También en: - **De Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 115-118.
- **El Nacional.** Caracas, 4-3-1981, p. A-4.
- **El Universal.** Caracas, 21-8-1952, p. 4.

"La ciudad sin alma" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 4-5-1958, p. 4.

"Coces contra el aguijón" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 21-9-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"Coda", **El Nacional.** Caracas, 24-6-1952, p. 4.

"El columnista de HOY", **HOY.** Trujillo, 14-7-1947.

"Comenzaremos por Trujillo", **El Universal.** Caracas, 9-10-1952. p. 4.

También en: - **Sabatino.** s.d., 18-10-1952. Fragms.

"El conductor del Nº 2-6023" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 24-11-1951, p. 4.

"Confiteros y pseudomoralistas" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 7-6-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

La contradicción de los mundos. s.d. 1954.

"Contra la violencia" (Desde Madrid), **El Telégrafo.** [San José de Costa Rica], 2-1-1957.

"Coplas por Villancicos" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 28-6-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"De cara a la provincia" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 16-10-1952, p. 4.

"De Mario Briceño Iragorry a Luis Villalba Villalba. Nota de actualidad", **El Heraldo.** Caracas, 17-6-1952, p. 4.

"La desnudez de 'Esfera'" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 19-9-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"De tales bodas, tales tortas" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 12-11-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"El día del pavo" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 22-12-1951, p. 4.

[Discurso en homenaje al Maestro]. INEDITO.

"Discurso leído en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria el 13 de abril de 1958", **Homenaje al Dr. Mario Briceño Iragorry.** Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1958 (20 p.) pp. 13-19.

También en: - **La Esfera,** Caracas, 24-4-1958, p. 4. Con título: "La universidad y el ciudadano".
- **Ultimas Noticias.** Caracas, 24-4-1958, pp. 3, 36.

"El doctor Diego Bustillos, universitario" (Figuras venezolanas), **El Universal.** Caracas, 1-3-1929, p. 1.

"Dr. Gualberto A. Hernández. In Memoriam", **La Religión.** Caracas, 3-11-1932.

"El dominio de la geografía" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 8-10-1952, p. 4.

"El Embajador de Venezuela habla sobre las relaciones comerciales entre ambos países", **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), Nº 3-451247 (1949), pp. 21-23.

También en: - **El Tiempo.** Bogotá, 11-10-1949.

Entrevista.

"Encuesta sobre la educación nazi. Respuesta del Dr. Mario Briceño Iragorry", **Ahora.** Caracas, 11-3-1942, pp. 1, 3.

"En defensa de los mendigos", **La Esfera.** Caracas, 19-3-1958, p. 4.

"En defensa de un amigo" (Del momento), **El Universal.** Caracas, 24-9-1945, p. 4.

"En homenaje a Don Pedro Valery Rísquez", **Recuerdo del cincuentenario de la fundación de la "Tipografía Americana".** Caracas: Tip. Americana, 1947 (63 p.) pp. 21-24.

"En la ciudad pacífica" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 24-5-1958, p. 4.

"En la tierra de Cristóbal Colón", **El Universal".** Caracas, 13-10-1954, p. 4.

En la Universidad Central de Venezuela. INEDITO.

Discurso en el acto de toma de posesión del Rector de la Universidad Central de Venezuela, Doctor Santiago Vera Izquierdo en el año de 1946.

"En Panamá se reunió la América democrática", **Diario de Costa Rica.** San José, 16-10-1940.

"En torno a la muerte de Monseñor Montesdeoca" (Actualidades), **El Universal.** Caracas, 2-3-1945, p. 4.

La eternidad de Antonio Fernández. INEDITO.

[Exposición agropecuaria]. INEDITO.

"Exposición del paisaje caraqueño", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 11 (1952), pp. 524-525.

También en: - **Exposición del paisaje de Caracas. Catálogo.** Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1952, 24 p.
- **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 129-130.

"Extinguidores de incendio" (Limaduras), **El Nacional.** Caracas, 20-4-1952, p. 4.

"La glorificación de Pinocho. El inolvidable fantoche" (Virutas), Indice Literario de **El Universal.** Caracas, 3-7-1954, p. 1.

También en: - **El Tiempo.** Bogotá, 21-[10]-1954.

Gran fiesta confederada. s.d.

"Hablemos de Guayana" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 30-10-1952, p. 4.

"*Hercules vs. morbus*" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 19-1-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"Himnario trujillano" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 24-4-1952, p. 4.

También en: - **Himnario escolar.** Antonio Cortés Pérez.

"Las hogueras de San José" (Bitácora), **Elite.** Caracas, 18-4-1953.

"El hombre eterno", **Repertorio Americano** (San José, Costa Rica), 36:5 (1938), p. 78.

También en: - **Fantoches.** Caracas, 5-2-1943.

"Homenaje a Arístides Rojas", **Bitácora** (Caracas), Nº 11-12 (1944), p. 2.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 189-190.

"La hora legal de Venezuela", **El Nacional.** Caracas, 14-11-1947, p. 4.

"La hora undécima", **La Esfera.** Caracas, [8]-6-1958.

"La incierta existencia de Mister John Joseph Churión" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 11-5-1934, p. 1: Firmado con el seudónimo ZETA.

"Inconformidad y cultura", **Bitácora** (Caracas), Nº 4 (1943), pp. 1-3.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 173-175.

"La ira del pueblo. En Caracas" (Bitácora), **El Tiempo.** Bogotá, 8-2-1958.

También en: - **El Mundo.** Caracas, 14-2-1958, p. 4.
- **Elite.** Caracas, 1-3-1958, p. 29.

"Jerarquía y cultura", **Bitácora** (Caracas), Nº 5 (1943), pp. 1-2.

También en - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 177-178.

"Juan Ravell. De Briceño Iragorry a Luis Villalba", **El Heraldo.** Caracas, 6-5-1952, p. 4.

"Los judíos de La Punta", **El Nacional.** Caracas, 4-6-1952, p. 4.

"La lección de **Iván el Terrible**", **El Nacional.** Caracas, 31-10-1948, p. 4.

"Libertad y cultura", **Bitácora** (Caracas), Nº 8 (1943), pp. 1-2.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 183-184.

"El libro colombiano en Caracas", **El Universal.** Caracas, 20-2-1943, p. 4.

Carta al Dr. Plinio Mendoza Neira, Embajador de Colombia.

"Libro sobre Caracas y su gente. **Así es Caracas**", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 6-7 (1951), pp. 208-210.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 83-84.

Lo valioso y lo disvalioso en nuestro proceso cultural. s.d.

"El magisterio de Villalba Villalba" (Virutas), **El Universal.** Caracas, s.d.

"El magistrado de Trujillo", **El Rehabilitador.** Trujillo, 19-12-1915.

"El mal periódico" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 1-10-1934, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"Mario Briceño Iragorry. El hombre y su huella". Por Diego Ussi. Papel Literario de **El Nacional.** Caracas, 8-10-1950, p. 16.

"Mientras quiebran los albores...", **El Nacional.** Caracas, 10-4-1958, p. 4.

"La misión del periodista", **El Anunciador.** Caracas, [21]-11-1934.

También en: - **Occidente** (Mérida), Nº 1 (1943), p. [22].

Misión intelectual de la mujer. 1951. INEDITO.

Discurso en el Colegio Dominico de Santa Rosa de Lima. Fechado el 8-9-1951.

"Las Misses, la ceiba y las sardinas" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 12-6-1952, p. 4.

"Muchachas que estudian" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 3-10-1951, p. 4.

"Música y danza en el Generalife" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 19-7-1953, p. 4.

"Nacionalismo y universalismo" (Limaduras), **El Nacional.** Caracas, 16-11-1952, p. 4.

"Negritos y blanquitos", **La Esfera.** Caracas, 18-4-1958, p. 4.

"Nuestra fotografía contemporánea" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 1-10-1952, p. 4.

También en: - **El Tiempo.** Bogotá, 3-5-1949. Con tit. "Nueva dimensión de la fotografía contemporánea".

"Nuestros escritores hablan de sí mismos", **Periscopio** (Caracas), Nº 4 (1952), pp. 25-28.

Palabras para despedir al Dr. Enrique Tejera. INEDITO.

En el almuerzo del "Club de los Zoquetes", el 17-2-1943.

Palabras para despedir al Excmo. Sr. D. Ramón Piriz Coelho. INEDITO.

En el "Club de los Zoquetes".

Palabras para despedir a Plinio Mendoza Neira. INEDITO.

En el "Club de los Zoquetes".

"Palabras pronunciadas [...] en la Plaza Bolívar de Trujillo a su llegada a la ciudad", s.d. Trujillo, 8-5-1958.

También en: - **El Nacional.** Caracas, 9-5-1958, p. 40. Con tít. "Necesitamos meditar en el dolor antiguo"...

"Palmetas y colas", **El Tiempo.** Caracas, 15-3-1945, p. 4.

"Papeles irresponsables", **El Tiempo.** Caracas, 23-2-1945, p. 4.

"La Plaza del Trigo y la patria grande", **El Tiempo.** Caracas, 11-10-1941, pp. 8, 6. Firmado con el seudónimo Juan del Camino.

"[Pompeyo A. Oliva. Carta]", **El Anunciador.** Valera, s.d.-3-1934.

"Por los fueros de la verdad", **La Esfera.** Caracas, 14-11-1952, p. 4.

"[Premio Madariaga]", **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), 1:2 (1949), pp. 53-54.

Carta al Dr. José Gómez Pinzón, Rector de la Universidad Nacional de Colombia.

"Pro-América", **Billiken.** Caracas, 8-9-1928, pp. 15-16.

"El proceso de la cultura", **Bitácora** (Caracas), Nº 2 (1943), pp. 1-3.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 167-168.

"*Psaphonis Aves*" (Apuntes del momento), **La Religión.** Caracas, 30-1-1935, p. 1. Firmado con el seudónimo ZETA.

"Raúl Santana, cronista plástico de Caracas", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 9 (1952), pp. 288-293.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 91-95.
- (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 28-5-1952, p. 4.

"La rebelión creadora" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 3-6-1958, p. 4.

"Reflexiones de Navidad y Año Nuevo", **El Nacional.** Caracas, 11-1-1949, p. 4.

Régimen de los Museos y Archivos Nacionales y legislación para proteger el tesoro artístico y monumental de la nación. Caracas: Comisión Preparatoria de la IV Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1946. 23 p.

"El **Reina Mercedes**", **ABC.** Madrid, 20-2-1954.

La responsabilidad moral del obrero. s.d.

"Respuesta a unas gafas", **Repertorio Americano** (San José, Costa Rica), 43:7 (1947), pp. 102-103.

También en: - **El Nacional.** Caracas, 3-5-1947, p. 4.

"Respuestas sueltas a **El Nuevo Diario**" (Apuntes del momento), **El Nuevo Diario.** Caracas, 19-11-1934, pp. 1, 4. Firmado con el seudónimo ZETA.

"El retrato de Gil Borges" (El columnista de HOY), **HOY.** Trujillo, 10-8-1947.

"Revolución y servicio público", **Ultimas Noticias.** Caracas, 12-3-1958, p. 2.

"Rumbos", **Bitácora** (Caracas), Nº 1 (1943), pp. 1-3.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de la Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 165-166.

"Senilidad imperial" (Desde Madrid), **La Nación.** Guayaquil, 8-10-1956.

También en: - **El Telégrafo.** [San José de Costa Rica], s.d.
- **El Tiempo.** Bogotá, s.d.-1956.

Síntesis del plan para una Editorial Hispano-Americana. Diciembre 1855. INEDITO.

"Sol del trópico" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 22-10-1953, p. 4.

"Sombras sobre América", **El Telégrafo.** San José, Costa Rica, 22-9-1956.

También en: - **El Tiempo.** Bogotá, 28-9-1956.

"El sueño de los muertos" (Virutas), Indice Lit. de **El Universal.** Caracas, 26-6-1954, p. 4.

"La tesis del nacionalismo" (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 26-11-1952, p. 4.

"Tierra" (Aviso a los navegantes), **La Esfera.** Caracas, 21-5-1958, p. 4.

"Tierra de brujas, de paz y de justicia", **Elite.** Caracas, 28-2-1953.

"Tierra de herejes" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 8-6-1958, p. 4.

"Tubo de escape (I)", **Signo** (Caracas), septiembre 1952.

"Tubo de escape (II)", **Signo** (Caracas), octubre 1952.

"Tubo de escape (III)", **Signo** (Caracas), noviembre 1952.

"Umbral", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 1 (1957), pp. 111-113.

También en: - **Crónicas de antaño.** Lucas Manzano. Caracas: Avila Gráfica, 1951, pp. 1-6.
- **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 25-27.
- s.d. Caracas, enero 1951.

"Una lección y una bandera", **El Tiempo.** Caracas, 1-11-1941, pp. 1-3.

"'Un clima democrático sólo puede crearse sobre un amplio espíritu de comprensión y convivencia'". Por Guillermo Meneses. **Hoy.** Trujillo, 28-6-1947.

"Un libro de mi pueblo y la fraternidad colombo-venezolana", **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), Nº 7-8 (1950), pp. 67-69.

Sobre **Rasgos biográficos de trujillanos ilustres** de Fabricio Gabaldón.

"Un pacto de concordia", **El Nacional.** Caracas, 1-12-1948, p. 4.

"Los valores morales y la cultura", **Bitácora** (Caracas), Nº 9 (1944), pp. 1-4.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 185-187.

"La Venezuela de hoy". Por Humberto de Castro. **Heraldo de Venezuela** (Bogotá), Nº 3-4 (1949), pp. 15-20.

También en: - **Revista Raza** (Medellín), julio 1949.

Entrevista.

"Venezuela en Florencia. Crónica de Europa", Indice Lit. de **El Universal.** Caracas, 25-9-1954, p. 4.

También en: - **Humanismo** (México), Nº 43 (1957), pp. 90-93. Publicado con tít. "América en Florencia".

"Verdad y cultura", **Ambito.** Caracas, enero 1948.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 171-172.
- **Bitácora** (Caracas), Nº 3 (1943), pp. 1-3.

"El viejo urbanismo caraqueño", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 2-3 (1951), pp. 151-154.

También en: - **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Presentación de Rafael Ramón Castellanos, pp. 39-42.

Vocación e iniciación literaria. INEDITO.

INDICES DEL VOLUMEN 19

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Abalos, José de: 181.
ABC [Diario. Madrid]: 529.
Aberle, John: 147.
Abraham [Personaje bíblico]: 78.
Abreu, Juan José: 132.
Academia de Ciencias Morales y Políticas de París: 393.
Academia Nacional de la Historia: 161, 306.
Academia West Point (Nueva York. EE.UU.): 258.
Acción Democrática: 226, 264, 324.
Acosta, Cecilio: 53, 132, 135, 142, 143, 161.
Acosta, Eliseo: 141, 142.
Acosta, José de: 103.
Acosta Ortiz, Pablo: 132.
Acosta, Pablo: 142, 143
Acrópolis (Grecia): 536.
Adán [Personaje bíblico]: 435.
Adícora (Falcón): 242.
Adriático (Mar): 210.
Africa: 12, 111, 112, 215, 282.
"El agachado". Véase: González, José de Jesús.
La Agencia Pumar [Periódico. Caracas]: 517.
Agorio, Adolfo: 363.
Agreda, [María de Jesús de]: 51, 56.
Aguerrevere, Ildefonso: 478.
Aguerrevere, Santiago: 53, 58, 132.
Ahora [Diario. Caracas]: 5.
Alah: 63, 93.
Alaska: 100, 170.
Albaicín (España): 91.
Alberdi, Juan Bautista: 302.
Alcoa [Nave]: 46.
Alegría de la tierra de MBI: **281.**
Alegría, José S.: 478.
Alejandro Magno: 170.
Alemania: 44, 279, 409
Altagracia de Orituco: **181-3.**
Alto de Escuque (Trujillo): 194.
Altuna, José Antonio: 478.
Altuna, Pedro José: 478.
Altúve, Rafael María: 326.
Alvarado, Lisandro: 500.
Alvarez Abreu, Antonio José (Marqués de la Regalía: 516.
Amberes: 103.
América: 11, 12, 26, 51, 55, 59, 60, 61, 64, 68, 99, 100, 103, 104, 107, 108, 148, 154, 208, 212, 213, 216, 217, 218, 259,

265, 288, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 314, 319, 335, 338, 363, 364, 367, 369, 400, 413, 414, 416, 432, 445, 469, 470, 490, 501, 502, 509, 533, 535, 536, 537, 538, 543.
América del Sur: 213.
América Latina: 59, 61, 304.
Anauco (Caracas): 523.
Ancona (Italia): 533.
Andalucía: 95.
Anderson, Luis: 208.
Anecdotario del uruguayo Santiago Marcos de R. Piriz Coelho: 153, 154.
Angeles, Fray Juan de los: 239.
Aníbal [Caudillo cartaginés]: 170, 428.
Annapolis (Virginia, EEUU): 258, 529, 530.
Antequera, José de: 108.
Antero, Tomás: 477.
Antígona [Personaje mitológico]: 50, 55.
Antímano (Caracas): 525.
Antokoletz, [Daniel ?]: 151.
Antonio [Artista español]: 92.
Añez Pérez, Manuel: 342.
Apure (Estado): 196.
Aragua (Estado: 462.
Arahuacas: 367.
Aranda, [Francisco]: 53, 132.
Araucanos: 367.
Araujo, Antonio Martín: 268.
Araujo, Juan Bautista: 341, **342–3.**
Araujo, María Dolores de: 146.
Arboleda Duarte, Julio: 445.
Archivo General de la Nación: 280, 456, **461–7.**
Arciniegas, Germán: 539.
Argel: 540.
Argentina: 61, 62, 99, 100, 101, 105, 301, 303, 470, 471.
Arguedas, Alcides: 151, 301, 535.
Argüello, Leonardo: 414.
Arias, Arnulfo: 413, 415.
Ariel [Revista. San José de Costa Rica]: 147, **327.**
Arismendi, Ana Teresa de: 223.
Arismendi de Hederich, Margarita.
Arismendi, Juan Bautista: 220, 223.
Aristeiguieta, Juan: 478.
Aristimuño Coll, Carlos: 456.
Aristóteles: 278.
Armas Chitty, José Antonio de: 60.
Armas, Julio de: 181.
Arocha, Luciano: 141.
Arriens de Medina, Anita: 223.
Arriens Urdaneta, Benjamín: 223.
Arriens Urdaneta, Lola: 223.
Arroyo Alvarez, Eduardo: 60.
Artigas, [José]: 150, 154, 414.
Arvelo [Guevara, Carlos]: 141.
Ashavero (Personaje bíblico): **427–9.**
Asia: 213.
Así es Caracas de P. Mendoza Neira: 345–7.
Atenas: 150.
Atila [Conquistador Huno]: 428.
Atlanta (EEUU): 566, 568.
Austria, Luis de [Seud. de MBI]: 275.
Avalos, José de. Véase: Abalos, José de.
Aveledo, Agustín: 76, 132, 171, 447.
Avenida El Bosque (Caracas): 523.
Avenida Lincoln (Caracas): 523.
Avenida Miranda (Caracas): 523.
Avila, Juan de: 239.

Avila, [José Cecilio]: 179.
Avilez y Tizcar, Luis: 414.
Avito: 444.
Ayala, Hernán: 132.
Ayala, José Ramón: 449.
Babilonia: 522.
Baldó, José Ignacio: 171.
Ballet Clásico [de España]: 93.
Ballet de la Opera de París: 93.
Banco Agrícola y Pecuario: 323.
Banco del Comercio (Bogotá): 318.
Baptista, Eusebio: 132
Baptista, José Manuel: 341.
Baptista, Leopoldo: 341.
Baralt, Rafael María: 189.
Baralt, Servio Tulio: 80.
Barbi, Vincenzo: 532, 533.
Barcelona: 181, 192.
Barcelona (España): 99.
Barinas: 77, 191, 342.
Barquisimeto: 192, 195, 437, 536.
Barrio del Carmen [Valencia, España]: 87.
Bártoli, [Humberto]: 503.
Batalla de Ayacucho: 64, 203, 258.
Batalla de Carabobo: 258.
Batalla de Junín: 258.
Batallón Caracas: 423.
Beethoven, [Ludwig Van]: 521.
Bejuma (Zulia): 194.
Bello, Andrés: 29, 81, 132, 161, 171, 501, 526, 536.
Bello de Jiménez, Josefina: 223.
Bello, Jorge: 44, 133.
Bello Monte (Caracas): 526.
Benítez Fonturvel, [Carlos]: 455.
Bermejo, María Teresa: 462.
Bernal, Juan José: 192.
Betancourt, Rómulo: 280, 294.
Betania [Lugar bíblico]: 180, 240.
Betijoque (Trujillo): 194.
La Biblia: 46.
Biblioteca del Museo Británico: 102.
Biblioteca Nacional [Caracas]: 448.
Biblioteca Nacional de Madrid: 102.
Biblioteca Rotschild: 102.
Billiken [Revista. Caracas]: 367.
Bitácora [Revista. Caracas]: 9, 11, 15, 17, 21, 23, 25, 155, **335.**
Blanco, Andrés Eloy: 178, 227, 250, **282.**
Blanco, Eduardo: 350.
Blanco, Ignacia: 224.
Blanco, Jerónimo E.: 447.
Blanco Ustáriz (Vda. de Otamendi), Lola: 223.
Blanco Ustáriz (Vda. de Palacios Hernández), María Teresa: 223.
Blandín (Caracas): 526.
Boccardo, Carlos: 200.
Boconó (Trujillo): 194, 507.
Boecklin, Arnoldo: 209.
Bogotá: 79, 107, 311, 312, 319, 321, 432, 481, 496, 531, 543.
Bolet Peraza, Nicanor: 519.
Bolívar (Estado): 200, 295.
Bolívar, Simón: 18, 29, 46, 61, 152, 179, 186, 188, 192, 213, 222, 258, 302, 303, 313, 347, 351, 401, 414, 416, 445, 448, 449, 470, 481, 501, 502, 515, 525.
Bolivia: 62, 153.
Bonaparte, Napoléon: 44, 75, 170.
"Bond and Share [Company]": 294.
Borges, Carlos: 179.
Borges de López, Santiaga: 224.
Borges, Elena Catalina: 224.

Boulton, Alfredo: 81, 82.
Braden, [Spruille]: 414.
Braille, Louis: 169-71.
Brasil: 62, 187, 301, 414.
Brevísima relación de la destrucción de las Indias de Fray Bartolomé de las Casas: 102.
Briceño Altuve, Carlos Manuel: 146, 293, 327.
Briceño Angulo, Paulo: 132.
Briceño, Antonio Nicolás: 226.
Briceño de Graterol, Sancho: 266.
Briceño Iragorry, Mario: 121, 173, 268, **275-283**, 302, 305, 307, 309, 314, 316, 317, 318, 319, 321, 325, 326, 327, 330, 460, 466, 512.
Briceño, José de: 53, 132.
Briceño, Julio E.: 527.
Briceño, Pablo María: 142.
Briceño Perozo, Mario: **271-3.**
Briceño, Sancho: 265, 305.
Briceño, Sancho Antonio: 266.
Brito Fernández, Clemente: 245,247.
Brooklyn (New York): 258.
Brougnon, Colás: 197.
Bruto: 428.
Buenos Aires: 99.
Buonarrotti, Miguel Angel: 51, 56, 211.
Bustamante, Francisco Esteban: 132.
Bustillos, Diego: **141-4**, 341, 350.
Cabré, Manuel: 81, 500.
Cáceres de Arismendi, Luisa: 220, 223.
Cagliostro [Giuseppe Bálsamo. Conde]: 51, 56.
Caín [Personaje bíblico]: 429.
Cajigal, [Juan Manuel]: 132.
Calcaño Sánchez, Eduardo: 53, 58, 132.
Caldera, Rafael: 133, **159.**
Cali [Colombia]: 61, 62, 536.
California [EEUU]: 495.
Calígula [Emperador]: 513.
Camargo, Juan José: 478.
Camino, Juan del [Scud. de MBI]: 419.
Campíns y Ballester, Lorenzo: 132.
Canal de Suez: 112.
Capitanía General de Venezuela: 474.
Capriles, Manasés: 327.
Carabobo (Estado): 351.
Caracas: 5, 7, 9, 11, 15, 17, 21, 23, 25, 28, 37, 41, 45, 47, 55, 59, 63, 64, 67, 73, 75, 79, 81, 83, 87, 91, 95, 99, 115, 121, 141, 142, 143, 145, 151, 155, 157, 159, 163, 169, 173, 177, 181, 182, 183, 185, 191, 193, 195, 197, 199, 205, 209, 215, 219, 221, 222, 224, 225, 229, 233, 234, 235, 237, 245, 246, 249, 251, 253, 255, 261, 265, 267, 271, 275, 277, 291, 296, 305, 312, 318, 322, 325, 330, 335, 337, 338, 339, 346, 347, 349, 367, 373, 375, 379, 383, 387, 389, 395, 399, 403, 405, 419, 420, 423, 427, 431, 437, 439, 440, 467, 473, 475, 477, 483, 484, 485, 487, 488, 490, 491, 495, 496, 497, 499, 507, 511, 515, 518, 519, 520, 525, 526, 543, 544, 545, 547, 551, 552, 555.
Carache (Trujillo): 194.
Carbonell, Diego: 366.
Cardozo, Dámaso: 353.
Carlos IV [de España]: 96.
Carlos V (de España): 92.
Carlyle, [Thomas] 445.

Carnevali, Alberto: **225-7.**
Caronte [Personaje mitológico]: 209.
Carrasquel, Fernando: 495.
Carrasquero, Manuel María: 273.
Carreño Delgado, Francisco: 460, 466.
Carreño, Manuel Antonio: 499-502.
Carrero Urdaneta (Vta. de Vogeler), Rosita: 223.
Carrie, Turenne: 414.
Carrillo, Alfonso: 415.
Carrillo, Cruz: 350.
Carrillo, Etanislao: 341.
Carrillo Guerra, Juan Bautista: 341.
Carta de Quito: 300, 332.
Cartagena, Colombia: 107, 323.
Carujo, Pedro: 42, 161.
Casa Borbón: 102.
Casa de Austria: 102.
Casa de Llaguno: 178, **219-245.**
Casa del Obrero: 359.
Casado, Augusto: 200.
Casa León, Márquez de. Véase: Fernández de León Antonio.
Casa León y su tiempo de MBI: **280,** 281.
Casalta, Juan: 200.
Casa Natal del Libertador: 449.
Casanova de Ibarra, María Luisa: 223.
Casas, Bartolomé de las: 102.
Casas Briceño, José María: **439-41.**
Casona, [Alejandro]: 65.
Castelar, [Emilio]: 104.
Castilla la Vieja: 95, 217.
Castillo de Puerto Cabello: 250.
Castillo [Hernández], Lucas Guillermo, 238, 240.
Castro Cipriano: 237.
Castro, [Cueva, Juan Bautista]: 397.
Castro, Humberto de: 311.
Catalina II [Zarina rusa]: 41.
Catedral de Guayana: 192.
Catón de San Casiano: 29.
Cedillo, Víctor José: 277.
Cegarra, Manuel: 350.
La Ceiba de San Francisco: 177, 496, 497.
Cementerio de El Espejo (Mérida): 226.
Central Park [New York]: 401, 522.
Centroamérica: 62, 101, 151, 562.
Centurión [Guerrero, Manuel]: 187, 462.
Cercano Oriente: 215.
Cerro Bolívar (Bolívar): 201.
Cervantes [y Saavedra, Miguel-de]: 93, 239, 479.
Cervera [y Topete, Pascual]: 529, 530.
César [Emperador]: 170.
Chacabuco [Argentina]: 61.
Chacao (Caracas): 420, 526.
Chicago [Illinois. EEUU]: 511.
Chile: 62, 301, 469, 470.
Chimborazo [Volcán. Ecuador]: 154.
Chuecos Picón, Raúl: 275, 276.
Churchill, [Winston]: 435.
Church, M.T.: 415.
Churión, Juan José: 379, 387, **399-401.**
Ciccolini, [Aldo. Pianista]: 93.
Cicerón: 521.
Ciro [Conquistador persa]: 428.
Cisneros, Leonor: 56.
Ciudad Bolívar: 181, 200, 433.
Ciudad del Cabo: 170.
Claudel, [Paul]: 287.
Club de los Zoquetes: 149-54.

Club Rotario de Panamá: 414, 415, 416.
Club Rotario de San José de Costa Rica: 414, 416, 417.
Codazzi, Agustín: 181, 187, 189, 217.
Código Penal: 6.
Coffee time Products of America Inc.: 507.
Colegio "Chávez": 178, 219, 222.
Colegio de Abogados de Caracas: 161.
Colegio de Santa Rosa de Lima: 49.
Colegio "Santo Tomás de Aquino": 146, 293.
Coll, Pedro Emilio: 134.
Colmenares Fossi, Jesús Antonio: 473.
Colmenares, Juan: 175.
Colombeia o Colombia: 221, 213,.
Colombia: 59, 60, 61, 62, 151, 152, 192, 203, 303, 311, 313, 319, 321, 322, 323, 330, 331, 342, 351, 431, 482, 483.
Colón, [Cristóbal] 51, 55, 212, 213, **215-8**, 488, 490.
Colón, Diego: 213.
Colonia Tovar [Aragua]: 6, 183.
Columbia University: 44.
Compendio de urbanidad y buenas maneras de M. A. Carreño: 479.
Concejo Municipal del Distrito Libertador: 246.
Concejo Municipal de Trujillo: 261, 265.
Conde de San Javier: 339.
Conde de Tovar: 339.
Conde de Yebes: 282.
Congreso Nacional: 7, 42, 364, 455, 456, 475.
Constitución de la República: 5, 6.
Copei: 264.
Copérnico, [Nicolás]: 216.
"Coplas" de Esferoide: 379.
Corcer, [Gustavo ?]: 53, 58.
Cordelia [Personaje de Shakespeare]: 50, 55.
Cordero, Pepe: 275.
Corea: 62, 170.
Cortés [Castro], León: 205, 206, 207, 208.
Cortés Pérez, Antonio: **349-52.**
Corte Suprema de la Unión: 108.
Cosmographie Introductio de M. Valdsseemüller: 213.
Costa Rica: 45, 170, **205-8,** 241, 301, 304, 325, 414, 415, 416, 491, 492, 493.
Cotopaxi [Volcán. Ecuador]: 154.
Country Club (Caracas): 523.
Creole Petroleum Corporation: 38
Crespo, Joaquín: 42, 516.
El Cristo de nuevo crucificado de N. Kazantzakis: 294.
Croce, Benedetto: 188.
Crónica de Caracas [Revista.Caracas]: 337, 345, 487, 515, 521.
Crónicas de antaño de L.Manzano: **337-9.**
Cruz, Juan Alonso de la: 516.
Cruz Roja [Internacional]: 52. 56.
Cuartel San Carlos: 488.
Cuarteto Vegh: 93.
Cuba: 59, 301, 470, 498, 529, 530.
Cúcuta: 342.
Cuenca, Heberto: 132.
Cuenca, Héctor: 300.
Cuervo Borda, Teresa: 82.
Cuesta de Mora (San José, CR.): 492.

Cumaná: 192.
Cundinamarca [Colombia]: 60, 481.
Cupello de Alamo, Miriam: 495.
Curie, [Marie Sklodowska de]: 170.
Curie, [Pierre]: 170.
La dama del balcón de C. Rojas: 81.
Dante Allighieri: 211.
Darío [Rey Persa]: 428.
Darío Rubén: 147, 148, 206.
Daudet, [Alphonse]: 208.
Davies, Jefferson: **565-7.**
Dávila, Vicente: 461, 462.
Da Vinci, Leonardo: 51, 56, 171, 211.
De Arco, Juana: 51.
Delgado [Chalbaud] Román: 171.
Diario de Costa Rica [San José]: 413, 491.
Díaz de Vivar, Ruy: 64.
Díaz, J.A.: 478.
Díaz, Mercedes: 354.
Díaz, Ramón: 189.
Díaz Rodríguez, Manuel: 81, 526.
Díaz Sánchez, Ramón: 60, 512.
Diez Madroñero, Diego Antonio: 526.
Diez y Riega, [Valeriano]: 145.
Diócesis de Barcelona: 192.
Distrito de Columbia (EEUU): 487.
Distrito Federal: 475, 487.
Distrito Sucre: 487.
Doctrina Monroe: 61.
Domínici, Aníbal: 132.
Domínici [Otero], Santos Aníbal: 58,132.
Domínguez, Carlos: 250.
Doncella de Orleans. Véase: De Arco, Juana.
Don Quijote [de la Mancha]: 64, 84, 479, 483.
Doña Bárbara de R. Gallegos: 81, 517.
Duaca (Lara): 242.
Duarte, Francisco José: 500.
Dubuc, Luis Augusto: 268.
Il Duomo de Venecia: 210.
Echandía, Darío: 500.
Echandi, Alberto: 208.
Echeverría, Aquileo: 206.
Echezuría, Bernardo de: 478.
Echezuría, Pedro P.: 478.
Ezhezuría, Tomás: 478.
Ecuador: 61, 62, 301, 413.
Edad Media: 68.
Edipo [Personaje mitológico]: 50, 55.
Editorial Espasa-Calpe: 99, 100, 101.
Editorial Fondo de Cultura Económica: 100.
Editorial Hispano-Americana: 99.
Editorial Labor: 99, 100.
Egaña, Manuel: 315, 455, 562.
Egipto: 111, 113.
Ehrlich, [Paul]: 170.
Einstein, Albert: 511.
Eisenhower, [Dwight. "Ike"]: 170, 171.
Ejecutivo Federal: 33.
El Anunciador [Diario. Valera]: 145, 146, 371.
El Avila [Montaña. Caracas]: 81, 238, 246, 256, 281, 312, 520, 522, 525, 526.
El Avila desde Cotiza de M. Tovar y Tovar: 81.
El Bolo (Valera): 196.
El Bosque (Caracas): 523.
El Caballo de Ledesma de MBI: 279-80, 295.
El Callao (Bolívar): 201.

El Calvario (Caracas): 488.
El Calvarito (Trujillo): 196.
"El Cantar de los Cantares": 89.
El Cojo Ilustrado [La Revista. Caracas]: 397, 517.
El David de Miguel Angel: 211.
"El Eclesiastés": 89.
El Espectador [Diario. Bogotá]: 323.
El Generalife (Granada, España): **91-3.**
El Grito del Pueblo [Periódico. Caracas]: 517.
El Heraldo [Diario. Caracas]: 167, 173.
El Islam: 91.
Elite [Revista. Caracas]: 87, 205, 383.
El Kremlin (Moscú): 303.
El Libertador. Véase: Bolívar, Simón.
El Luchador [Diario. Ciudad Bolívar]: 433.
El Morrocoy Azul [Seminario. Caracas]: 152.
El Nacional [Diario. Caracas]: 37, 41, 45, 55, 59, 67, 73, 75, 79, 83, 115, 118, 169, 181, 185, 219, 225, 245, 251, 255, 265, 325, 469, 475, 491, 503, 504.
El Nuevo Diario [Caracas]: 395, 397.
Elogio del Dr. Eloy Paredes de MBI: 365.
El Pao (Bolívar): 201.
El Pregonero [Diario. Caracas]: 346.
El Rehabilitador (Diario. Trujillo): 139.
El Rosal (Caracas): 225.
El Salvador: 414.
El Telégrafo [Diario. San José de Costa Rica: 539.
El Tiempo [Diario. Bogotá]: 79, 107, 531, 543.
El Tiempo [Diario. Caracas]: 28, 419, 423, 437.
El Tiempo [1899. Diario. Caracas]: 562.
El Tocuyo: 420.
El Trujillano (Periódico. Trujillo): 198.
El Universal [Diario. Caracas]: 63, 91, 95, 141, 157, 177, 191, 195, 199, 209, 215, 222, 233, 349, 431, 439, 483, 495, 499, 521.
Embajada de Brasil [en Caracas]: 543.
Embajada de los Estados Unidos [en Caracas]: 281.
Embajada de Venezuela [en Bogotá]: 481.
Emilio J.J. Rousseau: 535.
Emmanuele, Francisco: 276.
Empire State [Building. Nueva York: 522.
Enrique IV [de Francia]: 96.
Enrique VIII [de Inglaterra]: 64.
Epicteto: 201.
Ernst, Adolfo: 43, 447, 460.
Esaú [Personaje bíblico]: 501.
Escalona Escalona, José Antonio: 60, 275, 276, 277, 283.
Escasú (Costa Rica): 207, 208.
Escritura pública por la cual varios vecinos del Cantón de Santa Lucía se proponen no tener pleitos y remitir a árbitros todas sus diferencias: 477.
Escuela "Miguel Antonio Caro": 37.
Escuela Naval de Annapolis (Virginia, EEUU): 529.
Escuela "República de Venezuela" (Escasú, Costa Rica): 207.
Escuela "27 de noviembre de

1820" (Santa Ana, Trujillo): 351.
Escuque (Trujillo): 194, 266.
"Esfera" (Seud. Columnista): **387-8, 389-91**, 402-4, 405-7.
"Esferoide" (Seud. de Juan José Churión): 379, 387.
España: 18, 50, 55, 75, 87, 91-3, 96, 100, 101, 102, 105, 212, 217, 286, 351, 353, 401, 414, 474.
Espejo, Francisco: 77, 132.
Espinoza, [Presbítero]: 397.
Esquina de La Torre (Caracas): 240.
Esquina de Pajaritos (Caracas): 449.
Esquina de San Francisco (Caracas): 496.
Estadio de San José (Costa Rica): 492.
Estado Lara: 33.
Estados Unidos de Norteamérica: 44, 59, 60, 63, 65, 85, 101, 108, 109, 169, 213, 277, 281, 295, 303, 364, 400, 401, 414, 497, 504, 507, 509, 532, 533, 563.
Estrada, [Pedro]: 555.
La Estrella de la Mañana [Revista]: 328.
Europa: 26, 51, 55, 83, 93, 101, 170, 184, 211, 213, 216, 261, 336, 428, 535.
Extasis (Film): **383-5, 396.**
Ezpelosín, Luis: 76, 132, 135.
Fabbiani Ruiz, José: 282.
Faenza [Italia]: 440.
Falke [Navío]: 175.
Fantoches [Revista. Caracas]: 427.
Farrera, Ramón: 171.
Fausto [Personaje de Goethe]: 51, 56.
Febres Cordero, Miguel: 68.
Febres Cordero, [José Rafael]: 455.
Febres Cordero, Tulio: 420, 500.
Federación de Maestros Venezolanos: 125.
Felipe IV [de España]: 96, 209.
Felipe II [de España]: 96, 434.
Feo, Francisco: 478.
Fernández, Antonio: **237-42.**
Fernández de Angulo, Sancho: 192.
Fernández de León, Antonio: **280.**
Fernández Flores, Wenceslao: **379-81.**
Fernández, Francisco: 238, 240.
Fernández Guardia, Ricardo: 206, 208.
Fernández, Mateo: 238, 240.
Fernando [V. Rey de España]: 50, 55, 92.
Fernando VII [de España]: 102, 537.
Fierro, Marín: 154.
Filipinas: 529.
Finlay, [Carlos Juan]: 170.
Fleming, [Alexander]: 170, 171.
Florencia (Italia): 211, 214, 537.
Flota Mercante Grancolombiana: 300.
Flota Venezolana de Navegación: 300.
Fonseca, José Félix: 327.
Fontaine, Margot: 93.
Francia: 44, 171, 197, 208, 279, 533, 539, 540.
Francia, Felipe: 461.
Fra Angelico [Guido Da Pietro]: 211.
Fuenmayor, Juan [Bautista]: 306.
Fuerzas Armadas de Venezuela:

324.
Gabaldón, Arnaldo: 171, 268, 512.
Gabaldón, Fabricio: 341.
Gabaldón, José Jesús: 341.
Gabaldón, José Rafael: 249.
Gallegos, Rómulo: 81, 153, 253, 282, 308, 517.
Gamboa (Caracas): 523.
García Alvarez, Julio: 315.
García de Paredes, Diego: 267.
García Lorca, [Federico]: 92, 100.
García Monge, [Joaquín]: 207, 208.
García Moreno, [Gabriel]: 445.
Génesis [Periódico. Valera]: 146, **293, 327.**
Génova (Italia): **215-8**, 253, 353, 545, 553.
Geografía de Venezuela de A. Codazzi: 189.
Gettysburg (EEUU): 568.
Ghirlandaio, Domenico de: 212.
Gil Borges, Esteban: 132, **161-2**, 329.
Gil Fortoul, José: 132, 133, **282**, 346.
Ginebra (Suiza): 535.
La Gitanilla de M. de Cervantes: 93.
Goliat [Personaje bíblico]: 108, 211.
Gómez, José: 478.
Gómez, Juan Vicente: 175, 225, 280, 299, 516.
Gómez Pinzón, José: 481.
González Castro, Vicente: 478.
González de Silva, Garcí: 419, 420.
González, José de Jesús ("El agachado"): 171.
González, José Emigdio: 341.
González, Juan Vicente: 126, 134, 526.
González Pacheco, Rafael 341.
González, Toribio: 141.
González Videla, G.: 469.
González Víquez, Cleto: 492.
Gonzalo Salas, Juan Antonio: 276.
Gramática de A. Bello: 501.
Grammont [de la Motte, Francisco Esteban]: 337.
Granada, España: 91, 93.
Granada, Luis de: 239.
Gran Bretaña: 59, 111, 112, 113.
Gran Canal (Venecia): 209, 210.
Gran Estado de Los Andes: 343.
Gran Sabana: 203.
Grant, [Ulisses Simpson]: 564.
Graterol, Francisco: 265.
Grisanti, Carlos: 192.
Grupo Escolar "Carabobo": 351.
Guaicaipuro: 179.
Guaicamacuto (Cacique): 387.
Guanare: 141, 194.
Guárico (Estado): 181, 183, 191.
Guasipati: 47, 194.
Guatemala: 301, 414, 415, 501.
Guayana: 60, 191, **199-203**, 420.
Guayaquil [Ecuador]: 61, 536.
Guerrero, Luis Beltrán: 282.
Guerrero Páez de Ibarra, Machaca: 223.
Guevara Rojas, Felipe: 132, 276.
Guevara Vasconcelos, Manuel de: 179.
Guillermo II (Kaiser): 276.
Guzmán, Antonio Leocadio: 187, 575.
Guzmán Blanco, Antonio: 42, 177, 187, 342, 445, 517.
Guzmán de Ibarra, Ana Teresa: 223.
Guzmán, Pedro: 132.

Hacienda de El Conde (Caracas): 338.
Haití: 414.
Hamlet [Personaje de Shakespeare]: 443.
Hansen, [Gerhard]: 170.
Heraldo de Venezuela [Revista. Bogotá]: 311, 321, 341, 481.
Heredia, José Francisco: 132, 171.
Hernández, Alejandro: 560.
Hernández Bello, José Domingo: 132, 142.
Hernández, Domingo: 220, 223.
Hernández, Gualberto: 53, **571–2.**
Hernández, [José Gregorio]: 53, 58, 132, 171, 350.
Hernández, José Manuel ("El mocho"): 516.
Herrera, Benjamín: 207, 208.
Herrera Fernández, Carlos: 81, 82.
Herrera Mendoza, Lorenzo: 133.
Herrera y Toro, Esteban: 478.
Higuerote [Miranda]: 183.
Himnario trujillano de A. Cortés Pérez: **349–52.**
"Himno del Libertador" de R. Darío: 147.
Hipódromo de Caracas: 512.
Hiroshima (Japón): 279.
Hispanoamérica: 214.
Historia de América: 517.
Historia de las Indias y conquista de Méjico de F. López de Gomara: 103.
Historia de Venezuela de R. M. Baralt y R. Díaz: 189.
Historia natural y moral de las Indias de J. de Acosta: 103.
Hitler, Adolfo: 279.
Hoffman, [Ernst Theodor Wilhelm]: 427.
Holanda: 85.
Honduras: 301.
Horacio: 445.
Horas de MBI: 279, **293.**
La hora undécima de MBI: 121, **296.**
Hospital San Juan de Dios (San José, C.R.): 205.
Hostos, Eugenio María de: 135.
Hotel Humboldt: 256.
Hotel Saint Amandt: 177.
Hoy [Diario. Trujillo]: 469.
Humboldt, [Alejandro de]: 326.
Hungría: 539.
Hurtado Manrique, Juan: 132.
Ibarra, Diego: 220, 223.
Ibsen, Henrik: 373.
Iglesia del Llano (Mérida): 229.
Iglesia de San Marcos (Venecia): 211.
Indias Occidentales: 212, 213.
Indice Literario de **El Universal:** 209.
Infante, Domingo de la Trinidad: 179.
Inglaterra: 64, 85, 112.
Instituto Nacional de Bellas Artes: 448.
Instituto Pedagógico del Aire: 174.
Introducción y defensa de nuestra historia de MBI: **281.**
Iowa (Navío): 530.
Ipire (Guárico): 242.
Isabel [de Castilla. Reina]: 50, 92.
Isaura, Clemencia: 354, 495.
Isla de la Muerte de A. Boecklin: 209.
Isla de Margarita: 134.
Isla de Trinidad: 60.
Islas Británicas: 532.
Istúriz Meneses de Romero, Luisa A.: 223.

Istúriz Meneses, Emilia: 223.
Istúriz Meneses, Mercedes: 223.
Italia: 215, 217, 532, 537.
Iturbe, Juan: 171.
Ivan IV [Zar ruso]: 41.
Ivan III [Zar ruso]: 42.
Ivan el Terrible [Film soviético]: 41-4.
Izquierdo, José: 133.
Jackson, Stonewall: 569.
Jahn, Alfredo: 132.
Jefferson, [Thomas]: 329.
Jehova: 63.
Jenner, [Edward]: 170.
Jesucristo: 50, 51, 52, 59, 63, 68, 70, 109, 112, 277, 294, 574.
Jiménez, Carlos María: 208.
Jiménez, Lico: 208.
Johnston, Richard H.: 511.
Johnston, Sidney: 569.
Juan Cristóbal [Revista. Trujillo]: 327.
Juan Griego (Nueva Esparta): 242.
Judas [Personaje bíblico]: 70.
Junta de Conservación y Fomento [de los Museos Nacionales]: 452, 453, 455.
Junta de Gobierno: 251.
Junta Nacional Protectora y Conservadora del Patrimonio Histórico y Artístico de la Nación: 458-9.
Junta Patriótica de Trujillo: 261, 262.
Junta Suprema de Caracas: 481.
Kazantzakis, Nikos: 294.
Kempis, Tomás de: 572.
Key Ayala, Santiago: 178, 219, 282, 318, 338, 500, 512, 519.
Koch, [Robert]: 170.
La Alhambra [España]: 91.
La Bastida, Francisco de: 265.
La Columna [Diario. Maracaibo]: 439-41.
La Esfera [Diario. Caracas]: 121, 229, 249, 271, 437, 551, 555.
La Floresta (Caracas): 526.
"Lagartijos" (Liberales): 341, 342.
Lago Alberto (Uganda): 111, 112.
Lago de Maracaibo: 193.
Lago Eduardo (Africa): 111.
Lago Salado [Utah, EEUU]: 400.
Laguna Estigia [Lugar mitológico]: 209.
La Habana: 543.
La Hora [Diario. Panamá]: 527.
"La hora undécima" de MBI: 121.
La Laguneta (Trujillo): 194.
La Mocotí (Trujillo): 194.
La Nación [Diario. Guayaquil]: 111.
La Nación [Diario. Santiago de Chile]: 500.
Landaeta Rosales, Manuel: 337, 338.
Lander, Tomás: 575.
La Pastora (Caracas): 488.
La Paz (Bolivia): 153.
La Plazuela [Trujillo]: 132.
La Punta [La Parroquia. Mérida]: 67, 71.
La Quebrada (Trujillo): 194.
Lara (Estado): 420, 437.
La Religión [Diario. Caracas]: 38, 174, 237, 373, 375, 379, 383.
La Rotunda [Cárcel. Caracas]: 515.
Larrea, Carlos Manuel: 313, 387, 389, 399, 403, 405.
La Sabana (Aeropuerto, San José, Costa Rica): 205.
Las Alpujarras [España]: 92.
Las Antillas: 529.
Las lanzas coloradas de A. Uslar

Pietri: 81.
Lasso de la Vega, [Rafael]: 192.
Lauder, Harold: 93.
La Vega (Caracas): 81.
Laverán, [Charles Louis Alphonse]. 170.
La Yerbera (Caracas): 338.
Lázaro [Personaje bíblico]: 180, 428.
Lazo Martí, Francisco: 81.
Lecturas venezolanas de MBI: 279.
Lecuna, Vicente: 219, 461.
Ledesma, Alonso Andrea de: 64, 65, 222, 279.
Lee, Robert: 569.
Leguía, Augusto: 461.
Lenin, [Vladimir Ilich]: 41.
Lenon Boyd, Alan: 112.
León, Carlos: 132.
León, Carlos Augusto: 512.
León, Fray Luis de: 93, 239.
Leónidas [Rey de Esparta]: 571.
León, Juan Francisco de: 222.
"Les falles de Sant Jusep": 87-9.
Leuwenhock, Anthony van: 433.
Levanti, Antonio: 200.
Ley de Educación: 5, 6, 7.
Ley de Patronato: 305, 306.
Ley de Presupuesto: 307.
Leyva, Joaquín: 147.
Liceo "Juan Vicente González": 115.
Liceo "Lisandro Alvarado": 195.
Liendo Coll, Cristina: 223.
Liendo y Clemente, Bartolomé: 223.
Limardo, Ricardo Ovidio: 132.
Linares Alcántara, Francisco: 175.
Lincoln, Abraham: 108, 109, 329, 492, 564, 568.
Liscano, Juan: 282, 512.
Lister, [Joseph]: 170, 171.
Llorente, [Teodoro]: 89.
Lobatera: 77.
Lobo, Fernando: 543.
Londres: 103, 153, 184, 536.
López Contreras, Eleazar: 280, 455.
López de Gomara, Francisco: 103.
López, Guillermo: 132.
López Méndez, Luis Alfredo: 516.
Lorena (Francia): 213.
Lorenzani, Carlos: 531.
Losada Casanova, Alberto: 300.
Losada, Diego de: 153, 488, 490.
Los Andes: 194.
Los Andes [Periódico. Mérida]: 365.
Los Dos Caminos (Caracas): 238, 240.
Los Guayos (Carabobo): 242.
L'Osservatore Romano [Diario. Roma]: 109.
Los Teques (Miranda): 487.
Lozada Hernández, Rosendo: 460, 466.
Lozano, Jorge Tadeo: 481.
Luis XIV [Rey de Francia]: 44.
Luis XI [Rey de Francia]: 44.
McAdoo, William G.: 364.
Macarao (Distrito Federal): 484.
Mac Arthur, [Douglas]: 169, 171, 258.
Macbeth [Personaje de Shakespeare]: 427.
Machado, [Antonio]: 100.
Machado de Arnao, Luz: 500.
Machado, Gustavo: 306.
Machado, Juan José: 478.
Machado, Manuel: 209.
Madariaga, José Cortés de: 481.
Madrid: 95, 96, 97, 99, 102, 103, 106, 221, 241, 242, 264, 527, 529, 539.
Mahoma: 63.

Malón de Chaide, Pedro: 239.
Manrique, Pedro: 80.
Mantilla, Rafael: 341.
Manzano, Lucas: **337-9.**
Maquiavelo, [Nicolás]: 211.
Maracaibo: 192, 194, 195, 199, 327, 363, 420, 439, 507.
Maracay: 192, 234, 235, 423.
Marco Polo: 216.
María Estuardo [Reina de Inglaterra]: 51, 56.
Marías, Julián: 135.
Marqueti, J. María: 478.
Martain, Jacques: 279.
Martí, José: 108, 135, 168, 208, 266, 278, 445.
Martí, Mariano: 187.
Martínez, Adolfo E.: 363.
Martínez Suárez, Francisco: 147.
Maryland [Estado, EEUU]: 487.
Mayflower [Nave]: 44, 46.
Medina Angarita, Isaías: 226, 227, 280, 315, 424, 425, 460, 467.
Mediterráneo (Mar): 215.
Mejía, Miguel Antonio: 293, **353-5.**
Mejía, Nicanor: 327.
Mejía Palazzi, Gilberto: 268.
Melich Orsini, José: 282.
Mendoza, Cristóbal: 350.
Mendoza Fría (Trujillo): 226.
Mendoza, Juan José: 500.
Mendoza, Luciano: 299.
Mendoza Neira, Plinio: **151-2,** 345, 431.
Mendoza (Trujillo): 194:
Meneses, Guillermo: 305.
Meneses, Olegario: 220, 223.
Mensaje sin destino de MBI: **281,** 294, **295.**
Mérida: 67, 71, 191, 199, 227, 229, 232, 275, 276, 293, 365, 420, 507.
México: 62, 99, 100, 103, 105, 303, 367, 368, 470, 509.
Michelena, [Arturo]: 79, 81.
Michelena [Salias], Guillermo: 132, 141, 142.
Michoacán (México): 536.
Milán (Italia): 221, 233, 537.
Milcíades [General ateniense]: 571.
Milicias de Blancos: 339.
Ministerio de Asuntos Exteriores (España): 105.
Ministerio de Educación Nacional: 33, 450, 451, 452, 453, 454, 455.
Miraflores (Caracas): 241.
Miranda (Estado): 475, 487.
Miranda, Francisco de: 213, 501.
"Mis Tijeras" (Seud.): 397.
"El mocho" Hernández. Véase: Hernández, José Manuel ("El mocho").
Mohedano, José Antonio: 420.
Moller [Mejías], Carlos [Manuel]: 219.
Monagas (Estado): 196.
Monagas, [José Tadeo]: 42.
Monasterios, [Rafael]: 325.
Montecarmelo (Trujillo): 193.
Monte de la Independencia (Caracas): 281.
Monte de Morija [Lugar bíblico]: 78.
Montesdeoca, Salvador: **439-41.**
Monteverde [y Ribas, Domingo de]: 171.
Montevideo: 153, 363, 364, 543.
Montgomery [Alabama, EEUU]: 567, 568.
Montiel Molero, Carlos: **157-8.**
Montilla, Mariano: 220, 223.
Monzón, Juan de Dios: 142.

Morales, Eduardo: 478.
Morales Lara, Julio: 517.
Morazán, [Francisco]: 445.
Morelos [y Pabón, José María]: 470.
Moreno Cañas, Ricardo: 206.
Morgan, [Henry John]: 401.
Morillo, Pablo: 351.
Moscú: 389.
Mosquera de Zuloaga, Elena: 223.
Motatán: 139, 266.
Motivos de Proteo de J. E. Rodó: 363.
Mucuchíes: 47.
Muñoz, Pedro José: 456, 520.
Muñoz Tebar, Jesús: 132.
Murano (Venecia): 209, 210.
Muro, Emilia: 224.
Museo Bolivariano: 448, **449-50**, 461.
Museo Boliviano. Véase: Museo Bolivariano.
Museo de Arqueología e Historia Natural: 448, 450, 457.
Museo de Arte Colonial: 219, 222.
Museo de Bellas Artes [Caracas]: 448, 449, **451**.
Museo de Ciencias Naturales [Caracas]: **449-51**.
Museo Histórico de la Nación: 449.
Museo Nacional de Bogotá: 79.
Museo Nacional [de Caracas]: 447.
Mussolini, [Benito]: 279.
Naciones Unidas: 539, 540.
Navarro, Nicolás Eugenio: 219.
Nazareno de San Pablo: 178.
Negro Caparú: 68.
Negro Primero [Pedro Camejo]: 43.
Nerón [Emperador romano]: 428.
"The New Goldfield [Company]": 201.
The New York Tines [Diario. New York]: 60.
Nicaragua: 301, 304.
Niquitao (Trujillo): 194.
Nixon, [Richard]: 230, 296.
Nobel, Alfred: 393.
Noria, Rosendo: 76, 338.
Norteamérica. Véase: *Estados Unidos de Norteamérica.*
Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile... de J. J. Ulloa y A. Ulloa: 103.
Nucete, Manuel Vicente: 365.
Nuestra Señora de la Candelaria: 68.
Nueva España. Véase: *México.*
Nueva Granada: 213.
Nueva Inglaterra (EEUU): 368.
Nueva Orleans [Louisiana, EEUU]: 109.
Nueva York: 221, 233, 259, 503, 518, 522, 532.
El Nuevo Mundo. Véase: *América.*
Núñez de Boulton, Emilia: 223.
Núñez de Cáceres, [José María]: 297.
Núñez, Enrique Bernardo: 179, 219, 338, 519.
Obando, Juan de: 187.
Oberammergau [Alemania]: 71.
Océano Pacífico: 169.
Ochoa, Francisco: 132.
Ocumare del Tuy: 183.
Oggi (Semanario. Milán): 532.
Ojeda, Alonso de: 217.
Olavarría de Guzmán, Lucía: 223.

Olavarriaga, José: 187.
Olivia, Pompeyo M.: **145-6**, 327.
Omaña, Timoleón: **140-1**.
Orden del Libertador: 245.
Oriente: 216.
Oropeza, Juan: 33, 455.
Oropeza, Pastor: 171, 174.
Orquesta de Cámara [de España]: 93.
Orquesta Nacional [de España]: 93.
Ortega [y Gasset, José]: 100, 282.
Otamendi, Rafael: 223.
Otero, Miguel: 150.
Oviedo y Baños, José: 263, 351.
Pacheco, Alonso: 265.
Páez, José Antonio: 187, 220, 223, 462.
Palabras en Guayana de MBI: 279.
Palacio de Artes e Industrias Nacionales [Caracas]: 448.
Palacio de las Academias: 337, 448.
Palacio Ducal (Venecia): 210.
Palacio Episcopal: 178.
[Palacios y Blanco de Bolívar], María Concepción: 46.
Palacios, Esteban: 347.
Palacios, Feliciano: 81.
Palacios Hernández, Inocente: 223.
Palacios Hernández (Vda. de Anzola), Mercedes: 223.
Palacios Hernández (Vda. de Chapellín), Carmen: 223.
Palomeque de Acuña, Diego: 559.
Pampán (Trujillo) 266.
Panamá: 60, 61, 245, 301, 413, 414, 415, 416, 417, 527.
Pandectas: 21.
Panorama [Diario. Maracaibo]: 363.
Pan Sembrar [Bello Campo. Caracas]: 526.
Panther [Navío alemán]: 133.
Papini, Giovanni: 294.
Paredes, Antonio: 171.
Paredes, Eloy: 132.
París: 51, 56, 440, 518.
Parpacén, Clemente: 132.
Parque Central: 523.
Parque Los Caobos (Caracas): 449.
Parque Sucre. Véase: *Parque Los Caobos.*
Parra Márquez, Alirio: 184.
Parra Márquez, Héctor: 153.
Parra [Olmedo], Caracciolo: 132.
Parra Pérez, Abraham: 249-50.
Parra Pérez, Caracciolo: **282.**
Parra Pérez, Hugo: 275, 276.
Parra Picón, Ramón: 132.
Parra Velasco, Antonio: 61.
Parroquia Colón: 488.
Parsifal de R. Wagner: 215.
Partido Comunista: 264.
Partido Democrático Venezolano: 157, 226.
Pasteur, [Louis]: 170, 171.
Pedro el Grande [Zar]: 41.
Pellín, José María: 174, 237, 241, 242.
Peñalver, Rafael: 240.
Peonía de M. V. Romerogarcía: 81.
Pepe Carrel [Seud.]: 403.
Peraza, Manuel: 447.
Peregrina de M. Díaz Rodríguez: 81.
Pereira, [Pedro M.]: 455.
Pérez Agreda, Ovidio: 200.
Pérez Arjona, R.: 460, 466.
Pérez Bonalde, Juan Antonio: 255.
Pérez, Edmundo ("Gordo"): 82.

Pérez Galdós, Benito: 350.
Pérez Jiménez, Flor de: 219.
Pérez Jiménez, Marcos: 241, 555.
Pérez, Néstor Luis: 132.
Pérez Velasco, Carlos: 478.
Periscopio [Revista. Caracas]: 275.
Perón, [Juan Domingo]: 469.
Perú: 301.
Petare: 77, 525.
Petión, [Alejandro]: 414.
Picado Twight, Clodomiro ("Cloriito"): **205-6**, 208.
Picón Febres, Gonzalo: 81.
Picón, Juan de Dios: 132.
Picón Lares, Roberto: 315.
Picón Salas, Mariano: 108, 278, 282.
Pimentel, [Juan de]: 420.
Pimienta, Conchita: 224.
Pinocho: **531-3.**
Pino, Ubaldo: 516.
Pío IX: 293.
"Piringo" [Bandolero colombiano]: 342.
Piriz Coelho, Ramón: 150, 151, **152-4.**
Pi y Margall, Francisco: 104.
Pizani, Rafael: 133.
Planas, Simón: 142.
Platón [Filósofo]: 52, 404.
Plaza Bolívar (Caracas): 448.
Plaza Bolívar (Valencia). 249.
Plaza del Llano (Mérida): 230.
Plaza del Trigo: 419-21.
Plaza de San Marcos (Venecia): 209.
Plinio el joven: 444.
Pobre Negro de R. Gallegos: 517.
Polonio [Personaje de Shakespeare]: 443, 444.
"Ponchos" [Conservadores]: 341.
Ponte, Agustín: 478.
Preston, Amyas: 64, 509.
Proverbios de Salomón: 50.
Puente de hierro de M. Tovar y Tovar: 81.
Puente Yanes (Caracas): 338.
Puerta Soprana (Génova): 215, 216.
Puerto Cabello: 249.
Pulgar, Venancio: 171, 342.
Pulido Villafañe, Antonio: 315.
Quebrada Ampara: 182.
Quebrada Culebra: 182.
Quebrada de Catuche: 179.
Quebrada de Lazarinos: 488.
Quebrada Vuelta Grande: 182.
Quevedo, Numa: 60, 226, 268.
Quintana, Padre: 277.
Quiroga, [Antonio]: 537.
Quiroga, [Juan Facundo]: 445.
Raleigh, [Walter]: 401.
Ramírez, Juliana: 224.
Ramírez, Marcelino: 80.
Ramos Calles, [Raúl]: 69.
Ramos, Julio: 195, 199.
Rangel, Rafael: 171, 350.
Rasgos biográficos de trujillanos ilustres de F. Gabaldón: 341.
Ravell, Juan: **167-8**, 173, 175.
Razetti, [Luis]: 53, 58, 132.
Razetti, Ricardo: 81, 82.
Real Consulado de Caracas: 561.
El Regente Heredia de MBI: **281**, 512.
Reina Mercedes [Navío]: **529-30-**
Relación historia del viaje a la América meridional... de J. J. Ulloa y A. Ulloa: 103.
Relator [Diario. Cali]: 59, 62.
Rembrandt, [Harmenszoon Van Rijn]: 51, 56.

Renán, Ernst: 365.
Repertorio Americano [Revista. San José, C.R.]: 208.
Rey Lear [Personaje de Shakespeare]: 50, 55.
Riego [y Núñez, Rafael]: 537.
Rif [Marruecos]: 170.
Río Albarregas: 68.
Río Anauco: 488.
Río Arno (Italia): 211.
Río Aro: 203.
Río Burate (Trujillo): 266.
Río Caroní:: 202.
Río Caura: 203.
Río Chama: 68.
Río Cuyuní: 202.
Río Grande (México): 367.
Río Guaire: 488.
Río Hudson (EEUU): 202.
Río Kivina (Uganda): 111.
Río La Paragua: 203.
Río Mississippi (EEUU): 202.
Río Nilo: 111, 112, 113.
Río Orinoco: 200, 202.
Río Orituco: 183.
Río Potomac (EEUU): 202.
Río Santa Cruz: 182.
Río Semiliki (Africa): 111.
Río Sena (Francia): 202.
Río Táchira: 313.
Río Taguaza: 182.
Río Támesis (Inglaterra): 202.
Río Torbes: 474.
Rízquez [Alfonzo, Francisco Antonio]: 53, 58, 132.
Rivas, Angel César: 132.
Rivas Baldwin, Angel: 447.
Rivas, J. N.: 467.
Rivas, Natividad: 67, 69.
Rivero, Nicanor: 240.
Robespierre, [Maximilien]: 544.
Rodó, [José Enrique]: 150, 154, 327, 363, 364, 365, 369, 414.
Rodríguez de Seguí, Margot: 223.
Rodríguez, Juan J.: 478.
Rodríguez Ortíz, Rafael: 455.
Rodríguez Rivas, M.: 143.
Rodríguez Suárez, Juan: 67.
Rodríguez, Teófilo: 447.
Rodríguez, Valmore: 323, 324.
Röhl [Wissell], Juan: 219.
Rojas, Arístides: 142, **155-6**, 338, 447, 460, 500, 519.
Rojas, [Cristóbal]: 79, 81.
Rolland, Romain: 197, 327.
Roma: 88, 221, 428, 439, 537.
Román, Argenis: 455.
Romerogarcía, Manuel Vicente: 81.
Romero, Telmo: 516.
Romero Zuloaga, Luis: 58.
Roosevelt, Theodoro: 60, 424, 435.
Rosales Aranguren, Jesús María: 146, 293, 327, 455.
Rosas, [Juan Manuel de]: 445.
Roscio, Juan Germán: 132.
Rosenweig y Díaz, [Alfonso]: 153.
Rotterdam, Erasmo de: 403, 478.
Rousseau, Juan Jacobo: 12, 535.
Rubio (Táchira): 507.
Rue de Mont Blanc (Ginebra): 535.
Ruiz, Francisco: 265.
Ruiz Pineda, Leonardo: 227.
Rusia: 304, 385.
Saavedra, Santana: 341.
Sabana Libre (Trujillo): 194.
Saénz, Manuela: 258.
Sahara [Africa]: 111.
Salamanca [España]: 51, 56.
Salas, José Antonio: 80.
Salinas, [Juan de]: 93.
Salomón: 50.
Salvatti, Olga: 495.

Samán de Güere: 179.
Sanabria Bruzual, [Jesús ?]: 53.
San Agustín: 277.
San Benito: 484.
San Bernardino (Caracas): 523.
San Buenaventura: 572.
San Carlos (Cojedes): 194.
San Carlos [Fortaleza. Maracaibo]: 44.
San Casimiro [Aragua]: 183.
Sánchez de Jelambi, Carmela: 146.
Sánchez Gutiérrez, Reinaldo: 201.
Sánchez, Manuel Segundo: 461.
Sánchez, Miguel: 104.
Sánchez Vita, Juan: 276.
Sancho Panza: 483.
San Cristóbal (Táchira): 473.
Sandino, [Augusto César]: 445.
San Felipe (Caracas): 526.
San Felipe Neri: 239.
Sanín Cano, [Baldomero]: 62.
San Isidro: 229, 230.
San Isidro (Bolívar): 201.
San Jacinto (Trujillo): 194.
San Jorge: 215.
San José: 87, 88.
San José de Costa Rica:: 147, 151, 170, 207, 225, 226, 280, 415, 491, 492, 495, 539.
San José de Mérida: 420.
San Juan de La Cruz: 239.
San Juan de los Morros: 225.
San Lázaro (Trujillo): 194.
San Lorenzo (Génova): 215.
San Martín, [José de]: 61, 400, 445, 470.
San Miguel (Trujillo): 193.
Sanojo, Luis: 58, 132.
San Pablo: 572.
San Pedro: 242.
San Pedro Claver: 107-9.
San Pedro de Alcántara: 239.
San Rafael [Llanos centrales]: 181.
San Sebastián [de los Reyes]: 183.
Santa Claus: 46, 47.
Santa Eduviges (Caracas): 238.
Santa Lucía (Miranda): 477, 479.
Santa Margherita Ligure (Roma): 533.
Santana, Raúl: 219, **515-20.**
Santander, Francisco de Paula: 152, 470.
Santa Rosa de Santa María de Lima: 64.
Santa Sede: 414, 440.
Santa Teresa de Jesús: 51, 56.
Santa Teresa [del Tuy]:: 181.
Santiago [Apóstol]: 242.
Santiago de Chile: 500.
Santiago de Cuba: 529.
Santiago de la Punta. Véase: *La Punta.*
Santiago de León. Véase: *Caracas.*
Santo Domingo [República Dominicana]: 497.
Santo Job: 484.
Santos, Eduardo: 425.
Sanz, Miguel José: 132.
El Sargento Felipe de G. Picón Febres: 81.
Sarmiento, [Domingo Faustino]: 492.
Savonarola, [Girolamo]: 211, 537.
Schaudinn, [Friedrich]: 170.
Schiller, Federico: 21.
Schneider, Eugenio: 393-4.
Sebucán (Caracas): 238, 526.
Segovia, [Andrés]: 93.
Segovia, Juan de: 265.
Segundo Festival Internacional de Música y Danzas (Granada): 91.

Seguridad Nacional [Policía política]: 115, 543, 544.
Seijas, Rafael: 53, 58, 350.
Seis destinos [Film norteamericano]: 433.
Selecciones del Reader's Digest [Revista. EEUU]: 433.
Semana de la Patria: 547.
Semana Nacional de Alfabetización: 37.
Seminario de Caracas: 238.
Semíramis: 216.
"El sentido de la tradición" de MBI: 73.
Sequera, Carlos: 281.
Serrano y Sanz, Manuel: 104.
Sevilla: 103.
Sevilla Sacasa, Embajador: 414.
Signo [Revista. Caracas]: 503, 507, 511.
"Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida" de A. Bello: 81.
Silva, [Antonio Justo]: 293, 397.
Silva Bustillos, Rufa: 267.
Silva Uzcátegui, [Rafael Domingo]: 455.
Simón, Julio: 403.
Smith, José: 387, 400.
Smith, Theobald: 170, 171.
"Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas": 447.
"Sociedad Económica de Amigos de Guayana": 200.
Sócrates [Filósofo griego]: 12.
Sojo, Vicente Emilio: 512.
Soley, Tomás: 208.
Soriano, Luis: 132.
Sotela, Rogelio: 208.
Sotillo, Antonio José: 76.
Sotillo, Pedro: 315.
Soublette, Carlos: 251.
Spengler, [Oswald]: 394.
Stalin, Joseph: 41, 435.
Storia di Cristo de G. Papini: 294.
Suárez Flamerich, Germán: 22.
Suárez, Marco Fidel: 492.
Sucre (Estado): 175.
Sucre, Luis Alberto: 461.
Sudán: 111.
Suiza: 85.
Sur América: 367.
Táchira (Estado): 152, 196, 473, 474.
Taguaza Grande: 182.
Tapices de historia patria de MBI: **279, 294, 329.**
Tarre Murzi, Alfredo: 315.
Tejera, Enrique: **149-50,** 151, 171.
Temas inconclusos de MBI: 279.
Templo de La Trinidad: 179.
Templo de San Francisco: 178.
III Congreso Científico Panamericano: 455.
Terepaima (Cacique): 387.
Teresa Cascajo: 483.
Terrero Atienza, Gustavo: 461.
Thales de Mileto: 112.
Thanksgiving Day: 46.
The New York Times [Diario. Nueva York]: 504, 511.
Tierra del Fuego: 100, 367.
Timotes (Mérida): 242.
Tío Sam [EEUU]: 46.
Tipografía Americana: 163.
Tolstoy, [Aleksei Nikolayevich]: 434.
Toro, Fermín: 161, 251, 526.
Torquedama, Juan de: 103.
Torrealba, José Francisco: 171.
Tosta García, Francisco: 350.
Tovar Ponte, Martín: 575.
Tovar y Tovar, Martín: 79, 81, 448.
"La traición de los mejores" de MBI: 296.

Troconis Guerrero, Luis: 225, 226, 280.
Trujillo: 77, 132, 139, 140, 141, 144, **191-4, 195-6,** 197, 199, 226, 261, 263, **265-8,** 269, 271, 275, 282, 293, 294, 327, 329, 330, 337, 341, 342, 349, 350, 351, 352, 363, 420, 469.
Trujillo (España): 267.
Truman, Harry: 258.
Tucumán (Argentina): 469, 536.
Turcios, Froylan: 147.
Turín (Italia): 537.
Uganda: 111.
Ugueto [Pérez, Luis]: 53, 58, 132.
Ulate, Otilio: **491-3.**
Ulloa, Antonio: 103.
Ulloa, Jorge Juan: 103.
Ultimas Noticias [Diario. Caracas]: 38, 547.
Umaña Bernal, José: 330.
Unamuno, [Miguel de]: 100.
"United Fruit Company": 294.
Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza: 183.
Unión Republicana Democrática: 264.
Universidad Central de Venezuela: **33-6,** 79, 141, 177, **285-92,** 329, 447.
Universidad de Santa Rosa de Santa María: 289.
Universidad de Trujillo: 192.
Universidad Nacional de Colombia: 82, 481.
Upata: 77.
Urbaneja, Manuel Clemente: 132.
Urbanidad de Carreño. Véase: **Compendio de Urbanidad.**
Urbano, [Federico ?]: 53, 58.
Urbina, Rafael Simón: 171.
Urdaneta Braschi, Ezequiel: 329.
Urdaneta, Edmundo: 327.
Urdaneta, Rafael: 220, 223.
Urdaneta (Vda. de Díaz C.), Panchita: 223.
Urdaneta (Vda. de Lauría), Luisa: 223.
URSS [Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas]: 540.
Uruguay: 62, 150.
Uslar Pietri, Arturo: 81, 308, 455, 460.
Ussi, Diego: 325.
Ustáriz de Borges, Belén: 223.
Ustáriz [Monserrate], Miguel: 220, 223.
Valdseemüller, Martín: 213.
Valencia: 77, 179, 181, 249, 250, 462.
Valencia (España): 87-9.
Valera: 145, 146, 294, 327, 353, 354, 371, 439.
Valeri, Natalio: 200.
Valero, Américo: 293, 327.
Valery Rísquez, Pedro: **163-6.**
Valle de Altagracia [de Orituco]: 181.
Valle de San Francisco de los Caracas: 419, 420.
Vallenilla Lanz, Laureano: 192, 461, 556.
[Valles del] Tuy: 181.
Valverde, Carlos Luis: 206, 207, 208.
Vanguardia [Diario. San Cristóbal]: 473.
Vargas, José María: 42, 53, 132, 141, 161, 162, 477, 479, 526.
Vargas López, Manuel María: 327.
Vargas Vila, [José María]: 409.
Vaz Ferreira, [Carlos]: 154.
Vega Carpio, Lope Félix de: 92.
Vegas, Rafael: 69, 175, 500.

Los veinte y un libros rituales y monarquía indiana de J. de Torquedama: 103.
Velasco, Ibarra, [José María]: 299.
Venecia (Italia): 209, 210, 217.
Venezuela: 5, 18, 26, 42, 45, 46, 49, 59, 61, 68, 70, 77, 81, 84, 105, 119, 121, 140, 152, 155, 181, 182, 183, 191, 193, 194, 195, 201, 202, 205, 215, 217, 221, 222, 230, 231, 233, 234, 235, 237, 242, 245, 247, 253, 255, 256-9, 261, 267, 279, 286, 291, 292, 294, 297, 299, 301, 308, 313, 314, 316, 318, 319, 321, 323, 328, 330, 338, 364, 400, 414, 416, 420, 431, 437, 440, 470, 475, 476, 481, 482, 496, 497, 498, 501, 503, 504, 512, 521, 528, 544, 548, 549, 555, 559, 575.
Venezuela contemporánea [Revista. Caracas]: 275.
Ventanas en la noche de MBI: 279.
Venus [Periódico escolar. Maracaibo]: 327.
Vera Izquierdo, [Santiago]: 33.
Vespucio, Americo: **212-3,** 217.
Vespucio, Amerigo [El abuelo]: 212.
Vespucio, Anastasio: 212.
Vicenza (Italia): 213.
Vida de Jesús de E. Renán: 365.
Vidal, Zoilo ("El Caribe"): 171.
Villalba, Jóvito: 250, 258, 308, 315, 455.
Villalba Villalba, Luis: 60, **131-5,** 167, 173-6.
Villasmil, Ramón: 363.
Villavicencio, Rafael: 43, 447.
Villegas Ruiz, [Juan de Dios]: 53.
Virgen de los Desamparados: 88.
Virgen María: 50, 55.
Virginia [Estado. EEUU]: 46, 487.
Virutas de MBI: 279.
Viso, Julián: 462.
"Vista de Caracas" de M. Tovar y Tovar: 81.
Vives, Juan Luis: 479, 521.
Volcán, José Antonio: 478.
Volcán, Manuel: 478.
Vollmer, Luisa M. de: 223.
Voz de Portuguesa [Diario. Acarigua]: 409, 410.
Vulcano [Personaje mitológico]: 126.
Wagner, Ricardo: 215.
Washington, D. C.: 61, 282, 304.
Washington, Jorge: 46, 329, 470.
Wellington, [Arthur]: 434.
Whitman, Walt: 171.
Witzke, Cristian: 461.
Yaracuy (Estado): 246.
Yépez Hernández, Carmen Teresa de: 223.
Zabaleta, [Nicanor]: 93.
Zamora, [Ezequiel]: 445.
Las zapatillas rojas *(Ballet):* 516.
Zaragoza, España: 103.
Zaratrustra: 293.
ZETA (Seud. de MBI): 373, 375, 379, 383, 387, 398, 395, 397, 399, 403, **405.**
Zeta, Fray Francisco: 405.
Zulia (Estado): 195, 292.
Zumeta, César: 175, 456.

INDICE DE MATERIAS

ACULTURACION / TRANSCULTURACION. Véase: **CULTURA.**

ADMINISTRACION PUBLICA: 547-9.

AGRICULTURA. Véase: **ECONOMIA - Agrícola.**

AGROPECUARIA. Véase: **ECONOMIA.**

ALFABETIZACION. Véase: **EDUCACION.**

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

ANARQUISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

ANTICLERICALISMO. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo.**

ANTROPOLOGIA
- **Pensamiento antropológico: 188**

ARTE
- **Cine: 41-4, 383-5.**
- **Danza: 91-3.**
- **Escultura: 211, 515-20.**
- **Fotografía: 79-82.**
- **Música: 91-3, 215.**
- **Pintura: 79-81, 211-2, 525-6.**
- **Talla: 515-20.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 37, 49-50, 115-6, 131, 145-6, 149-54, 173, 195-6, 199-202, 205-8, 209-10, 211, 225-7,

245-7, 249-50, 251-3, 255-9, 261-4, 265-9, 271-3, 275-83, 285-92, 293-7, 326-31, 337, 413-7, 439-41, 491-3.

AUTORIDADES. Véase: **RELIGION – Cristianismo – Catolicismo.**

BELICISMO / ANTIBELICISMO: 169-70.

BOLIVARIANISMO: 258. Véase además: Bolívar, Simón (Indice onomástico).

CABILDOS. Véase: **HISTORIA – Instituciones.**

CARAQUEÑIDAD: 177-80, 219-24, 233-4, 267, 346-7, 496-7, 515-20, 526.

CARIDAD. Véase: **SOCIOLOGIA – Conceptos.**

CASALEONISMO / CAMALEONISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

CATOLICISMO. Véase: **RELIGION – Cristianismo.**

CAUDILLISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

CENSURA. Véanse: **– LITERATURA.**
– PERIODISMO.

CEREMONIAS Y FESTIVIDADES. Véase: **RELIGION – Cristianismo – Catolicismo.**

CHOVINISMO (CHAUVINISMO): 83.

CINE. Véase: **ARTE.**

CIVILISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

CIVISMO: 6-7, 115-9, 175-6, 296, 477-80.

CLASE OBRERA. Véase: **SOCIOLOGIA – Clases.**

CLASES SOCIALES. Véase: **SOCIOLOGIA – Clases.**

COLOMBIA. Véase: **CULTURA – Nacional.**

COLONIA. Véase: **CULTURA – Períodos – Colonial.**

COMERCIO. Véase: **ECONOMIA.**

COMUNICACIONES
- **Correo**
  - **Franquicia postal: 364.**
- **Tránsito automotor: 483-6.**
- **Vialidad: 181-4, 193-4.**

COMUNISMO / ANTICOMUNISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

CONCIENCIA SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA - Conceptos.**

CONDECORACIONES: 469-71.

CONDUCTA SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

CONFIANZA SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

CONFORMISMO. Véase: **SOCIOLOGIA.**

CONQUISTA Y POBLAMIENTO. Véanse: - **CULTURA - Períodos.**
- **HISTORIA - Períodos.**

CORREOS. Véase: **COMUNICACIONES.**

COSMOPOLITISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

COSTA RICA. Véanse: - **CULTURA - Nacional.**
- **HISTORIA - Nacional.**

CRISIS
- **De civismo: 296.**
- **De confianza: 16, 21-2.**
- **De familias: 173-6.**
- **De jerarquía: 9-10.**
- **De pueblo: 295.**
- **De urbanidad: 499-502.**
- **De valores: 22, 25.**
- **Política: 117-8.**
- **Social: 174-5, 245-7.**

CRISTIANISMO. Véase: **RELIGION.**

CRITICA HISTORICA. Véase: **HISTORIA.**

CRONICA: 177-80, 338-9, 515-20.

CUBA. Véase: **HISTORIA - Nacional.**

CULTO AL HEROE. Véase: **HISTORIA.**

CULTURA
- **Aculturación - Transculturación: 7, 46-8, 63-5, 68, 257, 508, 520, 535-8, 559-60.**
- **Culturología (pensamiento cultural): 9-10, 11-3, 15-6, 17-9, 21-2, 23-4, 25-7, 73-4, 335-6, 512-3, 575-6.**
- **Folklore**
  - **Fiestas y tradiciones: 45-8, 67-71, 229-32.**
  - **Personajes populares: 47-8, 515-20.**
- **Gastronomía: 46, 516.**
- **Historia [de la]: 11-2, 433-5, 447-67, 512-3, 521-3.**
- **Intelectuales: 256-7, 296, 512-3.**
- **Instituciones**
  - **Academias / Archivos / Ateneos / Bibliotecas / Museos / Sociedades: 447-67, 515-20.**
- **Nacional**
  - **Colombia: 431-2.**
  - **Costa Rica: 45, 205-8.**
  - **España: 87-9, 91-3, 95-7.**
  - **Estados Unidos: 63-5, 108-9.**
  - **Italia: 209-10, 211-3, 215-8, 531-3.**
- **Patrimonio histórico: 447-67.**
- **Períodos**
  - **Colonial: 219-24.**
  - **Conquista y poblamiento: 363.**
  - **Independentista: 368-9.**
- **Política del libro: 99-106.**
- **Revolución cultural: 19.**
- **Tendencias**
  - **Americanismo: 367-9.**
  - **Cosmopolitismo: 85.**
  - **Hispanismo / Antihispanismo: 368-9.**
  - **Hispanoamericanismo / Antihispanoamericanismo: 84, 535-8.**
  - **Nacionalismo: 59-62, 83-5, 182-4, 196-8, 258, 281, 294-5, 511-2, 518-20.**
  - **Pacifismo: 169, 393-4.**
  - **Universalismo: 83-5, 257, 295.**
- **Valores culturales: 7, 512-3.**

- **Vestido: 433-5.**
- **y Libertad: 23-4.**
- **y Sociedad: 15-6, 17-9.**
- **y Valores morales: 25-7.**

CULTUROLOGIA. Véase: **CULTURA.**

DANZA. Véase: **ARTE.**

DEMOCRACIA. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

DERECHO
- **Internacional: 481-2, 543-5.** Véase además: **POLITICA - Relaciones internacionales.**
- **Laboral: 359-62.**
- **Legislación**
  - **Civil: 157-8, 447-67.**
- **Pensamiento jurídico: 306.**

DESIGUALDAD SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA - Igualdad.**

DICTADURA. Véase: POLITICA - Doctrinas.

DIPLOMACIA
- **Problemas: 543-5.**

ECOLOGIA: 182-3, 188, 194, 231, 504-5, 521-3.

ECONOMIA
- **Agrícola**
  - **Cafetera: 507-8.**
  - **Historia: 419-21.**
  - **Latifundismo: 230.**
  - **Pensamiento agrario: 561-2.**
  - **Problemas campesinos: 230.**
  - **Producción: 181-2, 193, 201-3, 230-2, 561-2.**
- **Agropecuaria: 561-2.**
- **Comercio**
  - **Importación / Exportación: 230-1, 321-3, 503-4, 507-8.**
  - **Trueque: 497-8.**
- **Costos: 485-6.**
- **Desarrollo regional: 191-4, 199-203.**
- **Distribución de la riqueza: 235.**
- **Imperialismo económico: 231-2.**

- Industria: 503-4.
- Minera: 201-3.
- Pensamiento económico: 201-3, 561-2.
- Petrolera: 504.
- Relaciones laborales: 360-2.

EDITORIALES: 99-106.

EDUCACION
- Alfabetización: 29, 37-8.
- Educadores
  - Misión: 75-9, 125-9, 349-50.
  - Politicismo / Apoliticismo: 127-8.
  - Reivindicaciones: 128.
- Educación cívica: 6.
- Estudiantes
  - Actitud: 287-91.
  - Rebelión: 115-9.
- Historia: 30-1, 33, 49, 192-3.
- Instituciones: 192-3.
- Legislación (leyes y reglamentos): 6-7.
- Libertad de enseñanza: 5.
- Métodos
  - Castigo corporal: 29-31.
- Misión: 6, 175-6.
- Moral: 361-2.
- Niveles
  - Primaria: 7, 125-9, 175, 349-52.
  - Universitaria
    - Civismo: 290, 296.
    - Curriculum: 289.
    - Historia: 142-3.
    - Importancia: 34-5.
    - Misión: 33-5, 288-90, 296.
    - Política: 34.
    - Promociones: 132-3.
- Pensamiento educativo: 5-8, 11-2, 16, 29-31, 37-9, 42-54, 75-8, 116-9, 125-9, 175, 288-92, 307-9, 317.
- Universidad Central de Venezuela: 33-6, 285-92.
- y Sociedad: 16.

EGIPTO. Véase: HISTORIA - Nacional.

ENTREGUISMO: 256-7, 295.

EPISTOLARIO: 145-6, 147-8, 159, 167-8, 173-6, 222-4, 271-3, 353-5, 363-4, 365-6, 415-7, 431-2, 473-4, 481-2, 527-8.

ESCLAVITUD. Véanse: - **SOCIOLOGIA - Esclavismo.**

ESCULTURA. Véase: **ARTE.**

ESPAÑA. Véanse: - **CULTURA - Nacional.**
- **HISTORIA.**
  - **Nacional.**
  - **Períodos - Conquista - Hispánica.**

ESTADISTICA: 187-8.

ESTADOS UNIDOS. Véanse: - **CULTURA - Nacional.**
- **HISTORIA - Nacional.**
- **POLITICA**
  - **Doctrinas - Imperialismo.**
  - **Nacional.**

ETICA. Véase: **PERIODISMO.**

FIESTAS Y TRADICIONES. Véase: **CULTURA - Folklore.**

FASCISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**
  - **Humanismo: 12.**
  - **Libertad: 24.**
  - **Maldad: 427-9.**
- **Tendencias**
  - **Idealismo: 161-2.**

FOLKLORE. Véase: **CULTURA.**

FOTOGRAFIA. Véase: **ARTE.**

FRANCIA. Véase: **POLITICA - Doctrinas - Imperialismo - Francés.**

FRATERNIDAD LATINOAMERICANA: 413-7.

FUERZAS ARMADAS
- **Misión: 424-5.**

GASTRONOMIA. Véase: **CULTURA.**

GEOGRAFIA
- **Corografía: 181-4, 185-9, 200-3.**
- **Estudios geográficos: 188-9.**

GOLPES DE ESTADO. Véase: **HISTORIA - Revoluciones.**

GRAN BRETAÑA. Véanse: - **HISTORIA - Períodos - Conquista - Inglesa.**
- **POLITICA - Doctrinas - Imperialismo - Británico.**

GUERRAS
- **Segunda Mundial: 25-6.**

HISPANISMO / ANTIHISPANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

HISPANOAMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

HISTORIA
- **Crítica histórica: 399-401.**
- **Culto al héroe: 258, 469-71.**
- **Instituciones**
  - **Cabildos: 265-6, 290.**
- **Nacional**
  - **Costa Rica: 205-8, 491-3.**
  - **Cuba: 529-30.**
  - **Egipto: 111-3.**
  - **España: 529-30.**
  - **Estados Unidos: 563-9.**
  - **Hungría: 539.**
  - **Rusia: 41-2.**
- **Pensamiento historiográfico: 42-3, 101-4, 186-8, 279, 289, 328-9, 575.**
- **Períodos**
  - **Contemporáneo**
    - **Gobierno de Marcos Pérez Jiménez: 115-6, 262-3.**
    - **Junta Militar de Gobierno (1948-52): 314-8, 547-9.**
  - **Conquista**
    - **Hispánica: 400, 420-1.**
    - **Inglesa: 400.**
  - **Precolombino: 367-8.**
- **Regional**
  - **Trujillo: 341-3.**

- **Táchira: 473–4.**
- **Revoluciones / Guerras / Golpes de Estado: 543–5, 555–7.**
- **Tendencias**
  - **Nacionalismo: 41–4, 83–5.**
  - **Revisionismo histórico / Neo-revisionismo: 42–3, 294.**
  - **Tradición histórica: 41.**

HISTORIA DE LA CULTURA. Véase: **CULTURA – Historia.**

HISTORIOGRAFIA. Véase: **HISTORIA – Pensamiento Historiográfico.**

HUMANISMO. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

HUMOR: 149–54.

HUNGRIA. Véase: **HISTORIA – Nacional.**

IDEALISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias.**

IDENTIDAD NACIONAL. Véanse: – **CULTURA – Tendencias – Nacionalismo.**
– **HISTORIA – Tendencias – Nacionalismo.**

IGUALDAD SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

IMPERIALISMO. Véanse: – **ECONOMIA – Imperialismo económico.**
– **POLITICA – Doctrinas.**

IMPRENTA: 99–106. Véase además: **PERIODISMO.**

INDEPENDENCIA. Véase: **CULTURA – Períodos.**

INSTITUCIONES
- Culturales. Véase: **CULTURA.**
- Educativas. Véase: **EDUCACION.**
- Históricas. Véase: **HISTORIA.**
- Sociales. Véase: **SOCIOLOGIA.**

INTEGRACION LATINOAMERICANA: 300–3, 313.

INTELECTUALES. Véase: **CULTURA.**

ITALIA. Véanse: – **CULTURA – Nacional.**
– **LITERATURA – Nacional.**

JERARQUIA. Véase: **SOCIOLOGIA.**

JUSTICIA SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

LEGISLACION. Véanse: – **DERECHO.**
– **EDUCACION.**
– **PERIODISMO – Ley de ejercicio.**

LIBERTAD. Véanse: – **CULTURA – y Libertad.**
– **EDUCACION – Libertad de enseñanza.**
– **FILOSOFIA – Conceptos.**
– **PERIODISMO – Libertad de expresión.**

LIBRO. Véase: **CULTURA – Política del libro.**

LITERATURA
- **Censura: 387–8.**
- **Corrientes**
  - **Nativismo: 81.**
- **Nacional**
  - **Italia: 531–3.**

MALDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

MILITARISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

MISION. Véanse: – **EDUCACION.**
– **EDUCACION – Educadores.**
– **EDUCACION – Universitaria.**
– **FUERZAS ARMADAS.**
– **PERIODISMO – Periodista.**
– **SOCIOLOGIA – Tendencias – Feminismo.**

MILITARES. Véanse: – **FUERZAS ARMADAS.**
– **POLITICA – Tendencias – Militarismo.**

MISTICISMO. Véase: **RELIGION.**

MONROISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas.**

MORAL
- **Ideas morales: 371-2, 373-4, 375-7, 379-81, 383-5, 387-8, 389-91, 393-4, 395-6, 403-4, 405-7, 409-11.**
- **Relativismo: 376-7, 540-1.**

MUSICA. Véase: **ARTE.**

NACIONALIDAD: 6-7, 41-4, 46-8, 182-4, 221-2, 257-8, 281, 286, 294-5.

NACIONALISMO. Véanse: - **CULTURA - Tendencias.**
- **HISTORIA - Tendencias.**

NATIVISMO. Véase: **LITERATURA - Corrientes.**

NAZISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas.**

NEO-REVISIONISMO. Véase: **HISTORIA - Tendencias - Revisionismo.**

NIVELES EDUCATIVOS. Véase: **EDUCACION.**

ORATORIA: 33-6, 49-54, 115-9, 125-9, 149-54, 163-6, 261-4, 265-9, 285-92.

PACIFISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

PATRIMONIO HISTORICO. Véase: **CULTURA.**

PATRIOTISMO: 83, 423-5. Véanse también:
- **CULTURA - Tendencias - Nacionalismo.**
- **HISTORIA - Tendencias.**

PATRONATO. Véase: **RELIGION - Cristianismo - Catolicismo - Política religiosa.**

PENSAMIENTO
- AGRARIO. Véase: **ECONOMIA - Agrícola.**
- ANTROPOLOGICO. Véase: **ANTROPOLOGIA.**
- CULTURAL. Véase: **CULTURA - Culturología.**
- ECONOMICO. Véase: **ECONOMIA.**
- EDUCATIVO. Véase: **EDUCACION.**
- HISTORIOGRAFICO. Véase: **HISTORIA.**
- JURIDICO. Véase: **DERECHO.**
- POLITICO. Véase: **POLITICA.**

- RELIGIOSO. Véase: **RELIGION – Cristianismo.**
- SOCIOLOGICO. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PEREZJIMENISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

PERIODISMO
- **Censura: 315-6, 387-8, 409-11.**
- **Etica: 30, 371-2, 373-4, 375-7, 379-81, 387-8, 389-91, 409-11, 437-8.**
- **Ley de ejercicio: 438.**
- **Libertad de expresión: 30.**
- **Misión: 371-2, 373-4, 409-11, 437-8.**
- **Periodista**
  - **Misión: 371-2.**
- **Utilitarismo: 373-4.**

PERSECUCION POLITICA. Véase: **POLITICA – Policía política.**

PERSONAJES
- POPULARES. Véase: **CULTURA – Folklore.**
- RELIGIOSOS. Véase: **RELIGION – Cristianismo – Catolicismo.**

PINTURA. Véase: **ARTE.**

POESIA. Véase: **LITERATURA – Corrientes – Nativismo.**

POLEMICAS. Véase: **RELIGION – Cristianismo – Catolicismo.**

POLITICA
- **Doctrinas, ideologías y sistemas**
  - **Anarquismo: 6.**
  - **Comunismo / Anticomunismo: 6, 303-4, 389-90.**
  - **Democracia: 279, 307-9, 444-5.**
  - **Dictadura: 225-6, 241, 543-5.**
  - **Fascismo: 6, 83.**
  - **Imperialismo / Antimperialismo**
    - **Británico: 111-3, 279.**
    - **Francés: 279, 540.**
    - **Norteamericano: 59-62, 65, 213, 230, 279, 295-6, 303-4, 509, 511-2.**
    - **Ruso: 539-41.**
  - **Monroismo: 60-1.**
  - **Nazismo: 83, 279, 336.**
- **Nacional**

- **Estados Unidos: 508-9, 511-2.**
- **Pensamiento político: 300-4, 307-9, 314-8, 321-4, 336, 539-41, 543-5.**
- **Policía política**
  - **Seguridad Nacional: 115, 118.**
- **Políticos: 443-4.**
- **Protocolos y tratados: 313, 321-2.**
- **Relaciones internacionales: 300-4, 313-4, 321-3.** Véase además: **DERECHO - Internacional.**
- **Tendencias y movimientos**
  - **Casalconismo / Camalconismo: 280.**
  - **Caudillismo: 299-300.**
  - **Civilismo: 425.**
  - **Militarismo: 299-300, 425.**
  - **Perezjimenismo: 115-6, 267-8, 527-8, 555-7.**

POLITICA
- MINERA. Véase: **ECONOMIA.**
- PETROLERA. Véase: **ECONOMIA.**
- SOCIOLOGICA. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PROBLEMAS SOCIALES. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PROCESO SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PROTESTANTISMO: Véase: **RELIGION - Cristianismo.**

PROTOCOLOS. Véase: **POLITICA.**

PUEBLO. Véase: **SOCIOLOGIA.**

PUERTO RICO. Véase: **SOCIOLOGIA - Nacional.**

RACISMO. Véase: **SOCIOLOGIA - Racismo.**

RELATIVISMO. Véase: **MORAL.**

RELIGION
- **Cristianismo**
  - **Catolicismo**
    - **Anticlericalismo: 296.**
    - **Autoridades: 192.**
    - **Ceremonias y festividades: 69-70.**
    - **Historia: 400-1, 439-41.**

- **Personajes religiosos: 107-8, 439-41.**
- **Polémicas: 389-91, 400-1, 403-4, 405-7.**
- **Política religiosa**
  - **Patronato: 192, 305-7.**
- **Pensamiento religioso: 293-4, 306-7, 328, 400, 573-4.**
- **Protestantismo: 400-1.**
- **Misticismo / Seudo-misticismo: 387-8.**

RESPONSABILIDAD MORAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

REVISIONISMO HISTORICO. Véase: **HISTORIA - Tendencias.**

REVOLUCION CULTURAL. Véase: **CULTURA.**

REVOLUCIONES. Véase: **HISTORIA.**

RUSIA. Véanse: - **HISTORIA - Nacional.**
- **POLITICA - Doctrinas - Imperialismo.**

SEGURIDAD NACIONAL. Véase: **POLITICA - Policía política.**

SERVICIO SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA - Tendencias - Feminismo.**

SOCIEDAD. Véanse: - **CRISIS - Social.**
- **CULTURA - y Sociedad.**
- **EDUCACION - y Sociedad.**
- **SOCIOLOGIA.**

SOCIOLOGIA
- **Clases y castas: 359-62, 369.**
- **Conceptos**
  - **Caridad: 551-3.**
  - **Conciencia social: 16, 162, 163-6, 519, 535-8.**
  - **Lealtad: 173.**
  - **Urbanidad: 499-502.**
- **Conducta social: 27, 95-7, 116-8, 174-6, 290, 359-62, 387-8, 389-91, 443-4, 477-80, 483-6, 499-502, 521-3, 555-7.**
- **Confianza social: 22.**
- **Conformismo: 17-9.**
- **Esclavismo (esclavitud): 107-9.**
- **Igualdad / Desigualdad social: 30-1, 230-2, 233-5, 444-5.**
- **Instituciones**
  - **Familia: 389-91.**
- **Jerarquía: 9-10, 165.**

- **Justicia social: 359-62, 509, 551-3, 555-7.**
- **Nacional**
  - **Puerto Rico: 491-3.**
- **Pensamiento sociológico: 25, 107-9, 163-6, 174-6, 229-32, 234-5, 241-2, 245-7, 280-1, 289, 295, 300-2, 359-62, 483-6, 499-502, 551-3.**
- **Política: 16-7, 547-9.**
- **Proceso social: 9-10.**
- **Problemas sociales: 174.**
- **Pueblo**
  - **Cualidades: 242.**
- **Racismo: 107-9, 555-7.**
- **Responsabilidad moral: 359-62.**
- **Solidaridad social: 182.**
- **Tendencias**
  - **Feminismo**
    - **Misión de la mujer: 49-54, 55-8.**
    - **Servicio social: 52-3, 57-8.**
- **Valores sociales: 499-502.** Véase además: **CRISIS.**
- **Violencia: 539-41.**
- **Viveza: 27.**

SOLIDARIDAD SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

TACHIRA. Véase: **HISTORIA - Regional.**

TALLA. Véase: **ARTE.**

TRADICION HISTORICA. Véase: **HISTORIA.**

TRADICION, TRADICIONISMO Y TRADICIONALISMO: 42-3, 63-4, 73-4, 85, 518-20.

TRADICIONES. Véase: **CULTURA - Folklore - Fiestas.**

TRANSITO AUTOMOTOR. Véase: **COMUNICACIONES.**

TRATADOS. Véanse: - **ECONOMIA.**
- **POLITICA - Protocolos.**

TRUJILLANIDAD: 191-4, 195-8, 261-4, 265-9, 271-3, 349-52.

TRUJILLO. Véanse: - **HISTORIA - Regional.**
- **TRUJILLANIDAD.**

TURISMO: 194.

UNIVERSALISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA. Véase: **EDUCACION.**

UTILITARISMO. Véase: **PERIODISMO.**

URBANIDAD. Véase: SOCIOLOGIA - Conceptos.

URBANISMO: 219-24, 338-9, 483-6, 487-90, 521-3.

VALORES
- CULTURALES. Véase: **CULTURA.**
- MORALES. Véanse: - **CRISIS - De valores.**
  - **CULTURA - y Valores morales.**
  - **MORAL.**
- SOCIALES. Véase: **SOCIOLOGIA.**

VENEZOLANIDAD: 424-5.

VESTIDO. Véase: **CULTURA.**

VIALIDAD. Véase: **COMUNICACIONES.**

VIOLENCIA. Véase: **SOCIOLOGIA.**

VIVEZA. Véase: **SOCIOLOGIA.**

La impresión de este libro se realizó en los talleres
gráficos de la Nación, adscritos al Servicio Autónomo
Imprenta Nacional y Gaceta Oficial de la República,
en el mes de noviembre de 1996

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988